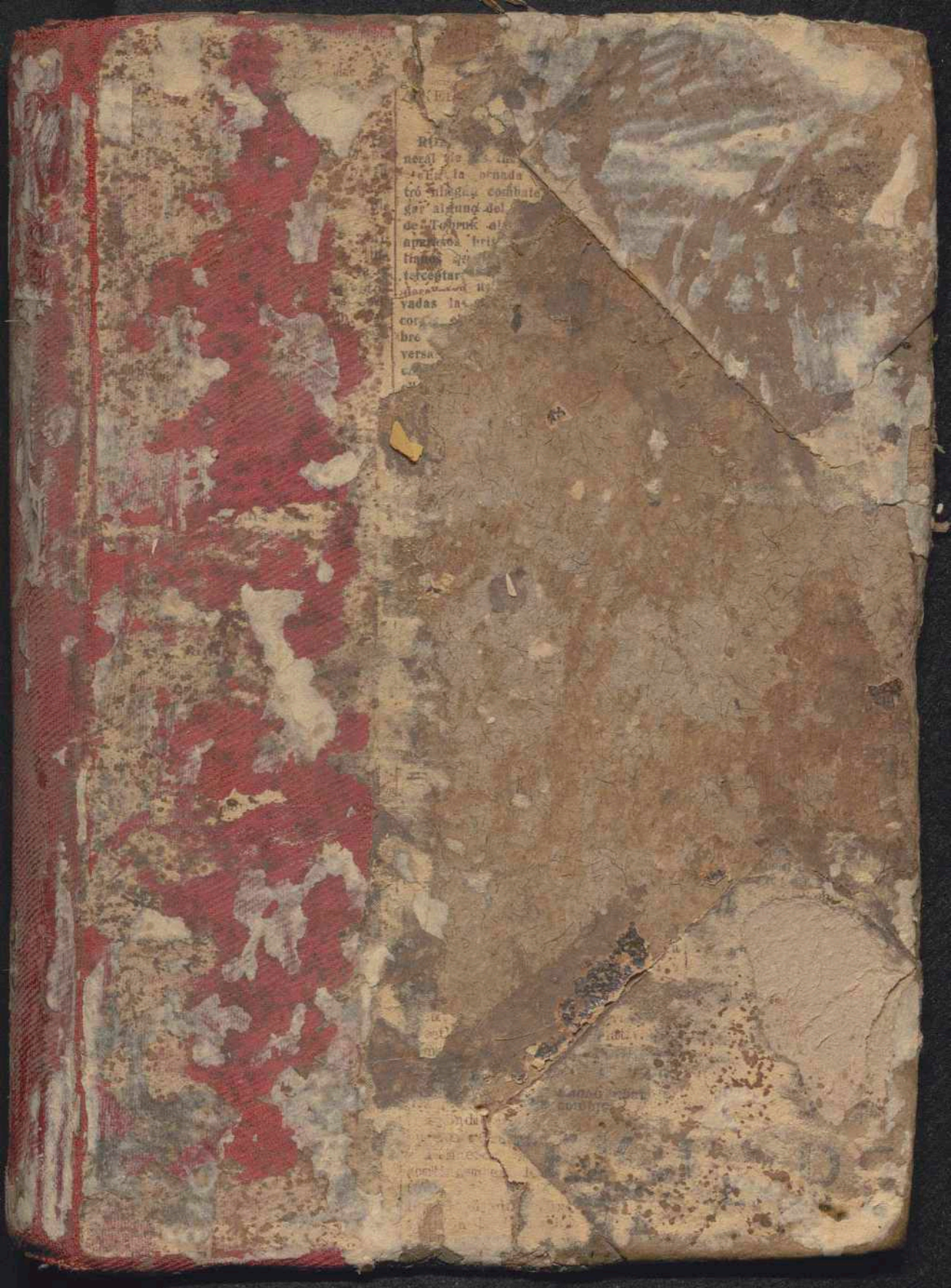


T. 475-861
C. 462120

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA
EX-LIBRIS

LA MORA ENCANTADA

O

LA BANDERA DE AMOR.

NOVELA ORIGINAL

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

NUESTRA SEÑORA DEL PRADO CERVERA DEL RIO ALHAMA

R/8.910

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE MANUEL GOMEZ, CALLE DE ISABEL LA CATOLICA NUM. 19.
1859.

INTRODUCCION.

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA

I.

EL MUSULMAN Y EL TORREON.

Comenzaba una noche de Octubre del año 1370.

Por la erizada cumbre de una de las montañas que nacen allá... entre Castilla la Vieja, Navarra y Aragon, se veia andar un hombre que se perfilaba con vaguedad en el horizonte.

A juzgar por su traje, aquel hombre debia ser alguno de los vasallos que tanto abundaban en el tiempo á que nos referimos; porque llevaba calzon negro, media negra, anguarina con holgada capucha, que le cubria la cabeza, y un báculo en la mano.

El viento silbaba lejano, cual si al pie de aquella montaña se estendiera profundo valle de arboledas poblado; y espesos nubarrones de sañudos perfiles, surcaban la atmósfera al impulso del viento que gemia en la tierra.

El hombre de la anguarina continuaba su marcha, cuando sintió á su lado una voz que le dijo:

—Tu Dios te guarde, buen cristiano.

Al oir estas palabras el cristiano, volvió el rostro á la derecha y se encontró con un anciano musulman, alto, de barba blanca, con largo captan que le abrigaba el cuerpo, y con ancho turbante bien ceñido á la cabeza.

—Oscura está la noche, volvió á decir el musulman, antes de que el cristiano hablara.

—Tan oscura, respondió éste, que no os habia distinguido, musulman.

Para esto el musulman y el cristiano se habian ya parado en la cumbre del monte, el uno frente al otro.

—El Profeta te ha traido á mi lado, dijo el musulman; porque en estos peñascos y á estas horas necesito una persona que me guie.

—Despues de oiros hablar así, demas fuera preguntaros si sois ó no forastero.

—Forastero soy, y en pais muy lejos de aqui nacido.

—Entonces yo os guiaré de buen grado.

—Ni necesito ni pretendo tanto: solo quiero, si bien te place, oh cristiano, que me respondas á las preguntas que yo te haga.

—Si las que á hacerme vais son preguntas que á mis alcances estan, tendré mucho gusto en seros útil.

—Gracias te doy por el Profeta, cristiano.

—No hay porque darlas, musulman.

—Por la generosidad con que te prestas á servirme.

—Es un deber en todo hombre de bien ayudar con palabras ó con obras, al que de palabras ú obras necesitare.

—Por eso yo, que en este momento necesito mucho de las tuyas, á molestarte voy demasiado.

—Nunca en complacer á otro se molesta un cristiano.

—Dime cristiano, ¿conoces bien este terreno, y todos sus alrededores?

—Señor, tengo cincuenta años; nací en una majada que hay

en la loma que dejamos á la espalda, y desde que nací no he salido de estas montañas y del valle que se estiende al pié de las mismas.

—Y es en verdad que nunca has abandonado estos collados?

—Nunca, señor; ni falta que me hace abandonarlos. En la majada que cerca habemos, y que desde aqui no se distingue porque la cubren las tinieblas de la noche, tengo á mi mujer y á mis hijos: durante el dia apaciento mis cabras en las colinas mas frondosas; al caer la tarde las bajo á beber agua en el rio; por la noche las cierro en la majada, y si es sábado como hoy, me marcho á la villa para oir misa temprano.

—¡Hola, cristiano! Conque hay cerca de aqui una villa?

—Dista una legua.

—Eso es cabalmente por lo que yo queria preguntarte.

—Nada tiene, señor, de particular esa villa.

—Tal vez para mi tenga mucho, si es la que busco afanoso: ya hace dos dias que ando perdido por montes y barrancos sin poder dar con ella.

—En este pais, señor, hay bastantes villas y aldeas: ¿cómo se llama la que buscais?

—La que yo busco se llama Cervera del Rio Alhama.

—A esa es á la que voy.

—Gracias te sean dadas, oh Profeta! esclamó el musulman con acento de alegria: pero dime cristiano, prosiguió; no quisiera engañarme, porque muy triste seria ello para mi ánimo: ese Cervera, está al pié de una peña muy alta y escarpada?

—Si señor, la peña de San Antonio.

—Y en la cima de esa peña hay un castillo antiguo?

—Antiguo y terrible, señor.

—¿Por que es terrible?

—Porque todas las noches aparece entre sus murallas hundidas, la sombra de una mora, que malos hombres encantaron allí.

—No fueron malos hombres los que á la mora encantaron; porque el Profeta lo permitió, y todo lo que el Profeta permite, está bien hecho, has hablado como un cristiano.

—Cristiano soy, señor mio.

—Sea en buen hora, respondió con mal jesto el musulman; pero dime cristiano: ese Cervera pertenece á un señor?

—A D. Gustio Gimenez; señor muy grave, y que es dueño de nuestras vidas y haciendas. Si hablarle pretendeis, señor; tened mucho cuidado.

—¿Por qué razon?

—Ya os lo he dicho; porque es muy grave, y porque pronto monta en cólera.

El moro se sonrió con desden.

—Tambien el lobo monta en cólera, respondió, cuando se halla entre inocentes corderos; pero el lobo se humilla y tiembla cuando se encuentra cara á cara con el leon.

El pastor se sobrecojió al escuchar aquellas palabras, y apretándose mas su anguarina dijo:

—Señor, la noche está mala, y en esta altura sopla el vendaval con fuerza: si quereis venir á Cervera, yo os acompañaré, que allá voy.

—Me quedo en este paraje.

—¿Qué decís, señor; con la noche que hace?

—Yo no temo á la noche: ¿no hay al pié de esta montaña un valle?

—La Gabardilla.

—¿No atraviesa ese valle un rio?

—El rio Linares.

—¡Guay de mí! no es ese el rio por el que yo pregunto.

—No os inquieteis por eso, que junto al Linares hay otro rio.

—¿Qué nombre tiene?

—El Alhama.

—Y junto al Alhama no se levanta un torreon?

—¡Vive Dios! y que enterado estais de estos alrededores: y vos sois estranjero?

—La luna de Africa veló mi cuna; el sol del Asia alumbró mis juveniles hazañas.

—Pues mucho conoceis este terreno.

—Porque mucho me interesa conocerlo. ¿Ese torreon está abierto ó cerrado?

—¿Cómo ha de estar señor, con las cosas que de él se cuentan? cerrado con una puerta de hierro. Cerrado lo conocieron mis padres, cerrado lo he conocido yo, y cerrado lo conocerán mis hijos.

—Eso no, por el Profeta.

—¿Quién será capaz de abrirlo?

—Yo, para vivir en él.

—¡Vos!

—Yo; ¿qué te admira? infeliz pastor... lo que no se hace en un siglo se hace en un instante; lo que cien generaciones no se atrevieron á hacer, lo hace un hombre solo: un hombre á veces vale mas que cien generaciones. Ese torreon que á tí te asusta, será mi palacio: ¿cómo te llamas pastor?

—Juan, para servir á Dios y á usted.

—Mañana te buscaré en Cervera, y te pagaré el servicio que me has prestado.

—No os he prestado, señor, servicio alguno.

—Y te he detenido mucho.

—Nada importa, si en ello habeis encontrado utilidad.

—¿Voy bien por aquí al torreon?

—Si señor; ¿lo veis allí?

—Alla lo veo; no lejos de la corriente del rio.

El vendaval que soplaba furioso habia arrastrado las nubes; la luna brillaba en el azul del cielo y con pálido fulgor alumbraba el valle.

El torreon parecia sublime al fulgor de la luna.

—Seguid esta vereda sin abandonarla; dirijios siempre á aquella loma, y en medio del camino encontrareis el torreon.

—Bien está.

—Hasta mañana, señor.

—Alá te guarde.

Muy ligero marchaba el pastor hácia Cervera, y muy contento de verse libre de aquel hombre, quien le impuso tan luego

como pronunció algunas palabras; mas no habia andado veinte pasos, cuando otra vez sintió su imperiosa voz que gritaba:

—Juan.

De buen grado se hubiera hecho el sordo Juan; pero si miedo tenia de retroceder, mas miedo tenia de resistir á la voluntad del desconocido; y volviéndose comenzó á andar hácia el musulman.

El musulman comenzó á andar hácia Juan; y de esta manera se encontraron los dos á la mitad de camino.

—¿Qué me mandais señor? preguntó Juan con tímido acento.

—¿Quieres ganarte mañana veinte y cinco cequíes? le dijo el desconocido tendiéndole amistosamente las manos por los hombros.

—Soy pastor de cabras, señor, y mi familia vive en la miseria; veinte y cinco cequíes harian la felicidad de este pobre.

—En tu mano está el ganarlos; no veinte y cinco, cincuenta te daré si me sirves.

—Si lo que me mandais, señor, está en mis fuerzas, y no se opone á la honradez de un cristiano, contad con ello.

—Ni á la honradez se opone de un cristiano, ni mas allá de tus fuerzas se encuentra; sino que tienes que guardar mucho silencio porque es un secreto para tí y para mí reservado.

—En cuanto á eso, señor, fiad en mí; mi pecho es muy grande y en él cabe un gran secreto.

—Mira que si me vendes, mi poder es mas grande que tu pecho.

—No temais, señor.

—Pues bien; tú sabes que yo voy á vivir en ese castillo.

—Lo sé.

—Pero yo necesito una mujer que me sirva, ¿me la proporcionarás tú?

El pastor se quedó pensativo un momento.

—Si vivierais en la villa, dijo á luego, nada mas fácil, señor; viviendo en ese torreon, no sé haya mujer, que cerrarse quiera dentro de sus malditas murallas.

—Le pagaré muy bien.

—Mucho lo temen señor; mas puede ser que pagándolo bien; alguna vieja, por hacerse rica...

—Es que no ha de ser vieja.

—Entonces, señor...

—La mujer que me sirva, Juan, ganará todo el oro que quiera, tendrá sortijas de diamantes y gargantillas de perlas y de coral; pero ha de reunir por fuerza las condiciones que yo te diga.

—Podeis hablar señor.

—Escucha con atencion: La mujer que venga á servirme de criada, ha de ser doncella, entiendes?

—Entiendo.

—Ha de tener quince, ó diez y siete, ó veinte y un años; ha de haber nacido en un mes impar, como Enero, Marzo, Mayo, y si posible fuera, ha de tener ojos negros.

Al escuchar estas palabras se estremeció de terror Juan; por que de súbito se presentó á su espíritu la especie de que los alquimistas moros, ó los encantadores ó magos, necesitaban como muy esencial para sus satánicas operaciones la sangre de una doncella, que reuniera tal y tal condicion.

El pastor que hacia rato que ya no estaba con tranquilidad junto al moro, se amilanó entonces, y seducido por esta idea terrible, no articuló palabra.

—¿Qué me dices? preguntó el musulman con interés.

—Eso estaba pensando, qué os diria.

—¿Por qué?

—Porque me parecen algo difíciles las condiciones que habeis impuesto.

—Tambien las pagaré con mucho oro.

—Nada hay en verdad que al oro resista: si vais á Cervera, en Cervera os volveré la contestacion.

—Y en Cervera te premiaré yo bien si me sirves: pero si vendes mi secreto; si una sola palabra dices de cuanto aquí te he dicho ¡guay de ti, Juan! mira que puedo mucho; te he de dar una muerte tan cruel, que la agonía, pero una agonía rabiosa, te dure cien dias y cien noches.

—No habrá necesidad señor, dijo el pastor asustado.

Y despidiéndose ambos, marcharon en distinta direccion.

Diez minutos despues, cuando Juan hubo bajado el monte, y atravesado el valle, y puéstose en el camino de Cervera, ya mas tranquilo, miró al torreon, que habia dejado á la espalda; tal vez por ver si lo que le habia sucedido era un sueño, ó imposturas quizá de un musulman embustero; pero el pastor palpó la realidad.

Vió que entonces llegaba el moro al torreon; vió que abria la pequeña ojiva de hierro, que siempre habia estado cerrada; vió que luego la entornó tras de sí; y por último, vió que aquellas seculares viseras brillaron de golpe con una luz rogiza, cual si de repente se hubiera encendido dentro del torreon, alguna antorcha de azufre.

Entonces Juan sobrecojido por la grande impresion que produce la verdad, cuando la verdad es profunda ó misteriosa; bajó la cabeza, y perdido en reflexiones y temores se dirigió á Cervera.

II.

MENTIA Y NO MENTIA EL PASTOR.

Cuando Juan se encontraba solo en la cumbre de un monte y frente por frente á un moro, terrible por su ademan, terrible por su mirada, por la manera singular que se habia aparecido, y por la intencion perversa que dejaba traslucir el vago sentido de sus palabras, juró guardar profundo silencio de cuanto el moro le habia dicho; mas tan luego como se vió en su pueblo, rodeado de sus paisanos y amigos, comenzó á referir todo lo que le habia sucedido, sin olvidar detalle alguno; especialmente aquello de la jóven de los quince ó veinte y un años, y de los ojos negros, si posible fuera.

Los demas pastores y labradores que tal oyeron, se alarmaron sobremanera, é invitaron á Juan á que diese parte á las personas importantes del pueblo de tan raro suceso, porque de con-

sideracion era en verdad, y graves daños podia ocasionar al bienestar público.

Asi lo juzgó tambien Juan, que cenando en una cabaña estaba con sus compañeros, mientras esta conversacion tenia lugar; y asi que la cena húbose concluido, y no con tanta algazara como otras veces solia, porque mucho les afligió el relato de Juan; se dirigió este á casa del señor cura de su parroquia.

Era el cura una persona de juicio, de talento, bastante instruida, y por lo tanto, que ni despreciaba las cosas por indiferentes que fueran, ni le asustaban por espantosas que pareciesen.

El señor cura interrogó varias veces á Juan, le hizo advertir que tal vez un sueño profundo le hubiese hecho creer ver quimeras; pero como una y otra vez Juan se ratificase en su aserto y estimulara á examinar el torreon donde el musulman se habia albergado, se resolvió el sacerdote á ir en compañía de Juan, á enterar de aquel incidente á D. Gustio Gimenez, señor del pueblo.

Muy severo era D. Gustio Gimenez, y mucho tino se necesitaba para acercarse á él con cualquier demanda; pero el caso actual era bastante grave, y forzoso se hacia que no lo ignorase el señor de vidas y haciendas.

Hemos dicho repetidas veces que D. Gustio Gimenez era un señor muy grave, y decimos ahora, que menos temian los campesinos luchar con un javalí en el monte, que dirigir la palabra á su señor; pero tambien añadimos que era un buen católico, y por la tanto que mucho acataba á los sacerdotes, especialmente al que acompañado del pastor Juan, pidió audiencia en su palacio la noche de que venimos hablando.

Serian las nueve cuando el cura y el pastor fueron recibidos por D. Gustio.

D. Gustio estaba sentado en una poltrona de baqueta junto á una chimenea, donde ardia abundante fuego de encina.

Frente á D. Gustio se sentó en otra poltrona el cura.

Y el pastor Juan quedó derecho y en actitud humilde detras del cura.

Aunque á la verdad el rostro de D. Gustio era imponente por el sañudo gesto que siempre lo contraia; se observaba aquella noche el empeño que formaba en dulcificar sus palabras, cuando hablaba con el sacerdote.

—Qué ocurre, señor párroco? le dijo calentándose la mano derecha.

—Señor, respondió el párroco; ocurre un incidente, que á ser cierto, debe llamar vuestra atencion: yo no veo en él un hecho portentoso, ni de consecuencias sobrenaturales, como los inocentes aldeanos pretenden; pero los moros que nos rodean no pueden olvidar las derrotas que han sufrido en este pais; y tal vez pudiera fraguarse contra vos y contra el rey alguna conspiracion que alterase nuestra tranquilidad.

—¿Pues qué hay?

—Aquí el pastor Juan, hombre honrado, como vos no ignorais, se ha acercado á mí alarmado, y me ha relatado lo que esta noche le ha ocurrido en los montes de la Gabardilla.

—¿Qué te ha ocurrido en los montes de la Gabardilla? le preguntó el señor.

Entonces Juan dando un paso adelante, y colocándose con ademan humilde entre el cura y el señor, un poco apartado de ambos, refirió todo lo que nosotros ya sabemos.

—A la verdad que me admira cuanto has contado; dijo el señor cuando Juan hubo concluido de hablar.

—Estraña aventura; añadio el sacerdote.

—Y que como usted ha dicho antes, me hace temer alguna maquinacion de esos perros mahometanos; respondió D. Gustio.

—Es necesario tomar precauciones.

—Ah... ya lo creo. Dime Juan; y tu has visto bien á ese moro?

—Vaya si lo he visto, señor; como que mal de mi grado, me ha tenido platicando con él mas de un cuarto de hora.

—¿Y qué tal platicaba?

—Ah señor... como muy entendida persona.

—¿Era viejo?

—Con la oscuridad de la noche no he podido verlo bien; pero á juzgar por su larga barba blanca, tendria unos sesenta años.

—Y no te dijo para qué queria á la jóven de quince, ó diez y siete, ó veinte y un años?

—El dijo que para que le sirviese de criada; pero vive Dios señor, y para bien de todos vive, que algo de ponzoñoso encontraba mi alma en sus palabras.

—Y me parece no pensaba mal tu alma en la presente ocasion, Juan; no es cierto, señor cura?

—Por manera que llenas están las antiguas historias que de Egipto se ocupan, de tácticas endiabladas, con que los alquimistas ó los magos, soñaban llevar adelante sus intentos. Unos empleaban la primera gota de sangre de las arterias de una vírgen, otros la última de una vena; y con estas infernales prácticas todos sacrificaban mil víctimas inocentes al ídolo de su ambicion.

—Es necesario celar á ese hombre; dijo D. Gustio.

—Señor, añadió Juan; y que mientras ese hombre, si es que hombre y nada mas fuera, se halla en vuestro señorio; encargad que las doncellas esten bien cuidadas por sus padres ó por sus hermanos.

—Pero te ha asegurado que viene aquí?

—Vaya señor, si me lo ha asegurado: y como yo le dijera, por intimidarlo no mas, que vos erais muy grave y muy severo; se echó á reir á carcajadas, y me dió á entender, que si vos erais un lobo, á quien respetábamos nosotros los corderos; él era un leon, á quien los lobos respetaban.

Por el desabrido gesto que hizo D. Gustio al escuchar estas palabras, parece que no le fue muy agradable su contenido.

Despues dijo fijando sus ojos en los ojos del cura:

—Creo lo mas acertado, que mañana antes de que brille el dia, se apuesten algunos criados mios en los montes que rodean al torreon, y espíen á ese moro.

—Con efecto que es lo mas acertado: respondió el sacerdote.

—Si señor; añadió el pastor, y que cada padre recoja á sus hijas en su casa.

El sacerdote y D. Gustio se levantaron para despedirse; y mientras D. Gustio tendia la mano al sacerdote, observaron en Juan un cierto deseo de decir algo, deseo que sin duda por miramiento reprimia.

—Qué tienes? le preguntó D. Gustio fijando en él su mirada; te ocurre alguna cosa?

—Si señor; respondió el pastor titubeando: me ocurre que tengo miedo porque aquel hombre, cuando estaba á solas conmigo en el monte, me dijo que si una palabra se me escapaba de cuanto los dos habíamos platicado, me mataria con una muerte tan cruel, que tendria cien dias y cien noches de rabiosa agonía; y como yo todo se lo he dicho á mi señor; por que deber de un vasallo, he creido el decirlo; temo que ese musulman cumpla en mí la amenaza con que me asustó.

—No será mientras viva tu señor; respondió D. Gustio. Si buen vasallo has sido en esta ocasion; buen amo sabré yo ser con mis buenos vasallos. En tanto que ese musulmán permanezca en Cervera, duerme en mi Palacio, come con mis criados, y que tu mujer apaciente tus cabras.

Juan dió las gracias á su señor, conmovido de gratitud; y siempre detras del sacerdote, salió de la cámara despues de despedirse de D. Gustio.

Cuando hubieron despejado, tornó D. Gustio á sentarse pensativo en la chimenea.

El sacerdote refirió en dos ó tres casas lo que ocurria; y esto fué bastante para que la villa se alborotase aquella misma noche; para que los padres, aun los mas despreocupados, obligasen á dormir junto á sus lechos, á sus queridas hijas; y para que los mancebos mas valientes se resolvieran á salir con los criados del señor, á celar desde las cumbres de los montes el fatídico torreon.

Algunos mas incrédulos sospecharon un instante, si acaso mentiria el pastor Juan; pero la idea de que se habia refugiado

en el palacio del señor, desvaneció toda duda, y unió su parecer al unánime parecer del señorio.

. . . . . .

. . . . . .

La mañana siguiente, no bien las nieblas de la noche se levantaban en blancos pabellones, meciéndose graciosas sobre el horizonte, á impulso de las brisas de Octubre; cuando los criados de D. Gustio y una multitud de gente que acompañado habia á los criados, se apostaron en las cumbres de los montes que rodean el delicioso valle de la Gabardilla; unos cortando leña, otros formando hacinas con ella, otros arrastrando piedras, para disimular el verdadero objeto de su viaje; pero todos con los ojos fijos en el fatídico torreon, que solitario, imponente, majestuoso, se levantaba á la margen de un murmurante rio.

Sin embargo; el torreon seguia tal como siempre se le habia visto: con su pequeña puerta cerrada, con sus viseras abiertas; y para que en nada se diferenciase aquel dia, de los dias anteriores, como siempre cantaban los gorriones asomándose á los agujeros que formaban las sillares junto á los aleros del tejado.

Gran desconfianza infundió esto en los criados de D. Gustio, y en las gentes que los rodeaban, tanto que uno de ellos dijo á otros varios que se habian reunido en corro.

—Cosas muy prodigiosas contó anoche el pastor Juan á cerca de ese torreon, y el torreon se halla como siempre lo hemos conocido, ¿qué quereis apostar á que todo lo que el pastor Juan dijo á nuestro señor ha sido una patraña?

—No pienses ni en sueño, que Juan, ni otro que valga mas que Juan, se atreva á engañar al señor.

—Pudo soñarlo y mentir sin querer.

—¡Habia de mentir Juan...! exclamó otro mas jóven.

—Nada mas facil, respondió el primero.

—Por manera que el sol ya hace rato que nos alumbra.

Y mientras asi hablaban, se acercaban á ellos, los que esparcídose habian por los collados; y el corrillo iba tomando incremento.

—Mas cómodo y mas santo me parece que nos retiremos á la villa á oir misa, porque no habreis olvidado que hoy es domingo; y porque el pastor Juan se me figura que ha mentido á sabor de su paladar.

Mas de repente todos lanzaron un grito de sorpresa, y fijaron los ojos en el torreon.

La pequeña puerta de hierro, siempre inmovil, siempre cerrada, se abrió con lentitud, y por ella salió un hombre.

—¡No mentia Juan! exclamó con admiracion uno de los criados de D. Gustio.

—Mentia y no mentia; respondió otro sin quitar los ojos del torreon; porque no es un anciano, como él dice, quien ahí estaba, sino un jóven, y un jóven gallardo y con gran lujo aderezado.

Mientras asi hablaban aquellas gentes, se hacian cruces de asombro; y con cautela, para no ser descubiertos del moro, se iban deslizando entre los enebros, con objeto de tomar una vereda, que por la otra parte del monte conducia á la Villa.

Con efecto; la persona que salió del torreon, no era, como el pastor Juan habia dicho, un anciano moro envuelto en un captan, con larga barba blanca, y arrugado gesto; era un musulman jóven, arrogante, erguido, con bigote negro, con un gracioso traje de bellos colores, recamado en pedreria; con ancha cimitarra pendiente de la cintura, y esbelta garlota en la delantera del turbante.

Este moro cerró la puerta del torreon con la misma familiaridad, que si dueño hubiera sido siempre de aquel edificio.

Y atusándose el bigote con una mano, y apoyando la otra en el brillante puño de la cimitarra, tomó el camino de Cervera.

Asi que los criados de D. Gustio se encontraron en la vereda, que el fondo surcaba de un profundo barranco, puestos á salvo por el monte que habian doblado, de la mirada del moro; alargaron el paso en tales términos, que antes de media hora se hallaron en Cervera.

Los criados del Señor del pueblo, acudieron á poner en conocimiento de su merced, cuanto habian visto; y los otros que por

curiosidad habian acompañado á los criados, hicieron circular en pocos minutos aquella noticia por todo el pueblo.

Ya Juan el pastor, que oculto seguia en el palacio de D. Gustio, no era tenido por embustero.

Ya se le admiraba, ya se creia cuanto la noche anterior habia dicho.

D. Gustio orgulloso por naturaleza; pero orgulloso en un grado superior, y acostumbrado á que los infelices vasallos que le rodeaban, lo venerasen idólatras, no podia olvidar aquellas palabras, que pronunció Juan con referencia al moro: *el lobo es valiente cuando se encuentra rodeado de corderos; pero el lobo tiembla, cuando se encuentra frente al leon.*

Sentado D. Gustio en una de las dos poltronas, que guardaban los lados de su chimenea, se decia á sí mismo algun tanto alarmado:

—¿Quien será ese hombre que de tal manera viene? ¿quién será ese hombre que de tal manera habla? pero sea quien quiera; si D. Gustio es lobo delante de los corderos, D. Gustio sabrá ser leon cuando delante se encuentre del leon.

Y arrimando mas á la chimenea la poltrona con un movimiento brusco, aplicó las manos al fuego y bajó la cabeza en ademan pensativo.

Mientras esto ocurria á D. Gustio en su cámara, triunfaba en el pueblo el siguiente raciocinio:

Si el hecho mas difícil que Juan ha referido, ha resultado verdad, fuerza es creer á Juan en todo lo demas que ha asegurado.

Y por lo tanto los padres recogieron con cautela á sus hijas, y esperaban con ansiedad que el moro entrase en Cervera, para contemplarlo aunque de lejos.

No se hizo mucho aguardar.

Las diez marcaba el meridiano de la torre de San Gil, cuando atravesando con altivez las calles de la villa el arrogante moro, que con el brillo de su trage, iba deslumbrando á los paisanos que lo miraban, entró en el portal del palacio del Señor.

Evitaremos detalles tal vez demasiado prolijos, y avanzaremos en la narracion.

Cinco minutos despues, el moro se hallaba sentado en la poltrona que se veia desocupada frente á la que ocupaba D. Gustio en su chimenea.

Despues de medirse ambos con una mirada altiva; y despues de saludarse con esa jactancia propia á dos personas, que á sobreponerse la una á la otra aspiran; dijo el moro con majestad:

—Vos sois segun me han dicho, el Señor de este pueblo?

—Señor de vidas y haciendas; pero dispuesto siempre á conceder un favor al forastero que me lo implorase.

—Laudable es á fé mia esa disposicion en un Señor de vidas y haciendas; pero guardárselas debiera el Señor para cuando hablare con personas que sepan implorar; pues yo solo sé ordenar.

En la frente de D. Gustio se vió correr una ráfaga de ira.

—Solo una persona, dijo este á luego en tono soberbio, puede órdenar al señor de Cervera y sus haciendas: esa persona es el rey.

—Y yo; contestó con arrogancia el moro.

—¡Vos! gritó D. Gustio, levantándose furioso de la poltrona.

—Yo; dijo el moro levantándose tambien de la suya, pero con el aplomo del hombre que domina la situacion; yo, que os ordeno que antes de quince minutos se cumpla este espreso.

Y sacando del bolsillo un pergamino, se lo entregó á Don Gustio.

D. Gustio lo abrió temblando de ira y leyó así:

«Nos, D. Enrique II, rey de castilla y de Leon, por la gracia de Dios, que ha querido habernos en su buena voluntad, conde de Trastamara, etc; mandamos á D. Gustio Gimenez; que como señor de vidas y haciendas, que de Cervera, por la gracia de Dios y la nuestra es; conceda franquicia á Garsi-Eben-Garsi, musulman de religion, para que con paso libre pasee dentro de la poblacion y en sus afueras.

»Tambien ordenamos y mandamos, que al dicho Garsi-Eben-Garsi; de nacion africana, se le conceda cabar y picar en el castillo del susodicho Cervera, y en cualquiera otra parte ó rincon que por la manera de estar construidos los edificios, se viniese en cuenta de que aquella fábrica ha pertenecido en otro tiempo á moros; pero esto no se estiende á las casas particulares de cristianos, que deberán ser y serán respetadas por Garsi-Eben-Garsi.

»Ansí mesmo ordenamos y mandamos, que para el acatamiento debido á la persona de Garsi-Eben-Garsi, se le permita ir acompañado de hombres de su misma religion; siempre que estos no sean pasados de cuatro; y que tambien estos cuatro hombres entren y salgan sin impedimento por cualquiera parte del pueblo y sus alrededores.

»Y es nuestra voluntad tambien que para que los vasallos se enteren de esta nuestra voluntad, la presente orden sea pregonada en las calles por el pregonero de la villa, á fuertes voces, para que se oiga bien, y acompañado de tambor ó clarin, ó como de costumbre en el pueblo se toviere.

Dado en Toledo, etc. etc.—Enrique II.»

El moro con los brazos cruzados tenia fijos los ojos en don Gustio.

D. Gustio, reprimiendo su cólera, dijo:

—El primer deber de un Señor, que por buen Señor se tenga, es obedecer puntualmente las órdenes de su monarca.

Y tirando un cordon sonó una campanilla.

—Copia este expreso, dijo á un paje que se presentó al sonido de la campanilla.

Ocho minutos despues volvió á decir D. Gustio al paje.—Que en todos los cantones del pueblo se pregone el bando.

El paje salió de la cámara.

—Y vos, tomad; prosiguió entregando á Garsi-Eben-Garsi el pergamino original; podeis pasear libremente por las calles y afueras de Cervera, acompañado de cuatro musulmanes, no de cinco; las órdenes del rey son obedecidas.

El moro hizo una leve cortesía y salió de la cámara.

D. Gustio, agitado, aturdido, se dejó caer en la poltrona de la chimenea, é hizo quemar la otra, en la que habia estado el moro.

Hasta tal punto creyó ver su orgullo avasallado!

Como el dia de que venimos hablando era domingo, las gentes estaban en corrillos por las plazas y calles, hablando los mas jóvenes, del moro, y de las aventuras del pastor Juan; y los mas entrados en edad, de la buena ó mala sementera que se preparaba aquel año.

Cuando el moro tornó á encontrarse en la calle, comenzaron á seguirlo algunos mas valientes ó mas curiosos que los demas, y marchando á bastante distancia de él para no ser descubiertos, se propusieron no abandonarlo hasta saber su paradero.

A las once en punto de la mañana se pregonó el bando á son de caja, segun costumbre que era, y aun ahora es en Cervera; y este hecho, no sin motivo, sobrecogió á muchos, y alarmó á todos los vecinos de la poblacion.

Cuando regresaron los mancebos que habian seguido al moro, se agruparon las gentes en torno suyo, preguntándoles qué habia sido de aquel hombre, y los mancebos respondieron unánimes, que habia entrado en el torreon, y habia cerrado por dentro la puerta de hierro.

Los habitantes de Cervera se hallaban asustados, el señor confundido, y las madres que hijas doncellas tenian, llorando amargamente el peligro en que sus hijas estaban.

III.

CERVERA DEL RIO ALHAMA.

Es indispensable para la buena inteligencia de la historia que estamos relatando, dar una noticia, aunque lijera, de este pueblo; y pues es el centro donde á replegarse van las pricipales escenas, escenas sorprendentes y prodigiosas que ofrecemos referir; muy justo nos parece decir de él dos palabras.

Solitario recinto, donde el viajero no detiene su marcha por considerarlo insignificante; humilde mansion apartada del mundo por interminables sierras; allá reposa con sus valles, con sus arroyos, con sus fuentes y sus ruinas, como la Vírgen desnuda que junto al tiempo que la sostiene, llora las pomposas galas que el tiempo le destrozó.

Tenderemos una mirada rápida, muy rápida, para no molestar al lector, por Cervera en el siglo XIV, y luego la tenderemos

tambien sobre él en el siglo XIX; esto es, en el tiempo en que la aparicion de Garsi-Eben-Garsi alarmó á sus infelices habitantes.

Entre dos cordilleras de montañas, áridas en sus cumbres, que cual fantasmas nocturnas se pierden en la region del Eter; verdes en sus faldas, que á las aves prestan blando lecho de flores, se levanta un peñon escarpado, alto, sombrio.

Este peñon se desprende al Norte, por medio de un barranco, de las sierras donde tiene su orígen: este peñon está cortado de alto á bajo, por la cara del Mediodia, ofreciendo un precipicio tan imponente, que á no haberlo visto una vez, la imaginacion del hombre no lo puede concebir.

Al Norte de esta peña, allá... mas abajo de su cumbre, hay una profunda cueva llamada de Marimon; en esta cueva, terrible mansion, de misterios llena para el niño y el anciano, nace el Barranco de Tollo, que marchando hácia el Oriente, lame la falda del monte.

Al medio dia de esta peña, se estiende una deliciosa vega, amena, encantadora, surcada por el Alhama, cuyas frondosas márgenes son el inmenso nido de innumerables pájaros, que producen suave armonía en tan gratos vergeles.... sí; vergeles gratos para el que en ellos se ha deslizado su infancia; seductores vergeles, mil y mil veces divinos, para el vate infelice, que entre sus flores, entre sus sombras bellas; y sus murmurantes brisas, encuentra la fuente de sus recuerdos; la urna cineraria de sus [illegible] ceres..!

[illegible] dividido en dos

tes, como las primitivas de Zaragoza, como las actuales de Córdoba y Toledo; es el reflejo del pueblo romano que abrió sus cimientos; es el reflejo del pueblo musulman, que colocó sus tejas.

Vedlo cobijado en la falda de un peñon, en cuya cumbre destacan las misteriosas ruinas de un castillo.

Es claro; la generacion que lo construyó, no queria mas que una choza donde albergarse, un castillo donde defenderse.

No así el barrio de arriba; dulce emblema de la edad en que vive, se aleja del peñon; y se pierde con sus quintas, con sus espaciosos edificios, por las frondosas márgenes del Alhama.

Abandona el castillo, como la tórtola abandona su nido cuando puede volar por el follaje de los jardines; como el águila abandona su cueva, cuando tender puede las alas por el espacio sin fin.

Y las ruinas del castillo, que sobre los dos barrios se alzan, á los dos los contemplan con dignidad.

Restos venerables de un mundo que murió; allá se despliegan cargados de tradicciones, sobre la cumbre de un monte, cual un misterio desplegarse puede sobre la inteligencia del hombre.

Este es Cervera: pueblo valiente, como que el valor está impreso por sus antecesores en la sangre que circula por sus arterias; pueblo honrado, como que la honradez es hermana del valor; pueblo fantástico, supersticioso, como que las fantasías y las supersticiones brotan á torrentes de [illegible] cuevas, de los bastiones demolidos de su cast[illegible]

Un cervera[illegible]

Si la impresion de las consejas, de los fuegos ambulones y de las voces en las tinieblas, se borrára á trabucazos; ni á fuegos ambulones, ni á consejas, ni á voces desconocidas, temeria el contrabandista cerverano.

El barrio de arriba tiene por matriz á Santa Ana, iglesia tan moderna como el barrio.

El barrio de abajo tiene por parroquia á San Gil, mezquita que fué de moros.

El peñon que separa los dos barrios, se llama La Peña de San Antonio, porque debajo de esta gigantesca mole, avanzada en su cumbre, que está fuera del equilibrio, edificó la piedad cristiana la ermita de San Antonio; y esa misma piedad cree que el Santo contiene con su virtud la peña, que de otro modo, á juzgar por su terrible aspecto, ya se hubiera desplomado.

Encima de la peña de San Antonio se descubren, perfilados en la atmósfera, los restos del formidable castillo; cuyos restos, imponen al niño de Cervera, y á la doncella, y al anciano y á la anciana.

¿Y por qué las ruinas de un castillo, han de producir tal impresion? Examinémoslas, y contestar podremos acaso á esta pregunta.

Un arquitecto diria, que á juzgar por el corte de la piedra y por el asentamiento de esta, hasta la mitad de la altura de las murallas, aquel castillo habia sido comenzado á construir por los romanos.

Un arqueólogo aseguraria lo mismo; porque son muchas las lápidas dedicadas al Cesar y á los dioses lares, las que allí se encuentran.

Pero las ajimeces, las jemelas, las ojivas, que en la mitad mas alta de las murallas se descubren; hacen creer que los moros concluyeron ese castillo.

Un anticuario confirmaria tambien cuanto hemos dicho, porque asi lo revelan las inscripciones que en él abundan; y al observar sus vastas dimensiones, sus murallas, sus fuertes contramurallas, sus fosos y bastiones; afirmaria sin temor de equi-

vocarse, que en tiempo de los árabes, habia sido alcudia de primera clase.

Pero nosotros, que ni somos arquitectos, ni arqueólogos, ni anticuarios; nos limitaremos á decir, que aquel castillo ha debido ser muy grande; que hoy solo se ven ruinas, torres al hundirse, algives enronados; escaleras enterradas, las cuales se ignora á donde conducen, y á cerca de cuyo paradero se habla mucho; muchos escombros, mucha yerba que ha nacido sobre los escombros; muchas tradiciones que han brotado entre la yerba y entre los escombros.

...¿Veis aquella ranura que presenta en su borde la ojiva, que dá entrada al torreon del homenaje? pues dicen los ancianos de Cervera que aquella ranura la abrió en un par de coces el caballo de Santiago, cuando allá fué persiguiendo á los moros.

...¿Veis aquella pila abierta á pico en otra piedra enclavada al fin de una muralla? pues dicen los mismos ancianos que es el pesebre donde comió el caballo de Santiago.

...¿Veis aquella gran concavidad á manera de taza, abierta en la roca viva? aseguran que rodeada de flores en otro tiempo, servia de baño á la hermosa princesa del castillo.

¡Ay...! y cuánto se habla de esa malhadada princesa! ¡Qué cosas tan prodigiosas de ella se cuentan...!

Si por la parte de Occidente nos asomamos á la muralla y miramos al Norte, se perderá la vista en un precipicio de cien varas, al fin de cuyo precipicio veremos la cueva de Marimon, morada en otro tiempo segun afirman, de un alquimista moro.

En la cueva de Marimon comienza el barranco de Tollo, y en el barranco de Tollo comienzan las primeras casas de Cervera, que luego dan la vuelta á la peña, y buscan el Mediodia.

Si trepando ruinas y salvando abismos, nos colocamos en el punto mas alto del castillo, bajaremos á una gran concavidad proyectada en la tierra; y en la roca que forma uno de los hastiales de esta concavidad, aparece la cueva de la Luna.

¡Oh...! la cueva de la Luna es la palabra de terror para los niños de Cervera.

Consiste en un subterráneo abierto á pico, cuya boca redonda mira al Norte, y él se estiende diez varas al Mediodia. Aquí se hace mas angosto y se tuerce á la izquierda; todavia se hace aquí mas angosto; y los atrevidos que con luces en las manos han osado penetrar alguna vez mas adentro, aseguran que hay en el suelo un agujero que antes debió ser muy grande; pero que los hundimientos han reducido mucho.

Aseguran tambien, que por este agujero sale una corriente de aire húmedo; y que si por dicho agujero se tiran piedras, se oye un ruido interrumpido, que se debilita por grados, hasta perderse en la nada, cual si la piedra cayera por una escalinata sin fin.

Esta es la cueva de la Luna.

No se sabe cuál fue el papel verdadero que desempeñára en los bellos dias del castillo; ¿pero si hemos de dar crédito á los ancianos, no debemos pasar de noche junto á ella, porque su influjo es maléfico; pues aunque ya su fatídico destino, tal vez se haya cumplido; sin embargo, en tiempos anteriores, es cosa por muy cierta tenida, que tan pronto como la luna asomaba en el horizonte, salia de esta cueva una sombra; la sombra de una mujer, que con paso macilento se paseaba en ciertas horas por las solitarias esplanadas del castillo.

No sabian á punto-fijo los antiguos quién pudiera ser dicha sombra; mas por ciertos relatos que habian oido á los mas antiguos, conjeturaban, y conjeturaban bien, que era la sombra de una princesa mora, que un mal genio encantó con su mágia en aquella cueva.

Y como la fatídica sombra aparecia solo cuando la luna asomaba su disco en el horizonte; sin duda que por eso llamaron á la tal cueva, La cueva de la Luna.

En nuestro siglo, tan poco aficionado á fantasmas ni sombras, aunque sombra y fantasma es el dinero, se ignora si la sombra de aquella mujer continúa apareciéndose; mas aunque esto se ignore y no se crea, aun se habla con respeto en el pais de la mora encantada en el castillo de Cervera.

— Si desde lo mas alto de este célebre castillo, dirigimos la vista por el Norte, encontraremos á la otra parte del barranco de Tollo, una frondosa colina, en cuya cumbre se levanta una graciosa ermita, rodeada de árboles, y conocida entre los habitantes de Cervera, con el nombre de La Virgen del Monte.

De origen misterioso esta ermita, nace entre aquellos árboles cual la violeta entre las flores de la pradera; y los habitantes del pueblo buscan esta violeta con empeño; porque dicen que los perfumes que exhala, suavizan los dolores del alma, y templan las amarguras del corazon.

La fé que los hijos de Cervera tienen en la Virgen del Monte es sincera; su devocion es grande; y no puede menos de ser así, porque grande es el misterio que envuelve á todas las ceremonias, que en este templo, por las generaciones ya muertas, se tienen establecidas; pues si al ruiseñor se le escucha con mas placer por gorjear entre frondosos bosques, y en el silencio de placenteras noches; á la Virgen del Monte se la venera con tanta mas ilusion, por perderse su origen en la sublime noche del tiempo que pasó.

Sobre uno de los ángulos de esta ermita, se levanta un sencillo campanario; en el otro ángulo nace una asta que todo el año sostiene una bandera blanca.

Esta bandera es el gran misterio de la Virgen del Monte, es el dique donde se estrellan las tradiciones del pueblo.

...¿No es estraño? ¿no es espresivo... mil y mil veces espresivo para el hombre pensador, que frente á un castillo de Mahoma, se levante un templo de Cristo? ¿que frente á unas mustias ruinas, se alce una flotante bandera, como se alza una flor sobre una tumba; como la vida brota sobre la muerte?

...¿Quién construyó esa ermita? pregunta el viajero á los cerveranos.

...No lo sabemos; responden los cerveranos encojiéndose de hombros.

...¿Qué representa esa bandera blanca?

...Tampoco lo sabemos; vuelven á responder encojiéndose de

hombros; nada de esto nos dijeron nuestros padres; ni á nuestros padres se lo dijeron los suyos.

Y sin embargo, el origen de esta bandera debe ser importante: ¿quereis convenceros de ello, lectores? acudamos á una fiesta de Cervera.

El dia mas santo del año; el dia de la Ascension de Cristo á los cielos, se celebra misa solemne en la parroquia de San Gil.

Antes de comenzar la misa, un acólito presenta en el altar una bandera blanca con una cruz en medio, bordada en seda azul.

El sacerdote tiende esta bandera sobre la losa sepulcral, y sobre la bandera celebra la misa; concluida la cual, enarbola aquella en una asta, y á presencia del ayuntamiento, la entrega al procurador del pueblo.

A las diez en punto de la mañana, echan á vuelo las campanas de San Gil.

Los esquilones de la Virgen del Monte, responden con su voz de tiple á esta señal; y en medio de tan alegre repiquete de campanas, que en todas direcciones hienden el aire y que el eco repite multiplicándolo al infinito, sale de San Gil una solemne procesion, acompañada por el ayuntamiento, y por una numerosa concurrencia; muy numerosa, porque mucho es lo que á los hijos del pueblo agrada esta funcion.

Amantes como son, de sus glorias pasadas, los encanta; frenéticos por lo maravilloso, los seduce.

Cantando el cabildo el himno que comienza, *salutis humanæ sator*, se va remontando la procesion por sinuosas callejas con la bandera enarbolada, hasta llegar á la ermita.

El capellan de la Virgen sale entonces á recibirlos en traje de altar; y mientras los esquilones celebran á porfia con sus ecos metálicos esta ceremonia; y mientras los pájaros cantan en los tomillos, y las brisas de Mayo soplan dulces y vivificas, el procurador del ayuntamiento entrega la bandera al capellan; el capellan le dá en cambio un estandarte; y cantando la letania gene-

ral, vuelve la procesion á colocar este estandarte en la Iglesia de San Gil, donde lo tomó.

Pero mientras la procesion baja por las callejas; y sin que cesen de repicar las campanas de San Gil, ni de voltear gallardos los esquilones de la Virgen, trepa el capellan al tejado, arranca la bandera del año anterior, destrozada por los huracanes de invierno; y coloca la nueva, blanca, flameante, que entre las delicias de un dia esplenderoso, comienza á tremolar mecida por el ambiente puro de Mayo.

Entonces callan las campanas; callan los esquilones; porque la funcion ha concluido.

¿No es admirable este cambio? ¿no aparece esta fiesta llena de poesía? ¿por qué causa, con que fin, se cambia el estandarte por la bandera? nadie lo sabe.

¿Por qué incesantemente, ondula aquella, sobre la ermita de la Virgen del Monte? nadie lo sabe.

Nadie lo ha sabido nunca, ni nadie lo sabria hoy, si no hubiera ocurrido una estraña casualidad, que rasgó el velo de los tiempos.

Lo único que sobre este punto se dice en Cervera es, que el año en que la bandera de la Virgen del Monte no se renueve, ó no se renueve con la solemnidad acostumbrada, será un año de terror para la villa; porque ni parirán las mujeres, ni pasto daran los montes; ni fruto los árboles; ni las mieses llegarán á sazon; ni por los arroyos correrá agua; ni agua brotará de las cristalinas fuentes.

Una legua distante de Cervera; en los límites de Castilla y de Navarra, se estiende una deliciosa vega rodeada de montañas, donde la Naturaleza brilla con todos sus encantos.

Las matas de olivares, los árboles frutales, las plantas aromáticas, despliegan alli sus aromas, sus colores, su frondosidad...

Alli trinan á porfia los pájaros mas variados; y las nubes al surcar aquella atmósfera diáfana, aceptan formas caprichosas, los mas graciosos perfiles, para dar sin duda mas grato aspecto á aquel cuadro encantador.

Entre los árboles, entre las matas, entre las flores, se deslizan en blanda corriente dos rios, el Alhama y el Linares que allá juntan sus aguas, amenizando con sus suaves murmurios, la floresta; y para que los contrastes den la última pincelada á tan bello panorama; á la márgen del rio, junto á un bosquecillo de sauces y manzanos, se levanta silencioso y taciturno un antiguo torreon.

Este torreon se llama el palacio del moro Garsi.

Hasta hace muy poco tiempo se ha encontrado cerrada su pequeña puerta de hierro, y con mucho respeto era por todos mirada.

Hoy la puerta está abierta; y obligó á abrirla un incidente raro, que á su debido tiempo conocerá el lector.

He aquí Cervera en el siglo XIX.

Lo hemos presentado, aunque á grandes rasgos, con su historia, con sus tradiciones, con sus monumentos.

Algo mas pudiéramos decir del caracter festivo y arriesgado de sus habitantes, de sus danzas y de la pureza de su clima; pero lo omitimos por no considerarlo necesario á la buena inteligencia de la portentosa historia que vamos á relatar.

En el siglo XIV presentaba Cervera un aspecto muy diferente.

No existia mas pueblo que el bario de abajo, replegado en torno de su iglesia; y algunas casas en el barranco de Tollo, entre las que se dejaba notar por su gran buque la del Señor de vidas y haciendas, cuya casa aun se conserva hoy.

Todos sabemos que en la sangrienta guerra, que sostuvieron por aquel tiempo, los dos hermanos D. Pedro I y D. Enrique, conde de Trastamara, por disputarse ambos el derecho á la corona de Castilla y de Leon; compró D. Enrique la ayuda de muchas tropas y de muchos grandes; y tambien sabemos todos, porque cosa muy conocida en nuestra historia es, que tan luego como aquellas guerras concluidas fueron, D. Enrique se presentó con las personas que le habian servido, tan liberal en la donacion de pueblos, que por ello se le llamó desde entonces, Enrique el de las Mercedes.

Pues bien; D. Gustio Gimenez, aunque de origen oscuro, habia dado pruebas de valiente guerrero; con mucho ahinco habia defendido la causa de D. Enrique, y muchas veces habia espuesto su vida por defenderla; por lo cual, el rey premió luego sus servicios haciéndolo noble, y nombrándolo Señor de Cervera con jurisdicion sobre vidas y haciendas.

Este es el señor que conocimos, cuando con asombro de los cerveranos entró en el pueblo el arrogante moro Garsi-Eben-Garsi.

Y como hemos visto que D. Gustio era de nacimiento oscuro, podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que en esto consistia el que de contínuo se presentára tan altivo y tan vanamente orgulloso; pues es una verdad, que asi sucede, aunque debiera suceder lo contrario; porque nadie mejor que el que ha sufrido males y miserias, debe socorrer en sus hermanos la miseria y lo males que estos sufren.

El pueblo de Cervera en aquella época se encontraba mas humilde, mas reducido: aun no se habia formado el barrio de arriba; no se habian estendido los edificios por las márgenes del Alhama; continuaban oprimidos por el peso del peñon, como sus habitantes lo estaban por la tiranía de su señor.

El barrio de arriba, ese pintoresco barrio, que entre bellos jardines se dilata por las márgenes del rio, mas bello todavia que los jardines que con sus aguas riega; comenzó cuando el hombre comenzó á pensar con libertad; cuando algunos siglos despues, mataron los reyes el poder de los señores, y al hombre le dejaron levantar la cabeza, y retirarla del suelo, á donde el Señor se la inclinaba inhumano.

Tampoco entonces existia la ermita de la Virgen del Monte, ni la bandera que sobre la ermita tremola.

Pero si en el siglo XIV estaba Cervera mas miserable, mas reducido y servil; se desplegaba su castillo mas entero, sus tradiciones mas puras.

Sobre los escombros que hoy se perciben en la cumbre de la peña de San Antonio, se veian entonces murallas almenadas, relieves, torres, bastiones, escaleras; y no como ahora, entonces

decian: — «Se creé que en otro tiempo aparecia una sombra entre las ruinas del castillo» no; en aquel tiempo se creia esto; en aquel tiempo decian las gentes — «De la cueva de la Luna sale una mora encantada todas las noches; yo no he visto esa sombra porque verla temo; pero la han visto tal y tal anciano, que de mucho crédito tienen palabra.»

Entonces el torreon que hoy se llama del moro Garsi, estaba sin nombre; su pequeña puerta de hierro siempre se habia conocido cerrada; de su interior se contaban mil quimeras; y hé aquí porque tan grande asombro produjo en el ánimo del pastor Juan, en el ánimo de D. Gustio, y en el de todo el vecindario, que un moro abriera aquella enmohecida puerta, y elijiera aquel torreon para su palacio.

Hemos tendido una rápida mirada sobre Cervera en el siglo XIX, y en el XIV, segun ofrecimos; continuaremos pues nuestra historia.



IV.

LOS CINCO MOROS.

Don Gustio Gimenez era orgulloso por naturaleza, y mas orgulloso por las circunstancias; porque habiéndose mecido su cuna bajo un humilde techo; habiéndose deslizado su infancia en el seno de la oscuridad; al encontrarse con un escudo y con el título de SEÑOR DE VIDAS Y HACIENDAS, título denigrante, usurpacion vil del derecho natural, que los reyes concedieron un dia á sus paliaguados, y que felizmente la sociedad moderna solo puede ya conocer leyéndolo en los fastos de antiguas historias; se encontraba henchido de placer, se creia superior, de un índole distinto á cuántas personas le rodeaban; y no salia nunca de Cervera, cuyos habitantes inocentes y dóciles, obedecian con veneracion sus mas caprichosos mandatos.

De este modo la voluntad de D. Gustio se hizo soberana, y al

encontrarse de súbito con un musulman gallardo, arrogante, cubierto de oro y pedreria; que le para frente, que desprecia su altivez; y que le manda, porque órden espresa trae del rey para que se le obedezca; el señor de Cervera hierve en encono; pero su altivez, le obliga á disimular aquel encono, y D. Gustio obedece la voluntad del Soberano, con el despecho amargo, conque el reo pone su cuello en el cruento tajo.

La aparicion del moro Garsi-Eben-Garsi fue crudo torcedor para el alma de D. Gustio, que esperaba con impaciencia saber cuál era el objeto, que al moro guiado habia á Cervera.

Este mismo deseo animaba á los habitantes de la villa; pero no como D. Gustio era por orgullo, todo lo contrario; cándidos pastores, sencillos campesinos sin instruccion, embebidos en rancias consejas, que en aquel siglo á todos preocupaban la mente; ansiaban ver el fin de la llegada del moro; porque á lo menos, lo creian uno de los antiguos magos de Egipto, que en un soplo ó en una mirada, iba á hacer que Cervera desapareciese de la tierra.

Y si bien se examina la cuestion, no carecian de fundamento para temer algo; porque Juan, Juan el pastor habia dicho que el moro con quien habló en los montes de la Gabardilla al comenzar una noche oscura, era un anciano con barba blanca; que el hombre que habia entrado en el fatídico torreon, era un anciano con barba blanca; y sin embargo, el hombre que del torreon salió, segun todos habian visto, era un jóven gallardo, con bigote negro.

—¿Qué se ha hecho del anciano que entró en el torreon? se preguntaban unos á otros, los habitantes de Cervera: ¿cómo ha podido salir ese jóven, si nadie lo ha visto entrar? ¿tiene ese torreon la secreta virtud de trasformar las personas?

—Aun es eso lo de menos; respondian otros; ¿quién es este moro, que segun cuentan los pajes, le mandaba á D. Gustio; y D. Gustio estaba delante de él, de la manera que nosotros estamos delante de D. Gustio?

Así esclamó uno de los muchos pastores y campesinos, que formando grupo estaban en la entrada de la plaza.

Tal esclamacion motivó entre ellos el siguiente diálogo:

—Será algun príncipe de Africa, que vendrá con secreto designio.

—O algun espíritu en forma de moro, que Satanás envie á recorrer la tierra.

—Bien estan nuestras mujeres y nuestras hijas cerradas en casa.

—Mientras ese príncipe ó espíritu no se aleje de Cervera, no pisarán la calle.

—Dicen que veinte dias con veinte noches piensa pasar en la villa.

—Pues veinte dias con veinte noches nuestras hijas y nuestras mujeres cerradas continuarán en casa.

—Y veladas por sus padres y por sus maridos.

—Con grande celo.

—Y con cautela.

—Porque el pastor Juan ha asegurado que mucho ahinco tenia el moro en que le llevase una doncella para criada.

—De quince ó diez y siete años.

—Y que hubiese nacido en Enero ó Marzo ó Mayo, y que si posible fuera tuviese los ojos negros.

—Como si nosotros tuvieramos las hijas de nuestros corazones para entregarlas á los moros, que son perros malditos de Cristo.

—Y todos ellos condenados.

Asi hablaban los infelices, mientras apoyándose en sus cayados tomaban con anhelo el sol.

Cuando mas absortos seguian en sus cavilosas pláticas, se acercaron á ellos dos mozos robustos, que á buen paso cruzaban la calle.

—Hola compañeros; dijeron á los pastores, parándose junto á ellos.

—Hola amigos; respondieron abriendo el círculo para que los dos mancebos entrasen en corro ¿cómo está vuestro amo, nuestro Señor?

Aquellos mancebos eran criados de D. Gustio.

—¡Cómo ha de estar!... respondieron; desde que á solas platicó con ese moro ó demonio, está triste, cabizbajo: cualquiera diria que tiene miedo.

—¿Quién será ese prójimo? esclamó el mas anciano de los pastores, meneando la cabeza con desagrado, y mirando á los demas.

—Qué pajarote será él; repuso otro, cuando D. Gustio lo teme.

—Y que se hace el pobre Juan? preguntó un jóven.

—Allá está, respondió un criado sonriendo; en todo el dia sale de la cocina temblando de miedo.

— No es para menos el caso; y luego si es cierto lo que dicen...

—¿Qué dicen? repitió uno de los criados de D. Gustio.

—Que ese moro preguntó por él.

—Vaya si es cierto... contestó el mismo criado; á mi fue á quien preguntó.

—¿Y qué dijo? exclamaron á un tiempo con ansiedad varios pastores.

—Me dijo poco; pero me asustó mucho.

Los pastores escuchaban con avidez.

—Cuando yo subia las escaleras, él bajaba: yo me aparté á un lado para que pasase; porque todo lo ocupaba con su ancho manto de oro; pero él en vez de pasar, se cuadró delante de mí; y echándose la mano al puño de la cimitarra, y mirándome con ojos de leon, me dijo en tono arrogante: «Oye villano, conoces al pastor Juan?» «Alguna vez lo he visto» respondí yo temblando. «Pues dile que vaya al torreon para pagarle lo que le prometí» «Bien señor» «Díselo, y que si no va, iré yo á cobrar lo que él me prometió» Y siguió bajando las escaleras.

—No quisiera yo hallarme en el pellejo de Juan; dijo un pastor.

—Bien seguro es! contestaron varios.

—Y qué haceis aquí parados? preguntó á los pastores uno de los criados de D. Gustio.

—Aquí estábamos tomando el sol; contestó un anciano: por-

que como es domingo, hemos encargado las cabras á los zagales.

—Y del moro platicábamos cuando os habeis llegado; que es de lo que hoy en todas partes se platica; contestó otro.

—Dejaos estar de pláticas, dijo un criado, y veníos con nosotros.

—A dónde vais? preguntaron diferentes pastores.

—Vamos de órden del señor, á apostarnos en las cumbres de los montes de la Gabardilla, y á no perder de vista el torreon en todo el dia; conque vamos allá.

—¿Vamos? preguntaron unos á otros.

—Vamos: se respondieron ellos mismos.

Y criados y pastores comenzaron á andar en tropel.

Media hora haria que en grata conversacion, caminaban por las encantadoras veredas que surcan la vega de aquel pueblo, entre cristalinos arroyos y corpulentos árboles, cuando se encontraron á dos campesinos, que caminaban en direccion contraria á ellos.

—Dios os guarde, hermanos; les dijo uno de los criados de don Gustio, parándose al llegar á ellos; venis de la Gabardilla?

—De la Gabardilla venimos.

—Habeis visto el torreon?

—De eso mismo hablábamos el compañero y yo; porque el moro bajaba no hace mucho por la vega; ha abierto la puerta del torreon, ha entrado en él y lo ha cerrado por dentro.

Los pastores se miraron unos á otros.

—Lo habeis visto?

—Lo hemos visto.

—Nada mas de lo que hayas visto digais; porque en nombre de nuestro amo vuestro Señor, os lo pregunto.

—Si solo este mensage os trae por esa vega, volveos y decidle á vuestro amo nuestro señor, que el moro está dentro del torreon.

—No podemos volvernos, aunque por mi parte de buen grado lo haria; porque órden nos ha dado el Señor de que hasta bien entrada la noche no apartemos la vista del torreon.

—Pues entonces andad con Dios á cumplir con vuestro deber;

respondieron los campesinos: os hemos dicho de buena fé, lo que nuestros ojos vieron desde el monte.

Y cada grupo tornó á seguir su camino.

Media hora despues, los pastores, y los criados de D. Gustio estaban sentados en la cumbre de una colina contemplando incesantemente el torreon, que silencioso, sombrio, imponente, se levantaba en medio de una deliciosa vega.

—Lo mismo está que siempre; murmuró uno de los criados.

—Lo mismo; repitió con misterio un anciano pastor: la puerta cerrada, las aspilleras abiertas; los gorriones chicharreando en el alero del tejado.

El dia en que esto ocurria, era uno de esos opacos de Octubre, en que las hojas comienzan á desprenderse de los árboles; en que el cielo se cubre de espesas nubes; en que las aves pasageras cruzan raudas el horizonte buscando climas benignos, y en que el viento equinocial sopla con ímpetu, arrancando ecos plañideros de las piedras, de los árboles, de lo profundo del valle.

Trascurrió todo el dia sin que en el torreon se observase nada, absolutamente nada.

Las sombras de la noche se iban esparciendo melancólicas por la Naturaleza, y el huracan rasgando las nubes, que en su paso veloz descubrian por intérvalos una luna plateada sobre un firmamento azul; cuando los criados de D. Gustio y los pastores que los acompañaban, se pusieron en pié con objeto de retirarse á la villa.

Despues de algunos momentos de plática sobre el particular, que entre ellos se cruzó, comenzaron á andar, mas un ruido estraño detuvo su paso.

Sintieron el lejano crujir de una puerta de hierro, que con dificultad girara sobre su quicio.

Todos los del grupo se alarmaron; y algun tanto sobrecogidos, todos fijaron la vista en el torreon, pensando que allí naceria el ruido que habia llegado á sus oidos.

Y no se engañaron en verdad; porque al fijar los ojos en el torreon, encontraron la puerta abierta.

Aguardaban impacientes que saliera el moro jóven, gallardo; cuando en lugar del moro salieron cinco; uno tras otro, que dos pasos el primero del segundo, y el segundo del tercero, comenzaron á marchar con la cabeza baja por senderos, poco usados que la vega cruzaban.

—Salen cinco! exclamó aterrado uno de los pastores.

—Serán sombras de la noche: exclamó otro, no menos sobrecogido.

—No son sombras! exclamó en tono quejumbron el mas anciano; son seres vivientes que se mueven; miradlos como pasan el arroyo.

Y llevan armas al hombro! exclamó otro, que brillan á la luz de la luna.

El que esto dijo no se engañaba; porque si el primero de los moros, iba con los brazos cruzados y la cabeza erguida; los otros cuatro marchaban con la cabeza baja, y grandes picos ó azadones al hombro.

—¡Mucho maleficio hay en esto! exclamó el mas anciano de los pastores.

—Vamos á dar aviso al Señor? dijo uno de los criados.

—Vamos corriendo: respondió el anciano pastor; porque caso de conciencia es poner en noticia del Señor lo que hemos visto.

—Y en noticia del cura: gritó otro pastor casi tan anciano como el primero.

Hablando asi, echaron á correr hácia el pueblo por un camino mas corto que el que llevaban los moros, ó las sombras, ó los espíritus de Satanás; porque adivinar no podian las gentes, el poder que dentro del torreon se acumulaba; pues entraba un moro viejo y salia un moro jóven; entraba un moro jóven, y salian cinco moros.

Tales reflexiones se hacian los habitantes de Cervera, y aca-

baban por convenir en que solo con anuencia de Satanás, todo aquello podia verificarse.

Y al pensar asi, exclamaban llenos de dolor:

—¡No en vano nuestros antecesores temian que ese torreon se abriera!

Cuando D. Gustio supo lo que sus criados habian visto; á pesar de su constante impasibilidad, mudó el color; y creyendo tal vez que delirio de sus criados y de los pastores fuera, lo que referídole habian estos, quiso enterarse por sí mismo de la verdad que aquellos cuentos encerraban.

D. Gustio pues, acompañado de su servidumbre, marchó á apostarse en la cima de un monte frente al castillo, desde el cual se veia la vega, por donde los cinco moros ó sombras tenian que pasar.

Como esta noticia circuló rápida en el pueblo; otras muchas personas salieron de sus casas, y se apostaron en diferentes montes y colinas.

Y cual si el firmamento ayudar quisiera con sus antorchas aquellas atemorizadas gentes, huyeron las nubes al impulso del viento de tramontana, que sopló de repente; y una luna clara, que majestuosa se mecia en la alta region del Eter, esparció benéfico fulgor sobre la tierra.

—Allá están... gritó un criado del Señor.

Con efecto; allá se descubrian los cinco seres, tal como nosotros los vimos al salir del torreon; el uno tras el otro, con la cabeza erguida el primero; con la cabeza baja y picos al hombro los demas.

Los picos de estos brillaban amenazantes á la luz de la luna.

Se apoderó de los espectadores al descubrirlos, incluso Don Gustio, un terror tal, que apretándose los unos contra los otros, los miraban sin hablar palabra.

Entre tanto, las sombras macilentas sin variar de postura, iban subiendo con lentitud por las cuestas del castillo.

Y era cosa de ver como los cerveranos temblaban en aquel momento.

Llegaron á las murallas, y sin alterar un punto sus simétricas distancias, ni su paso, ni su ademan, entraron por una pequeña ojiva; y cual si fueran los génios de las ruinas, se perdieron infiltrándose uno tras otro en los escombros del castillo.

Silencio profundo sucedió á esta desaparicion.

Los espectadores se miraban unos á otros sin artícular palabra.

La luna, surcando los espacios del hombre desconocidos, se iba aproximando con majestad al horizonte.

Luego se oyó dentro del castillo un ruido seco; ruido que retumbó primero en los restos de seculares galerias; ruido que retumbó despues en las cavernas y crestas de los montes inmediatos.

Aquel ruido fue semejante al que produce un pico si hiere con fuerza una pared resistente.

Asi lo comprendieron los cerveranos; pero infelices los de aquel tiempo ¡qué cosas pensaron de aquel ruido! ¡qué sombras tan amenazadoras asaltaron su espíritu!...

Nadie se atrevió á decirlo.

El miedo ofusca el pensamiento; y el pensamiento ofuscado, se avergüenza de comunicarse á los demas.

Al primer golpe sucedió otro mas fuerte; á este fuerte sucedió otro mas débil; y los golpes comenzaron á escucharse ya en distintos tonos, á compás, y sin interrupcion de tiempo, como si por intérvalos iguales se hiriese en una sólida muralla, con cuatro picos de distinto calibre.

—¿Qué opina de esto el Profeta? preguntó D. Gustio mirando á uno de los que habia á su lado.

La voz de D. Gustio animó á los circunstantes, que casi respiraban comprimidos por el terror.

Era el Profeta un anciano venerable, de ciento y siete años; por lo tanto, el mas viejo del pueblo, que habia vivido treinta años cautivo en tierra de moros, y que habia sido rescatado con el dinero que por él dió un cierto peregrino, por cuyas circunstancias se le consideraba mucho en el pueblo.

—Vuestro vasallo, Señor, opina, respondió el profeta; aunque

muy difícil es opinar en este asunto, porque muchas son las conjeturas que se presentan de golpe á la mente; que ese moro que tantas formas toma; presentándose, como se ha visto, ya viejo y barbudo, ya jóven y hermoso, es el padre, ó el abuelo de la princesa encantada que todas las noches se aparece en sombra por esas ruinas; cuyo padre ó cuyo abuelo se ha levantado ahora del sepulcro, y acompañado de cuatro espíritus que por orden de Satanás le siguen; dan rabiosos esos golpes en los hastiales de alguna caverna para desencantar su hija ó su nieta, la princesa encantada. Tambien opina, Señor, vuestro siervo, sin saber por eso en cuál de las dos opiniones acertará; que ese moro sea acaso el príncipe malvado que los antiguos decian que encantó á la princesa, porque, pura de corazon, no quiso ceder con él á un mal deseo; el cual príncipe venga ahora con permiso de Lucifer, de Belcebú ó de Asmodeo, á constreñir mas á la mora, para que mas tormentos padezca en su encantado vivir. Todo esto opina vuestro siervo, Señor; pero no responde de que nada de cuanto opina cierto sea.

Al pronunciar las últimas palabras el Profeta, hizo la casualidad que la luna se hundiese en el horizonte, y que la tierra quedára sumergida en espantosas tinieblas.

Entonces los cerveranos que en el monte estaban; porque todos se habian reunido junto á su Señor, impelidos sin duda por el miedo, se levantaron á un tiempo, y con paso lijero se dirigieron á la poblacion.

Cuando hubieron doblado la falda del monte, en cuya cumbre nace el castillo, aun se oian lejanos, vagos, pero mas imponentes y misteriosos los acompasados golpes de los picos.

No hay que avanzar demasiado en nuestras conjeturas: Don Gustio no creia nada de lo que el Profeta habia dicho; pero creia porque no podia menos de creer, que aquel musulman era un hombre de importancia, cuando del Rey cristiano habia conseguido la orden que habia leido él mismo; y sentado en la poltrona de su chimenea la noche que bajó del monte, agitó en demasia su mente cavilando sobre aquel particular.

En cuanto á los habitantes del pueblo, sucedió todo lo contrario; pastores y campesinos unos y otros, inocentes y sin instruccion alguna; almas cándidas embebidas en las bárbaras supersticiones de aquel tiempo, creian con fe sincera, cuanto el Profeta habia dicho cuando preguntado fué por D. Gustio; y ya iban mas allá en sus juicios, pues reunidos varios ancianos en el pórtico de la iglesia para entrar á misa un domingo, no faltó quien dijera:

—Es tan cierto lo que oimos de boca del Profeta, que conviene exactamente con lo que aseguró Juan el pastor. No hay duda, amigos mios; este moro es el padre ó el abuelo de la mora encantada que resucitado por obra de Satanás ó de Belcebú, viene á desencantarla, y si le pidió á Juan con empeño tan grande, una jóven doncella de tal y tal condicion, fué porque su hija ó nieta tendria esas mismas condiciones, y al celebrar el pacto con Belcebú ó Satanás, habrá convenido en dejar encantada en lugar de la doncella que desencantaba, otra doncella de iguales circunstancias.

—¡Dice bien! esclamaron á una voz todos los que le rodeaban.

—Padres que teneis hijas doncellas; esclamó conmovido el anciano que habia hablado; cuidad de las doncellas, vuestras hijas.

El pánico que se apoderó de Cervera fué estraordinario; nadie salia de casa por la noche; las zagalas no acompañaban los ganados; ni como otras veces, con dulces cantos herian los aires; y antes de ponerse el sol los zagales mismos iban á cerrar los rebaños en los corrales del pueblo.

¡Ay! A D. Gustio le dolia todo esto; y bien hubiera armado sus vasallos, atacado y destrozado aquellos cinco moros, desvaneciendo asi las aprensiones del pueblo; pero traian una orden del rey para que fuesen obedecidos; y mas queria D. Gustio manifestar á los ojos del pueblo un miedo á seres sobre naturales que no sentia, que confesar humillado su orgullo de hombre ante otro hombre.

De este modo trascurrieron siete dias.

El señor D. Gustio habia intimado bajo severísimas penas, á

todos los pastores y campesinos del pueblo, la orden terminante de que todas las mañanas fueran á darle cuenta de cuanto hubieran visto en el campo acerca del misterioso moro; y como los pastores y los campesinos tan gran respecto y temor tenian á Don Gustio, la cumplieron con la mayor escrupulosidad.

Esta orden se dió, corriendo los aguaciles de casa en casa, la misma noche en que subieron á observar á los estranjeros; y la mañana siguiente, no bien se habian abierto las puertas del palacio del Señor, se presentó un pastor y dijo: que cuando él subia de Navarra, que era la hora en que la estrella matutina asomaba en el horizonte, los cinco moros entraron en el torreon y cerraron la puerta de hierro.

Durante el dia no se observó nada: las gentes se entregaron á sus faenas, pero se recojieron temprano por la noche.

La mañana siguiente acudieron dos campesinos al palacio de D. Gustio, y dijeron; que la noche anterior no habian entrado los moros en las ruinas del castillo; que toda la noche habian estado cavando en la colina que hay enfrente; que se habian retirado antes de amanecer; y aunque no se habian ellos acercado al hoyo por temor, se conjeturaba por el monton de tierra que junto al hoyo se descubria, que aquel debia ser muy profundo.

Al otro dia se presentó un zagal en el palacio de su Señor, y dijo: que la noche anterior, tan pronto como la luna apareció en el horizonte, se encontraron los cinco moros en los peñascales, qué forman la boca de la cueva de Marimon; que el mas jóven y mas gallardo, que por el lujo de su traje, y altivez con que mandaba, parecia el Señor de todos, tenia un papel en la mano; que miraba este papel á la luz de la luna; luego tomaba medidas en la pared; y los otros picaban donde el primero habia señalado.

Hemos dicho que de este modo trascurrieron siete dias.

La noche del sétimo; serian próximamente las diez cuando se hallaba D. Gustio sentando en la poltrona de su chimenea platicando con el Sr. Cura, que de continuo le hacia la tertulia á aquella hora.

En esto se presentó en la cámara un criado y dijo:

—Señor, un anciano desea hablaros, porque dice que nuevas importantes trae á cerca de los moros.

—Qué entre: respondió el Señor.

Y presentándose el anciano ante D. Gustio y el cura; y despues de las formalidades indispensables en aquel tiempo para que el vasallo hablara á su Señor; se espresó en estos términos:

—Volvia yo al oscurecer de Navarra con mi hijo, y al descubrir el torreon, me ha dicho asi: «Esta mañana al brillar la aurora he visto entrar en ese torreon los cinco moros, y cerrar la puerta; qué bueno fuera, padre, que ahora los viéramos salir?«

Aun no habia pronunciado mi hijo las ultimas palabras, cuando se abrió la puerta del torreon; mas en lugar de ver salir los cinco moros, solo vimos un anciano, con larga barba blanca, y con un ancho turbante metido hasta la nuca: cerró la puerta con cerrojo y cuando nosotros esperábamos verlo dirijirse á Cervera, se encaminó vega adelante, y comenzó á subir los montes de la Gabardilla, como quien se aleja de nuestra jurisdiccion. «Pues y los otros cuatro? esclamó mi hijo sorprendido. «Se habrán quedado en el torreon» respondí yo tan sorprendido como mi hijo. Y como tenemos orden dada de avisar á nuestro Señor cuanto sobre este particular por nuestros ojos viéramos, he venido á deciros lo que mis ojos y los de mi hijo han visto.

Asi hablaba el anciano en la cámara de D. Gustio; cuando entró otro paje y dijo á este:

—Señor; un pastor desea hablaros; porque nuevas importantes tiene que comunicaros.

Don Gustio y el cura se miraron confundidos; y cuando despues de dado su permiso, salió el paje y entró el pastor, le preguntó D. Gustio.

—Y tú qué has visto?

—Yo he visto mucho, Señor; respondió el pastor colocándose junto al anciano, que tambien escuchaba al pastor con interes. Salia yo, Señor, de mi majada para recogerme en el pueblo, y al llegar á la cumbre del monte que hay á la otra parte de la vega

de la Gabardilla, he sentido que me llamaban por detras; he vuelto la cabeza y me he encontrado cerca de mi, un moro alto, viejo, con larga barba blanca y ancho turbante en la cabeza.

—El mismo que vió Juan! esclamó D. Gustio.

—«No te asustes cristiano me ha dicho; que nada malo te haré si me prometes servir» «Os lo prometo»; le he respondido, «Mienten tus labios; ha gritado furioso, que en este mismo monte me prometió otro cristiano servirme y no me sirvió; pero gran premio se ha perdido el cristiano mentiroso.» «Yo no mentiré, le he dicho, como el otro cristiano mintió.» «Pues ve tú, añadió, y dile á tu Señor D. Gustio; que el moro Garsi-Eben-Garsi se va á su patria y que no volverá mas á pisar el territorio de D. Gustio; que piquen y piquen piedras; que las piedras picadas, rico tesoro darán al que las pique.»

Asombrados quedaron D. Gustio y el cura con esta narracion; y muy contentos al ver que el terrible moro habíase marchado á su tierra.

—Pero y los otros cinco moros no iban con el? preguntó Don Gustio.

—No iba nadie: respondió el pastor.

—Qué direccion llevaba? preguntó el cura.

—Hácia Aragon; contestó el pastor: aunque si he de decir verdad, á los cuarenta pasos de mi ha doblado la cumbre y no lo he visto mas.

Pasados algunos instantes salieron de la cámara el pastor y el anciano acompañados de un paje; y D. Gustio y el cura se quedaron haciendo comentarios al amor del fuego, no tanto de la aparicion del arrogante moro, cuanto de su trasfiguracion en anciano, y de la invisible desaparicion de los cuatro que lo habian acompañado.

Este hecho era muy importante para que dejara de hacer ruido en Cervera; aquella misma noche circuló por todas las casas, y ocupó por completo las veladas, que en torno del fogon se hacian en la mayor parte de las cocinas.

Mucho se alegraban los cándidos cerveranos de que el moro se hubiera marchado á su patria; mas todos acababan por esclamar con dolor:

—¿Y los cuatro moros, qué se habrán hecho?

Esta idea ulceraba sus corazones.

La mañana siguiente, reunidas una multitud de personas de distintos sexos y edades, entre los que se hallaban tambien Juan el pastor, quien por primera vez habia salido del palacio de Don Gustio, se dirigieron llenos de fé á saber la opinion del Profeta en aquel caso tan arduo.

El Profeta estaba en cama con una enfermedad de peligro.

Cuando el numeroso gentio que á visitarlo fue, llenó la habitacion y aun los pasillos que á la habitacion conducian, unos sentados en bancos de pino, otros en viejas sillas de aneas, otros en el suelo, y aun alguna vieja de rodillas; porque un crucifijo con dos velas encendidas, habia frente á la cabecera del enfermo; se incorporó este con dificultad, y reclinando la espalda en las almohadas, la cabeza en la pared, levantando al alto su descarnado brazo derecho, se espresó en estos términos con apagada, pero dogmática voz:

—Ya sé á lo que venis, hijos mios.

El silencio que reinaba en aquella habitacion era increible; era sepulcral.

—Yo cumplo hoy ciento y siete años; pero hoy me muero: escuchadme con fé, porque un moribundo no miente. . . . . .

. . . . . .

—Yo creo... si creo mal, no es por mala intencion, es por que á creer mejor no alcanzo; yo creo que ese moro es el padre de la princesa, que en sombra sale por las ruinas del castillo; ese padre habrá convenido con Satanás en desencantar á la princesa; y para desencantarla pediria á Juan el pastor, la jóven doncella de tal y tal condicion; y para desencantarla le daria Satanás los cuatro moros que no son otra cosa que espíritus malignos. . . .

. . . . . .

. . . . . .

—Para desencantar á la princesa han cavado tanto y tanto los espíritus en el castillo; pero como el moro no ha podido conseguir la doncella de tal y tal condicion, no ha desencantado á su hija ó á su nieta, y se ha ido rabioso por los montes que vino; pero oid, hijos mios; los cuatro moros que lo acompañaban, eran espíritus, y en espíritu y no en cuerpo han quedado dentro del torreon, esperando alcanzar una doncella para desencantar la mora. Padres que teneis hijas, hijas como las flores, no las dejeis acercarse al torreon del moro Garsi; vosotros que sois jóvenes lo vereis; ¡ay de vosotros el dia en que otra vez se abra la puerta de ese torreon...!

El enfermo se dejó caer sobre la cama.

Lágrimas y suspiros se siguieron á las palabras del Profeta; y ya que mucha fé inspiraban en los cerveranos, vino la casualidad á hacerlas mas misteriosas, á darles mas prestigio, porque á las tres de aquella misma tarde espiró con una calma envidiable; y desde aquel instante se consideró cuanto habia dicho en vida, como salido de los labios de un oráculo.

Desde entonces se llamó al torreon *el torreon del moro Garsi*, con cuyo nombre se conoce en nuestros dias; y continuó por mucho tiempo ejerciendo un terror pánico en el ánimo de los cerveranos.

Juan el pastor abandonó la majada que tenia en la Gabardilla, y con su mujer y sus hijas se fué al pueblo á habitar una pequeña casa, que le cedió D. Gustio.

Concluyó la generacion que estos sucesos habia presenciado: trascurrieron los siglos; y nuevas generaciones sucedieron á las generaciones viejas.

De cuanto hemos conocido en el siglo XIV, solo quedaba ya el torreon con su puerta cerrada, y una tradicion terrible pero vaga, tradicion que las zagalas cantaban en verso durante las mañanas de verano, al conducir sus rebaños por las pintorescas cumbres de los montes; y que los ancianos referian en prosa, cuando en las noches de invierno rodeaban las familias el apetecible fuego de encina.

Mas á pesar del tiempo trascurrido, á lo que todos daban asentimiento, era á que el dia en que la puerta del torreon se abriese, cosas muy portentosas y muy malas habian de acaecer al pueblo y á los campos, y á los habitantes de los campos y del pueblo.

Sin embargo, ese dia llegó.

En una época muy moderna; á principios del siglo XIX, se abrió la puerta del torreon; y nada ocurrió al pueblo ni á los campos, ni á los habitantes de los campos ni del pueblo, aunque asi lo creyeran antiguos pastores y zagalas.

Antes al contrario; se encontraron en el torreon unos pergaminos arábigos, que traducidos mucho despues al castellano, nos han revelado grandes secretos, que en la oscuridad de los tiempos permanecian ocultos.

Ellos dicen con claridad lo qué fué en sus bellos tiempos el castillo de Cervera, el cual nosotros conocemos convertido en ruinas; ellos dicen cual fué el orijen de la ermita de la Virgen del Monte, y de la graciosa bandera, que sobre la ermita tremola, escitando la curiosidad de nuestro siglo.

Y si reflexionamos algo sobre ellos, se deduce tambien, si no quien era con evidencia el moro Garsi-Eben-Garsi, al menos cual fué el motivo que le llevó á Cervera.

Mas como si en el libro del destino, estuviera escrito que todo cuanto en el torreon ocurriese, habia de ser sorprendente; sorprendente fue tambien el modo en que se encontraron los pergaminos; es decir, el modo en que se abrió el torreon.

¿Quereis oh lectores, saber la manera singular en que este torreon se abrió?...

Escuchad la terrible historia de un parricida.

V.

JUDAS EL TAIMADO.

Por los años nueve ó diez de nuestro siglo, se casaron en Cervera Isabel y Joaquin.

Era Joaquin cuando se casó, un jóven de veinte y dos años; labrador, y de muy buenas costumbres.

Isabel estaba reputada en el pueblo por una de las doncellas mas puras y de conducta mas ejemplar.

Hija de padres honrados, aunque pobres, pues no tenian otros bienes que un rebaño de cabras, habia sido educada conforme á los preceptos del Evangelio, y como disfrutaba un caracter dulce, humilde é inclinado naturalmente al bien, habia aprovechado la santa educacion que le dieron sus padres, los cuales bajaron al sepulcro colmando de bendiciones á su hija.

Quedó huérfana Isabel; y este nuevo estado tan triste para

todos, y tan espuesto para una jóven, y mas para una jóven hermosa; fué crisol que de manifiesto puso á los ojos del público, la virtud de Isabel.

A los dos años de haber muerto sus padres, se casó Isabel; pero... ¡cosa estraña! aquella jóven tan moderada en sus costumbres, y tan poco agitada por el huracan de las pasiones, sintió á luego de casarse un deseo tan vehemente de ser madre, que el solo pensamiento de que tal vez no llegaria á serlo, le hacia enfermar, le hacia delirar, y lo que es mas aun; le hacia olvidar hasta los preceptos cristianos, en los que se habia criado; los que habia ejercitado durante su juventud, y acabó por maldecir de su vida y desearse la muerte si no era madre.

Su pobre marido, que la amaba con frenesí, porque digna de todo amor era Isabel; se afligia de verla en aquel estado; llamó varios médicos para que la visitasen; los médicos dijeron que aquel insaciable deseo de ser madre, no era mas que una escitacion nerviosa, y que tal vez el tiempo la curaria: pero aquel estado le perjudicaba tanto mas, cuanto que le quitaba la actitud de enjendrar.

Tristísimo se quedó el marido con tales declaraciones dadas por los padres de la ciencia, porque veia que no era fácil encontrar un pronto remedio para su mujer; y que mientras tanto su mujer, su amada Isabel, se moria entre horrorosos padecimientos.

Y no se engañaba al pensar asi Joaquin; porque Isabel habia caido en un estado difícil de comprender: hizo cosas, cuya esplicacion creemos oportuno omitir, y aunque al entrar el invierno se aplacó algun tanto su exacervacion; no se aminoró su deseo.

El deseo reconcentrado le causó una profunda melancolía, y como siempre habia sido tan buena cristiana; por una consecuencia metafísica, dejeneró esta melancolía en un sentimiento religioso llevado á la exageracion.

Una mañana se levantó muy temprano; y preguntándole su marido dónde iba, le respondió ella que á confesarse.

Y no mintió, porque vestida con su basquiña y su jubon de cúbica negra, y cubierta la cabeza con su manto ó *mantillo*, co-

mo los llaman en el pais, de estameña negra, con forro encarnado, se dirigió á San Gil.

Hizo un rato fervorosa oracion ante el altar de un Cristo en la agonia, conocido con el nombre de El cristo del Perdon; y luego se arrojó á los pies de un confesor.

La confesion fué larga: no sabemos lo que entre la penitente y el confesor mediaria; pero sí sabemos que al confesor no se le vió echar la absolucion, ni tender la mano para que la penitente la besara; y que esta se retiró del confesonario pálida, convulsa, y con paso incierto se dirigió á su casa.

Cuando entró en ella ya se habia ido su marido á trabajar al campo, pues eran las nueve de una mañana templada de Noviembre, en que el sol convidaba á recibirlo en las deliciosas colinas que se levantan frente á la casa que Isabel habitaba en el barranco de Tollo.

Isabel se asomó á la ventana llorando; pero le impresionó agradablemente aquel cielo tan azul y tan puro; aquel sol tan radiante; aquellos montes tan solitarios; y como la soledad es amiga del dolor; la soledad de aquellos montes llamó con su simpática, callada voz á Isabel; é Isabel cerró su casa y se fué al monte.

...¿Dónde nace... quién nos inspira ese vago placer, que el hombre esperimenta, al encontrarse solo cuando sufre...?

...Unicamente en el cielo puede caber tu naturaleza sublime, unicamente del cielo puede emanar tu misterioso origen.

Isabel se habia sentado en uno de aquellos parajes tan comunes en los montes de Cervera, en los cuales el sol pega de soslayo, y la salvia y los tomillos abundantes allí embalsaman el aire con sus perfumes.

Sin quitarse Isabel el jubon ni la basquiña de cúbica, aunque sus galas eran; como aquella afligida que sus galas desprecia; se desesperaba unas veces, y otras lloraba amargamente escondido el rostro en un pañuelo blanco, que entre ambas manos apretaba con despecho.

Asi se hallaba cuando escuchó una voz que le dijo:

—En verdad te digo que toda lágrima está demas antes de escuchar á la gitanita.

Isabel levantó sorprendida la cabeza, y encontró junto á si una gitana.

—¿Qué has dicho? le preguntó Isabel con los ojos húmedos por las lágrimas.

—He dicho que si una moneda de plata pones en una mano, y en la otra me permites mirar tres veces con mi ojo derecho; porque con el izquierdo ver no puedo; pues tuerta soy, aunque claro lo tengo; acaso la gitana adivine por qué lloras; y te descubra un secreto para que cumplas tu deseo y calmes tu dolor; pues nadie llorar debe mientras en el mundo haya gitanitas que la buena ventura sepan comprender.

—¿Sabes tú acaso lo que yo deseo? preguntó admirada Isabel.

La sagaz gitana aprovechó esta pregunta y respondió:

—Un gran deseo, hija mia, hace tiempo que te martiriza el alma, porque te parece que no puedes satisfacerlo.

—Lo veré satisfecho? preguntó fuera de sí Isabel.

—Es muy pronto para responderte; contestó la gitana; mas no me marcharé de aquí sin dejarte complacida.

—¡Dios lo quiera! pero siéntate á mi lado.

La gitana se sentó y le dijo:

—¿Tienes prisa?

—No; contestó Isabel: mi marido está en el campo: pero sabes tú gitana, qué es lo que yo deseo?

—En las venas de tu frente vé mi ojo que todo tu afan proviene de un hijo.

—Has acertado; mas dime gitana, tendré ese hijo?

—Solo de mujeres salen los hijos.

—Pero no me dices claramente si lo tendré?

—Claramente te dirá la gitana cuanto te va á suceder; si antes le dices tú qué es lo que esta mañana te ha sucedido, que tantas lágrimas te ha hecho derramar.

Despues de dar algunas monedas Isabel á la gitana, habló así:

—Lo que esta mañana me ha sucedido, es que he ido á confesarme, y el cura no me ha echado la absolucion.

—¡Infeliz mujer...! los curas son para absolver, ¿por qué no te ha echado la absolucion el cura?

—Porque en confesion le he dicho cuanto por mi alma pasaba.

—Qué le has dicho?

—Que tales son los deseos que yo tengo de tener un hijo; y tal la envidia que me causan todas las madres, que cuando veo una mujer en cinta, maldigo el fruto de sus entrañas, y ruego á Dios que se muera ella antes de darlo á luz.

—Pues á fé mia que no es ese pecado, para que un confesor niegue la absolucion á una jóven como tú.

—Le he dicho mas.

—Que mas le has dicho?

—Que en mis cortas oraciones, y en mis ratos de desesperacion ruego al cielo ó al infierno, segun está mi ánimo, que me dé un hijo, aunque este hijo sea un monstruo.

—Mujer..!

—Aunque me cueste la vida; aunque...

—Basta.

—Yo quiero á todo trance tener un hijo.

—Lo tendrás.

—Gitana!

—Con esas condiciones lo tendrás.

—Y como lo tendré?

—Escúchame despacio.

—Te daré la mitad de lo que poseo; te daré las mejores cabras de mi rebaño.

—Y yo te daré á tí lo bastante para que hijo tengas.

Sacando entonces del bolsillo un envoltorio de trapos, y del envoltorio unas yerbas secas, le entregó tres hojas, diciendo:

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, dice la gitana; estas tres hojas cojidas en Egipto, se las echas esta noche en la cena á tu marido; y dentro de nueve meses; la gitana lo vuelve á decir en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu

Santo, que madre será la mujer que estas yerbas echó en la cena de su marido.

Isabel loca de júbilo, tomó las hojas y preguntó con candor á la gitana.

—Y será muy hermoso mi hijo?

—Difíciles son algunas cosas de decir. Cuando esta noche venga tu marido del campo y entre en la cocina, le tiendes tú los brazos por el cuello con cariño; le das un beso en la frente, y si entonces tu marido se sonrie y otro beso te dá en la mejilla; en el nombre de la virgen pura y santa; buena señal parece aquella á la gitana de Egipto; tu hijo será hermoso como el hijo de un príncipe, y para bien de su madre habrá nacido; pero si cuando á tu marido beses, te pone mal gesto, y te dice:—Apártate mujer, que ganas de caricias no tengo, porque vengo cansado del campo; mal le parece esto á la gitana de Egipto: hijo tendrás tambien, porque hijo quieres aunque sea un monstruo; pero el hijo para mal de su madre será, que muchas lágrimas y mucha sangre por causa de aquel hijo correran; en el nombre de la virgen siete veces pura y santa; esto dice en verdad la gitana de Egipto.

Trascurridos algunos momentos, durante los cuales Isabel puso algunas monedas en manos de la gitana, se levantaron las dos: y derecha la una frente á la otra, exclamó la gitana mirando al cielo.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, pido un hijo hermoso para quien lo desea; pero si en lugar de un hijo hermoso fuere un monstruo, no tiene la culpa la gitana de Egipto, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La gitana huyó con sus monedas, é Isabel llena de esperanzas se retiró á su casa.

Llegó la noche.

Tan pronto como Joaquin entró en la cocina, se levantó de su asiento Isabel, que lo esperaba anhelosa; le tendió los brazos por el cuello, é imprimió un beso en su frente; pero Joaquin le dijo con desabrido gesto:

—Apártate mujer, que he trabajado mucho en el campo, y no tengo gana de caricias.

No agradó á Isabel semejante respuesta; pero echó en la cena las hojas que le dió la gitana de Egipto; é incauta jóven, ó mujer caprichosa, observó con placer que las tres fueron comidas por su esposo.

Seamos breves.

Desde aquella noche Isabel estaba alegre; no padecia frenesíes, y se presentaba tan apreciable como de soltera.

Y si este repentino cambio no estrañó ni á su marido ni á sus vecinos, que bien lo conocian; fué porque al instante comprendieron que estaba en cinta; y que sus vehementes deseos causa de todos sus males, se veian satisfechos.

A los nueve meses de haber hablado Isabel con la gitana, dió á luz un robusto niño, á quien pusieron por nombre Judas.

Abanzaremos en la narracion.

Judas se hizo muchacho; y tan insolente fue en la escuela, que lo espulsaron los maestros, ocasionando con esto el primer disgusto á su buena madre, que lo amaba con delirio.

Tan perversa era su intencion al jugar con los demas chicos, que todos se separaron de él, dejándolo solo.

Judas se hizo mozo.

Era de mozo tan pendenciero, que todos los demas mozos lo detestaban; pero lo respetaban á la vez, porque lo temian.

Era tan doble en sus acciones, que le llamaban EL TAIMADO.

En una palabra; Judas se hizo el cacique del pueblo; el hombre que de continuo tenia en vela á la justicia.

Pero su madre amaba con pasion á Judas.

Por fin; uno de los dias en que insolentemente pidió dinero á su padre; y el primero en que su padre no pudo dárselo; le arreó á este una paliza tan fuerte, que lo dejo privado; y temiendo á la justicia huyó de su casa.

Entonces se agitaba en España la desastrosa guerra civil; y Judas el Taimado sentó plaza en los cuerpos francos de Martin Zurbano.

El marido de Isabel murió á resultas de la paliza que le dió su hijo; pero murió perdonando á este, y rogando á Dios por su arrepentimiento.

Isabel quedó viuda y sin hijo.

Isabel se acordó entonces de la gitana que le dió las tres hojas de yerba; recordó sus pronósticos, y se consideró la mujer mas desgraciada del mundo.

Si dable nos fuera creer en los pronósticos de las gitanas; deberíamos creer en los de aquella; pero la opinion comun dice, que antes de lo maravilloso está lo casual.

Nosotros confesamos que no comprendemos las palabras CASUAL ni CASUALIDAD.

Trascurrieron los años; y eran innumerables los delitos que se contaban de Judas el Taimado.

La opinion pública lo consideraba ya como uno de los mas alevosos criminales.

Estas voces no pudieron ocultarse mucho tiempo á su infeliz madre, que con raudales de lágrimas y austeras penitencias, queria lavar á los ojos de Dios, ya que á los de los hombres no pudiera, los estravios de su hijo.

Muchos años trascurrieron despues, sin que se supiese nada de Judas; cuando al concluirse la guerra, lo encontró una noche su madre en casa.

Su madre se sobrecojió; dudó un momento, entre aborrecerlo por haber sido la causa de la muerte de su padre, ó abrazarlo, por haber sido el fruto querido y tan deseado de sus entrañas.

Venció el amor de madre; y la anciana Isabel se tiró llorando á los brazos de su hijo; pero su hijo la rechazó con desprecio.

Era Judas un tigre; su rostro, su mirada, su ademan; todo revelaba la malignidad de su corazon.

Sentándose en un escaño, pidió con desfachatez de cenar, y mientras devoraba los manjares mas ricos que su pobre madre encontró en la despensa, le dijo en tono desabrido:

—Madre; yo no vengo aqui á dormirme en las pajas; he he-

cho unas cuantas fechorias, y la justicia andará en mi busca: estaré seguro en casa?

—Si, hijo mio; á mi me aprecian mucho en el barrio, y todos te esconderán si necesario fuere.

—Vaya si lo será!

—Pues que fechorias son las que has hecho ¿has pegado alguna paliza á algun compañero?

—No ha sido tanto; respondió Judas torciendo el gesto; pero me parece lo mejor dormir aqui; y por la mañana temprano marcharme á los montes.

—Como quieras, hijo mio; dijo la madre: tú sabrás mejor que yo lo que te conviene hacer.

Pasó la noche; antes de brillar la aurora, salió Judas de casa de su madre; y al poco tiempo de haber salido éste, cercó la casa una pandilla de hombres armados; y el juez, el escribano y los aguaciles penetraron en ella no sin algun temor.

La anciana Isabel, que por primera vez en la vida se veia rondada por la justicia, se anonadó al encontrar el tribunal en su tranquila morada.

El tribunal registró hasta el último rincon; mas como no hallase á nadie; se retiró consolando con dulces palabras á la pobre Isabel que se deshacía en lágrimas.

En los pueblos pequeños cualquiera cosa llama la atencion; y como en ellos la vida se desliza monótona, estan las gentes ansiosas de nuevos acontecimientos, que los distraiga. Asi es, que cuando ocurre algun incidente, por vulgar que sea, lo examinan, lo analizan, lo comentan; y por largo tiempo es el objeto que dá margen á la conversacion, en los corrillos de la plaza, entre los asistentes al café, y en la una ó dos tertulias que pueden reunirse.

Esto sucedió ni mas ni menos con la presentacion del tribunal en casa de Isabel.

Sin que se pudiera atinar por quien, se supo todo aquel mismo dia: se supo que habia llegado Judas; que habia llegado hecho un bandido; que el tribunal lo buscaba; pero que no le

daria alcance, porque dormia en un oculto recinto; y porque durante el dia se internaba en lo mas escabroso de lejanas sierras.

En honor á los cerveranos debemos decir, que no sin razon se alborotaron cuando supieron la llegada de Judas; porque la nota que de la audiencia pasó al juzgado, era alarmante; y desde luego comprendieron que aquel hombre, en la jurisdiccion de la Villa, pacífica de suyo, y entregada á sus labores, era ni mas ni menos que un hambriento lobo en medio de una majada de obejas.

De las instrucciones que la audiencia remitió al juzgado de Cervera sobre el bandido Judas, se ha tomado el siguiente estracto á cerca de las sentencias que sobre él habian recaido hasta entonces, y de los crímenes que habian motivado estas sentencias:

Por el fuero militar.

Pena de muerte por desertor en tiempo de guerra.

Por el fuero comun.

Ocho años á presidio, por haber robado las alhajas y basos sagrados de una Iglesia.

Seis años, por resultar cómplice en la alevosa muerte que se dió á un sacerdote.

Pena capital, por haber asesinado y robado á un caminante.

Pena capital, por haber asesinado á un carcelero y haber huido de la prision.

Pena capital, por haber asesinado al anciano amo de una alquería, donde este lo admitió á dormir por caridad, juzgándolo mendigo.

Pena capital, por haber desflorado una doncella, por haberla asesinado despues, y por haberle obligado á su anciano padre á arrancar el puñal del cuello de aquella, donde estubo hincado hasta que espiró.

Esta es la apologia del célebre Judas el Taimado, deducida de verdaderos documentos, cuales son los procesos archivados en las respectivas audiencias territoriales; y he aqui un hombre superior á la ley, puesto que la ley no puede cumplirse sobre él

en todas sus partes; porque al decapitarlo una vez quedaron sin efecto las demas sentencias.

Ahora bien: si un hombre como este existiera en el orbe, se deberia abogar por la abolicion obsoluta de la pena de muerte?

El ser que se propone destruir la sociedad, tiene derecho á que la sociedad lo respete á él?

Si el culpable no respeta al inocente, ¿hay obligacion de que el inocente respete al culpable?

El hombre por la circunstancia de ser malo, tiene acaso mas derechos, que el hombre por la circunstancia de ser bueno?

Triste, muy triste es confesarlo; pero existen en la tierra seres tan corrompidos como Judas el Taimado.

En su virtud; distinga bien la ley al matador del asesino; goce el primero todas las ventajas que proporcionar puede la ilustracion de nuestro siglo; pero desaparezca el segundo de la sociedad; para que la sociedad no sucumba á los filos de un alevoso puñal.

Dos meses trascurrieron desde que Judas el Taimado llegó á Cervera: durante este tiempo no hubo tranquilidad en la villa ni en el campo.

Iba un labrador á trabajar?

Se le presentaba Judas cual fantasma amenazador.

Iba un vecino á recogerse en su casa?

Se le presentaba Judas, cual amenazador fantasma.

Todos deseaban que aquel hombre desapareciera del pueblo; pero nadie se atrevió á poner los medios; ni á dar parte siquiera al tribunal, por temor á la venganza de Judas.

Sin embargo; una mañana de Diciembre á eso de las diez y media, un grupo de mujeres y de hombres todos alarmados acudieron á pedir audiencia al Juez; y cuando á la presencia de este se encontraron, habló á si uno de ellos:

—Señor; todos nosotros tenemos las casas imediatas á la de la honrada Isabel, madre del perverso Judas. Aunque nada nos he-

mos atrevido á decir al tribunal por temor á Judas; todas las noches veíamos á este entrar muy tarde á dormir en su casa, y huir al campo antes de amanecer. Anoche señor juez, se le oyó gritar muy incomodado, y blasfemar y patear. Luego se sintió un ruido sordo como el que produciria una persona que tirasen al suelo; y por último, se escucharon los gemidos de Isabel como si la matasen. Nos alarmó esto al principio; mas al observar que todo quedó en la mayor calma, no nos atrevimos á tomar determinacion alguna. Al despuntar el dia ha salido Judas, como tiene de costumbre, y ha cerrado la puerta; pero viendo nosotros que son ya mas de las diez, y que ni puerta ni ventana de aquella casa se ha abierto todavia; hemos llamado á la anciana Isabel, y como no ha respondido, hemos sospechado una desgracia, y hemos acudido á ponerlo en noticia del tribunal.

Este acontecimiento alarmó sobremanera al juez.

Imediatamente se presentó la autoridad en casa de Isabel; se llámó varias veces á la puerta, siempre en vano; y por fin se le ordenó á un carpintero que la echase abajo.

La impresion que entonces esperimentaron el tribunal y el gentio que allá se habia reunido, fué terrible; porque en el portal habia una gran charca de sangre, formada de la que se habia escurrido por las escaleras.

Subieron á la cocina, y ya sin sorpresa, porque con certidumbre lo esperaban desde que vieron la sangre en el portal; encontraron tendido en el suelo el cadaver de la anciana Isabel, y junto al cadaver el alevoso puñal con que se habia cometido el crimen.

Este hecho despertó el sentimiento de justicia en todos los corazones; llenó de indignacion á los habitantes del pueblo; y armándose de escopetas con permiso de la autoridad, se esparcieron por los montes y la vega, ansiosos de encontrar al parricida.

Sus pesquisas fueron infructuosas.

En todo el dia pudieron dar con él; pero entrada la noche se acercó una mujer al juez; y le dijo, que al regresar del campo,

lo habia visto abrir la puerta del torreon del moro Garsi, entrar en él, y cerrarla despues.

Aunque en nuestro siglo se van desvaneciendo las tradiciones fantásticas á la influencia de la ilustracion moderna; como se desvanecen las sombras de la noche al benéfico influjo de los rayos del sol; estaban tan arraigadas en el ánimo de los cerveranos, las que de aquel torreon nacian, que mas de uno tembló al considerar que con los misterios de aquel fatídico edificio tenian que luchar.

Sin embargo; por orden del tribunal se pusieron centinelas, para que Judas no saliera sin verlo; y al brillar la aurora del dia siguiente, comenzó á representarse allí una escena terrible.

Un inmenso gentio rodeaba el torreon; algunas personas temerosas ó prudentes se quedaron á mayor distancia de él; quince hombres armados de escopetas, formaban semicírculo en torno de la entrada; el juez penetró en el semicírculo; y pegando dos golpes con la contera del baston, en las chapas de hierro que forraban la puerta, gritó:

—Judas.

Nadie respondió á este grito.

—Judas; volvió á gritar el juez: en nombre de la justicia os ordeno que abrais la puerta.

Todos los circunstantes escuchaban con avidez; pero nadie respondió al segundo grito.

El Juez torno á gritar:

—Por última vez os mando en nombre de la justicia, que abrais la puerta: si os resistis, será violentamente arrancada.

Esta órden tuvo el mismo resultado que las anteriores.

Algunos comenzaron á sospechar si Judas no estaria allí; y las risas y los sarcarmos iban sucediendo al temor en aquella impaciente muchedumbre.

Entonces el juez hizo una señal, á la cual se aproximó á él un herrero armado de varios instrumentos propios de su oficio; y el juez le preguntó:

—¿Por dónde se puede violentar con mas facilidad esta puerta?

—Por la cerradura, contestó el herrero.

—Pues abridla pronto.

Y dando un paso atras el juez, comenzó á operar con destreza el herrero.

En pocos minutos arrancó junto al agujero de la llave, una gruesa chapa oxidada; luego trabajó algunos instantes á barreno sobre la madera que habia descubierto; luego tomó un grueso martillo; pegó un violento golpe, y saltando la tabla se abrió un boquete.

Pero instantáneamente apareció en el boquete el cañon de una pistola, que soltó un tiro, á cuyo tiro cayó muerto á los piés del juez el infeliz herrero, que tanto habia trabajado en honor de la justicia.

Cual fuera la impresion que este lance produgera en aquellas gentes, se comprenderá reflexionando sobre la gravedad del hecho, y las singulares circunstancias que lo rodeaban.

Un espantoso grito lanzaron todos.

Los hombres dieron un paso atras; las mugeres huyeron llorando; y queriendo los dependientes del tribunal aprovechar la ocasion de haber disparado el parricida, para apoderarse del boquete, corrieron veloces á colocar en él sus armas, pero fué en vano: antes de que ellos se acercaran, asomó por él su boca amenazadora otra pistola cargada.

—¡Muera Judas el Taimado! gritaron unos.

—¡Muera! respondieron los demas, rabiosos.

Apartaron un poco el cadáver del malhadado herrero, y aquella escena tomó un aspecto sério, desagradable, terrible.

Muchas personas se fueron retirando poco á poco al pueblo, y las que allí quedaron, se separaron á derecha é izquierda del torreon, poniéndose de este modo á salvo de la apunteria de la pistola.

Apurados se encontraban el juez, el alcalde y los escribanos para sacar aquel hombre de allí; y mucho fatigaban su espíritu, porque medio alguno no encontraban para ello, sino poniendo en eminente riesgo al que lo emplease, ó esperando que el hambre consumiera al reo.

Un anciano pastor gritó entonces ansioso de venganza:

—Señor juez; ya hemos vencido; aquí hay un agugero: cuando las zorras se albergan en profundas madrigueras, les damos humo y salen veloces como el rayo; demos humo por este agugero, y tendrá que entregarse ese malvado.

El juez manifestó su aprobacion con un movimiento de cabeza.

—Al humo! gritaron varios, á quienes animaba un fuerte sentimiento de justicia.

Y á este grito siguió un rugido dentro del torreon.

El agugero era uno de esos donde colocaban antiguamente las vigas que sostenian los pesados andamios que preparaban con objeto de construir los edificios.

Uno de los hombres armados miró ávido por él, con objeto de asestar un tiro al reo; mas como la muralla era gruesa, solo se veia desde él la pared de enfrente; no el lugar en que Judas se encontraba.

Entonces el juez gritó:

—Por última vez os mando Judas, que os entregueis á la justicia, porque si no lo haceis, se va á emplear todo rigor para poneros en sus manos.

En aquella ocasion contestó el reo.

—La justicia podrá decir que Judas el Taimado se pegó un pistoletazo; pero nunca que se entregó en manos de la justicia.

Un murmurio de horror se escuchó en la muchedumbre.

—Dadle humo; dijo el juez enfadado, á los alguaciles.

—Humo... humo... gritaban las gentes ansiando ver castigado aquel criminal.

Como el torreon nacia en medio de una frondosa vega; y como la yerba estaba seca por ser invierno; habia por aquellos alrededores muchas matas de maices y pimientos picantes, cuyo humo corta la respiracion.

Formaron inmediatamente manojos de estas plantas, encendiéndolos los metian por dos ó tres agujeros análogos al que hemos visto; y pronto un humo denso, cobrizo, infernal, comenzó á salir en veloces columnas por dichos agujeros.

—Entrégate Judas; gritaban los alguaciles por órden del juez.

Y Judas no respondia; pero los bramidos de un hombre desesperado resonaban dentro del torreon.

Y mas humo metian los de fuera por los agujeros; y mas densas, mas cobrizas, mas pestilentes eran las columnas que salian por el boquete de la puerta, y por el quicial y por las juntas de las tejas.

—Entrégate... gritaban los alguaciles.

Y el reo no contestaba, pero bramaba, bramaba como un toro que se encuentra en la agonia.

Veinte minutos trascurrieron en esta situacion.

El deseo de ver satisfecha la justicia; el deseo de vengar la reciente muerte del herrero; la compasion hácia el que sufre; todos estos sentimientos luchaban en el alma de los circunstantes.

—Entrégate!... gritó otro alguacil; pero un pistoletazo respondió á este grito.

Aquel pistoletazo se habia disparado dentro del torreon.

Aquel pistoletazo, símbolo postrimero de la desesperacion de un criminal, aterró á los espectadores hasta el punto de dejarlos pálidos como un cadáver.

Despues del pistoletazo ya no volvió á oirse ruido, ni bramidos, ni respirar dentro de aquel maldito edificio.

Una misma idea asaltó á todos; la idea del suicidio; y cual si los esvirros hubieran interpretado la voluntad del juez, antes de que este lo mandara, dejaron ellos de dar humo.

Algunos minutos despues; cuando el humo, que por la grieta de la puerta salia, se fue desvaneciendo, se asomó por ella el mas atrevido de los alguaciles, y dijo:

—Muerto está.

Los circunstantes hicieron un gesto singular, con el cual manifestaron el placer que les causaba aquella muerte; y el disgusto que les producia la manera tan desastrosa en que se habia verificado.

Media hora despues se encontraba el tribunal dentro del torreon.

Con efecto, Judas el Taimado habia muerto segun habia vivido; se habia abierto la cabeza de un pistoletazo; y los sesos se habian estampado en la pared.

De órden del juez se levantó el cadáver de aquel criminal; se recogieron las pistolas y puñales que aparecian tirados por el suelo, y un lío de pergaminos, que descubrieron en un agujero.

Esta es la historia, que ofrecimos referir del parricida; nada mas hay que decir á cerca de ella.

Sin embargo; considerada por el lado que tiene relacion con nuestro propósito, aun no se ha concluido.



VI.

LOS PERGAMINOS.

Desde luego se hizo cargo el tribunal de todos los objetos, que dentro del torreon habian aparecido; pero reconociendo el lío de pergaminos; encontraron que estaban escritos en lengua arábiga; y comprendiendo que aquellos pergaminos provendrían de los moros; tal vez de un cierto moro llamado Garsi, que la tradicion asegura en Cervera, haber habitado aquel torreon, que tanto temian las gentes, los tiraron al último anaquel de uno de los armarios que hay en el juzgado; y cual si el destino de los tales pergaminos, fuera el de yacer siempre entre polvo, allá permanecieron mucho tiempo sumergidos en el olvido.

Llegaron por fin á nuestras manos, y despues de examinarlos detenidamente, encontramos que en nuestro juicio eran una antorcha, que alumbraba la oscuridad de los tiempos pasados.

Ellos contenian una graciosa historia, capaz de escitar el interes en toda persona aficionada á la lectura; si bien adolecia de las formas pesadas de la literatura oriental.

Ellos esplican la aparicion del moro Garsi en Cervera, cuya tradicion se conserva todavia entre los habitantes del pais.

Segun de los pergaminos se colige, en época muy anterior, ocupó el castillo de Cervera, un muy rico y muy principal moro, que tenia una hermosísima hija, llamada Zahra.

Pues bien; estos pergaminos refieren los amores de la princesa Zahra; las admirables aventuras, que con ella ocurrieron á un noble cristiano prisionero; y el terrible crímen, que incitado por los celos, cometió un rico pero tremendo musulman.

Mas entre los caballerescos lances del noble cristiano; entre la conducta de la princesa mora, y los bruscos arranques del celoso musulman, se habla tambien, como el lector verá, de un cierto tesoro de cuantiosa valia, que uno de estos personages enterró con cierto fin en un cierto monte de los que rodean las venerables ruinas del castillo.

Cuando los cristianos despues de la batalla de Clavijo, reconquistaron á Logroño, Calahorra y Cervera, permitieron vivir entre ellos algunas familias moras; y segun nosotros de todo esto juzgamos, algun vate musulman escribió esta interesante historia; ó por cantar en sus dias de desgracia las glorias de sus antepasados, ¡triste consuelo de un corazon sensible! ó acaso, acaso, con objeto de legar á sus sucesores una noticia de las grandezas que en Cervera disfrutaron sus padres.

Por razones que muy facilmente se comprenden; esta historia fue á manos de los moros de Córdoba, ó de Africa; con la histotoria fue tambien la noticia del tesoro enterrado; y he aqui esplicada la aparicion del moro Garsi en aquel pueblo, la causa de sus escavaciones dentro de las murallas del castillo, y en los montes que al castillo rodean.

Tambien nos revelan estos pergaminos, el origen de la Vírgen del Monte, y la bandera blanca, que gallarda tremola ince-

sante sobre el templo; y que tan llena de misterios, se presenta á las generaciones de nuestro siglo.

Esta historia la ofrezco al público dividida en cuatro partes. Para la primera y tercera, me he servido de los pergaminos del moro Garsi; para la segunda, de antiguos cronicones de Asturias y Galicia, y para la cuarta de las tradiciones conservadas en Cervera del rio Alhama.

Tambien coloco al fin una coleccion de notas que aclarar puedan algunas dificultades que nazcan de la índole propia de la novela.

Aunque muy aficionado es mi ánimo á todo lo antiguo; y nunca mi pluma igualarse pueda con las de aquellos, que los referidos apuntes escribieron; he procurado acomodar la narracion al gusto de nuestros dias, dando un nuevo corte á las escenas y cambiando el estilo en que ellos escribian, por el estilo en que escribimos nosotros.

Sin embargo; cuando el cronista moro se pierde en la relacion de estupendos hechos, que solo creer puede, el que la religion del Profeta sigue; entonces copiamos literalmente el fracmento de las pergaminos, que de ello tratan; para que sin cargar nosotros con responsabilidades ajenas; se enteren de ellos todos los lectores, que de creerlos, dignos los juzgasen.

Aqui pues dá principio la historia de LA BANDERA DE AMOR, ó lo que es lo mismo, de LA HERMOSISIMA MORA ENCANTADA EN EL CASTILLO DE CERVERA.

PARTE PRIMERA.

AMORES DE ZAHRA.

CAPITULO I.

EL CASTILLO DE ALS-JERIB ABU-ALHAMA. (1)

En el siglo VIII se hallaba triunfante el poder musulman; (2) el imperio de Mahoma (3) era una águila gigantesca, que fija sobre la Cahava, (4) cubria con sus alas el Oriente y el Occidente.

La bandera de la media luna, levantada en la Meca, y empujada rápidamente por el impulso de sus conquistas, se desplegó bien pronto en el Asia, en el Africa, y en parte de la Europa.

La España, envidiable por sus florestas, apetecible por su clima templado, escitó desde luego la codicia del leon africano; y como si el Mediterráneo rompiera sus diques, cubre una plaga de turbantes las deliciosas campiñas de Andalucía; acometen de-

(1) Léase la nota 11 én sus párrafos 2.° y 3.°
(2) Nota 1.ª párrafo 12.
(3) Nota 1.ª toda ella.
(4) Nota 1.ª párrafo 17.

senfrenados á los cristianos, y estos, tímidos cual bandas de fugitivas corzas, corren á refugiarse en las cavernas mas ocultas del Norte; hasta que el estandarte desplegado en Covadonga, rehace su ánimo abatido; opone vigorosa resistencia al orgullo de los sarracenos; y entonces dan principio las contínuas luchas entre las dos religiones; y entonces comienzan á teñirse de sangre, los rios plateados de la Iberia.

En el año 850 era Abderramen II dueño de casi toda España, y señor de las fortalezas mas principales de ella.

Con estos ligeros detalles podemos ocuparnos ya del castillo de Cervera, al que solo hemos visto hasta ahora convertido en ruinas.

No era entonces un monton de escombros; no era una reunion de cavernas, misteriosa fuente de rancias tradiciones que á entretener valian los ratos de ocio de un pueblo inculto; era en aquella época el castillo de Cervera, una alcudia de primera clase, orgullosa alcazaba, honra del moro, terror del cristiano, que alzándose imponente sobre un gigantesco peñon, desafiaba con sus muros y con su flotante banderola á las hustes enemigas, que osadas se atrevieran por acaso á doblar los collados vecinos.

El primer órden de muralla que abraza dentro de sí la peña que le sostiene, se levantaba hasta la altura de doce piés, y estaba coronada de robustas almenas.

La contramuralla que se enlazaba con esta, en los puntos de Oriente y Occidente, se presèntaba mas alta, menos gruesa y tambien almenada.

El plano comprendido entre una y otra, hácia el Norte, que formaba un cuadrilongo irregular, estaba cubierto de morales, almendros, granados, y otros árboles que asomaban sus copudas ramas por encima de las murallas.

En el centro de la esplanada que formaba la contramuralla con la muralla del Mediodia, nacida en el borde del precipicio, descollaba la plaza fuerte, flanqueada en sus ángulos con dos robustos bastiones.

En medio de estos bastiones se levantaba el torreon del ho-

menaje; y sobre este respetable torreon, tremola incesantemente, á espensas de un céfiro sutil, la bandera blanca de los homiades.

En el tiempo á que nos referimos, el aspecto esterior del castilló de Cervera no era otro que el de un alcázar impenetrable.

Murallas fuertes, erguidas contramurallas, severas torres, baluartes y rebellines, se presentaban de lleno al enemigo, cuando desde las montañas inmediatas fijaba en él su vista.

Mas si por fuera ofrecia un aspecto tan sombrío é imponente, brindaba en su interior con todos los placeres y comodidades del palacio de un sultan.

Este castillo pertenecia al noble Als-jerib, á quien Abderramen habia nombrado su Emir, en virtud de ciertas circunstancias que el lector conocerá á su tiempo.

Als-jerib Abu-Alhama, era un respetable anciano de cincuenta años; y tenia una niña de diez y ocho; la hermosa Zahra que hacia las delicias de su padre.

Esta niña, á quien Als-jerib amaba con frenesí, era el único motivo, merced á las supersticiones tan dominantes entre los moros, de que su padre, el heróico general, el vástago mas ilustre de todos los guerreros zenetes que tanto se distinguieron por su valor en las conquistas de España, sepultára sus timbres y sus laureles entre las murallas de un retirado Castillo; pero los goces que proporciona el amor paternal, son sin duda alguna, la palma mas agradable que puede coronar á un corazon tierno y sensible.

Poderoso Als-jerib, y obligado por el *destino* á vivir constantemente en un alcázar, si habia de conservar la preciosa vida de su hija, segun predijo la ciencia de los Elymas ó sábios del Asia; reunió en el de Cervera, todo el lujo, toda la grandeza y encantos susceptibles al poder de un soberano oriental, para dulcificar cuanto le fuera posible la juventud de su querida Zahra.

Con este motivo se habian erigido dentro de la plaza, en sus cuatro murallas, régias habitaciones cubiertas de oro y de seda, en que vivian los jefes de la escuadra militar al servicio de la

Alcudia, ó dominios del poderoso Emir Abu-Alhama; los jefes solos, y de ningun modo sus mujeres, que habitaban en el pueblo por muy secretas razones que luego conoceremos.

El Emir ocupaba el primer piso del torreon del homenaje; y en el segundo, en lo mas elevado de la torre, estaba la cámara de su hija, dominando el castillo á la manera del nido de una tórtola que lo colocara debajo de las almenas.

Y esto no carecia de designio; porque asi para subir á dicha cámara, se hacia necesario atravesar primero las guardias de la torre, y cruzar despues la antecámara del Emir, lo que no podia conseguirse sin producir un ruido particular, gracias á la disposicion artificiosa del suelo. (1)

Aun cuando abusemos algunos instantes de la paciencia del lector, le suplicamos nos acompañe un momento á reconocer las principales bellezas que contiene este castillo, comenzando por la torre, es decir, por las habitaciones del Emir y de su hija.

La entrada se verifica por una pequeña puerta ojiva que aun se conserva en el siglo XIX.

Un alfaraz, destacado del cuerpo de guardia de la plaza, hace la centinela de la puerta.

Su estatura es arrogante, su postura imponente, la mano izquierda descansa en el puño de la espada, y con la otra agarra una gruesa lanza que reclina sobre el hombro derecho.

Despues de subir seis escaleras formadas por otros tantos sillares, se llega á un pequeño retrete despojado de todo adorno, y sin mas luz que la que puede penetrar por una angosta visera practicada en la muralla.

Aqui se abre en dos hojas una puerta de caoba, y se presenta á un solo golpe de vista la cámara del Emir.

Es perfectamente cuadrada.

Un zócalo de pórfido la rodea por sus cuatro lados hasta la altura de cinco cuartas.

En las paredes de hermoso alabastro aparecen esculpidos con

(1) Nota 2.ª

estremada delicadeza, graciosos impajes, primorosas lacerias, y alguna que otra ajaraca de dificil ejecucion; entre los que se descubrian algunas inscripciones cúficas, pero tan hábilmente combinadas con las líneas de los impajes, y las hojas de las ajaracas, que solo el Emir, que estaba en el sentido de ellas podia descifrarlas.

En cada ángulo de la cámara nace del suelo una robusta columna de mármol verde, con base de sardonia color de fuego, cuyos capiteles tambien de sardonia, reciben el pesado cornisamento de ébano con embutidos de marfil, sobre el cual descansa la techumbre, prodigioso artesonado de sándalo y de lit, entre cuyos relieves descuellan por su hermosura, algunas bovedillas compuestas de pequeñas conchas de colores, que un artífice árabe ha combinado con maravilla.

En cada lienzo de la habitacion penden del cornisamento dos colgaduras de púrpura, que unidas en su arranque del arquitrave, se van separando despues en pomposo pabellon, hasta enlazarse cada cual con la columna de su ángulo, y arrastrarse luego todas con sus franjas y cairele de oro, por las ricas alcatifas de Persia que cubren el pavimento.

Junto á la testera se ven cuatro cogines de terciopelo carmesí con borlones de oro, colocados el uno sobre el otro; y próximos á ellos dos grandes pebeteros al apagarse, que exhalan por intervalos las últimas mangas de humo, que se va depositando en lo alto formando una atmósfera de fragancia.

No se descubren mas asientos que los cuatro cogines, porque todo el que penetre en la cámara del Emir, tiene que estar en pié.

Gabinete tan voluptuoso recibe la luz por una ventana agimez alta, que á la par que dá entrada á los rayos del sol, lo preserva de la intemperie con un vidrio morado.

Entre las molduras de una de las paredes de alabastro, que manifiesta su mérito á favor del sesgo de los pabellones; nace un colmillo de jabalí en forma de escarpia, donde cuelga un cuadro de diez pulgadas de longitud por seis de latitud, muy bien cubierto con un paño negro.

¡Qué cuadro tan misterioso era este para todos...! y ¡qué terrible para Abu-Alhama...!

Si del retrete ó antecámara del Emir, tomamos una escalera angosta y oscura, compuesta de diez sillares, nos encontraremos en la antecámara de la Princesa, igual en un todo á la de su padre.

Una puerta de granadino conduce á su estrado, tambien cuadrangular y de las mismas dimensiones que aquel; pero cuya vista produce una impresion mas risueña y aduladora.

Lo entorna á la altura de una vara un zócalo de marmol blanco: las paredes están cubiertas por un tapiz tirante de terciopelo azúl con flores de oro: sobre el zócalo nace un órden de erguidas y sútiles columnas de alabastro con bases de oro, colocadas de trecho en trecho á una distancia conveniente; sus capiteles asimismo de oro, sostienen un ligero arquitrabe de caoba en contacto con el cielo raso: entre cada dos columnas, ó sea en los intercolumnios, hay espejos de cuerpo entero con marcos de marfil, grandes, pero no tanto que no descubran alguna parte de los tapices con sus flores de oro.

Del arquitrabe cuelga un juego de pabellones flotantes de damasco blanco con franja de plata; cuyas ondas simétricas mueren antes de llegar al marco de los espejos.

El cielo raso, pintado al fresco por un pincel de Tunez, representa la hermosa vista de Argel naciendo en un bosque de naranjos y palmeras, que alumbra el sol desde el horizonte del mar, con su primer rayo que dirige al traves de las nieblecillas de la mañana.

Este estrado se alumbraba con la luz mágica que producia el cristal estriado de la ventana agimez, descomponiendo aquella al atravesarlo, en sus siete colores maravillosos.

El pavimento lo cubria una alfombra de Toledo; y en los banquillos estalácticos de cedro con tapetes de grana, que rodeaban la cámara, se veian tirados al descuido, encajes de Valencia, gasas finas, plumas de la India, piochas de diamantes, ramos de coral, y otros muchos aderezos que contribuyen á embellecer la hermosura de una Princesa oriental.

A los lados de la puerta habia sobre dos pedestales de jaspe, dos tíboles con macetas de flores de Cirene; de esas flores que segun espresion de los antiguos, llenan la atmósfera de perfumes, y el mar de fragancia; y á su frente, esto es, en la testera se hallaba la hermosa Zahra dulcemente reclinada sobre cuatro cogines de seda.

Con razon se tomaba por adagio su hermosura; y con razon se la miraba como una hurí bajada del Paraiso al castillo de Cervera.

Su rostro era largo, blanco, y despedia ese pudor atractivo que imprimen en un corazon tierno las diez y ocho primaveras.

En sus megillas se veia el color de la rosa; en su frente la palidez de la azucena; y al caer con lánguidez sus parpados aumentaban la gracia adormidera de sus ojos negros y sensibles.

Bajo el turbante blanco que ceñia sus sienes, con una diadema de esmeraldas en la delantera, se deslizaba su negra cabellera en largas trenzas que al replegarse luego detras de las orejas, velaban en sedoso pabellon, las purísimas facciones de su semblante.

El brazo derecho, recostado en un cogin, sostenia con la mano su cabeza ligeramente inclinada de lado; y los piés, tirados al desden, se perdian sobre una alfombrilla de damasco.

Calzaba zapatillas de grana bordadas en plata: en la garganta del pié, se prendia con sartas de brillantes el anchuroso pantalon blanco, que desde la cintura bajaba en apiñados pliegues.

Un justillo de terciopelo azul escotado, descubria al través de los encajes de la chambra interior, el pecho blanco como la leche, donde se sentian las palpitaciones de su inocente corazon.

Una faja de seda verde con caireles de perlas, ceñia su veleidosa cintura; su manto ó capellar azul, con medias lunas de oro, le cubria el hombro izquierdo, viniendo á replegarse bajo la rodilla del mismo lado; y con la mano libre ajaba distraida las flores de un macetero que tenia delante.

La hermosura de Zahra, no solo era conocida en el pueblo de Cervera: cerrada esta niña en el castillo como en su jaula de oro,

volaba su fama por la España entera; y de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, habian venido mas de una vez, nobles árabes á visitar al Emir Abu-Alhama, por tener la dicha de conocer á su hija.

Si el Tetrarca hubiera vivido en su tiempo, no hubiera rendido ciertamente su corazon ante la Laura; si el Dante la hubiera conocido, no habria cantado las bellezas de la Beatriz; no hubiera amado á la Fornarina Rafael, si hubiera visto un solo momento á Zahra. La Laura, la Beatriz, la Fornarina comparadas con la mora, no son notabilidades, son unas hermosuras de segunda clase.

Entre las muchas gracias de Zahra, sobresale por su poder para con el hombre, un sentimiento tal de ternura que anima su rostro, desconocido hasta ella, y que despues solo se ha conservado en las Vírgenes de Murillo.

Continuaba la jóven Princesa sin otro pensamiento que la flor que ajaba con su mano, cuando abriéndose la puerta apareció el anciano Alsfar, quien despues de inclinar la cabeza hasta la cintura, dijo con respeto:

—El Emir Abu-Alhama sube á visitaros.

Y se retiró.

Zahra se incorporó al instante, y arreglándose el manto con desden, se levantó para abrazar á su padre, que la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

Era el Emir un señor de cincuenta años, de aspecto grave y severo; pero al acercarse á su hija se trocaba insensiblemente su gravedad en dulzura y alegria.

Se sentó sobre los cuatro cogines que le presentó Zahra; y arrellanándose ella en la alfombra, apoyó los brazos en los muslos de su padre, mirándole con cariño al rostro.

Mientras se saludan el Emir y la Princesa; mientras dan libre curso á la efusion amorosa de sus corazones; acabemos nosotros de recorrer el castillo para observar, aunque de ligero, todas sus preciosidades.

Saliendo de la plaza fuerte por la puerta de Oriente, donde

está el centinela de la guardia, y marchando en la misma direccion, la distancia de doscientos cuarenta piés, por el paseo de arena cernida que forman dos espalderas de tamariscos, de bojes y rosales, paralelos al borde de la peña, nos hallaremos en un pequeño jardin cuadrangular, hundido cinco piés bajo el nivel del suelo y rodeado por una balaustrada de bronce con pilastras de mármol.

En medio de aquella aglomeracion de flores diferentes, se levanta el baño de Zahra, digno en verdad de que lo describamos.

Cuatro erguidas y sutiles columnas de mármol negro, plantadas en el suelo, dibujan un recinto cuadrado de diez piés de longitud por ocho de latitud.

En sus capiteles descansan cuatro perchas que cubre un toldo de pieles de oso, unidas unas á otras con perfeccion.

De este toldo hay suspendidas cuatro cortinas de la misma piel, que forman las paredes, sujetas en los ángulos por gruesos cordones de oro.

Esta tienda tan brusca en su esterior, es todo bellezas por la parte de adentro.

Flotantes tapices de seda blanca cuelgan de las perchas.

Un manto de escarlata la cubre por encima: y de la union del manto con los tapices, se desprenden con gracia arabescos y guirnaldas de rosas artificiales.

En medio del marmóreo suelo, cubierto por rica alfombra, se ve enterrada, solo hasta la mitad, segun costumbre morisca, la pila de bañarse, que consiste en una gran taza ovalada de alabastro bruñido: y al derredor de la taza, junto al remate de los tapices, hay multitud de cogines de diversos colores.

Cuando la tienda está herméticamente cerrada, no se oye desde dentro ruido, ni se ve la luz: pero si el tiempo es placentero, y se sueltan los cordones de oro; penetra por las juntas de las cortinas, un céfiro embalsamado con la fragancia de las rosas, que agita los cabellos de Zahra húmedos y lustrusos, que sacude los encages de su chambra, y descubre su pecho blanco

como la pila de alabastro, trasparente como el agua en que se baña.

En uno de los ángulos de este pequeño vergel que miran al Norte, se abre una puerta de bronce que dá entrada á una habitacion larga y estrecha, picada en la roca viva.

Esta habitacion, destinada entonces á conservar los vasos de ungüento de nardo céltico para perfumarse la Princesa la cabeza despues del baño; los frascos de polvos de nardo índico para suavizarse las manos; los frascos de azahar y de rosa, con otros objetos de la misma especie; ya habrá comprendido el lector, que no es otra que aquella caverna fatídica y misteriosa, conocida en el siglo XIX con el nombre de CUEVA DE LA LUNA.

Con efecto; en su fondo sombrio encontramos otra pequeña puerta: y sí dejándola atras seguimos un ligero corredor oscuro que se inclina á la izquierda, hallaremos una escalera vertical compuesta de trescientos peldaños ó escalones que salvan toda la altura del peñon.

Concluida la escalera, nos conducirá otro corredor subterráneo que se dirige al Mediodia en la longitud de veinte pies, á tropezar de frente con una pared labrada á pico en la misma piedra.

Aquí se oye un ruido sordo y continuado; es el ruido del rio que pasa por encima, y que á favor de una canilla que se abre colocada en la pared, se introduce con facilidad el agua á cuantas vasijas quieran llenarse desde dentro.

Esta mina tan ingeniosa tiene dos objetos: ofrecer agua potable á los sitiados cuando un largo asedio consuma la del aljibe, y suministrarla además diariamente para el baño de Zahra y para los demas baños del castillo; cuyo servicio estaba á cargo de ocho eunucos negros, que todas las mañanas regaban tambien el paseo de arena, que desde la plaza fuerte iba al baño de la Princesa.

La gran esplanada que se forma al Oriente de la plaza de armas, entre el referido paseo y la contramuralla, que en adelante llamaremos LA PLAZA DEL BAÑO, servia para que los musulmanes practicasen sus ejercicios militares.

El plano occidental que se comunica con la plaza del baño por un angosto corredor entre la contramuralla y la plaza fuerte, se conocia con el nombre de EL JUEGO DE LA BALLESTA.

Aquí ejercitaban los atletas sus fuerzas hercúleas; aquí manifestaban su acierto en el tiro de la saeta; pero estas fiestas habian cesado algun tiempo hacia, porque á la tierna Princesa, en cuyo obsequio se habian establecido, repugnaba la presencia de dos hombres luchando bárbaramente: y mas aun, ver caer atravesada por el mortífero proyectil, la paloma que alegre se remontaba por los aires, en busca de su libertad.

Lo que á Zahra agradaba; lo que Zahra repetia con frecuencia; era pasear por los vergeles del alcazar en la primera hora de la noche; en esa hora sublime, en que Dios llenando el firmamento con su espíritu, se apodera del corazon feliz que ha nacido para sentir tales bellezas.

El plano comprendido al Norte, por la muralla y la contramuralla, lo hermoseaban multitud de calles de árboles, de cuyas ramas colgaban caprichosos columpios; y á cuya sombra nacían los diferentes baños de los generales, entre los que se distinguia el del Emir por su banderola blanca.

Al concluir en el Poniente la muralla, formaba sobre la cueva de Marimon, un semicírculo saliente donde estaba el pensil predilecto de Zahra: ella y la naturaleza eran las únicas que tenian parte en aquel jardin, verdarero pensil, porque volaba sobre una gran masa de piedra escarpada, al pié de la cual nace la referida cueva.

Lo rodeaba por dentro del castillo un vallado de rosales y madroños; y en él abrian sus calices las flores mas hermosas, que la mano de la misma Zahra, regaba, trasplantaba y cuidaba; por cuyo motivo le llamaban los musulmanes EL PARAISO DE LA PRINCESA.

Conocida ya la cámara lujosa de la hija del Emir; los deliciosos jardines construidos para su diversion; los baños para su comodidad; nos resta solo peguntar:

...¿Era feliz una jóven que reunia tantos placeres? una jóven cuya voluntad siempre habia sido obedecida...?

Su ánimo padecia mucho: pero ignorando su propio corazon el origen y motivo de sus padecimientos, estaba bien distante de poder, ni aun desear evitarlos.

Varias veces exhaló un suspiro en el silencio de la noche; suspiro que la asustaba y queria reprimir, pero era tarde; el suspiro habia desaparecido en el espacio.

Deseoso Abu-Alhama de la dicha y de la gloria de su hija, á quien amaba mas que á su propia vida; la habia prometido en matrimonio al Walí, ó lo que es lo mismo al general de las tropas del castillo.

Jóven este, ilustre y ansioso de palmas, estaba siempre en guerra contra los cristianos, precisándole á ello además, el juramento que habia prestado á Mahoma de sacrificar en sus aras uno noble antes de enlazarse á la que habia de ser su amada esposa.

En la actualidad se hallaba ausente; mas semejante ausencia inquietaba bien poco á la Princesa.

Alí, tal era su nombre; era hijo de los Elymas mas célebres del Oriente, y descendia de la tribu de los mostaleichitas, acaso la mas antigua del Asia. Valiente y perito en la guerra, se prometia alcanzar pronto el honroso título de Almanzor.

Sus formas parecian atléticas; su musculatura hercúlea.

Sus ojos negros despedian una mirada atrevida; y su bigote negro y retorcido, contrastaba bien con los lábios de carmin.

En una palabra; toda su traza era la de un soldado intrépido y decidido.

El anchuroso turbante cubria con arrogancia su erguida cabeza; la gruesa cimitarra pendia con gracia de su cintura; pero ni su valor, ni su antiguo origen, ni sus títulos, cautivaban el ánimo de Zahra; ni sus ojos, ni su bigote, ni su turbante, ni su cimitarra agradaban á su corazon.

No decimos por ello que Zahra no correspondiese á los obsequios de Alí; se hallaba este en la vigorosa edad de los treinta y

dos años; era el musulman mas arrogante de cuantos habia visto; su querido padre le ofrecia su mano como el mejor de los presentes, ¿qué habia de hacer? Niña candorosa y cerrada entre las murallas de un castillo desde su infancia, ignoraba que pudiera existir otro hombre á quien querer, y se resignaba cándida su situacion sin conocer que lo hacia.

Zahra no aborrecia á Alí, porque no podia aborrecer; pero tampoco lo amaba; y sin embargo su corazon amaba: amaba al sol, á la luna, á las estrellas: amaba las flores, á su padre, á la caridad.

¡Cuántas veces se desprendió generosa de una joya, por salvar de la indigencia á una viuda ó á un huérfano de Cervera; y cuántas... postrada ante los piés del Emir, libró con sus ruegos de los azotes á un esclavo condenado á semejante pena...!

Pero nos hemos distraido demasiado.

Volvamos á la cámara de la Princesa donde la hemos dejado abrazada con su padre.

—Hija mia; le dice rebosando ternura: ¿Cómo tan descuidada? ya baña el sol tu estrado, y aun estás sin adornarte? ignoras por ventura el dia que es hoy? ¿no recuerdas que se celebra fiesta en la Mezquita por el Emir?

—Ah... sí; contestó Zahra llevándose la mano á la frente: perdon padre, estaba distraida: hoy hace los años que perdisteis aquella batalla en...

—Pues, en las faldas del Moncayo.

—Si, en la que un cristiano benéfico os libró la vida...

—Si, hija mia, sí; respondió Abu-Alhama, variando de tono: el noble Hernan, cuyo nombre permanece siempre grabado en mi pecho.

Yo me disponia á desjaretar su caballo, cuando una estocada asestada por su escudero en los hijares de mi alazan, me hizo caer en tierra. El mismo que mató mi caballo alzó su tizona contra mi, que tirado en el suelo y oprimido por él peso de mi corcel, esperaba la muerte por momentos, pero Hernan con aspecto sereno lo detuvo diciéndole: «La accion reclama nuestro brazo en

otra parte, hemos venido aqui á defender la Pátria no á asesinar árabes.» Y dándome la mano añadió: «Alza moro, el capitan Hernan jamás mata á un vencido; monta otro caballo y medirás tu alfange con mi espada.»

—¡Qué rasgo tan brillante en un cristiano! esclamó Zahra rebosando ternura: muchas veces me lo habeis referido, padre, y cada vez lo escucho con mayor enagenamiento. ¡Qué placer tendria yo en conocer á Hernan... no le temeria, me acercaria á él y le besaria la mano, porque él os alargó la suya cuando os hallábais vencido.

—Dices bien, hija mia; contestó el Emir serenándose por grados de la emocion que le habia producido el recuerdo de aquella hazaña y las dulces espresiones de su hija; dices bien, amada mia, pero se acerca la hora de la Chotba (1), y quiero que te presentes elegante y hermosa entre los musulmanes y tus amigas que te esperan con impaciencia. Ponte la marlota bordada en perlas del Africa, y una diadema de bríllantes en la cabeza. ¿No me ves á mi con traje de gala? me he quitado el turbante de guerra, y lo he sustituido con el almaizar. Vamos, hija mia, quiero que te presentes muy hermosa.

—Voy padre, contestó Zahra levantándose; ya sabeis que no deseo sino hallar medios de agradaros.

En el mismo momento se oyó á lo lejos la voz del Muezlin, que fijo sobre el minarete de la Mezquita, gritaba:

—*No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta; musulmanes acudid á la oracion* (2).

A esta llamada respondió en el castillo un redoble de clarines, á lo que sucedió un ruido confuso de armas, como si un escuadron formidable, se pertrechara para la guerra.

—Vamos, hija mia, dijo el Emir á la Princesa; ¿oyes la señal?

Y asomándose á la ventana continuó:

(1) Nota 1.ª, párrafo 21.
(2) Nota 1.ª, párrafo 20.

—El acompañamiento nos espera en la plaza, solo faltamos tú y yo, date prisa.

Al poco rato se presentaron en la plaza Abu-Alhama y Zahra, radiante la última tanto en hermosura como en rica pedreria: y ordenándose inmediatamente el cortejo, se dejaron caer á luego por la calle de Balija.

Una escolta de quince alfaraces, á pié, con lanza en mano, abrian la marcha; seguian el Emir y su hija, rodeados de los jefes del ejército, que á porfía ostentaban sus lujosos trajes: iba despues una orquesta de negros, tocando violines de tres cuerdas, trompas hechas de cuerno de toro, clarines de metal y atabales.

Y por último hacia la retaguardia una cohorte de ballesteros de infanteria, con anchos calzones negros hasta la rodilla, al uso de su pais; chaquetillas verdes recamadas en plata, alquiceles blancos, y anchos turbantes azules y encarnados con casquete y media luna de acero.

Esperaban á Zahra en el estremo de la calleja, multitud de mancebos y elegantes doncellas, hijas de los generales que formaban su acompañamiento; las cuales como la amaban mucho, y como no podian verla sino de tarde en tarde, cuando bajaba acompañada siempre de su padre á la oracion pública, tenian que aprovechar esta ocasion ellas para abrazarla, y los hombres para admirar cada vez mas su belleza.

Despues de cariñosas y repetidas felicitaciones, penetraron todos al son de las músicas en la Mezquita, que hoy felizmente es un templo dedicado al culto verdadero de Dios; como no ignora el lector, bajo la invocacion del patrono San Gil.

CAPITULO II.

DELICIAS DE ZAHRA.

Era una de las noches mas hermosas de primavera: guirnaldas de nubes trasparentes, suspendidas en la atmósfera, hacian mas variable la luz de las estrellas; y la luna orlada por un disco de topacios, asomaba melacólica en el borde pintoresco de los montes.

Zahra no habia podido conciliar el sueño, y abandonando la cama, abrió los cristales de la ventana, y salió á ella para respirar un aire fresco que templara los ardores de su frente.

Todo dormia: y la Princesa paseaba su vista por los jardines del castillo; por las murallas sombrías; por la multitud de colinas que se desplegaban á su frente; y por las crestas de las últimas montañas, que animadas por el reflejo tembloroso de la luna, pa-

recian otros tantos gigantes que se movian pausadamente sobre el horizonte.

La vega de Cervera se ofrecia á lo lejos surcada por el Alhama, como un campo de esmeraldas atravesado por una faja de plata.

El silencio de la naturaleza lo interrumpia solo la bandera de la torre agitada por el céfiro, y la voz monótona del atalaya que de tiempo en tiempo daba el grito de *alerta* á los centinelas.

Zahra de pechos en la ventana disfrutaba estos placeres á los que su alma se prestaba mejor que á ningunos otros.

Extasiada en un espectáculo tan grande, olvidaba el mundo que tenia á sus piés; y nadaba con la fantasía por los espacios celestes que se abrían sobre su cabeza.

.....Niñas que frisais en los diez y ocho años; vosotras mejor que nadie podeis esperimentar tales encantos. Decidme: cuando en una noche del mes de Mayo besan vuestra frente las brisas embalsamadas, cuando tendeis la vista por ese espacio azul donde giran los astros... ¿no sentís dilatarse mas que nunca vuestro corazon...? ¿no sentís arder la sangre en vuestras arterias...? ¿no comprime vuestras sienes un frio glacial...? no advertís nacer en vuestra cabeza un fantasma de colores divinos, que se pierde por ese mundo si fin? ¿no aborreceis vuestra vida real volando cautivadas tras otra vida de amor que vislumbrais allá... muy lejos de vosotras...?

Zahra tenia diez y ocho años; y Zahra sentia con frecuencia palpitar su pecho.

Inspirada por la calma de la noche, formaba sin quererlo en su imaginacion, un ser adornado con el color de las flores, con la luz del paraiso, con las virtudes de su propio corazon: ser que la dominaba, ser á quien amaba sin conocer que lo hacia, y sus ojos pendientes de las estrellas, despedian una lágrima que humedecia sus megillas de jazmin.

Inmóvil en esta postura continuara hasta la mañana rendida al mágico poder de sus ensueños, si no la hubiera despertado de parasismo tan dulce, el grito de alarma que dió el atalaya.

Al grito del atalaya siguieron inmediatamente los de los centinelas; se formó la guardia en un momento; el cabo dió parte al Anaibe ó capitan de la guarnicion; y antes de dos minutos se halló el castillo en estado de defensa.

Mil turbantes coronaron la muralla del Norte, mil saetas asomaban por entre las almenas sus puntas emponzoñadas.

Zahra entró en su habitacion y cerró las ventanas.

El motivo de tales aprestos de guerra, lo habia ocasionado un escuadron de caballería, que el atalaya distinguió bajar por el alto de Cuesta clara, la última y mas elevada colina que se descubre por el lado del Norte.

Y no estrañe un alboroto tan pronto y tan inesperado: no estrañe una defensa tan repentinamente tomada: la guerra no se hacia en aquellos tiempo como ahora; en el campo y en los castillos estaba siempre el soldado sobre las armas: las dos religiones opuestas; los dos enemigos se hallaban comunmente amalgamados: el alcázar que ayer fué de los moros, es hoy de los cristianos, y mañana vuelve á ser otra vez de los moros. Las algáras, ó sea las correrias de sorpresa, se hacian de noche las mas veces por ambas partes; y por esto el pueblo de la cruz y el pueblo de la media luna vivian siempre en disposicion hostil.

El Emir habia oido el ruido desde su lecho, y bien pronto se apercibió de lo que podia ser: pero tal incidente no le inquietaba en nada; descansaba confiado en el gigantesco peñon que le sostenia, en las gruesas murallas que lo rodeaban; en los valientes soldados que lo defendian; y en la pericia de los jefes que los mandaban.

Pasada media hora, y cuando la guarnicion se disponia á la refriega; dió el atalaya el grito de paz; porque muy próximo ya el escuadron que se acercaba; habia podido distinguir los turbantes y alquiceles al fulgor de la luna; y en el penacho azul que ondulaba gallardamente sobre la cabeza de los caballos, conoció que era la escolta del intrépido Alí, general ó Walí del castillo.

Esté mudó bien pronto de aspecto.

Se encendieron faroles en las almenas; resonaron por todas partes gritos de alabanzas, y aquel ejército amenazador pocos momentos antes, rindió las armas ante su jóven general; que ilustre, valiente, vástago de los Elymas del Asia; prometido á la hija del Emir, juntaba á las honras de su distinguido empleo, los honores anticipados de Príncipe.

En medio del escuadron de alfaraces, que regresaba de sus correrías cargado de victorias, se divisaba un mancebo montado en un caballo tordo, que segun toda la traza debia ser algun noble cristiano prisionero,

Tendria veinte y cuatro años: era de estatura regular, y su cuerpo iba defendido con una armadura de acero bruñido.

Debajo de la doble cota, colgaba un coleto de ante verde con cenefa al remate, bordada en seda amarilla.

Sobre la capellina, que le bajaba hasta las cejas, llevaba un boton de plata, del cual partian tres penachos, blanco el de mitad, y azules los laterales.

Su rostro estaba pálido por la fatiga; sus ojos y bigote eran negros.

Allí formó el ejército en la plaza del baño, y colocó en el centro al prisionero: los musulmanes se hablaban entretanto al oido unos á otros y todos miraban con estraordinaria curiosidad al cristiano.

Un parte subió en seguida al Emir; el Alwacir colocó en la sala de armas por orden del alcaide, la tizona del cautivo, que obligado con violencia á apearse, fué conducido á la plaza fuerte por una escolta de cuatro almogavares.

Aquí se abrió una puerta pequeña de hierro, la cual rechinó sobre sus goznes. Despues de bajar ocho escaleras tropezaron con otra puerta mas gruesa que la primera, y luego penetraron en una mazmorra abovedeada, que descubria todo su horror á la luz misteriosa de un farol.

Entonces le calzaron al cristiano recios grillos; le sujetaron las manos con esposas; amarráronle la cintura con una cadena de pesados eslabones; prendieron esta á una argolla de la pared, y se salieron cerrando tras de si las puertas.

Mientras el cautivo cae sobre una piedra, rendido por el peso de tanto hierro; mientras comienza á sentir la humedad del calabozo que se halla bajo el nivel del aljibe; mientras la idea de su actual situacion, el recuerdo de lo pasado, y la imágen del porvenir se agrupaban de lleno en su cabeza; el vencedor Alí, dirige de vez en cuando la vista á las ventanas de Zahra, paseándose orgulloso por la plaza, entre guerreros que lo admiran, y entre capitanes que lo felicitan por su nuevo triunfo y por su próximo enlace con la Princesa mas hermosa del Imperio de Abderramen.

Despues de ordenar al Alwacir que tuviera dispuesto un cordel en las almenas de la Torre, para ahorcar al cristiano aquella misma mañana; y que una cuadrilla de negros hiciese acopio de leña para quemar su cuerpo en la plaza, se retiró á su cámara.

Desfiló el ejército; se apagaron los faroles encendidos en las murallas, y la fortaleza volvió al silencio que disfrutaba antes de la llegada del jóven é ilustre general.

La luna habia declinado hácia el ocaso; el castillo proyectaba su sombra en la ladera de la montaña; y la banderola del homenaje se ajitaba con mas violencia movida por el airecillo de la madrugada.

De repente se dajan oir en la plaza fuerte, los sonidos de una jabelina, y el trovador envuelto en un alquicel blanco se descubria en medio de las tinieblas de la noche, recostado al pié del torreon: era Alí, que venia segun costumbre, á arrullar con sus cantos el sueño de la Princesa.

Concluido un largo preludio; rompió así, con eco mos fuerte que sonoro:

«Ya vuelvo por fin triunfante
De los campos del honor,
Despues de larga partida,
A rendir á mi querida
Entre glorias y entre amor,
Las palmas de mi turbante.»

Esta voz se remontaba hasta el lecho de Zahra, y bajaba hasta el calabozo subterráneo del prisionero.

Esta voz, indiferente á la hija del Emir, desgarraba el corazon del cristiano.

Cargado de cadenas, tendido en el suelo de piedra; sin otra cabecera que una peña, ahogado por la humedad de la mazmorra, y por los suspiros que subian de su pecho, oia los tonos de la jabelina, oia las canciones del Walí, como debe oirse desde el abismo, el ruido que suceda por la superficie del mundo.

En medio de los tormentos que sufria, cruzaba por su frente una procesion de imágenes de su perdida felicidad; y todas iban á precipitarse como en un infierno, en el horroroso porvenir que se abria á sus ojos.

Otro nuevo preludio suspendió un momento su fantasía, y luego percibió tambien al trovador que volvió á cantar:

«La víctima que ofrecí
Ya mi valor ha encontrado,
Y el juramento que dí
De vengar á un padre amado
Antes de enlazarme á tí,
Hoy mismo se verá alzado.»

Entonces conoció el cautivo lo deplorable de su situacion.

Como vivian mezclados en una misma provincia, tal vez en un mismo pueblo, moros y cristianos, aquellos no ignoraban las leyes y costumbres de estos, ni estos las de aquellos.

El prisionero sabia muy bien que el Coran impone al mahometano la obligacion de vengar á su padre ó á su pariente muerto en la guerra, matando á un cristiano de igual valor y nacimiento; y sabia tambien que algunos mancebos juraban voluntariamente por el Profeta, no tomar mujer en matrimonio hasta haber cumplido el juramento.

Los versos que acababa de oir, despertaron en él de pronto semejante recuerdo.

—El trovador, se decia á si mismo, es el prometido á alguna dama del castillo, tal vez á la Princesa: un juramento que cumplir... una víctima que sacrificar... retardaba su enlace: ¡esa víctima soy yo! ¡ay padre amado! tus lágrimas afligen mi corazon mas que la muerte... tus lágrimas son gotas de fuego que encienden mi amargura... sí; llorarás... te estoy viendo llorar... capitan invencible en las campañas; impávido á la presencia del enemigo; llorarás la pérdida de tu hijo...

Estas reflexiones de dolor, hechas por un cautivo, por el mas desgraciado de los hombres, en el seno de un subterráneo profundo, correspondian con las reflexiones hechas por una jóven hermosa, reclinada muellemente en un lecho de seda cerca de las almenas de la torre.

Zahra, toda inocencia, toda compasion, habia escuchado las escenas acaecidas momentos antes en la plaza del baño, y de ellas llegó á deducir con acierto, que Alí habia encontrado ya en quien cumplir su juramento; que pronto iba á verse ella entregada á su poder; y lo que mas le aterraba; que aquel mismo dia se iba á ahorcar y á quemar en su presencia á un cristiano.

No aborrecia á Alí; como ya dijimos, pero no lo amaba; se sometia á su enlace sin repugnancia, pero sin desearlo: y á no mediar la voluntad de su padre, sagrada para ella, hubiera tenido mas gusto en permanecer soltera; en esa vida libre de mariposa que gozaba, volando de las flores á su cámara, y de su cámara á las flores; contemplando el espectáculo de una mañana risueña, de una noche tempestuosa, ó interponiendo sus lágrimas con el Emir, para librar del castigo á algun esclavo infortunado.

Si estas privaciones que esperaba, si esta sujecion suya propia, la inquietaba aunque de un modo lijero; lo hacia con mas vehemencia, la imágen del patíbulo, fija constantemente en su espíritu.

Jamás habia visto un cristiano: los ayos se los dibujaban siempre ancianos, feroces, de rostro sombrío y ademanes bruscos; pero apesar de todo, en el acto que se iba á consumar en el

castillo, solo veia su sensibilidad un hombre luchando con las agonias de la muerte mas cruel; y semejante reflexion, y la llama que consumiria sus miembros, la despertaban, la agitaban, y le hacian buscar medios de evitar á todo trance una escena tan horrorosa.

Los suspiros de pavor, ahogados en un subterráneo, exhalados por un jóven que se dispone á bajar á la tumba con serenidad; suspiros á los que respondian los sollozos de ternura que exhalaba una vírgen en su elevado lecho; aquella mútua y simpática comunicacion de afectos entre el mancebo que gime aterrado, y la Princesa que se enternece por él casi sin haberlo visto; es interrumpida en su curso por los cantares del satisfecho é inhumano Walí, que pisa con desprecio la mazmorra del uno, y levanta los ojos suplicantes al estrado de la otra.

Henchido de placer, continuó sus trovas de este modo:

»Y hoy juro por mi pasion,
Esterminar los cristianos,
Acabar á esos villanos
Que no temo nos atajen
Mientras me anime tu imájen,
Grabada en mi corazon.»

Cuando Alí concluyó la amorosa serenata, asomaba el alba en el horizonte. Una golondrina se paró en las almenas de la torre y comenzó á piar.

NUESTRA SEÑORA DEL MONTE
DEL RIO ALHAMA

CAPITULO III.

GENEALOGIA DE ALI.

Supuesto que ya conocemos á este general; supuesto que ya sabemos que es el prometido de la Princesa Zahra; y asimismo que desciende de los Elymas, de los magos, ó de los sabios mas célebres del Oriente; oportuno nos parece examinar ahora su origen; para lo cual abandonemos el castillo de Cervera, y vaguemos por el Asia, en busca de esa tribu tan antigua, cuyo punto de partida ó cuyo principio, se pierde en la oscuridad de los tiempos.

DALDAL.

Los beduinos errantes del Desierto, como los árabes que viven voluptuosamente en sus ciudades; unos y otros aficionados en

estremo á cuentos antiguos; amantes de sus glorias pasadas, y amigos de lo maravilloso; escuchan con sumo placer la historia de Daldad, que trasmitida de padres á hijos, y conservada con exactitud de generacion en generacion, se refiere entre los primeros cuando tendida bajo alguna palmera una familia ó una tribu, goza las noches placenteras del Asia; y entre los segundos, cuando muellemente recostados en los cogines de sus cámaras aspiran adormecidos los inciensos de la Arabia.

Pero unos y otros se disputan á porfia la adhesion á consejas difíciles; y la crónica importante de Daldal, tiene suspendido su espíritu y conmueve todas las afecciones de su ánimo.

Tanto el árabe que duerme tranquilamente en su palacio, como el beduino que arrastra su tienda por el Desierto; se hallan igualmente interesados en conservar y ponderar dicha historia; porque Daldad, este sabio que agitó el Oriente, es hijo de ambas razas; y por ello el beduino y el musulman tienen igual gusto, igual entusiasmo en oir y relatar su vida.

Nosotros la presentaremos tal como la refieren los Afit (1) de los últimos.

Héla aquí:

«Hácia el año 40 de la muerte del Profeta, 700 de la Era cristiana; vivia en la antigua tribu de los Mostaleichitas un jóven sombrío y forzudo en estremo, que por ser muy aficionado al vino y embriagarse con frecuencia, le habian dado el nombre de Al-mesth (2), que quiere decir *el borracho*.

Sin afecciones y sin moral, vivia entregado del todo á la caza, y á veces luchaba con las fieras, como una fiera lucha con otra fiera.

Un dia, pues, en que turbada mas que de costumbre su cabeza por los vapores de la bebida, se alejó bastante del pueblo, estraviándose por terrenos escabrosos y desconocidos, estuvo á pique de ser víctima de un tigre, que le rasgó el muslo de arriba á bajo en toda su estension.

(1) Nota 4.ª
(2) Nota 11, párrafo 2.º

Furioso, y rugiendo como el leon á quien él habia herido en otras ocasiones; vagaba por aquellos campos en busca de un socorro que no podia encontrar.

Por último, rendido de cansancio y fatigado por la falta de la sangre, que salia á torrentes de su herida, iba á dejarse caer sobre una peña; cuando descubrió á lo lejos las tiendas de una tribu de beduinos que descollaban sobre las arenas doradas del Desierto, como una manada de lobos marinos, sobre las aguas heladas del Océano.

Una vista tan inesperada reanimó las fuerzas decaidas de Al-mesth, y poco menos que arrastrando llegó hasta sus inmediaciones.

Aquí se encontró con una jóven de treinta años, que aunque su facha indicaba ser una miserable, descubria en su rostro tostado por el sol, cierto aire de ternura y de nobleza.

Su vestido, compuesto de harapos, consistia como el de los demás beduinos, en el *habbá*, ó sea una túnica larga con mangas, y con un agujero para meterla por arriba: el *Keffie*, ó sea un pañuelo rodeado á la cabeza con tres puntas que cuelgan, dos por las sienes, y otra por la nuca, debajo del cual salia su cabellera prendida en infinidad de trenzas.

Esta jóven que se ocupaba en buscar entre las arenas piedras relucientes para venderlas despues á los ricos de la tribu, con cuyo módico producto se mantenia, se horrorizó á la presencia desastrosa de Al-mesth, y sin poder ocultar su emocion, exclamó:

—Pobre musulman ¿quién te ha puesto así?

—Un tigre, respondió Al-mesth; piedad, que perezco.

Entonces se acercó á él la beduina, y rodeándole al muslo su Keffie contuvo la sangre de la herida.

Despues le dijo:

—Mira musulman, yo soy la mas pobre de la tribu; mi tienda es la mas andrajosa; pero si quieres venir á ella, no te faltará un monton de broza en que descansar, y una mujer que te sirva.

Al-mesth no deseaba otra cosa; y tales espresiones de cariño conmovieron algun tanto su corazon de piedra.

Echaron á andar los dos, mas al ver pasar un musulman apoyado en la beduina se alborotó la tribu. El Sedir mandó tomar ciertas precauciones; y el anciano, el sabio Nassi-Radin, invocó los dioses contra el forastero.

Al poco rato de hallarse Al-mesth tirado sobre la cama de broza, bajo una tienda de alpillera que se desplegaba humilde, á bastante distancia de las demas tiendas cubiertas de costosas pieles de tigres y de osos, le dijo la beduina acercándose á su cabecera:

—¿Cómo te llamas musulman?

—Me llamo Al-mesth.

—Pues mira Al-mesth, yo soy la mas pobre de la tribu, ya te lo he dicho; todos me aborrecen sin saber por qué: el Sedir, mandó matar á mi padre; y yo sola en esta tienda, me mantengo con lo que me dan los ricos por las piedras brillantes que busco en las arenas.

Pasado algun tiempo se restableció Al-mesth; y cuando todos esperaban con ansia que marchara á su pueblo, dijo que queria casarse con su bienhechora; y lo verificó al dia siguiente.

Los beduinos se aterraron de aquel enlace híbrido; en que se unian dos religiones diferentes, la de Mahoma y la de Sabá; el islamismo y el politeismo; y al paso que todos preveian en él, la destruccion de la tribu; todos temian el brazo fornido de Al-mesth.

Mientras la beduina y el musulman, cerrados en su miserable choza; sin parientes, sin amigos, bebian la sangre del cordero de las bodas (1); fijo en el desierto el anciano Radin, rodeado de una numerosa concurrencia, que se agrupaba á oirle, exclamaba levantando en alto su djerid (2):

—Beduinos; el fruto de ese enlace híbrido que hoy nos aterra, será un monstruo que nos devore ó un sabio que nos confunda. ¡Dioses del desierto... poned vuestros ojos en la tribu!

(1) Nota 3.ª
(2) Nota 5.ª

Al-mesth trajo luego su Coran y volvió á sus ocupaciones de la caza.

Cuando la beduina se manifestó en cinta, se sobrecogieron sus paisanos y hubieran descargado su furor contra ella, á no temer la fuerza y decision del robusto musulman.

Era la víspera del parto, cuando Al-mesth no parecia, contra costumbre, por los alrededores del poblado; y tan luego como el Sedir supo que la beduina estaba llorando en el desierto, la muerte de su marido, despedazado por un leon; mandó que le arrancaran inmediatamente la tienda y se la rasgaran, para que no hallándola á su vuelta, huyera de sus cercanias.

Asi sucedió: afligida por los dolores del parto, se dirigia la infeliz, entrada la noche, á reclinarse en su lecho de paja; y apercibida pronto de todo lo ocurrido, buscó como las fieras entre las peñas, un albergue donde parir.

Descuellan de trecho en trecho sobre las arenas del desierto, á manera que los escollos en el mar, grandes peñascos llenos de cavidades ó pozas naturales que retienen mucho tiempo el agua llovediza, conocidos entre los árabes errantes con el nombre de *cucharros*.

Junto á estos cucharros se estacionan los beduinos hasta que se agota el agua que contenian, y entonces considerándolos ya inútiles, alzan su domicilio, y marchan ligeros á otra parte.

Muy próximo á uno de ellos, estaba plantada la tribu de que venimos hablando; y en una cueva profunda y de boca angosta, que formaban dos fragrosas peñas, fué donde abandonada de todos se ocultó á sufrir sus dolores ella sola, sin auxilio de nadie, la desgraciada viuda de Al-mesth.

Aseguran los árabes en su cuento, y tal vez razon no dejen de llevar en ello; que toda aquella noche la pasó el viejo Radin en vela; que de la cueva salian tristes quegidos como de una mujer que padecia mucho; que el leon habia abandonado sus cavernas, amedrentando la tribu con sus rugidos; y que el terrible simoun, soplando mas furioso que nunca, junto con el rayo y con el trueno amenazaban la estruccion del desierto.

El dia siguiente amaneció sereno.

Nassi-Radin se acercó aunque con temor á la cueva; aplicó el oido y sintió, no los quegidos de una mujer, el eco balbuciente de un niño que lloraba.

Se determinó á entrar algo fiado en su mágia, y encontró con asombro, muerta á la beduina, y á su lado una criatura temblando.

Entonces el orgullo hizo su oficio: vió que no era un monstruo el fruto del parto, y como debia ser un sábio, llegó á persuadirse que podria aprovecharse del arte profundo que desarrollaran en el niño las lecciones de su genio protector.

Lo tomó en sus brazos; lo presentó á la tribu, encomió su robusta musculatura; hizo creer que debia ser muy útil en adelante su sabiduría; que el pueblo que lo poseyera tendria en él un tesoro, y que por tales razones se encargaba él mismo de criarlo y educarlo con esmero, lo que aplacó en gran manera los temores de aquella gente supersticiosa.

Como el niño temblaba, efecto del descuido que habia esperimentado es su nacimiento, y de su complexion altamente nerviosa; le pusieron por nombre DALDAL, que quiere decir *el tembloroso* (1).

Se iba desarrollando prodigiosamente bajo la proteccion del viejo Radin, como una tierna gacela bajo la madre que la cobija; y su porte arrogante, su rostro espresivo y lleno de fuego, su mirada altiva, llegaron á grangearse la voluntad de los enemigos tan declarados de sus padres.

Daldal cumplió veinte años; y sus formas eran las de un gigante: instruido en la mágia que poseia Radin, ya se murmuraba con misterio en la tribu, de un cierto palacio bajo de tierra, cuya puerta solo se abria á la poderosa voz de Daldal y su maestro.

Para esta edad le tenia prometido Radin esplicarle su origen, que aun le era desconocido; y un dia en que los dos, ligados ya por un cariño sincero, se hallaban sentados en un cucharro,

(1) Nota 11 párrafos 2.° y 3.°

le enteró aquel en pocas palabras de su padre, de su madre, y de su nacimiento; del ódio que el Sedir abrigaba contra la primera, del temor que todos habian cobrado á su parto; y por último, le hizo saber que dicho temor dependia de ser el fruto de un nacimiento híbrido; del enlace de una beduina con un musulman.

Al oir la relacion del anciano, cambió repentinamente la fisonomia de Daldal; arrugóse su frente, cayeron sus párpados, y de una gacela juguetona se convirtió en un elefante sombrío.

No se escapó á Radin este cambio y llegó á sobrecogerle, porque como todos, conocia el valor del jóven; y como todos temia su poderoso brazo.

—Mi padre fué musulman? preguntó despues de un silencio profundo.

—Musulman fué.

—Y qué es musulman?

—Musulmanes son los que profesan la religion de un profeta que se llama Mahoma.

—Por qué profesan esa religion? quién les habla de ese Profeta.

—Un libro que escribió él mismo con el nombre de Coran (1).

—Y teneis vos el Coran?

—Sí; el de tu padre.

—El de mi padre? exclamó como si un rayo de luz sobrenatural lo iluminara. Dádmelo al instante, quiero leerlo.

—Qué vas hacer Daldal...? dijo Radin con cierta dulzura mezclada de temor. Qué te importa á ti de Mahoma? deja esas quimeras y vive en la religion en que has nacido.

—Quiero leer el Coran; respondió con voz de trueno: mi padre lo leyó tambien.

Radin lo dejó solo, y pasado un momento, volvió con dos libros escritos en pergamino, el Coran y el Suna (2).

(1) Nota 1.ª, párrafos 8, 9 y 10.
(2) Nota 1.ª párrafo 11.

—Toma, leelos si te empeñas, le dijo al presentárselos; mañana me darás tu parecer.

Daldal se retiró muy lejos de la tribu, y despues de repasar el primer libro se quedó anonadado.

Veia una religion mas grande (1), mas satisfactoria que la que aprendió en su infancia.

La fuerza de su genio, superior al de sus compañeros y maestros, ansiaba una religion como esta.

La unidad de Dios, de que jamás habia oido hablar, henchia su espíritu: la mision de Mahoma, su viaje por los cielos, las soñadas delicias de su Paraiso; todo lo llenaba de deseos y de placer.

Daldal tenia talento. Si Daldal hubiera conocido otra religion mas sublime que la de Mahoma, no hubiera sido musulman.

Despues leyó el Suna y quedó maravillado.

Satisfecho como estaba, con la mágia que el sabio Radin le habia enseñado, sintió aplastarse en un momento su orgullo, al leer los grandes magos y cabalistas que nombraba semejante historia. Pero su asombro, su emulacion, sus deseos, rompieron todo límite cuando pasó la vista por aquellas páginas que dicen:

«El judio Lobeid que habitó en el Kaibar, quiso encantar á »Mahoma, rodeándole al cuello la cuerda invisible de los once »nudos. El Profeta, por un rasgo de su ciencia divina, conoció »al instante que lo ahogaban, y comenzó á recitar los versículos »113 y 114 del Coran, escritos contra los encantos. Viendo es»to las hijas de Lobeid, soplaban con fuerza en la cuerda, pero la »oracion del Profeta tuvo mas influencia que sus soplos, y la »cuerda se desató (2).»

Daldal se rindió á tanto prodigio.

—Qué es esto? se decia á sí mismo: yo me creia sábio y no sé nada; mi maestro tampoco sabe nada...

Y brillando en sus ojos un rayo de esperanza:

(1) Nota 1.ª, párrafo 22.
(2) Nota 6.ª

—No; no viviré tranquilo; exclamó, hasta que el mundo admire en mi poder la cuerda invisible de los once nudos.

Al dia siguiente se le presentó el viejo Radin, segun le habia ofrecido, y sin dar lugar á que este hablara, Daldal con la misma entereza que el dia anterior le habia dicho: «Yo quiero leer el Coran» le dijo entonces:

—Yo quiero ser musulman.

—Hijo, no sabes lo que deseas; esclamó Radin afligido: abandonas nuestros Dioses...

—Quiero ser musulman, y quiero predicar el islamismo á los beduinos.

No dice mas: corre y se presenta en medio de la tribu, donde ya ejercia prestigio por su valor, ponderando las escelencias, las ventajas de la religion de Mahoma sobre la que ellos profesaban, y la tribu encendida por sus enérgicas razones se agita indecisa al escucharle.

El Sedir ve desplomarse su pequeño imperio bajo la voz de aquel jóven y aunque tímido tiene precision de salirle al frente,

Recuerda Daldal al distinguirlo, el odio que aquel viejo habia profesado á su madre; este recuerdo acaba de inflamar su ánimo, y despidiendo fuego por los ojos, le dispara el djerid con tal certeza, que le atraviesa el pecho de medio á medio.

La tribu vacilante entre dos partidos se decide entonces: quiere vengar la muerte de su Jefe, acomete á Daldal, pero montando este su caballo Koclar (1) ligero como el viento, impetuoso como las tempestades, se perdió al instante por los arenales del desierto.

El joven árabe se dirigia á la Meca, á visitar la Cahava, templo principal de Mahoma; y á hacer profesion del islamismo.

No pasó mucho tiempo sin que se encontrara en la patria del Profeta.

Se presentó desde luego al Iman; le refirió toda su historia;

(1) Nota 7.ª

y al decirle que queria hacerse musulman; lo estrechó aquel cariñosamente entre sus brazos.

Lo primero que hizo nuestro viajero fué despojarse del traje de beduino. Rasgó el Habbá y vistió el anchuroso calzon y la chaquetilla bordada. Al reverendo Keffié lo sustituyó el espacioso turbante de los mostaleichitas. Arrojó el djerid y el yagatan (1), y suspendió de su cintura una gruesa cimitarra.

Al verse Daldal con sus nuevas ropas, no pudo menos de reconocerse arrogante, y se sonrió con desden.

Pasados algunos dias, que dejó trascurrir en la Meca, besó la piedra negra, recibió la bendicion del Iman, y partió á donde su ambicion lo impelia, á apoderarse de la mágia del Egipto.

Despues de atravesar la calurosa Libia en su caballo, solo é impávido como el genio de los desiertos, descubrió por fin una tarde el Kaibar tan deseado.

Heria el Sol con sus últimos rayos las lustrosas azoteas de la ciudad; y esta se desplegaba vista de lejos, semejante á una banda de palomas blancas, que esperan la noche sobre una campiña verde.

Llegó el árabe fatigado; y antes de tocar el arrabal, bastante distante del pueblo, tropezó con un cristalino arroyo que naciendo en un banco de arena, se deslizaba con suavidad ocultando su corriente en un bosque frondoso de aloes, de papiros y de tamarindos, junto al cual descansaba bajo una palmera, una jóven de diez y siete años, alta, flexible y morena, pero graciosa como todas las de Egipto.

Cuando vió llegar á Daldal, se cargó la jóven en la cabeza un cántaro de agua, y se disponia á retirarse, pero él la detuvo diciéndole, mientras se apeaba de un brinco:

—Hermosa egipcia, estoy fatigado; me quieres dar agua de tu cántaro?

—Sí; os daré á tí y á tu caballo: respondió con dulzura la egipcia.

(1) Nota 8.ª

Y despues que bebió Daldal, vació la restante en una pila de piedra que al efecto habia junto al arroyo, añadiendo:

—Aproxima tu caballo para que beba, porque segun parece está muy cansado.

El árabe la obedeció con gusto; y mientras ella llenaba segunda vez el cántaro en la fuente, le preguntó de nuevo:

—Oye egipcia:

La egipcia volvió con gracia la cabeza.

—Yo soy forastero, no he estado nunca en el Kaibar; podrás decirme si viven en él los descendientes del judio Lobeid?

—Si que viven; respondió sonriéndose la muchacha; vive la anciana Casia que es la hija mas instruida en la mágia, y una sobrina de esta, nieta tambien de Lobeid, que se llama Raquel.

—Es jóven? preguntó el árabe.

—Tiene diez y siete años.

—Diez y siete años... repitió para si Daldal.

En ella se fijó desde luego su sagacidad.

—La conoces tú, egipcia?

—Y tú tambien.

—Yo tambien...

—Ya la has hablado alguna vez.

—Entonces eres tú.

—Yo soy Raquel, y tu esclava.

En la frente de Daldal brilló un rayo de ambiciosa alegria.

—Oye Raquel, prosiguió el forastero acercándosele al oido con misterio: Yo tambien se mágia, yo he abandonado mi patria, he atravesado la Arabia y la Libia solo por verte, y me encuentro en el Kaibar sin conocer á nadie, sin saber adonde ir; me quieres hospedar esta noche en tu casa?

Aunque á Raquel no disgustó tal peticion, hecha por un jóven de hermoso talante; respondió bajando los ojos.

—Todo tu traje dice que eres musulman, y no sé si mi tia se atreverá á cerrar en su casa un mahometano: sin embargo, sígueme que yo trataré de convencerla.

Raquel echó á andar con el cántaro en la cabeza, y Daldal la seguia á alguna distancia con su corcel de la brida.

Una noche de esas hermosas de Egipto, en que el cielo se cubre de bellos colores, se habia apoderado de la naturaleza.

La perspicacia del árabe llegó á conocer que sus palabras penetraban algo mas adentro que en los oidos de aquella niña; y desde luego se propuso sacar gran partido de incidente tan favorable.

Lo que Raquel diria á su tia acerca del musulman no lo sabemos, solo si que cuando este llegó á la primera casuca del arrabal, baja de techo y miserable, donde la egipcia habia entrado, lo esperaba ya esta en la puerta, acompañada de una vieja alta, encorvada, de ojos hundidos y cabello blanco, la cual lo recibió, si no con dulzura al menos sin repugnancia.

—Esta es mi tia, dijo Raquel gozosa de acogerlo en su casa.

Entonces entraron los tres, y el caballo en el portal.

Para que hemos de detenernos en pormenores poco interesantes? Añadiremos solo, que Raquel, la nieta de Lobeid, que ya estaba iniciada en los secretos de la ciencia de su abuelo, ante quien todos los magos del Oriente rendian la rodilla, no pudo librarse con su mágia de ese fuego oculto que abrasa los corazones; de ese mar en tormenta que no reconoce diques; de ese huracan furioso que sacude con igual violencia, los arenales del Asia, que las playas de Africa, que las ciudades de Europa,

Raquel amaba tiernamente á Daldal desde el momento que lo vió: y de qué no es capaz una mujer enamorada?

Habian trascurrido ocho dias.

La noche del último le dijo el árabe estrechándole con cariño la mano:

—Llegó el momento, amiga, que tantas veces me has prometido; nunca mejor que ahora puedes cumplir tu juramento: tu tia duerme; la noche está oscura; y la oscuridad protege nuestra fuga. Voy á ensillar mi caballo, que esperará en la puerta; tu me abres en un momento los secretos de Lobeid; yo te

pago con un afecto sin límites y partimos veloces á propagar tu mágia por el mundo.

Raquel tembló un instante, pero Daldal la estimuló con sus caricias y ella cedió.

A los cuatro minutos el árabe y la egipcia salian por la puerta con cuidado.

Dieron la vuelta á la casa, y Raquel se metió á gatas por una espesura de papiros y tamarindos. Daldal hacia lo mismo.

Luego que tropezaron con una enorme peña, bajó Raquel un resorte, y girando la peña sobre artificioso eje, dió entrada á los dos amantes por una escalerilla angosta.

Raquel volvió á cerrar la piedra, y al punto se encontraron en una cueva redonda, abierta á pico, cuyo diámetro tendria veinte piés.

Profundo subterráneo donde cosas muy maravillosas en remotos tiempos habian sucedido.

En una socarrena ó agujero abierto á pico en la pared, á la altura de dos varas, ardia en un pocillo de aceite una mecha de ámianto que derramaba su pálida luz sobre aquella lóbrega mansion.

A la izquierda de la entrada que han traido nuestros amantes, habia una puertecita de hierro cerrada, que comunicaba con la casa ó habitacion de Cassia.

Al derredor se descubrian muchas alacenas con las puertas entornadas:

En medio nacia una mesa de la misma roca; y por el suelo se veian escorias de diferentes metales derretidos.

—Esta es la cueva de Lobeid; dijo Raquel al entrar.

Y la palabra «Lobeid» resonó oscilante en la bóveda.

Daldal quedó sobrecogido á vista de tales aparatos. Y entonces recordó de un golpe todo lo que habia leido con relacion á la sabiduría del judío.

—Mira, prosiguió Raquel tomando á Daldal de la mano y reclinándose sobre la mesa: Lobeid exigió diez años de pruebas para revelar sus secretos á su hija; esta me exigió otros diez

para revelármelos á mí; y para comunicártelos yo á tí, me contento con seis dias de amor; juzga de aqui si será vehemente el que yo te profeso.

El árabe callaba; estaba anonadado.

—Me amarás? volvió á preguntar Raquel.

—Te amaré; respondió Daldal.

Entonces la egipcia abrió una alacena; y sacó una caja de ágata que colocó sobre la mesa, diciendo:

—Hé aqui la cuerda invisible de los once nudos.

Daldal abrió los ojos desencajadamente y esperaba con impaciencia que Raquel levantara la tapa.

Cuando esto ejecutó, vió el árabe un cordon rollado que tenia once nudos.

El avaro que despues de largo tiempo encuentra su dinero que ha perdido; el alquimista que consigue al fin ver nacer el oro entre sus manos; no esperimentan una emocion tan grande como la que esperimentó Daldal, cuando miró por primera vez la cuerda de los once nudos.

Raquel sacó luego de otra alacena un rollo de papiro, ó sea papel del Africa; y desplegando una hoja escrita:

—Aqui está, dijo, el fundamento del sistema de Lobeid.

Hubo un instante de silencio, durante el cual se debilitó la luz sensiblemente, y pareció como escucharse en el fondo de la cueva el hálito del espíritu infernal que presidia aquella escena.

—Este papel oculto en esta miserable cueva, prosiguió la jóven, es el que tanto ruido ha ocasionado en el Oriente. Fácil y sencillo y breve en su forma, encierra en su esencia secretos tan profundos, que no bastarán acaso á desentrañar las vidas sucesivas de muchos sábios.

Daldal se hallaba estasiado.

La cueva favorecia á ello; alumbrada por la luz rogiza del amianto, parecian él y la judia dos sombras animadas en una fantasmagoría de fuego.

—Toma; dijo la jóven: lee.

El árabe tomó en sus manos convulsas el papel, y lo miró con ojos de avidez; decia asi:

Un cielo estrellado es el libro de los secrêtos: el que lea en él, leerá en el porvenir.

Mas abajo continuaba:

Los secretos mas profundos de la naturaleza están representados por grupos de astros.

El que descifre los grupos de astros, poseerá la ciencia de los secretos.

Daldal hubiera permanecido meditabundo, á no distraerlo Raquel entregándole un pergamino que contenia la siguiente sentencia en caracteres hebreos poco inteligibles.

Egipto es el pais mas á propósito para dedicarse al estudio de la mágia; su cielo contiene grandes misterios.

—Ya has visto las tesis fundamentales que simbolizan la ciencia tan temida de Lobeid, continuó Raquel: ellas son el cimiento sobre que ha sido formada la cuerda de los once nudos. El nudo par no representa misterio, ni exige estudio el ponerlo. El nudo primero fué debido á un genio de origen y fin desconocidos. Cada nudo impar tiene su virtud particular; y acumula en su formacion los desvelos de dos ó tres sábios consecutivos. Con el nudo onceno, que hoy tiene la cuerda, se mata una persona sin mas que rodearsela al cuello. Pero este no es su estado de perfeccion. Cuando un Elymas consiga el nudo trece, y la ate al cuello de alguna persona, le obligará á vivir invisible en un subterráneo, gozando ó padeciendo segun agradase al Mago, y los siglos que este quisiese; pero la cuerda acaba entonces su virtud, por lo cual tampoco tal estado es el perfecto. El estado perfecto se consigue en el nudo quince. Llegado aquel caso basta

tocar una persona para infundir en ella una vida eterna. El mundo se hace inmortal, y el Mago que fué destinado á esas maravillas, adquiere un poder y una prevision mayor que la del mas grande de los profetas.

Daldal escuchaba sin pestañear. Y la luz fatídica del amianto hacia vacilar en el fondo de la cueva, las dos sombras humanas que proyectaba con su fatídico fulgor.

—El dia mismo en que la cuerda cuente los quince nudos, prosiguió Raquel con soltura; resucitarán todos los sábios que han consumido su vida en su trabajó: y todos disfrutarán en la tierra, pero en paises de mortales no pisados, las suavísimas delicias del Paraiso. Mas ay! asienta en tu memoria estas palabras terribles, que Cassia asentó en la mia «Si algun Elymas, movido »de venganza, de envidia ó de amor, empleara la cuerda en sus »trece nudos para inmortalizar á una persona, lo consiguirá si: »pero anatema cae sobre su alma: destruye su virtud, y se hace »responsable de la vida de todos los Magos que han sucumbido »trabajando en el problema de la verdad. ¡Anatema sobre él y »sobre su generacion!» dijo Lobeid.

Y la palabra «anatema» pronunciada con la fuerza que Satan inspira á sus secuaces, retumbó amenazadora en las bóvedas de la caverna.

—Para alcanzar el nudo trece cuyo empeño vamos á emprender nosotros; prosiguió la Judia dejando el tono solemne que habia tomado gradualmente, y volviendo á su natural dulzura; para conseguir el nudo trece, ay que resolver tres problemas escritos en el cielo.

1.° *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el firmamento, la constelacion, el símbolo que lo envuelve.*

He aquí el mas dificil.

2.° *Desentrañar por medio de anagramas, la significacion que encierra el símbolo.*

3.° *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que aquel prescriba.*

—Esto dijo Lobeid á Cassia hablando verdad, y Cassia á mi. La solucion de cada uno de los tres problemas consumirá la vida de un sabio: pero su muerte será premiada cuando la cuerda llegue al estado de perfeccion. Una prueba hay para saber si la cosa está bien: esta prueba es añadirle el nudo y tener firme voluntad de hacerla invisible. Si asi se consigue; se ha resuelto el problema.

—Guay de mí! exclamó Daldal frenético de alegria; ya poseo los secretos profundos de Lobeid.

—No; contestó Raquel sonriendo levemente; todavia no sabes nada: tu ignorancia es tan grande como cuando has entrado en la cueva; pero al instante vas á salir de ella.

—Cómo es eso... dímelo pronto por Alá...

—Me amas? preguntó Raquel con inocencia.

—Mas que á mi alma; respondió Daldal con frenesí.

Entonces se acercó á él la egipcia, y tomándole las manos en ademan cariñoso, le dijo:

—Pronuncia, como yo la pronuncio, la palabra JEHOVA (1).

Y la espresó de un modo particular y misterioso.

Daldal la repitió lo mismo que ella.

—Ahora ya sabes tanto como Lobeid. Haz la prueba.

—Y cómo se hace esta prueba? preguntó el árabe azorado.

—Toma la cuerda de un estremo y quiere hacerla invisible.

El árabe hizo todo lo que decia Raquel, y todo surtió el efecto que él deseaba.

—Lo ves? dijo la egipcia sonriéndose: el amor ha violado mi juramento; el amor ha puesto en manos de un musulman lo mas precioso de los judios.

Iba á abrir otra alacena, pero se oyó ruido en la puerta que comunicaba con la habitacion de Cassia; y Raquel exclamó asustada:

(1) Nota 9.ª

—Mi tia. Somos perdidos.

—Huyamos; dijo Daldal agitado.

—No; salte tú por el agujero y espérame fuera: al instante te sigo.

Daldal obedeció á la jóven; y apenas habia penetrado en el agujero, cuando Cassia se presentó en la otra puerta hecha una arpía rabiosa.

Su rostro estaba lívido; su cuello estirado, sus tendones convulsos, sus dedos crispados; sus ojos encendidos; sus canas tiesas.

Cuando pisó la cueva dió un chillido, ó mas bien un silbido de serpiente, gritando desenfrenada:

—No me ha engañado mi corazon... La ciencia de las ciencias nunca miente...

Raquel la miraba como el pájaro mira al gavilan que lo acecha.

Aseguran antiguas tradiciones, que una luz azulada, semejante á un infernal relámpago, brilló instantánea en la cueva, cuando en ella se presentó la vieja.

—¿Dónde está el árabe? exclamó agarrando á la jóven del brazo; ¿dónde está la cuerda de Lobeid?

Y la tiró bruscamente contra una peña que habia en el suelo.

—Piedad... murmuró Raquel.

—Piedad... repitió la vieja con ironia: todo lo sé; todo lo he visto...

En seguida furiosa como un energúmeno, sacó un cuchillo del seno y lo hincó con fuerza en el cuello de Raquel.

Raquel dió un agudo chillido y la sangre roja brotó á borbotones de la herida.

—Una víctima... gritó la vieja frenética, respondiendo á este chillido; una víctima que chille pide mi corazon...

Y el eco de la cueva repitió «corazon...»

—Chilla... chilla... gritaba la vieja con estentórea voz...

Y la jóven chillaba; y la sangre saltaba humeante, y sus

músculos se estremecian, y la vieja recibia con satánica sonrisa aquella sangre en una cacerola de cobre, de las muchas que habia tiradas por el suelo, para el estudio de la mágia.

Y un ruido sordo, profundo, tembloroso como el de naciente huracan, ó lejana tempestad, resonaba en el fondo de la cueva.

Esta escena terrible duró algunos momentos.

Y la vieja convertida en un ser infernal, se complacia en los tormentos de la víctima... escuchaba con anhelo sus últimos gemidos, y le dirigia una constante mirada de sabrosa venganza...

Y la luz sulfurosa de la caverna, se hacia mas imponente... mas apagada.

Cuando la herida acabó de dar sangre; cuando el corazon de la infeliz niña cesó de palpitar; cuando su pecho exhaló el postrimer suspiro, calló el profundo ruido de la cueva; y la vieja prorumpió en una estrepitosa carcajada.

Luego se levantó convulsa; se paró junto á la víctima; fijó en ella sus ojos de una manera indecible; y la víctima... yacia inmóvil, lánguida y descolorida... sobre la peña en que la habian sacrificado.

Entonces Cassia tomó la cacerola con la mano izquierda; y con la derecha comenzó á rociar lentamente las paredes de la cueva con la sangre, mientras repetia en tono solemne, el siguiente y profético anatema:

—*Esta sangre derramada, lava la afrenta que se ha hecho á la cueva de Lobeid...*

Despues de un instante de silencio que trascuria sin interrumpir la funesta aspersion, continuaba con la misma voz:

—*Esta sangre derramada hará que la cuerda invisible robada por un musulman, vuelva su poder contra los mismos musulmanes...*

El infierno sin duda escuchó la voz de la vieja; porque trascurridos los siglos se cumplió el anatema.

La vieja calló otra vez; y otra vez repitió despues las mismas profecias; hasta que salpicó de sangre todas las paredes.

Entonces vació las últimas gotas sobre la mecha de amianto, y casi sin tocarla quedó apagada.

Oculto influjo ejercia sin duda en el destino de las cosas aquella sangre.

Al salir por la puerta exclamó con un quejido lastimoso, contemplando desde el quicial el lóbrego recinto:

—Adios para siempre mansion de Lobeid...

Cassia se marchó furibunda, y el cadáver de la infeliz Raquel, quedó tendido en el fondo de la caverna.

Mientras unas escenas tan horrorosas tenian lugar en dicha cueva; Daldal orgulloso y enajenado de placer al considerar en sus manos la cuerda invisible de los once nudos, el fundamento del sistema, y otros muchos papeles interesantes; volaba con su caballo en busca de la fama que veia sonreir á sus ojos, sin dirigir un recuerdo siquiera á la desgraciada Raquel que habia dejado en poder de la furiosa Cassia.

¡Cuántos... cuántos en el mundo á la manera de Daldal, corren precipitados tras la fama; tras ese ser fantástico al que cada dia sacrifican sin piedad millones de víctimas reales, cuya sangre inocente sube humeando á la mansion del Eterno...!

En el pais mas inculto como en el mas civilizado; en toda la redondez del Orbe, se encuentran por desgracia ciertos hombres ó mujeres, ciertos emisarios de Satanás, que penetrando astutamente en el seno de las familias y de los individuos, les arrancan aduladores los secretos, que se complacen despues en publicar desfigurándolos con el pincel emponzoñado de su malicia.

Gracias á alguno de ellos, los crueles acontecimientos de la cueva de Lobeid, se divulgaron al dia siguiente por el Kaibar, se estendieron luego por el Africa; y el Oriente vió morir en una noche el formidable prestigio de los judíos, y comenzar el de los musulmanes.

Daldal, nacido en una pequeña tribu del desierto, era ya celebrado en todas partes; y Argel á donde se dirigia, lo esperaba con impaciencia.

No nos detendremos en minuciosos detalles; y solo tocaremos por alto los incidentes que aqui le sucedieron.

La hija del Califa estaba para casarse á la sazon con un sobrino del Soldan de Egipto; pero la nombradía asombrosa de Daldal, su noble talante, su valor proverbial, el entusiasmo con que lo recibió la ciudad, ofreciéndole los honores de primer Mago; rindieron el corazon de Selima; y Daldal por su parte tambien fué cautivado por la hermosura de la argelina.

En fin; olvidando aquella los compromisos contraidos con el sobrino del Soldan, y mirando solo á la felicidad personal, se casó con Daldal, entre las aclamaciones de un pueblo enajenado de gozo.

El carácter misterioso de los árabes, aficionados por naturaleza á la cavilacion y á las supersticiones; aseguraba que el régio palacio que habitaban los novios, era nada mas que la entrada de otro palacio subterráneo que Daldal habia fabricado con su ciencia en una sola noche; donde gozaban anticipadamente los placeres del Paraiso.

Sea de esto lo que quiera; á los diez meses de matrimonio tuvo Daldal un niño: y mientras reunida la familia en el estrado de la enferma, segun costumbre morisca, ponian al recien nacido el nombre de Mahomet; el sobrino del Soldan de Egipto, moro cruel, y que jamás olvidaba un agravio, disfrazado en los jardines del palacio de Selima, estaba fraguando los medios de ejecutar la inveterada venganza que abrigaba contra la misma.

—Mira, le decia á una robusta argelina despues de otras muchas prevenciones y de entregarle una bolsa de cequíes: te presentas á ofrecerte por ama de cria, desde luego te reconocerán los pechos, y para ello te entregará la hija del Califa el niño que tiene en su brazos: entonces tú derramas entre las sábanas este frasco de *Laserpicio*, y has concluido. Si sales bien con tu empresa duplicaré la paga.

La argelina no pudo resistir á estímulo tan grande, y todo resultó como el sobrino de Soldan lo habia deseado.

Murió Selima al dia siguiente con asombro de Argel, con asombro de su familia y servidumbre; y especialmente de Daldal que se encontró viudo cuando apenas comenzaba á estrechar entre sus brazos un niño, primer fruto de su amor.

Tan pronto como pudo separar este niño del pecho de la ama, huyó de la ciudad llevándolo en sus brazos, á buscar un terreno apropósito para entregarse asiduamente al estudio de la mágia; para dar un paso mas en el gran problema de la cuerda invisible de los once nudos.

Daldal que ya renunciaba á los atractivos del mundo; se disponia á emprender su viaje á pié, cubierto con un albornoz, y con su hijo á cuestas.

La noche anterior á la marcha estuvo repasando todos los pergaminos que habia sacado de la cueva de Lobeid; y como en uno leyera:

Egipto es el pais mas apropósito para dedicarse al estudio de la mágia, su cielo contiene grandes misterios.

Resolvió desde luego dirigirse á aquel punto; y la mañana siguiente á tal resolucion, dió el último adios á Argel.

Se descubren al Noroeste de Egipto largas cordilleras de montañas escabrosas, sembradas de arroyos y cubiertas de matas, llamadas LAS MONTAÑAS DE LA LUNA, y entre sus indígenas DGEBEL EL KAMAR, que quiere decir lo mismo.

Despues de trepar en ellas colina sobre colina; despues de llegar á la cima mas alta, desde donde se descubren las pintorescas márgenes del Delta; despues de cruzar varios derrumbaderos que solo salva la rápida gacela, y doblar una cresta elevada, se baja á una pradera honda, esmaltada en placentera yerba, rodeada por todas partes de cabezos sin interrupcion, cuya calma es tan grande, que no parece sino que la tranquilidad ha depositado allí su trono.

Dos ancianas palmeras, cubiertas de dátiles, eran los únicos árboles que brindaban con su sombra; entre las cuales nacia

un arroyuelo cristalino que se infiltraba otra vez en la tierra, á los seis pasos de su fuente.

La llegada de Daldal interrumpió el silencio sepulcral de este retiro.

Aquellas piedras vírgenes crujian por vez primera bajo sus piés ensangrentados, y su alma esperimentó una halagüeña espansion al encontrarse en un asilo tan placentero.

Colocó al tierno Mahomet sobre un cesped de yerba, y fue reconociendo con gusto uno á uno, los objetos de su nueva morada.

—Oh imágen perfecta de la vanidad humana! exclamó involuntariamente al fijar los ojos en el arroyo; aun no has salido del seno de tu madre cuando ya quieres brillar, y aun no has comenzado á brillar, cuando humilde vuelves á sumergirte en el seno de tu madre!

Separando á uno y otro lado la maleza que rodeaba la pradera para escudriñar bien todos los senos que ocultara; tropezó con una piedra picada que no tardó mucho en remover; y con sorpresa suya se encontró en la boca de una cueva profunda con dos arcos de ormigon en el fondo, que cruzándose ambos en sus claves, formaban los cordones de la bóveda.

—Esta cueva, dijo para sí, en ademan solemne, ha sido sin duda el albergue de algun sábio anterior á mi, que murió en ella agobiado por el peso del estudio. Yo tambien moriré; tambien á mí me deberá la ciencia un adelanto. Alá me brinda aquí con cuanto necesito para arrastrar mi existencia; una caverna donde refugiarme; dos palmeras que me ofrecen ricos dátiles; una fuente de agua cristalina, y una pradera para sembrar cebada. Los quince años (1) que el Profeta vivió retirado del mundo, solo comió cebada y dátiles; con esta penitencia... si; podré arrancar los secretos que oculta ese cielo estrellado... ese cielo tan distante de mi, y sin embargo al que alcanzaré con mi mágia; al que robaré con mis desvelos los secretos que encierra... Mahomet;

(1) Nota 1.ª párrafo, 4.º

prosiguió mirando al niño que sollozaba en la yerba; tú vendrás al mundo cuando yo huya de él, y tu recogerás el fruto de mis trabajos; pero el mundo me hará justicia: el mundo siempre dirá con asombro: «Mahomet dió el primer paso.»

Desde el fondo de la cueva se oia un ruido subterráneo y sin interrupcion que hubiera sobrecogido á otro menos entero que al padre de Mahomet.

Aquel ruido lo producia EL RIO BLANCO Ó BAHRR-EL-ABYADH, como dicen los árabes, que tenia su nacimiento debajo de la cueva, y que cruzando subterráneo toda la pradera, salia impetuoso en un peñascal, y se precipitaba incesatemente en el Nilo; como el Nilo se precipita en el mar, como los dias en la eternidad.

Supuesto que ya hemos llegado á la última época de Daldal, y hemos conocido el austero recinto de sus estudios; para no fatigarnos nosotros con ellos, pues que nada curioso nos queda que decir; trascurramos idealmente veinte años, y fijémonos en la muerte de este Elymas.

—Mira, decia una mañana á su hijo Mahomet, sentados los dos en lo profundo de la caverna: jóven robusto y de bella estatura, tu estás iniciado como yo en los secretos de la cábala; tú has asistido á mis descubrimientos y los has presenciado; tú conoces la virtud de la cuerda invisible de los once nudos y mandas en ella; tú has nacido para hacer grandes adelantos; tu nombre y la semejanza de tu rostro con el del Profeta, (1) no pueden engañarme; acuérdate de las palabras de tu padre:—tú serás célebre en la mágia, invencible en la guerra.—Yo siento debilitarse mi cuerpo y desfallecer mi espíritu: voy á morir y quiero entregarte antes el résumen de mi ciencia.

Entonces desplegando un pergamino prosiguió:

—Oye Mahomet.

Y en seguida leyó:

Tres son los puntos para resolver el nudo trece.

(1) Notas 10 y 12.

1.° *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el cielo, el símbolo que lo comprende.*

2.° *Desentrañar por medio de anagramas, la significacion que encierra el símbolo.*

3.° *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que aquel prescriba.*

—Escucha pues mi palabra con atencion, prosiguió Daldal. Veinte años de una vigilia continuada, de un estudio incesante, han conseguido resolver el primero; pero ¡ah! ellos han tenido fuerza para aniquilar mi cerebro: el segundo, mas fácil, está reservado para ti; y el tercero tal vez para tu hijo.

Mas abajo decia en el mismo pergamino:

La solucion del primer término está representada en el valor numérico de las dos letras griegas Δ *y* Π.

¡Ay de aquel que guiado de amor, de envidia ó de venganza, emplee la cuerda en el nudo trece! ¡Anatema sobre su alma! por su culpa permanecerán en el abismo todos los Magos desde Lobeid hasta él; la vida de todos ellos pesa sobre la suya; ¡anatema sobre su alma! Lobeid lo dijo.

—Toma; repuso despues de entregarle la caja de ágata con la cuerda invisible, y demas pergaminos: toma; en este que mi mano ha escrito se halla el resumen de todo; se halla el resultado de veinte años de fatigas. Mahomet; continuó mas abatido, pero sin perder un punto de su magestad; me siento morir por momentos; voy á hacer las últimas abluciones (1) de mi vida. Cuando haya espirado tu padre, cierra la cueva con esa peña con la que estaba cerrada cuando yo vine á ella; y marcha á otro lugar á sacrificar tu vida como yo la he sacrificado en el estudio de cosas misteriosas: muere, no temas; pero muere consumido en el problema de la verdad. El mundo adorará entonces tu nombre; el Profeta te recibirá en sus brazos...

(1) Nota 1.ª, párrafo 21.

Pasado un instante en que los dos callaron; volvió á decir el anciano:

—Oye las postreras espresiones de tu padre: cuando salgas de estos lugares, ve sin perder tiempo á hacer la peregrinacion santa de la Meca. (1)

La noche siguiente espiró Daldal: y Mahomet, cumplidas las órdenes de su padre; se dejó caer lleno de esperanzas, por aquellas montañas; á la manera que los criollos del águila, cuando se arrojan por vez primera de su encaramado nido.

Asi concluye el cuento de Daldal, referido con entusiasmo por el beduino y el árabe, de cuya relacion nos hemos servido para dar principio á la genealogía de Alí, como único foco que puede derramar alguna luz, sobre un punto tan oscuro de la historia antigua del Asia.

La época de su hijo Mahomet, es como se infiere mas moderna; y por la tanto su biografia mas clara. Aun cuando sus viajes instructivos fueron muchos y muy largos, no tenemos necesidad de recurrir para la esposicion de su vida, á tradiciones orientales, pues á España le cupo el honor de contarlo entre sus sabios, y de verlo espirar en su regazo.

MAHOMET.

Atesorando este jóven en su cabeza la sabiduria de Lobeid, mas los adelantos de Daldal, que habia salvado el primer puente del problema; y despues de vivir veinte años en una austera soledad como hemos visto, se dirigia á la Cahava á cumplir su voto, ansioso de dar él tambien su paso en el problema de la verdad, y de ostentar el valor de su ánimo en los peligros de la guerra.

Llegó á la Meca; visitó el templo de Mahoma, y luego rindió tambien su cerviz al poderoso yugo del amor.

Se casó en la Meca con una hermosa jóven, hija de noble fa-

(2) Nota 1.ª párrafo 17.

milia; tuvo de ella un niño al que pusieron por nombre Alí; y disfrutó algunos años de las delicias del amor conyugal; hasta que el poderoso Alá cortó la vida de su esposa, cuyo suceso fué segun él decia, un aviso que el Profeta le daba, de que habia comenzado el tiempo de acumular su labor en la colmena de los Magos, de principiar sus trabajos en el problema comun, en la cuerda invisible de los once nudos.

Pero Mahomet descubria un génio mas vigoroso aun que el de su padre; desplegaba una ambicion, un deseo de gloria mas insaciable todavia; é impelido por el volcan que ardia en su cabeza, no se contentó con seguir humildemente el curso trazado por Raquel á Daldal, y por Daldal á él; quiso mas, quiso agregar un quilate nuevo al tesoro de su sabiduria.

Mahomet se despojó de sus galas, y vistió un albornoz pardo que le caia hasta los piés, con anchas mangas y capucha que le cubria la cabeza y parte de la frente.

Del nacimiento de la capucha arrancaba un capillo corto con picos grandes y punteagudos; y este traje tan austero se lo ceñia á la cintura con una soga de esparto.

Al despedirse de la Cahava, hizo ante el Iman voto de Sofis, y partió llevando en los brazos á su hijo Alí que apenas tenia catorce meses, pero que ya manifestaba tanto en sus movimientos precipitados, como en su robusta musculatura, el valor que habia de caracterizarlo despues.

Sobre el año 20 de la Era cristiana, vivia en la Jonia un tal Apolonio Tinaneo reconocido entonces por el primer Mago del Oriente.

Los apóstoles de Cristo quemaron algun tiempo despues, su libreria, compuesta de infinidad de volúmenes todos de mágia y de cábala, que importaban 50,000 denarios, ó sea 100,000 reales vellon, y demolieron su casa.

Pues bien: á visitar estas ruinas si es que se conservaban aun; á buscar entre los escombros algun libro precioso, escapado milagrosamente del fuego, es á lo que se dirigia Mahomet con su hijo Alí.

Ciertamente; en un rincon de la Jonia, cerca de Efeso, pero retirado del bullicio de la corte, estableció su morada Mahomet-Ben-Daldal, para adelantar en el problema de los sábios y acabar de instruir á Alí que tal vez estaria predestinado por el Profeta, á encontrar la verdad tan deseada.

Hacia algun tiempo que Mahomet y su hijo permanecian ocultos en el Asia menor, desentrañando ávidos los secretos de la naturaleza, cuando llegó á sus oidos el glorioso reinado de Abderramen II en España, y la continua é indecisa guerra que sostenia con los cristianos, viéndose tremolar indistintamente, ora triunfantes, ora abatidos, el estandarte de la cruz y el de la media luna.

Mahomet no pudo sufrir la lucha de otra religion con la suya; no podia sobrellevar que el Islamismo, estendido con velocidad en el Oriente, encontrára diques en una pequeña Península; y deseoso de medir su brazo con el brazo de los cristianos, y creyendo arrollarlo todo con su mágia;

—Alí, le dijo al niño que contaria ya diez años: el Profeta me llama á España; abandonemos estos lugares de paz, y entreguémonos á la guerra santa. Sin descuidar nuestros estudios podras alli ejercitarte en las armas; y á la par que un sabio, salir un valiente guerrero. Tal vez un Elymas asiente el islamismo en aquel pais, tal vez nosotros aseguremos la corona sobre las sienes de Abderramen.

Al dia siguiente, Mahomet y su hijo partieron para la Meca, oraron en la Cahava, y cruzando despues la Libia, el Egipto y Argel, entraron pasados seis meses en la Mauritania, enmedio de las escesivas aclamaciones de un pueblo inmenso que recibia frenético de alegria al célebre Elymas Mahomet-Ben-Daldal y á su hijo, á quien miraban como un digno sucesor de su padre.

Aunque los moros anhelaban tener en su compañia algun tiempo al Mago del Oriente, no pudieron conseguirlo, pues recibiendo del Geque de Taart, capital del algarve medio de la Mauritania, cartas de recomendacion para su paisano el noble Als-

jerib, entonces Wali en Córdoba del ejército de Abderramen; se hizo á la vela en una galera que vogaba con direccion á España, llevando la intencion de pasar desconocido hasta su entrada en la corte.

Describir el boato que acompañó á Mahomet al dejar el Africa, fuera una empresa demasiado prolija: y solo diremos que la playa se vió cubierta de galerines, jabeques y balandras, todos lujosamente aparejados, donde la grandeza de la Mauritania, salia á dar su adios á Eben-Daldal y su hijo.

Mientras los dos se dirigen humildemente á Córdoba, pasemos nosotros una ojeada por dicha ciudad.

Son las diez de la mañana. (1).

Un sol radiante dora sus minaretes; las calles de arena regada, están cubiertas de flores; en los balcones y ventanas ondulan ricos pabellones de damasco blanco sobre colgaduras lisas de grana con franja de oro: de trecho en trecho se ven arcos triunfales naciendo sobre columnas de laurel.

Las orquestas de negros, apostadas en las bocas calles, y el alegre gentio que de todas partes afluye; todo anuncia una gran fiesta, una solemnidad poco comun.

Y cuál es esta?...

Las bodas que se van á celebrar, del valiente Als-jerib, Walí de Abderramen, con Nocima, jóven de veinte y dos años, la mas hermosa de las cordobesas, que á la gracia de una argelina de quienes deriva, agrega ese señorio peculiar de las españolas.

De repente se abren las puertas de un palacio mas suntuoso que cuantos le rodean; una multitud de macebos de gala, salen á la calle manifestando la alegria en su semblante; á estos siguen catorce doncellas de la córte del Rey, con trajes de seda, coronas de flores en la cabeza, y bastones de oro y de marfil en las manos.

Luego apareció la novia conducida por ocho negros en una peana de palmas, derramando dulzura de su rostro.

(1) Nota 14.

Un manto verde, bordado en oro, cubria la riqueza de su vestido; un turbante verde ceñia sus sienes, como descendiente que era de Ceinebis, y en consecuencia del Profeta, únicos que podian usar dicho color; y por debajo de él salia en seis trenzas, su hermosa cabellera negra.

Junto á ella marchaba á pié su mas íntima amiga, que habia de hacer los honores en la boda; detras una orquesta de ejército, á la que se iban agregando á medida que las dejaban atras, las otras de negros que hemos visto apostadas en las bocascalles; y por último, corria tambien el pueblo que se agolpaba en tropel á contemplar la prometida de su general, con el mismo ímpetu que se agrupan las olas unas sobre otras en un mar embravecido.

Pasear la novia en triunfo por la ciudad, constituye la primera ceremonia con que los moros solemnizaban las fiestas nupciales de cualquiera persona ilustre.

Despues de dar la vuelta á Córdoba la procesion triunfal, se dirigieron todos á la calzada antigua donde se habia dispuesto celebrar la funcion.

Era la calzada antigua un grande vergel lleno de jardines y bosquecillos, que Abderramen I adornó maravillosamente, rodeándolo de verjas por el lado de Córdoba en que está la entrada; formando en su centro un estanque dilatado; y edificando una magnífica Alqueria con encantadoras vistas.

Este parque real habia sido cedido por Abderramen II á Als-jerib, su primer general; á quien distinguia con singulares atenciones y amaba entrañablemente, para que en él celebrase suntuosamente sus bodas.

El dia de que venimos hablando, estaba hermoseado con todo el lujo de una corte brillante.

Una calle de arcos de palmas arrancaba desde la puerta; los balcones de la quinta aparecian cubiertos de púrpura con las armas del Rey bordadas á realce; sobre la fachada que miraba á la puerta tremolaba en el alero del tejado la bandera blanca de

los Omiades con su media luna de oro que reflejaba los rayos de un sol hermoso.

En medio de las aclamaciones; en medio de los víctores de la muchedumbre; en medio de los sonidos de cien orquestas diferentes, llegó Nocima á la calzada vieja.

Solo penetraron en los jardines las doncellas con la novia; esta y su amiga subieron á la quinta; las demas levantaron sus bastones y se pusieron de guardia en la puerta del edificio. Las orquestas y la gente quedaron fuera de las verjas.

Algo avanzada ya la tarde, rompia en escolta del palacio del Wali, un escuadron de alfaraces vestido de gala: seguia otro grupo de nobles militares, caballeros, jeques y señores montados en arrogantes corceles, entre los que se distinguia uno por su lujo y por su esbelta estatura; que era Als-jerib, el novio de Nocima.

Iban despues todos sus parientes y amigos; luego cuatro orquestas tambien á caballo; y cerraba la comitiva la guardia de honor del general, compuesta de dos escuadrones de ballesteros de caballeria.

Cuando triunfantes marchaban por la calle mas ancha de Córdoba, cruzaba á pié en direccion contraria á ellos un anciano envuelto en un albornoz, por cuya capucha asomaba su rostro macilento con larga barba blanca, junto al cual caminaba tambien á pié, un jóven de diez á once años.

No bien se habia distinguido desde la calzada antigua el acompañamiento del novio, cuando puestas en dos filas salieron á recibirlo las orquestas de negros, y entre los miles de aplausos, y entre los muchos turbantes que el pueblo arrojaba por los aires y á sus piés, entró en el vergel Als-jerib, con todos sus amigos y parientes que llegarian á ochenta.

Las orquestas callaron, y la tropa se retiró para que el inmenso gentio que se agrupaba á las verjas, pudiera desde alli presenciar la fiesta.

La novia, dulce, candorosa y encendido el rostro como una

rosa de Alejandria, contestaba desde el balcon con blanco cendal, á los besamos del Walí y de su parentela.

De repente salió por todas las ventanas de la alqueria una nube de pájaros y de palomas, á quienes se abrieron las jaulas; y á esta señal, dispuesta de antemano, abrieron tambien las puertas de los calabozos, se dió completa libertad á todos los encarcelados de Córdoba menos á los cautivos cristianos.

Los elegantes jóvenes permanecieron toda la tarde diseminados por las flores, ocultos en los bosques de acacias; bogando en bonitas góndolas, sobre las tranquilas aguas del estanque; ó paseando amorosos al frente de las doncellas que hacian la guardia de la novia en la puerta de la quinta.

Llegó por fin la noche apetecida: mil faroles de diferentes colores y de formas caprichosas, ardian en los estremos del verjel, en las copas de los árboles y en las velas de las góndolas; y un arco de luces con las armas del rey, prodigiosamente formado, rodeaba el balcon de la novia, al que volvió á asomarse siempre acompañada de su amiga.

Un encanto, la ilusion de un sueño, el pensamiento de una vírgen, no se despliegan mas bellos que la calzada antigua en aquella noche.

Se agrupa el pueblo con mas fuerza sobre las verjas, rompen las orquestas; Als-jerib y sus mancebos se forman en batalla al frente de las catorce doncellas que hacen la guardia de Nocima: levantan ellas sus bastones de marfil en estado de defensa y aquellos desenvainan sus alfanges de oro esmaltados en pedreria. Unos y otros arrogantes, lujosos, se disponen á una batalla horrenda, á la batalla del amor.

El pueblo impaciente y entusiasmado, grita alegre desde las verjas; el sonido de cien músicas se confunde con los gritos, y Nocima con la sonrisa en sus labios de carmin, presencia la firmeza con que sus amigas se disponen á defenderle su pudor, y el ánimo con que Als-jerib y sus compañeros van á conquistar su mano.

El novio dá la señal para la carga; tira entonces por los

aires sus turbantes la muchedumbre, redobla frenética sus gritos; pero de repente calla. Un silencio profundo sucede á tanta algazara, y este silencio inesperado suspende un momento la funcion.

Todos los ojos se fijan en la puerta de las verjas; y la gente, retirándose á los lados, abre paso para que cruce un anciano vestido de albornoz pardo, con un jóven que le acompaña.

Apenas ha llegado al quicio de la entrada cuando se detiene humilde; y siendo el objeto de la atencion general, envia al Walí un emisario con una carta del Geque de Tremencen.

El Walí sin leer mas que el sobre, manda que pase adelante, y el estranjero, á quien ya conoce el lector, marcha con paso majestuoso hasta acercársele; dobla ante él la cabeza con sumision, y le dice:

—Oh noble Als-jerib; tienen el honor de ponerse á vuestras órdenes, el Elymas Mahomet-Ven-Daldal y su hijo.

—Mahomet!.. exclama Als-jerib; y «Mahomet» repite la concurrencia con misterio.

Era admirable el contraste que presentaba aquel anciano respetable que tanto prestigio ejercia entre los árabes, envuelto en un saco pardo lleno de polvo; con los semblantes risueños que por do quiera le rodeaban, con los vistosos almaizares de trasparentes gasas que flotaban sobre sus cabezas á espensas del céfiro de la noche, y con los ricos trajes de seda y de grana, recamados en piedras preciosas, que vestian todos los concurrentes á las bodas.

Despues de una espresiva y sencilla salutacion entre Mahomet y Als-jerib, le ofreció el último tomar parte en la fiesta, pero él se rehusó pretestando su edad, su calidad de Sofis, y añadiendo por via de satisfaccion que podia hacerlo su hijo Alí.

Con efecto, mientras el padre se retiraba á reconocer una á una las bellezas del jardin; se le cambió al jóven forastero su alfange de guerra, por otro de oro, se colocó en la escuadra de amorosos gladiadores, y las orquestas los animaron de nuevo con sus sonidos.

Todo vuelve á la vida, todo vuelve á la agitacion: el pueblo se entusiasma otra vez, grita con mas fuerza, y en medio de tal algazara Als-jerib y su secuaces dan la primera carga sobre las doncellas, que aunque inferiores en fuerzas, resisten denodadas al enemigo, mas con los ojos que con los bastones, y atrevidas les obligan á retroceder.

Repiten aquellos su carga con mas aparente furia, y entre los retumbantes aplausos del pueblo, logran desbaratar el escuadron de vírgenes, resultando de esta derrota una danza sumamente ingeniosa entre vencidas y vencedores, en la cual cada uno con su pareja se pierden al compás de las orquestas entre los bosquecillos del vergel.

Als-jerib entonces sube con dos compañeros á la antecámara de Nocima, donde lo espera la amiga de esta que la ha acompañado durante la funcion; lo toma de la mano, y en el mismo balcon de su prometida, al frente de la concurrencia que los felicita, enlaza las manos de los novios en premio de la conquista que han obtenido; se retiran luego del balcon y entornan los cristales.

La amiga de Nocima y los amigos de Als-jerib, los paraninfos, se despiden de ellos cerrando á su espalda las puertas de la cámara y bajan á tomar parte en las danzas de los demas convidados.

La noche ha cerrado completamente, y las luces variadas del jardin ofrecen con sus sombras coloridas un aspecto mágico que adula los sentidos y sonrie al alma.

Mientras los novios se deshacen en tiernos coloquios y el acompañamiento embelesado en sus bailes y en sus juegos, ya diseminado por las praderas del jardin, ya mecido en las góndolas del estanque, espera la mañana segun costumbre morisca, para felicitar á los nuevos esposos; digamos nosotros dos palabras acerca de Als-jerib.

Apenas hay persona medianamente instruida que ignore la manera tan particular y aun novelesca con que Abderramen I vino á España.

Despues del asesinato de Otoman, Califa de Damasco, perpetrado por Omiar ó Mohavia; fueron vencidos los Omiades, sectarios del último, por los Alidas; y los Alidas poco tiempo despues lo fueron tambien por los Abbasidas, que triunfantes establecieron en el Bagdad su califato, el cual duró quinientos años, hasta que Mostassen, último de los califas, fué muerto por Ulaqu príncipe mongol.

Por motivos agenos de esplicarse en este lugar, quedó un odio intenso y sañudo entre los Omiades vencidos y los Abbasidas vencedores.

Deseosos estos de derramar hasta la última gota de sangre de los Omiades, fingieron vilmente olvidar las querellas pasadas y reconciliarse con ellos: ofrecieron con dicho objeto á los hijos y sectarios de Omiar, un suntuoso banquete en el palacio Abbasida; y cuando mas embebidos se hallaban los convidados en la orgía, cargó sobre ellos alfange en mano un piquete de tropa que el rey Abbasida habia ocultado con semejante intento en una de sus muchas antecámaras; los asesinó sin piedad, y cubriendo enseguida los cadáveres con una alfombra, remataron sobre ellos el banquete, deleitándose feroces en los gritos del herido y en los gemidos del moribundo que tenian á sus piés.

Quiso la suerte que Abderramen, último vástago de la familia de Omiar se retardase en llegar al palacio del Califa por hallarse en una posesion inmediata, y un antiguo sirviente de su padre, enterado de lo sucedido, le salió corriendo al encuentro á comunicarle tan infausta noticia.

Abderramen era entonces jóven, y la sangre hirviendo de repente en sus venas le impelió con energía á vengar la ofensa de sus parientes; pero el criado que como mas anciano vió que su bizarria lo encaminaba al suplicio, le dijo deteniendo el caballo de la brida:

—Señor; el brazo del Profeta ha salvado vuestra vida por un milagro, no opongais resistencia á su voluntad: huid; ¿quién sabe si Alá que hoy os protege, hará algun dia que renazca en vos el brillo de vuestra familia?

Abderramen que á la par que valiente era juicioso, no desatendió las razones pesadas del criado, y cambiando su vestido por la ropa de un pastor, que el mismo criado le proporcionó, echó á andar inmediatamente con direccion al Africa.

Cuando se vió fuera del Asia conoció el gran peligro en que se habia hallado, y considerándose ya mas seguro, se dejó caer rendido bajo una palmera, á cuyo pié nacia una cristalina fuente: fortificados á luego sus miembros con el descanso, se encaminó á Taart, capital del Algarve medio de la Mauritania, distante cuatro jornadas de Tremencen, que entonces no podia llamarse todavia ciudad, sino una CORA ó provincia habitada por la guerrera tribu de los Zenetes que vivian errantes en varios pueblecillos y valles diseminados á orillas del Mediterráneo.

Abderramen se dirigió á la tienda del Jeque, que era un anciano venerable; y aunque vestido el primero de pastor, le brindó el segundo con una hospitalidad generosa.

Tenia el Jeque un hijo de la misma edad que Abderramen, llamado Al-hamet, bien conocido en la costa por su valor y pericia en la guerra.

Luego que al agradecimiento de Abderramen sucedieron las simpatías para con esta familia, especialmente con Al-hamet, á cuyos dos jóvenes comenzó á ligar desde el principio un cariño sincero, les abrió aquel su corazon, contándoles su origen, su estirpe y sus desgracias; y aquellos pequeños jefes se sorprendieron admirablemente de tener en su choza un vástago de los antiguos Califas de Damasco, un arroyuelo que algun dia pudiera convertirse en torrente que inundára el mundo. Pero; ¡ah! los musulmanes son generalmente vengativos, y la venganza es sagaz.

Tan pronto pues como el Califa de Bagdad supo que el último hijo de Omiar se habia salvado; mandó tropas en su busca en todas direcciones; y cuando Abderramen comenzaba á gustar en la tienda del Jeque de Taart, esa dulce felicidad que ofrece una vida tranquila rodeada de afectos; se presentó en la puerta una escolta de árabes reclamando al fugitivo; pero Al-hamet desnudando su alfange y llamando á sus compañeros, que armados

se le allegaron pronto; dijo á los soldados con mirada furiosa y ademan resuelto:

—No soltaré mi huésped ni penetrará nadie en mi tienda sino pisando mi cadáver y el de mis valientes compañeros.

Los árabes vieron el negocio mal parado; y como no tenian un interés inmediato en prender al prófugo, se retiraron despues de varias contestaciones acaloradas con Al-hamet.

Abderramen abrazó á su defensor, y nadando en cariño, le dió lás mas tiernas gracias por aquella nueva prueba de amistad tan decidida, jurándole no separarse de él, cualquiera que fuese en lo sucesivo la suerte de ambos.

Se hallaban entonces los moros de España mandados por Ayub, general de tierra, y por Amer general de mar; que aunque los dos dependian del Califa de Oriente, y no eran sino unos simples gobernadores militares; ejercian sobre el pueblo un poder tiránico, molestándolo ademas con las fatales consecuencias de las contínuas enemistades entre uno y otro.

El ejército se hallaba dividido, por consiguiente la fuerza debilitada; y ninguna ocasion mejor que esta para apoderarse del cetro una nueva dinastía.

En efecto, un emisario de Abderramen, enviado á Córdoba en secreto, es acogido con regocijo, y á la luna siguiente se abren las puertas de la ciudad al hijo de Omiar, que arrogante y benéfico cautiva á primera vista el ánimo de los moros cordobeses.

Abderramen I ha entrado en Córdoba al frente de un escuadron compuesto de mil Zenetes intrépidos y aguerridos, capitaneados por su compañero, por su íntimo amigo Al-hamet.

El pueblo recibe con entusiasmo su nuevo Rey, y á la presencia de este arranca del alcázar la bandera negra de los Abbasidas, y enarbola la blanca de los Omiades.

Abderramen siempre con sus mil Zenetes, mandados por Alhamet, que formaban la guardia de honor, manifestó varias veces su valentía; repitió sus conquistas, en las que jamás dejó de obtener la victoria, y por último, el dia de las víctimas, ó como los moros llaman *Idal-Adhahea*, dió contra Yusub la batalla decisi-

va de su imperio; que ganó como todas, distinguiéndose en ella por su brabura su amigo y sus Zenetes.

Desde entonces se hundió en España la dinastía de los Abbasidas, y en todos los castillos de la Península, tremoló el pendon blanco de los Omiades.

Consolidado á poco tiempo el trono de Abderramen, comenzó en España para los moros una era de paz y de adelantos.

Edificó, como es bien sabido, la gran Mezquita de Córdoba, primera en el mundo, despues de la de la Meca; y á su amigo Alhamet lo nombró Alageb, ó sea ministro principal de la córte; le obligó á vestir el turbante blanco, símbolo exclusivo de los Omiades, y legando este honor á toda su familia, le honró ademas con otras muchas distinciones. Lo consideró siempre como un hermano, como la persona de su mayor aprecio y confianza; y le precisó á cerrarse en la calzada antigua, para que alli educara á su hijo heredero de la corona, al príncipe Ixen.

Murió Abderramen, y le sucedió Ixen, que en los primeros años de su reinado, adoptó por único director y padre á su antiguo ayo Al-hamet; y nombró Walí del poderoso ejército á Eben-Al-hamet, hijo de aquel.

Muerto Ixen algunos años despues del anciano Al-hamet, le sucedió en el trono su hijo Alaquen.

Entonces Eben-Al-hamet disfrutaba ya una edad madura; y el Rey que á la manera de sus antecesores continuaba distinguiéndolo con su afecto, pues no podia olvidar la estirpe régia los favores que Abderramen I, el fundador del brillante imperio que disfrutaba, habia recibido de ellos siendo desconocido y desgraciado, y la decision con que habian defendido su causa, encargó el rey Alaquen á Eben-Al-hamet la educacion de Abderramen II.

Retirados en la calzada vieja Eben-Al-hamet con su hijo Als-jerib y con el príncipe Abderramen; niños estos dos últimos de una misma edad; confundieron su clase y sus juegos, y el Príncipe no podia pasar un momento sin Als-jerib, hijo de Eben-Alhamet, nieto de Al-hamet, ni este sin el Príncipe. Siempre juntos en un mismo palacio, educados en una misma fuente, sus

gustos y sus inclinaciones eran las mismas, y el cariño que los enlazó en la cuna no los abandonó hasta la tumba.

Murió Eben-Al-hamet poco despues que el rey Alaquen; y entonces Abderramen II empuñó el cetro; y su amigo, ó mejor su querido hermano Als-jerib, en cuyas bodas nos hallamos, fué nombrado Walí, es decir, primer general del ejército de España, honrándolo ademas el Rey con otros muchos y principales honores.

Ya conocemos á Als-jerib; ya conocemos su noble orígen: y por lo tanto, no debe estrañarnos que Abderramen II le cediese para celebrar sus bodas la Calzada antigua, sitio real; ni que él mismo pasase con su córte, como veremos despues, á felicitarlo por su desposorio. Als-jerib, por otra parte se dejaba apreciar de cuantos le rodeaban; valiente en la guerra como los Zenetes de quienes descendia, era atinado en la política, agradable en la conversacion, dulce para con sus inferiores.

La joven con quien se enlazaba, hija del alcaide de Córdoba, agregaba á su hermosura una modestia, una amabilidad y una delicadeza poco comunes en las moras, circunstancias todas que movian á la ciudad entera á dirigir al Profeta sus oraciones por la felicidad de los nuevos esposos.

Volvamos á las fiestas de la boda.

Brilló el alba; ese momento precioso en que el pincel divino tiñe el cielo de púrpura y de nácar. Los convidados distraidos con graciosas danzas se replegaron al pié del dormitorio de los novios, arrullando la alborada de estos con varios coros de canciones amorosas.

No bien comenzaba el sol á dorar los minaretes de Córdoba, cuando se abrieron los balcones de aquellos, y apareció Nocima al lado de su esposo, hermosa, pálida, modesta y sonrojada como la azucena que ha recibido el primer beso del aura. Redóblanse á su presencia las orquestas; redóblanse los victores y las canciones, que todas se dirigen á celebrar el parabien de los felices amantes.

Avanzado el dia entraban en la Calzada antigua multitud de

caballeros y damas, ya á pié, ya montados en fogosos alazanes; pero un grupo de corceles negros, cuyos ginetes iban cubiertos de grana y de oro, llamaba la atencion de todos; era el séquito de Abderramen II, entre los que se distinguia él á primera vista por el penacho del ave imperial que flameaba con gallardia sobre la cabeza de su caballo.

Abderramen II; el poderoso rey de Córdoba se encaminaba tierno á felicitar á su compañero y primer general Als-jerib.

La cámara en que se recibia, sumamente espaciosa, estaba entapizada de terciopelo azul y la rodeaba un órden de columnas casi ocultas por los pabellones de escarlata que desde la cornisa caian hasta las alfombras de damasco que cubrian el suelo.

En la testera se hallaba la novia en medio de sus amigas, sentada en un divan con almohadones de seda colocado sobre un estrado de tino: en los primeros cogines que rodeaban la habitacion, se veian arrellanados entre el incienso de los pebeteros y el humo de las pipas, Als-jerib y sus parientes, con quienes contrastaba por su albornoz pardo, Mahomet que tenia junto á sí á su hijo.

Mas allá conversaban alegremente los Jeques de Córdoba, los generales del ejército y los señores de la ciudad.

Desde el salon en que estamos, se oian mágicamente al través de los opacos cristales los melodiosos sonidos de las orquestas, las voces de los niños que cantaban, y los gritos de la plebe que victoreaba alegre á su Walí.

Al presentarse Abderramen con la córte se levantaron todos, doblaron todos la cabeza y le cedieron su cogin; pero el Rey se sentó al lado de Als-jerib.

Despues de felicitarse ambos cariñosame y dirigir á Nocima el primero benignas espresiones de dulzura, le dijo el Walí:

—Oh mi Rey; las fiestas de ayer no me han permitido presentaros un recomendado cuyo nombre os es bien conocido. El Elymas Mahomet, prosiguió señalando aquel; el Elymas Mahomet, que es el anciano que teneis á la vista, me ha entregado cartas del Jeque de Taart, y deseoso de continuar en España los pro-

fundos estudios de su ciencia, implora por medio de mi, la proteccion del Rey.

Cuando Als-jerib concluyó de hablar, hizo Mahomet una cortesía con la cabeza, y Abderramen respondió en seguida:

—Ninguna recomendacion fuera para mi tan poderosa, oh sabio, si la de mi entrañable amigo Als-jerib faltara, como el nombre de Mahomet-Ven-Daldal á quien respeto: célebre en el Oriente por su mágia, lo ha traido la fama hasta la España, y Abderramen II tiene á mucho honor recibir en sus dominios un Elymas tan notable por su ciencia como por su valor. Si para tus estudios necesitas grandes sumas; las arcas de mi tesoro estan abiertas á tu disposicion; y de hoy en adelante tú y tu hijo tendreis en mi palacio una suntuosa cámara donde vivireis con absoluta libertad é independencia.

El Elymas dobló la cabeza hasta la cintura y contestó:

—Oh gran Rey Abderramen; vuestra generosidad no tiene límites, y en nombre del Profeta que vela visiblemente sobre vuestro imperio, os doy las gracias por vuestros ofrecimientos; pero entended oh Rey, que ni el compromiso que he contraido con una ciencia austera, ni el voto de sofis que me liga, me permiten disfrutar los voluptuosos estrados de vuestro palacio. En el cimiento de la gran Mezquita de esta ciudad, que edificó vuestro padre Abderramen I; entre los dos mayores botareles que sostienen su espalda, hay un pequeño retrete casi desconocido: ese es el que os pide por habitacion vuestro siervo, que de hoy en adelante dedicará sus humildes conocimientos á engrandecer la propiedad de vuestro imperio, y la felicidad de su Rey.

Abderramen repuso con agasajo que desde aquel momento era suyo; y concluido este diálogo se presentaron en la cámara, por órden que Als-jerib habia dado de antemano, multitud de criados conduciendo en bandejas ricos trajes de estambre, bordados en pedrería, y armas brillantes que se fueron regalando sucesivamente á todos sus amigos y convidados.

Tambien despachó el novio entonces mismo, otros criados con cuantiosas limosnas para distribuir entre los pobres de las ZAWI-

YAS ú hospitales, y con tan piadosa generosidad se dió por rematada la funcion.

Al separarse aquel séquito prodigando nuevas felicitaciones á los novios, se acercó á Als-jerib Mahomet, y tocándole el hombro con cariño le dijo:

—Oh amigo; mirad como disfrutais de la felicidad; la vida del hombre es un soplo...

Y confundido entre la concurrencia que marchaba, partió á cerrarse en el retrete de la gran Mezquita de Córdoba.

Diez meses habian trascurrido despues de las bodas de Als jerib con Nocima; y por consiguiente diez meses hacia tambien que Mahomet y Ali estaban recluidos en el subterráneo de la Mezquita, cultivando la ciencia del judio Lobeid.

Si en el dia á que nos referimos atravesamos cuatro lujosas antecámaras del palacio del Rey, entraremos en una cámara artesonada con maderas olorosas, cubierta de pabellones de escarlata y de terciopelo, y rodeada de maceteros que se elevaban sobre bonitos pedestales.

Abderramen en traje talar se hallaba arrellanado en dos cojines de damasco blanco guarnecidos de oro: con los lábios saboreaba una larga pipa que llegaba á su boca despues de dar tres vueltas dentro de una taza de agua cristalina: en las alfombras se ve tirado un papel escrito.

Als-jerib acaba de llegar, y se ha sentado junto al Rey con semblante melancólico.

—Oye Als-jerib, le dice en tono de reprension cariñosa; ni ayer me hiciste la visita de tarde, ni hoy me hacias la de mañana sino te paso recado; es demasiado descuido.

—Abderramen, contestó Als-jerib con tristeza; hace dos dias que Nocima sufre dolores muy fuertes á todo el cuerpo; los médicos piensan que son ya dolores de parto y que este se presenta con malos aparatos: estoy afligido.

—No temas Als-jerib; que vayan inmediatamente los médicos de palacio.

—Ademas, una idea aterradora fija en mi espíritu, y que no

puedo echar de mí, me persigue por do quiera, y por do quiera que voy la llevo delante; el dia de mis bodas al despedirse de mí, me dijo Mahomet en tono misterioso: «Mira Als-jerib como gozas de la felicidad; la vida del hombre es un soplo...»

—Qué importa? Lo interrumpió el Rey: su augurio tendrá otra interpretacion bien diferente, tus temores los creo infundados.

—Ah! sentiria tanto perder á Nocima...

—Esos padecimientos que hoy la atormentan, prosiguió Abderramen sonriéndose, nos darán felizmente, á tí un hijo y á la patria y á mí un vástago que perpetúe en España la noble estirpe del valiente Al-hamet.

—Quiéralo el Profeta, exclamó Als-jerib.

—Mira, á sazon de patria, continuó el Rey variando de tono y señalando el papel que habia en el suelo; ahí tienes un parte que acaba de presentarme el Alcatif; en el que el Wacir de Toledo, Aben-Mafot-Ben-Ibrain comunica la noticia de una pequeña insurreccion de los cristianos y judíos del arrabal, contra un escuadron de su ejército, y pide aumento de tropas para aplacar el alboroto.

—Siempre está importunando ese Aben-Mafot, respondió Als-jerib con rabia; entregado constantemente á las delicias de sus odaliscas, ó á los placeres de su corte; llena de partes la secretaria del Rey cuando un cristiano ó un júdio dá el grito de rebelion. Pues qué, ¿no tiene á su disposicion un ejército numeroso con que pulverizar los pocos cristianos del Arrabal? ó quiere el buen Wacir que vaya la guardia del Rey á velar su sueño?

—Poco indulgente estás con él, Als-jerib; dijo Abderramen sonriéndose.

—Señor, no he visto en él desde que es Wacir una sola accion de valor.

En este momento asomó á la puerta un eunuco, y despues de doblar la cabeza hasta la cintura anunció que el Elymas Mahomet deseaba audiencia.

—Que entre: dijo Abderramen.

—Pasad; repitió el eunuco retirándose.

Y Mahomet apareció en la cámara del Rey, grave, austero y macilento, con un pergamino desplegado en la mano.

Despues del saludo de fórmula;

—Oh gran Abderramen, comenzó por decir: desde que cerrado en la Mezquita trabajo asiduamente en la ciencia de la verdad; una sola vez os he importunado con mi presencia, y esta fué para deciros que pasáran vuestras tropas á la isla de Celta, pues estaba escrito que Alá la habia destinado para hacer parte de vuestros dominios: los hechos comprobaron mi profecia, y la isla se halla en vuestro poder.

—Es verdad; lo interrumpió el Rey.

—Contemplando noche y dia los astros, prosiguió el sábio con los ojos bajos; desentrañando los anagramas de mis antecesores por descubrir la verdad que anhelo y que huye delante de mis ojos á medida que la busco; he encontrado otro incidente cuya noticia puede ser útil á mi Rey y á la patria.

—Cuál? preguntaron á un tiempo Abderramen y Als-jerib.

—Los cristianos de Toledo se han levantado contra vuestro Wacir Aben-Mafot.

—En efecto, repuso Abderramen con presteza; ahí esta el parte que dá la noticia á la secretaria. Y señaló el papel tirado en el suelo; pero eso ha sido cosa de nada y ya ha concluido.

—Así es; mas los cristianos del arrabal inflamados por un sacerdote que se ha puesto á su frente; han llamado tropas en su auxilio; estan recibiendo secretamente socorros de hombres y de comestibles, y si no se acude pronto con un ejército numeroso y una cabeza perita; ah! peligran los moros de Toledo y tal vez se viera plantada la cruz en el altar de la media luna.

La impresion que semejante advertencia produjera en el ánimo de Abderramen y de Als-jerib, es facil de comprender: atónitos al principio, se agitan despues; y ambos se disponen á tomar las medidas mas enérgicas para impedir un estallido que pudiera arrancarles una de las principales ciudades de sus dominios.

—Señores: prosiguió luego Mahomet, una gracia tengo que pedir á mi Rey.

—Hablad: dijo este.

—Yo no he venido á España solo á cultivar mis estudios; he venido tambien á medir mi brazo con el brazo del cristiano; á entregarme á la guerra santa que aquí se sostiene.

—Cómo!... exclamó Als-jerib alarmado: y vos pensais poneros al frente de las filas?... no veis oh sábio, que el enemigo descargará sus tiros contra vos al reconoceros el célebre Mahomet?

—Generales peritos, hay en mi ejército, continuó el Rey, que pueden dirigir esa batalla con acierto, sin que un Elymas se esponga á ser víctima del furor cristiano, privando al propio tiempo á la patria de sus útiles conocimientos.

—Venceremos; respondió el sábio: y aun cuando muriese Mahomet; la patria, la religion no pierden el Elymas; eso no. Ahí queda mi hijo Alí, que aunque niño me iguala en conocimientos; y él es el destinado por Alá á terminar el avance comenzado en la cuerda de Lobeid. Pero dado caso que yo fuese víctima de los cristianos como decis, oh Als-jerib; prosiguió fijando en él sus ojos: ¿qué mas puede desear un anciano que ya ha servido á su Rey y á su Dios, sino morir en la guerra santa? (1). Despedazado mi cuerpo por el cristiano, cruzará mi alma con paso seguro el puente AL-SIRAB (2), y mi propio alfange ensangrentado en los infieles, será la llave que me abra las puertas del Paraiso. Sí; con permiso de mi Rey, yo y no otro mandará el ejército que parta en auxilio de Toledo. Alí orará en la Mezquita, y antes que lleguen los partes militares, ya sabrá Ali el resultado de la accion.

Ni Abderramen, ni Als-jerib se opusieron mas al ver la obstinacion de Mahomet, porque creidos buenamente en su ciencia y en su mágia, uno y otro supersticiosos al estremo como moros, confiaban en el feliz resultado de la accion, si el Elymas la mandaba.

(1) Nota 1.ª, párrafo 16.
(2) Nota 1.ª, párrafo 15.

Inmediatamente se tomaron disposiciones para aprestar el ejército de marcha; y Mahomet pidió cuatro dias de término con objeto de despedirse de su hijo, el nuevo Mago que comenzaba á brillar en el mundo, y darle las últimas instrucciones en la profunda ciencia de los secretos.

Trasladémonos un momento al palacio de Als-jerib.

En una de las habitaciones mas lujosas, oscura por hallarse entornadas sus ventanas ojivas, se ve desmayada sobre un lecho de seda á la hermosa Nocima.

Un médico de la córte de Abderramen, sentado á la cabecera tiene constantemente entre sus manos el pulso de la enferma.

Una mora jóven y robusta, llamada Loul, arrulla contra su pecho una niña recien nacida envuelta en un paño blanco, que es el fruto del costoso parto de Nocima: varios caballeros se pasean por la cámara agitados y silenciosos.

En el momento en que Als-jerib regresando del palacio del Rey se presenta en la habitacion de su esposa, esclamó el médico lleno de júbilo.

—Ya ha recobrado el sentido.

Con efecto; Nocima dió un suspiro y abrió los ojos.

Cuando vió á Als-jerib que llegaba, retiró su mano de la del médico y estrechó la de su esposo que estaba loco de sorpresa y de alegria.

Las primeras palabras que pronunció despues del accidente, fueron pidiendo á su hija, y como al instante se la entregase Loul, se incorporó para recibirla; y apretándola cariñosamente en su regazo, dijo á su esposo que la contemplaba de cerca.

—Mira Als-jerib, mira que hermosa es nuestra hija, *es mas hermosa que las flores de Cirene*; é imprimió un beso en sus mejillas.

Reunida poco despues en un salon suntuoso toda la familia de Als-jerib con algunos convidados; y colocando en medio á la recien nacida, segun costumbre morisca, murmuró el anciano padre de Nocima algunas palabras al oido de su nieta observando los ritos de su religion, y le puso por nombre Zahra, que quiere

decir *flor*; porque su madre habia dicho que su hija *era mas hermosa que las flores de Cirene* (1).

La alegria que Als-jerib esperimentó al reconocerse con una niña símbolo de su amor y de sus afecciones tan bellas, duró bien poco, pues aquella misma tarde la empañó el sentimiento que le produjo la repentina muerte de Nocima.

Por desgracia su alivio fué aparente; y el parto dificultoso al estremo habia lisiado la economía de la enferma en términos que tuvo fuerza para quitarle la vida en pocas horas.

Desesperado con tal desastre Als-jerib que tanto amaba á su esposa, arrancó de los brazos de la nodriza á la tierna Zahra, en quien veia una imágen de su madre; y anegándola en lágrimas se entregó á los síntomas de un dolor profundo. Infeliz!.., aun le esperaba otro golpe mas cruel...!

Mientras en el palacio de Als-jerib ocurrian las tristes escenas que hemos presenciado, otras no menos interesantes aunque diferentes, tenian lugar en el cimiento de la Mezquita de Córdoba.

Cerrados en el pequeño retrete Mahomet y su hijo, estaban haciendo los preparativos de su viaje.

Mahomet llevaba caida á la espalda la capucha del albornoz y descubria una cabeza enteramente calva; hablaba con ligeraza; sus ojos despedian fuego, y en su frente espaciosa se pintaba el entusiasmo de la sabiduria.

—Mira, dijo á Alí tomando un pergamino désplegado de los muchos que habia por el suelo entre redomas de vidrio y vasos de metal. Esa ciencia profunda que poseian los judíos, y que el sabio Daldal mi padre, hizo pasar al poder de los musulmanes, robándola con su astucia á Raquel, está contenida en este pergamino que el mismo Daldal me entregó al morir, en medio de una soledad de las montañas mas altas del Egipto; y que yo te entrego á tí, en nombre del Profeta, al partir para la guerra santa, debajo de los cimientos de la mezquita de Córdoba. Toma, lee y graba en tu cabeza.

(1) Nota 11 párrafo, 1.°

Alí leyó:

El problema del nudo trece de la cuerda de Lobeid se divide en tres partes.

1.ª *Encontrar en la multitud de estrellas que esmaltan el cielo, la constelacion, el símbolo que lo comprende.*

2.ª *Desentrañar por medio de anagramas la significacion que encierra el símbolo.*

3.ª *Ejecutar al fuego del azufre las elaboraciones que prescriba.*

—Oye Alí, prosiguió despues; cuando Daldal puso este pergamino en mis manos me dijo: «Yo he resuelto el primer caso; »á tí te corresponde resolver el segundo.» Al ponerlo yo en las tuyas te digo invocando al Profeta; «yo he resuelto el segundo, »á tí te corresponde resolver el tercero.» Jóven afortunado, tú recogerás el fruto de tanto trabajo.

Alí callaba y escuchaba con atencion.

—No he concluido, prosiguió Mahomet; ya sabes que la virtud de la cuerda con trece nudos alcanza á hacer vivir invisible una persona gozando ó padeciendo por el tiempo que agrade al Mago; pero la cuerda, no... la verdad, no ha llegado aun á su perfeccion; y su virtud se aniquila. Lee; continuó el sábio presentádole otro pergamino á medida que por grados se aumentaba la actividad de su rostro.

Alí leyó en voz baja.

Cuando hubo concluido se lo quitó Mahomet y derecho en medio del retrete oscuro, pronunció con energía los últimos renglones levantando al cielo su ojos animados por la fuerza de la inspiracion.

—Ay de aquel Elymas, gritaba absorbido y agitando el pergamino entre sus manos; ¡ay de aquel Elymas que arrastrado por la envidia, por el orgullo ó por la venganza, emplee en alguna persona la cuerda invisible con sus trece nudos! ¡anatema

sobre su alma! pesa sobre él la vida de todos los sábios que han sucumbido en el trabajo de la verdad; Lobeid lo dijo.

Entonces rollándolo con otros muchos lo entregó á Alí.

—Mira; repuso mientras abria la caja de ágata que contenia la cuerda; de hoy en adelante tú serás el Elymas de Mahoma; yo he dado ya fin á mi trabajo en el problema; ahora te corresponde á tí comenzar el tuyo. Así que parta de Córdoba reune un cónclave permanente de cuatro ancianos, llamados Mahomet; ten abierta sobre la mesa la cuerda de Lobeid; y antes de recibir en secretaria el parte que yo envie como general, tú sabrás como Mago la suerte que me ha deparado el Profeta. Si la cuerda permanece quieta, yo vivo; pero si se contrae de repente, el Elymas Mahomet ha sido víctima del furor cristiano.

Semejantes lecciones formaron la despedida que el Mago dió á su hijo.

Al dia siguiente del entierro de Nocima, el cual se celebró con toda la pompa de que era digna la esposa del Walí, se hallaban sentados sobre los cogines que rodeaban una cámara larga á la par que suntuosa del palacio de Als-jerib; Abderramen con su córte, los nobles Jeques y señores de la ciudad, el mismo Als-jerib con sus amigos, y Loul que arrullaba en sus brazos á la niña Zahra vestida de luto.

Esta reunion tan notable por los personajes que la componian, esperaba impaciente al Elymas Mahomet, que se habia prestado en obsequio de su amigo Als-jerib á descifrar el porvenir de Zahra antes de marchar á la guerra contra cristianos.

Se presentó en efecto mas respetable que nunca, y todos, menos el Rey, se levantaron á su llegada.

Sin emplear el sábio mucho tiempo en saludos, tomó entre sus ásperas manos á la inocente Zahra, y se entró con ella á un gabinete oscuro, cerrando tras de sí la puerta herméticamente, y encendiendo en seguida una vela de cera á cuya luz pálida se presentaba lívido su rostro macilento y descarnado.

Mientras él ejecutaba sin ruido las ceremonias cabalísticas

que su arte profundo exigia, toda la nobleza del salon, incluso el mismo Rey, se conservaban en pié, porque suponian con fundamento que junto á ellos se estaria invocando el nombre de Mahoma.

Ninguno habia que no se hallara un tanto agitado, pero el que temblaba, movido por un impulso febril, era Als-jerib.

Su hija, su amada hija, donde veia retratadas las facciones dulces y amorosas de su madre; su hija, único objeto de cariño que ya le quedaba en el mundo, estaba en poder de un Elymas que descifraba su destino; y ¿cuál podria ser este?...

Reflexiones tan amargas para un padre por la incertidumbre de que iban acompañadas, agitaban la cabeza de Als-jerib, y sembraron la palidez en su frente.

Cien veces le pesó una resolucion que ya calificaba de aventurada, pero se habia empeñado en ello el anciano padre de Nocima y debia ceder.

¡Oh amor filial! Als-jerib, el valiente guerrero en cuyo pecho jamás encontró cabida el miedo, se estremece, tiembla cuando tú llegas á tocarle el corazon...

Por fin se abrió en silencio la puerta del gabinete y apareció el venerable Elymas con Zahra recostada en el hombro izquierdo y un pergamino escrito en la mano derecha.

La agitacion de Als-jerib llegó á su colmo; los ojos de la concurrencia estaban suspendidos de los lábios del Mago: despues de dirigir sobre Als-jerib una mirada triste, que á nadie se escapó, y colocarse en medio de la reunion, leyó en el pergamino lo que sigue:

EN NOMBRE DEL PROFETA QUE ME INSPIRA.

PALABRA DE VERDAD.

La niña que sonrie en mis brazos será dulce, pura y radiante como la luz del Paraiso.

Sus ojos ejercerán imperio soberano sobre el amor de los musulmanes.

Su hermosura llegará á ser proverbial.

Hará las delicias de su padre.

¡Anatema! En lo mas florido de su juventud, será víctima de un dardo emponzoñado con que le atravesará el corazon la intrepidez de un cristiano.

—Guay! gritaron á la vez todos los concurrentes, levantando las manos, y Als-jerib cayó sin sentido.

Despues de un momento, en que gracias á los frascos de espíritus que le hicieron absorber por las narices, volvió en sí; se levantó furioso, se precipitó sobre su hija y estrechándola frenético en sus brazos, gritaba aquel general con un acento tan tierno que conmovió al mas duro.

—Sí hija mia, sí! morirás... el Profeta lo quiere; morirás en lo mas florido de tu juventud; pero tambien tu padre morirá contigo... el hado cruel que me ha arrancado mi esposa me arrancará tambien mi hija; sí, moriremos... moriremos los tres, y los tres nos amaremos en la tumba.

A Als-jerib le iban faltando las fuerzas, y al verlo así el padre de Nocima, aquel anciano reverendo, exclamó con las lágrimas en los ojos.

—Y no hay, oh sábio, algun remedio para salvar la vida á Zahra? miradla; prosiguió señalándola; es tan hermosa... y su padre perecerá con ella como lo dice.

—Tal vez, respondió Mahomet despues de un instante de silencio; tal vez uno.

—Uno!... repitió Als-jerib con alegria, como saliendo de un letargo.

—No os aduleis antes de tiempo Als-jerib; quiere decir mi ciencia que acaso podria encontrarse alguna débil probabilidad, que aunque incierta solo se consiguiese á costa de grandes sacrificios... sin responder tampoco de su buen resultado.

—Decídmela... continuó Als-jerib acercándose anheloso al sábio; un destello de esperanza de salvar á mi hija, de salvar á mi Zahra... ¿qué no haria yo por conseguirlo?... Qué será sa-

crificio para mí en este caso? ¡ah! no sabeis cuanto la amo... decídmela pronto, cerrad la úlcera que habeis abierto en mi corazon...

—Escuchad padre desgraciado; prosiguió el Elymas con gravedad.

La atencion de la concurrencia se hallaba pendiente de este diálogo, en el que todos se interesaban.

—Escuchad: si renunciais al boato de la corte; si teneis fuerza para ocultar el lustre de vuestra familia y el brillo de vuestras palmas en un castillo solitario, que siempre se encuentre en estado de defensa; ó marchais á un pais desconocido del cristiano; tal vez vuestra hija, esa azucena que teneis en las manos, abra su corola y dé su fruto protegida por vuestra sombra.

—Y esto es sacrificio... gritó Als-jerib lleno de gozo, para un padre que va á salvar una hija tan hermosa como la mia... ah! miradla sonreir... si; con permiso de mi Rey huiré de España; volveré al Africa, y en las chozas que habitaron mis abuelos viviré feliz con mi hija; allí... retirado del mundo la veré crecer, la veré desarrollarse sin temor, y sus halagos serán un nectar que colme de delicias los últimos años de mi vida. ¡Oh mi Rey! añadió mirándolo con dolor; oh mis amigos! tengo que apartarme de vosotros para salvar á mi hija; no lo oís? El Elymas Mahomet me lo manda.

Entonces Abderramen dió un paso hácia él, y con cierta gravedad mezclada de sentimiento, dijo echándole la mano sobre el hombro:

—De ningun modo saldrá el Walí de España: Abderramen te lo suplica; el Rey te lo manda. Por salvar una hija abandonas á tu madre patria? pues qué ¿no hay medios de que esa flor como ha dicho el Elymas, vegete impune en España? no hay en mis dominios alcázares, cuyo suelo jamás ha pisado el cristiano sino conducido por el moro á ser víctima del Profeta? no tienes ahí el castillo de Cervera, que todos mis valientes confiesan ser un nido de águila suspendido en un peñon inaccesible? rodeado de mura-

llas, defendido por tus fieles Zenetes, ¿quién puede allí atentar contra tu Zahra? y si esto no basta oh Walí, prosiguió el Rey mas enternecido; oye los ruegos del amigo de tu infancia; me abandonas á mi tambien Als-jerib? abandonas á tu compañero de la Calzada vieja?

—No, mi Rey; respondió Als-jerib conmovido al estremo; jamas saldré de vuestro imperio; y pues que el Elymas me prescribe huir de España ó cerrarme en una fortaleza aislada, opto por lo segundo.

—Y yo te nombro, lo interumpió el Rey, Emir de Cervera y su castillo.

—Si; en aquella peña que segun cuentan se burla del enemigo y que engalanaré con todos mis intereses en obsequio á Zahra, viviré dichoso con mi hija: tambien el Elymas lo ha dicho, *hará las delicias de su padre.*

—Y el Rey, y tus parientes y tus amigos, repuso el padre de Nocima, podrán visitarte en dicho alcazar de tiempo en tiempo; y siempre vivirá Als-jerib en la memoria de la corte de Córdoba.

—Oid; dijo de nuevo Mahomet dirigiéndose á Als-jerib.

Todos volvieron á fijar sus ojos en el sábio, y á escucharle con silencio.

—Cuando os saludé por vez primera me acogisteis, oh Walí, con agrado y con afecto; al despedirme de vos por última vez acaso, estoy en la obligacion de manifestaros sinceramente cuanto me dicta mi ciencia en favor de la seguridad de vuestra hija.

—Hablad, oh Mago, ya os escucho.

—En el castillo de Cervera á donde vais, no tenga entrada mujer alguna; y la servidumbre de Zahra sea de eunucos: el corazon de la mujer es muy débil, y puede ser vencido por la sagacidad de algun cristiano. Tomad, añadió entregándole el pergamino en que habia escrito el porvenir de Zahra; no perdais ese pergamino; conservadlo cubierto en vuestra cámara, y él será un amuleto saludable para la vida de vuestra hija, que el Profeta conserve muchos años.

Dicho esto con solemnidad hizo una profunda cortesia, y salió de la cámara.

Todos lo imitaron al poco rato, y Als-jerib comenzó á tomar las disposiciones de su viaje para tan pronto como á Zahra pudiera saparársele del regazo de la nodriza.

Dos dias despues de los acontecimientos que hemos presenciado en las cámaras de Als-jerib, se veia formado en la plaza del palacio del Rey un formidable ejército de musulmanes.

Sus alquiceles blancos; sus turbantes blancos unos y encarnados otros, presentaban un campo sembrado de margaritas y ababoles; y el sol de la mañana reflejaba sus rayos en las armas de acero, en los casquetes y medias lunas de bronce.

Abderramen se asomó con la córte á una ventana ogiva en medio de las aclamaciones del pueblo: salió en seguida por la puerta del palacio montado en un corcel negro el Elymas Mahomet, con la capucha bien metida, el cual levantando en alto la bandera de la media luna, pronunció una fogosa arenga que inflamó el ánimo de los guerreros; hizo despues una cortesia al Rey, y poniéndose á la cabeza del ejército entusiasmado, rompió la marcha para Toledo al son de cien clarines y atabales.

ALI.

Desde el momento en que partió de Córdoba Mahomet se estableció en el retrete que ya conocemos de la Mezquita, el cónclave permanente, compuesto de cuatro ancianos venerables de la ciudad, llamados Mahomet (1), y presidida por Alí; por un niño de once años, pero que reunia en su espíritu la ciencia mágica de Lobeid, de Cassia, de Daldal, de Apolonio y de Mahomet.

Era cosa admirable, ver en un pequeño subterráneo cuatro ancianos de blancas y largas barbas, sentados en torno de una mesa de piedra esperando el aviso del jóven descendiente de Daldal.

(2) Nota 12.

Ocho dias pasaron así sin que diera ninguna noticia Alí que incesantemente tenia fija la vista en la cuerda misteriosa, la cual desplegada sobre la mesa se ocultaba á los ojos de los cuatro ancianos.

Era la primera vigilia de una noche silenciosa, cuando el nuevo Elymas lanzó un grito de horror.

La cuerda invisible se habia contraido con violencia del mismo modo que una agujeta de pergamino aplicada repentinamente al fuego.

—Mi padre es muerto! exclamó Alí, y se cubrió el rostro con las manos.

Sin perder tiempo marchó uno de los ancianos á comunicar tan infausta noticia á la corte de Abderramen, y el sentimiento y la consternacion se sembraron en toda la ciudad al escucharla.

Seis dias habian trascurrido, cuando recibieron en secretaria un parte de Toledo, que se leyó estando presente el mismo Alí, y decia de este modo:

En nombre de Alá clemente y misericordioso.

Aben-Mafot-Ven-Ibrain, bacir de Toledo, y vuestro esclavo; á su gran rey Abderramen, salud:

El dia cuarto de la luna pasada, juntos los cristianos del Arrabal con otro gran número armados que en secreto se habian reunido de las inmediaciones, atacaron con alevosía á las tropas del Rey, que desprevenidas no pudieron oponer resistencia. Iba lo mejor del combate de parte del enemigo, cuando llegó el ejército mandado por Mahomet, á cuya vista se cambió la suerte de las armas.

Acomete el Elymas con veinte caballos á los cristianos que huyen precipitados al Arrabal; los sigue furioso aquel, y llega tambien hasta el mismo arrabal; cierran entonces los infieles la puerta de la visagra; y queda burlado el gran ejército dentro de las murallas. Los veinte caballos son vilmente asesinados, pero queriendo saciar su venganza sobre el Mago, mas que sobre otro alguno, lo ahorcaron de un árbol y despues quemaron su cuerpo en la

plaza, orgullosos con el refuerzo que ya veian llegar por las inmediaciones.

Cuando el ejército de mi Rey rompió las puertas de la ciudad, se habian internado los cristianos en lo escabroso de las montañas; y á muy pocos se les ha podido dar alcance, en los que queda vengada, aunque insuficientemente la muerte de Elymas.

Aven-Mafot, etc., etc.

Muy fácil es concebir la impresion que este parte produciria en la córte de Abderramen.

Alí despues de haber dado un momento libre curso á los primeros impulsos del dolor; gritó furioso en medio de la reunion, levantando los ojos al cielo y despidiendo llamas en sus miradas.

—JURO EN NOMBRE DEL PROFETA, NO TOMAR MUJER POR ESPOSA, HASTA HABER VENGADO LA MUERTE DE MI PADRE, QUEMANDO UN CRISTIANO TAN NOBLE COMO ÉL.

Desde el punto que el Elymas fué muerto en Toledo; recayó sobre Alí la obligacion que el Coran impone á sus sectarios, de vengar á su pariente, dando á un cristiano de igual raza que el moro sacrificado, el mismo suplicio que aquel haya recibido; pero Alí, fogoso en estremo, y amante de su padre, quiso agregar á este deber que le imponia su religion, el voto involuntario de no entregarse á las delicias del himeneo hasta haber satisfecho su juramento.

Pasados algunos meses dijo Als-jerib á Alí:

—Oye jóven; hijo de mi amigo Mahomet, no quisiera abandonarte en tu juventud; yo voy á partir para Cervera, terreno sinuoso, segun lo describen los que lo han visto; vente conmigo: desde ahora te nombro Walí de su castillo, que Abderramen nuestro Rey me ha donado; allí tendrás cuevas y sótanos donde entregarte libremente al estudio de la mágia, y aquel pais montuoso te ofrece tambien ocasiones sin cuento de probar el valor de tu brazo en repetidas algaras contra los cristianos.

Calló Als-jerib; y Alí no tardó en resolverse. Despues de dar-

le las gracias por su ofrecimiento, contestó que estaba dispuesto á seguirle.

Als-jerib, observando minuciosamente las prevenciones del Elymas Mahomet; despidió las mujeres que estaban al servicio de su niña Zahra; y nombró por único ayo de la tierna Princesa á Als-far, moro Zenete de una familia notable por su probidad y honradez.

A los cuatro dias enternecido en sumo grado se despedia Als-jerib de la Córte, de sus parientes, de su rey y amigo Abderramen que lo estrechó en sus brazos; y á la cabeza de un brillante escuadron; capitaneado ya por Alí, dió su último adios á Córdoba dejando en pos de sí el luto y la consternacion.

Cuando llegaron á Cervera hallaron reducido este pueblo á la mayor miseria.

No habia otro barrio que el barranco de Tollo acogido tímidamente en la falda del castillo, y habitado por algunas familias pordioseras de árabes.

El rio se deslizaba sobre vastas praderas de yerba: en el alcázar solo se veian los cimientos de un gran cerco de muralla; y en su centro algunos bastiones almenados, aunque sueltos, es decir, sin enlazar unos con otros; anunciando todo una gran obra comenzada pero sin concluir.

Hé aquí el Cervera que los romanos legaron á los moros.

Alí esperimentó una sensacion de placer al encontrar entre estas breñas un asilo el mas apropósito para continuar el estudio de la mágia.

Saliendo un dia casualmente del barranco de Tollo, dirigiéndose por el mismo al Occidente; en aquel punto en que ya no habia edificios se iba sumergiendo por grados en un abismo que se estrechaba á cada paso llenándolo de satisfaccion con su aspecto imponente.

Dejaba á la espalda un barrio miserable; veia á su frente un canal hondo y oprimido; á su izquierda una elevada montaña en cuya cúspide se levantaban las murallas del castillo que desde allí parecian confundirse con las nubes; y á su derecha

otro monte, último término de una inmensa cordillera de colinas.

Cansado de andar por una rambla angosta y casi subterránea se halló al concluir la falda del castillo en una cueva profunda, madre de aquel barranco.

Alta y estrecha en su boca, era por dentro irregular y oscura.

De su techo de piedra caia incesantemente una gota de agua que se sumergia en el suelo de arena; y el silencio que allí reinaba lo interrumpia solo el ruido monótono de la gota.

Ya habrán advertido nuestros lectores que esta no es otra que la cueva de Marimon.

Alí se precipitó en ella como el gavilan se precipita en la caberna que ha encontrado para su nido; y sentándose en el fondo sombrío dijo:

—Tu eres la mansion destinada por el Profeta para resolver el problema de la verdad.

La noticia de que el ilustre Walí de Abderramen iba á habitar Cervera, cundió al instante por los contornos; y todos los moros diseminados en los pueblecillos inmediatos, corrieron á refugiarse bajo sus tropas.

Als-jerib naturalmente benigno, se sonreia al ver formarse su pequeño imperio; distribuyó entre ellos los campos para que panificasen los montes y plantasen de árboles las praderas regadas por el rio; y entonces nació la deliciosa vega que ya hemos conocido.

Protegida por Als-jerib la agricultura, fué aumentando las riquezas; las riquezas aumentaron el vecindario; el mayor vecindario exigia mas pueblo, y este se fué dilatando por la parte meridional del peñon formando el que hoy se llama barrio bajo, y plantó allí su Mezquita.

Als-jerib empleó al mismo tiempo multitud de brazos en levantar el castillo sobre los cimientos de los romanos; lo que tal vez sea la causa de que las murallas se presenten relejadas en dos escalones; lo fortificó con valientes rebellines; y como que allí y no en otra parte iba á vivir con su hija, construyó los bo-

nitos jardines de que ya tenemos noticia y abrió el subterráneo para subir el agua del rio.

Por la multitud de baños que los generales de Als-jerib plantaron á sus orillas, y por suministrar el agua para los suyos y para los de su hija, tomó este rio el nombre de RIO ALHAMA, que significa *rio de los baños*: y Als-jerib el de ABU-ALHAMA que quiere decir *poseedor del Alhama*.

Edificó el gran torreon del homenaje; y alrededor de la plaza las habitaciones de los jefes cuyas familias moraban en el pueblo: trajo hábiles maestros del Argel y de Córdoba que adornasen las cámaras con el lujo de un Príncipe oriental, y cuando hubo determinado ya la de su hija y la suya; clavó en la última un diente de javalí, del que colgó un cuadro envuelto en un paño negro; LA PROFECIA DE MAHOMET SOBRE SU NIÑA; cuadro misterioso que ya vieron nuestros lectores sin poder comprender entonces su significacion.

En una palabra; Cervera se convirtió en poco tiempo, de un barrio miserable en un pueblo voluptuoso, temible para el enemigo, y lleno de diversiones para sus habitantes.

Los jardines del Castillo crecian á medida que crecia Zahra; quien desde la infancia comenzó á descubrir su rara hermosura y las virtudes de su corazon: su padre la miraba estasiado y la corte la contemplaba con delicia.

Alí que cerrado hacia tiempo en la cueva de Marimon, permanecia absorbido en los estudios de la mágia; sintió de repente otra mágia que tocaba mas de cerca su corazon; la mágia adormidera de los ojos de la Princesa.

Viendo este jóven abrirse ante su fantasia un mundo desconocido para él; pero un mundo mas dulce y mas animado que el de la ciencia; no quiso ni pudo resistir sus impulsos y se entregó desbordado á sus placeres:

Colocó la cuerda invisible de los once nudos con todos los pergaminos de los sábios sus antecesores, en un agugero de la cueva de Marimon, para volver á ellos cuando apagado el fuego del amor, se hallase mas tranquilo; mandó cerrar la entrada con

una gruesa muralla de piedra sillar; y aquel jóven que habia reunido en su cabeza la sabiduria de tanto Mago, la vió en un solo instante convertida en un devaneo de aduladoras ilusiones.

Amaba á Zahra y la amaba con delirio; amor tan vehemente encendia su alma, y le hacia desear la gloria, las acciones, la guerra; y como por otra parte tenia que sacrificar un noble cristiano antes de desposarse; se arrojó furioso á las batallas donde hacia prodigios de valor.

Abu-Alhama por su parte estaba contento de que el hijo de Mahomet amara á la Princesa; y él mismo fomentaba dicho amor con solo no oponer repugnancia á los galanteos del Walí.

Zahra volando de continuo por las esferas ideales de su mente, no podia fijarse en una cosa terrestre; no podia querer á un hombre real; y siempre suspiraba por esos fantasmas de bellos matices que su imaginacion creaba con mas primor en las noches placenteras de verano: pero amable, benigna y candorosa, se sometia risueña á la voluntad de su padre sin saber que lo hacia, porque jamás habia pensado si podria dejar de hacerlo.

Zahra como todos se habian prometido, era hermosa, pura y radiante; Zahra hacia las delicias de su padre que la queria con delirio; y Zahra robaba el corazon de los musulmanes.

De este modo; socorriendo al indigente, como ya digimos; intercediendo por los desgraciados y siendo el asombro de cuantos ricos árabes venian á visitarla; se deslizaron suavemente en los jardines del castillo las diez y ocho primaveras de Zahra; sin que cada año hiciera otra cosa que agregar una perla al tesoro de su hermosura; aumentar una flor al ramillete de sus gracias.

Generaciones del siglo XIX; cuando fijais los ojos en los restos demolidos del castillo que se ofrece á vuestra vista; qué distantes os hallais de creer que bajo sus murallas pulverizadas, sin fuerza hoy para arrancar una reflexion de vuestra mente ocupada solo en la grangeria y en el orgullo; se desplegó algun dia todo el lujo oriental; se ostentó la magnificencia de un Emir poderoso; y entre jardines amenos, y entre cámaras entapizadas respiró una princesa mas hermosa que las huríes del paraiso de Mahoma...

Ah...! si preocupado vuestro ánimo, no quiere leer las páginas impresas en este monumento venerable, escuchad por lo menos su voz terrible que en silencio os dice:

«El tiempo, ese genio voraz é insaciable que aniquiló tanta »grandeza, que consumió tanta hermosura; aniquilará tambien »vuestro interés, consumirá vuestro orgullo; y de vuestras glo»rias, de vuestras vanidades, tampoco dejará á la posteridad otra »memoria que unas ruinas barridas y olvidadas como LAS RUINAS »DEL CASTILLO DE CERVERA.»

NUESTRA SEÑORA DEL MONTE
CERVERA DEL RIO ALHAMA

CAPITULO IV.

CARIDAD DE ZAHRA.

Brilló por fin el dia tan deseado para Alí; un sol claro hermoseó los montes y las florestas; alumbró la habitacion de Zahra y reflejó sus rayos en la media luna de la bandera.

Desde la madrugada se veia en la plaza de los baños una gran hacina de leña.

Multitud de negros diseminados por los montes vecinos, descargaban en ella las semantas de enebros que traian acuestas, y en las almenas de la torre colgaba un cordel nuevo recientemente untado en sebo.

El ejército vestido de gala, los clarines y atabales, anunciaban una gran fiesta.

El Wali se paseaba entre sus escuadrones, orgulloso, arrogante, satisfecho: y cómo nó? qué deseaba este jóven? unirse á la princesa Zahra? ser dueño de aquella flor cuyos perfumes se estendian á larga distancia?

Por su amor tan vehemente habia abandonado la mágia, habia abandonado la ciencia de sus abuelos, mas para disfrutarlo

necesitaba un cristiano noble á quien sacrificar; esta necesidad retardó largo tiempo su enlace; pero hoy todo sonrie á sus ojos como el dia hermoso que acaba de despuntar.

Vé el cordel en las almenas, la leña en la plaza, la víctima en el calabozo, y su prometida entregada á un dulce sueño, segun el se figuraba, y esperando el momento dichoso de premiar su cariño arrojándose con alegria á sus brazos; pero se engañaba.

La Princesa no habia dormido en toda la noche, y si alguna vez cerraba los ojos rendida, le obligaban á abrirlos asustada, mil espectros horrorosos que se agrupaban de golpe á su mente.

Iban á matar un hombre en el castillo; un hombre indefenso; y esto era demasiado para su ternura: pálida, pero pálida á la manera fascinadora del jazmin y la azucena, se levantó temprano de la cama despues de haber tomado una determinacion resuelta: «sí; se dijo á sí misma mientras se ponia con gracia el manto bordado en medias lunas de oro; no he suplicado mil veces al Emir por un esclavo culpable? por qué no he de suplicar hoy por un noble inocente?

Y tomando un martillo de plata pegó sobre un muelle de acero que habia en su cámara, á cuyo sonido vibrante se presentó al momento el anciano Als-far.

—Baja, dijo la Princesa y haz saber á mi padre que paso á visitarlo.

El anciano dobló la cabeza y se retiró.

A luego se hallaba la Princesa en la cámara del Emir arrodillada delante de él que la miraba asombrado.

—Alza hija mia; le dijo tendiéndole los brazos por la cintura.

—No; no me levantaré padre, sin que me otorgueis la gracia que os pido.

—Qué te he negado yo jamás? estas triste Zahra, estas desojada; ¿qué tienes hija mia?

—He llevado una noche cruel; apenas he dormido, y me han sofocado los ensueños; respondió Zahra reclinándose sobre las piernas de su padre, que se recostó en los cogines de terciopelo; al

cual miraba la inocente niña con ojos tiernos y sonrisa acariciadora, mientras que su manto azul deslizándose del hombro derecho, se arrastraba por las alfombras de la cámara.

—Padre, qué significa ese ruido de trompetas y atabales; esa agitacion que reina en todo el castillo?

—Pues que, lo ignoras hija mia, tú á quién tanto interesa?

—Ah! no lo ignoro, me interesa padre, bien decis; me interesa mas de lo que pensais, porque yo no puedo sufrir ese espectáculo; y los horrores que el cautivo padezca en el patíbulo, no alcanzan no, á los horrores que padecerá mi corazon.

Zahra calló un instante: despues añadió:

—Padre, á qué hora es el suplicio?

—A las once.

—A las once...

Zahra conoció muy bien lo imposible que era librar de la muerte á un prisionero de guerra en las actuales circunstancias; pero apesar de todo, aun se atrevió á insinuarse á su padre.

—Por qué se le sacrifica? preguntó enternecida.

—Por qué? porque es una víctima ofrecida por Ali al Profeta, cuyo cumplimiento le pone en disposicion de recibirte por esposa.

Zahra hizo un movimiento asustada.

—Un suplicio... una víctima inocente, abre las puertas á mi matrimonio? exclamó mirando á su padre sobrecogida; y creeis padre que un matrimonio comenzado con sangre, puede ser feliz?... ah! los gemidos de la víctima me perseguirán en el lecho del amor... padre, compadeceos de ese cristiano, dijo por fin sollozando: ¡cuántas lágrimas costará á sus hijos!... ¿qué haría yo, si á vos os ahorcara el ejército enemigo?...

Zahra cubrió las lágrimas con el manto; el Emir se iba enterneciendo con las espresiones de su hija.

—Ay! prosiguió la Princesa; cuánto he pa ecido yo con él! Mientras yo descansaba en una cámara lujosa, en un lecho de seda; él estaba cerrado en un lóbrego calabozo y tirado sobre el suelo; solo, sin alimento, separado de su familia, ¿qué mas tormento que el que ya se le ha dado?

—Mucho te interesas, hija mia, por el cristiano....

—Ay padre! es un hombre que va á morir sin culpa; salvadlo ó al menos dejadme á mí huir de una escena tan horrorosa.

El Emir muy habituado á tales súplicas de Zahra, toda compasion y toda piedad, luchaba callando entre los ruegos de su hija, las exigencias de Alí, y el cumplimiento de sus deberes.

—Salvadlo... repitió para si, y cómo respondo á los argumentos del Walí? continuó en alta voz mirando á la princesa.

—El Walí es jóven, valiente, respondió esta sonriéndose al pronunciar las últimas palabras; y pronto hará otro cautivo.

—Y pronto volverás tú á asustarte y á suplicarme por él: le dijo Abu-Alhama con dulzura.

—No... no lo haré; entonces lo sacrificará allá... en los campos de la guerra, en lo mas encarnizado de la pelea; asi está bien; pero traerlo al castillo á morir indefenso... convertir el dia de su muerte en un dia de gala... padre, eso es muy cruel, eso no puede caber en un pecho noble. Yo tiemblo, yo sufro al pensarlo, cien veces mas que el mismo cristiano.

En efecto, Zahra estaba pálida y sobrecogida; el Emir la miraba en silencio.

Despues de un minuto de reflexion añadió con ojos suplicantes.

—Me permitireis ir á la mezquita á orar durante esas escenas?

—Si, hija mia.

—Y ahora me permitireis bajar á dulcificar algun tanto los cortos momentos de vida que restan al desgraciado?

—Qué vas hacer?

—Proporcionarle alimento y cama hasta que lo llamen al cadalso.

El Emir condescendió con la Princesa, y ella creyó ver de este modo satisfecha en parte la caridad que le impelia con un poder oculto é irresistible: no podia salvarlo y socorriéndolo descansaba algun tanto su alma pura.

Abu-Alhama pegó con un martillo en un muelle, y al momento se presentó un ayuda de cámara argelino.

El ayo de la Princesa, el albacir, y dos alfaraces: dijo el Emir en tono imperioso.

El ayuda de cámara hizo una cortesia y se retiró.

No bien habian pasado dos minutos cuando entraron el ayo y el albacir; los alfaraces con espada en mano quedaron en la antecámara.

—Als-far, volvió á decir Abu-Alhama mirando al primero; acompaña á mi hija, Albacir; las órdenes de la Princesa sean obedecidas.

Zahra acompañada de su ayo salió contenta de la habitacion de su padre: el albacir con un manojo de llaves en la mano la seguia respetuosamente, y detras los alfaraces, cuyo paso acompasado resonaba en las escaleras de la torre.

—Princesa, adónde vamos? preguntó Als-far.

—Al calabozo del cristiano: respondió Zahra con gracia.

Als-far y el albacir no se admiraron poco de semejante respuesta; pero callaron, porque estaban acostumbrados á obedecer y callar.

Mientras la Princesa desciende de la cámara á la mazmorra, dirijamos nosotros una ojeada por el cautivo.

Se halla el infeliz en la misma postura que cuando lo cerraron; su cuerpo cruje bajo los grillos y pesadas cadenas que lo martirizan; su rostro pálido descansa en una peña, y á su lado se ve tirada en el suelo húmedo, la capellina con los tres hermosos penachos.

Gallardo fresno arrancado del jardin maternal, vé contraerse las hojas de su tallo bajo la negra atmósfera del infortunio...!

La falta de alimento, la falta de descanso, la desesperacion han hecho palidecer su rostro, y durante la noche ha sido víctima de mil recuerdos crueles que han despezado su alma.

En tal estado, abatido, fatigado por los fantasmas de la calentura, esperaba indolente un dia cuyo fulgor no podia penetrar en aquel subterráneo; un dia en que iba á ver deshojarse las palmas y los laureles que comenzaban á adornar su juventud.

En lo mas acerbo de su dolor oyó un ruido sordo de pisadas

que se acercaban por grados, y creyendo sería el verdugo que venia por él, exhaló un suspiro: este suspiro fué el adios que desde el centro de la tierra daba á su padre, á su familia y á su patria.

Sereno como todo valiente soldado, aguardaba tranquilo la llegada del verdugo, cuando se abrió la puerta y se presentó Zahra.

El cristiano quedó pasmado.

Zhara con su rostro dulce, con su manto azul, can su turbante blanco, alumbrada por la ténue y fugitiva luz de una linterna que conducia Als-far, no parecia muger; era una diosa, era el ángel de los desgraciados que bajaba del cielo á socorrer al cristiano: vacilante como la luz que la alumbraba; vaga como los deseos de una niña, vaporosa como las ilusiones de un sueño, tenia absorbida la atencion del cautivo.

Este mancebo que esperaba el verdugo y de repente se encuentra con una jóven celeste; cree delirar, cree que ya ha sufrido los rigores de la horca y comienza á esperimentar las delicias del Paraiso.

La sorpresa de la Princesa no es menos fuerte que la del cautivo: ella desciende de su nido de seda á un calabozo oscuro, impelida solo por su caridad, por ese sentimiento de ternura que la domina; desciende á socorrer un infortunado, á socorrer un guerrero desconocido que va á morir indefenso; guerrero que segun ella pensaba en sus adentros debia ser anciano, feo, terrible y furibundo, porque asi eran todos los cristianos que sus ayos le habian descrito en los cuentos con que arrullaron su infancia; pero al distinguir las facciones espresivas y melancólicas del jóven prisionero, se aturdió Zahra por vez primera en la vida; porque por vez primera vió un ser humano que correspondiera á sus simpatías.

Su rostro largo y pálido, sus ojos apasionados, sus cejas negras, su larga cabellera que le cubria las orejas, todo ofrecia á la vista de la princesa un cuadro nuevo que le robaba el corazon.

Luego, su brillante armadura de acero; su coraza cubierta de timbres y de blasones, la capellina con sus veleidosos penachos... el silencio que guardaba por otra parte, la postura abatida de sus miembros, le recordó una jóven palmera sobre cuyo gallardo tallo está amenazando la segur del labrador; y Zahra tembló estremecida.

Despues de permanecer largo rato embargada en sus reflexiones y contemplando al cristiano que tambien á ella la contemplaba y le decia con su persona: «Hay otro mundo, hay otros hombres de tí desconocidos;» comenzó á hablar con voz dulce pero conmovida.

—Cristiano, le dijo; cómo te llamas?

La voz del cristiano no estaba mas entera que la de la Princesa.

—Me llamo Fortun.

—Y cuanto habrás padecido esta noche!

Fortun exhaló un suspiro.

—Ah! bien lo sabe Dios; me ahoga la humedad, y estas cadenas tan prietas me martirizan.

—Si? te martirizan mucho? Albacir, afloja las cadenas.

El cristiano se admiró de nuevo al oir la órden de Zahra; pero especialmente los moros; aquellos hombres feroces y sanguinarios que no habiendo libado jamás la caridad, no habian libado tampoco los placeres que ella proporciona; esos placeres sublimes y superiores á cuantos el hombre puede gozar en la tierra; esos placeres que son una fruicion de los que nos estan reservados en el cielo.

Semejantes al ciego del nacimiento que no conoce el sol, que no conoce la naturaleza y no cree por lo tanto que se puede gozar en sus delicias; privados de caridad aquellos brutos no alcanzaban tampoco las bellezas de esta virtud; no concebian que el hombre halle placer en socorrer á otro hombre; y al observar á Zahra siempre socorriendo al desgraciado, siempre lavando las lágrimas del afligido, como ahora la vemos; no encontraban una esplicacion que darse de tales acciones.

—Quiéres que te bajen una cama para que descanses? preguntó la Princesa al cautivo.

—Una cama... respondió el cautivo sonriéndose con amargura, pronto encontraré una eterna; la del sepulcro.

Zahra calló comprimida; luego prosiguió:

—Mira cristiano, si te echas á los piés del Walí, tal vez...

Zahra tocó sin saberlo lo mas vivo de la úlcera; tocó el honor de un guerrero cristiano; asi es que Fortun, animado por un fuego interior, se incorporó repentinamente, á cuyo movimiento crujen sus cadenas, cruje su armadura, y sacudiendo la cabellera, grita con ojos llenos de vida:

—Yo echarme á los piés del Walí que me ha aprisionado... el hijo de Hernan á los piés de un moro... ah! no padre, no temas; bajaré á la tumba... pero sin manchar tu nombre...

Zahra radiante de alegria, exclamó antes de que Fortun acabara de hablar:

—Hernan has dicho?... tú eres hijo de Hernan?

Fortun la miró estupefacto.

—Señora; y por qué os admirais? repuso luego: conoceis acaso á mi padre?

—Fortun, ya estas perdonado, y el perdon no se lo debes á ningun moro. Hernan te salva; yo misma voy á interesarme por tí con el Emir; pronto estarás en libertad.

—Señora, vos os interesais por mi? vos que segun vuestro séquito sois la Princesa del castillo, en cuyas aras voy á ser sacrificado, implorais mi libertad? Señora, vos sois mi ángel, sois mi diosa...

Mientras Fortun pronunciaba las últimas palabras hizo una señal Zahra al albacir y se retiraron: al llegar á la puerta del calabozo se arregló aquella con gracia el manto que se deslizaba de los hombros; y protegida por este movimiento dirigió á Fortun una mirada furtiva sin que pudiera ser observada ni de las guardias, ni de su ayo.

La mirada de la mora chocó con otra mirada del cristiano.

Como la luz faltó de repente, como el calabozo volvio á su

antiguo silencio; como las escenas que acababan de suceder eran tan estraordinarias; Fortun creyó que despertaba de un sueño, y hubiera continuado en semejante engaño á no sacarlo de él, el ruido monótono de las pisadas de los alfaraces que se alejaban los últimos.

Durante este tiempo se paseaba Alí en la plaza de los baños acompañado de varios generales.

Todo sonreia á sus ojos; por la contramuralla asomaba la gran hacina de leña donde se iba á quemar el holocausto ofrecido en venganza de su padre; la hermosa Zahra, cuya fama se estendia á lejanos paises; pronto iba á ser su esposa; matrimonio que sobre colmar de amor su corazon, le hacia tambien heredero de Cervera, de su castillo y del título de Emir ó soberano. Hasta la belleza del dia le incitaba á multiplicar sus rosadas ilusienes: los árboles brindaban con sus frondosas copas; las flores desplegaban sus matizadas corolas; el céfiro de la mañana agitaba las banderolas de los baños: y entre tantas delicias es donde Alí se pasea, orgulloso como vencedor, satisfecho como enamorado correspondido, y agradablemente adulado por los cumplimientos de sus amigos é inferiores.

Pero sigamos á Zahra que ha llegado á la cámara del Emir.

Sosteniendo el manto que ondula á sus espaldas como las alas de un pichon, se abraza á su padre y besándole la mano esclama agitada:

—Padre, ahora si que puedo rogaros por el cautivo con descaro; vos mismo le vais á perdonar sin que yo os lo suplique.

—Yo?

—Vos que sois generoso y reconocido.

—Dotes son esas en verdad que adornan mi corazon, y que me complace mi hija porque tambien el suyo adornan.

—Pues estas dotes, oh padre; relevantes virtudes que vuestro corazon adornan; á vuestro corazon imponen ahora el deber de cumplir como obligacion, lo que no hace mucho os pedia como favor vuestra hija.

—No te entiendo, princesa querida.

—Os hablaré con claridad, padre mio.

—Si hija; porque un rayo de alegria baña tu rostro, y lo hermosea, como á las flores el sol de Mayo.

—Es la hermosura que siempre lleva consigo una buena accion.

—¿Y qué buena accion es esa?

—La de cumplir con un deber.

—Tengo yo por ventura algun deber que cumplir?

—Escuchadme padre.

—Habla princesa querida; habla, hija de mi alma.

—Si al Emir de Cervera, le hubiera dispensado un favor un cierto hombre, y ese cierto hombre le pidiera despues al Emir de Cervera el mismo favor que él le dispensó, se lo concederia el Emir?

—Asi lo ordena el Coran.

—Y la nobleza de vuestro corazon.

—Bien mi corazon conoces, hija mia.

—Pues si á ese corazon noble, noble y generoso, le hubiera salvado un cristiano la vida, allá... en sangrienta batalla, le quitariais vos la vida á ese cristiano?

—¡Oh... qué dices hija mia; exclamó el Emir en estremo agitado.

—Que no podeis matar al cristiano que teneis preso en el calabozo del castillo, sin faltar á ese deber.

—Pues quién es ese cristiano? gritó el Emir fuera de sí por los presentimientos que lo agitaban.

—Es el hijo de Hernan; respondió Zahra con dulce, simpática voz.

—De Hernan, tornó á gritar el Emir enajenado.

—De Hernan; repitió Zahra con graciosa intencion; del noble anciano que os libró la vida, cuando impune os la podia quitar; del que os alargó su mano, cuando os hallabais caido bajo vuestro caballo.

El Emir escondió su rostro entre las manos en ademan pensativo.

Zahra lo miraba con angelical sonrisa.

Luego dijo el Emir levantando su venerable frente.

—Pero es el mismo Hernan?...

—No queda duda, su hijo es tan noble como él.

Abu-Alhama pegó con el martillo en el muelle, á cuyo sonido se presentó un ayuda de cámara.

—Di al albacir que quite las cadenas al cautivo y que lo presente aquí.

El ayuda de cámara inclinó la cabeza y se retiró.

—Padre, le perdonareis ahora? preguntó Zahra sonriendose.

—Ah! si hija mia: es un deber en todo noble, y yo lo miro como una obligacion sagrada, corresponder al beneficio tan grande que me dispensó Hernan; hija mia.

Y la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

—Nunca lo olvidaré; oprimido por el peso de mi mismo caballo, alzada contra mi la tizona de su escudero, hubiera muerto sin remedio si no se interpone aquella mano tan generosa: ¿y qué hubiera sido de tí entonces?

A medida que hablaba apretaba cada vez mas á su hija.

—Tenias cuatro años; eras un débil pimpollo sin desarrollar, y sin un padre tierno que velara tu cuna, hoy serias víctima ó de la muerte ó del infortunio. Hernan me salvó la vida, y salvándome la vida él, me ha conservado mi hija que labra mi felicidad.

Y anegado en cariño levantó el turbante de Zahra é imprimió un beso en su frente:

—Qué no haria yo por Hernan? prosiguió luego.

—Salvar á su hijo, respondió Zahra sonriendo. Hernan amará á Fortun tanto como vos me amais á mí; y guardando á este la vida haceis el mayor beneficio al hijo y al padre.

Al llegar aqui fué interrumpida la conversacion entre el Emir y la Princesa, por las pisadas que se comenzaron á oir en las escaleras.

El primero se manifestó impaciente por ver al hijo de su bienhechor, á quien jamás habia olvidado, y la segunda, sentada junto á su padre, se replegó el manto con donaire, se arregló

el turbante, y por vez primera bajó los ojos al recibir un hombre.

Pasado un segundo, se presentó en la cámara del Emir el prisionero, acompañado de Als-far, del Albacir y de cuatro alfaraces, los cuales quedaron en la antecámara.

Al pisar Fortun la habitacion real, dirigió á la Princesa su primera mirada, y á la luz del dia vió reunidas en una mujer, aquellas formas perfectas, que pocos momentos antes creyó delirios de su maginacion acalorada.

Zahra y su padre reconocieron tambien en Fortun un mancebo gallardo.

Jóven de veinte y cuatro años; de dulce fisonomia, y bien plantado, rechinaba á sus movimientos la armadura de acero que le cubria el cuerpo; y el triple penacho de su capellina sobresalia entre los turbantes escachados que le rodeaban, como las copas de los granados y de las higueras sobre las simétricas almenas de las murallas del castillo.

Acogida la Princesa junto á su padre, permanecia en silencio: el ténue rosado de sus mejillas se habia convertido en subido carmin; y su corazon palpitante esperimentaba un sentimiento que hasta entonces le habia sido desconocido.

Tambien el Emir se hallaba agitado; tambien hubiera deseado alargarle desde luego la mano; porque en el pecho de Als-jerib ocupaba el primer lugar el agradecimiento; pero maestro por su edad en la escuela de la esperiencia, conoció que podia engañarse; y antes de abrir su alma á la gratitud, quiso convencerse bien si Fortun era efectivamente hijo del Hernan que á él le habia salvado. Con tal objeto hizo una señal á las guardias, y estas se retiraron.

Cuando hubieron quedado solos en la cámara él, su hija y el cristiano, le dijo con suave modulacion:

—Cristiano; he oido que eres hijo de Hernan?

—Así es en efecto; respondió el cristiano.

Pero ese Hernan es un valiente soldado que mandaba un escuadron tan bravo como él?

—Mi padre siempre fué valiente.

—Cual era la divisa de su escuadron?

—Aqui la teneis; respondió Fortun llevándose la mano á la cota; una cruz sobre un sol, grabados en el pecho.

—La misma! dijo el Emir con alegria; la tengo muy presente.

—Tu padre es alto, arrogante...

—Pues, de rostro dulce, de mirada espresiva...

—Dime Fortun, lo interrumpió el Emir, como si una idea nueva asomara á su mente; se halló tu padre en una batalla que se dió hace catorce años en las faldas del Moncayo?

—Si señor, cuando los cristianos trataron de tomar este castillo al que no pudieron acercarse. Entonces era yo niño y ya marchaba junto á él.

—Tú eres! exclamó el Emir rebosando placer sin que acabara de hablar Fortun; tú eres el hijo de mi bienhechor... y alargándole la mano prosiguió con regocijo; permíteme oh jóven estrechar tu mano ya que no pueda hacerlo al valiente Hernan. Oye Furtun; en singular batalla con tu padre, fuí vencido en la refriega que hemos mencionado; un escudero levantó contra mi su tizona, y hubiera descargado el golpe mortal, si la mano de Hernan no se hubiera puesto por medio.

Y apretaba cada vez mas la de Fortun.

—«Ve, dijo en seguida á su escudero; la accion reclama nuestros brazos en otra parte; no hemos venido aquí á asesinar árabes si es á defender nuestra religion» y ayudándome á levantar, añadió: «busca moro otro caballo, y medirás tu alfange con mi espada.» Oh jóven, esa es una accion tan grande que jamás ha podido borrarse de mi memoria. Hernan dió entonces pruebas de ser soldado intrépido, noble caballero, y hombre caritativo. Desde aquel dia he deseado aunque en vano manifestarle mi agradecimiento; pero hoy felizmente puedo hacerle ver en su hijo, que Abu-Alhama no olvida un beneficio, que Abu-Alhama es tan generoso como él. Fortun, ya eres libre.

—Oh Emir, pronunció Fortun rindiendo una rodilla, á cuyo movimiento crugieron sus armas, y onduló su penacho. Grande es en verdad la nobleza que abriga vuestro pecho cuando despues

de catorce años conservais presente el favor que os dispensó un soldado.

—Alza Fortun. Tambien el corazon de un moro tiene virtudes.

En este mútuo reconocimiento entre Abu-Alhama y Fortun: en esta recíproca congratulacion, no era Zahra la que menos gozaba, pero gozaba callando y con los ojos fijos en el suelo.

—Sí; prosiguió el Emir llevándose la mano al pecho con dignidad; estoy satisfecho por haber usado un proceder generoso; por haber cumplido con el deber que me ligaba á un cristiano; pero esa satisfaccion, oh Fortun, la debo á mi hija; y la miró con dulzura mientras le tendia el brazo derecho por los hombros.

Zahra levantó cándidamente su rostro de púrpura.

—No queda duda, continuó el Emir con emocion; si mi hija guiada de su caridad no hubiera abandonado su cámara de oro para penetrar como tiene de costumbre en las cavernas del castillo, en busca del desgraciado; ni Abu-Alhama conoceria al hijo de Hernan, ni el hijo de Hernan disfrutara ya de libertad. Ella te ha dado la vida Fortun, en prueba de reconocimiento bésale la mano.

Fortun se prestó gustoso á semejante muestra de sumision, y no bien habia doblado una rodilla delante de ella, cuando Zahra le presentó su mano blanca y lustrosa. Fortun la apretó acercándola á sus lábios, y este beso fué un beso eléctrico que conmovió los corazones de ambos.

—Mucho gusto tendria, oh joven, dijo el Emir; en que vivieras con nosotros; te nombraria teniente del Walí y serias honrado de todos, pero en mi castillo no puede permanecer ningun cristiano; hazte musulman y habitarás en nuestra compañia.

—Hazte musulman, y vive con nosotros; murmuró Zahra con dulce voz: nó lo oyes? el Emir te lo ofrece.

Fortun palideció, y calló un momento.

...Duda el hijo de Hernan? sucumbe Fortun ante la hermosura de una mora? vende su religion por una muger...?

No, no es posible: al lanzarse á la guerra empuñó la espada

jurando por su Dios morir en defensa del cristianismo; y un guerrero cristiano no es perjuro: pero la voz de Zahra, es la voz del Satanás que se reviste de tan bellos atractivos para infiltrarse en lo mas profundo de las arterias de Fortun, y turbarle la razon.

—Qué dices? preguntó el Emir observando su silencio.

—Dadme tiempo para pensarlo.

Fortun habia concebido un proyecto.

—Bien, te doy seis dias.

—Piénsalo pronto, añadió Zahra mirándolo con tierna sonrisa.

Esta palabra, esta mirada, esta sonrisa fueron otro cañonazo disparado por Satanás contra el cristiano.

—En el entretanto, prosiguió el Emir; voy á publicar una orden mandando que te se tributen los honores de capitan, que te se dé habitacion en la plaza, y que te se devuelva la espada que cuelga como trofeo en la sala de armas.

Pasado un corto rato de conversacion indiferente, hizo Fortun una elegante cortesía, y salió de la cámara del Emir.

Zahra besó la megilla de su padre y se subió contenta á su estrado, agitando en su paso el manto azul, como una tórtola agita sus alas al remontarse á su nido.

CAPITULO V.

EL ENCUENTRO.

La mañana siguiente al dia en que se perdonó al cristiano, abandonó Zahra el lecho antes de lo que tenia por costumbre, y agitada por las palpitaciones que conmovian su pecho, salió á la ventana á disfrutar los encantos de una mañana de primavera.

Serian sobre las tres, y la Naturaleza aun dormia: el ruido de la banderola que tremolaba sobre la torre; las sombras que proyectaban los montes; las flores que se desplegaban en los jardines del castillo; todo contribuia á amenizar las bellas imágenes que surcaban la fantasia de Zahra: imágenes mas dulces, mas espresivas, mas animadas que las que en otro tiempo se formaba; y aunque la hija del Emir no conocia todavia ese fuego vital tan activo que daba dulzura, espresion, animacion á sus ensueños, le agradaban sobremanera, y arrullada por las brisas del Alhama que oreaban su rostro, se adormecia con ellas.

En tan mágicos letargos se deslizaron algunas horas para la Princesa, mientras observaba distraida las diferentes gradaciones que el dia presentaba al desarrollarse.

Una palidez blanca se apoderó del cielo, y el silencio de la tierra parece que se aumentó en aquel instante. A esta palidez suceden mil aguadas de púrpura que tiñen los aires; y la tímida golondrina despliega su canto sobre las almenas de las murallas.

Un rayo de sol oscurece tales prodigios, y la Naturaleza despierta de repente.

El eco de los atabales retumba en el castillo, á cuyo sonido sigue inmediatamente el ruido de las armas y el clamoreo de los musulmanes.

Zahra cierra las ventanas de su cámara.

Ha visto nacer un dia en el Universo; pero tierna niña no conoce que en su corazon está naciendo otro dia, el dia del amor: plácido, sereno, atractivo en el alba; hermoso y radiante en la aurora; su sol es terrible, abrasador; y cuando brilla el primer rayo... ay! ya es tarde, ya no hay remedio, tenemos que sufrir sus encendidos ardores, porque el sol jamás retrocede en su carrera.

La Princesa entraba hoy en el crepúsculo de un nuevo dia, y todo crepúsculo siempre es templado; jóven mariposa volaba en torno de una luz que la embriagaba; pero no sabia que e foco de aquella luz divina, causaba la muerte, y por lo tanto no pensaba en evitar sus estragos.

Habian trascurrido algunas horas; la fuerza militar del castillo se hallaba formada en la plaza y Alí á su cabeza, cuando Zahra acompañada de su ayo Als-far, se dirigia á tomar los baños: al ver á la Princesa el ejército, la victoreó gozoso, y ella respondió con una de aquellas sonrisas de ángel que tan peculiar le era, y con la que atravesaba el corazon del hombre.

El paseo que conduce desde la puerta oriental de la plaza fuerte al baño de la Princesa, estaba recientemente regado; y las flores de las dos espalderas que la formaban, despedian gota á gota, á manera de perlas, el rocio que habian aspirado sus corolas.

Al cruzar Zahra por esta calle de arena, rielaba el sol en el

oro de su capellar, y reflejaba en el turbante blanco y en su media luna de plata.

Seis negros eunucos la esperaban en el jadin del baño, y la Princesa penetró por las cortinas de la tienda.

Concluido el baño, y despues de haberse perfumado las manos y la cabellera con ungüento de nardo; quiso dar un paseo solitario, para lo cual eligió el juego de la ballesta.

Era entonces el juego de la ballesta una plaza cubierta de yerba y rodeada de murallas, desde cuyas almenas se descubria un panorama encantador.

Montes, valles, rios, cielo, nubes, con distintos colores, con distintos perfiles, con murmurios distintos, era lo que á la vista se presentaba.

Zahra, cuyo virginal corazon sentia la poseia, aunque de poesia nadie le habia hablado en el mundo; Zahra, que sin ella misma advertirlo, se doblegaba á las bellezas de la Naturaleza, como una flor se doblega hácia las cristalinas aguas de la fuente; como el alma de una vírgen cristiana hácia los divinos perfumes de la virtud; Zahra, la simpática Zahra solia todas las mañanas retirarse despues del baño á pasar un momento en la plaza de la ballesta; y cuentan los pergaminos que esta historia conservaron oculta largo tiempo; que cuando su padre, el cariñoso Emir le preguntaba:

—Hija mia, querida hija mia; por que muestras tanto empeño en retirarte á la plaza de la ballesta?

Zahra le respondia:

—Porque allá gozo, padre, delicias que en ninguna otra parte gozar puedo; porque grande placer hallo en pisar la blanda yerba que aquel suelo entapiza; en mirar las cumbres de los montes que el horizonte festonan, y en oir ese ruido profundo que nace en el seno de los valles.

Dicen tambien, que cuando su hija así hablaba; el Emir añadia:

—Hija mia, hija de mi alma; pocas son las mujeres, que como tú se encuentran en el imperio de Abderramen, ni en el

Califato de Damasco; doncella tan pura, hija mia, mucho me temo que pronto el Profeta se la lleve hácia sí.

Y al hablar de esta manera el Emir, se conmovia; pero Zahra entonces abrazaba á su padre; le besaba la frente con la dulce sonrisa de los ángeles en los labios, y batiendo su manto, como la tórtola sus alas, como sus largas y flotantes plumas el ave del Paraiso, se marchaba á engolfarse en sus placeres.

La mañana á que nos referimos, se dirijia como de costumbre á la plaza de la ballesta; pero no cual otras veces su imaginacion vagaba libre por do quiera; aquella mañana Zahra iba triste, pensativa; y no pensaba en verdad ni en el canto de los pájaros, ni en la frondosidad de los valles, ni en el perfil de las nubes; la agitacion que en su estrado habia sentido la noche anterior, la subyugaba aun; una imagen con formas conocidas arrobaba su mente, y un sentimiento dulce, de incompresible origen, de esencia inesplicable, nacia de su pecho, y volaba hácia aquella imagen que su mente atraia.

El silencio que en la plaza de la ballesta reinaba era misterioso; la salvia y los tomillos perfumaban el ambiente; y el sol bañaba con sus rayos de oro el suelo donde la salvia y los tomillos nacian.

Todo era adulador en aquel recinto.

Cuando Zahra dobló la esquina de un bastion para sentarse en la banqueta de las almenas, dió un paso atrás asustada, comprimió cautelosa un grito que fue á exhalar su pecho, y fijó los ojos en el suelo.

¿Qué ha visto Zahra, que de tal manera se sorprende?

¡Qué niña tan feliz! La primera ilusion realizada.

Se encontró frente á frente con aquella imagen seductora, que durante el paseo se agitaba en su espíritu.

Pero aquella imagen, que en *imagen* le agradaba, le asusta en realidad; y Zahra tiembla; tiembla; porque se encuentra ante el primer hombre, en quien pensó su alma.

Con efecto; el prisionero cristiano, que amaba las bellezas, y que ocupacion alguna no tenia en que emplear el tiempo, se

habia retirado á aquel solitario recinto; y en tan agradable paraje veia deslizarse las horas una á una.

Si Zahra al encontrarse con Fortun, quedó asustada; al encontrarse Fortun con Zahra quedó temblando.

¡Qué cosa tan estraña! Zahra ostentaba la media luna en el turbante; Fortun llevaba la cruz bordada en el pecho; y la cruz y la media luna, parece que en aquella ocasion, no se presentaron reñidas.

Antes al contrario; de la frente, que la media luna ostentaba, nació un grato pensamiento hácia el cristiano; del pecho que la cruz sostenia, brotó una dulce afeccion hácia la mora: y si pensamiento y afeccion permanecieron sepultados en su fuente misma; fué porque aquellas fuentes las comprimió el decoro de la juventud.

—Noble Princesa, sentaos; dijo á luego Fortun con galanteria, levantándose de la banqueta y saliendo del bastion.

—No cristiano; respondió Zahra con dulzura; pero encarnada como la púrpura tres veces teñida en tiro: te ruego que vuelvas á sentarte, y que me dispenses si te he interrumpido; está tan bello este sitio...

—Por eso, vos Princesa, que toda sois belleza, debeis sentaros aquí.

—Mucho gusto tengo en ello, cristiano; todos los dias paseo por este retiro; las murallas, las flores y los tomillos que aqui nacen, me conocen ya.

—Por lo mismo señora, no quiero yo privar á la salvia ni á los tomillos de su hermosa compañera.

—Si, soy su compañera: dijo Zahra sonriendo: ellos me embalsaman con sus aromas.

—Y vos abrís sus flores con vuestro aliento; respondió Fortun tambien sonriendo.

—Qué galante eres cristiano.

—Princesa, si cuando vos estais junto á los tomillos que este suelo bordan, aspirais sus aromas; cuando yo estoy junto á vos, aspiro la galanteria que vuestros ojos despiden.

Zahra se sonrió con inocencia.

—Pero no quiero distraeros mas tiempo; repuso Fortun con dignidad: sentaos Princesa.

E hizo ademan de marcharse.

—Me sentaré cristiano; repuso la mora: porque todos los dias de primavera me siento aqui á esta hora; pero porque yo me siente, no sé que haya necesidad de que te retires tú, si placer tienes en seguir á mi lado.

—Nunca en tal honor soñara. Si permanecer á vuestro lado me permitís, Princesa; tened la bondad de sentaros vos antes; deseaba con anhelo hablaros.

—A mí? preguntó Zahra sorprendida.

—A vos, señora; respondió Fortun con respeto.

Zahra se sentó en la banqueta de una muralla.

Fortun se sentó en la banqueta de otra.

Como el bastion era triangular, Fortun y Zahra estaban el uno frente al otro.

Como las murallas que formaban aquel triangulo se hallaban muy próximas, los crespones y gasas que adornaban á Zahra, rozaban las rodillas de Fortun.

La mora estaba hermosa, radiante, pura; el cristiano grave, algun tanto sobrecojido; pero simpático; pero atractivo.

El cristiano y la mora se miraban; el cristiano y la mora bajaban los ojos asustados cuando sus miradas se encontraban.

Los dos deseaban hablar; y sin embargo, los dos callaban.

¡Oh juventud... que bella eres, cuando el pudor contiene tus estravios...?

El silencio que aquel retiro velaba, era misterioso; la calma apacible; solo se oia el piar de la golondrina, que en raudo vuelo surcaba los aires; y el plácido trinar del jilguero, que jugueteaba en las almenas de las vecinas murallas.

—Has dicho cristiano que deseabas hablarme?

—Si en verdad; respondió el cristiano: iba para ello á pedir permiso al Emir, porque nunca creí que tan facil me fuera hablar á la Princesa de este castillo.

—La Princesa de este castillo es un pájaro enjaulado, que por jaula tiene el castillo en que me ves; nunca he pisado los montes vecinos, que tanto me agradan por su verdor; ni permiso para ello me daría el Emir; aunque al Emir mi padre se lo pidiera: pero dentro del castillo, en horas y en lugares disfruto completa libertad.

—Estraño es á fé mia lo que os sucede.

—Qué tenias que decirme cristiano?

—Princesa... respondió el cristiano revistiendo sus facciones de natural majestad; tengo que deciros lo que toda persona reconocida anhela decir á su salvadora.

—No te entiendo.

—Lo creo; porque la virtud de tan sublime esencia es, que entender no quiere, lo que á la virtud abona. Si un mancebo gimiera en lóbrega prision; si la cuchilla del verdugo se afilara para matar aquel mancebo; y una vírgen bajase á su mazmorra y le salvara la vida; responded vos misma, Princesa; que deberia hacer aquel mancebo con la vírgen que lo salvó?... hincarse de rodillas ante ella, y besar el suelo donde la vírgen pisara.

Enajenado Fortun, fue á arrodillarse á los piés de Zahra; pero Zahra lo contuvo, aplicándole las dos manos al pecho; y levantándose asustada, le dijo con el rostro encarnado de rubor:

—Nunca tal cosa ante mí hagas cristiano, eres noble, y ante nadie debe arrodillarse un noble.

—Oh si, Princesa; dijo el cristiano conmovido; noble é hidalgo soy; valiente y noble es mi padre; en fuertes castillos se meció mi cuna; cien y cien vasallos esperaban mis ordenes, é intrépidos escuadrones he mandado en el campo del honor; pero todo esto que ois, Princesa, está mas allá de esas murallas: aquí soy un prisionero á quien iban á ahorcar, y á quien vos salvasteis la vida; aqui soy vuestro esclavo.

—No hables así; exclamo Zahra.

—Ni mas ni menos, señora.

—Nunca tal cosa pienses.

—Yo os juro Princesa, por la cruz que ostenta mi pecho; que

este favor y la imagen de la vírgen que lo dispensó, nunca se borrarán de mi alma.

Y con entusiasmo se llevó la mano á la cruz que ostentaba bordada en la ropa.

—Ah! esa es la cruz? preguntó Zahra acercándose á ella con interés.

—No la conoceis Princesa? dijo Fortun.

—No la conozco; respondió la mora: he oido hablar muchas veces de ella; pero como tú eres el primer cristiano que han visto mis ojos; esta es la primera cruz que veo; y deseos que tenia de verla; porque cosas muy estrañas me han contado de ella mis ayos.

—Que os han contado vuestros ayos de la cruz?

—Las hazañas de que los cristianos sois capaces, si por enseña la llevais. Aquí, cuando entre estas murallas, de donde nunca he salido, entretenian mi infancia con injeniosas consejas; me decian que mas facil era vencer á cien cristianos sin cruz, que á diez, cuando la bandera de la cruz enarbolaban: me decian tambien que por ella sacrificabais vuestros gustos, vuestras mas fuertes pasiones; y que un buen cristiano faltaria antes á su amor, por acendrado que fuese, que á los preceptos que le impone la cruz.

—Y no mentian! exclamó con melancólico acento Fortun: un cristiano, un buen cristiano, un cristiano noble, debe matar su pasion, debe sacrificar su amor ante las aras de la cruz; y el guerrero que al empuñar la espada, juró por la cruz perderlo todo antes que faltar á su religion; todo debe perderlo antes que ser infiel á su juramento.

—Te agitas demasiado cristiano? le pregunto la Princesa mirándolo al rostro.

—Ah Princesa... Princesa... exclamó Fortun con acento mas marcado de melancolía; es tan amargo á las veces cumplir un juramento...

—No entiendo lo que dices, cristiano.

—Cuesta tan caro el honor...

—Por él, segun me ha dicho el Emir, hay muchas veces que esponer la vida.

—La vida...! la vida es lo que menos importa, Princesa; cuando la vida solo tenia que esponer para salvar mi honor; cuando la vida tenia yo que sacrificar para conservarlo puro, era feliz; porque si moria, moria cumpliendo mi deber, y si vivia, mi vida estaba resplandeciente. Entonces yo ansiaba luchas, porque de cada lucha arrancaba una palma para mi frente, y me reia de aquellas... porque mi escudo, mi lanza y mi corcel, siempre de ellas, por reñidas que fueran, me sacaban victorioso. Pero en la terrible lucha, Princesa, en que hoy me encuentro sumerjido; ni tengo fuerzas para resistirla, ni corcel, ni lanza, ni escudo que de sus crudos embates me defiendan.

—Qué lucha tan terrible es esa en que hoy te encuentras? preguntó Zahra con candor.

—Permitidme, Princesa, que la sepulte en el silencio.

—Es la lucha que nace entre la esperanza de vivir tranquilo y respetado; y el temor que asaltarte puede, de que estos feroces musulmanes se subleven un dia contra tí?

—No en verdad; he dicho que la vida es el bien que menos aprecio.

—Es acaso la lucha que produce la obligacion, que la gratitud crees tú que te impone de vivir entre estas murallas, y el deseo tal vez de marchar en busca de tu patria?

—Tampoco Princesa, porque si ese deseo á mi alma agitara; creo que la virgen divina, que las puertas del calabozo me abrió, sin yo nada pedirle; me abriria tambien las puertas de su castillo. si yo se lo pidiera.

—Y crees bien; respondió Zahra con tristeza; te las abriria... no te abriria, te abriré cuando quieras las puertas de esta alcazaba; y escoltas te daré para que salvo te pongan en tu tierra: hace muchos dias que en esta alcazaba estás, y anhelarás volver á tu pais...

—En todo caso, á los brazos cariñosos de mi madre.

—Ah... tienes madre... ¡qué feliz eres...!

Al exclamar así la Princesa, se cubrieron de lágrimas sus negros ojos.

—Tengo madre; tengo una madre cariñosa que me ama con frenesí; y que en este momento estará llorando la muerte de su querido hijo.

—Pues márchate cuanto antes; mi mano abrirá las puertas de la alcazaba; vé á abrazar á tu madre, vé á enjugar sus lágrimas; nadie tiene en el mundo derecho sobre un hijo, sino su madre.

—Princesa... exclamó el cristiano conmovido al escucharla.

—Es esa la lucha que te agita? exclamó Zahra con aire bien marcado de melancolía.

—Mas parecida es á esa que á alguna otra; pero tampoco es esa.

—Pues por qué no me la dices? ¿no te inspiro confianza? ¿quién sabe? acaso en tus cuitas pueda yo favorecerte.

—Solo favorecerme puede en ellas el cielo; y son de tal naturaleza, Princesa; tanto aflijen mi pobre corazon; que á la persona á quien mas debo en el mundo, á la persona que en el mundo mas venero, cual sois vos, es cabalmente á quien menos confiárselas puedo.

Zahra se le quedó mirando con inocencia.

—No me comprendeis, verdad? preguntó Fortun.

—No te comprendo.

—Lo creo; bella flor, que solo entre estas murallas habeis exhalado vuestros perfumes; cándida paloma que en estas fuentes solo habeis bebido el agua, agua pura, sin ponzoña alguna, no podeis comprender lo que os he dicho; tampoco yo comprendia esto mismo, cuando tan jóven y tan inocente como vos era; pero mi madre me dijo que estas comprensiones estaban cerradas en los pliegues de nuestro corazon; y con un cuento que mi madre me contó, abrió los pliegues de mi corazon sencillo: ¿quereis Princesa que con ese cuento, del vuestro abra yo los pliegues?

—Ah si...! exclamó Zahra con angelical alegria; soy muy aficionada á los cuentos, y el que tú me ofreces, debe ser muy

interesante, porque grandes secretos me vas á descubrir sin duda en él.

—Mirad Princesa que es un cuento de corazon y que los cuentos de corazon hacen llorar.

—Lloraste tú cuando tu madre te lo contó?

—Y acaso vos lloreis tambien, angelical Princesa, cuando de mis lábios lo hayais escuchado.

—Tal vez no; comienza, que tengo deseos de oirlo.

—Es muy duro; me lo contaba mi madre para enseñarme á sacrificar la dicha por conservar mi honor ileso.

—Oh!... su objeto es muy importante; comienza cristiano el cuento que te contaba tu madre.

Iba Fortun á dar principio á su narracion, cuando sonó un clarin; y Zahra esclamó levantándose algun tanto agitada:

—Esta es la hora en que el Emir ha acabado la ablucion, y sube á mi cámara á imprimir un beso en mi frente: me marcho, cristiano; no faltes esta noche á cumplir tu promesa.

—A qué hora vendreis Princesa?

—Cuando la luna asome en el horizonte.

—A Dios, Princesa.

—Alá te guarde, cristiano.

—Zahra con su manto azul desapareció flexible entre los tomillos, cual una mariposa entre las flores del jardin.

Fortun la miraba enagenado, y cuando la perdió de vista, dejó caer la cabeza entre las manos, y permaneció largos instantes contemplando la banqueta en que Zahra habia estado sentada.

La noche seguia encantadora.

CAPITULO VI.

—

QUEJAS Y FLORES.

La segunda oracion de la mañana habia concluido.

El Emir se encontraba en su cámara halagado por los voluptuosos placeres que las delicias forman de los príncipes musulmanes; pero en uno de esos momentos, para él de sublime encanto; en uno de esos momentos en que se entregaba á acariciar á su hija, á la hermosa, á la simpática Zahra.

Ningun lugar tan apropósito para que dos almas tiernas se perdiesen en su amor, como la cámara del Emir en aquel instante.

Las ventanas entornadas hacian que el sol bañase con pálido fulgor los tapices y las columnas que á los tapices sostenian; los pebeteros exhalaban mangas de perfumado humo, y el silencio presentaba mas agradable la oscuridad y los perfumes.

Sentado en dos cogines de púrpura con borlones de oro, estaba el Emir.

Tendida con seductor descuido sobre ricas alfombras, y reclinada la frente en el regazo del Emir, estaba Zahra.

El padre jugueteaba con los sedosos cabellos de su hija; y la hija dirigia dulces miradas de singular ternura á su padre.

Por el suelo se veia tirada una pipa, que sin duda habia saboreado en sus lábios el Emir.

Tambien macetas de flores se descubrian junto á Zahra, como si en la mano poco rato hiciera que las habia tenido.

Pero ni de la pipa se cuidaba el Emir, ni de las flores Zahra se cuidaba; que aromas mas dulces que el de la pipa y las flores absorbian sus corazones; porque el divino aroma del cariño paternal absorbian los dos.

—Qué hermosa estás, hija idolatrada; le decia el Emir.

Y besaba su frente.

Y Zahra miraba á su padre y se sonreia al recibir su beso.

—Si un dia me faltara mi hija, aquel dia seria el último de mi vida.

—Es verdad, padre?

—Ah... es verdad, hija mia.

—Mas que nunca me alegro ahora de oiros hablar asi.

—¿Por qué, hija mia? embeleso de mi corazon, por qué?

—Porque nunca os he amado tanto como ahora os amo.

—Incauta mariposa, que hácia la luz del amor caminas ciega; amas á tu padre ó amas al amor?

—Amo á mi padre, que es el único objeto á quien amar puedo yo.

—Con descanso, hija mia.

—No entiendo vuestro lenguaje hoy, padre.

—Y plugiera á Alá que nunca lo entendieras, pero detras de la dulce primavera viene el sofocante estio; y las flores que en la primavera frescas exhalaron sus perfumes, se marchitan y se deshojan en el estio; y se caen y se abrasan, hija mia! ¿dónde estan las rosas de tus mejillas, se han marchitado ya? y la dulce sonrisa de tus labios ¿donde se fué?

—Tambien ahora sonrio.

—Es verdad; con la sonrisa de la melancolía. Zahra, querida Zahra, soy tu padre; ¿hay en el mundo padre que quiera á su hija mas que yo te quiero á tí?

—Es imposible.

—Pues por qué no descansa tu corazon en el corazon de tu padre? ¿por qué cuando suspiras no me dices porque suspiras? sientes algun vacio en tu corazon?

—No siento nada.

Zahra fijó los ojos en el suelo.

—Es verdad; dijo el Emir, has cumplido diez y ocho años; y un corazon de diez y ocho años es un dulce misterio: nada malo hay en él; pero todo le incomoda; todo, porque todo le impide volar por ese mundo límpido de límpidas ilusiones, que solo á los diez y ocho años Alá quiso conceder. No debe hablarse mucho, hija mia, de estas ilusiones; nada, nada debe decirse á cerca de ellas, porque son tan delicadas como entre las flores la sensitiva; y si se las toca; es decir, si no se las deja perderse libres por el inmenso campo que ambicionan, vuelven lánguidas al corazon para morir en él.

—Padre...!

—Hija querida; todos hemos tenido diez y ocho años, y ¡guay de aquel que á los diez y ocho años, no haya sentido nacer de un espíritu una ilusion, y un suspiro en pos de esa ilusion no haya exhalado su pecho! ¡guay de él y que alma tan pequeña le dió el grande Alá!

Profundo silencio entre el padre y la hija se siguió á estas palabras del padre.

—Hija mia; Princesa hermosa; dame otro beso por la memoria de tu madre; dijo á luego el Emir.

El rostro seductor de Zahra se inclinó hácia tras; como la azucena cuando á recibir va el rocio de Junio; y el Emir cerrando los ojos, y fijando su espíritu en un ser que murió, aplicó sus labios á la frente de Zahra.

Nuevos instantes de silencio sucedieron á esta muestra de cariño.

Despues prosiguió Abu-Alhama:

—Zahra; hija mia querida; cada dia que pasa, encuentro tus formas mas perfectas; encuentro mas identidad en tus facciones

y las bellas facciones de mi Nocima: amas mucho la memoria de tu madre?

—¿Tanto como el nombre de mi padre.

—Pues cuando el rostro de Nocima tu madre, quieras ver, ya otras veces te lo he dicho, no tienes necesidad de evocar su sombra para que abandone la tumba, no; en los espejos de finísima plata, que adornan tu cámara, ó en las cristalinas fuentes que entre las flores de tus jardines brotan, mira tu rostro, y en tu rostro verás el de tu madre; pues quiso Alá dar tal semejanza á tu semblante, con el semblante hermoso de tu madre; que en tu semblante encuentro el cariño de una hija, y la imagen viva de una esposa idolatrada que perdí.

Iba Zahra á hablar; pero se contuvo, porque en la puerta de la cámara pegaron dos golpecitos.

—Hola! dijo el Emir.

Y la puerta de la cámara se abrió presentándose en ella un moro, que derecho, inmóvil, con los brazos caidos y la frente inclinada al suelo, parecia una estátua.

—Habla; repitió el Emir.

Entonces el moro levantó la cabeza y dijo:

—El Walí desea hablaros.

—Que pase; respondió el Emir.

El moro inclinó otra vez la frente al suelo; permaneció otra vez cuatro segundos en tan humilde postura, y andando hácia atrás para no volver la espalda al Emir, despejó la cámara sin cerrar la puerta, porque esta quedaba abierta para que entrase el Walí.

—Viene tu prometido, dijo el Emir á Zahra.

Y Zahra se sonrió; pero un suspiro tal vez involuntario, exhaló su pecho.

Por fin, Alí, el Walí de los ejércitos de Abu-Alhama, se presentó arrogante en medio de la cámara.

Abu-Alhama le hizo un saludo de cabeza; y Zahra se sonrió con dulzura al mirarlo.

Mas Alí permanecia quieto; como ofendido; como resentido;

pero armado con armas de brillante acero; pero cubierto de ricos trages recamados en oro y pedreria.

—Guay de mí! exclamó con terrible voz; ¡qué placer tan grande halla mi alma en encontraros aquí, noble princesa! la palma entre las palmas, la rosa entre las rosas; porque querellas vengo á dar á vuestro padre; querellas sobre vos y querellas sobre mí.

—Nadie querellarse puede contra el Emir; dijo este con voz majestuosa.

—Si en verdad; respondió Alí: y si permiso dais al Walí para que sus lábios hablen; de sus lábios saldrán querellas que nunca el Emir desvanecer podrá.

—En gran manera estimé oh Walí á tu padre Mahomet; muy grato es á mi ánimo el recuerdo de tus abuelos Daldad, y Almest-Abu-Daldad; muy grato es tambien á mi corazon platicar un rato contigo; y deshacer tus enojos, porque esposo serás si place á Alá de mi querida Zahra; por eso, oh Walí, no por otra cosa alguna, permiso te dá el Emir para que tus enojos ó tus querellas con toda libertad aqui depongas.

—Mis querellas depondré ante vos, y de mis cuitas haré sabedora á la Princesa; porque Zahra la bella, la princesa de este castillo, de las huries la reina, culpar puede mi amor si de apariencias juzga; y mi amor es tan limpio, como limpias están siempre las estrellas del primer cielo.

—Qué tienes que decir?

—Que vos, padre de Zahra, debeis responder á las quejas que vuestra hija me haga; porque el Emir tiene la culpa de cuanto Zahra pueda imputarme.

—De qué puede imputarte Zahra?

—¡Guay de mí! Zahra la hermosa, puede imputarme de negligencia en mi amor; y el amor arde en mi pecho como el fuego en el cráter de un volcan: si á vos os agrada oirme, noble Zahra; con gusto me explicaré.

—Siempre con gusto escuché al Walí de Abu-Alhama: dijo Zahra con cadenciosa voz.

—Y siempre con entusiasmo yo hablé á Zahra, exclamó Alí;

á Zahra, á la Princesa del castillo, á la que el pueblo compara en hermosura con los arreboles de una aurora de mayo; á la que el pueblo llama la dulce, la simpática, la hurí? pues bien; ¡Guay por el Profeta! Yo estoy comprometido para casarme con la simpática, la dulce, la bella; y gran contento, y delicia grande mi corazon recoge de este compromiso; vos lo sabeis Emir.

—Como que sin mi voluntad no hubiera existido ese compromiso.

—En gran ansia ardia mi alma de cumplir el tal compromiso, porque grandes delicias de él aguardaba; pero yo no podia cumplir el compromiso con mi corazon, porque antes tenia mi corazon que cumplir otro con el Profeta.

Abu-Alhama, Alí y Zahra inclinaron la frente con respeto al oir esta palabra.

—Mas yo no podia satisfacer el compromiso con el Profeta, sin poseer una víctima que sacrificar en sus aras, y empuñando mi alfanje, marché en busca de esa víctima. Tambien esto lo sabeis Emir?

—Tambien lo sé; respondió el Emir sonriéndose con desden.

—Con la imagen de vuestro rostro seductor, grabada en mi alma, hermosa Zahra; con un recuerdo en mi mente de aquella que hace mis encantos, oh Zahra entre las flores flor; me lancé á la pelea en la mas sangrienta batalla, á que el eco del clarin convocó jamás; y sin cuidarme yo ni de palmas ni de gloria, me olvido que soy Walí, entro cual simple, pero valiente soldado en las filas enemigas, buscando por do quiera un noble cristiano; veo un jóven gallardo, que escudo ostenta en su pecho, y parando tajos, y tajos dando á los cristianos mil, que á derecha é izquierda, cual leones rabiosos me acometen; lo sigo, lo acoso; mato su escudero, que con denuedo lo defiende, y con mi propia mano, lo hago prisionero. Mi valor alcanzó la víctima, que al Profeta habia ofrecido; esta víctima la deposité en una de las mazmorras que hay en el castillo de Abu-Alhama; voy ayer á la mazmorra á buscar la víctima que allí cerré, y no la encuentro: ¿qué habeis hecho oh Emir, de mi prisionero de guerra?

—Ponerlo en libertad.

—¡Guay de mí! exclamó el Walí furioso; yo ya lo sabia: dos dias hace que lo sabia; pero á daros mis quejas no he querido venir antes de ahora, porque ardiendo en ira, como estaba; acaso, acaso, hubiera faltado al respeto, que al Emir es debido.

—Bien has hecho Walí, en no venir entonces.

—Pero vos, Emir, no habeis hecho bien en faltarme á mí.

—Nunca el soberano puede faltar al vasallo.

—Me habeis robado un prisionero de guerra.

—En mi castillo, exclamó el Emir, desde el último esclavo hasta el Walí, hasta el Walí, lo entiendes? todos dependen de mí.

El Walí se asustó al ver al Emir tan irritado, y bajando la cabeza, dijo en tono mas humilde:

—Verdad es cuanto el Emir ha dicho; en el castillo desde el último esclavo hasta el Walí, todos dependemos del Emir; pero el Emir no ha observado sin duda que poniendo en libertad á ese perro cristiano, de perros hijo, y gefe de perros viles, ha faltado al Profeta infringiendo un capítulo del Corán.

—Qué capítulo es ese? preguntó el Emir con gravedad.

—El capitulo IX que dice: *si la suerte de las armas pusiera en tus manos los cristianos, aterra con su suplicio á sus secuaces para que escarmienten.*

—Pero el Walí no ha observado en mi entender, que ese mismo capítulo acaba diciendo: *Trátalos conforme á sus obras.* El padre de ese cristiano, me salvó la vida cuando me tenia caido debajo de su caballo; yo debo salvarle la vida á su hijo, cuando preso lo tengo en mi castillo: esto me ordena el Corán en el capítulo que has citado.

Alí hizo un movimiento de ira, y por largos instantes guardó silencio.

El Emir estaba grave; Zahra siempre dulce, reclinada en el Emir.

Alí temblaba de furor.

Por fin dijo esto suavizando con dificultad el tono de su voz:

—Y qué habrá dicho Zahra, cuando haya sabido la libertad concedida á ese cristiano?

—Zahra ha sido cabalmente quien por él ha rogado al Emir: contestó Abu-Alhama.

—Zahra? exclamó Alí dando un paso atrás.

—Zahra, que apreciar sabe el honor de su padre; respondió el Emir.

—¡Guay de mí! cuánto furor arde en mi pecho! exclamó Alí apretando los puños con ira.

—Ni agitarte debes por eso Alí; dijo Zahra con estremada dulzura; ni estrañarte debe mi procedimiento.

—Por qué nó? Princesa.

—Porque comprendes ó comprender debes mi carácter. Has olvidado Alí, que en los momentos que juntos hemos pasado entre los granados y las flores de mi castillo, mil y mil veces te he dicho que detestaba la guerra?

—No lo he olvidado ¡oh Princesa! dulces momentos eran aquellos que hoy no se reproducen.

—Porque en batallas constantemente tú, te alejas de la alcazaba.

—Me alejo de la alcazaba ¡guay de mí! porque en esta alcazaba todo es flores y paz; las flores dan aromas, delicias da la paz, pero ni las flores ni la paz dan laureles, y yo quiero laures; quiero laureles y palmas para ponerlos á los piés de la Princesa, que mas hermosa, que las hermosas hurís del Paraiso, los encantos hace de mi apasionado corazon.

—Siempre ha sido el Walí de Abu-Alhama valiente adalid, y tan apuesto mancebo como adalid valiente; dijo Zahra mirando Alí; pero guiado de tu celo hácia el Profeta, querias ahorcar un hombre en mi castillo; querias que las flores, que las fuentes de mi jardin se mancharan en sangre, y que yo no pudiera ya ver con calma ni las fuentes ni las flores de mi jardin; y como muchas veces Alí me has dicho, recuérdalo, nunca te impresionaré yo con escenas terribles; pedí al Emir mi padre por la vida de ese cristiano.

—Guay por el cristiano! exclamó Alí con mal gesto: como niña os esplicais, Princesa.

—Diez y ocho veces no mas, han visto sus ojos abrirse la corola de las flores; respondió con aplomo Abu-Alhama.

Alí continuó mirando á la Princesa.

—Pero estaba escrito por mano de Alá que ese cristiano muriera en este castillo; porque buscando yo uno noble con el fin de ahorcarlo, la casualidad, qué es la voluntad de Alá, lo puso en mi poder, allá en las aldas del Moncayo,

—Tambien por la mano de Alá estaba escrito, contestó el Emir, que ese cristiano viviera; porque la casualidad que es la voluntad de Alá, hizo que ese cristiano fuese hijo de Hernan, de Hernan, de aquel anciano que teniendo mi cuerpo bajo su cabello y mi vida en la punta de su tizona, me alargó la mano para que me levantara; si Hernan no hubiera vivido entonces, no viviria yo ahora, ni mi Zahra, mi querida Zahra, recibiria el beso cariñoso de su padre.

Y besando con delirio el rostro de su hija murmuraba:

—Bien perdonado está Fortun; si cien veces lo tuviera en mi calabozo, cien veces lo perdonaria; es hijo de Hernan...

—Fuera en buen hora noble la accion de Hernan; respondió Alí reprimiendo mal su encono; pero qué tiene que ver el padre con el hijo?

—Qué tiene que ver el padre con el hijo!... exclamó el Emir sonriendo con desden; que tiene que ver mi Zahra conmigo..! volvió á exclamar. Esa pregunta solo la hace un soltero, Alí; el hijo es el padre embellecido con las galas de la juventud; el hijo es media alma del padre; el hijo es la vida pura, la vida nueva, la vida esplendente, que alimenta y mantiene con su vigor á la vida cansada de sufrir y enervada por el tiempo, que es el padre. Si en la juventud la vida tiene un atractivo que columbramos allá, lejos de nosotros, cuyo atractivo es la esperanza; en la ancianidad tiene la vida otro atractivo que es el amor filial, atractivo poderoso no que lejos columbramos como la esperanza tal vez engañadora de la ju-

ventud, no; que sentimos desarrollarse en lo íntimo de nuestro corazon dilatándolo y llenándolo con su gozo.

—Sea en hora buena cuanto habeis hablado, oh Emir; quede en buen hora perdonado el cristiano; porque como antes dijisteis; en este castillo desde el último esclavo hasta el Walí, todos tenemos que acatar vuestra voluntad.

—Asi es en verdad, exclamó el Emir.

—Y la acatamos, respondió el Wali; pero no podeis desconocer, oh Abu-Alhama, que otorgando la libertad á ese cristiano, me habeis impedido cumplir el juramento que al Profeta presté; y habeis alejado con esto el instante para mí apetecido de unirme á vuestra hija, la hermosa Princesa del castillo de Cervera.

—Y qué importa á un guerrero, dijo el Emir con arrogancia, que el instante apetecido de su corazon se aleje, cuando ese instante acercarlo puede con los filos de su alfanje?

—Decís verdad; guay de mí! exclamó el Walí poniéndose encarnado como la grana; perdonad cuantos prisioneros traiga el Walí á vuestro castillo, que mientras este alfanje penda de mi cintura, no estarán seguras sobre sus hombros las cabezas de los cristianos.

—En tierra de campos, segun parte que el Alcaide recibió ayer, se agitan grandes masas tremolando el estandarte de la cruz; el valiente adalid que á coronar aspira sus sienes con laurel, nunca debe olvidar que el laurel solo florece entre sangre.

—Y la mia hierve al escucharos hablar, porque vuestros ojos aun destellan, oh Emir, el fuego del primer general como os llamó la fama, de los ejércitos de Abderramen; iré á tierra de campos, y convertido en rayo del Profeta allí podré cumplir mi juramento.

—Cúmplelo allí, dijo Zahra con dulzura; si en lo mas cerrado de la batalla, si cuando el ruido de las armas, y ese clamoreo que mil veces me has pintado, de los ejércitos combatientes, inflama tu espíritu, das en un golpe de alfanje la muerte á un cristiano noble; noble serás tú tambien, Alí; y aquella muerte

agradable á los ojos del Profeta; pero traerlo aquí indefenso y ahorcarlo á sangre fria, no, Alí: ni esa accion es digna de tu alma; ni el Profeta tampoco aprobarla podrá.

Decís bien, Zahra; iré al campo de batalla, mataré un cristiano noble, y en seguida volaré á hacerme señor de vuestra blanca mano.

Estas palabras fueron corriente de hiel, que abrasaron el tierno, juvenil corazon de Zahra.

Se puso pálida y fijó los ojos en suelo.

—Oh Emir, repuso entonces el Walí; esta noche parto del castillo con una cohorte de valientes alfaraces, y otra de almogavares valientes; parto, y á nadie mejor que al padre de mi prometida debo encargarle el cuidado de esta: ilustre es el nombre que el Emir de Cervera dá á su hija; pero tambien es ilustre el nombre que á darle va su esposo. El mismo dia en que regrese de esta algara, si os place oh Emir, se unirán en matrimonio la Princesa y el Walí del castillo de Abu-Alhama.

—A mi me place, respondió el Emir, cuanto á labrar contribuya la felicidad de mi querida hija; hace tiempo que el Walí y la Princesa se conocen; viviendo siempre juntos, hace tiempo que el Walí y la Princesa se aman; ¿qué debo yo decir al Walí y á la Princesa? que el Profeta vele su tálamo nupcial, y que una sucesion tengan digna del Emir, y digna de su soberano Abderramen II.

Entonces el Walí dirigiendo una mirada á Zahra con ademan apasionado le dijo:

—Deponed Princesa ese aire de tristeza, y que la alegria torne á hermosear vuestro semblante; si temeis por mi, nada temaïs; porque nunca cristiano alguno hizo retroceder al Walí de Abu-Alhama; si victorioso ha quedado siempre, victorioso quedará ahora tambien que tan cerca ve la felicidad; no os aflijais Princesa, y que la alegria torne á vuestro semblante: hasta la vuelta.

—Alá te guarde; respondieron á una voz el Emir y la Princesa.

—Estas triste? dijo Abu-Alhama á su hija, cuando el Walí hubo salido de la cámara.

—Estoy agitada; padre.

—Qué sientes hija mia?

—Siento una pena interior, inesplicable, vaga, que se acrece, y me ahoga en el pecho.

—Es la pena precursora de la dicha. Alí es un arrogante jóven; si orgulloso algunas veces, es siempre valiente, y llegará á ser el rayo de las tropas de Abderramen; como le amas y como tan cerca te ves de su regazo, niña cándida, acostumbrada á jugar solo con las flores y con los pájaros, te asustas al pensar que vas á dar la mano al hombre á quien siempre has amado; no es esto, hija mia lo que te sucede?

—Si señor; pero hace dias que no tengo deseo sino de llorar.

—Son las lágrimas que del corazon de la muger arranca el primer rayo de amor; llora, hija mia, llora...

Zahra se dejó caer sobre el regazo de su anciano padre.

—¡Qué hermosa estas llorando...! exclamó el Emir levantando los ojos al cielo, y apretó á Zahra contra su pecho.

...¡Pobre Zahra...! tierna flor que por primera vez abre su cáliz al sol de Estio, acaso, acaso, no fueran sus lágrimas tan dulces, como creia su padre.



CAPITULO VII.

CONFERENCIAS SECRETAS.

Cuando el Walí salió de la cámara del Emir, se dirijió á la cámara del Alcaide.

Dijimos al describir el castillo de Cervera, que las cámaras del Emir y su hija, la muy hermosa Princesa, estaban situadas en el primero y segundo piso del torreon del homenaje; que las cámaras de los alnahibes, ulemas y demas personas importantes rodeaban en su parte interior la plaza fuerte; y añadimos ahora; que las cámaras del Walí y del Alcaide, ocupaban el primer piso de las dos torres que defendian en sus flancos derecho é izquierdo el torreon del homenaje.

Y como el torreon del homenaje se alzaba gallardo, en la mitad de uno de los paños de la plaza, resulta que cuando el Emir se adormecia blandamente en sus cogines, narcotizado por el humo del tabaco, ó por los inciensos de la Arabia, tenia á derecha é izquierda las dos primeras autoridades de su alcudia, y en frente todos los jeques.

Era el Elcaide uno de esos hombres bajos y sagaces, que sa-

ben acomodarse veleidosos á todas las circunstancias, y que por do quier husmean rastreramente con tal de acercarse á las personas, que empuñan el poder.

Cuando Als-jerib ocupaba en Córdoba el cargo de Walí de las tropas de Abderramen, el Alcaide era alnahibe ó capitan, pero uno de esos alnahibes, mengua de las banderas que juraron defender; porque en un tiempo como aquel en que la lucha estaba abierta constantemente, y el laurel siempre verde, escitando al soldado con su gloria; ni una sola hazaña podia contar el referido Alcaide.

Por eso Als-jerib, valiente y amigo de los valientes; no lo apreció cuando se encontraba de Walí en Córdoba, no lo apreciaba cuando de Emir se encontraba en Cervera; pero el tal Alcaide con su caracter adulador habia logrado fascinar el ánimo de Alí, y gracias al empeño de este, para lo cual interesó á la simpática Zahra, lo remontó Abu-Alhama al honroso destino que desempeñaba.

Así es, que Alí tenia en el Alcaide un instrumento ciego para ejecutar sus deseos; pero no creamos por eso que era el Alcaide un hombre que con el decoro debido al hombre, correspondia al Walí con sus servicios por los favores que este le habia dispensado; era el perro que humilde se arrastra á los piés de su señor, porque mañana ha de darle otra vez pan.

Mas no se presentaba así el tal Alcaide delante de sus inferiores; orgulloso, altivo, é insufrible, hacia temblar á los vasallos y esclavos, abusando las mas veces de su autoridad.

Entre los vicios que le dominaban, sobresalía la molicie, y dentro de su cámara se habia rodeado de un boato tal, que bien puede asegurarse sobrepujaba á sus rentas, y que el mismo Emir Abu-Alhama, acaso, acaso no lo tuviera superior.

La mañana de que nos ocupamos, y mientras Alí sostenia con el Emir y su hija, el diálogo que hemos oido; se hallaba el Alcaide en su estancia habitual tendido sobre cuatro cojines de grana, medio cubiertos los hombros con un captan encarnado, saboreando el humo del tabaco que una larga pipa conducia á sus lábios,

aspirando el aroma de cien flores que en jarrones de plata rodeaban la estancia, absorbiendo el incienso que en hondulantes mangas despedian cuatro lujosos pebeteros, y escuchando los dulces sonidos de una jabelina, que junto á él tocaba un eunuco jóven.

Asi estaba el Alcaide cuando abriéndose la puerta, gritó un esclavo:

—El Walí viene á visitaros.

—Despeja; dijo el Alcaide al de la jabelina, levantándose de los cojines; y despues que este salió, se dirigió él á la puerta.

—Alá te guarde Alcaide; dijo Alí abrazándolo con desden.

—Por el Profeta, que venís demudado Walí; ¿qué os sucede?

—Me sucede lo que saber no quisiera; guay de mi! y mi pecho arde en ira, Alcaide, porque hay cosas, que solo á despertar la ira valen.

—Sentaos, oh Walí, y sosegaos primero; luego hablareis, depositareis luego vuestras cuitas en mi pecho, que bien sabeis, oh Walí, que mi pecho dispuesto está siempre á sacrificarse por vos.

—Gracias te doy por el Profeta, oh Alcaide! y á darte voy tambien una prueba de confianza, depositando en tí los pesares que me aquejan, y pidiéndote un medio de curar la herida que llevo en el corazon.

—Grande es la honra que en ello recibe vuestro amigo, oh Walí; pero ni vuestras quejas escucharé, ni remedio para ellas buscaremos, hasta que os hayais sentado.

Entonces Alí se sentó con mal gesto en dos cojines; el Alcaide se sentó complaciente en otros dos á la izquierda de Alí; y tomando un martillo de plata pegó en un muelle de acero.

—Dos pipas; dijo á un esclavo que se presentó en la puerta; y antes de veinte segundos volvió á entrar el esclavo con una bandeja en ambas manos, que presentó primero al Walí, y despues al Alcaide.

Cada uno tomó una de las dos pipas que exhalando perfumado humo venian en la bandeja; y tan luego como los dos personajes se las aplicaron á los lábios y se reclinaron muellemente en otros cojines mas pequeños y mas blandos que tenian á la espalda,

hizo el esclavo una humilde cortesía bajando la cabeza hasta la cintura, y salió de la cámara llevándose la bandeja y cerrando la puerta á su espalda:

Entonces dijo el Alcaide, mientras fijaba su aduladora mirada en el rostro severo é iracundo del Walí.

—Qué males son, oh Walí, los que aquejan vuestro corazon..?

—Los únicos que aquejarle pueden hoy, Alcaide.

—Ya comprendo cuáles sean estos, y mucho se ha resentido mi ánimo de ello; y creed oh Walí, que algunos momentos he sospechado que el Emir estaba loco.

—Loco está; loco con las caricias de Zahra: que si es hermosa para labrar por un instante los placeres de un hombre, es demasiado exigente para hundir la dignidad de un Emir.

—Guay de nosotros! y qué golpe tan en falso ha sido el que nuestro Emir ha dado.

—Como sugerido por una mujer, por una niña.

—Pero las caricias de esa niña han tenido bastante fuerza para que un Emir, responsable de una alcudia como esta, para que un Emir tan severo como Abu-Alhama, usurpara al Walí un prisionero de guerra?

—Para qué contestaros? el cristiano está libre en el castillo.

—Y tan orgulloso, y tan arrogante... pasa junto á los musulmanes como si fuera un alnahibe ó un alcatif.

—¿Qué estraño es? ha dado órden el Emir de que se le tributen los honores de capitan; y qué impresion ¡guay de mi! la tal órden ha producido en el ánimo de los soldados.

—No os admire; cuándo ha ocurrido una cosa como esta? ¿cuándo los mulsumanes, los valientes mulsumanes que pelean al mando de Alí, se han visto obligados á rendir homenaje al cristiano que ayer fué su prisionero?

—Y que á estas horas debia estar ya colgado de las almenas.

—Esto es horroroso!... exclamó el Walí arrojando el turbante contra el suelo: ¿qué fuerza tienen ya mis palabras ante el ejército? Cuando yo al frente de mis escuadrones de alfaraces agite mi alfanje y les diga «vamos á coger las palmas que nos ofrece

la sangre de los cristianos.» Aquellos feroces moros honra del Imperio de Abderramen, permanecerán fijos y me contestarán «No vamos, porque si á costa de nuestras vidas cogemos prisioneros, esos prisioneros, viles cristianos, se harán luego nuestros jefes y no queremos que ningun perro cristiano avasalle nuestro orgullo.» Esto dirán mis soldados, mis soldados que tanta gloria han dado al castillo de Als-jerib.

—Y dirán la verdad vuestros soldados.

—Esplícate Alcaide, que impresion ha producido en el castillo la libertad concedida á ese cristiano?

—Terrible: el ejército se asustó, creyendo que á esa determinacion del Emir se seguiria algun castigo celeste; en el pueblo se han sobrecojido tambien con esta noticia, sobre todo los ulemas, el Iman y los jeques...! leian la órden que yo les enseñé y no la creian teniéndola en sus manos, teniéndola delante de sus ojos.

—Pero qué decian los jeques, y los ulemas y el Iman?

—Decian primero que si ese cristiano piensa vivir siempre en el castillo.

—Lo mismo digo yo.

—Decian tambien ; que como Zahra, doncella, hija de un célebre Emir, y sobre todo... os ofendereis Walí si hablo con franqueza?

—Todo lo contrario, Alcaide; di cuanto sepas, te lo suplico.

—Pues bien oh Walí; decian los jeques, los ulemas y el Iman, que como Zahra, que en visperas se encuentra de casarse con vos, interpone sus ruegos para que se salve un cristiano?...

—Tambien eso digo yo, Alcaide.

—A un cristiano jóven.

—¡Y gallardo...! exclamó Alí apretando los puños con ira.

—A un prisionero, que ha hecho prisionero su mismo prometido.

—¡Guay de mi! exclamó Alí con furor.

—A un prisionero, cuyo prisionero abria las puertas de vuestro enlace.

—Calla Alcaide; me asesinan tus palabras.

—Por el Profeta oh Walí, que no es mi objeto haceros daño, todo lo contrario.

—Asi lo creo Alcaide; pero me hacen daño, me quitan la vida; porque esas mismas reflexiones que los jeques, los ulemas y el Iman se han hecho, me las he hecho yo á mí mismo; porque son verdaderas y aun temo yo mas que todo eso Alcaide! no sé si tambien eso lo habrán temido los jeques, y tú me lo callas á mi por no aumentar mis cuitas.

—Que habeis temido oh Walí?

—He temido y temo... pena me dá el decirlo, vergüenza y horror... he temido que Zahra olvide sus compromisos conmigo, por entregarse á los amores del cristiano.

—¡Guay de nosotros! exclamó el Alcaide mirando sorprendido al Walí: ¿quién es capaz de rivalizar con el Walí de Abu-Alhama?

—¿No han pensado eso los jeques ni los ulemas, ni el Iman?

—Por el Profeta Señor: ni pensarlo pueden despues de haber oido hablar sobre este punto á Als-jerib.

—Que ha dicho Als-jerib? preguntó Alí suavizando de repente su austera fisonomia.

—Que ha de decir, oh Walí, lo que todos esperábamos: hablando el otro dia con el decano de los ulemas...

—Con Sedil-Alla.

—Justamente; le hizo saber los deseos que lo animan de que os unierais con su hija; tanto por la conveniencia de la alcudia, como por la tranquilidad de Zahra, que segun el mismo Emir confiesa, ha entrado en esa edad en que el corazon de la mujer se ajita á espensas de un fuego desconocido, á espensas de un soplo de Alá.

—Gracias te doy Alcaide en nombre del Profeta, porque la tranquilidad has vuelto á mi alma con tus palabras, pues gran temor tenia de que sucediera lo que te he indicado.

—Esos temores infundados, son celos, y los celos son hijos del amor; tanto amais oh Walí á la Princesa?

—La amo tanto Alcaide; y creo que no se puede menos de amarla con delirio, al contemplar su flexible talle, sus voluptuosos movimientos, la frescura de su pecho, la inocencia de su mirada, el carmin de sus lábios, las rosas de sus mejillas; al contemplar en fin, ese todo seductor que forma su cuerpo.

—Pues á la verdad, Walí; dijo el Alcaide contrayendo su rostro con fugaz sonrisa; yo creia que lo que vos amabais en la Princesa era la rica alcudia que espera á su marido.

—Tambien eso amo; contestó el Walí sonriendo; el pueblo de Cervera y este castillo, son prendas en verdad que alhagan mi corazon...

—Mas que el amor de la Princesa...? repuso el Alcaide mirándole con gazmoñeria al rostro.

—Tanto... por lo menos; respondió sonriendo el Walí; pero no dudes oh Alcaide; que amo á la Princesa, y por ello me ha puesto en tortura la libertad del cristiano.

—A risa debe moveros la tal libertad; contestó el Alcaide: cuándo quereis que desaparezca ese perro?

—Y á dónde ha de ir? preguntó Alí.

—Al otro mundo: respondió con frescura el Alcaide.

—Asesinándolo?

—No por cierto; porque la herida no puede borrarse de su cuerpo; dándole un veneno.

—Tambien los médicos de Als-jerib comprenderian que veneno se le habia dado.

—No tal; pero en fin, si á ello os oponeis, se finje un parte de cristianos que venga dirigido á él, y en el que se revele una traicion contra el Emir; vereis cómo entonces el Emir manda al instante colgarlo de las almenas de la torre.

Alí se sonrió.

—Ese proyecto es de muy dificil ejecucion.

Dijo despues de permanecer pensativo algunos segundos.

—No tal, contestó el Alcaide: tengo á mi disposicion medios para conseguir eso y mucho mas; me creo capaz de manejar bien

una intriga, especialmente si se fragua con objeto de hacer daño á algun cristiano.

—Aprovecharé tus indicaciones Alcaide cuando las juzgue necesarias; por ahora quiero ver, si Zahra y el Emir proceden conmigo como deben, procediendo como debo yo con ellos, y ¡guay de mi! si un dia me faltan, Alcaide; me acordaré que soy Eben-Mahomet-Ben-Daldal, me comprendes?

—Os comprendo.

—Me acordaré que soy vastago de los principales Elymas del Asia; y que la luna en que me agrade dejar de ser soldado para ser Elymas, Cervera y el Emir, y su hija y su castillo temblarán á mis piés.

—Es verdad; respondió el Alcaide, dando un tono grave á sus palabras; de nadie necesita vuestro brazo para vengarse del mundo entero; porque el mundo entero adorará un dia vuestro poder; y si para castigar al cristiano, os sujerí yo antes el medio del veneno, fue únicamente por manifestaros los deseos que tengo de complaceros.

—Y como nunca dudé de ellos, por ellos te doy las gracias Alcaide.

—Pero decidme, oh Walí, que pensais hacer para probar si el Emir y su hija proceden con vos, como deben proceder?

—Marchar en algara contra cristianos, sacrificar uno noble, para vengar la sangre de mi padre el Elimas Mahomet-ben-Daldal-Eben-Almest, segun al Profeta ofrecido tengo, y volver ligero á pedir á Abu-Alhama su hija por esposa.

—Os la entregará!

—Lo sabes tú?

—Lo sé; y sé que Abu-Alhama en alto grado os aprecia.

—Gran placer encuentra mi corazon al oirte hablar así.

—Cuando comenzais la algara?

—Esta noche.

—Lo sabe el Emir?

—Y Zahra.

—Os dirigireis al Moncayo?

—No, á tierra de Campos.

—Las masas de cristianos que allí se agitan ahora son formidables.

—Por eso conduzco allí mis almogavares y mis alfaraces; porque en ninguna parte se encuentra mejor una manada de lobos que en el campo cubierto de corderos.

El Alcaide se sonrió al oir estas palabras de Walí.

Despues de algunos momentos de conversacion, indiferente ya para nosotros; se despidieron el Walí y el Alcaide.

El Walí salió de la cámara; y el Alcaide volvió á tenderse en los cojines de grana y á narcotizarse con el perfume de las flores y el humo de los inciensos de la Arabia.

Todo aquel dia se observó en el castillo una cierta agitacion como si numerosas falanjes se aprestáran para la marcha.



CAPITULO VIII.

—

EL CUENTO DE LA HERMOSA GRIEGA.

Las melancólicas galas de una noche serena esparcianse sobre la Naturaleza.

El cielo azul, las nubes de bellos perfiles que el cielo surcaban; la atmósfera clara, el aroma de la salvia y los tomillos que embalsamaban la atmósfera, hacian que el castillo de Cervera, mas majestuoso, mas imponente, mas sublime se desplegara en el silencio de la noche.

Sus torreones se alzaban severos, sus murallas amenazadoras, y la luna que en lo alto del firmamento se desplegaba cual mágica antorcha, bañaba con dulzura las aristas de los torreones; dirijia al través de las almenas un rayo de plata que hacia sonreir al castillo.

Un ruido momentáneo se escuchó en la plaza, un fuerte clamoreo sucedió á este ruido; era el ruido, era el clamoreo con que los musulmanes victoreaban á la jóven Princesa, á la hermosa Zahra, que acompañada de su ayo Als-far, habia salido de su cámara.

Atravesó la plaza saludando con angelical sonrisa al ejército, que entusiasmado gritaba, y arrojaba al suelo sus chaquetas y sus alquíceles, para que el lindo pié de la Princesa los hollase: cruzó esta la galeria que separaba la plaza fuerte del juego de la ballesta; y cuando se encontró en la puerta ojiva, que entre dos bastiones, al juego de la ballesta daba entrada, volvió la cabeza, hizo con la mano una graciosa señal á su ayo, y su anciano ayo se paró, inclino la frente hasta la cintura y volvió atrás.

Zahra se encontró sola en aquella plaza.

Aquella plaza estaba cubierta de yerba, y como un rayo de luna bañaba esta yerba, la plaza aparecia cubierta de esmeraldas.

Mil noches en su infancia, habia Zahra entrado á jugar con sus ayos en aquel agradable recinto; mil noches en su juventud habia entrado sola á aspirar el aroma de los tomillos y de los romeros, á contemplar el brillo de la luna, á ver las cimas de las lejanas montañas, que cual fantasmas se alzaban en el horizonte; á mirar las nubes que en flotantes pabellones, ó en guirnaldas, ó en penachos de colores mil, surcaban el firmamento; pero entonces entraba tranquila Zahra.

¿Por qué esta noche tiembla...?

Pero entonces brotaban de su mente cien y cien ilusiones, y estas cien ilusiones en nada la embargaban.

¿Por qué esta noche un pensamiento que de su espíritu surje, detiene su paso?...

Zahra se pide cuenta de aquel estado, y de él no puede darse cuenta. Tierna niña, blanca crisálida, le pregunta á su corazon qué es lo que siente; y su corazon le dice que esplicárselo no puede; pero que algo siente.

...Hermosas lectoras mias; ángeles que aun no habeis cumplido los quince años; cuando llegue un dia en que vuestro corazon despierte del sueño que lo embarga; cuando este os hable por primera vez y su lenguaje no entendais; porque el lenguaje del corazon no se entiende de repente; cuando algo sienta y no sepais qué es lo que siente; verted una lágrima de dolor en me-

moria del tiempo que pasó, porque el fuego de un veneno roedor es lo que vuestro corazon entonces siente.

Zahra agitada, tal vez conmovida, se dirijió á uno de los bastiones, cuyo ángulo saliente miraba al Norte; y no cual otras noches lo encontró solo, pues allá estaba Fortun que la recibió con la humildad y galanteria, conque un noble cristiano á su bienhechora recibir sabe.

Quiso el garzon al descubrirla doblar ante ella una rodilla; pero Zahra se lo impidió; y Fortun y Zahra se sentaron cada uno en una banqueta, tal como lo habian estado la noche anterior.

Pero Zahra y Fortun se hallaban mas tristes; su saludo fué lacónico; hablaban con mas embarazo que la noche de antes; mas dulzura, mas sentimiento se observaba en sus palabras.

No estrañe al lector que Zahra se pasease sola por el castillo; en algunas ocasiones era muy natural semejante descuido entre las moras; y Zahra, como ya digimos, disfrutaba una completa libertad.

—Vengo á escuchar el cuento que anoche me ofreciste, cristiano; dijo Zahra con melancolía.

—Señora, contestó el cristiano, no puedo yo referir cuento alguno, que digno sea de ocupar vuestra atencion.

—Cuando tú me lo ofreciste, desde luego que será capaz de interesarme.

—Señora, me dijisteis que permaneciera en este vuestro castillo; me hablasteis de felicidad, de... no recuerdo; de otras muchas cosas, que á mi ánimo halagaban demasiado; y para probaros, oh Princesa, lo dificil que es conciliar el honor con la dicha en situaciones dadas; os prometí repetir un cuento que mi madre me contaba en mi infancia, porque mejor aprendemos á librarnos de un peligro ó amar la virtud, cuando la virtud ó el peligro los vemos en personajes estraños: fuera de esto... el cuento no vale nada.

—Comienza cristiano, porque tengo ansiedad por escuchar el cuento.

—Repito que nada tiene de particular, señora.

—Te lo contaba tu madre en la infancia..! ah..! si yo hubiera tenido una madre que cuentos en la infancia me contara... qué feliz hubiera sido!

—Y qué desgraciada cuando de esa madre os hubieran arrancado...!

Zahra calló á esta esclamacion de Fortun.

Luego dijo:

—Comienza, cristiano, comienza.

El cristiano comenzó:

—En paises muy lejanos de aquí, Princesa; allá... entre Asturias y Galicia, se levanta una colina, en cuya cumbre nace un castillo de encantadoras vistas. Todo es bello cuanto lo rodea: bellos los bosques que nacen á su pié; bellas las fuentes que brotan entre los bosques, y el rio que junto á ellos murmura; bello el mar que se descubre á lo lejos, y muy bellas tambien las nubes que sobre los bosques, sobre el mar y sobre el castillo de continuo se mecen. En este castillo vivian rodeados de fieles criados, un valiente anciano y una virtuosa dama, que en lejítimo matrimonio habian tenido un hijo. El padre y la madre querian con delirio á su hijo, y este hijo hacia las delicias del padre y de la madre.

—Ah ¡exclamó Zahra sin poderse contener; qué feliz seria ese hijo....!

—Ese hijo era yo: respondió el cristiano.

—Tú !.. exclamó Zahra.

—Yo, Princesa, yo; y para enseñarme mi querida madre, cuán áspero es el sendero de la vida si se ha de marchar por él; segun ella me decia, sin pisar una flor purísima que en este sendero nace, la flor del honor y la virtud, me referia este cuento; no sé en verdad si el tal cuento era invencion, ó pasage; pero sé que me gustaba mucho, y que al fin me enseñó á sacrificar la dicha, por no pisar la flor, que á nuestros piés en el sendero de la vida nace.

—La flor del honor y la virtud?

—Si, Princesa; esa flor de esencia tan sublime; que las mas ve-

ces puede solo abrir su corola, regándola con las lágrimas que de nuestra alma arranca el duro sacrificio de la felicidad.

—Qué buena debe ser tu madre, cristiano; comienza el cuento.

—Comienzo... dijo el cristiano con languidez: en las costas del mediterráneo, en una de esas antiguas ciudades que las colonias griegas fundaron; no sé si en Sagunto ó en Denia, creo que en Denia, vivia una noble familia griega; esta familia habitaba las cámaras de un magnífico torreon ó castillo; y si se esceptúan algunos antiguos criados y las guardias que fuera del castillo al castillo hacian la honra, la familia se componia solo de un anciano poderoso, y de una hija hermosísima.

—No tenia madre? preguntó Zahra.

—No la tenia, respondió Fortun; la habia perdido antes de conocerla.

Zahra exhaló un suspiro.

—El padre de la jóven griega, continuó el cristiano, era gobernador ó pretor de la ciudad. En una de las sangrientas y reñidas batallas, que los griegos, ó sus aliados los romanos de Denia, sostuvieron con sus rivales los cartagineses, condujeron preso á la ciudad un mancebo, que nacido habia en la misma Cartago: el pueblo griego, ansiando venganza, queria sacrificarlo y asi lo hubiera hecho seguramente, pero la hija del pretor se interesó por él y consiguió del pretor que lo perdonase.

Aquí llegaba Fortun en su cuento, cuando se escuchó en la plaza fuerte un ruido prolongado de armas; un repique de cornetas, y un fuerte clamoreo que por algunos minutos sucedió al repique.

Fortun se quedó en actitud de escuchar, y Zahra, cual si comprendiera lo que por Fortun pasaba, le dijo:

—No es nada; es Alí que vuelve con sus escuadrones á la guerra.

Y no estrañará al lector la hora en que Alí salia del castillo

si recuerda lo que ya digimos á cerca de la manera en que los moros hacian sus algaras ó correrías nocturnas.

Con efecto; el clamoreo cesó luego, y solo se escuchaba ya el confuso trotar de los escuadrones que pasaban por debajo de la muralla en que Fortun y Zahra se encontraban.

Zahra dijo á Fortun:

—Continúa el cuento, que á interesarme comienza.

Y Fortun continuó:

—Perdonó el pretor romano al prisionero cartagines á ruego de su hija, que por haber nacido en aquella colonia de griegos, y por atesorar su rostro tales encantos, le llamaban la hermosa griega.

No poco sorprendió este lance á los naturales de Denia; pero como habia sido una determinacion del pretor, no se atrevian á hablar una palabra de ella.

El pretor habitaba como ya he dicho un palacio, que á manera de castillo se descubría un poco retirado de la ciudad; y la hermosa griega, que desde las ventanas mas altas contemplaba las deliciosas florestas de aquel suelo, y las cumbres de los montes y las nubes, veia entonces al noble cartagines, que aunque se habia libertado de la muerte, estaba triste; y mas interesante con la tristeza, se paseaba por los montes, por los valles y por las cercanias del castillo de la griega.

La simpática Zahra, que nunca habia oido hablar sino á moros, y á moros guerreros y feroces, estaba magnetizada con la relacion de Fortun.

Fortun prosiguió:

—Junto á Denia se estiende un delicioso valle; en este valle nace una escarpada roca, y al pié de esta roca viene á estrellarse el mar.

—El mar... repitió Zahra sorprendida; el mar debe ser muy imponente...

—Imponente... dijo Fortun sonriendo; si un dia quisiera Dios tomar formas para amedrentar al hombre con su grandeza, no tomaria otra forma que la del mar.

—Ah; ¡cuánto placer tendria yo en verlo!..

—Pues segun mi madre aseguraba al referirme este cuento; una tarde melancólica y dulce, cuando el sol se hundia en el horizonte, subió la hermosa griega á la cumbre de la roca; desde allí contemplaba el cielo, que guirnaldas de nubes festonaban con gracia; contemplaba el mar, que en hondo mujido venia á reventar sus olas al pié de la roca, y contemplaba las gabiotas que entre el mar y las nubes tendian su raudo vuelo; y muy triste, dice que la hermosa griega estaba en sus contemplaciones, cuando sintió ruido á su lado, volvió la cabeza sorprendida y encontró un hombre.

—Un hombre..? exclamo Zahra con inocencia.

—Un hombre; respondió Fortun: pero quién os parece á vos Princesa ,que era aquel hombre?

—¿El noble cartaginés?

—Justamente; que impelido por el mismo sentimiento que la hermosa griega; como la griega buscaba montes, mar y cielo; y á fé de cristiano que en aquella ocasion fue mas feliz de lo que se proponia, porque junto asi encontró el verdadero cielo que en silencio su corazon buscaba.

Zahra se sonrió con dulzuzra; y á Fortun magnetizó la dulce sonrisa de Zahra.

Luego prosiguió:

—Sentados los dos en la cumbre de aquella roca, en aquella soledad misteriosa, entre bosques, cielo y mar, dió el cartaginés las gracias á la griega por la generosidad que con él ejerció librándole la vida; y aunque al principio se rubarizaba la griega, cuando las palabras del cartaginés á sus oidos llegaban; luego se familiarizó con él y con sus palabras, y en blandos coloquios de placer llenos, dejaron los dos jóvenes deslizarse, y sin advertirlo por cierto, las primeras horas de la noche.

—Os gusta, oh Princesa, el cuento que mi madre me referia?

—Me encanta, Fortun: respondió la Princesa.

—Pues entonces continuaré.

—Ah! si, me proporcionas un rato de placer.

Como tan gratos momentos se deslizaron para el cartaginés y la griega en la cumbre de aquella escarpada roca, la llamó desde entonces la hija del pretor romano, la *Roca feliz*.

Algunos dias habian trascurrido despues de la noche en que los dos jóvenes á su gusto platicaron sobre la cumbre de la Roca feliz.

Una mañana, se acercó un centurion al cartaginés, que hácia el mar se dirigia, y le dijo: «el prector desea hablaros.»

—Seré breve, Zahra.

—Como mejor te parezca, Fortun.

—Cuando el pretor se encontró en su cámara, frente á frente con el cartaginés, le dijo estas ó semejantes palabras:

—Oye jóven; oye hijo de Cartago; tú fuiste hecho prisionero por las huestes romanas; tú debias haber sido descuartizado, y mi hija te salvó la vida: recuerdas?

—Un noble cartaginés nunca olvida un favor; el favor que vuestra hija me dispensó fue muy grande, y nunca podrá borrarse de este pecho, que aunque grande sea el favor que recibió, él es tan grande como el favor recibido.

—Oh... me place; dijo el pretor; pero mi hija, que de la muerte te pasó á la vida; quiere hoy pasarte de la miseria á la fortuna, del estado oscuro que ocupas, al rango mas elevado de Denia; quiere casarse contigo.

—Y el pretor consiente en ello? preguntó el cartaginés.

—Nada temas; respondió el pretor con arrogancia; conozco lo que es el corazon de una mujer enamorada, y consiento.

—Pues yo no puedo consentir: respondió el cartaginés.

—Jóven cartaginés...! exclamó el pretor ofendido.

—Imposible: repitió el jóven.

—Por qué? preguntó el pretor.

—Porque á la otra parte de ese mar, está Cartago; en Cartago están mis padres, y mis padres me hicieron jurar ante las aras de Jupiter, no tomar por esposa mujer, si esa mujer no era cartaginesa.

—Jóven atrevido... exclamó el pretor.

—Señor, dijo el cartaginés, una vida me salvasteis, quitadme esa vida y nada os deberé.

—Quiero que me debas mas: repuso el pretor revistiéndose de una dignidad admirable. Yo te daré vida y libertad. Marcha á Cartago, cumple el juramento que en mal hora te hicieron tus padres prestar ante las aras de Júpiter; y di á los cartagineses cómo proceden los pretores romanos.

El jóven dobló la cabeza ante el pretor y dijo:

—Noble y generosa accion es la vuestra.

—Soy romano, contestó el pretor; los hijos de Rómulo castigan así á sus enemigo: dentro de una hora tendrás aparejada una balandra; parte al Africa sin que de tu partida se aperciba mi hija.

Y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó:

—¡Pobre hija mia!

—Al ver tanta generosidad no partiría el jóven cartaginés? exclamó con anhelo la cándida Zahra.

—A la hora y media, respondió Fortun, una balandra, que viento en popa marchaba, lo conducia á su patria.

—¡Qué cruel!... exclamó Zahra con rabia.

—No olvideis, Princesa, dijo Fortun sonriendo, que este cuento me lo contaba mi madre para enseñarme á defender mi honor; para enseñarme á sacrificar mi dicha, por conservar puro mi corazon.

—Es verdad, respondió Zahra: y ruborizada fijó los ojos en el suelo.

Fortun prosiguió:

—Muy tristes fueron para la hermosa griega los instantes en que su padre estrechándola entre los brazos, le hizo saber cuanto con el cartaginés habia ocurrido.

—¡Ya lo creo! murmuró Zahra.

—Muy tristes, muy crueles fueron para ella los momentos en que su padre le hizo saber que el cartaginés habia marchado.

Zahra exhaló un suspiro.

—Desde entonces, prosiguió Fortun; la hermosa griega, cubier-

ta con su manto de melancolía, y siempre con blanco cendal en la mano para limpiarse las lágrimas que á torrentes brotaban de sus ojos; bagaba sola, sola y desconsolada, por los valles y los montes.

El sol al despuntar en el Oriente la encontraba suspirando sobre la cumbre de la *La Roca Feliz*: al hundirse el sol en el Ocaso, suspirando la dejaba sobre *La Roca Feliz*.

Allá la hermosa griega, tan hermosa como desventurada, contemplaba las nubes, el mar y el cielo; y cielo, mar y nubes, le traian á la memoria recuerdos desgarradores de un tiempo feliz que para siempre pasó.

Zahra se cubrió el rostro con su manto azul y lloró algunos instantes.

Fortun contempló con satisfaccion como lloraba la Princesa, y luego prosiguió:

—Si por acaso descubria alguna urca ó balandra, que tendiendo al espacio sus velas de nieve, surcáran el inmenso cristal en direccion al Africa, crecia su llanto, y entre las acervas lágrimas que de sus ojos caian, exclamaba desde la cumbre en que se encontraba:

—Boga, boga, barquilla dichosa, y si á las costas de Africa llegaras y lo vieres, dile al ingrato, que en la roca en que tantas veces los dos platicamos, llora angustiada la infeliz mujer, que por darle libertad, quedó cautiva.

Esto decia la griega á las barcas, á las aves y á las nubes, que en direccion al Africa marchaban; cuando del Africa volvian, les preguntaba en su delirio que les habia contestado; y como barcas, aves y nubes nada á sus preguntas respondieran, se bajaba llorando á buscar consuelo en el regazo de su padre.

—¡Cuánto mas valiera que no hubiese conocido al ingrato cartaginés! exclamó Zahra llorando con amargura.

Fortun miró á Zahra, y al verla se conmovió de placer, porque el acento que la Princesa dió á aquella exclamacion, no era ya el acento de la niña cándida, era el acento de la mujer vehemente.

—Calmaos, oh Princesa; dijo Fortun, y escuchad.

Zahra fijó en él sus negros, encantadores ojos.

Fortun, prosiguió:

—De este modo continuó algun tiempo la hermosa griega; hasta que un incidente llegó á turbar la paz, en que por entonces reposaba Denia. Una armada cartaginesa desplegó sus banderas en las costas de aquella ciudad; y un numeroso ejército que abordó, amenazador, comenzó el bloqueo.

Al oir esto Zahra, miró á Fortun con marcada curiosidad.

—Como las tropas romanas, continuó Fortun, estaban distraidas en diferentes reyertas que á cada paso sostenian con los cartagineses, estendidos en la Vética, no pudieron prestar socorro oportuno á sus aliados y compañeros los denienses; y despues de dos dias de terrible sitio en que los habitantes de Denia dieron muestras de valor, cedieron por fin á una capitulacion honrosa. Tan luego como entre cartagineses y denienses se hubo firmado la paz; y tan luego como las banderas de Cartago entraron por las calles de Denia, se presentaron dos embajadores al pretor romano, á pedir su hija para esposa del general en jefe de la armada cartaginesa.

Zahra lanzó un grito de alegria, y en su semblante se reflejó bien á las claras la delicia que su alma gozaba.

—Ya comprendeis, Princesa, dijo Fortun sonriendo, quién era el general en jefe de la armada cartaginesa.

—Lo comprendo; respondió Zahra, con dulce sonrisa; y comprendo tambien cuánto gozaria la hermosa griega con incidente tan feliz.

—Postrada en cama, iba perdiendo por grados la salud; mas si un dia dió ella al cartaginés vida y libertad; hoy á ella el cartaginés le dió, salud, libertad, ventura y vida.

—Se casaron? preguntó Zahra sin poder ocultar el gozo que su corazon esperimentaba.

—Se casaron; contestó Fortun: pero antes de casarse, y cuando todo para la ceremonia estaba dispuesto, tomó el pretor con una mano á su hija, con otra al cartaginés, y en medio de la concurrencia dijo á este:

—Tú amas á mi hija?

Y el cartaginés respondió:

—Mas que la mujer al amor; mas que el guerrero al laurel de las batallas.

—Pues entonces, por qué huiste cuando te la ofrecí por esposa?

—Porque no podia aceptarla sin manchar mi honor; y el hombre que por un gusto, su honor manchase; ni digno es de ser amado por una hermosa mujer; ni llamarse debe hombre. Cuando vos me ofrecisteis vuestra hija, noble pretor romano, yo era un esclavo; yo debia la vida á vuestra hija; y se hubiera creido tal vez que un cartaginés vendia su corazon por su vida: hoy soy tanto como ella; un dia me vencisteis, otro dia os vencí; un dia fui yo vuestro prisionero, otro dia lo fuisteis vos mio; vuestra hija me amó siendo ella libre; siendo yo libre la amo; hoy mi mano es digna de vuestra hija, por eso á vuestra hija entrego mi mano.

Y se la presentó enajenado de placer.

Un aplauso estrepitoso resonó en la estancia.

—Nunca yo; grito el cartaginés; entregara á la hija de un tan noble pretor romano, aun cuando para ello mi dicha tubiese que sacrificar, cosa alguna que menos que ella valiera.

—En fin Princesa; el noble cartaginés y la hermosa griega se casaron, y en regio castillo disfrutaron largos años de completa felicidad. Este es el cuento de la hermosa griega que mi madre me contaba en mi infancia; os gusta, Princesa?

—Me gusta sobremanera.

—Y lo entendeis?

—Lo entiendo; lo entiendo por mi dolor, cristiano.

—Qué es lo que en él entendeis?

—¿Que es lo que con él has querido decirme?

—Nada, si no lo que habeis oido: que cuando el cartaginés, prisionero se encontraba en Denia, parecia indiferente á las gracias de la griega, y sin embargo, la amaba; la amaba con delirio;

la amaba como ama un valiente guerrero cuando llega á amar: pero era forzoso que su corazon se comprimiera, hasta que se considerara digno de pretender la mano de su salvadora.

—Es verdad..! respondió Zahra con melancolía; todo eso se comprende en el cuento que me has referido; pero tambien otra cosa mas triste se colije.

—Qué cosa es esa?

—Que en la ciudad de Denia vivia una jóven hermosa, hermosa y feliz; segun has dicho cristiano: aquella jóven no se acordaba que tenia corazon, sino cuando á inocentes placeres su corazon se abria; contenta se deslizaba su vida entre los valles, entre los montes, contemplando las nubes y contemplando el mar; pero en mal hora vió á un hombre, á un jóven cartaginés; este hombre se hizo señor de su alma; y desde entonces, ni contenta ni aun tranquila se deslizó su vida entre los montes y los valles; ni las nubes ni el mar hicieron ya sus delicias; y cuando el jóven cartaginés desarrolló y absorbió todas las afecciones de la pobre griega, marchó arrebatándole la dicha.

—Pero volvió enseguida, y se casó con ella.

—Ay cristiano...! y pensais que todos los que se alejan de una mujer, á quien han robado su dicha, volverán generosos á entregarle la dicha que le robaron?

—Todo el que noble sea.

—Pues bien; dijo la mora con dignidad: seamos francos; niña soy por el Profeta; mas tambien las niñas comprender solemos los misterios de los cuentos; si tu madre te referia este, en el castillo que muy lejos de aquí habita, para enseñarte á mantener puro tu honor; aprovecha sus lecciones...

—Princesa..! exclamó el cristiano sorprendido.

—No lo manches viviendo mas tiempo en un castillo musulman; marcha á tu patria; que si acaso entre estas murallas quedára alguna triste griega, ya que aquí no hay mar; hay nubes, flores y pájaros, á quienes contar las cuitas.

—Zahra! exclamó Fortun cayendo de rodillas á sus piés; por

esta cruz os juro; y se llevó la mano al pecho; que nunca fue mi objeto el ofenderos; y esas lágrimas que vuestros ojos vierten, ó cesen de correr, ó me labran la muerte.

—Alza cristiano; dijo Zahra tendiéndole la mano con dulce melancolía; alza pronto, porque esa postura es indigna del hijo de Hernan.

—Esta es la postura que el hijo de Hernan guardar debe ante la mujer que le salvó la vida.

—Alza Fortun.

—Ante la mujer á quien adora.

—¡Silencio!

—No mas silencio, Princesa; prosiguió levatándose, y sentándose á su lado: no mas silencio, porque ha llegado el caso de hablaros con franqueza, si me lo permitís.

—Te lo permito: respondió Zahra mas seductora, cuanto mas triste estaba.

—Pues bien Princesa; cuando en lóbrega mazmorra aguardaba la muerte y tuve una vision divina, amé aquella vision divina; cuando á la luz del dia, ví que vos erais aquella vision divina, á vos os adoré: os adoré Zahra, como hombre alguno adorar no puede á una mujer: pero que queriais que yo hiciese? Allá en mi Patria, seré quien quiera; el nombre de Fortun llena el ámbito de Asturias y Galicia; mas quién soy aqui? una víctima á quien habeis arrancado de las manos del berdugo; un prisionero á quien habeis puesto en libertad, y queriais, oh Princesa, que aqui, en este castillo, remontara yo hasta vos mi mirada? no, por mi Dios, Princesa; no comprende el amor asi un cristiano.

—Pues bien cristiano; dijo la mora tomándole la mano con celestial candidez: si me juras volver, vete pronto para que vuelvas pronto.

—Si vos Princesa, exclamó enagenado, deseais estar con migo, nunca sino con vos traspasaré esas murallas.

—Si asi no lo deseara, no estaria contigo ahora.

—Es verdad; encantadora niña; y si yo anhelaba huir de aqui; era solo para conseguir laureles y hacerme digno de vues-

tro amor; si sin laureles me amais; nunca, nunca partiré de vuestro lado: ¿me amais, hermosa Zahra?

Zahra fijó los ojos en el suelo, y agitaba convulsa los borlones de su manto.

En esto sonó un clarin en la plaza fuerte; y levantándose Zahra asustada, exclamó:

—A la oracion.

—Me amais? preguntó Fortun, apretándole la mano. Zahra callaba.

—Me amais? tornó á preguntar Fortun.

—Te amo; respondió la Princesa; y agitando su velo, y agitando su manto, desapareció cual fantástica vision, entre las murallas del castillo.

Fortun reclinó un codo en las almenas; la mejilla en la palma de la mano, y quedó sumergido en profundas reflexiones.

El cielo estaba azul, las estrellas brillantes, la luna majestuosa; las embalsamadas brisas de aquella noche serena, besaban murmurantes la frente de Fortun.

NUESTRA SEÑORA DEL MONTE
CAMPILLA DEL RIO ALTO

CAPITULO IX.

PRIMERA LAGRIMA DE DOLOR.

La cámara destinada á Fortun en el castillo de Als-jerib-Abu-Alhama, igualaba en lujo á las cámaras de los principales jeques y alnahibes de la alcazaba.

Despues de la declaracion de amor, que por medio de la parábola de la hermosa griega hizo á la Princesa entre los encantos de una noche serena, se dirijió melancólico á su cámara; melancólico y distraido, porque la melancolía y la distraccion, son los caracteres que acompañan al amor, cuando el amor germina en un corazon sensible. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Fortun está sentado en un taburete de grana, cuyas borlas de oro que en sus esquinas nacen, arrastran por las alfombas del pavimento.

Fortun se ha quitado la capellina, el cinturon; y un rico trage, vestido con desden, y su negra cabellera flotando sobre los hombros hacen de él una figura interesante.

La luz que alumbra la cámara es debil, pero misteriosa, porque la cubre una campana de colores.

Y las colgaduras, y los cogines, y las armas que adornan aquella estancia, mas majestuosas parecen, mas imponentes, con la encantada luz de colores.

Fortun reclina el codo izquierdo en blando divan; en la mano izquierda escansa el rostro; y con los ojos cerrados vaga su espíritu en pos de un torrente de reflexiones.

En medio del silencio que le rodeaba se decia en sus adentros:

—En qué consiste, ¡oh Dios mio! que se ha borrado de mi mente el recuerdo de todo lo que mas amo en el mundo? ¿por que han huido de mi espíritu las imágenes seductoras del castillo en que nací, de los arroyos, de los bosques, del pais donde se meció mi cuna, del cielo bajo el cual se deslizó mi infancia...?

Fortun exhaló un suspiro.

—Por que el cariño de mi padre no me arrastra hácia sí? ¿por que no me arrebata de estos sitios la dulce, la seductora sonrisa de mi madre querida?

Fortun levanta los ojos al cielo y vierte una lágrima.

Luego aprieta los puños; luego exclama con acento de dolor y desesperacion:

—Fortun, el hijo de Hernan, el caudillo de tantos y tan valientes cristianos, el que arrodillado ante la cruz bendita, juró con la mano puesta en los evangelios, perseguir y esterminar los moros; hoy se deshace en blandas ilusiones tendido en una cámara morisca...?

Fortun se cubre el rostro con las manos.

Profundos suspiros salen de su pecho.

—Huiré de estos lugares, exclama luego con el rostro encendido como el fuego; volaré donde mi deber me llama; ¿qué me importa de Als-jerib? qué me importa de Zahra? . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

—Ah! murmura lanzando un sordo gemido; Zahra... Zahra es mi vida... es mi esperanza... es mi cielo!

Fortun, llora.

—¡Dios mio! ¿para qué vería yo á Zahra? cuánto mas dichoso fuera... si el verdugo hubiera roto mi garganta... Y me ama la pura, la hermosa, lo hechicera... y me ama, y su amor es mi vida... y su amor es mi eden. Y mis juramentos, mi religion, mi Dios me mandan renunciar á esa vida, á ese eden..!

Fortun cae de rodillas en medio de la cámara, y tendiendo los brazos con despecho, y levantando al cielo los ojos con fervor, exclama arrebatado:

—Dios de los cristianos; tú que presides las batallas, los terremotos, las tormentas; de mi corazon borra este amor que lo abrasa... ó arranca de mi pecho el corazon.

Fortun queda inmóvil, con la cabeza baja, con los brazos caidos.

Profundo silencio le rodea.

La luz que vacila dentro del fanal, proyecta mil iris de colores bellos, que indecisos y fugaces surcan las colgaduras de la estancia.

Fortun, se halla pálido; su frente contraida; sus ojos cerrados.

Fuertes afecciones deben agitar su ánimo; porque su pecho se estremece por intérvalos.

Terribles imágenes deben cruzar por su espíritu; porque su frente se arruga por momentos.

Luego se observa en él un instante de calma; ¡sospechosa calma!

Afecciones, imágenes, todo parece que ha cesado en el ánimo de aquel jóven.

Luego se levanta arrogante; y cuadrándose en medio de la cámara, exclama como respondiendo á misteriosa voz que desde el mundo invisible, con él se comunicara:

—Me venceré: el hombre que fuerzas no tiene para sacrificar su pasion por su deber; ni ceñir debe espada á su cintura; ni llamarse debe hombre.

—Nunca Hernan! nunca tu hijo empañará tu nombre; cristiano se llamó un dia; fidelidad á Cristo juró ante las aras de Dios: no, Hernan; nunca tu hijo manchará tu nombre... el amor de Zahra hace mis delicias; pero el amor de Zahra, y mil y mil amores que tuviera, con mi planta los hollara, antes que ser infiel á mi padre, á mi juramento y á mi Dios.

Fortun desenvainó la espada; la tendió en el suelo, porque no tenia otra cruz, y postrándose de rodillas, adoró con fervor la cruz que formaba la empuñadura del arma.

Fortun arrodillado; Fortun, jóven y hermoso, haciendo sacrificio de su amor en el terrible altar del deber, estaba sublime; su alma se dilataba en fervorosa oracion. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En cuanto á Zahra; ¡qué ensueños tan dulces! ¡Qué gratas ilusiones desvanecieron su alma.

Cándida niña á recibir dispuesta la afecciones puras; habia cedido á las gracias de Fortun, cual la blanca mariposa cede á los rayos de la luz; cual á las brisas cede la tierna flor del valle.

Criada en el castillo de Cervera; solo habia visto moros; moros feroces ó tímidos esclavos; por lo que al encontrarse con Fortun vió un hombre nuevo; y segun ella se decia en los inocentes, primeros delirios de su vida; á juzgar por su mirada, por su sentimiento, por su languidez, por el tierno lenguaje que de sus lábios brotaba, Fortun debia ser una ilusion realizada; y Zahra, la Princesa del castillo de Cervera, que tan propensa habia sido siempre á las ilusiones, se entregó sin cautela al peligroso influjo de aquella ilusion realizada.

Y la pobre jóven, que aun no sabia que amaba, pintaba ya en su semblante las huellas del amor.

Su rostro estaba pálido; su mirada indecisa; suspiraba sin saber qué suspiraba; y si alguna vez se esforzaba en sonreir, era la sonrisa de la melancolia la que tímida asomaba á sus lábios de carmin.

Ah... si al sentir una niña por vez primera el amor, comprendiese lo que detras dejaba, y la tormenta que delante venia, á Dios rogara con fervor que la vida le quitase antes de que aquel momento para ella asomara en él destino.

El noble Als-jerib, conoció desde luego el estado que su hija atravesaba; pero lo atribuyó á una causa enteramente distinta, y con gozo inesplicable trató de poner remedio.

Comenzaba una de esas noches encantadoras, que tan comunes son en el clima de Cervera.

Fija aquella noche Zahra en la ventana, donde una á una se habian deslizado tranquilamente otras mil de su juventud; miraba la luna, las estrellas, el azul diáfano del cielo; pero entonces su cerebro no seguia como antes, una sombra vaga que huia de su vista, no; en la luna, en el cielo en las estrellas, vislumbraba la imágen seductora de un hombre conocido: y esa imagen que se perdia por el aire, la sentia Zahra nacer en su propio corazon.

—Asi continuaba la Princesa, cuando escuchó á su espalda una voz que le dijo:

—Zahra, querida hija mia, dame un beso.

Zahra se volvió lijera, y sonriendo, aplicó sus lábios á la frente de su padre.

—Cuando tu beso imprimes en mi frente, hija mia; le dijo Als-jerib, placer recibe mi alma y vida mi pecho; y esto no es estraño, porque tus lábios son el conducto por el cual tu vida pasa á mi vida.

Padre é hija se sentaron luego en blandos cojines, que entre maceteros de flores y pebeteros de incienso se levantaban; y largo rato se estubieron entreteniendo en caricias paternales.

Por fin despues de mil rodeos á cual mas ingeniosos, hizo el Emir recaer la conversacion sobre un cierto objeto; y como Zahra tratara de escusarse al paso que encarnado como la grana de sus cojines, se ponia su rostro, le dijo Abu-Alhama:

—En vano huyes, hija mia de la conversacion; si las flores del jardin tienen su primavera; primavera tambien tiene la flor de la vida, y no sé porqué; pero cuando las flores reciben el primer

rayo del sol, del sol que ansian, parece que se marchitan é inclinan su corola como avergonzadas de mirar al cielo que antes miraban: la primavera de la vida son los diez y ocho años; ¿cuantos tienes tú, Zahra mia?

—He cumplido diez y ocho.

—Has entrado en la primavera de la vida: ¿por qué te avergüenzas como las flores, Zahra querida, de mirar al cielo, que antes mirabas?.

—¿A qué cielo miraba yo antes, Padre mio?

—A la confianza que tu padre te inspiraba.

—La misma ó mas que antes me inspira ahora mi padre... respondió Zahra conmovida.

—Pues por qué no me hablas ahora de Alí?

Zahra se estremeció y se puso pálida como la cera.

—Palideces... le dijo Als-jerib jugueteando con sus negros y sedosos cabellos; palideces hija mia, porque á tus oidos llega el nombre que de contínuo resuena en tu corazon?

—No padre mio; respondió convulsa.

—Si hija mia; repitió el padre con satisfaccion; muy bello, que una jóven se avergüence de hablar de amor; es el amor un misterio; y si el velo que ese misterio encubre se levanta, el amor es nada: muy bello, muy digno de una alma noble es ruborizarse cuando junto á ella pronuncian el nombre de su prometido; pero en verdad Zahra que aunque noble seas tú, no debia acaecerte esto al oir pronunciar el nombre de Alí.

Zahra temblaba involuntariamente.

—Niña eras todavia, cuando ya tenia yo resuelto enlazaros; luego los dos habeis crecido juntos en este castillo; juntos os habeis desarrollado; como hermanos habeis vivido; no Zahra; hija mia, tú no debias alarmarte al oir hablar de ese hombre.

—No me alarmo, padre; creedme por Alá ¡exclamó Zahra apretando sus blancas manos una con otra, y mirando al suelo mas pálida que nunca.

—No te alarmas..! dijo el Emir sonriendo; no ¿adviertes hija mia que esa palidez te hace traicion? En fin prenda querida, el

amor es una enfermedad de esencia inesplicable, de origen celestial, que celestiales, é inesplicables resultados produce. Yo respeto tu corazon; porque un corazon enamorado, es una arpa muy bien templada que debe respetarse mucho para que no salten sus cuerdas; yo respetaré el tuyo; pero yo pondré pronto remedio á la sublime enfermedad que padeces.

—¿Cómo? pregunto Zahra asustada.

—Arreglando tus bodas con Alí.

Zahra palideció de nuevo; inclinó la frente al suelo; pensó en Fortun; y un profundo suspiro siguió á su pensamiento.

Aquel suspiro era el primer suspiro de dolor que la inocente Zahra habia exhalado en la vida.

—¡Qué dulce es suspirar hija mia, dijo el Emir con objeto de halagarla, cuando se suspira por el hombre á quien se ama!...

—¡Es verdad! exclamó Zahra con profunda melancolia.

—No te lo decia yo... repitió el Emir imprimiendo en su frente un cariñoso beso; estás en la época mas peligrosa de la mujer, en la época de los sobresaltos: pronto te sacaré yo de esta época; y tus bodas hija mia, serán cantadas en el vasto imperio de Abderramen, y envidiadas de moros y cristianos.

Como el Emir tenia abrazada á su hija cuando asi hablaba, sintió palpitar con violencia su inocente corazon; y el anciano exclamó en sus adentros.

—¡Qué enamorada estás, pobre paloma mia!

En esto pegaron dos golpes en la puerta de la cámara.

—El Emir y la Princesa levantaron la cabeza, y el Emir dijo:

—Adelante.

Se abrió la puerta y penetró por ella el Alcaide engalanado con un rico trage bordado en oro y pedreria.

Colocándose de pié frente al Emir, y su hija, dijo despues de hacer una elegante cortesia:

—Alá os guarde soberano de la alcazaba; una escolta de almogavares que acaba de entrar en el castillo, trae este parte para vos Emir; y como tiene el sello del Walí, he creido en mi deber interrumpir vuestra calma para ponerlo en vuestras manos.

—Del Walí? dijo Abu-Alhama sorprendido; traedlo, traedlo.

El Alcaide le entregó un pliego cerrado y sellado.

Zahra cobijada junto á su padre, como la tórtola jóven junto á su nido, temblaba de temor.

El Emir abrió el pliego, y á medida que lo leia, iba pintándose el júbilo y la sonrisa en su semblante.

Zahra y el Alcaide, tenian fijos los ojos en el rostro del Emir.

—¡Bravo! exclamó el Emir cuando acabó de leer; demos gracias al gran Alá porque satisfizo nuestros deseos! Leed Alcaide.

Y mientras el Alcaide tomaba el pliego, apretaba él y besaba con cariño á su hija.

El alcaide leyó:

En nombre de Alá clemente y misericordioso.

El Walí de los ejercitos de Cervera y su castillo, al Emir de Cervera y su castillo: salud.

Peleando con valor mis alfaraces, como siempre; y como siempre con denuedo mis almogavares, penetraron nuestras huestes entre las huestes cristianas, y convertido nuestro alfanje en rayo del Profeta, que para esterminar cristianos, del sétimo cielo bajara, cortó en una hora mas cabezas que soldados cuenta la Alcudia del Emir mi soberano.

En lo encendido de la batalla, y cuando la bandera de la media luna corria por un lago de sangre, arrollando al fujitivo estandarte de la cruz; yo mismo, con mi propia mano, prendí un jóven capitan cristiano, que noble era, porque escudo llevaba en su pecho, y escudillos llevaba en las bridas de su caballo.

Llegó el dia de cumplir mi juramento, oh Emir; cuando la batalla concluyó, y mis valientes alfaraces, y mis almogavares valientes dieron gracias al Profeta por tan completa victoria; allá mismo en el campo del honor, se sacrificó á mi presencia el noble cristiano.

Zahra hizo un movimiento de terror.

Su padre la acarició con ternura.

El Alcaide sin advertir nada de esto, prosiguió leyendo:

El cadáver del cristiano fué quemado sobre una hacina de leña, como en otro tiempo lo fué el cadáver de mi padre, el gran Elimas Mahomet-ben-Daldal-Eben-Almest.

Ya estoy libre; ya puedo casarme cuando al Emir le agrade; decidle esto oh Emir, á vuestra hija, á la hermosa Zahra; á la perla de las perlas; á la joya de las joyas, á la flor entre las flores nacida, al aroma divino, que de aromas llena mi alma apasionada: decidselo Emir, y decidle tambien que el dia cuarto de la presente luna, me tendrá rendido á sus piés entregándole mi mano, como reina; como sultana que hace tiempo es de mi ardiente corazon.

El Profeta os guarde, oh Emir.

Tierra de Campos, etc.

—Bravísimo! exclamó el Alcaide en el primer impulso de alegria; y luego inclinando la cabeza con respeto prosiguió:

—Recibid, oh Princesa, mi parabien, y ojalá que el Profeta os de tantas venturas como venturas se atesoran desde el primero hasta el sétimo cielo.

El Emir se sonreia.

La Princesa dió las gracias al Alcaide con un leve movimiento de cabeza.

...¡Pobre Zahra! pobre joya de joyas, y de las perlas perla, pobre flor entre flores nacida, como el Walí la llamaba en su carta; ¿qué es lo que pasa por tu inocente corazon?

En vano finges tierna crisálida, tu palidez te vende, y la cristalina lágrima que á tus párpados asoma, revela lo que siente tu corazon afligido.

Ninguna de estas muestras que Zahra presentaba se escapaban al Emir; pero padre obcecado, creia que todo aquello nacia del amor que profesaba al Wali, y del rubor que en una tierna niña es consiguiente al amor.

Nadando en gozo dijo al alcaide:

—Bajad á la plaza y mandad que se publiquen las bodas de la Princesa en el castillo y en el pueblo; que mañana se celebren fiestas y que esta noche se enciendan los faroles de las almenas.

—Bien señor, respondió el Alcaide; y haciendo una profunda cortesia, salió de la cámara.

Recordando la amistad que mediaba entre el Alcaide y el Wali; los favores que del Wali tenia recibidos el Alcaide y los encargos que aquel hizo á este al partir en su última algara; se comprenderá muy bien el gusto con que el Alcaide desempeñaria la órden que esta noche le da el Emir.

—¿Tú querrás quedarte sola? dijo entonces el padre á la hija.

—Si, padre mio; dejadme sola.

—Sola te dejo, hija querida; en ocasiones dadas la soledad es la mejor compañera del corazon humano;

E imprimiendo un beso en la frente de Zahra, salió de la cámara; pero aun no habia cerrado la puerta á su espalda cuando resonó en el castillo un espantoso grito de placer.

Zahra que tanto se habia comprimido aquella noche; Zahra que entonces se encontraba sola y que de repente escucha aquel, para ella terrible clamoreo, se tiró de pechos en los cojines, y comenzó á llorar amargamente.

Los gritos seguian en aumento; cien orquestas herian los aires al pié del torreon del homenaje, y los faroles ardian ya en las almenas.

—¡Viva la Princesa...!

Exclamaban unos.

—¡Viva el Wali!

Repetian otros; y nuevos vivas, y nuevas aclamaciones, y

nuevas orquestas sucedian á los vítores dados al Walí y á la Princesa.

Fortun salió sorprendido de su cámara; preguntó qué era aquello; y como le respondiesen que fiestas eran por las próximas bodas de Zahra y de Alí; casi perdió el sentido.

Contristado se retiró á su cámara, y pálido como la muerte se dejó caer en un divan de púrpura.

De Cervera sube gente al castillo; y el bullicio y la algazara crecen por grados.

En la cámara del Emir se reunen los jeques, los ulemas y alnahibes á felicitarlo; y el Emir está contento porque espera ver á su hija sobre manera feliz.

Entretanto, ¡qué coincidencia! arrodillada Zahra en su cámara, ruega al Profeta que la saque de aquella situacion.

Arrodillado en la suya Fortun, ruega á Cristo que á todo trance lo una con Zahra.

Zahra llora en su cámara.

Fortun se aflige en la suya.

Ya Zahra, no cual otras veces se contiene; ya exclama entre lágrimas acerbas:

—¡Alá...! ¡Alá...! lo amo mas que á mi vida...

Ya Fortun no duda; ya Fortun olvida su deber, y convulso exclama entre congojas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ó enlazadme á Zahra, ó arrancadme el corazon.

El amor es como el brillo del diamante, que se hace necesario para que despliegue su esplendor, dar tortura al corazon que lo esconde; nunca se siente mas que cuando se reconoce contrariado; es su esencia como la esencia del sol, que tanto mas acrecienta su fuego, cuanto mas se comprimen sus rayos en el foco de los reverberos.

Zahra y Fortun habian jugado hasta entonces con su pasion; pero en el instante en que la ven contrariada, ambos son víctimas de la misma pasion.

Cada uno en su estancia ora arrodillado ante Dios; y los dos se afligen, y entre sus oraciones vierten los dos abrasadoras lágrimas.

Entretanto el Emir celebra con su córte las bodas de su hija; y los faroles arden en las almenas, y un pueblo inmenso se agita alegre en el castillo, y cien orquestas suenan, y mil coplas cantan los guerreros acompañados por las orquestas al pié del torreon del homenaje, celebrando las bodas del célebre Walí y la Princesa Zahra.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

FORTUN Y SU HISTORIA.

CAPITULO I.

EL CASTILLO DE CASTROVERDE.

El viajero que recorriendo las antigüedades de Asturias y Galicia, se desliza por la suave pendiente cubierta de abedules, de alisos y de gigantescos olmos, que desde la pintoresca aldea de Arante, conduce á las deliciosas márgenes del Eo, se encuentra con las melancólicas ruinas del castillo de Castroverde.

Creemos no exajerar al decir que estas ruinas ocupan una de las situaciones mas pintorescas de Europa.

Si la Italia atesora flores en sus jardines; si la Suiza, belleza en sus bosques y colinas; y la Escocia, sublimidad en sus erizadas montañas y agitados mares; las ruinas de Castroverde se encuentran rodeadas de flores, de sublimidad y de belleza.

Desde la colina en cuya cumbre se levantan misteriosas, se descubre toda la comarca, cual si un dia aquel castillo fuera el rey que dominara los contornos.

Al viajero que ansioso de recibir impresiones, impresiones agradables y desconocidas, se coloca junto aquellos macilentos escombros; antes le faltaran ojos para ver, y corazon para sentir, que nuevas galas, que prodigios nuevos para interesar su ánimo.

Entre deliciosos campos que al pié de la colina se estienden, cual bordadas alfombras que un trono sostuvieran, se descubren á lo lejos la villa de Castropol, cuyas escalonadas casas la asemejan á un circo romano; la villa de Figueras habitada solo por inocentes pescadores, y la majestuosa torre de San Roman, que sirve, y servir puede por su altura, de atalaya.

Las cristalinas aguas del rio Eo, murmuran á sus piés; bosques de frondosos árboles, campiñas de matizadas flores, nacen en las márgenes del rio; el mar se pinta á lo lejos palpitante con sus espumosas olas; barcas azuladas de ligeras quillas tienden sus velas á las brisas del mar; aves de diferente plumaje, de renes distintas baten sus alas sobre las junqueras de la playa; y rocas nubes, que en flotantes pabellones de trasparentes perfiles surcan la atmósfera, completan desde la region del Eter aquel panorama inimitable, sublime, encantador.

El castillo de Castroverde presenta un aspecto enteramente distinto.

Solo se ven en él cuatro murallas hundidas, los cimientos de cuatro torres que en otro tiempo flanquearon estas murallas, y restos perceptibles aun de empalizadas, de fosos y de bástulas.

La impresion que producen aquellas campiñas, es una impresion de júbilo; la impresion que produce el castillo, es una impresion de respeto, de melancolía.

Aquel castillo sobre la colina que lo sustenta, frente á las florestas que domina; es la ancianidad sañuda, frente á la juventud risueña; es la muerte envuelta en su fúnebre sudario, frente á la vida adornada con las hechiceras galas del vivir.

Las ruinas del castillo de Castroverde, son demasiado importantes, para que los naturales del pais no se ocupen de ellas; y la tradicion de las ruinas suspiro, viene á coronar de misterios aquellas ruinas.

Si el viajero pregunta á los mas instruidos de esa comarca qué es lo que se sabe acerca del tal castillo; responden, que segun aparece en ciertos documentos, fué este castillo edificado por el conde Dompiñol, con objeto de pasar en él engolfado en sus amores, los primeros meses de su matrimonio, con doña Jesualda, jóven de sin igual hermosura; pero mas adelante, víctima Dompiñol de terribles celos, fundados ó infundados, que esto no dice la tradicion, asesinó con su propia mano en un momento de furor, á su querida esposa doña Jesualda, y él desesperado, perseguido por los fantasmas que en su conciencia nacian, huyó de su patria, se fué á la guerra de las cruzadas, y murió peleando como valiente en el célebre sitio de Damieta.

Esto dice la persona instruida.

Pero si el que viaja por Galicia, en vez de encontrarse con una persona en los libros educada, se encuentra por acaso con algun labrador de aquellas alquerías, ó con uno de los pescadores que habitan en Figueras, y les pregunta qué es lo que se sabe de aquellas ruinas que tan silenciosas se levantan en lugares tan pintorescos; entonces el viajero oye otra cosa: el labrador ó el pescador se revisten de majestad, y con un tono dogmático ó misterioso le responden:

—No sabemos señor, en qué tiempo fué, ni cómo se llamaba el moro: pero es lo cierto, porque nuestros padres asi lo aseguraban, que un rico moro edificó ese castillo.

Ese castillo tenia entonces muchas murallas, muchos fosos y rebellines, y muchos centinelas en las murallas en los fosos y en los rebellines; porque dice que en las lujosas cámaras que dentro de aquel castillo habia, guardaba el moro cerrada una Princesa cristiana de sin igual hermosura, que el maldito moro habia hecho prisionera en una batalla; y la estaba seduciendo dia y noche para satisfacer con ella su apetito liviano: pero como la Princesa cristiana era tan pura y tan casta como hermosa, contaban nuestros padres, que la infeliz se resistia á las invectivas del moro, y como en su socorro invocara á Cristo, invocó el moro al demonio; y el demonio se le apareció una noche en figura de

gato y le dijo: «Mira moro, yo soy Asmodeo, demonio de la lujuria; mi rey Satanás me envia á decirte, que diez años te da de tiempo para perder esa cristiana; pero si á los diez años no has conseguido tu objeto, débil eres; vendrán los cristianos y te despedazarán á ti.»

Pasaron los diez años; el moro no pudo conseguir nada con la hermosa doncella, porque tan pura como hermosa era; y nadando en ira, la asesinó una noche, la descuartizó con sus uñas, tiró los cuartos desde las almenas al foso, y cuentan por muy seguro que al caer al suelo la doncella hecha pedazos, se escuchó en los aires una voz que maldecia ese castillo.

Segun el demonio gato dijo al moro, el dia en que se cumplieron los diez años, que fué el siguiente al de matar á la Princesa, vinieron los cristianos, asesinaron al moro y á su servidumbre, y á sus centinelas, y demolieron el castillo.

Desde entonces... ¡Dios nos libre! nadie sube á esas ruinas porque en el silencio de las noches oscuras, se pasea por esos escombros la sombra ensangrentada de la cristiana, con unos ojos verdes, que brillan á dos leguas de distancia, como los ojos de basilisco; y... no sabemos si cogiera alguno lo que haria con él; porque hasta ahora, nadie se ha puesto en peligro de que lo coja.

Asi se esplica el labrador de aquellos campos, ó el habitante de la villa de Figueras.

Esto es cuanto en el siglo XIX puede decirse acerca de las ruinas del castillo de Castroverde, si nos hemos de conformar con las noticias recibidas de los habitantes de aquel pais.

Algo hay de verdad en cuanto hemos referido; pero segun los datos que para escribir esta historia, de diferentes puntos hemos tomado, aparecen algunas épocas y algunas accesorias muy distintas.

Comenzaremos pues la historia de Fortun.

CAPITULO II.

FLOR DEL VALLE

Espiraba una tarde de junio.

El cielo se presentaba cubierto de nubarrones; la atmósfera cargada; los bosques gemian melancólicos al impulso de naciente huracan; las aves temerosas de la lluvia que amenazaba y del huracan que mujia, volaban á refugiarse en el corazon de los profundos bosques.

Todo anunciaba una horrorosa tempestad.

Alla... en el terreno mas escabroso y cubierto de maleza, que separa Asturias de Galicia, se veian la tarde á que nos referimos, dos mancebos, ginetes en briosos alazanes.

Los dos son jóvenes, los dos son arrogantes, los dos llevan ceñidas á la cintura daga y espada, los dos visten ricos trajes, y costosos jaeces adornan ambos corceles; pero en la distinta manera de tratarse, indican bien á las claras, que el uno es el señor y el otro el escudero.

Tambien se comprende desde luego, que escudero y señor iban de caza, porque la trompa que á la espalda les colgaba, y

la cortante hacha que en la delantera del caballo ostentaban, solo llevarse solia en ocasiones tales.

Con las bridas sobre el arzon de la silla y con los brazos cruzados; caminaban ambos ginetes á merced de la voluntad de los caballos, y gente de ánimo que debia ser, porque aunque la tempestad amenazaba por minutos, con la mayor calma sostenian el siguiente diálogo:

—Imposible es que en las montañas de Asturias, dijo el que trazas presentaba de señor, se haya muerto un jabalí de tanto peso como al que esta mañana dimos alcance.

—Pero á fé mia que os habeis visto comprometido.

—La certeza de mi brazo y el acero de mi hacha me han salvado.

—¿Por qué lo habeis recibido de frente?

—Porque no podia torcer á ningun lado.

—¿Tan fragroso era aquel punto?

—¿No lo has visto?

—Entusiasmado con el jabalí no me he fijado en ello.

—A la derecha habia una escarpada roca de cuatro varas de altura, y á la izquierda un barranco tal, que si rompe por él el caballo nos precipitamos los dos.

—¿A qué distancia le habeis disparado el hacha?

—A ocho varas, cuando apenas descubria sus aguzados colmillos.

—¿Y ha quedado seco?

—Ya lo creo; como que le ha entrado el hacha entre las dos orejas.

En esto sonó un retumbante trueno; y algunas gotas de agua comenzaron á desprenderse de las nubes.

—Señor, dijo el escudero, la tormenta amenaza.

—¿Y tú no sabes si por estas tierras hay donde refugiarnos?

—Solo sé, señor, que estamos ya en Galicia, y que nunca he pisado este terreno.

Otro trueno sucedió al primero, y las gotas de agua eran mas frecuentes.

Algunas aves venian asustadas á esconderse en la maleza.

—Gonzalo, dijo el mancebo; ¿cuánto estará de aqui la corraliza de pastores, donde hemos dejado el jabalí?

—Mas de una legua, señor.

—¿Entonces no hay que pensar en ella?

—Por ahora no señor; ¡y cómo llueve...!

Una de esas lluvias densas y repentinas, acompañadas de relámpagos y truenos, envolvia la Naturaleza.

En pocos instantes comenzaron á correr los torrentes; y los truenos sucedian á los truenos; y la lluvia crecia; y desmesurados granizos caian entre la lluvia.

—¿Qué hacemos señor? gritó el escudero cubriéndose con su capucha.

—No lo sé; marchemos cada uno por un lado á ver si acaso encontramos donde refugiarnos.

Y picando de espuelas á los fogosos brutos, cada uno comenzó á correr en direccion distinta.

Los truenos retumbaban en el firmamento; la Naturaleza quedara á oscuras si la imponente, fugitiva luz de los relámpagos no la alumbrara por intervalos; y cual si las cataratas del cielo se hubieran roto, eran mares lo que las nubes despedian.

Con grande riesgo suyo galopaba el escudero; con mayor riesgo que el escudero, por la escabrosidad del terreno que pisaba, galopaba el caballero.

Ya hacia rato que el uno al otro se habian perdido de vista, y no descubrian ni un corral, ni una cueva; y la tempestad arreciaba; y la noche con sus tinieblas, iba haciendo mas terrible la tempestad, el campo y las veredas.

Ya apenas se percibian los objetos; y el ánimo del mancebo se iba fatigando; pero estalló un relámpago que de parte á parte surcó el horizonte, y á su fúlgida luz descubrió el mancebo en la cumbre de cercana colina un bulto á manera de castillo [illegible]

No se persuadió el mancebo si era re[illegible] habia descubierto; pero exhaló un sus[illegible] el caballo hirió los aires con el [illegible]

El lejano repique de otra trompa, que perdido entre el ruido de la lluvia, apenas llegó á los oidos del mancebo; respondió á su llamada.

Entonces el mancebo aplicándose el cuerno á la boca, hirió con mas fuerza los aires; y un repique mas perceptible que el primero, respondió á esta segunda llamada; luego se oyó el galopar de un caballo; luego se vió una sombra entre la densa lluvia, y el escudero se acercó á su señor.

Parece que al juntarse se saludaron los dos caballos, porque rozaron una con otra sus mojadas frentes, y un cariñoso relincho espiró entre sus lábios.

—¿Qué ocurre señor? preguntó el escudero.

—A la luz de un relámpago me ha parecido descubrir un corral ó castillo en la cumbre de aquella colina.

—Vamos á ganar la cumbre; exclamó el escudero.

Y aplicando el acicate al vientre de los caballos, comenzaron á subir la colina.

La noche habia cerrado por completo; pero la esperanza habia nacido en el alma de los dos cazadores; porque á manera que andaban, iban encontrando nuevas señales de habitacion.

El ancho camino por donde ya subian; el ánimo con que los caballos trotaban, les anunciaba la aproximidad de un caserío; y por si señales mas ciertas á las anteriores faltara alguna, escucharon tambien el cercano ladrar de dos mastines.

—Que sea enhorabuena, se dijeron el uno al otro los dos cazadores, al escuchar la voz consoladora de los perros.

Y picando de espuela el escudero, gritó parando su cansado bruto junto á una muralla:

—Es castillo.

—Y con rastrillos y fosos: contestó el mancebo, llegando á donde se encontraba su escudero.

La noche era oscura, los truenos habian cesado, pero la lluvia caia en torrentes y alguno que otro relámpago rasgaba el seno del horizonte.

Los rastrillos del castillo estaban caidos; los puentes levantados; un farol que se veia junto á un puente apagado.

—Llama; dijo el mancebo al escudero.

Y el escudero aplicándose el cuerno á los lábios hirió, los aires con un redoble, que repitió el eco de las murallas.

Asi que el sonido del cuerno oyeron los mastines, comenzaron á ladrar con furia; pero un farol apareció en lo alto del torreon, y luego se vió salir de lo interior del edificio tres hombres, y llegarse hasta el rastrillo que la entrada impedia á los ginetes.

El uno de aquellos tres hombres era viejo; los otros dos jóvenes.

El uno de los jóvenes llevaba en la mano un hierro á manera de llave; el otro jóven llevaba una linterna; el viejo no llevaba nada.

Cuando tan próximos estuvieron los de dentro y los de fuera, que solo los separaba las verjas del rastrillo; preguntó el anciano aplicando su rostro á las verjas:

—¿Quién llama?

—Dos cazadores que se ven acosados por la tormenta; respondió el escudero.

—¿Qué buscan en este castillo? tornó á preguntar el anciano.

—Un albergue donde pasar la noche, respondió el escudero; si á bien teneis abrirnos la puerta.

—Si vuestro nombre y origen descubris ¡oh cazadores! los puentes y los rastrillos se levantarán; pero si vuestro origen y nombre encubiertos quedasen; levantados quedarán tambien los puentes, y los rastrillos caidos; porque el señor, nuestro amo, no está en casa; y estas órdenes tiene dadas para cuando, no estando él, gente forastera se acerque á su castillo; con que asi noble ó plebeyo ¿podeis decir quién sois?

Entonces revistiéndose de dignidad, dijo el mancebo:

—El que á vuestro castillo llama, es Hernan, hijo de uno de los primeros generales, que milita á las órdenes de nuestro augusto rey Alonso II.

—Salud al rey de Asturias.

Exclamaron los de adentro: y bajando puentes y subiendo rastrillos entre el crugir de las cadenas, tomaron de los bocados á los dos caballos y los introdujeron en unas limpias cuadras, donde ayudaron á apearse al caballero y al escudero.

—En qué castillo estamos? preguntó Hernan.

—Señor; dijo el anciano; estais en el castillo de Castroverde.

—De nombradia es el castillo en que estamos: respondió Hernan; pero vive Dios que cazando nos hemos alejado mucho de la aldea!

—Honradnos señor con pisar nuestra escalera; dijo el anciano á Hernan haciendole una seña para que subiera.

Y precedido por el del farol, comenzó á subir una ancha escalinata, que por barandas tenia recios pasamanos de yeso con graciosos calados.

Detras iba el escudero de Hernan; detras el viejo.

Mientras los forasteros se dirigen á las cámaras ansiosos de descansar y de quitarse la ropa mojada; y mientras uno de los dos criados jóvenes, vuelve de cerrar puentes y rastrillos y se ocupa en acomodar en la cuadra los caballos, digamos nosotros dos palabras del castillo de Castroverde.

Al ver sus rebellines, al ver sus murallas, al ver sus torres, imposible parece que esas murallas, esas torres y rebellines sean las ruinas que en el siglo XIX hemos reconocido.

...¿Donde se ha ido tu vigor, donde la robusted de tus bastiones, oh castillo?

Dónde se van las gracias de la hermosa doncella, que ayer os hechizó con sus encantos... Responde el eco misterioso de las ruinas del castillo.

Este se levantaba como ya hemos visto sobre la cumbre de una colina; pero entonces se estendia una plaza ante los rastrillos y puentes por donde han entrado Hernan y su escudero.

De esta plaza partia un ancho paseo de arena, guarnecido en sus orillas por hileras de madroños, granados y alisos, cuyo paseo formando curvas de gran diámetro para hacer mas suave la pendiente de la colina; iba á desembocar en las deli-

ciosas márjenes del Eo, que murmurante surcaba aquella comarca.

En el paraje en que el paseo se unia al rio, habia una ancha escalinata de piedra; y en uno de los pedestales que la escalinata adornaban, se veia amarrada á una argolla de yerro, una pequeña barca que se mecia en las aguas tan blandamente como en la calma de la infancia se mece el corazon de un niño.

Toda esta márgen del rio, era un continuado jardin natural; pero á cincuenta ó sesenta pasos de la barca habia un grupo de alisos, junto á este grupo otro grupo de rosales; entre los dos grupos que enlazados estaban con flexibles parras, se descubria un asiento de cesped, y junto al asiento nacia una erguida cruz de piedra, que mas alta subia que los rosales y que los alisos.

En los dias de primavera, de otoño y de verano, aquel recinto era placentero, porque desde allí solo se oia el dulce trinar de los pájaros entre las flores, el blando murmurar del agua en la corriente del rio; y ¿quien sabe? acaso acaso, el amargo suspirar de una alma afligida, que sus cuitas depusiera ante aquella cruz de piedra; ó las cortas oraciones de una alma pura, que desde aquel pedestal al cielo las enviara, entre las brisas de la mañana.

Tal era por la parte esterior el castillo de Castroverde en el siglo VIII.

Volvamos á nuestros viageros.

Cuando el jóven Hernan acompañado de los criados acabó de subir las escaleras, le salió al encuentro en un pequeño recibimiento un venerable sacerdote de sesenta á sesenta y cinco años, quien le dijo con dulce majestad:

—Perdonad noble mancebo si mas de lo necesario se os ha detenido en la puerta del castillo; pero tales son las órdenes que del señor tenemos recibidas para cuando él se halla forastero y estamos en el deber de cumplirlas.

—Toda escusa está demas, digno sacerdote; y las gracias recibid, porque grande beneficio habeis hecho á mi escudero y á mi, en admitirnos en vuestro castillo.

—Dar posada al peregrino, es una de las obras de caridad, y la caridad se ha creado para que en práctica la ponga el cristiano, pero vos venis mojado, y es fuerza que os mudeis.

A una voz que dió el sacerdote se presentaron dos pajes tan jóvenes como hermosos, y el sacerdote les dijo:

—Este noble mancebo necesita mudarse de ropa; y dirigiendose al mancebo, prosiguió:

—Si no os es molesto podeis seguir los pajes.

Los pajes condugeron á Hernan á una estancia mayor y mas lujosa que el recibimiento donde habian estado; allá le presentaron varios trajes á cual mas lujosos; y quitándose Hernan con gusto su ropa que estaba despidiendo agua, eligió un gaban ancho de grana y un gorro azúl con pluma blanca al lado.

Mientras Hernan se mudaba, entregaron los pages á los criados para que las limpiasen las espuelas, la espada y la daga del forastero.

No bien este habia concluido de ponerse la nueva ropa con la que arrogante figura presentaba, cuando entró el sacerdote, y con su acostumbrada dulzura evangélica, le dijo:

—Noble Hernan; el señor de este castillo tiene una hija de veinte años, á quien Flor del Valle, llamamos por su hermosura; ¿quereis que os presente á Flor del Valle?

—Ni tal honra creia yo merecer; ni mayor favor pudiérais vos dispensarme: deseo ponerme á los piés de la señora de este castillo.

—Su padre la ama mucho, y muy digna de amor es Flor del Valle; vamos á que la conozcais.

El sacerdote comenzó á andar, y Hernan muy satisfecho de aquel descubrimiento le seguia agitando en su marcha la blanca pluma de su gorro azul.

Cuatro minutos despues Hernan estaba saludando á Flor del Valle.

El salon en que esta jóven se encontraba, era espacioso, adornado al estilo de aquel tiempo; y como tenia abiertas las rejas que al campo daban, se percibia la fragante humedad de junio y

se escuchaba el majestuoso ruido de la lluvia, que ya comenzaba á aflojar.

Flor del Valle estaba sentada junto á una de las ventanas en un banquillo de madera con tapete de terciopelo carmesí.

A su derecha tenia una arpa dorada; y ella comtemplaba con languidez como las nubes se alumbraban por intervalos con la fúlgida luz de los relámpagos.

Hernan debió parecer arrogante á Flor del Valle; pero de seguro que Flor del Valle interesó vivamente á Hernan.

Y no podia menos de ser asi; porque las formas del rostro de aquella vírgen eran seductoras; su color blanco, sus ojos negros y grandes; negras y rasgadas sus cejas; de carmin sus lábios, de perla sus dientes, y en sus mejillas, en sus lábios y en sus ojos se encontraba ese magnetismo que á las bellas adorna, que vale mas que la belleza misma; y que ningun poeta cantar puede, porque tan hermoso misterio mas arriba que la poesia y que el laud, le plugo á Dios colocar.

Flor del Valle por otra parte, vestia con sencillez y elegancia.

Una corona de flores cortadas en las márjenes del Eo aquella misma mañana, ceñia á sus sienes su negra cabellera, que sedosa se esparcia luego al desden por los hombros y la espalda; y una bata de Damasco blanco prendida á la cintura con grueso cordon de oro, formaba todo su traje.

Mas ya que algo nos hemos detenido en describir á tan seductora jóven, no debemos pasar en silencio que un aire de melancolía velaba sus facciones.

Despues de dirigirse Flor del Valle y Hernan algunas espresiones de mera galanteria, se sentaron junto á ella este y el sacerdote; el sacerdote á la izquierda y Hernan á la derecha.

El sacerdote trabó conversacion con Hernan; y aunque de diferentes asuntos platicaron, en ninguno tomó parte Flor del Valle, que preludiando con encantada suavidad en su arpa dorada, continuaba distraida, cual si á las regiones de la tierra fuese estraña.

Mas de una vez fijó los ojos el galante mancebo en el rostro

seductor de Flor del Valle, y con satisfaccion encontró alguna las pupilas de la doncella fijas en sus pupilas; pero inmediatamente las retiró ella poniéndose encarnada, como si un crímen oculto se le hubiera descubierto.

La lluvia iba cesando; el viento que sopló del Norte, rasgó las nubes; un cielo azul se descubrió en lontananza, y la luna clara, brillante, majestuosa, apareció entre las nubes y el cielo.

La tierra cubriéndose de esmeraldas parecia sonreir á este espectáculo.

Las vistas del castillo eran deliciosas mas que en toda ponderacion cabe; y la armonia de la Naturaleza llegaba tanto mas sublime cuanto mas lejana, á las rejas de la cámara en que se hallaban el sacerdote, Hernan y Flor del Valle.

—Padre Estuardo; dijo Flor del Valle sin dejar de preludiar en el arpa; vendrá esta noche mi padre?

—No hija mia; respondió el sacerdote.

—Si ha quedado tan buena noche...

—No importa; tiene que hacer en la villa, y no volverá hasta mañana.

—A qué hora?

—Despues del medio dia.

Luego dirigiéndose á Hernan, prosiguió:

—¡Pobre mancebo..! qué noche tan triste pasareis en este castillo.

—Nunca triste noche pasar se puede, señora; respondió Hernan con galanteria, donde tanto placer se encierra; y por mi sé deciros, y en nombre de Dios os los digo, que desearia que esta noche contara mas horas que un año cuenta.

—Tan poco apreciais el dia?

—Aprecio poco el dia, cuando un sol mas hermoso, junto á mi tengo.

Flor del Valle se sonrió con dulzura y bajó la frente ruborizada.

El sacerdote, de casualidad ó de intento, tenia la vista fija en el campo.

En esto entró un paje y les hizo saber que la cena se hallaba dispuesta.

El sacerdote se levantó el primero; é incitando á Hernan á que fuera delante, le seguia él acompañando á Flor del Valle.

Era el comedor una estancia espaciosa, adornadas sus paredes con armaduras y armas; con cabezas de ciervo y de jabalí colocadas entre los trofeos que las armas y armaduras formaban.

El sacerdote se sentó en la cabecera; á la derecha del sacerdote Flor del Valle; á la izquierda del mismo, frente á Flor del Valle, se sentó Hernan.

Los manteles eran de rico tejido; los platos y soperas de finísima loza; los basos y cubiertos de plata, feligranados en oro.

El servicio estaba á cargo de dos pajes.

Cuando en la mesa aparecieron las primeras biandas, levantó el sacerdote la mano con dignidad, hizo sobre ellas la señal de la cruz y comenzaron á cenar.

La cena se remató con placer, si bien es cierto que la habitual melancolía de Flor del Valle creció por grados, hasta el punto de llamar la atencion del sacerdote, quien le preguntó:

—Qué teneis flor del Valle? estais pálida.

—No tengo nada.

—Nada sentis?

—La ausencia de mi padre.

Y exhaló un suspiro.

—Suspirais?

—Sabeis que siempre suspiro.

Cuando se hubieron servido los postres, dijo el Padre Estuardo:

—Un padre nuestro y una Ave Maria por las almas de los señores que han muerto en este castillo: Padre nuestro que estas en los cielos, etc.

Terminada la oracion, otra vez alzó la mano con dignidad, é hizo otra vez la señal de la cruz sobre la mesa.

Despues, dirigiéndose á Flor del Valle, le preguntó:

—Por fuerza que estais enferma, señora; quereis acostaros?

—Me acostaré: respondió con languidez Flor del Valle; y exhaló un suspiro.

—El aya, dijo á los pajes el Padre Estuardo.

Uno de los pajes salió del comedor, dió un grito y volvió á entrar.

Luego se presentó el aya que era una jóven bien parecida de veinte y cuatro á veinte y ocho años.

Cuando la vió Flor del Valle se levantó de la silla, besó la mano del Padre Estuardo, hizo una cortesia á Hernan, y apoyándose en el brazo del aya, salió del comedor.

Hernan la miró por detrás, y reconoció un cuerpo tan arrogante, como hermoso era su rostro.

La negra cabellera oscilaba sobre sus espaldas; la bata de Damasco crujia blandamente en su lánguido movimiento.

Cuando solos hubieron quedado el sacerdote y Hernan, dijo el sacerdote:

—Vos, noble mancebo os encontrais fatigado, y deseareis dormir.

—No en verdad, respondió Hernan; hace pocas horas que ha anochecido, y yo acostumbro á recojerme tarde; si molesto no os es, mas gusto tengo en platicar con vos un rato.

—Lejos de serme molesto, ansío platicar con forasteros; porque cerrado entre estas murallas, con la niña que habeis visto, con su aya, con el padre de la niña y sus criados, siempre nuestras conversaciones versan sobre el mismo asunto.

—Es lo natural.

—Pero decidme mancebo; si de curiosidad no peco; como es que á tales horas os habeis acercado á este castillo?

—Os lo esplicaré señor: hace cuatro dias salimos de la corte á cazar, seis garzones del rey; teniamos plantados nuestros reales en una corraliza de pastores que de aquí dista una legua; dí yo alcance esta mañana á un tremendo jabalí; y por seguir la hembra nos dirigimos cada uno con su escudero por veredas distintas.

—Ya comprendo; respondió el sacerdote.

—Ni mi escudero ni yo hicimos caso de la tempestad que ame-

nazaba, y cuando ya la lluvia nos ahogaba, descubrí este castillo á la luz de un relampago; vinimos á implorar vuestra proteccion...

—La del cielo.

—Y la vuestra.

—Nosotros hemos tenido un gran placer en acojeros.

—Mayor placer ha sido el nuestro; porque de ello habiamos necesidad, y porque me ha permitido admirar la calma que aquí se disfruta, y el ángel que dentro de estas murallas velais.

—Si aludis á Flor del Valle, ángel es en verdad... pero nunca habiais oido hablar de ella?

—Nunca.

—Ni de su padre?

—Tampoco.

—Ni del castillo de Castroverde?

—Del castillo si; y ni aun eso fuera estraño; porque como sigo al rey en sus marchas, no paro en punto fijo, ni de estas localidades ocuparme puedo: mas si tuvierais á bien, decirme quien es el Señor de este castillo, y algunas circunstancias de su vida puesto que noble es él, tendria mucho gusto en escucharla, porque á juzgar por lo que he visto debe ser aquella interesante.

—Oh... ya lo creo; el señor de este castillo es una persona célebre, muy célebre en los anales de nuestra patria; y si molesta no os es mi conversacion, mancebo, yo os diré su historia en pocas palabras.

—Eso es cabalmente lo que yo deseaba, y tanto no me atrevia á pediros.

—Habeis hecho mal noble mancebo; yo tengo mucho gusto en recordar y referir las glorias del señor, que en estos lugares manda.

—Pues entonces comenzad, digno sacerdote, y asi pasaremos distraidos la velada.

—Seré breve; repuso el sacerdote; y comenzó de esta manera:

—El señor del castillo en que nos hallamos ha sido en su

juventud, uno de los primeros adalides de nuestro rey, que por muchos años viva, Alonso II.

—Cómo se llama?

—No podeis menos de conocer su nombre.

—Como en toda la noche lo habeis pronunciado...

—Se llama D. Fruela.

El jóven mancebo hizo un monvimiento de admiracion.

—Pero ese D. Fruela, preguntó, es el que asistió al sitio de Lisboa?

—El mismo.

—No solo conozco su nombre, sino que lo venero; y entended buen sacerdote; que donde quiera que el nombre de D. Fruela se pronuncia, los guerreros que lo escuchan, doblan la cabeza en memoria suya.

—Y la doblan en memoria de un héroe; porque la virtud y el valor, son las dotes que brillan en su alma.

—Y la hermosa jóven que con nosotros ha cenado, es hija de D. Fruela?

—Es la hija de su corazon, es el ídolo de su vida.

—Solo ser hija de D. Fruela, á tan encantadora doncella le faltaba.

—Si os place, mancebo; continuaré la historia de D. Fruela.

—La historia privada, porque la pública es bien conocida.

—Pues... la historia de sus afecciones, la historia de este castillo.

—Continuad sacerdote, el entusiasmo de encontrarme entre las murallas de D. Fruela, me ha hecho distraeros demasiado.

El sacerdote continuó:

—Despues de la gloriosa toma de Lisboa, como sabreis, quiso nuestro rey, que por la gracia de Dios reina, hacer un rico presente con los despojos de aquella ciudad, al emperador Carlomagno.

—Lo sé en verdad.

—Embajadores que dignamente representaran el reino, debia el rey buscar en este caso; y como tambien sabreis, eligió entre

sus numerosos ejércitos, á los valientes campeones y honrados vasallos D. Fruela y D. Basilisco.

—Tambien lo sé.

—Cuando el emperador de los francos, recibió los ricos presentes que el rey de Asturias le enviaba, esperimentó un gran contento, y de muchos honores colmó á los dos embajadores que con tan grata embajada á él se habian acercado.

—Tambien esta circuntancia pregona su fama.

—Es verdad; pero ahora hablaremos de su vida privada, á cerca de la cual nada dirá la fama. D. Fruela es sobrino del célebre obispo de Iria-Flabia, llamado Teodomiro.

—Del que encontró el cuerpo del apóstol Santiago?

—Del mismo.

Y como D. Fruela, por la gracia de Dios; es tan buen cristiano, como valiente soldado; gran contento recibió cuando supo que su tio andaba por Compostela en busca de las cenizas del santo, marchó con él; y es uno de los que mas trabajaron para tan feliz encuentro.

—Buenas cualidades acompañan á D. Fruela.

—No paró aqui; cuando nuestro rey, que en paz muchos años reine, edificó, para conservar los restos del santo, el pequeño templo, que con ricos presentes engalanan cada dia los peregrinos; la primera piedra la puso el rey, la segunda el obispo Teodomiro, la tercera D. Fruela.

—Mucho de D. Fruela habla la fama, pero no sabia yo que tanto valiera su persona.

—Si de cada fazaña, que en la guerra y en la religion conseguidas tiene, un ramo de laurel le dieran, no serian bastante sus sienes para llevar la corona. Pero D. Fruela es buen cristiano, y ningun buen cristiano importancia da á las coronas de laurel, porque debilidades y no mas las considera de esta miserable vida.

Durante todo este tiempo de que venimos hablando, D. Fruela estaba casado con Doña Luz; y mientras D. Fruela junto al rey D. Alonso marchaba; su esposa Doña Luz vivia junto á la reina Doña Verta, esposa de D. Alonso II.

—Distinguidos son en verdad los señores de este castillo.

—Y tan buenos como distinguidos.

—Ya entonces D. Fruela y Doña Luz, tenian á su hija la hermosa Flora, á quien Flor del Valle llamamos hoy.

—Que es la doncella que esta noche he tenido el gusto de conocer?

—La misma.

—Como la reina Verta, tan santa mujer es, como noble dama y digna esposa del rey Alonso; perfeccionadas por el ejemplo de tan buen rey, las nobles virtudes de su alma; se entregó á la oracion, sin desatender los negocios del Estado en ausencia de su esposo, ni las diversiones propias de su sexo: adornó su magnífico oratorio, para cuyo culto nombró seis capellanes, teniendo el honor de ser uno de ellos el humilde siervo á quien cabe la honra de dirijiros la palabra.

Hernan hizo una galante cortesia.

—Doña Luz, dama de Doña Verta me elijió para su confesor, entre lo seis capellanes, y por ello me distinguió siempre con su afecto. Las cosas seguian bien; D. Fruela recogiendo triunfos junto á su rey D. Alonso; Doña Luz ejercitando la virtud, ó mejor la caridad, junto á su reina Doña Verta; y la niña Flor del Valle, desarrollándose como una verdadera flor, flor sin espinas, entre las caricias de su madre y de su reina: pero una desgracia vino á turbar la paz, que todos disfrutabamos.

—Qué sucedió? preguntó con interés Hernan.

—Que la felicidad humana es una hoja seca, respondió el sacerdote, y sopla el huracan y la arrebata. Doña Luz tuvo una mañana un bómito de sangre, que creiamos ponia fin á su vida.

Hernan hizo un movimiento de dolor.

—No murió Doña Luz; pero quedó muy enferma, y los médicos declararon haber entrado en el segundo periodo de tisis. Gran consternacion produjo tal noticia en la corte de Doña Verta; y gran dolor á todos ocasionó tener que comunicársela á Don Fruela, que junto á su rey, habia ido á pelear contra moros. En fin, mancebo; para no molestaros con pesados detalles os

diré en dos palabras lo que despues de aquella desgracia ocurrió. D. Fruela fue á Oviedo, porque un paje le habia llevado la fatal nueva; el bómito de sangre se reprodujo varias veces en Doña Luz; los mejores doctores, que en consulta se habian reunido, acabaron por declarar á D. Fruela que la enfermedad de su esposa no tenia remedio; pero que si abandonaba la corte y se retiraba á vivir en el campo, se alargaria algun tiempo la vida de la enferma: un dardo de tres filos que hubiera atravesado el corazon de D. Fruela, creedme noble mancebo, no lo hubiera dejado mas yerto; se moria su Luz; y su Luz, era de su alma, de su corazon la luz: esta reflexion, amigo, afectó en términos su pecho, que aquel invencible guerrero, vertió dos lágrimas, las primeras acaso desde que cota vestia; pero lágrimas dañinas que tardaron en brotar de sus ojos; lágrimas, que sus arrugadas mejillas abrasaron.

La reina Verta, oido que hubo á los doctores en el arte de curar, llamó á D. Fruela, y le hizo donacion de este castillo con las haciendas que le rodean, para que en él viviera con su Luz.

Sin decir á Doña Luz el peligro en que se hallaba, se le hizo comprender lo conveniente que le seria respirar el aire del campo; y muy gustosa, porque muy cándida era, se prestó á ello.

El valiente D. Fruela, renunció á sus laureles, y con su esposa y con su hija, pero rodeado de sus mas fieles criados, se cerró en este castillo.

Como yo era el confesor de Doña Luz, el dia en que le acometió el primer bómito de sangre, descansó en mis brazos espirituales; cuando se trasladaron aquí, se empeñó en que los acompañara, y con permiso de la reina, me nombró capellan de este castillo.

Nada os diré mancebo del sentimienlo que la corte y sobre todo Doña Verta, hicieron al separarse de tan leales vasallos.

—Qué tiempo tenia Flor del Valle cuando aquí vinieron sus padres? preguntó Hernan.

—Habia cumplido doce años.

—Y su madre vivió mucho tiempo en este castillo?

—Algo mas de dos años.

—Por manera que tuvo tiempo de conocer á su madre?

—Ah... mientras en estos valles vivió Doña Luz, Flor del Valle fué su única compañera, fué el consuelo de su corazon.

—Y D. Fruela se rodeó de mucha servidumbre?

—De la mas necesaria; ha sido siempre tan modesto en su trato, como valiente en la guerra, tan valiente en la guerra, como noble en sus acciones.

La servidumbre de que D. Fruela se rodeó al venir aquí, que es la misma que hoy tiene, consiste en un mayordomo, un paje de lanza, un palafrenero, dos monteros, un gefe de perros que cuida tambien de las aves, y Blanca, que es el aya de Flor del Valle.

Pero lo que es digno de advertir son las mejoras que ha hecho en los valles que las cercanias ocupan de este castillo.

Vos no os habeis fijado en los deliciosos jardines, y espesos bosques que forman las orillas del Eo?

—Ha sido imposible con la copiosa lluvia que nos agobiaba.

—Es verdad; pero se hace indispensable que mañana al tiempo de partir os fijeis en ellos; si es que con vuestra compañia, mas tiempo no nos quereis honrar.

—A gran bien yo lo tuviera; pero los compañeros nos aguardan una legua de aquí.

—Como mejor os plazca; yo lo hacia porque conocierais á D. Fruela que mañana retorna de su viaje.

—Mucha honra en ello este mancebo recibiría; pero no puedo disfrutar esta honra sin faltar á mi deber.

—El deber es lo primero.

—Podeis continuar la historia si no os molesta, porque me interesa mucho.

—Cuando á este castillo todos nos habiamos trasladado, esperimentó cierta mejoria Doña Luz, y aunque comprendimos que aquella mejoria era momentanea, nos llenó á todos de satisfaccion.

La vida que aqui disfrutábamos y ahora disfrutamos es ejemplar.

Al despuntar el dia toca á oraciones el esquilon del castillo; entrada la mañana, convoca el mismo esquilon á misa en el oratorio de este castillo: se presentaban entonces los primeros Don Fruela y Doña Luz, cuando la enfermedad se lo permitia; luego Flor del Valle con su aya, la servidumbre del castillo, y algunos campesinos de los vecinos lugares, que por un momento dejaban el arado para ofrecer á Dios juntamente con nosotros, las primicias del dia. Yo celebraba la misa; y luego cada uno se entregaba á sus quehaceres ó á sus diversiones.

—Envidiable vida es la que en este castillo disfrutais, digno sacerdote.

—Envidiable era en aquel tiempo, y envidiable fuera ahora en verdad, si no la acibarara con su recuerdo la muerte de Doña Luz.

—Sensible sería esa muerte; pero al fin, las muertes tienen que olvidarse.

—Es muy cierto, las muertes de los hombres; pero no las muertes de los ángeles; Doña Luz era un angel, noble mancebo.

—Proseguid y no os afecteis, buen sacerdote.

El sacerdote prosiguió:

—El resto del dia, esceptuando las horas de comer, las emplaba D. Fruela en dar á caballo batidas de ciervos, de osos, ó jabalies, y en cazar á pié liebres, perdices y conejos.

—Muy agradable es la diversion de la caza.

—Y saludable.

—Si en verdad; galopando por los montes con la trompa en una mano y el mortífero dardo en la otra, el cuerpo adquiere robusted, y espansion y brio el ánimo.

—Eso dice D. Fruela.

—Y dice bien.

—Veis esas cabezas de jabalies, de osos, y de ciervos que adornan las paredes de este comedor?

—Ya hace rato que las he visto, y en ellas me he fijado con gusto.

—Son trofeos de las cacerias de D. Fruela.

—He supuesto que del señor del castillo serian trofeos; porque si lo fueran de los criados, estarian en las cuadras ó en los rastrillos de la primera muralla.

—Asi es en verdad.

—Decidme sacerdote; y mientras D. Fruela se entregaba á la caza, qué hacian Flor del Valle y su madre?

—Tambien tenian sus placeres; porque tenian palomares, conegeras, gallineros; y entre los conejos, las gallinas, y las palomas se deslizaban para ellas y para el aya momentos de verdadero gozar. Pero advertid mancebo, que cada dia se presentaba Flor del Valle mas hermosa, mas desarrollada, mas llena de vida, y cada dia su madre se encontraba mas pálida, mas consumida, con menos vida; no parecia sino que Flor del Valle era una rosa que abria su corola absorbiendo el jugo del rosal que era su madre.

Cuando asi contemplábamos á doña Luz nos entristeciamos sobre manera, pero fingiamos delante de ella y nos presentábamos alegres.

—Lo creo.

—Otro de los placeres que madre é hija disfrutaban era el paseo. Os he dicho antes, mancebo, que cuando D. Fruela se trasladó á este castillo, engalanó sus alrededores con los árboles y plantas mas frondosos que este suelo feraz es susceptible de producir.

—Recuerdo que lo habeis dicho.

—Si desde la puerta del castillo tomais una ancha bajada guarnecida en sus orillas con olmos, y rosales entre los olmos; llegareis á las márgenes del Eo; pero si antes de llegar á las márgenes del rio, dejais tan grata bajada y siguiendo lo mas espeso del valle os dirigis por frondosa vereda á la derecha, cincuenta ó sesenta pasos, os encontrareis en un recinto tan bello, que invencion de vates mas bien que realidad parece.

Es el tal recinto una pradera cubierta de flores, de rosales y de jazmines que entre los rosales crecen; bosques de jóvenes olmos y de alisos tan jóvenes como los olmos, lo rodean por todas

partes; por encima de las copas de estos árboles se descubre el castillo, en que nos hallamos, y por los claros que los troncos de esos árboles forman, se descubre la mansa corriente del Eo.

—Bello sitio es en verdad.

—En este sitio bello, es donde madre é hija pasaban las primeras horas de la mañana, y las últimas de la tarde; allí, en medio de las flores y con las palomas que á arrullarse entre las flores bajaban; la madre tierna daba á su linda hija sanos consejos de moral; le trazaba preceptos de conducta conforme á los cuales habia de gobernarse en este mundo; y yo, que en tan piadosos y santos ejercicios las interrumpia con frecuencia, juntaba mis reflexiones á las reflexiones de la madre, y estos principios se infiltraban en el corazon de Flor del Valle, como las aguas del Eo infiltrarse suelen en las arenas que forman sus orillas.

Luego Flor del Valle, me besaba la mano, se la besaba á su madre; y tomando el arpa mezclaba los dulces sonidos del instrumento con el trino de los ruiseñores, y el arrullo de las tórtolas, que formado habian sus nidos en la espesura.

El sacerdote se conmovia al recordar aquellos tiempos.

—Cuando la campana del castillo tocaba á la oracion de la tarde, que era cuando el lucero Venus asomaba en el horizonte, se levantaban los puentes del foso, se bajaban los rastrillos, se soltaban los mastines; y los señores, su hija y los criados, nos reuniamos en el oratorio á rezar el rosario.

Despues de cenar, ó D. Fruela nos contaba alguna de las muchas batallas que contra moros ha sostenido, ó hablaba del fastuoso recibimiento que tuvieron cuando en embajada se acercaron á Carlo Magno; ó yo leia uno de los pasajes mas tiernos de la Biblia, cuya lectura agradaba sobre manera á doña Luz y á su hija.

—Es tan dulce la vida que en este castillo habeis disfrutado buen sacerdote; dijo el mancebo, que al escucharos se empapa mi corazon en esa misma dulzura.

—Pero esa dulzura concluyó; repuso el sacerdote con tristeza.

—¿Cómo que concluyó? preguntó el mancebo sorprendido.

—La vida que hoy observamos, es la misma que entonces observábamos; pero la dulzura que envidiais acabó; porque una pena cruel vino á acibarar nuestros corazones.

El sacerdote se conmovia á medida que hablaba.

El jóven mancebo tenia la vista fija en el rostro del sacerdote esperando que sus palabras resolvieran sus dudas.

—Cuando habitamos en la córte, dijo este, y se muere un amigo, un pariente, un hermano, lo sentimos; sin embargo, el bullicio de las grandes poblaciones, la agitacion, el constante gentio, ahogan pronto nuestro sentimiento; y la presencia de los muchos vivos que vemos, borra pronto de nuestro espíritu la imágen del infeliz que murió: mas cuando una familia vive, como nosotros viviamos en este castillo, solos, retirados del mundo, juntos en la oracion, juntos en las diversiones, en todo juntos, y la muerte arranca un individuo del seno de esta familia; es como si Dios nos arrancara un pedazo de corazon ó un pedazo del alma, si el alma se pudiese deshacer en pedazos...

—Teneis razon; dijo Hernan.

—Sí, mancebo, sí; la falta en la familia de aquel individuo siempre está presente; porque nuestro espíritu no tiene nuevos objetos que borren su memoria; y aunque borrarla el mismo espíritu quisiese; las sillas, los bancos, los jardines, el oratorio, la reproducirian á cada paso, y en las horas de comer, y en las horas de pasear se echa de menos aquel amigo, aquel pariente con quien siempre se ha vivido.

El sacerdote se conmovia cada vez mas al hablar asi; Hernan se conmovia al ver conmoverse el sacerdote.

—Pues bien, noble mancebo; exclamó este; figuraros vos, el dia en que muriera Doña Luz, ¿qué sucederia en este castillo?

—¡Es verdad! murmuró el mancebo.

Y luego preguntó:

—¿Moriria como una santa...?

—La religion lo dice: *sicut vita, mors est ita*; el hombre siempre muere como ha vivido; Doña Luz murió como el ángel que

en alas de la calma remonta su vuelo hácia los cielos. Placer y pena me causa el recordar aquel momento.

—Esplicádmelo si no os molesta.

—Si, os lo esplicaré, garzon. Era una tarde de octubre, y las tardes de octubre en este valle son misteriosas. En el bello recinto que no lejos del rio, se halla sembrado de flores, y rodeado de olmos, de abedules y de alisos, se encontraban Doña Luz y Flor del Valle. Doña Luz estaba sentada en un césped acariciando los cabellos de Flor del Valle; Flor del Valle reclinada en el regazo de su madre arrancaba del arpa blandos, armoniosos sonidos que lágrimas hacian verter á Doña Luz; y cuando Flor del Valle refiere este instante supremo de su vida, añade, que el cielo aparecia triste, que el huracan bramaba entre los árboles, y que al suelo caian las hojas secas, arrancadas por el ímpetu del huracan. D. Fruela habia salido de caza; mucho habian perdido ya las fuerzas de Doña Luz, y en cariñosas pláticas madre é hija pasaban la tarde confundiendo con los sonidos del arpa y el arrullo de la tórtola, los suspiros de amor que sus tiernos corazones exhalaban. Todo era allí melancolia. En esto la campana del castillo tocó á oraciones; Doña Luz, separó de su regazo á Flor del Valle, se arrodilló en la alfombra de flores que á sus piés nacia, y comenzó á orar. Flor del Valle dejó el arpa, se arrodilló y oró tambien. Cuando aquellas dos vírgenes pronunciaban las últimas palabras del Ave Maria, exhaló Doña Luz un gemido, lanzó un bómito de sangre, y reclinándose en el regazo de su hija, y apretándole la mano, quedó privada.

—Oh noble mancebo.., exclamó el sacerdote; no os estrañen mis lágrimas...

Y escondió su rostro entre las manos.

Hernan no hablaba palabra; estaba afectado.

Luego prosiguió el sacerdote levantando su frente arrugada y sus ojos húmedos:

—Dispensadme mancebo, dispensadme que en silencio pase detalles dolorosos.

—Haced lo que gusteis: digno sacerdote.

—Si, hijo mio; el corazon no envegece; el mio sufre demasiado.

—Es muy triste esta historia.

—Es la historia de la vida.

—Decis verdad!

—¡Ya lo creo! hay por ventura en el mundo alguno que pueda recordar un momento de placer, mas todos recuerdan cien momentos de dolor.

El sacerdote calló. Hernan escondió la frente entre las manos.

—Escuchad mancebo; prosiguió el sacerdote; Doña Luz fué conducida á su cámara.

—Muerta? preguntó Hernan.

—No; habia vuelto del letargo; pero despues de recibir el viático y la uncion; despues de abrazar á su hija y apretar la mano á su querido esposo; despues de despedirse de sus criados y de mí, espiró aquella noche vendiciendonos á todos.

—Terrible llanto el que aquella noche habria en este caslillo; exclamó conmovido Hernan.

—Nadie lloró; contestó el sacerdote: Todos nos arrodillamos junto á la cama, y todos oramos por el alma del cadaver, que al partir de este mundo nos habia bendecido; pero las lágrimas que aquella noche se comprimieron, hierven constantemente en nuestros corazones convertidas en hiel: desde entonces se ha apoderado de todos los habitantes de este castillo una terrible melancolía; y solo las humildes preces que dia y noche elevamos al altísimo, librarnos pueden de los horrores de esa melancolía.

— Dónde se dió sepultura al cadáver? preguntó Hernan.

—En el oratorio del castillo. Mucha fué la jente que de los pueblos vecinos asistieron al funeral, y muchas las lágrimas que los aldeanos vertian cuando á sus casas tornaban dejando enterrada á Doña Luz, porque socorro habia sido en vida de los menesterosos de la comarca. Dos dias despues, tomó Flor del Valle su arpa, y derramando lágrimas á medida que en el valle se internaba, se dirigió al recinto de flores y de alisos, que tan fuertes recuerdos encerraba para ella; entró y la infeliz lanzó un grito de orror; ¡quién lo creyera! la sangre que su madre

habia arrojado por la boca se conservaba aun sobre la yerba; pero se conservaba limpia, roja, humeante, como si acabara de salir del pulmon. Flor del Valle huyó alarmada, se lo dijo á su padre; y reconocida que por todos fué aquella sangre, lejos de limpiarla quiso D. Fruela cubrirla con un elegante mausoleo.

—Y lo hizo?

—Si por cierto: Mandó construir un lucilo de marmol blanco, que él mismo colocó sobre la sangre; y sobre este lucilo se plantó una cruz con peana hueca; gallarda cruz de mármol negro, que teniendo mas de doce piés de altura, descuella su cabeza sobre las copas de los olmos y de los alisos que la rodean.

—Oh...! exclamó Hernan; yo me alegraria mucho de ver esa cruz.

—Nada mas facil; domina la comarca, y desde cualquiera parte se la descubre. Desde entonces se llama aquel delicioso recinto de yerbas y flores poblado, La Cruz. En el momennto en que dieron tierra al cadáver de Doña Luz, cerró con llave D. Fruela la cámara en que espiró; todavia se conserva lo mismo que cuando Doña Luz exhaló el último suspiro; y solo se abre el dia del aniversario de su muerte, dia en que D. Fruela, su hija, los criados, y este indigno ministro del Señor, entramos á rezar algunas horas; y arrodillados en torno de la cama, en el mismo instante en que su espíritu se remontó á los cielos, repetimos las mismas oraciones con que oramos aquella noche en que sobre la cama estaba el cadáver.

—En piadosas prácticas pasais la vida, dijo Hernan.

—La piedad abre las puertas de la gloria; contestó el sacerdote.

—Asi es en efecto; repuso Hernan.

—Desde entonces D. Fruela es víctima de una fuerte tristeza: por la noche nos cuenta sus hazañas como antes las contaba, y por el dia sale de caza como salia antes; pero en todas sus acciones revela el fastidio, hijo sin duda de la pena que le despe-

daza el alma. Esta pena y este fastidio se han apoderado de todos los habitantes del castillo.

—Tambien de Flor del Valle?

—Tambien de Flor del Valle, que asi la llama su padre desde que murió su madre. Pero Flor del Valle como es tan bella, hasta su pena se presenta con seductores matices.

—En qué se entretiene Flor del Valle desde que murió su madre?

—Fuera de las horas de oracion, que juntos hacemos los habitantes del castillo, emplea el tiempo en cuidar de las palomas, de las gallinas y de los patos; ó acompañada de su aya sale á pasear por las márjenes del Eo, ó con ella vaga por la corriente del rio en ligera carabela, ó toma el arpa, y sola, sola siempre que va ahí, se dirige á *la cruz*. Se sienta en las gradas, y entre las flores que junto á las gradas nacen, entona dulces canciones á la memoria de su querida madre. La imágen de esa cruz está fijá en el alma de Flor del Valle.

—Por qué decis eso?

—Por que cuando algo pide á Dios, lo pide en el nombre de la cruz; porque cuando ora por su madre, ora poniendo por mediadora á la cruz; y porque hasta cuando su barca se desliza demasiado en la corriente del rio, la cruz es el faro á donde se dirige en busca de la orilla. Y esto no es estraño, noble mancebo; la cruz... ese poema divino... ese símbolo eterno del hombre puro, es el único faro, que al hombre pecador puede conducir á puerto seguro en las borrascosas tempestades del mundo corrompido en que vivimos.

El sacerdote y Hernan permanecieron en silencio algunos segundos.

Luego dijo el sacerdote.

—Esta es la historia del castillo de Castroverde, que os ofrecí referir.

—La cual me ha interesado sobre manera y me ha conmovido; respondió Hernan.

—Tambien á mí me ha conmovido; respondió el sacerdote;

porque recordar me ha hecho su relacion, escenas que en olvidar halla tranquilidad mi ánimo.

—Tanto me ha interesado á mi esta historia, que me creo ya ligado por los lazos de la amistad ó del parentesco, á cuantos en ella han figurado; y no puedo ya mirar sin cariño, estas murallas y esos valles, donde escenas tan tiernas han acaecido.

—Vaya noble mancebo, dijo el sacerdote; os parece hora de recogenos?

—Sí será; contestó Hernan; pero si de muy curioso, ó tal vez de poco comedido, no me calificarais, digno sacerdote; yo me atreveria á haceros una pregunta antes de recogernos.

—Ni de curioso, ni de poco comedido, podrá nunca tacharse á tan noble mancebo: podeis pues preguntar, cuanto de vuestro agrado sea.

Entonces dijo Hernan:

—Tan hermosa, Flor del Valle; tan simpática, y tan jóven, permanecerá insensible su corazon, ó se habrá rendido ya al amor?

—El sacerdote guardó silencio.

—Tiene algun compromiso Flor del Valle?

El sacerdote permaneció en ademan pensativo.

—Ya os he dicho, repuso Hernan, que tal vez de descomedido pecara en haceros tal pregunta; pero me habeis dado vuestro permiso, y en su virtud...

—Habeis usado de vuestro derecho.

—Si guardar silencio creeis mas oportuno, retiraré mi pregunta.

—Nunca en tal cosa penseis; vuestra pregunta, es una pregunta que bien puede hacerse al postre de una cena, porque solo amistad revela; pero me habeis preguntado dos cosas.

—¿Dos? dijo Hernan.

—Dos muy distintas; respondió el sacerdote. Habeis preguntado primero si Flor del Valle ama, y despues si Flor del Valle tiene algun compromiso.

—Es verdad.

—Pues bien. En cuanto á la primera os diré, que Flor del Valle, criada en este castillo, entre bosques, rios, nubes y palomas; sin haber conocido tal vez otros hombres que su padre y sus criados, sin otras diversiones que los paseos, su arpa y la oracion; su alma no puede amar á nadie, á no ser que por amor se entienda la inclinacion á la arpa, á las flores, y al pensamiento en Dios. En cuanto á la segunda pregunta ya es otra cosa. Yo nada sé á punto fijo, porque desde que Doña Luz murió, se ha hecho tan reservado D. Fruela, que con nadie se comunica; ni aun conmigo consulta sus negocios, como antes los consultaba; pero creo que si; creo que la mano de Flor del Valle está comprometida.

—¿Cómo comprometida? exclamó Hernan admirado: no habeis dicho digno sacerdote, que esa jóven no ama á nadie?

—Si lo he dicho.

—No habeis dicho que apenas conoce á nadie?

—Tambien lo he dicho; pero alguna que otra vez ha parado aqui algun noble mancebo, acosado por la lluvia ó por el frio, tal como vos lo habeis hecho esta noche; y me parece que con uno de esos mancebos ha comprometido D. Fruela la mano de su hija. Escuchadme.

—Hablad.

—Vos sabreis, porque en Asturias y Galicia nadie lo ignora, que desde que en Compostela edificó nuestro Rey el templo para custodiar los restos del apóstol Santiago, dia y noche llegan de lejanos paises, peregrinos que en romeria van á adorar las reliquias del santo.

—Lo sé en verdad.

—Tambien sabreis, porque mucho acerca de eso hablan las gentes, que algunos de los peregrinos, cuando ya han adorado al santo y cumplido su penitencia ó su voto, se quitan el hábito y aparecen ser príncipes ó ricos personages de Francia de Alemania, etc.

—Tambien eso lo sé.

—Pues bien; una cierta noche oscura y fria, llamó á la puerta de este castillo un peregrino barbudo; se le recojió como Dios manda que al peregrino se recoja; cenó y durmió en el castillo; en buena conversacion platicó con nosotros antes de cenar, al amor del fuego; y queriendo corresponder en algun modo á las atenciones que aqui se le dispensaron, pidió á Flor del Valle un rosario para pasarlo por el sepulcro del Santo, ofreciendo volver él mismo á traerlo.

Algunos dias trascurrieron despues que el peregrino partió; y cuando ya creiamos que el tal peregrino de nosotros se habia olvidado; apareció una mañana en la puerta del castillo un gallardo mancebo seguido de dos escuderos, que arrogantes corceles cabalgaban: nos hizo saber que él era el peregrino que en nuestro castillo habia dormido; para probar la verdad de sus palabras, nos entregó el rosario, y partió aquella tarde; pero antes de partir platicó largo rato con D. Fruela, y este mancebo, segun yo creo, es con quien Flor del Valle está comprometida.

—Y ese noble mancebo es de lejanas tierras?

—No puedo satisfacer á esa pregunta; solo sé que su acento parecia francés.

—Desearé que Flor del Valle sea feliz.

—Y yo siento mucho haberos dado tal vez un disgusto; pero siempre la verdad sale de mis lábios.

—No por cierto; ¿por qué me habeis de dar un disgusto?

—Como jóven y noble sois... aunque antes os dije que pregunta de amistad era la vuestra, si acaso llevabais alguna intencion en ella...

—No llevaba otra que la de satisfacer una curiosidad; ni otra llevar pudiera, porque tambien mi mano se encuentra comprometida con una de las nobles damas que al servicio están de la reina Verta.

—Sea en buen hora, y mil parabienes cojais de ese compromiso vos y vuestra familia.

—Gracias, digno sacerdote, y gracias tambien por el placer

que me habeis proporcionado refiriéndome la historia de este castillo.

Hablando asi, se levantaron de la mesa, el sacerdote y el mancebo, y despues de una afectuosa despedida que entre ambos se cruzó, se dirigió el mancebo á la cámara que le designó un paje.

A los pocos minutos, reposaba el castillo en sepulcral silencio.

CAPITULO III.

—

LA PARTIDA

Pocas horas hacia que el primer rayo del sol doraba con su luz las almenas del castillo de Castroverde, cuando se alzaron los rastrillos, se bajaron los puentes, y la agitacion sucedió á la calma en aquellos alrededores.

Si nosotros penetramos dentro de las murallas, observaremos escenas enteramente distintas las unas de las otras; de todas las cuales nos ocuparemos por órden.

Flor del Valle sentada junto á la reja de su dormitorio platica cariñosamente con su aya, mientras esta le ayuda á vestirse.

Es el dormitorio de Flor del Valle una estancia espaciosa, con grandes rejas que dan al campo; y como el castillo se alzaba sobre elevada colina, el paisaje que desde las rejas de Flor del Valle se descubria, formaba un panorama encantador.

Por eso Flor del Valle habia escojido para dormir aquella cámara; por eso en las noches placenteras de verano, sentada en el alfeizar de una de las rejas; mientras contemplaba los valles, el rio, las nubes, la luna y las estrellas, arrancaba de su arpa

dulces sonidos, y al aire lanzaba las afecciones de su alma en melodiosos cantos, capaces de arrebatar el corazon del hombre que los escuchara.

Pero en el momento á que hacemos referencia, Flor del Valle no canta; Flor del Valle se está vistiendo, y en su cándido rostro se observa un colorido nuevo ó de placer ó de entusiasmo, que inocente niña no se empeña en ocultar.

—Blanca, dice á su aya; manda á un criado que me suba dos claveles encarnados de las orillas del Eo.

Blanca ejecutó solícita las órdenes de Flor del Valle.

Esta jóven aparecia seductora.

Se habia calzado zapatillas de raso blanco, y vestia una falda de Damasco blanco, con sobrefalda abierta y cuerpo de Damasco encarnado: gruesas cadenas de oro adornaban su cuello; y costosa diadema de perlas ceñia á sus sienes su negra cabellera, que oscilaba luego en graciosos bucles, haciendo resaltar mas y mas la blancura satinada de su rostro, el carmin de sus lábios y la energia de su mirada.

Cuando el aya le presentó los dos claveles que de las orillas del rio habian subido, y que el color á la grana disputaban; se los colocó Flor del Valle con seductora gracia en la sien izquierda, debajo de la diadema; y mirándose á un espejo con ancha luna de finísima plata, le preguntó á su aya sonriendo:

—Estoy hermosa, Blanca?

—Esa pregunta está demas señorita; pero nunca me habeis hecho pregunta semejante.

Flor del Valle se puso mas encarnada que los claveles que adornaban sus sienes.

—No sabeis señorita, que siempre sois hermosa? le dijo Blanca.

—Asi me habeis hecho creer tú y mi padre, pero como dice el señor sacerdote, cuando se desea un bien, se duda de poseerlo.

—Y vos deseais hoy ser hermosa, no es cierto? preguntó sonriendo Blanca.

Flor del Valle fijó los ojos en el suelo y se sonrió ruborizada.

—¿No es cierto lo que he dicho? repitió Blanca, con mas pícara sonrisa.

—Cierto es; contestó Flor del Valle: por primera vez en la vida agita mi corazon ese deseo; pero no hablemos mas de ello.

Entonces se presentó un paje en la cámara, y dijo que esperaba el almuerzo en la mesa.

Al oir estas palabras Flor del Valle, se levantó, pero ruborizada; fijó de nuevo su vista en el espejo de plata, y arreglándose convulsa los claveles de la sien, y arreglándose sin necesidad las borlas de oro, que de su cintura pendian, salió de la cámara acompañada de su aya.

Cuando las dos jóvenes llegaron al comedor, ya estaban sentados á la mesa el sacerdote y Hernan en el mismo órden que la noche anterior.

El sacerdote á la cabecera, Hernan á la izquierda, y á la derecha esperaba su asiento á Flor del Valle. Flor del Valle entró en el comedor ruborizada, pero seductora; seductora y bella como una vestal; y agitando en su modesto paso los sedosos bucles de su negra cabellera, y crugiendo con blando ruido el damasco de su falda y el damasco de su sobrefalda, se acercó al sacerdote, se arrodilló delante de él y le besó la mano que el sacerdote le presentó con anticipacion, porque aquel acto de respeto lo ejercia todas las mañanas la hermosa hija de D. Fruela, antes de desayunarse.

Luego se levantó y saludó con dignidad á Hernan, que derecho esperaba su saludo desde que por la puerta del comedor la vió entrar.

Si Flor del Valle estaba hermosa, Hernan estaba arrogante; ya vestia su traje, ya calzaba sus espuelas, ya pendia de su cintura la espada y la daga, y de su espalda la trompa.

—Os envidio caballero, dijo Flor del Valle sentándose frente á Hernan, el dia de caza que vais á disfrutar.

—¿Os gusta mucho la caza? preguntó Hernan con galanteria.

—Supongo que me gustará, porque nunca he cazado; pero

debe ser grandioso correr por los montes en arrogante alazan tras un venado.

—Teniendo por alfombras los valles, por lumbrera el sol, y por dosel el cielo.

—El ánimo debe esperimentar grata espansion...

—No reconoce límites el espíritu, y hasta las afecciones son mas grandes; mas sublimes, porque entre valles, cielo y nubes se despliegan.

En esto un criado sirvió el primer plato, y el sacerdote haciendo sobre la mesa la señal de la cruz, y recitando á media voz una oracion en latin, cortó el diálogo que entre Hernan y Flor del Valle habia comenzado.

Seremos breves.

El almuerzo duró una hora, y esta hora se deslizó fugaz, porque fugaz se desliza el tiempo cuando nos es agradable.

El meridiano del castillo marcaba las diez, cuando por las puertas de este salian el sacerdote en medio de Hernan y de Flor del Valle; detras el escudero de Hernan, detras los criados del castillo conduciendo de la brida los caballos, que por obsequiar al escudero le habian quitado de la mano.

—*Post núbila Phebus*; dijo el sacerdote al pisar el campo.

Con efecto, la mañana era una de esas claras, frescas, radiantes, perfumadas, que en el mes de junio suceden á una noche de tempestad.

Ni hablaremos del sol que su disco reflejaba en la corriente del rio, ni de las flores que abrian sus húmedas corolas al influjo del sol; ni de los pájaros, que entre las flores trinaban; porque de tales galas dotó Dios á la Naturaleza, no tanto para que el poeta en cantarlas se ocupe, como para que el hombre se engolfe en contemplarlas.

Con la abundante lluvia de la tarde anterior habia salido de madre el rio, y se hacia forzoso pasarlo en la barca, que para su recreo tenia Flor del Valle.

Cuando Hernan y su acompañamiento llegaron á la escalinata que de embarcadero servia, dijo á Hernan el sacerdote:

—Aquella es la cruz.

Hernan miró hácia donde el sacerdote habia tendido la mano, y vió una esbelta cruz de piedra que descollaba severa su cabeza sobre las verdes copas de los alisos, de los abedules y de los olmos.

Hernan tuvo fija en ella la vista algunos instantes, y en el recogimiento que de su rostro se apoderó mientras la miraba, dió á entender la religiosa impresion que le habia producido.

—Teniais noticia de mi cruz? le preguntó Flor del Valle.

—Le referí anoche la historia del castillo de Castroverde: respondió el sacerdote.

—Y es historia que me ha conmovido, y de la que muchas veces me acordaré en la vida.

Flor del Valle pareció agitarse, y fijó los ojos en las flores que de alfombra le servian.

—Pasamos? preguntó el barquero.

—Pasaremos; contestó Hernan.

—Que pase primero el escudero; dijo el sacerdote para que tenga los caballos en la otra orilla, porque como la barca es pequeña, se hace forzoso atravesar el rio de uno en uno.

A cierta señal de Hernan, entró el escudero en la barca, y haciendo un respetuoso saludo á la señora y sacerdote del castillo, comenzó la barca á alejarse de la orilla.

Los circunstantes miraban la frágil carabela surcar la corriente, y como el rio estaba crecido, ofrecia las mismas ondulaciones que un bergantin ofrece en tempestuoso mar.

Mientras que dulces coloquios sostenian reclinados en los balaustres de la escalinata, Flor del Valle, Hernan y el sacerdote, pasó el barquero al escudero, luego un caballo, despues el otro caballo, y por fin atracó la barca en la primera grada, y quedó parado aguardando al noble mancebo que absorto estaba en la conversacion que con el sacerdote entablada tenia.

—¡Ah! exclamó Hernan de repente, observando la barca.

—Ha llegado el momento de separarnos; dijo el sacerdote tendiéndole la mano.

—Con harto sentimiento mio; respondió el mancebo mirando á Flor del Valle.

Flor del Valle sobremanera triste, fijó los ojos en el suelo, cual si no pudiera resistir la mirada de Hernan.

—No está el Señor del castillo: dijo el sacerdote con afectuoso acento; pero en su nombre, porque autorizado estoy para ello, el castillo pongo á vuestra disposicion.

—Gracias os doy por este ofrecimiento y por la buena acogida que dentro de vuestras murallas he tenido.

—No he hecho en ello sino cumplir un deber.

—Por la generosidad que conmigo habeis usado, no por el deber que decis habeis cumplido, espero que en mi nombre dareis á D. Fruela las gracias.

—Deponed todo cuidado.

—Y decidle, que donde la córte del rey D. Alonso se encuentre, allá tiene un garzon á quien mandar.

—Le haré presente vuestra galantería.

—Adios, digno Sacerdote.

—Adios, mancebo.

—Y vos, hermosa Flor del Valle, disfrutad en estos campos toda la felicidad de que vuestra alma es digna.

—Adios, Garzon; respondió Flor del Valle.

Y pálida fijó los ojos en el suelo.

Hernan saltó á la barca y á impulsos del remo se iba alejando ésta de la orilla.

Flor del Valle que pocos momentos antes habia mirado tan distraida cómo la barca surcaba la corriente del rio, pasando primero al escudero y luego á los caballos, no se atrevió á mirarla cuando al mancebo conducia; sin duda que entonces no le agradaba que la barca se alejase.

Por fin cuando atracó en la márgen opuesta, levantó los ojos y vió que Hernan ya estaba de pié junto al caballo, y que el barquero volvia, con la barca sola.

El escudero que con la mano izquierda sujetaba de la brida su alazan, agarró con la derecha del bocado el corcel de su se-

ñor; éste puso el pié en el estribo, y siguiendo con gracia y maestría los escarceos del fogoso bruto, montó á caballo.

El escudero montó en el suyo.

Hernan hizo un elegante bésamanos á Flor del Valle y al sacerdote que desde la otra orilla los contemplaba; y aplicando acicate á los corceles, amo y criado se perdieron galopando por la espesura del bosque.

Entonces el sacerdote se volvió al castillo, y Flor del Valle y su aya, se dirigieron á la cruz.

Cuando los dos ginetes atrás dejaron las primeras alamedas, y á lo lejos distinguian el castillo que se dibujaba con sus rebellines en el horizonte azul de la mañana; dijo el escudero á su señor:

—Silencioso vais, señor.

—Voy triste, Gonzalo.

—¿Por qué, señor?

—Porque agradable y profundamente me ha impresionado la hija del señor de ese castillo.

—Pues pretended su mano.

—Es imposible.

—¿Por qué? exclamó el criado ofendido: ¿hay acaso en el reino de D. Alonso II, dama por noble que sea, que á negar se atreva su mano al hijo de D. Alvaro Nuñez?

—¿Olvidas Gonzalo que tengo comprometida mi palabra?

—Mas vale vuestra dicha que vuestra palabra.

—Es que tambien Flor del Valle está comprometida.

—Entonces no digo nada señor; vos sabeis mejor que yo lo que debeis hacer.

Mientras asi hablaban amo y criado; arrojando espuma por la boca trotaban y trotaban los dos brutos.

Cuando Flor del Valle se hubo sentado en las gradas de la cruz, y Blanca á su lado; dijo á Blanca Flor del Valle con acento de melancolía:

—¿Qué te parece el garzon que acaba de marchar?

—Simpático y arrogante; ¿y á vos qué os parece?

—Ojalá que jamás lo hubiera visto.

—¿Lo amais?

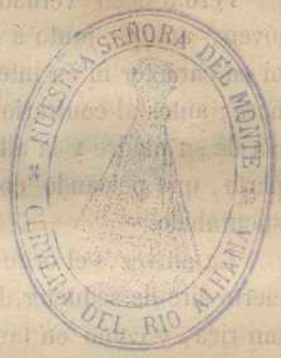
—No.

—Pues entonces...

—No sé; pero ojalá que á mi castillo nunca hubiera venido.

Blanca fijó los ojos sorprendida en el rostro de Flor del Valle.

Flor del Valle estaba llorando.



CAPITULO IV.

UNA MEDICINA A TIEMPO

Puesto que hemos acompañado al jóven Hernan en su cacería, y en las aventuras que en el castillo de Castroverde le ocurrieron, parece oportuno que digamos dos palabras acerca de su orígen, para lo cual se hace indispensable que abandonando valles y florestas, nos dirijamos á Oviedo.

En aquella ciudad se desplegaba entonces el lujo de la córte del rey Alonso II.

Y aunque es verdad que este rey no empleaba el tiempo ni el dinero como otros reyes hacer solian, en fiestas, en torneos, ni en boato supérfluo; á pesar de todo, mas pompa que en ninguna otra ciudad se ostentaba en la córte.

Siempre hay entre los palaciegos algunos que escitan la emulacion de los demás, por la mayor privanza que disfrutan con el Soberano; y en aquella época, los que dotados de tal ventura se consideraban, eran D. Alvaro Nuñez en las cámaras del rey, y doña Leonor de Santisleña en el ánimo de la reina.

Doña Leonor era madre de una jóven de veinte y cuatro años,

arrogante, hermosa, á quien la reina tenia á su servicio; y á quien ya habia distinguido con varias condecoraciones.

Pero á decir verdad; Isabel, que asi se llamaba la hermosa jóven, aunque junto á la reina hacia muchos años que vivia, ni en carácter ni en intenciones se asemejaba á tan virtuosa señora; antes al contrario, habia heredado el orgullo, la petulancia de su madre y la altivez de su padre; buen general, por otra parte, que peleando contra moros, en el campo del honor habia sucumbido.

La altivez, el orgullo y la petulancia de Isabel, imprimian cierto aire de seductor desden á sus esbeltas formas; y como era tan rica, y como en tan alto grado disfrutaban ella y su madre de la confianza de la reina, perdidos andaban por tan afortunada jóven los mancebos de la córte, mas ni uno tan solo podia gloriarse de que en él hubiera fijado sus ojos Isabel, á no ser para dirigirle una mirada de desprecio ó una sonrisa de sarcasmo.

En una palabra; la cruda Isabel, que asi la llamaban los feridos garzones, era por aquel tiempo la dama de moda en la córte del buen monarca D. Alonso II.

D. Alvaro Nuñez tenia un hijo de veinte y tres á veinte y cuatro años, llamado Hernan.

Hernan, á quien ya conocemos, habia heredado las virtudes de su padre.

El honor, el ánimo, la impasibilidad en el peligro, la modestia en los triunfos, la caridad con el pobre; todas estas relevantes circunstancias que tanto honraban á D. Alvaro Nuñez, se reflejaban en el corazon de su hijo, pero embellecidas doblemente con las seductoras tintas de la juventud.

Por esto, el rey D. Alonso, que tanto amaba la honradez, idolatraba á D. Alvaro y á Hernan.

Queriendo el buen rey dar á esta familia el mayor grado de esplendor posible, habia ajustado tiempo hacia, las bodas de Hernan, hijo de D. Alvaro Nuñez, con la hermosa Isabel, hija de Doña Leonor.

«Uniendo la primera, dama de la reina, con el mas noble gar-

zon del rey; decia D. Alonso, todas las gracias que conceder pueda el rey á sus paniaguados recaerán en ese matrimonio, y los padres del uno y de la otra encontrarán premiados en sus hijos los buenos servicios que al rey, y á la reina tienen prestados.»

Por demás será añadir que tales bodas, que públicas eran en Oviedo, amargaban á mas de una doncella, y á mas tambien de un mancebo; pero mancebos y doncellas encomiaban con los lábios, lo que maldecian con el corazon.

Como que Hernan é Isabel, edad muy suficiente tenian ya para contraer matrimonio, indicó el rey varias veces á D. Alvaro que podia verificarse aquel enlace; y es de estrañar que siempre respondiera D. Alvaro á su rey, pidiéndole próroga; y si el rey le preguntaba, por qué era aquel empeño en retrasar las bodas, respondia D. Alvaro, que porque antes de que su hijo á los placeres del amor se entregara, debia avezar su corazon en los peligros de la guerra, y antes de descansar en el seno de la mujer á quien amara, debia tejer para sus sienes una corona de laurel.

Mucho halagaban estas razones el ánimo del rey; muy propias las creia el monarca del noble corazon de D. Alvaro Nuñez; pero en aquel caso se engañaba.

Iba retrasando D. Alvaro las bodas de su hijo, porque le repugnaba la petulancia de Isabel; porque le repugnaba el soberano orgullo de doña Leonor; y porque le habia repugnado el carácter del esposo de esta, á quien conocia bastante, porque juntamente con él habia militado largo tiempo.

Pero el rey habia dispuesto la tal boda; la habia dispuesto por colmar de honores á los dos jóvenes, y oponerse á ella D. Alvaro, era en su opinion manchar su alma con el feo borron de la ingratitud; y tal vez, tal vez, cometer un crímen de lesa majestad.

En cuanto á Hernan, debemos reflexionar que era jóven, que la juventud marcha en pos de la hermosura, y que á Isabel se la consideraba sobre manera hermosa.

Debemos tambien considerar que todos los mancebos admira

ban á Isabel como la notabilidad de la época; y el verse distinguido por una notabilidad, lisonjea mucho el amor propio de un jóven.

Esto es ni mas ni menos lo que á Hernan le sucedia con Isabel.

Luego, como D. Alvaro era de un carácter tal, que mataba sus verdaderos sentimientos, y se presentaba no solo ante su rey, sino ante su hijo como entusiasmado con aquellas bodas; el hijo al dejarse arrastrar por las fantasias que anteriormente digimos, se consideraba feliz puesto que en ello además de obedecer los impulsos de su corazon, complacia tambien á su adorado padre.

Mas no debemos pasar en silencio, que muchas veces, Hernan é Isabel, gastaron en encolerizadas reyertas, el tiempo que en acariciarse debian emplear; y esto sin duda alguna consistia en las diferentes tendencias, en los caractéres distintos que á ambos jóvenes adornaban.

Hemos dicho cuatro palabras acerca de la familia de Hernan, de su posicion, y del papel que representaba en la córte del rey Alonso II.

Procuremos pues ahora enlazar nuestra relacion con los sucesos anteriores.

Mas de un mes habia trascurrido desde la noche tempestuosa que Hernan y su escudero pasaron en el castillo de Castroverde.

No sabemos nosotros, aunque adivinar se puede con facilidad, qué es lo que aquella noche ocurrió en el alma de Hernan; pero sí sabemos que encargó con serias intimidaciones á su escudero Gonzalo, no decir á nadie y menos á su padre que habian dormido en el referido castillo.

Es un fenómeno psicológico muy difícil de esplicar, pero muy cierto; que cuando nos empeñamos en ocultar una cosa á los demás es porque nuestro corazon la tiene muy presente; y en cuanto á Hernan no solo podemos decir esto, sino que desde que regresó de aquella cacería, comenzó á perder su natural jovialidad, la dulzura de su carácter, hasta que por fin tal incremento tomó en

su alma la melancolía que de ella se iba apoderando, que tuvo que guardar cama.

Su padre, aunque de carácter grave, tierno, amante de su hijo, se contristó sobre manera al observar aquella indisposicion, que por momentos se agravaba.

Mil veces preguntó á su hijo qué tenia; y mil veces le contestó su hijo que un malestar general.

Reunió D. Alvaro varias juntas de doctores, y todos convinieron en que el enfermo padecia una fuerte afeccion de ánimo que á fuerza de reprimirla habia llegado á herir el hígado, y que si la causa moral no se buscaba para aplicarle pronto remedio, era muy fácil que en lo mas florido de su juventud se desgraciara el arrogante Hernan.

Esta idea hizo estremecer á D. Alvaro; y aquel invencible general, cerrado en su cámara para no ser visto de nadie, derramó mas de una lágrima, arrancada de lo íntimo de su corazon por el amor paternal.

Si queremos formar idea mas clara del estado en que se encontraba Hernan, penetremos un instante en su aposento.

Era su aposento una cámara no muy espaciosa, con una alcoba.

Todo revelaba riqueza y elegancia.

Separaban la alcoba de la cámara largas cortinas de damasco encarnado; sillas de nogal y baqueta claveteadas con primor, rodeaban la cámara; un magnífico escritorio de roble, colocado entre las sillas, deslumbraba con el brillo de sus embutidos de marfil y de plata; cuadros en cobre adornaban las paredes, y sobre el escritorio aparecia, clavada tambien en la pared, una cabeza de ciervo.

Como sus astas podian servir de grandes escarpias, se veian colocados y colgados en sus diferentes puas, dardos, saetas, espadas, acicates y una trompa.

Son las primeras horas de la mañana, pero como las ventanas se encuentran entornadas y tendidas ante ellas por la parte de adentro las cortinas de damasco encarnado, solo penetra en la

cámara un tibio resplandor rogizo, que de misterios viste aquella habitacion, y que al ánimo agrada con su dulzura.

Entre la vaga penumbra que envuelve á la alcoba, se descubre la cama de Hernan con blanco cobertor, y un hombre que en la silla de la cabecera acaba de sentarse.

El silencio que aquella estancia vela, parece sepulcral.

El hombre que junto á la cama se ha sentado es Gonzalo, el fiel escudero de Hernan.

Hernan vuelve lentamente la cabeza, cuando siente el tímido crujir de la silla; y entre amo y criado se cruza aunque con dificultad por parte del enfermo, el siguiente diálogo:

—¿Cómo os sentís, señor?

—Mal, Gonzalo.

—Por qué quereis.

—Porque no puedo menos.

—En la mano teneis el remedio.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no lo poneis en práctica?

—Luego lo pondré.

—¿Qué remedio decis?

—Morirme.

—¡Por Dios, señor!...

—Ciertas penas no tienen otro remedio que la muerte.

Instantes de silencio se deslizan en la alcoba.

—¡Gonzalo!... exclama con languida voz Hernan.

—¿Qué decis?... responde oficioso Gonzalo.

—¡Qué he de decir!... que me muero... que me muero por una mujer... ¡cuánto mejor hubiera sido que un rayo de aquella tempestad me hubiera atravesado el corazon...

—¡No pronuncieis disparates, señor!...

—Sí Gonzalo, sí; disparates parecen las esclamaciones de amor al que no ama... ¿pero sabes tú lo que parece la vida al que en las puertas de la muerte se encuentra por amor?...

Gonzalo no contestó; pero miraba el pálido rostro de su amo, que lánguido y desfigurado descansaba en las almohadas.

—¡Qué hermosa es!... murmuraba Hernan con los ojos cerrados.

—Sí es hermosa; respondió Gonzalo.

—¡Qué feliz será el hombre que la posea!...

—¿Y por qué no habeis de ser vos ese hombre?

—¡Silencio!... exclamó Hernan abriendo los ojos é incorporándose sobre la cama; ¡yo!...

—¿Y por qué no?

—¡Ay Gonzalo!... no quieres comprender el abismo que de ella me separa... ¿no sabes que ella tiene comprometida su mano? no sabes que yo tengo comprometida la mia?...

—Pero amando como amais á Flor del Valle...

—¡Calla, Gonzalo!

—¿Qué, señor?

—No pronuncies su nombre; ya te he dicho cien veces que no quiero que se aperciban de nada.

—Aqui nadie nos oye.

—Nos oyen las paredes; nos oyen mi alma, mi corazon; y mi corazon y mi alma se estremecen.

—Serenaos señor; digo que idolatrando asi á una mujer, teneis derecho á romper vuestros compromisos con la dama Isabel.

—Me asesinaria.

—¡Señor!...

—No sabe nadie el veneno que encierra el corazon de esa mujer.

—Un guerrero como vos no debe temer el veneno de una dama.

—Ni lo temo.

—¡Pues entonces!...

—Pero temo á mi padre.

—Mal temido; porque os ama con delirio, y en el instante que sepa que en este estado os hallais por el amor, recojeria la palabra que á Doña Leonor tiene dada.

—Sí, la recojeria; ¡pobre padre! porque me ama mucho... pero él cifra sus venturas en esta boda, y al recojer su palabra se

haria desgraciado. ¡Ah! ¡desgraciado mi padre! no, Gonzalo... ¡no quiero comprar mi felicidad con la desgracia de mi padre!

—¿Quién sabe? tal vez no.

—Si Gonzalo, sí; y aunque asi no fuera, sobre la voluntad de mi padre está la voluntad del rey... yo no puedo Gonzalo, vencer tanta barrera; moriré en esta cama, adorando la imágen de una vírgen...

—¡Quién sabe, señor! ¿quereis que os hable con franqueza?

—¡Háblame, pobre Gonzalo!

—Cosas mas difíciles que estas se han conseguido en el mundo; en el mundo sucede todo lo que está dispuesto por Dios; cuando Dios nos llevó á aquel castillo por algo seria...

—Me agradan tus palabras Gonzalo; pero son ilusiones de tu buen deseo.

—Yo todos los dias rezo cuando me visto un avemaria á Santa Rita que es abogada de los imposibles; y tengo entendido que esa santa no niega al pecador nada de lo que con buena fé le pide.

—Luego irás á pedirle sobre mi sepultura por el alma de tu señor.

—Antes que eso suceda, perezca yo á manos de los moros.

—No, Gonzalo... vive tú; vivid todos, que yo solo debo morir... morir por una mujer á quien adoro y á quien ni siquiera me es permitido decirle, por tí muero... ¡esto es muy triste!..

Hernan calló, Gonzalo tambien calló.

Pasados algunos segundos dijo Hernan:

—Un favor voy á pedirte Gonzalo.

—Mandadme señor, respondió Gonzalo.

—Cuando me haya muerto, revela á mi padre para que mi padre lo revele á la córte la causa de mi muerte...

—Señor, sí...

—Calla Gonzalo, y en seguida vete al castillo de Castroverde, y á la dama que en sus cámaras habita, le dices: «el mancebo que una noche cenó á vuestra mesa, ha muerto por vos de amor...»

—Pero si...

—Calla Gonzalo; díselo... y si al escucharte vertiera una lágrima; aquella lágrima hará brotar flores de mi tumba.

—No digais esas cosas, señor, y pensad en dulcificar vuestra vida.

—Sin esa mujer, Gonzalo, ni puedo ni quiero vivir.

Mientras así hablaban amo y criado, escenas diferentes, si bien alusivas al mismo objeto, ocurrian en el resto del palacio.

Don Alvaro Nuñez entra en su cámara, y á juzgar por su traje y por la agitacioa de su rostro, debe llegar de la calle.

Se quita la capellina con penacho encarnado y la deja sobre un banco de nogal, se quita la tizona que á su cintura sujetaba rico cinturon dorado, la coloca inmediata á la capellina, y se sienta en su escritorio como absorto en un pensamiento interesante.

Era D. Alvaro un señor de unos cincuenta á cincuenta y cinco años, mas alto que bajo, de fisonomía simpática, pero majestuosa y severa.

Su mirada parecia altiva, su cabeza estaba cubierta de canas, y en el momento en que lo vemos, vestia traje de malla.

Tan luego como junto á su escritorio se hubo sentado, sacó de una cartera con broches de oro un pliego cerrado y sellado con el sello del rey; lo colocó sobre el escritorio, y con ademan taciturno lo contempló algunos instantes, dando lugar sin duda á que descansaran sus fatigados miembros.

Luego se levantó, tomó el pliego, salió de su cámara, y cruzando nuevas cámaras, antecámaras y corredores, entró en el oratorio: cerró la puerta á su espalda, se arrodilló en las gradas del altar, cruzó los brazos, inclinó al suelo su arrugada frente, y se entregó á fervorosa oracion.

El oratorio ofrecia un aspecto recojido, inspiraba un sentimiento verdaderamente religioso.

Estaba adornado con lujo, y no recibia mas luz que la que podia penetrar por una ventana alta con cristal de alabastro.

Despues de algunos momentos que D. Alvaro Nuñez entregado

estuvo á oracion mental, porque ni los lábios ni los ojos se le veian mover; levantó la frente, fijó la vista en un Cristo en la agonía, que ocupaba el centro del retablo, y exclamó:

—Señor, si acierto en este remedio, si mi querido hijo recobra la salud y la calma que ha perdido, os ofrezco ir en peregrinacion á besar la urna de Santiago, y en peregrinacion volver hasta mi palacio.

Don Alvaro se santiguó, se levantó, y siempre con el pliego en la mano, salió del oratorio y se dirigió á la cámara de su hijo.

Llorando cuitas seguia Hernan junto á su escudero, que en vano lo consolaba; cuando se abrió la puerta y apareció Don Alvaro.

Al distinguirlo el escudero se levantó de la silla, le salió al encuentro, y haciéndole una respetuosa cortesía, se encaminó á la puerta.

—Bien haces Gonzalo en salirte, pero cierra; le dijo D. Alvaro al escudero: y penetrando en la alcoba, se sentó junto á la cabecera de su hijo.

Su hijo hizo un ademan para incorporarse; mas el padre se lo impidió diciéndole:

—No te molestes hijo mio; sigue como mas cómodo te encuentres.

Hernan volvió á reclinarse en las almohadas.

Entonces le preguntó el padre:

—¿Cómo te sientes, hijo mio?

—Bastante bien, padre.

—¿Estás en disposicion de sostener un diálogo conmigo?

—Si señor.

—Me alegro, porque tengo que hablarte sobre un asunto serio.

En el rostro de Hernan se vió pintada la sorpresa y la ansiedad por enterarse del asunto que le anunciaba su padre.

Su padre habló de esta manera:

—Desde tus mas tiernos años, hijo mio, te has criado alegre y robusto; nunca tu temperamento ha presentado síntomas que

infundir pudieran temor por tu salud; mas y mas te has desarrollado despues con la caza y con la guerra, y ahora hace quince dias que te encuentras postrado en cama, y que por momentos vemos debilitarse tu salud, y por momentos apagarse tu vida. ¿Qué tienes, hijo mio?

—No lo sé, padre.

—Sí lo sabes, Hernan: cuando los médicos no comprenden la enfermedad de una persona, la comprende la misma persona.

—Yo no comprendo la mia.

—¿Pero te sientes enfermo?

—Mucho.

—Pues bien; óyeme Hernan: soy tu padre, y el padre es como un ángel tutelar que invisible vela constantemente por la felicidad de su hijo: nada he querido decirte hasta hoy por no alarmarte; pero son varias las consultas de doctores que acerca de tu indisposicion he tenido.

—¿Y qué han dicho los doctores?

—¿Recuerdas aquellas visitas sueltas que amistosamente te hacian?

—Las recuerdo.

—Pues luego se juntaban todos en una cámara de este palacio, y sobre tus padecimientos en secreto conferenciaban.

—¿Y qué han dicho los doctores en sus conferencias?

—Han dicho varias cosas; pero en resúmen todos han acabado por asegurar, que ni tienes pulmonía, ni calentura, ni aneurisma, ni postema en órgano alguno del cuerpo; que todos tus miembros están sanos, que quien está enferma es tu alma.

—¡Padre!

—Que digas tú la causa de esa enfermedad, para que tu padre, que es el médico del alma de su hijo, le aplique pronto remedio.

—Los doctores se han engañado; mi alma no está enferma.

—Si lo está.

—En todo caso tendrá una melancolía cuyo orígen yo mismo desconozco.

—No puedo creerlo, Hernan.

—Creedlo, padre.

—No lo creo; porque á tu edad, cuando algo misterioso sentimos; como tú hablas ahora, todos entonces hablamos.

Hernan exhaló un suspiro, que procuró ahogar entre las finísimas sábanas de su cama.

—Hernan, dijo su padre con dulzura: ¿no tienes confianza en mí?

—Sabeis, padre, que siempre la he tenido.

—¿Pues entonces, vas á responderme á las preguntas que yo te haga?

—Si puedo satisfacer á ellas...

—Si hablaras con la franqueza que mi cariño merece...

—Preguntad, padre.

—No tengo otro hijo que tú, y á todo trance quiero poner remedio á tu enfermedad: dime, Hernan, ¿tienes celos de tu prometida, la hermosa Isabel?

—No por cierto; ni motivos para ello que me ha dado.

Don Alvaro se quedó en ademan pensativo.

Luego prosiguió:

—Acaso no encuentras en su carácter la suficiente simpatía para labrar con ella tu dicha?

—Esta boda me la ha proporcionado mi padre; esta boda la ha autorizado el rey; en una boda que mi padre hace, y que el Rey autoriza y proteje, no puedo menos de encontrar mi dicha.

—Cierto es que el rey proteje esta boda, y cierto es tambien que unido á Isabel, en la córte de Alonso II. no habrá magnate que tantos honores como tú reuna; pero hijo mio, no te estrañe mi lenguaje; los honores por sí solos no costituyen la felicidad del hombre, y á veces el corazon quiere huir de los honores.

—Mi corazon marcha siempre contento á donde mi padre lo encamina.

—Muy cristiano, hijo mio; muy santo es tu lenguaje; pero entiende que el corazon no tiene padre.

—¡Ya lo sé!

—¿Puedes ser felíz con Isabel?

Esta pregunta conmovió el ánimo de Hernan: de buen grado hubiera respondido que no; pero dócil y complaciente, como habremos juzgado en lo poco que le hemos oido hablar; comprendia que su padre, á pesar de la manera en que se espresaba, anhelaba que se casase con Isabel, por dar gusto al rey; y en esta lucha terrible que á su corazon afligia, dejó pasar en silencio algunos segundos.

Entonces su padre volvió á preguntarle:

—Díme, hijo mio; ¿puedes ser felíz con Isabel?

—Si señor; contestó Hernan.

Pero al responder se puso pálido como la cera.

—Pues entonces, repitió su padre, no sé á qué atribuir tu enfermedad; pues si aseguras que serás feliz con Isabel, evito preguntarte si quieres á otra; porque si esto sucediera no podrias gozar con Isabel las venturas del amor.

—¡Es verdad! contestó Hernan.

Mas si Hernan no hubiera estado en la cama, y á media luz la alcoba, no hubiera podido ocultar á los ojos del mas torpe, lo que por su ánimo pasó al escuchar aquella reflexion de su padre; al salir de sus lábios aquella contestacion.

Mientras padre é hijo sostenian el diálogo que venimos oyendo, se decia en sus adentros el hijo:

—¿Debo confesar la verdad á mi padre? debo yo decirle que desde que ví una mujer, una virgen, solo con esa virgen ó mujer puedo ser felíz? de ningun modo. Mis bodas las ha autorizado el rey; mi padre adora al rey, oh... antes mi padre moriria, que oponerse á una determinacion del soberano. Por otra parte? aunque todas estas consideraciones las dejara á un lado, ¿qué fruto obtendria yo con declarar que adoro aquella mujer, si aquella mujer está comprometida con otro hombre? quedarme yo en tal estado, y arrancar la alegria del corazon de mi padre.

—¡No hay remedio! exclamó para sí Hernan; yo no debo ser franco ni aun con mi padre á quien venero; yo debo ahogar esta pa-

sion en mi alma, aunque esta pasion ahogada me abra las puertas de la sepultura.

Despues de algunos instantes de silencio, que guardó D. Alvaro, dijo tirando sobre la cama de Hernan el pliego cerrado que todo el rato habia tenido en la mano:

—Puesto que tú por tu parte no quieres contribuir á la curacion de tu enfermedad; escucha pues, la resolucion que he tomado.

Hernan miró sorprendido, primero al pliego; despues al rostro de su padre.

—Los doctores, prosiguió D. Alvaro; ya... entérate de todo lo que ha ocurrido; me encargaron que primero exigiese de tí, que me dijeras con franqueza, cuál era la causa de tu enfermedad para aplicarle un seguro remedio; tú eres tan retraido, que ni á tu padre quieres decirle lo que te sucede, y...

—¡Por Dios padre; si en algo apreciais mi calma, no hableis de aquesta manera.

—Aquesta es la verdad.

—No por Cristo; y os ruego que no os incomodeis.

—Nunca un padre se incomoda con el hijo á quien quiere; pero el padre que á su hijo tanto como yo á tí quiere, tiene derecho á la confianza del hijo.

—Y vos mereceis por completo la mia; pero mucho apreciara que vos me hicierais un favor.

—Cuál?

—Estar seguro de mi confianza, y respetar mi silencio.

—Lo respetaré; mas emplearé para curarte los medios que los doctores me han indicado en caso de que tú te obstinases en callar.

—Qué medios son esos?

—Alejarte de Oviedo.

Hernan miró á su padre.

—¿Te estraña este remedio?

—Me agrada; y cuándo quereis que parta?

—Tan pronto como tus dolencias te lo permitan.

—A dónde me enviais?

—A donde adelantes en tu carrera, y en el seno de la amistad descanses; pero no sientes separarte de Oviedo?

—Si con ello adelanto en salud y en carrera, y como añadis en el seno de la amistad descanso, no debo dar oidos al sentimiento.

—Bien evades la pregunta; pensó D. Alvaro: luego dijo: en ese pliego está tu remedio.

—¿De quién viene ese pliego?

—Del rey.

—Del rey?...

—Sí; escúchame. En la necesidad de alejarte de la córte segun los doctores opinan, como único remedio conocido para tu indisposicion; buscaba una manera noble y provechosa, que por otra parte legitimase tu viaje á los ojos de ciertas personas, y la suerte ha venido á coronar mis afanes. A algunas leguas de aqui, en un pais delicioso, que tus huestes no han pisado jamás, se levanta un célebre castillo llamado el castillo de Castroverde.

Al oir Hernan este nombre cuando menos lo esperaba, hizo un movimiento de sorpresa tan marcado, que lo advirtió su padre; pero creyéndolo alguna convulsion producida por la enfermedad, no hizo caso de él, y continuó:

—En ese castillo vive un noble señor cohetáneo y amigo mio, llamado D. Fruela; ¿Nunca, Hernan, has oido ese nombre en boca de la fama?

—Alguna vez.

—No puede menos; se le conoce mucho porque muy valiente soldado y muy leal vasallo siempre ha sido. Nuestro rey D. Alonso quiere hoy darle una prueba de que nunca olvida sus buenos generales, y de que sabe escoger para ciertos cargos á sus mas honrados vasallos. No ignoras hijo mio, que el valiente D. Rodrigo, capitan que tambien junto á mi ha peleado alguna vez, está haciendo grandes conquistas sobre los moros, allá... en el pais que abrazan los dos rios Ebro y Duero. El rey nombró ya Conde de las tierras próximas al Ebro, á D. Rodrigo; y en ese pliego que

ves sobre la cama, están el nombramiento de Conde de las tierras linderas al Duero para D. Fruela, y el de lugar-teniente del ejército de D. Fruela para tí.

—¿Para mí? exclamó Hernan, sin poder disimular entonces su escesivo gozo.

—¿Qué es eso? ¿te agitas? le preguntó el padre mirándolo sorprendido.

—Me agito padre; me agito, porque junto á D. Fruela voy á pelear.

—Me alegro hijo, que ese entusiasmo en tí produzca el valor.

—¿Y cuándo parto al lado de D. Fruela?

—Tan luego como tu enfermedad te lo permita, porque tú mismo vas á ser el portador de su nombramiento; conque hijo mio, sean cualesquiera las causas de tus dolencias, procura desecharlas, y á vivir; porque en la vida hay laureles que el buen soldado no debe dejar marchitarse, mientras brazo derecho tenga para esgrimir una tizona.

—Seguiré vuestros consejos.

—Y con objeto de que tu partida no se haga muy sensible á Isabel, le diremos por de pronto que tu ausencia es muy corta.

—Como gusteis padre.

—Adios hijo; continuó levantándose del asiento y tomando el pliego; hago cuanto me es posible por tí; Dios quiera que con esta determinacion te proporcione salud y gloria. Adios, hijo mio, adios.

—Adios padre; respondió Hernan con acento conmovido.

Cuando su padre hubo salido de la cámara, pegó con un martillo de plata en un muelle que tenia en la cabecera, y á los pocos segundos se sentó el escudero donde lo estuvo antes de haber entrado D. Alvaro.

—Estoy loco; le dijo Hernan.

—¿Qué ocurre? le preguntó admirado el escudero.

—¿No creerás lo que te voy á decir?

—Hablad señor.

—Me marcho luego al castillo de Castroverde.

—¿Qué decís? exclamó asombrado el escudero.

—Nuestro rey D. Alonso II. ha nombrado á D. Fruela padre de Flor del Valle, conde de unas ciertas tierras que en conquista están quitando á los moros los cristianos, y á mi me ha nombrado lugar-teniente de las tropas de D. Fruela.

—¿Y marchareis con él?

—Asi que me ponga bueno; yo mismo voy á llevarle el nombramiento del rey, que ya obra en poder de mi padre.

Amo y escudero continuaron largas horas en la alcoba, platicando con demasiado placer sobre ventura tan inesperada.

¡Qué casualidad! D. Alvaro Nuñez habia aplicado sin saberlo, el verdadero remedio á la enfermedad de su querido hijo.



CAPITULO V.

—

CONSEJOS DE MADRE.

Doña Leonor, la dama primera entre las damas de la reina Doña Verta, estaba sentada en un banco con tapete de terciopelo, junto á un reclinatorio que se alzaba en una de las mas bonitas cámaras de su palacio.

No era esta cámara espaciosa, ni en ella se desplegaba el lujo con que brillaban otras de su mismo palacio; pero habia jarrones con flores; y las sartas de perlas y los dijes que se veian sobre una mesa; los libros de religion que sobre el reclinatorio descansaban y el Cristo de marfil con cruz de ébano, que frente al reclinatorio colgaba en la pared; todos estos objetos daban á entender que aquella habitacion era el gabinete privado que doña Leonor tenia.

Sentada en el banquillo y con aspecto muy serio, continuaba esta señora, cuando se abrió la puerta y penetró por ella Isabel.

Isabel era un tipo georgiano, con el aire orgulloso de una reina griega: alta y flexible, adornaba su cuerpo, rico traje de damasco; y las perlas de su esbelta garganta, y los aderezos de su negra cabellera, daban un aire tal de superioridad á sus divinas

facciones, daban un prestigio tal á su imperiosa mirada, que no se la podia ver sin amarla, que no se la podia amar sin temerla.

El hombre que amara á Isabel debia ser esclavo de su amor; Isabel habia nacido para ser soberana del corazon que la amase.

Y si hemos de dar crédito á las hablillas que entonces circulaban entre los garzones de la córte, Isabel abusaba de este poder que en sus gracias le concediera el cielo, y muchas veces los tales garzones, que en hablar de la hermosura de aquella jóven dejaban deslizarse horas enteras, acababan por decir: «gran delicia debe esperimentar el mancebo que amado es por Isabel; pero muy cara cuesta al mancebo esta delicia.»

Dejémonos nosotros de comentarios.

Cuando Isabel entró en la habitacion de su madre, preguntó á esta:

—¿Me habeis llamado, madre?

—Te he llamado, hija, para platicar un rato contigo sobre asunto grave: cierra la puerta y siéntate á mi lado.

Isabel cerró la puerta, y arrastrando por las alfombras su larga, crujiente falda de tisú, tomó asiento en otro banco que habia junto á aquel en que sentada estaba doña Leonor.

—¿Qué quereis decirme, madre?

Volvió á preguntar Isabel.

—Quiero hacerte comprender lo que á tu clase y á tu honor atañe.

—Ni mi honor ni mi clase podrán quejarse de Isabel.

—Hay momentos en que el corazon nos hace cometer bajezas.

—Para mí no ha llegado hasta hoy ese momento; nada temais madre; jóven soy todavia; pero comprender sé mi clase, y lo que á mi clase debo.

—Gran gozo esperimento al oirte hablar así, porque veo que sangre de tu madre es la sangre que circula por tus venas.

—Nunca vuestros consejos desoí, y mis instintos á seguirlos me incitaron.

—Obrando de este modo, placer das á tu madre, y honor á las cenizas de tu padre.

—¿Pero qué es lo que queriais decirme?

—Fácil es ya comprenderlo; sé que á esta hora aguardas una visita.

Isabel se sonrió con desden.

—¿Aludis á Hernan?

—A Hernan aludo.

—¡Pobre jóven!... cree que manda en mi corazon, y es él esclavo del mio.

—Eso es lo que queria hacerte comprender.

—Ya lo comprendia yo sin que vos me lo dijérais.

—Tus gracias hija mia, te hacen soberana de los hombres.

Isabel se sonrió con desdén.

Luego dijo:

—Si la modestia me imponia el deber de callar á cerca de ese punto, hoy que vos alzais el velo de la modestia, os confesaré que tambien eso sabia.

—¿Quién te lo ha dicho antes que yo?

—¡Ja... ja... ja... ja!... los mil garzones estólidos que cuando salgo de casa, van tras de mí como las mariposas tras de las flores van.

—Pues entonces...

—¿Teneis algo mas que advertirme, madre?

—Si; tengo que advertirte aquello para que principalmente te he llamado.

—Os escucho con atencion.

Y fijó su desdeñosa mirada en el rostro de doña Leonor.

Doña Leonor habló así:

—Hernan viene á despedirse de tí, porque Lugarteniente se marcha de D. Fruela.

—Cierto es.

—Para aceptar ese cargo ¿te ha pedido á tí permiso?

Isabel se puso encarnada.

—Delante de tu madre no cabe orgullo, dijo doña Leonor; ¿te ha pedido permiso?

—No señora.

—Esta ha sido una falta á su dama, que nunca su dama perdonarle debe.

—Ni le perdonará.

—Reclama venganza.

—¡Me vengaré!

—Aun es lo de menos que permiso no te haya pedido. ¿No has observado, Isabel, que su enfermedad ha comenzado desde que regresó de su cacería?

—Si señora.

—¿Y no has observado tambien que la única medicina para su dolencia ha sido enviarle fuera de la córte?

—Si señora.

—Pues bien; esto dice mucho.

—Para mí, no dice nada; ¿qué dama ha podido seducirlo en el campo? ¿qué dama habitar puede en los montes y en los bosques donde se crian los jabalíes y donde los ciervos corren?

—Como niña inocente hablas ahora, Isabel; en los montes y en los valles donde los jabalíes se crian, y los ciervos corren, hay ganados de cabras y de obejas que hermosas zagalas cuidan; hay fuentes donde las zagalas van á llenar sus cántaros, hay arroyos cristalinos donde á mirar su rostro van por la mañana las zagalas; y á los garzones de la córte en gran manera agrada sus amores cantar en la espesura, rondar las corralizas donde aquellas duermen... y otras mil cosas que en la córte no pueden acontecer.

—¿Y vos creeis que eso haya sucedido á Hernan?

—Triste vino de los valles y alegre á los valles torna.

—Y pudo Hernan comparar á una miserable zagala, escoria de las mujeres, con...

—Nunca tal cosa pienses Isabel; Hernan sabe lo que vales, conoce tu posicion, y nunca te abandonará; á tí te quiere para su esposa; á las zagalas de las fuentes las quieren los garzones... no sé como decirlo, para juguetear con ellas... en los bosques. Pero es necesario que la noble dama de la córte, le haga comprender á Hernan que ha faltado, y que vengarse debe la tal falta.

En esto se abrió la puerta de la habitacion, y dijo un escudero:

—El capitan Hernan espera en la cámara.

—Marcha; dijo doña Leonor á Isabel; recibe á Hernan, pero nunca olvides quién eres.

Isabel se levantó, y haciendo á su madre un ligero saludo, cerró á su espalda la puerta del aposento.

Hernan aguardaba en la cámara, y á la verdad que Hernan estaba arrogante.

La palidez que la enfermedad habia impreso en su rostro, hacia buen contraste con lo marcial de su traje; y su mirada era mas espresiva, mas fogosa que nunca.

Luego que el garzon é Isabel se hubieron saludado, y despues que se sentaron ambos en un dorado escaño, dijo Isabel sonriendo con ironía:

—¿Ya estais bien?

—No del todo; respondió Hernan, pero la necesidad de partir me ha obligado á levantar.

—¿Vais de caza?

—No, ¡vive Dios! ¿no sabeis donde voy?

—No sé nada.

Hernan miró con recelo á Isabel.

—¿No sabeis nada?

Volvió á preguntar Hernan.

—Algo he oido, pero lo consideré patraña, porque creí que nunca partiriais sin permiso.

—Tengo el de mi padre.

—¿No necesitais otro?

—Tambien le tengo.

—¿Cuál?

—El del Rey.

—¿Y el de vuestra prometida?

—Ahora vengo á pedírselo.

—¿No teneis resuelta la marcha?

—La tengo.

—¿Pues entonces, para qué pedís mi permiso?

—En verdad Isabel, no venia á pedir vuestro permiso, porque creí que de ello no habria necesidad; venia á deciros las gratas esperanzas que con esta partida podemos los dos concebir.

—Nada me importan las gratas esperanzas, si á mi persona no se le guarda la consideracion que merece.

—Nunca os he faltado á ella.

—Ahora.

—¿Por qué?

—Porque no me habeis pedido á mí permiso antes que á nadie.

—No os acaloreis, Isabel, y escuchadme con calma: si este viaje mio fuera un viaje de recreo, muy enhorabuena que con vos lo consultara; pero si hoy no hago otra cosa que cumplir mi obligacion, avanzar en mi carrera; sí voy enviado por mi padre...

—Antes que el padre es la dama.

—Si voy enviado por el rey...

—Antes es la dama que el rey.

—¿Y el deber?...

—No hay deber donde hay amor.

Hernan calló; fijó los ojos en el rostro de Isabel y lo encontró pálido de ira.

—No os incomodeis Isabel, le dijo con dulzura; ni en un momento de frenesí pretendais exigir cosas que vos misma reprobareis cuando os encontreis en calma; las glorias que yo consiga ¿no son glorias para vos? ¿seríais capaz de prohibirme por un capricho adelantar en mi carrera?

—Si para ello no consultarais conmigo, sí.

—¡Isabel!

—Que si.

—¿Y si me lo ordenara el rey?...

—Para la mision que vos vais á desempeñar, abundan en Oviedo los garzones; por lo tanto, aunque todos debemos acatar la voluntad del rey, no es el rey quien os envia, es vuestro padre, ó vos...

—Yo...

—Si, vos que quereis recorrer los valles, porque en los valles habreis dejado...

—¿Qué decis?...

—Nada. Deshonra fuera para mí el pensarlo. Vais porque os lo manda vuestro padre, vos lo habeis dicho.

—Entonces...

—Elegid: ó vuestro padre ó yo.

—¿Qué quereis decir Isabel?

Preguntó Hernan pálido como la muerte.

—Que quiero saber quién ocupa el primer lugar en vuestro corazon.

—Señora, esa prueba no es prudente.

—Pero es útil para la mujer. Si el padre tiene derechos sobre su hijo, derechos tiene su dama sobre su amante; si quereis complacerme renunciad á esa comision.

—Isabel...

—Lo he dicho.

—No exijais de mí lo que un noble mancebo cumplir no puede.

—Exijo lo que cumplir puede un amante.

—No tal; un amante puede sacrificar su vida por la mujer á quien adora; pero nunca un amante puede desobedecer á un padre.

—Muchos garzones hay en Oviedo que á su padre desobedecerian por complacer á una hermosa.

—Comprendo Isabel las indirectas; sé que sois hermosa, sé que muchos son los garzones que adoran vuestra hermosura; pero tened entendido, que si alguno de esos garzones por un capricho de su dama, faltara á su deber... ¡mengua de él! seria menos que yo.

—Conque Hernan, decidirse; ¿á quién preferis?

—Os amo á vos; obedezco á mi padre.

—¿No desistis del viaje?

—Pensad lo que me ordenais.

—Hablemos claros.

—No seais temeraria.

—¿Desistis?

—No puedo.

—Con Dios quedad.

Y con paso lijero salió de la cámara.

Hernan se quedó aturdido.

Acostumbrado estaba á escenas de semejante naturaleza, pero nunca habia pensado que las exigencias de Isabel llegasen á tanta altura.

Hernan sentia en el alma producir un disgusto á su padre, y á fin de reconciliarse con Isabel, se fué en busca de doña Leonor, pero la encontró mas fria que de costumbre.

Despues de referirle Hernan cuanto con Isabel le habia ocurrido, le dijo:

—¿No os parece, señora, que Isabel ha obrado con lijereza?

—Y vos con reserva.

Respondió doña Leonor.

—¿Señora, qué reserva cabe, cuando mi padre me presenta de repente un pliego sellado por el rey?

—Antes de decidiros debiérais haber consultado con Isabel.

—Señora, conoceis el carácter de mi padre...

—Y vos conoceis el de Isabel.

—En fin señora, mi objeto al buscaros, ha sido rogaros que aplaqueis á vuestra hija, para que contenta me reciba mañana cuando venga á despedirme.

—Mejor fuera Hernan, que pues vos sois el que la ha irritado, os ocupáreis vos en contemplarla.

—Señora, ha marchado dejándome en su cámara, y si yo la buscase ahora no me recibiria; proporcionadme una entrevista con ella.

—Se lo rogaré á ver si complaceros quiere.

Hablando así, se despidieron doña Leonor y Hernan.

. . . . . .

. . . . . .

No sabemos si por empeño de doña Leonor, ó tal vez de don Alvaro Nuñez; el hecho es, que Isabel convino por fin en despedirse de Hernan.

Así lo verificaron la mañana siguiente á las escenas de que hemos sido testigos; pero es de advertir, que en el palacio de doña Leonor no tenian entrada, á no ser en dias de etiqueta mas jóvenes que Hernan; y la mañana de que hablamos se encontraba Isabel en su cámara, cuando llegó Hernan acompañada por su madre y dos garzones que en alegres pláticas con doña Leonor é Isabel pasaban la visita.

En el ánimo de Hernan produjo aquel encuentro desagradable impresion, por lo cual no tardó mucho en retirarse.

Antes de partir Hernan á su destino, debia aun regresar de Castroverde á Oviedo.

Todos los incidentes que hemos presenciado en el palacio de Isabel eran tramados por la orgullosa doña Leonor.

A veces las madres confian demasiado en la hermosura de sus hijas. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Al despuntar la aurora del dia siguiente, se veian en la puerta del palacio de Don Alvaro Nuñez, ocho soldados montados en arrogantes corceles y pertrechados para la marcha.

El escudero Gonzalo tenia de la brida un corcel ensillado.

Don Alvaro, que platicando estaba en el vestíbulo con Hernan, le entregó un pliego sellado; luego le dijo:

—Advierte á D. Fruela que eres hijo de su amigo Alvaro, y como hijo suyo te tratará, porque grande es la amistad que á los dos nos une.

—Se lo advertiré; respondió Hernan.

Y abrazándose padre é hijo, añadió el padre:

—Vuelve pronto.

—Bien, señor. Contestó el hijo.

Y se separaron.

Cuando Hernan montó á caballo, le dijo el escudero sonriendo con intencion:

—Señor, salud, y buen viaje.

—Gracias Gonzalo. Respondió Hernan.

Y aplicando acicate al bruto, salió de Oviedo al frente de sus ocho caballos con direccion á Castroverde.



CAPITULO V.

LA ENTRADA EN EL CASTILLO.

Las sombras de la noche se iban esparciendo sobre la Naturaleza.

El cielo estaba puro; las estrellas brillantes; la luna majestuosa.

Los bosques murmuraban al impulso de un céfiro suave, el castillo de Castroverde se dibujaba oscuro en el horizonte azul; un farol que brillaba en una de sus cuatro torres, parecia el faro que en aquellas inhabitadas regiones, condujera á puerto de salvacion al estraviado caminante.

Entre los bosques que las orillas del Eo guarnecen, se escucha el confuso trotar de un grupo de caballos.

Estos caballos son la escolta que acompaña á Hernan; y Hernan que al frente de ellos camina, esperimenta un placer indescriptible, á medida que va reconociendo todos aquellos lugares.

Cuando la escolta llegó á la plaza del castillo, tocó el clarin uno de los soldados.

No bien este sonido habia resonado en aquellas seculares

murallas, cuando se escuchó el furioso ladrar de dos mastines; luego salió por la puerta de la contramuralla un anciano criado acompañado de otros dos mas jóvenes, y aplicando el anciano la frente á las verjas del rastrillo, preguntó:

—¿Quién llama?

—Emisarios del rey; contestó Hernan.

A esta voz se observó agitacion en los criados; lijeros comenzaron á tirar gruesas cadenas, y entre los crujidos que las cadenas producian, se iban levantando lentamente los rastrillos y cayendo los puentes.

Hernan entonces se caló la visera y hechó pié á tierra.

—Abiertas están las puertas al nombre del rey nuestro señor; dijo el anciano apartándose á un lado para dejar libre paso al caballero.

Pero observando que el caballero llevaba la visera caida, exclamó el anciano:

—En nombre del señor de este castillo, os declaro garzon, que nadie puede pisar el puente de ese foso con el rostro encubierto.

—El que en la mano lleva el sello del rey, con el rostro encubierto pisar puede los puentes de cualquier castillo.

—De mi obligacion es, noble mancebo, exigiros que el sello me mostreis.

Hernan presentó el pliego que ya llevaba en la mano.

El criado aplicó el farol, y despues de reconocerlo un segundo, exclamo:

—Cumplí con mi deber; pasad noble mancebo. ¡Salud al rey de Asturias!

—¡Salud!

Respondieron los demás criados.

Cuando Hernan entró en el vestíbulo, dijo al anciano criado:

—Advertid á vuestro señor, que un mensajero del rey platicar con él desea.

Hernan con la visera caida, con la mano izquierda en el puño de la espada, se reclinó con la derecha en el pasamanos de la ba-

laustrada que las escaleras guarnecia; y mientras los criados del castillo, y los soldados que su escolta componian, se ocupaban en acomodar los caballos en las espaciosas cuadras; Hernan agitado hasta el punto de perder la calma, contemplaba con melancólico placer las escaleras por donde una mañana feliz bajó en compañía de Flor del Valle.

Se le figuraba mentira que en el palacio de aquella virgen se encontraba; y en medio del soñado gozo que embriagaba su alma, le afligia la idea de si Flor del Valle no estaria allí, si el compromiso de sus bodas se habria ya cumplido, y si aquella jóven divina seria ya por lo tanto esposa.

Mientras tan amargas reflexiones en tortura ponian el espíritu de Hernan; regresó el anciano, y acercándose á él con ademan asaz comedido, le dijo:

—Noble mancebo, el señor de este castillo os espera en su cámara; y me ha ordenado deciros, que no mas tiempo permanezcais en el vestíbulo: podeis seguirme.

Hernan mas agitado que nunca, comenzó á subir las escaleras detras del anciano criado.

Pero antes de continuar nuestra narracion, será oportuno que retrocediendo algunos momentos, tendámos una mirada por el interior del castillo.

Recordaremos que la cámara de Flor del Valle, donde un dia la vimos vestirse colmada de ilusiones; era una estancia elegante, con una alcoba y con rejas de bajo alfeizar, desde las cuales se descubrian los puentes y rastrillos de las fortalezas, las márgenes del Eo, los bosques que se alzaban mas allá de las opuestas márgenes, y las nubes que de flotante dosel, al castillo, á los bosques y á las márgenes servian.

Pues bien; acaba de oscurecer.

Flor del Valle está acostada; una manta blanca cubre la cama; su rostro mas blanco que la manta, se reclina con dulzura en las almohadas; sus lábios de coral se encuentran entreabiertos; sus ojos cerrados; su cabellera tan negra y lustrosa como el azabache esparcida por las almohadas y por la manta.

Aquella jóven alienta con suavidad; mas bien parece dormida que enferma; y aun mas bien que dormida, parece que su alma se halla dominada por una profunda tristeza, ó arrebatada acaso en un éxtasis divino.

Nunca Flor del Valle se habia presentado mas hermosa que en aquel instante se presentaba; porque entonces se adornaba con las galas del descuido, con las galas tal vez de la melancolía.

Sentado en una silla junto á la cabecera de la cama, se ve á D. Fruela; á la derecha de D. Fruela, sentado en otra silla está el señor Sacerdote; á la derecha del señor Sacerdote está Blanca, el aya de Flor del Valle.

Don Fruela lee para sí en un libro con forro de pergamino.

El señor Sacerdote lee ó reza en un breviario.

Blanca, reclinando el codo en el lecho de su señorita, y el rostro en la mano, dormita con calma.

Un belon alto, de bronce, colocado en una mesa de nogal, á la espalda del Sacerdote alumbra con pálido, vacilante fulgor aquella escena.

Cerca de una hora haria que continuaban en la misma actitud que los hemos visto, cuando en la plaza del castillo sonó un clarin.

Aquel sonido fué móvil que á todos los de la alcoba puso en accion; á todos menos á Flor del Valle.

Don Fruela levantó de repente la cabeza y se quedó en ademan de escuchar.

El Sacerdote tambien levantó la cabeza y fijó los ojos en Don Fruela.

El aya, con fisonomía de muy marcada sorpresa, miró al Sacerdote y á D. Fruela.

Flor del Valle continuó lo mismo; ni su rostro se movió, ni sus ojos se abrieron: divina vestal dormida á las regiones terrenales; de las escenas que del hombre dependian para nada se cuidaba.

—Ha sido clarin? Preguntó D. Fruela.

—Sí, respondió el señor Sacerdote; y ladran los mastines.

—Y se oye ruido en la plaza; añadió el aya.

—Asómate Blanca; repuso D. Fruela.

Blanca salió de la alcoba, abrió la reja, y cerrándola á los pocos momentos, dijo mientras en su banco se sentaba:

—Se descubren caballos y ginetes.

D. Fruela y el sacerdote cerraron los libros y los colocaron en la mesa donde el belon estaba, esperando que el senescal del castillo les pasase recado.

No sé hizo el senescal mucho aguardar, porque abriendo con modo la puerta de la cámara; preguntó:

—Se puede pasar?

—Adentro; respondió con ansiedad D. Fruela.

Y antes de que el anciano criado ó senescal llegase á la puerta de la alcoba, preguntó D. Fruela:

—¿Qué ocurre?

—Señor; respondió el senescal con la montera en la mano: Señor; un caballero encubierto que con una escolta de ocho caballos al castillo se acercó, desea hablaros.

—Es jóven? preguntó D. Fruela.

—No se ha alzado la visera.

—Espera en la plaza?

—Espera en el vestíbulo.

—¿Cómo han bajado los puentes sin que antes se alzara la visera?

—Ha llamado en nombre del rey.

—No es esa bastante garantía para que de noche, caballero encubierto penetre en mi castillo: no has cumplido con tu deber senescal.

—Con mi deber, cumplí Señor. El garzon que encubierto á vuestro castillo llega, no hubiera pisado los puentes con la visera caida; aunque en nombre del rey llamado hubiese; mas al oponerle yo resistencia, se empeñó en pasar; y diciéndome palabras arrogantes, me enseñó como salvo conducto el sello de nuestro augusto rey.

—Trae el sello del rey? esclamó sorprendido D. Fruela.

—En un plieguo que para vos conduce.

—Ve senescal, y en mi nombre dile, que garzon que el sello del rey trae, no permanezca mas tiempo en el vestíbulo.

—A dónde le dirijo señor? preguntó el senescal.

—A la cámara de etiqueta; y ordena ligero que en cada rinconera pongan un belon.

El senescal salió de la cámara.

D. Fruela dijo al sacerdote:

—¿Qué será esto?

El sacerdote se encojió de hombros y se sonrió.

Cuatro minutos despues, esperaba derecho D. Fruela, junto á una mesa de jaspe que adornaba una anchurosa cámara cubierta con ricos tapices de terciopelo carmesí, y decorado con los muebles mas lujosos que en aquella época en boga estaban.

Por fin abrió el senescal la puerta, y entró un gallardo mancebo pertrechado para la guerra; con gruesa tizona á la cintura, y ancho escudo en el pecho, quien al pisar las alfombras de la cámara, y tan luego como el senescal cerró á su espalda la puerta, se alzó la visera, y acercándose con arrogante dignidad á D. Fruela, le hizo una profunda cortesía, y le dijo:

—Salud al conde de Castilla.

—Os habeis equivocado garzón; respondió D. Fruela.

—No sois D. Fruela, el señor de este castillo.?

—Del castillo de Castroverde.

—Entonces, al segundo conde de Castilla vuelvo á saludar.

—Si cosa cierta han de decir mis labios, no os comprendo, garzon.

—Conoceis este sello? preguntó Hernan enseñandole el pliego.

—Oh! es el sello de mi rey!

—Pues este pliego que sellado por la real mano viene, aclarará vuestras dudas; tomadlo, es para vos.

D. Fruela abrió con cierta ajitacion el pliego, conservó el sello del rey que en lacre estaba impreso; y apartando otro pliego que dentro del primero apareció; leyó su nombramiento de Conde.

—Oh gran rey! exclamó conmovido; qué presentes se encuentran á tu ánimo los cortos servicios que en dias mas felices para mí, te prestó mi brazo! No todos los monarcas tan reconocidos son como tú.

En D. Fruela se veia renacer la vida; su rostro se animaba por instantes.

Es muy cierto que en la ancianidad no hay placer como recordar las épocas de la juventud.

Luego leyó D. Fruela el otro pliego y dijo:

—Sabeis garzon si este Hernan Nuñez que lugar teniente de mis tropas nombra el rey, es hijo de un valiente guerrero llamado D. Alvaro Nuñez?

—Hijo suyo es.

—Gran placer mi ánimo recibe. D. Alvaro es uno de mis mejores amigos, y muchas veces, á un tiempo esgrimimos nuestra espada, peleando junto al rey. Le conoceis vos, garzon?

—Le conozco.

—Y á su hijo conoceis?

—Tambien le conozco.

—Nació en el mismo año que mi hija; pero será mas venturoso que ella. Decidme garzon, puesto que el rey comienza ya á distinguir á Hernan, habrá heredado ese jóven las virtudes de su padre?

—Señor; contestó Hernan; garzon que en algo aprecie su modestia, ni debe hablar de sus propias virtudes, ni de las virtudes tampoco de su padre.

—D. Fruela se quedó un momento absorto al escuchar aquella respuesta; y pasada la primera impresion exclamó:

—Vos sois acaso el hijo de D. Alvaro?

—Vuestro humilde servidor.

—Oh hijo de mi querido amigo; gritó D. Fruela tendiéndole los brazos. ¿Cómo tu ingrato padre, no te ha encargado decirme que eres su hijo?

—No de ingratitud tacheis á mí padre, Conde; porque al separarme de él, me dijo «advierte á D. Fruela que eres mi hijo; y como hijo suyo te tratará»

—Y bien dijo tu padre al así hablarte. Puedes considerarte desde este momento Hernan; señor de este castillo, hermano de mi hija, porque una hija tengo de tu edad, á quien conocerás mañana; y como no, cual á garzon del rey te trato ya, si es como á hijo de un amigo; te diré que en gran manera mi hija, que enferma está la pobre, influirá en que vaya ó no vaya á Castilla.

Es muy larga mi historia Hernan; y esta noche no puedo apartarme un punto de mi hija, porque crítica medicina se le ha aplicado; pero mañana mucho platicaremos los dos sobre cosas diversas.

—¿Qué padece vuestra hija?

—Ay mancebo! una enfermedad de niña, que tal vez á la tumba la conduzca. A su edad y en su caracter, una ilusion, un recuerdo puede ocasionar la muerte; pero Hernan, eres hijo de D. Alvaro y yo falto en la cabecera de mi hija: pajes; gritó acercándose á la puerta.

Dos pajes se presentaron en seguida:

—Acompañad este garzon á la cámara de los nobles viajeros.

Y apretando á Hernan entre sus brazos, se separó de él.

Pocos segundos despues se sentó Hernan en un sofá que la testera adornaba de la elegante cámara que le habian destinado.

Ya otra vez Hernan habia estado en aquella cámara.

Cuando D. Fruela entró en la alcoba de su hija, no podia el Sacerdote contener la curiosidad, por saber que mision llevaba el garzon que á tales horas, en el castillo se habia presentado.

D. Fruela dejó sobre la cama de su hija los dos pliegos que abiertos conducia en la mano, y dijo mirando al Sacerdote, el cual fijos en el rostro de D. Fruela tenia los ojos, desde que este entró en la alcoba.

—Esta noche esperimento una satisfaccion que hace mucho tiempo no he gozado; y que si mi querida hija estuviera buena, casi sería completa.

Flor del Valle dormitaba.

D. Fruela imprimió un beso en la frente de su hija.

—Viene de parte del rey ese garzon? preguntó el Sacerdote.

—De parte del rey viene; contestó D. Fruela, de parte del rey que lo envia á traerme el nombramiento que en mí ha hecho su real persona de conde de Castilla.

Movimiento de agradable sorpresa se advierte en el Sacerdote y en el aya.

—No para aquí mí gozo; dijo D. Fruela.

—Pues qué hay, qué hay? preguntó el Sacerdote sorprendido de ver tan alegre á D. Fruela.

—Que el mancebo que el rey envió á conducir el nombramiento de Conde, viene él tambien nombrado mi lugar teniente; y es hijo de uno de mis mejores amigos; oh! al oirlo hablar me parece que oigo á su padre cuando era jóven, y esto me trae á la memoria recuerdos agridulces que placer y tristeza á la vez me causan.

—Fijaos solo en el placer; dijo el Sacerdote, que bastante habeis sufrido en esta vida.

Un iris de melancolía frisó de repente el arrugado rostro de D. Fruela, quien dirigiéndose con dulzura á Flor del Valle, que entonces, abrió los ojos, le dijo:

—Hija mia, mañana te presentaré ese garzon y te gustará porque es tan gallardo como simpático.

—Qué garzon?

—El que esta noche ha llegado, cuando el clarin tocaron en la puerta.

Flor del Valle exhaló un suspiro.

—Padre Estuardo, continuó D. Fruela; no puedo separarme de mi hija; me he despedido del garzon hasta mañana; quereis salir á dispensarle los honores de casa?

El sacerdote se levantó con presteza, tomó el sombrero y se arregló los manteos que se le caian de los hombros.

—Está en la cámara de los nobles forasteros; repuso D. Fruela.

—Lo supongo, respondió el Sacerdote.

—Tratadlo como si fuera hermano de Flor del Valle; dijo, é imprimó otro beso en la nacarada frente de esta niña.

Hasta mañana; dijo el Sacerdote.

—A dios; contestó D. Fruela.

Y el Sacerdote salió de la alcoba.

Tan luego como el buen Sacerdote pisó las alfombras de la cámara de los nobles forasteros, lo reconoció Hernan y rebosando en cariño, le salió al encuentro con los brazos abiertos.

Como el Sacerdote se quedara parado al contemplarlo en aquel ademan tan afectuoso; exclamó:

—Padre Estuardo no me conoceis?

—Mancebo de mi alma..! gritó entonces el Sacerdote arrojándose enajenado de alegria á sus brazos, el cielo os conduce á este castillo.

El garzon y el Sacerdote permanecieron abrazados durante algunos segundos.

CAPITULO VI.

ESPERANZAS.

Cuando el Sacerdote del castillo y Hernan hubieron dado fin á las recíprocas manifestaciones de cariño, en que largos instantes se perdieron; se sentaron ambos en dos sillas la una frente á la otra y en la mayor armonía comenzaron el siguiente diálogo:

—Qué distante estaba yo de creer, esclamó el sacerdote, que vos, noble mancebo erais el garzon del rey que tan fausta nueva á este castillo trae.

—El cielo quiere que siendo portador de la alegria, recompense en algun modo la buena acojida, que un dia me dispensasteis aquí.

—Portador de la alegría...! exclamó el Sacerdote; la tristeza y el dolor van envolviendo con su fúnebre manto este castillo...

—Me han dicho que Flor del Valle está enferma...!

—Ah... mancebo! en qué compromiso con esa pregunta me poneis...

—Por qué razon?

—Por razon que reservarme quisiera,...

—La pena que la curiosidad produce, habeis sembrado en mi alma; pero yo respetaré vuestro silencio.

—Tales cosas á Dios plugo establecer en sus inescrutables designios, que al hombre anonadan, cuando olvidando su impotencia, el hombre examinarlas quiere.

—Aun es hoy mas triste vuestro acento, digno Sacerdote, que triste era la noche en que la sentida historia de Doña Luz me referisteis.

—Eso consiste, mancebo, en que aquella noche hablábamos de desgracias ya pasadas; y esta noche, de presentes desgracias platicamos.

—Aunque vuestro silencio, ofrecí respetar; el interés que este castillo me inspira, me obliga á faltar á ese ofrecimiento: decidme, digno Sacerdote, y mi empeño perdonad: está enferma Flor del Valle?

—Está su vida en peligro.

—Oh...! exclamó el mancebo apretando con fuerza los puños; ¡la causa de su enfermedad saber no pudiera yo?

El Sacerdote que mas corazon tenia que cabeza, hizo un movimiento con el cual manifestó su turbacion.

—Hay acaso en ello algun misterio?

—El misterio que envolver debe siempre á la juventud.

—Esplicaos.

—Que quereis que yo esplique?

—La causa de la enfermedad de Flor del Valle.

—Pobre jóven!.. aquí en su castillo... entre las personas que mas la aman, está la infeliz terminando sus dias, y muy luego su espíritu virginal se remontará á buscar el santo espíritu de su bendita madre.

—Pero qué ha ocurrido despues que yo marché de aquí?

El Sacerdote reflexionó algunos instantes.

—Os lo diré mancebo; porque cuando D. Fruela ha entrado en la alcoba de su hija; me ha dicho que os tratára como si hermano fuerais de Flor del Valle.

—Oh si; habladme como si su hermano fuera.

—Así lo haré; y por lo tanto á referiros voy cuanto en este castillo desde vuestra marcha ha ocurrido.

—Haceis con ello mis delicias.

—Mas espero que como prudente obrareis, con las noticias que á vuestros oidos haga yo llegar.

—Demás está esa advertencia.

—Hay cosas que de delicadas pasan.

—Decidme, digno Sacerdote; decidme, ¿qué cosas son esas?

—Os las diré, porque mucho os estima D. Fruela.

—Corresponder á ese cariño, procuraré por mi parte.

—Al poco tiempo de marchar vos de aquí, llegó otro mancebo.

—¿Otro mancebo? Exclamó palideciendo Hernan.

—¿Y eso qué tiene de estraño? Preguntó sonriendo el Sacerdote.

—¡Ah! no me martiriceis con inútiles ficciones, repuso Hernan; recordad que D. Fruela os ha encargado, que como á hermano me trateis de Flor del Valle; ¿quién fué ese mancebo que á este castillo llegó?

—Fuisteis vos.

—¡Ah!

Hernan no pudo contener un movimiento de alegria, y luego fijó los ojos en el suelo.

El Sacerdote lo miró sorprendido.

—En fin, dijo Hernan levantando la cabeza con resolucion; veo que con franqueza no os atreveis á hablarme; veo que la causa no quereis decirme de la enfermedad de Flor del Valle; ¿quereis que para abriros el camino, la causa os refiera yo de mi venida á este castillo?

—Mejor será que antes hableis vos.

—De ese modo os daré un ejemplo de franqueza, digno Sacerdote.

—De franqueza... repitió el Sacerdote; vos hablais de vuestra persona, y vuestra persona es un garzon; yo me comprometí á hablar de una niña; ¿sabeis mancebo lo que es una niña?

—Lo sé; una niña como Flor del Valle, es una flor de divinos perfumes, que el corazon del hombre con delicias embalsama;

yo aspiré las delicias de Flor del Valle, y mi corazon quedó con ellas embalsamado.

El Sacerdote clavó los ojos en el rostro de Hernan.

—No me mireis; ví á Flor del Valle, y la amé, pero la amé con delirió; la amé como el hombre no acostumbra á amar frecuentemente.

— Tambien ella os amó.

—¿A mí?

—A vos, mancebo.

—Continuad.

Hernan exhaló un suspiro de placer y de espansion.

—Cuando marché de aquí, dijo: la imágen de este castillo, la imágen de esos valles se grabó de tal manera en mi alma, que el recuerdo de estos lugares ha sido el único placer que durante ese tiempo he tenido; yo queria pensar en Flor del Valle, pero no me atrevia; contenia á mi pensamiento cuando á precipitarse iba en tan seductoras ilusiones.

—¿Y por qué lo conteniais? Preguntó el Sacerdote.

—Porque me digísteis vos, que la mano de Flor del Valle estaba comprometida.

—Es verdad que lo dije: pues el haberme dicho vos, que con una dama de la córte del rey, compromiso habiais contraido, es la causa de la enfermedad de Flor del Valle.

—¿Qué me decis? exclamó Hernan lleno de contento: Flor del Valle ha pensado en mí con formalidad?...

—Mas de una vez; y su salud ha volado tras ese devorador pensamiento.

—¡Ah digno Sacerdote! exclamó Hernan tomándole la mano; ahora ya me comprendeis; ahora es necesario que en mi favor interpongais vuestro valimiento.

—Ahora ya sabeis la causa de la enfermedad de Flor del Valle; es necesario ahora que le volvais la salud; proseguid vuestra historia.

—¿Qué quereis ya que os diga? Llegué á Oviedo; ni el bullicio, ni los placeres de la córte, pudieron borrar de mi espíritu la imá-

gen de Flor del Valle; ni en mi corazon apagar el fuego que la abrasaba; enfermé, digno Sacerdote.

—¿Tambien vos?

—Mi vida ha estado en eminente riesgo: tierno amante de su hijo mi padre, reunió en consulta los mas esclarecidos doctores, y aunque yo la causa de mi enfermedad me obstiné en ocultar, todos ellos convinieron en que afeccion moral, y no física, era la que me mataba; me propinaron como único remedio abandonar la córte, y á fin de que mi viaje útil y decoroso fuera, aprovechó mi padre esta coyuntura, é hizo que el soberano, lugarteniente del conde D. Fruela me nombrase, y portador á la vez de su nombramiento.

—¿Y al enviaros vuestro padre á este castillo, nada sabia de vuestra situacion?

—Os he dicho que me obstiné en callar.

—Hay cosas providenciales.

—Esta ha sido una de ellas.

—¿Y por qué vos, mancebo, no declarasteis á vuestro padre la causa de vuestra enfermedad?

—Por una infinidad de razones.

—¿Cuales son?

—Bien fáciles de comprender. El rey y mi padre habian dispuesto mis bodas con una noble dama, como os dije; y declararle mi amor á otra mujer, era desairar al rey y á mi padre. Aun esto fuera lo de menos, si Flor del Valle hubiera podido ser mia; pero como me asegurasteis que estaba comprometida; ¿á qué fin disgustar á mi padre y al rey para no obtener resultado alguno?

—No pensásteis mal, garzon; pero mucho hay en verdad que rectificar en lo que aquella noche os dije.

—¿No está comprometida Flor del Valle?

Preguntó Hernan con manifiesto interés.

—Para el caso no lo está: pero, y vos seguis comprometido con la dama de la córte?

—Mediando D. Fruela se podrá romper ese compromiso.

—¡Dios derrame su gracia sobre nosotros!

Exclamó el Sacerdote levantándo los ojos al cielo.

Luego dijo:

—Oid, mancebo, oid; hora es de que yo me esplique.

Hernan fijó los ojos en el rostro del Sacerdote.

—Desde que vos marchásteis de este castillo, dijo el Sacerdote, se apoderó de Flor del Valle una melancolía tan profunda, que en poco tiempo sembró su huella en el cándido rostro de la jóven. Pasaban los dias, y la tristeza de Flor del Valle aumentaba; ya no gozaba en cuidar de las palomas, de las gallinas ni de los patos; ya no iba á la cruz sino á ciertas horas, y no pulsaba el arpa, y no cantaba. Cuando su padre le dirigia tiernas caricias, lloraba; cuando en el oratorio rezaba yo un padre nuestro por la felicidad de los habitantes de este castillo, tambien lloraba. D. Fruela se consumia al ver que su hija se moria sin poder encontrar remedio, porque la causa de su enfermedad desconocíamos. Yo si he de hablar con franqueza, ni me acordaba de que en el castillo habiais vos estado; pero un dia, y vereis mancebo como deposito en vos mi confianza.

—Nunca tal bondad os pesará.

—Asi lo creo; una mañana que sola estaba Flor del Valle en una cámara, que la suya no era, la vi cometer un esceso, que solo en el frenesí de la pasion cometer hubiera podido aquella jóven celeste.

—¿Qué hizo? Preguntó Hernan.

—¿Qué hizo?... ¿recordais mancebo, que cuando por primera vez llegásteis á este castillo, era una noche tempestuosa?

—Dos veces tempestuosa para mi.

—¿Recordais que como veníais mojado, se os obligó á cambiar de traje, y entre los muchos que á elejir se os puso, elejísteis vos un gaban de escarlata?

—Lo recuerdo.

—Pues la mañana á que me refiero, sorprendí á Flor del Valle besando aquel gaban.

—¿El que yo llevé?

—El mismo.

Hernan exhaló un suspiro de placer, y levantó los ojos á cielo.

—Aquel rasgo tan estraño en Flor del Valle, fué un rayo de luz que alumbró mi pobre espíritu; deseoso de contribuir á la curacion de nuestra idolatrada niña, hablé con D. Fruela sobre el particular.

—¿Qué dijísteis á D. Fruela?

—Lo que Flor del Valle habia hecho con el gaban de escarlata, le adverti entonces, que aquel gaban se lo habia puesto un gallardo mancebo que acosado por el agua aquí se hospedó. Tambien le indiqué alguna de las mil diferentes cosas que entonces sucedieron: D. Fruela me preguntó si érais noble, le dije que si; que cómo os llamábais, se me habia olvidado; el nombre de vuestro padre, tambien se me habia olvidado. Observando D. Fruela las cortas instrucciones que sobre el particular podia darle, interrogó al aya. El aya al principio se hizo la ignorante, obedeciendo en ello las órdenes que Flor del Valle le tenia dadas; pero estimulada por D. Fruela, lo declaró todo.

—¿Qué dijo?

—Que su señorita se moria de amor por el garzon que una noche dormido habia en nuestro castillo.

Hernan creia que soñaba; delicia tanta le ofuscaba la razon.

—En fin, mancebo; como nada sabíamos á cerca de vos, nada pudimos hacer en obsequio de Flor del Valle, y Flor del Valle se acababa; se acababa sin remedio.

—¿Y qué dijo D. Fruela del compromiso, que pensabais tenia contraido con un príncipe francés?

—No era compromiso; fueron no mas que meras palabras de urbanidad; flores que un mancebo galan le dirigió á una niña por conducto del padre de esta niña, y como D. Fruela tan reservado es, todos creimos que algun misterio se encerraba en la conversacion que al partir el príncipe francés, en secreto con él sostuvo.

—¿Os ha dicho el mismo D. Fruela que con ese príncipe nada tiene Flor del Valle?

—El mismo me lo ha dicho: y vos mancebo, ¿estais dispuesto á romper vuestros compromisos con la dama de la córte?

—Tengo sobrados motivos para ello.

—¿Manchareis con ese rasgo vuestro honor?

—Arrancaré mi dignidad de los piés que sin consideracion la están hollando.

—Son por lo comun orgullosas las damas de la córte.

—Y altivas sobre manera.

—¿Llevareis á bien que mañana haga sabedor á D. Fruela, de cuanto esta noche entre los dos ha ocurrido?

—Labrareis con ello mi felicidad, y al pedirme ese permiso, me habeis evitado que yo os rogara lo que vos me habeis ofrecido hacer.

Un criado avisó que estaba dispuesta la cena; y el Sacerdote y Hernan se dirigieron contentos al comedor.

—No lo hago esta misma noche, porque un entendido doctor que de lejas tierras vino ayer, y que por vez primera á Flor del Valle ha visitado hoy, le ha propinado una cierta bebida que con rigor exige horas determinadas, y no fiándose D. Fruela de nadie, pasa esta noche en la cabecera de su querida hija. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Tendamos una mirada por la alcoba de Flor del Valle.

Cual la blanca azucena yace lánguida junto al arroyo que nutrió su corola cuando alevosa mano la cortó de su tallo; así Flor del Valle, lánguida y triste como azucena tronchada, junto á su padre yacia, cuando un dolor profundo despedazaba su alma.

Para no alterar el órden de los sucesos, fijémonos en el instante en que el Sacerdote abandonó la alcoba con objeto de hacer los honores al hijo de D. Alvaro Nuñez.

No bien el señor Sacerdote hubo cerrado á su espalda la puerta de la cámara, abrió D. Fruela la ventana, vió que el lu-

cero Venus se habia hundido en el horizonte, y volviendo á cerrar, le dijo á Blanca:

—Trae la medicina.

En seguida se dirigió á Flor del Valle:

—Hija mia, le dijo con dulzura; dispónte á tomar esta pocion.

Flor del Valle se incorporó con languidez; y al reclinarse aquella jóven sobre las blancas almohadas, confundiendo los finos encajes de su chambra, con los encajes tan finos de las sábanas, manifestó mas á las claras las divinas, las hechiceras facciones de su rostro, las azuladas venas de su pecho, y las delicadas formas de su cuerpo.

Don Fruela recibió con la mano derecha un vasito de plata que en una bandeja tambien de plata le presentó Blanca, y aplicándolo á los labios de Flor del Valle, lo bebió esta.

Así que Flor del Valle se dejó caer de nuevo sobre las almohadas, le arregló su padre con cariño las guarniciones de la sábana, y volviéndose hácia Blanca le dijo:

—Tengo que hablar con mi hija.

—¿Llamareis en concluir? Preguntó Blanca levantándose.

—No, que me acostaré en seguida.

—Pues entonces, hasta mañana.

Dijo aproximando su rostro al rostro seductor de Flor del Valle.

—Adios.

Respondió esta con dulce sonrisa de melancolía.

Cuando solos quedaron en la alcoba padre é hija, se sentó el padre en la silla de la cabecera, y le preguntó:

—¿Cómo te sientes, hija de mi alma?

—Bastante bien, padre.

—Me alegro, hija mia: ¡Oh! y qué nuevas tan estrañas tiene tu padre que comunicarte esta noche.

—¿A mi?

—Si por cierto.

—¿A qué aluden esas nuevas?

—A tu salud y á mi gloria.

—Mi salud no vale nada, vuestra gloria importa mucho; comunicadme esas nuevas.

—Sin tardanza te las comunicaré, porque muy de cerca atañen á tu salud, que cien veces mas que mi gloria vale.

—¡Siempre tan bueno conmigo! padre.

—Ya sabes hija mia que eres el ídolo que mi corazon adora; te quiero con un cariño tal, que hombre alguno profesarlo no pûede sememejante.

—¿Y yo no os correspondo con igual cariño?

—¿Y cómo viviria este anciano sin ese cariño? ¿qué seria para mí la vida desde que tu madre murió, sino un herial cubierto de espinas que el corazon me rasgaría á no tenerte á tí? Cuando el recuerdo terrible de la muerte de tu madre asalta mi espíritu, ¿cómo podria yo vivir, si la dulce sonrisa de tus labios no fuera para mí un cielo que los tormentos templara de mi alma?

—¿Y cómo pudiera yo resistir, padre mio, esta horrible tristeza que amarga mi existencia... si en vuestro regazo no me fuera dado verter lágrimas de fuego que mi pecho desahogan..?

Flor del Valle se limpió los ojos con finísimo cendal blanco.

Don Fruela imprimió un cariñoso beso en la frente de Flor del Valle.

—¡Ay hija mia, y cuánto me has hecho sufrir con no querer declararme la causa de tu dolor!...

—Puesto que ya lo sabeis, no hableis mas de eso; recordad que el dia en que tal confesion os hice, me disteis palabra de que vuestros lábios no se ocuparian mas de aquel asunto.

—Así es en verdad; pero olvidar no puedo, y muy enojado por ello contigo estoy, que para saber lo que pasaba por el corazon de mi hija, tuve que sorprender y amenazar á su aya.

—Porque pena me daba á mí misma el pensar en ello.

—Tu pena hubiera sido menor partiéndola con tu padre.

—Mi padre tiene bastante que sentir, y no queria yo martirizarlo mas con un sufrimiento mio.

—¡Ingrata! ¡y estabas resuelta á ocultarme lo que por tí pasaba!...

—Hay ciertas penas, que á cualquiera pueden declararse, menos á la persona á quien mas se quiere y venera. Pero recordad padre mio, que me ofrecísteis no hablar mas de ello.

—Verdad es que lo ofrecí; sin embargo esta noche tengo que faltar á mi ofrecimiento.

—¿Por qué? preguntó Flor del Valle asustada.

—Porque el misterioso silencio que hace dias estamos guardando todos; mientras que todos fijo tenemos el pensamiento en aquello que á nuestros labios pronunciar hemos vedado, es lo que mas aumentó tu enfermedad; y sobre todo, porque esta noche voy á poner remedio á esta misma enfermedad.

—Me asustan padre, me hacen esta noche daño vuestras palabras: esclamó mas pálida que nunca Flor del Valle.

—Lo creo hija mia; respondió su padre: y acaso te haga mas daño que mis palabras el remedio que á aplicar voy á tu enfermedad.

—¡Padre!

—Sí, hija mia! padezco como tú, no; mas: mas que tú, ya lo creo! mas que tú padezco yo en este instante; pero no puedo menos: oye hija mia; si un mortífero carbunclo te se presentára en un brazo; y fuera necesario cortarte el brazo, qué me dirias?

Flor del Valle levantó al cielo sus húmedos ojos negros.

—Si no hubiera quien el cortante acero aplicara á tu brazo; pero vida con vida se ganára; alegre hija mia, me atravesára el corazon por salvar la tuya;

—¡Lo creo..!

—Mas si esto inutil fuera, y quien te cortara el brazo no encontrase; yo Flor del Valle, yo; yo te cortaria el brazo.

—Padre mio..! esclamó la jóven sollozando.

—Pues bien, hija del alma, un carbunclo mortífero te corroe el corazon, y es necesario arrancar ese carbunclo.

—Es imposible..!

—No para tu padre: buscando andaba dia y noche remedio; y Dios me ha mandado hoy el que necesitaba.

—¿Cuál es ese remedio?

—Escúchame hija mia: ¿cuál es tu enfermedad?... Una ilusion no mas; el primer rayo de amor que destelló en tu alma, y fué para abrasarla; pero yo curaré tu alma.

—Padre...

—Silencio, hija mia; ahora hablo yo; bastante tiempo he callado.

Flor del Valle exhaló un suspiro. Estaba sobrecojida.

—Escucha hija mia; criada en estos valles, presenciando siempre escenas dulces y patéticas, tu alma se ha desplegado patética, dulce, y tan inocente y pura como las palomas, que á tus faldas bajan á comer migas de pan. En este estado viste un hombre, y este hombre te impresionó favorable, pero profundamente.

Flor del Valle exhaló un suspiro.

—No suspires, hija mia; porque fuerza es que con claridad hablemos. Ese hombre, como las aves pasajeras vino á este castillo traido por una tempestad, y como las aves pasajeras con la tempestad marchó; no es cierto, hija mia?

—Cierto es... esclamó Flor del Valle levantando los ojos al cielo.

—Sé que te destrozo el corazon, querida, pero estoy arrancando de él el carbunclo que lo gangrena. Tú creias, paloma sin hiel que me engañabas, cuando fingias, tranquildad; y quien te engañaba era yo á tí, cuando indiferencia fingía. No he descansado un momento; cien y cien veces he interrogado al Sacerdote, á Blanca, á los pajes, y la desgracia ha querido que ni pajes, ni Blanca, ni Sacerdote, se acuerden del nombre de aquel garzon, ni siquiera de las señas de su escudo. Te acuerdas tú de su nombre.

—Nunca lo supe.

—¡Nunca!

—Y qué hubierais hecho, padre con saberlo?

—¡Pobre criatura! haber pasado á Oviedo é inquerido si un nombre lleva, que igualarse pueda al tuyo. Piensas tú... ¡Inocente pájaro en estos Valles criado...! piensas tú que en la córte de nuestro rey, habrá un mancebo tan solo, que no se afane en pretender tu mano, cuando en concederla consienta D. Fruela? pe-

ro no sabemos el nombre de aquel garzon, y D. Fruela no debe ir á buscarlo.

—No en verdad; antes yo moriré que permitir piseis vuestra dignidad.

—No moriras á fé mia; ¿qué te resta de aquel mancebo? un recuerdo. ¿Por qué no muere en tu corazon ese recuerdo? porque constantemente lo reproducen la cámara donde lo conociste; el lugar donde á la mesa se sentó, la escalinata donde te dió su á Dios.

—Qué quereis decir con eso? preguntó asustada Flor del Valle.

—Que huyendo de estos lugares, se apagará en tu mente ese recuerdo, se borrará de tu alma esa imagen ponzoñosa que paso á paso está marchitando tu juventud...

—¡Padre...!

—Que paso á paso te está robando la vida!

—Y me arrancareis, de estos lugares?

—Si hija mia; para darte las gracias que estos lugares á ti te arrancan.

—No padre, nunca abandonaremos el castillo donde murió mi madre.

—Calla hija...

—Nunca abandonaremos la cruz que conserva la joya mas preciosa que poseo...

—Me despedazas el alma, hija mia..! ah, sufro demasiado..! pero cruz y castillo abandonaremos por salvar tu vida.

—Yo no quiero vivir lejos de aquí..

—Vivirás Flor del Valle; vivirás porque tu vida es necesaria para que viva tu padre.

—¡Padre querido!..

—¡Hija de mi alma..!

Padre é hija reclinaron sus pálidas frentes en las almohadas, y en memoria de una esposa y una madre, y en desahogo de las penas que sus corazones amargaban, lloraron algunos instantes.

Pasado un gran rato levantó D. Fruela su arrugada frente, y dijo á Flor del Valle:

—Hija mia, es necesario curarte, y para ello es necesario partir. Humilde niña, fiel reflejo de las virtudes de tu madre, creo que nunca desobedecerás á tu padre...

—No lo desobedeceré pero ¡qué sacrificio tan grande es hoy para mí la obediencia!

—Mas grande es la justicia divina, y la justicia divina premiará ese sacrificio.

—Y á dónde vamos?

—Eso mismo me preguntaba yo estos dias de atras, y el cielo ha venido á contestarme.

Escucha Flor del Valle lo que te iba á decir cuando me senté á tu lado. Tu habrás oido que al comenzar la noche ha sonado un clarin en la puerta del castillo?

—Lo he oido aunque dormitando estaba, y despues me lo habeis dicho.

—Pues dá la enhorabuena á tu padre.

—¿Por qué?

—Porque aunque honores no ambiciono, y aunque las palmas abandoné para cerrarme en estas murallas, primero con mi esposa, y con mi hija despues; sin embargo, mucho agrada á mi corazon, ver que el rey no se olvida de sus mas fieles vasallos.

—Os envia algun nuevo blason para vuestro escudo?

—Me envia el nombramiento de conde de Castilla.

—Gran honra mereceis hoy del rey: ¿y aceptais el nombramiento?

—Nunca yo tal cosa hiciera, hija mia; pues el que de jóven despreció la gloria no ha de buscar la gloria en la senectud; y ademas ¡que miel tan divina despiden para mi corazon las flores de estos Valles...! pero aceptando el condado veo un medio cómodo y asaz honroso de devolverte la vida; solo por tu vida, hija mia; me alejaria yo de estos lugares.

—Quien ha sido el portador de esa nueva?

—Un arrogante garzon, que lugarteniente de mis tropas ha nombrado el rey. ¡Pero qué casualidad! es hijo de uno de mis me-

jores amigos: si en su alma brillan las virtudes de su padre, recomendable sobre manera es el garzon.

—¿Estará por supuesto en el castillo?

—Es claro; mañana lo presentaré en tu cámara, y no podrás menos de admirar el noble porte del hijo de mi amigo.

Flor del Valle levantó los ojos al cielo.

—¿Cómo te sientes, hija mia? Preguntó luego D. Fruela á su hija.

—Bien, padre.

—Parece que estás mas animada que al principio de la noche.

—Me siento mejor.

—Entonces me recogeré.

—Os iba á suplicar yo eso mismo.

Don Fruela arregló las almohadas de Flor del Valle, imprimió en su frente un amoroso beso, al que Flor del Valle respondió con otro; y D. Fruela se acostó en una cama que tenia dispuesta en la misma habitacion, junto á la alcoba de su hija.

Despues, sepulcral silencio reinaba en el castillo.



CAPITULO VII.

AURORA FELIZ.

Comenzaban las aves á cantar; un rayo de sol iluminaba las cumbres de los montes, cuando la campana del castillo tocó á la oracion matutina.

A este sonido que lleno de misterios se esparció por los aires desarrollando un sentimiento religioso en el inocente habitante de los valles y los montes, se siguió inmediatamente un fuerte crujir de cadenas y cerrojos.

Eran los cerrojos que las puertas abrian del castillo; y las cadenas que alzaban los rastrillos, y los puentes bajaban para dar paso franco en la fortaleza á toda clase de personas, hasta que el sol se hundiese otra vez en el horizonte.

Penetremos nosotros en el interior de aquel secular edificio.

El sacerdote ha concluido la misa, á la cual, con motivo de la enfermedad de Flor del Valle, y los huéspedes, ha asistido poca gente.

Cuando el Sacerdote sale del oratorio, pregunta á un criado:

—¿Se ha vestido D. Fruela?

—Si señor.

Responde el criado.

—¿Ha pasado á su cámara?

—Si señor.

El Sacerdote se dirige á la Cámara de D. Fruela, pega dos golpes en la puerta, y oyendo la voz del señor, que dice, «adelante», abre aquella, entra, y la cierra á su espalda.

—¿Cómo tan pronto por aquí?

Le preguntó D. Fruela que sentado estaba junto á una mesa revisando papeles.

—¿No acostumbro á visitaros á tales horas, verdad?

—No á fé mia; acaso sea esta la primera vez que en semejante hora pisais mi cámara; y esto me hace sospechar que alguna nueva teneis que noticiarme.

—Y muy fausta.

—¿Cómo? veo la alegria pintada en vuestro semblante.

—Porque en ella rebosa mi alma. La misa que acabo de celebrar ha sido una misa de gracias.

—¿Pues qué ocurre? decídmelo, Sacerdote.

—De buen grado os lo hubiera dicho anoche; y á no ser por temor á quebrantar vuestras órdenes, ya os hubiera llamado cuando junto á la cabecera de vuestra hija estabais; porque mientras vos perdiais con ella el tiempo, aplicándole remedios, que tal vez para otras enfermedades sean útiles, yo tenia en la mano el que á salvarla va en pocas horas.

—Esplicaos, Sacerdote; me teneis anonadado.

—Poco tiene que esplicar lo que á deciros voy, D. Fruela: ¿vuestra hija no se muere de amor? pues el mancebo á quien ama, la ama á ella con frenesí, y ese mancebo se halla en vuestro castillo.

—¿Es Hernan? Gritó D. Fruela fuera de sí.

—El mismo, que me ha dado el encargo de pedírosla por esposa.

—¡No creo lo que oigo! exclamó D. Fruela hincándose de codos en la mesa.

—Pues lo que oís es verdad.

—¡Dios mio!.. ¡Dios mio!..

Murmuraba D. Fruela asombrado.

—¡Que diantre! dijo el Sacerdote; no hay que admirarse tanto, que alguna vez habia de venir la ventura á este castillo: no todo ha de ser sufrir... aquí no se ofende á Dios de un modo que á escitar su ira valga; aquí se han recibido con santa resignacion las desgracias que Dios se ha servido enviarnos, y siempre se han acatado las determinaciones del cielo: pues... no siempre el cielo ha de estar probando á la criatura; la virtud, no tan solo tiene su galardon en la otra vida, sino tambien en esta.

—¡Oh! y qué galardon tan grande es el que Dios me dá, si efectivamente el hijo de Alvaro es á quien mi hija ama, y él tambien ama á mi hija. ¡Dios mio, vea yo esto realizado... y que muera despues!

—Muy bien dicho; pero que sea muchos años despues.

—Decidme Sacerdote, os habeis fascinado acaso, y no es verdad todo lo que me habeis referido..?

—Dejémonos estar de pláticas, y voy á presentaros el garzon.

Hablando de este modo salió de la cámara el Sacerdote loco de contento.

Don Fruela se hincó de codos en la mesa, escondió el rostro entre las manos, y murmuraba para si:

—¡Hija mia!.. ¡hija de mi alma!.. ¿será posible que otra vez vuelvas á la vida? ¿te verá otra vez tu padre brillar con las galas de tu hermosura?... ¡oh! ¡qué delicia me envia el cielo si esto es así!..

Don Fruela levantó la cabeza, porque por la puerta de la cámara entraban el Sacerdote y Hernan.

Hernan, jóven, gallardo, arrogante, con rico traje que mas esbeltas hacia sus formas, que mas simpatía daba á sus melancólicas facciones.

Don Fruela se adelantó dos pasos y recibió á Hernan con los brazos abiertos.

Hernan se lanzó á ellos nadando en cariño, y D. Fruela le dijo al deshacer aquel cariñoso abrazo:

—Siento garzon que mejores cámaras no haya en mi palacio, para hospedar dignamente al hijo de mi amigo.

—Nunca tan feliz noche como la presente, el hijo de vuestro amigo ha pasado; respondió Hernan sin poder ocultar su alegría; y á las cámaras de la córte nada que envidiar tienen las cámaras de vuestro palacio.

—Lo que en mi palacio abunda, y que tal vez escasee en la córte, es una franqueza desmedida y una voluntad sincera.

—Amigo sois de mi padre, y unos son vuestros instintos; mas aunque en la córte escasean en verdad esas cualidades, las hizo germinar mi padre en el corazon de su hijo.

—¿Pero qué hacemos derechos? Dijo de repente D. Fruela.

Todos se sentaron á aquella indicacion.

Don Fruela en su sitio: Hernan al otro lado de la mesa; esto es frente á D. Fruela; y el Sacerdote á la izquierda de Hernan.

Junto á la mesa, á la derecha de Hernan se abria una reja; como todas las del castillo, de bajo alfeizar; y por ella se veian las deliciosas campiñas del Eo, los bosques que en las campiñas brotaban; los montes que mas allá de los bosques, festonado coto al horizonte ponian; por ella penetraba un rayo de sol, y el canto de los pájaros y el perfume de las flores, y el puro ambiente de la madrugada.

Placentero estar se gozaba entonces en aquella cámara.

Observando el Sacerdote, que por decoro ó modestia se enredaban D. Alvaro y Hernan en inportuna conversacion sobre los primores de la corte y la bondad del rey; porque acontece á veces, que dos personas se reunen en un paraje á platicar sobre un cierto asunto, y si de cierta naturaleza es el asunto, aunque los dos lo deseen, ninguno se atreve á comenzar; tomó el buen ministro la palabra, y dijo:

—Señores, en el seno de la amistad estamos, y toda fórmula entre nosotros es demas; por lo tanto, dejémonos de conversa-

ciones que al caso no hacen, y hablemos de lo que á todos nos interesa.

Al espresarse así el Sacerdote, se puso encarnado Hernan, y fijó los ojos en el suelo.

Las facciones de D. Fruela se revistieron de un caracter sério.

—Señor D. Fuela; prosiguió el Sacerdote: sabed que Hernan, el hijo de vuestro amigo, es el jóven á quien vuestra hija ama; sabed que este jóven me dió anoche el encargo de que os pidiera su mano.

Fué á hablar D. Fruela; pero se lo impidió el Sacerdote que continuó:

—Y vos Hernan, sabed tambien, que Flor del Valle os ama, que D. Fruela os entrega la mano de Flor del Valle, y que aquí nada resta ya, sino arreglar un cierto asunto en Oviedo.

—Nada tengo que añadir á lo que ha dicho el señor Sacerdote. Dijo D. Fruela.

—Yo por mi parte; dijo Hernan, solo corroborar sus palabras.

—Así se hacen estas cosas; repuso el Sacerdote: todo preámbulo es sobrado. Cuando el hombre procede con el alma limpia, su frente debe manifestarse erguida: un cortesano hubiera agotado aquí las fórmulas de la etiqueta; un ministro de Dios debe usar otro lenguaje; el lenguaje sencillo y claro que Jesucristo usaba, cuando predicaba la verdad á los pobres de Cafarnaun.

—Pues bien, dijo entonces D. Fruela; puesto que con tanto tino ha sabido desvanecer el señor Sacerdote todo miramiento, que al principio pudiera entre los dos mediar, hablemos con franqueza: no te estrañe mi lenguaje, porque eres hijo de D. Alvaro, y voy á hablarte como te hablaria tu padre.

—Es la mayor honra que podeis dispensarme.

—Es cierto que amas á mi hija?

—Con frenesí.

—Observa que solo la has visto una noche.

—No importa.

—Mira que una tempestad te trajo á este castillo; tempestad

es el amor, y puede que como repentina tempestad huya de tu corazon.

—Por qué me decis eso? ¿dudais de mi?

—Nunca tal cosa pensára del hijo de mi amigo; mas tú no eres el amor.

—Pero soy caballero.

—Cabalmente por eso es por lo que temo.

—No os entiendo D. Fruela; si esplicarme quisierais el sentido de vuestras palabras...

—Si que lo esplicaré; amas hoy con delirio á una mujer...

—A vuestra hija.

—A una mujer. Esa mujer te ama con frenesí; pero tu amor nació como nace la tempestad que á este castillo te trajo; y tal vez como aquella tempestad, en tu corazon el amor acabe; entonces aquella mujer ¿te sería indiferente? no: te seria odiosa.

Hernan hizo un movimiento como para querer hablar, pero se lo impidió D. Fruela, que continuó:

—Odiosa; esto dice la esperiencia. Un caballero como tú Hernan, sabria vencer su corazon, y mentir amor delante de aquella mujer; sabría sacrificarse en las aras del deber; de un deber, tal vez mal entendido, y renunciando á su dicha, con aquella mujer unirse en matrimonio. ¿No es cierto Hernan?

—Cierto es; respondió Hernan.

—Pues bien. Pero el padre de esa mujer que tal comprendiera, el matrimonio estorbara; libre dejaria de sus compromisos al mancebo; y cien veces consentiria que su hija muriera en la desesperacion, antes que por su causa fuera un hombre víctima de su palabra.

—Señor...! exclamó Hernan.

—Esa mujer es mi hija, Hernan; á mi hija la adoro mas que á mi vida. Ahora tiene remedio; antes de dar un paso en falso, consulta Hernan, consulta tu corazon.

—Es muy voraz la pasion que lo abrasa para que consultas sobre ella admita.

—Así lo creo; pero tu pasion nació en un instante, y puede en un instante concluir.

—En un instante nace el hombre, señor, y el hombre vive; en un instante nacen las flores, y las flores son duraderas; en un instante se crearon los ángeles y eternos son los ángeles.

—Tu pasion te inspira, Hernan; pero la juventud puede engañarte: tú que el mundo miras hácia arriba, lo ves pintado de ilusiones; yo que lo miro hácia abajo, cubierto lo veo de terribles desengaños.

—Basta; dijo el Sacerdote revistiéndose de dignidad: como buen padre ha hablado D. Fruela; como buen amante Hernan ha platicado. El amante siente cuando de su pasion duda el mundo; el padre teme que á su hija amen, porque tal vez un dia dejen de amarla; y víctima de su pasion, y mofa del mundo sea; pero nosotros no estamos en ese caso; Dios quiere premiar la virtud que en este castillo reina; y amante y padre teneis que deponer vuestros temores, porque Dios protejerá vuestros deseos.

—Asi los espero, dijo D. Fruela; pero amo tanto á mi hija, que al pensar en ciertas cosas...

—Pues en ellas no penseis; dijo Hernan.

—Es la verdad, respondió D. Fruela: mas ciertos caracteres tienen la desgracia de que la misma ventura por largo tiempo anhelada, la convierten á fuerza de cabilaciones en desventura. Dime jóven; ¿tu padre no sabe nada de esto?

—Mi padre sabe que amo con delirio á una mujer, pues aunque yo me he obstinado en negarlo, los doctores en la ciencia de curar lo han conocido.

—Los doctores en la ciencia de curar... repitió D. Fruela: ¿y por qué te has sometido á ellos?

—Porque he estado á la muerte.

—¿Qué has tenido?

—Lo que ahora tiene Flor del Valle.

D. Fruela hizo un movimiento de admiracion.

El señor sacerdote fijó los ojos en D. Fruela.

Hernan dijo:

—Puesto que ha llegado mi vez, tambien yo me esplicaré.

—Te escuchamos con deseo; respondió D. Fruela.

—Cuando ví á Flor del Valle; prosiguió Hernan, sentí por ella una pasion tal, que al encontrarme en Oviedo; lejos de este castillo, caí en cama. Mi padre que me quiere tanto como á Flor del Valle el suyo puede quererla, reunió en consulta los mejores doctores; y los mejores doctores convinieren todos en que mi cuerpo estaba sano y lo que enfermo se encontraba, era mi alma: me propinaron como único remedio salir de la córte, y éste ha sido el principal objeto de mi viaje.

—¡Qué casualidad! exclamó D. Fruela!

—¡Qué milagro! exclamó el Sacerdote!

—Pero cuando tan enfermo te sentias, por qué no declaraste á tu padre que amabas á la dama de un castillo?

—Porque no sabia que el padre de la dama era amigo de mi padre.

—Y eso qué importaba?

—Importaba mucho; porque mi padre tenia comprometida mi mano con la hija de una de las damas de la reina; este compromiso lo habia autorizado el rey, y aunque yo detestaba á esa dama; ni queria disgustar á mi padre, ni contravenir á la autorizacion del rey. Hoy todo ha cambiado; el rey y sobre todo mi padre quedarán regocijados al saber que á quien amo es á vuestra hija.

—Sí, pero ¿y el compromiso con la otra dama?

—Ya me ha dicho que está salvado; respondió el Sacerdote.

—Moralmente concluyó; dijo Hernan: no ha sido esa mujer mi novia, ha sido un tirano que me ha oprimido; y al despedirme, que reñidos quedamos, salí resuelto á no volver mas á su palacio.

Algunos minutos platicaron agradablemente aquellos tres personajes, buscando los medios mas á propósito para enterar de todo lo ocurrido á Flor del Valle; pues en el estado delicadísimo en que se encontraba, cualquiera fuerte impresion podia ser terrible para ella.

Su padre tomó á su cargo tan grata mision; y mientras el Sacerdote y Hernan salieron á dar un paseo por las pintorescas márgenes del Eo, D. Fruela, nadando en gozo; pero gozo reconcentrado en lo íntimo de su pecho, se dirigió á la cámara de su hija.

La melancolía, la palidez de Flor del Valle aumentaba por grados: de nada servian las medicinas que los doctores de lejanos paises le ordenaban tomar; la herida que su enfermedad producia estaba en su alma, y era necesario curar el alma.

Cuando su padre salió de la alcoba para retirarse á su cámara, donde lo fué á buscar el Sr. Sacerdote, Flor del Valle dormitabas cuando su padre entró en su alcoba para comunicarle las fausta! nuevas que nosotros ya sabemos, tambien dormitaba Flor del Valle; pero aquella jóven estaba interesante.

Velaba sus facciones ese aire de melancolia que el dolor produce en las almas inocentes, y la melancolia es el matiz mas bello, es la última pincelada de la hermosura.

Cuando su padre se acercó á ella, la contempló un instante, apoyó ambas manos en la cama, é imprimió un beso en su megilla.

Flor del Valle se despertó á este beso, se sonrió al ver su padre, y con su nacarada mano separó á ambos lados los cabellos negros y sedosos que se esparcian por su frente de jazmin.

—Hija mia, Flor del Valle, le dijo sentándose á su cabecera; cómo te sientes?

—Lo mismo padre.

—¿No produce en tí efecto la medicina que te hemos aplicado?

Flor del Valle se sonrió.

—Por qué te ries, hija mia? le preguntó su padre.

—Me rio, porque para mí no hay medicina.

—Tan escasa quieres que sea la ciencia de curar, que para tí no encuentre remedio? le dijo su padre sonriendo, y gozándose anticipadamente en su triunfo.

—La ciencia de curar, será abundante en remedios para el cuerpo, mas para el alma creo no tenga alguno.

—Tal vez sí, hija mia; y tu padre se propone sanarte con uno que aplicarte ha pensado.

—Acaso abandonar estos lugares?

—No te curaría ese?

—Aumentaria mis males. Si yo no conozco otro pais que éste; si aqui veo en todas partes la imágen de mi infancia; si los recuerdos mas sagrados de mi vida se encierran en estos valles, ¿cómo quereis padre, que el salir de estos valles me cure? ha!.. aceleraria mi muerte, que en álas de la tristeza vendria.

—Pero estás resuelta á marchar?

—A todo lo que mi padre me ordene estoy resuelta.

—Y el cielo, hija mia á premiar tu virtud.

—No hago sino cumplir con mi deber.

—Cuando el cumplimiento del deber, cuesta al corazon tan caro, como este te cuesta á tí; el cumplimiento del deber, hija mia, es una virtud. El cielo premiará tu virtud.

—En la otra vida.

—Y en esta.

Flor del Valle exhaló un suspiro.

—Por qué suspiras, querida? le preguntó su padre.

—Porque en las lecciones de educacion ó de moral, que el señor Sacerdote me esplicaba en aquellos momentos felices, que en cómpañia de mi madre pasábamos entre los bosques y florestas del Eo, me decia...

—Qué te decia, hija de mi corazon?

— Que á los malvados los colma Dios de goces en esta vida, para entregarlos en la otra á sufrir tormentos eternos; y que al justo quiere la Divina Providencia purgar sus faltas en este valle de lágrimas con desgracias perecederas, para que entre puro en la otra vida, á disfrutar las eternales delicias.

—Muy sanas, hija mia, son las máximas del Sacerdote, y en armonia con la religion de Cristo estan; pero como los designios de Dios son altos, altos é inescrutables; sin que la razon de ello

podamos comprender, aunque traslucir se deja; observamos que muchas veces, colma al justo ó al inocente, de venturas en esta vida; y esto consiste á no dudarlo, en que hay almas tan cándidas que el cielo no se propone lavar en ellas sus ligeras faltas, si es probar su resignacion: acaso hija mia, la tuya sea una de estas, y cuando mas afligida estés por el amargo peso de la desgracia, columbres en tus dolores un rayo de felicidad.

—Qué gratas son á mi ánimo vuestras palabras, padre; y cómo dulcificarian mis penas, si quimeras no fueran del amor que me profesais.

—Alégrate, hija mia, porque no son quimeras: hija adorada, el ángel tutelar de las almas cándidas, quiere ya poner coto á tu dolor.

—Es cierto lo que decis? exclamó Flor del Valle agitada.

—Comienza por saber, que para tomar la gran medicina que te he anunciado, y que resultados muy buenos me prometo con ella, no tienes que abandonar estos lugares.

—Nó?

—No, hija mia; aquí, en el castillo de tu infancia, en la cruz donde una reliquia de tu madre se conserva; ahí es donde esa misteriosa medicina te volverá la vida.

—Aunque así sea, padre; no calmará mi dolor, porque me dará la vida, para que sienta mas la desgracia.

—Entonces no fuera una medicina completa. El que tal medicina me ha enseñado, y que hombre muy docto en el arte de curar ciertas enfermedades es, me ha dicho que al paso que al alma va volviendo la vida, va sembrando en la vida la felicidad.

Flor del Valle pintó en sus lábios de coral la sonrisa de la duda, y despues con rostro triste levantó al cielo sus negros ojos.

—¿Cuándo me dais esa medicina? preguntó á luego.

—Ahora mismo, hija mia; porque tan misteriosa es la tal medicina, que se infiltra en el alma, sin que el alma de ello se aperciba hasta que sus efectos goza.

—Me teneis confundida, padre; aplicadme pronto esa medicina.

—Pronto te la aplicaré, porque verte buena mi ánimo desea: pero antes de aplicártela, te advierto hija querida, que debemos proceder en su uso con cautela.

—¿Por qué?

—Porque sus efectos son tan violentos, que si gran tino con ella no se tiene, llegan á matar el alma que curar nos proponemos.

Flor del Valle se sonrió con desden.

—No te rias, hija mia; porque como yo conozco la naturaleza de tu enfermedad, tambien yo me reia cuando esta medicina me enseñaban, y me han hecho callar.

—¿Quién os la ha enseñado?

—Un peregrino que á Santiago iba, y que esta mañana ha desayunado á nuestra mesa. Oyéndonos hablar de tus dolencias, ha dicho que él poseia un remedio que esta clase de enfermedades sanaba; como yo al oirlo me reia, me ha dicho el garzon que de Oviedo llegó anoche: «No os riais D. Fruela, porque una cura prodigiosa se ha operado estos dias en Oviedo con un gallardo jóven que la misma enfermedad que vuestra hija tenia. Deseando yo no perdonar medio de curarte, le he rogado que se esplicara.

—¿Al garzon? preguntó Flor del Valle.

—Al garzon, si; respondió D. Fruela: y el garzon se ha espresado en estos términos:

Flor del Valle fijó con interés los ojos en el cariñoso rostro de su padre.

—«Un amigo mio, ha dicho el garzon, que por cierto es uno de los mas nobles, gallardos y ricos mancebos de la córte de Alonso II, salió hace tiempo de caza, y al regresar á Oviedo despues de algunos dias, se sintió enfermo.

Flor del Valle se agitó sobre manera, pero vírgen tímida, lejos de hablar á su padre, trató de ocultar sus emociones entre las finísimas sábanas que la cubrian.

Don Fruela que con ojo sagaz inspeccionaba el mas mínimo movimiento de su hija, continuó:

—Segun el garzon que en nuestro castillo habita, se ha espli-

cado, el mancebo su amigo, se agravaba en términos, que pronto su vida se puso en eminente riesgo. Sus padres, los doctores, todos le preguntaron la causa de su enfermedad, porque nadie la comprendia: él se obstinó en callar; hasta que observando su escudero el peligro que corria, contó una cierta historia.

—¿Qué historia contó el escudero? exclamó Flor del Valle sin poder ocultar su emocion.

—La historia que el escudero contó se reduce á dos palabras.

—¿Sabeis vos esa historia?

—Como que sobre mesa la ha referido el garzon: óyela tú. Dijo el escudero; que en compañía de su amo habia salido á cazar; que una tempestad terrible se apoderó de ellos, y que para librarse de la lluvia se refugiaron en un castillo.

Flor del Valle ya no podia resistir aquel estado.

—Como se llamaba ese castillo? preguntó con miedo.

—El castillo de Castroverde: respondió su padre sonriendo.

—Es él... exclamó Flor del Valle.

—El es, hija mia; él es.

Contestó D. Fruela.

—¡Padre de mi alma! murmuró Flor del Valle; y ocultando su rostro en las almohadas, vertió lágrimas en abundancia.

—Llora, hija mia... llora; le decia su padre rebosando placer; llora cuanto puedas porque esas lágrimas te dan la vida.

Flor del Valle lloraba.

D. Fruela con la satisfaccion pintada en su rostro, la miraba llorar.

Cuando Flor del Valle se serenó algun tanto, continuó su padre.

—Yo he preguntado al garzon, porque tanto silencio guardaba, cuando debia suponer que la dama que enamoró á su amigo era mi hija, puesto que el mismo era el castillo donde se albergó.

—¿Y qué ha dicho el garzon? preguntó Flor del Valle.

—Que tal cosa no ha querido declarar, hasta haber estudiado las voluntades de este castillo, pues el principal objeto de su ve-

nida no tanto ha sido traerme el nombramiento de Conde, como en nombre del garzon á quien amas, pedir tu mano.

—¡Padre...! exclamó Flor del Valle ahogando sollozos mil entre las sábanas.

—Sí, hija mia; esta es la verdad: el garzon á quien amas, te ama; es hijo de una de las mas nobles familias de Oviedo, y á otro envia á pretender tu mano. Lo del peregrino ha sido una ficcion.

Flor del Valle no cesaba de verter copiosas lágrimas, lágrimas de placer, que el afligido corazon de aquella virgen desahogaban.

—Lo ves hija mia, le dijo su padre como el remedio que te ofrecí ha sido eficaz?

Flor del Valle se sonrió, y al sonreirse, dos surcos cristalinos brillaban en sus mejillas.

—Y ves tambien como el cielo premia tu virtud?

—Mucho mas de lo que yo merezco.

—Demos hija mia las gracias al cielo.

Don Fruela cruzó las manos y levantó al cielo los ojos.

Tambien Flor del Valle cruzó las manos, y tambien al cielo levantó sus ojos.

Pasado un gran rato en que padre é hija desvanecieron sus almas en fervorosa oracion, preguntó Flor del Valle:

—¿Por qué os habeis servido padre, de tantas, si bien tan agradables ficciones para darme esa noticia?

—Porque las buenas noticias dadas repentinamente, suelen hacer daño, mucho mas si el que las recibe se encuentra en el estado peligroso en que tú te encontrabas.

—Pues ya me encuentro mejor.

—Ya te he dicho que produciria efecto la medicina.

Flor del Valle se sonrió con candor.

—¿No te quejarás del cielo? dijo su padre.

—Me dá mas de lo que merezco.

—Pues una cosa acontecer suele en tales casos.

—¿Qué cosa es esa?

—Que cuando el cielo de beneficios colma á la criatura, y ésta, lejos de dar las gracias á la divina mano; pide mas, porque cree que necesita, ó que merece mas; se irrita el cielo y de todos los bienes que antes le dió, la despoja; pero si la criatura piensa como tú piensas, hija mia, que mas el cielo le dió de lo que ella es digna de conseguir, el cielo multiplica las gracias con que dotó á tan humilde criatura.

—¿Qué quereis decir con eso, padre? exclamó Flor del Valle sobresaltada.

—Quiero decir, que te dispongas á recibir mas beneficios de los que ya recibidos tienes hoy.

—¡Por Dios, padre! exclamó Flor del Valle; habladme con claridad; ya no es peligroso á mi salud comunicarme ciertas noticias, porque con fuerza me encuentro para que no me impresionen; lo que mas me perjudica ahora, es la duda; decidme padre todo lo que ocurre.

—Si, hija mia, todo te lo diré.

Y tendiendo D. Fruela el brazo izquierdo por las almohadas, y reclinando en su regazo la cabeza de Flor del Valle, habló de esta manera:

—Hija mia, el temor de agravar tu enfermedad con una buena noticia en el estremado abatimiento en que te encuentras, me ha obligado á servirme de mil ficciones para hacerte saber que tus deseos se han realizado; y que tu padre es hoy muy feliz. Si invencion fué la aparicion en este castillo de un peregrino que de medicinas me hablase, tambien invencion ha sido la llegada de ese amigo del garzon á quien tu amas.

Flor del Valle hizo un movimiento de sorpresa.

—El jóven á quien amas y que te ama; es el hijo de mi querido amigo D. Alvaro.

Flor del Valle se estremeció á estas palabras.

—Es el jóven de que tantos elogios te he hecho; y el mismo que anoche llegó al castillo.

Cuando las impresiones son muy profundas, tales como la que Flor del Valle recibó en aquel momento, se hacen superiores á

toda exclamacion, y el alma se pierde en ellas como en un lejano mundo de soñados placeres.

Cuando Flor del Valle escuchó las últimas palabras de su padre, cruzó las manos, levantó los ojos al cielo, y quedó sumergida en ese mundo lejano de soñados placeres, que producen las fuertes impresiones.

D. Fruela, dijo entonces:

—Mucho se ha agitado tu alma esta mañana; descansa un rato, hija mia: dentro de dos horas volveré á enterarte de algunos detalles que ignoras, y mas tarde te será presentado el garzon.

D. Fruela salió de la cámara, y Flor del Valle se quedó anonadada.

Dos horas despues; Flor del Valle estaba mas tranquila y mucho mejor de salud.

Sentado D. Fruela á la cabezera de su cama, le refirió cuantos detalles conocemos nosotros á cerca de Hernan, y se retiró de la cámara.

Marcaba las doce el cuadrante del castillo, cuando el señor Sacerdote presentaba á Hernan en la alcoba de Flor del Valle.

¿Qué diremos nosotros de este reconocimiento?

Nada, absolutamente nada; el lector sensible, el lector que á las encantadoras delicias del amor no sea estraño, lo podrá concebir.



CAPITULO VIII.

EL MENSAJE.

Pasados los primeros, agradables momentos, en que Hernan y Flor del Valle dieron curso á las puras afecciones en que ardian sus inocentes almas, sostuvieron largas conferencias D. Fruela, el Sacerdote y Hernan: en ellas descubrieron todos, los secretos de su corazon, é investigando medios para hacer llegar á noticia de D. Alvaro cuanto en el castillo de Castroverde habia ocurrido, y lo que era mas difícil, buscando medios tambien de quebrar definitivamente con la dama Isabel, resolvieron que el señor Sacerdote pasara á Oviedo.

Como Hernan habia ido solo con el objeto de entregar á Don Fruela el nombramiento de conde, y de ponerse á sus órdenes cual lugarteniente que de él era; comision en la que muy poco tiempo emplear debia, y como entonces ya no pensaba volver en tanto que sus compromisos se arreglasen en la córte, determinaron que los ocho caballos que al mando de Hernan habian llegado, regresaran con el señor Sacerdote, y de este modo le servirian de escolta.

Con efecto; una mañana deliciosa se veian reunidos en la plaza del castillo, á D. Fruela, Flor del Valle, que ya estaba muy bien, Hernan y el sacerdote; Blanca y los pajes formaban otro grupo tan próximo al primero, que con él pudiera confundirse.

Bastante apartados se descubrian los ocho guerreros poniendo sillas á los corceles, y un criado sujetando de las bridas una fogosa mula.

Todos se habian reunido allí para despedir al Sacerdote, y el Sacerdote se descubria entre todos, como un verdadero pastor evangélico que de su grey se despide.

Veinte minutos despues todo se hallaba dispuesto; montados los ginetes, montado el paje que con el Sacerdote marchaba; y este, dirigiendo á los habitantes del castillo las últimas palabras de despedida, que otra cosa no eran que dulces espresiones de cariño dictadas por una fé sincera y un corazon generoso.

Cuando el Sacerdote concluyó de hablar, todos se hincaron de rodillas ante él, é inclinaron al suelo las frentes.

Entonces el Sacerdote se quitó el sombrero, fijó en el cielo su fervorosa mirada, y levantando las manos con dignidad, puso la bendicion sobre sus queridos feligreses.

Luego montó á caballo, y delante de los ocho soldados, y junto á su paje que en otra mula cabalgaba, comenzó á bajar no sin temor, la pendiente cuesta, que á las orillas del Eo conducia.

Cuando en la márgen opuesta se encontraron los viajeros, y próximos á perderse entre los espesos bosques, que un delicioso jardin de aquella region hacian, volvió hácia el castillo la cabeza el señor Sacerdote, y con gran júbilo suyo, descubrió en el antepecho de piedra que á la plaza rodeaba, multitud de personas, que imperceptibles casi por la distancia, agitaban al aire blancos cendales.

Eran D. Fruela, Hernan, Flor del Valle y Blanca, que con la vista siguieron á su angelical y venerable pastor, hasta que en la espesura del terreno llegó á perderse. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Con la aparicion de Hernan en el castillo volvió repentinamente á la vida Flor del Valle; en pocos dias recobró por completo la salud, y con la salud recobró las galas que tan seductora la hacian á los ojos de los hombres.

Lánguida y descolorida continuó por algun tiempo; pero aquella languidez era la languidez de la mariposa, cuando al primer rayo del sol de abril despierta en su lecho de flores; y aquella palidez no era otra que la palidez del alba, que anunciando al universo llega, los encantos de esplenderoso dia.

La severidad del caracter de D. Fruela, concluyó con la llegada de Hernan; y si siempre se conservaba digno aquel anciano, digno y majestuoso, muchas veces un aire jovial frisaba su semblante, y la sonrisa asomaba á sus lábios.

Este cambió de caracter debido á la felicidad en que veia rebosar á su hija, influyó sin duda, en la libertad que ha su hija dispensó, con relacion á Hernan.

Aunque una leve zozobra, producida por ignorar aun el resultado de la mision del señor Sacerdote en Oviedo, agitaba los corazones de los habitantes del castillo de Castroverde; fuera de esto; ¡qué momentos, qué dias tan felices se deslizaron para Hernan y Flor del Valle...!

Tenian de veinte y dos á veinte y cuatro años; y á esa edad sonrie tan dulce el amor...! vivian en el campo; entre flores, entre arroyos, entre brisas, entre nubes... y en el campo el amor, parece que á nuestras almas llega embalsamado con el aroma de las flores, purificado con la frescura de los arroyos, con el oreo de las brisas; risueño y jugueton como los caprichosos perfiles de las nubes que en el espacio vagan.

Siguiendo Flor del Valle las piadosas máximas que el Sacerdote Osvaldo habia infiltrado en su inocente corazon, entraba todas las mañanas en el oratorio, asi que la vestia el aya, se arrodillaba en las gradas del altar; oraba con infantil candor por el alma de los difuntos, y por la felicidad suya de aquel dia.

Luego pasaba á la cámara de su padre que la esperaba anheloso; se arrodillaba ante él y le besaba la mano; entonces su pa-

dre la levantaba, la abrazaba, y padre é hija se perdian algunos instantes en adormideras caricias.

En el regazo de su padre aguardaba á Hernan.

Cuando este gallardo mancebo entraba, se sonreian ambos; despues de saludarse, se la entregaba D. Fruela, y juntos los dos jóvenes marchaban á los palomares, ó á las conejeras, ó á los corrales donde cerradas estaban las gallinas; ó ya paseaban por las márgenes del rio, que festonadas de flores el ánimo eclipsaban, ó largos instantes bogaban por la corriente del Eo en la pintada carabela, reconociendo los nidos que en la espesura de los troncos ó de las ramas que sobre el agua se mecian, depositaban las mil pintadas aves que con sus trinos aquella deliciosa mansion amenizaban.

Es de advertir, sin embargo; que cuando sin otra compañía, Hernan y Flor del Valle paseaban, tenian la precaucion de no internarse nunca en parajes ocultos ó solitarios.

Una mañana placentera, que sentados estaban en las gradas de la cruz D. Fruela y Hernan, y paseando por los inmediatos bosques Flor del Valle, se cruzó entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Cuánto tiempo hace que marchó el Sacerdote? preguntó D. Fruela.

—Diez dias, respondió Hernan.

—Me tiene con cuidado su viaje; tarda mucho.

—Si tarda.

—¿Se habrá resentido tu padre de estos sucesos?

—En gran estima tiene las determinaciones del rey; pero mediando vos, el rey y mi padre se inclinaran desde luego á vuestro favor.

—Asi lo creo.

—Y creerlo podeis.

—Luego mi padre, me quiere tanto á mí; que por proporcionarme un momento de placer, seria capaz de sacrificar su dicha.

—Pero este retraso... repitió D. Fruela.

—Este retraso, dijo Hernan; es prueba de que mi padre está en negociaciones con la dama Doña Leonor.

—En fin dejémos eso.

—Mejor será; contestó Hernan: no lo espero; mas si tan obcecado mi padre se encontrase, que su permiso no me diera para unirme á Flor del Valle; sangrientas lides ofrece á todo garzon el campo musulman; á buscar gloria ó muerte marcharé á él; pero no pisaré mas las calles de la córte.

—No habrá necesidad de que procedas así.

—¡Ah! no por cierto; mi padre nadará en gozo al saber que enamorado estoy de vuestra hija.

—Tomad padre; dijo entonces Flor del Valle presentando á D. Fruela un ramo de flores que D. Fruela recibió con placer.

—Tomad Hernan; dijo presentando otro á Hernan.

Hernan se sonrió con enagenamiento, y apartándose á un lado, hizo sitio para que se sentase Flor del Valle, quien ahuecando su crugiente falda de damasco, lo verificó en la misma grada de la cruz, entre su padre y Hernan.

Las brisas en aquella hora soplaban frescas; el sol que sobre el horizonte se iba levantando, convertia en perlas el rocio que sobre las hojas se conservaba oscilante, y las rosas, y las azucenas, y las violetas, perfumaban el aire con sus aromas.

—Qué cruel érais conmigo, padre, cuando queríais arrancarme de estos lugares; dijo á D. Fruela Flor del Valle, acariciándolo con angelical sonrisa.

—¡Cruel!.. repitió su padre; nunca mas que entonces te he manifestado mi cariño, porque nunca á tu enfermedad hubiera podido aplicar remedio que mas duro fuese á mi corazon.

—Así lo comprendia, padre mio.

—Y la verdad comprendias, hija del alma: si tú supieras lo que yo sufria al pensar que de ese castillo, que de esta cruz iba á separarme...

—¿Por qué os separabais? preguntó Hernan sorprendido.

—Por volver á mi hija la salud que estos lugares le arrancaban desde que en ellos estuvo un peligroso garzon.

Los tres se sonrieron á estas palabras.

—Pues el peligroso garzon; repuso Hernan, ha venido á orde-

nar á estos lugares que á Flor del Valle devuelvan la salud que arrebatándole iban.

—Y lo han obedecido por cierto estos lugares; respondió Don Fruela; porque desde que el garzon á ellos vino, con asombrosa rapidez recobra Flor del Valle su salud.

—Ya no nos marcharemos, padre; ¿no es cierto? dijo Flor del Valle, imprimiendo un beso en la frente de su padre.

—No, hija mia; respondió D. Fruela abrazando á Flor del Valle; no marcharemos si á Dios no agrada otra cosa disponer.

De este modo se deslizaron en el castillo de Castroverde los dias que trascurrieron desde la mañana en que se despidió el señor Sacerdote, hasta el momento en que de él se tuvo noticia.

Para no cortar el órden de los sucesos, bueno será que nos traslademos á Oviedo.



CAPITULO IX.

—

PROFUNDO RESENTIMIENTO.

Mucho se hablaba entre los nobles mancebos y jóvenes damas de la córte, del viaje que habia verificado Hernan.

Diferentes eran las opiniones que sobre dicho viaje se profesaban, grandes los comentarios que acerca de él se hacian, y como con tales hablillas nada ganan las mujeres; Doña Leonor y su hija en alto grado orgullosas, estaban abrasadas de hallarse en tan crítica situacion.

A mancebos y jóvenes damas, produjo el viaje de Hernan cierto placer; á las damas porque les halagaba ese maldito sentimiento de emulacion, innato en el alma de la mujer; y á los mancebos porque ó abandonada Isabel por Hernan, ó de él resentida, seria probable que menos esquiva que de costumbre lo era, con ellos se manifestase.

Y no se engañaron por cierto.

Desde las reyertas que entre Isabel y Hernan mediaron, las cuales presenciamos nosotros, como no habrá olvidado el lector, se admitió en el palacio de aquella dama, los mas apuestos mancebos de la corte.

Muy alegres se manifestaban al público Doña Leonor y la hermosa Isabel; nunca mas boato que en aquella ocasion madre é hija desplegaron; pero sus corazones estaban sumergidos en un mar de veneno: se habia pisado su orgullo; su orgullo era inmenso; y este orgullo pisado les hacia desesperarse cuando solas se encontraban; y maldecir con encono de D. Alvaro y Hernan.

El momento en que nos fijamos para continuar el hilo de nuestra historia, es una mañana en que D. Alvaro Nuñez acaba de entrar en la cámara de Doña Leonor.

Se ha sentado en una silla y espera que un paje avise á la señora.

Advertiremos que al principiar aquella mañana, hacia cinco dias que de Oviedo habia salido Hernan.

Un minuto escaso llevaria D. Alvaro aguardando, cuando se presentó Doña Leonor.

D. Alvaro se levantó afectuoso, se dirigió hácia ella y la saludó con muestras de verdadero cariño.

Doña Leonor que erguida entraba arrastrando por las alfombras tersa falda de brocado, recibió aquel saludo con frialdad: una fingida sonrisa asomó á sus lábios, y mirando á D. Alvaro con altivez, ó con desden, ó con desprecio tal vez, se sentó en una silla frente á la que habia estado D. Alvaro.

Este recibimiento tan poco comedido, previno á D. Alvaro, que revistiéndose de dignidad, volvió á sentarse donde lo estuvo antes; es decir, frente á Doña Leonor.

Aquella cámara era una de las mas suntuosas estancias del palacio de la primera dama de la reina Verta.

Tapices de terciopelo, borlones de oro adornaban las paredes; velludas alfombras cubrian el pavimento; costosas sillas doradas contrastaban con los tapices y alfombras, y grandes jarrones de porcelana, lucian sus primorosos tallados sobre las mesas de jaspe que entre cada dos sillas se veian colocadas.

—Ha llegado á mi casa un paje advirtiendo que deseabais hablarme; dijo D. Alvaro: y todo lo he abandonado señora, para ponerme á vuestra disposicion.

—Lo siento; respondió doña Leonor; porque el objeto conque os he llamado, lo mismo puede solventarse hoy que mañana.

—Sin embago, doña Leonor, vuestras insinuaciones son órdenes para mí; y las órdenes deben cumplirse pronto.

—Gracias D. Alvaro por tanta galanteria; y pues que juntos nos hallamos, toda vez que el llamaros me ha costado; vamos á hablar con claridad sobre un asunto muy sério que por igual á los dos nos interesa.

—Puesto que vos señora, provocais esta cuestion, esplícaos y nos entenderemos.

—Oh si; me esplicaré porque hace algunos dias lo deseo; y porque para ello os he llamado. Y siento D. Alvaro tener en este caso que volver la vista atrás.

—Si á la buena inteligencia del asunto, mirar atrás atañe; nada mas justo que asi lo hagais señora.

—Es verdad; yo tengo una hija; y vos D. Alvaro teneis un hijo.

D. Alvaro hizo con la cabeza un ligero movimiento de afirmacion.

—Muy noble por su origen es vuestro hijo; y tan noble como vuestro hijo es mi hija; por lo tanto vos y yo determinamos en tiempos pasados que los dos se uniesen en matrimonio.

—Es verdad.

—El rey aprobó ese enlace, y no podia menos de hacerlo, porque noble mancebo é ilustre dama se unian; yo D. Alvaro, pensaba al entregar mi hija á vuestro hijo, que una joya de gran valor le entregaba.

—Y pensabais bien, señora.

—¿Si? ¿de veras lo decis? preguntó Doña Leonor sonriendo con punzante ironia.

—Nunca yo hablo en broma, señora mia.

—Pues vuestro hijo; repitió entonces muy séria Doña Leonor; no ha sabido apreciar la joya que yo le entregaba.

—¿Qué decis, señora? ¿por qué?

—¿Por qué, preguntais á una madre ofendida? preguntádselo á la córte de nuestro rey, y la córte os responderá.

—¿Pues qué ha hecho mi hijo?

—Me estraña esa ignorancia, D. Alvaro; ¿no lo sabeis despues de las escenas que mediaron al tiempo de marchar á Castroverde?

—Aquellas escenas, señora, que yo procuré arreglar á todo trance; no solo dependieron de una inadvertencia de mi hijo, sino tambien del génio demasiado fuerte de vuestra hija; recordad que en ello vos y yo convinimos; y sobre todo, señora, aquellas escenas se dieron por concluidas.

—Y las que han ocurrido despues?

—Cuáles son esas?

—El no haber enviado á mi hija un paje, un paje siquiera despues de tanto tiempo como hace que marchó.

—Señora por Dios! cuánto tiempo hace que marchó?

—Siete ú ocho dias.

—Cinco, señora.

—Aunque cinco sean; el mancebo que por prometida tiene una jóven como mi hija, no debia haber dejado pasar ese tiempo sin enviar noticias á su dama.

—No tardará en enviarlas, señora; y ademas de que todavia no se le puede tachar de moroso, quién sabe lo que en el castillo habrá podido ocurrirle?

—Y eso tiene mucha gracia, señor D. Alvaro?

—El que? Doña Leonor.

—Que mi hija, la hermosa Isabel, esté para recibir las noticias que á su honor atañen; á espensas de los sucesos que en un castillo cualquiera ocurrir puedan; como si humilde aya fuera, que á espensas de su señora viviese.

—No he dicho eso, Doña Leonor.

—Eso y no otra cosa, de lo que habeis dicho, se deja deducir, señor D. Alvaro.

—No os obcequeis en un momento de enfado; interpretad las palabras como en sí son.

—No estoy en el caso de perder el tiempo en interpretaciones.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Lo que mi hija me ha encargado que os diga.

—Vuestra hija..?

—Si, porque ella es quien os llama, no yo.

—¿Y qué quiere decirme vuestra hija? preguntó D. Alvaro sin poder ocultar su sorpresa.

—Como mi hija aprecia tanto su honor, que no sus gracias, ni su riqueza; aunque ni su riqueza, ni sus gracias desconozca; me ha hecho á mi comprender el gran desaire que primero con su viaje, y despues con su silencio, le ha dado vuestro hijo; y pensando, no como una niña, sino como mujer de un talento y esperiencia superiores á su edad, ha exclamado:

—«Cosa ridícula y fuera de lugar es, que teniendo yo tantos pretendientes á mi mano...

Movimiento de sorpresa se observa en D. Alvaro.

—«Esté sufriendo los desaires de Hernan: muy acertado me parece, madre, que al rey nos acerquemos...

La sorpresa de D. Alvaro crece por grados.

—»Y haciéndole saber las razones que á ello nos obligan, le roguemos que alce su consentimiento, y cada uno quedemos en libertad para disponer de nuestra mano.»

—¿Eso ha dicho vuestra hija? exclamó D. Alvaro encarnado como el bermellon.

—Y ha dicho muy bien; respondió Doña Leonor.

—Y vos, ¿qué pensais de esto?

—Yo no pienso nada. Solo os advertiré que la resolucion de mi hija está tomada; que queria que sin contar con nadie nos dirigiéramos al rey; pero yo, que olvidar no puedo nuestra antigua amistad, no he querido dar paso alguno sin ponerlo antes en conocimiento vuestro.

Don Alvaro quedó algunos instantes pensativo, con la cabeza baja.

Luego levantando la frente arrugada, dijo:

—Me ha llegado esto al alma, Doña Leonor; mi hijo marchó

enfermo, mi hijo ama á Isabel, y el dia en que esta noticia reciba será para él un dia aciago.

—Si asi fuera, lo que dudo, que lo tome en recompensa de los muchos que á mi hija tiene dados.

—Tranquilizaos, Doña Leonor, y veamos de arreglar este asunto antes de dar un golpe como el que vuestra hija desea.

—No puede ser D. Alvaro: sé que en los diferentes círculos de la córte, se zaheria á mi hija por el desprecio que Hernan le ha dado con verificar este viaje; sé que las damas que sus gracias envidian, decian que mucho con esto su prestigio habia perdido; y es necesario que desechando públicamente mi hija á Hernan, haga callar á esas almas viles que de ello se ocupan; y recobre el prestigio que dicen habia perdido.

—Me estraña, señora, que en vuestra grandeza de ánimo, importancia deis á tan bajas hablillas; y si nuestra antigua amistad que vos misma habeis antes evocado, algo vale para vos; por ella os ruego, señora, que amonesteis á vuestra hija con el fin de reconciliar los dos jóvenes, y labrar su dicha.

—A mí no me es decoroso hacerlo, D. Alvaro; porque no hace muchas horas he aprobado, y aun elogiado su conducta; si vos hallai otro medio... basta que á nuestra antigua amistad por intercesora hayais puesto, para que yo no me niegue á complaceros.

—¿Qué medio si no es ese, pensais que debemos usar?

Doña Leonor se encogió de hombros.

—¿Quereis que le ruegue yo?

—Me parece lo mejor.

Don Alvaro comprendió la intencion de Doña Leonor, que no era otra que la de humillar hasta en el padre el orgullo del hijo; pero el buen señor, creia que Hernan estaba enamorado de Isabel, y á trueque de no disgustarlo, hacia cosas ajenas á su carácter y á su dignidad.

Además, D. Alvaro era una de aquellas personas que mas cerca del rey vivian; idolatraba, veneraba á su soberano, y hubiera sido arrancarle el corazon, ponerlos en el caso de que por él

ó por su hijo, se descompusiera una boda aprobada por el monarca, con la que tan contento el monarca se manifestaba.

—Llamaré á Isabel; dijo Doña Leonor.

—Llamadla si; respondió D. Alvaro.

Doña Leonor pegó con un martillo en un muelle, y á un paje que se presentó en la puerta, le dijo:

—Que pase mi hija.

A los pocos momentos entraba en la cámara Isabel, y un paje cerraba á su espalda la puerta.

Isabel estaba como siempre elegante y hermosa; como siempre arrastraba por las alfombras al andar, rica falda de tisú; como siempre brillaban en su cuello costosas gargantillas de brillantes, brazaletes de coral junto á sus muñecas, y sartas de finísimas perlas entre sus negros cabellos; pero aunque tambien se desplegaba siempre orgulloso su aire, mas orgulloso que de costumbre aparecia entonces; mas altiva que nunca su mirada.

Al pasar junto á D. Alvaro, le hizo un leve saludo de etiqueta; y abrazando y besando á su madre, le dijo en tono mas bien fingido que natural.

—Para qué me queriais madre?

—Qué hacias, hija mia?

—Estaba de visita con Garzi-Jimeno.

—Garci-Jimeno, dijo Doña Leonor dirigiéndose á D. Alvaro, es un arrogante garzon.

—Lo conozco; respondió con indiferencia D. Alvaro.

—Es jóven de esperanzas; repitió Doña Leonor: veinte y cuatro años cuenta, y ya ha recibido dos heridas en el campo del honor.

—Tambien ha venido con él su amigo Nuño; repuso Isabel.

—Oh!... repitió Doña Leonor volviendo á mirar á D. Alvaro; este Nuño es tan recomendable como Garci-Jimeno.

D. Alvaro hizo un gesto de hastío.

—No se ofenderán si un momento los abandonas?

—No, porque al ver que me llamabais, han creido que de importunos se pasaban y se han retirado.

—Son tan comedidos... murmuró Doña Leonor.

—Mas para qué me queriais? volvió á preguntar Isabel.

—Aunque yo te he llamado, no soy yo hija mia la que en este momento desea hablar contigo; es D. Alvaro.

—¡D. Alvaro! exclamó Isabel sorprendiéndose, ó fingiendo sorprenderse.

—Señora, yo soy quien tiene el honor de provocar con vos una conferencia.

—Gracias, D. Alvaro por tanta honra; respondió Isabel: y con ademan altivo, se sentó á la derecha de su madre, frente á D. Alvaro.

—Qué teneis que decirme? preguntó con desden.

—Nada debiera deciros si un momento acallarais vuestro encono, y oidos diérais á la razon.

—¿Contra quién tengo yo encono? preguntó Isabel sonriéndose con sátira.

—Como no sois estraña á la conferencia que vuestra madre y yo acabamos de sostener, me parece demás esplicaros contra quien digo que teneis ese encono.

—Mientras vos con mi madre conferenciábais, estaba yo distraida con unos galantes garzones segun habeis oido, por lo tanto mal puedo saber lo que en esa conferencia habeis tratado.

—Veo que no quereis responder categóricamente, Isabel.

—Hasta ahora, nada me habeis preguntado que no os haya respondido, D. Alvaro.

—Pero de un modo que ni digno es de vos, ni tampoco de mí es digno.

—Creo que en nada de lo que he dicho, haya podido ofenderos.

—A un caballero, Isabel; á un anciano, le ofende mucho que á broma se tomen sus palabras cuando con formalidad habla.

—Puesto que tan subido tono aceptais, señor D. Alvaro; recordad que nada me habeis preguntado, por lo tanto, á nada he debido contestar.

—De cuanto he hablado, se colige lo que preguntaros queria.

—No tengo el don de adivinar.

—Pues bien, os hablaré con toda claridad.

—Será eso lo mejor.

—Deseo que me digais cuáles son esas faltas tan graves que mi hijo ha cometido con vos, y que os han irritado hasta el punto de romper los compromisos que todos teníamos contraidos.

—¡Ja... ja... ja!.. exclamó Isabel riéndose á carcajadas: ¿aludíais á Hernan?..

—A Hernan aludo.

—No podia pensar eso, cuando ese asunto está ya concluido: ¿no os lo ha dicho mi madre?

Isabel trataba de aparecer serena, y aun con la sonrisa en los lábios; pero estaba pálida como un cadáver.

—Verdad, contestó D. Alvaro, que eso me ha dicho vuestra madre; y por lo mismo, me he atrevido á rogaros que conmigo platicáseis un rato sobre ese asunto.

—Imposible.

—Isabelita...

—Os ruego que de eso no me hableis; señor D. Alvaro: contad vos con mi amistad, si en algo mi amistad apreciais; pero mis relaciones con Hernan han concluido.

—Isabel...

—Como amante, y como amigo.

—No os acaloreis.

—No me acaloro: pero mancebo que con una dama de linaje como el mio, de semejante proceder usa, no merece que de él se cuiden sino las zagalas que por los montes apacientan sus rebaños.

—Mirad Isabel, que Hernan es mi hijo.

—Vuestro hijo ha faltado á una ilustre dama, y yo vituperaré al hijo delante del padre.

Don Alvaro calló.

A punto estuvo de decir cuatro verdades á la dama Isabel; pero el temor de producir un escándalo en la córte; y sobre todo, la idea de que su hijo la amaba con frenesí, segun por Oviedo se

decia; ponian en tortura aquel anciano, y le hacian buscar medios de arreglar tan repugnante situacion.

Por fin, despues de cansar en vano su espíritu se volvió hácia Doña Leonor, y le dijo:

—Vos, señora; vos que debeis estar mas tranquila que Isabel, debeis ayudarme con vuestros consejos.

—¿A quién quereis que aconseje? preguntó con frialdad Doña Leonor.

—A vuestra hija.

—Don Alvaro; dijo con énfasis Doña Leonor: esas ofensas pertenecen esclusivamente á los dos amantes; ó que se arreglen ellos, ó que para siempre ellos se descompongan.

—Estamos muy descompuestos; respondió Isabel sonriéndose con burla.

—Alguna influencia han de ejercer sobre vos mi canas, Isabel...

—Yo las respeto mucho.

—Pues entonces...

—No prosigais, D. Alvaro; el que yo, mas comedida que vuestro hijo, respete y considere vuestras canas, no me impide que jamás vuelva á dar oidos al garzon que una vez me ha faltado.

—¿Y por qué os ha faltado, Isabel? ¿porque hace cinco dias que marchó, y no ha enviado un paje? ¿quién es capaz de atinar con las cosas que habrán podido ocurrirle? nada sabe él de vuestro encono, que á saberlo, volando se acercaria á aplacaros.

—El padre habla de una manera, y el hijo procede de otra.

—No lo creais asi.

—No tengo motivos para otra cosa. Y sino, ¿cómo quereis que no me irrite, cuando todo garzon, toda dama, que con envidia por mi esplendor, me han mirado siempre; cuando me ven ahora me preguntan sonriendo: «¿Y de Hernan qué noticias teneis? ¿cuándo viene?» y las unas se miran á las otras, y á hurtadillas se sonrien... de mí. ¡Ah! exclamó Isabel mordiéndose los lábios; esto no lo puede sufrir una dama como yo.

—Son quimeras... dijo D. Alvaro.

—Son realidades: respondió ofendida Doña Leonor.

—No hagais caso de esas fruslerías, que hijas son de almas pequeñas; repuso D. Alvaro: tened presente vos, Doña Leonor, que el matrimonio de Isabel y Hernan, tiempo hace que por todos nosotros está convenido; tened presente que está aprobado por e soberano, y que romperlo por un leve resentimiento, fuera ocasionar un disgusto al rey y una satisfaccion á los envidiosos de la córte.

En fin, tales cosas supo decir D. Alvaro, que despues de largos momentos de reflexiones, acabó por preguntar Isabel:

—¿Y en qué manera creeis vos que Hernan puede lavar, como decis, su falta?

—Enviando uno de estos dias un paje á tomar noticias vuestras: suspended Isabel vuestra resolucion cuatro dias; si en estos cuatro dias alguien viene de su parte, que todo resentimiento se dé por concluido, y nada sepa él de cuanto entre nosotros ha mediado.

—¿Y si nadie viene? preguntó Doña Leonor.

—Entonces... respondió D. Alvaro encogiéndose de hombros, que Isabel proceda como mejor le parezca.

—¿Esperas los cuatro dias? preguntó Doña Leonor á su hija.

—Esperaré hasta mañana: contestó Isabel.

—Es poco; dijo D. Alvaro: tres dias siquiera.

—Hasta pasado mañana; contestó Isabel.

—Bien; dijo D. Alvaro haciendo un gesto de resignacion.

—Si pasado mañana á esta misma hora no ha llegado Hernan, ó algun paje suyo con recado para mí; dijo Isabel con altivez; no hablemos mas del asunto: Hernan es libre, y yo tambien quedo en libertad para disponer de mi mano: ¿entendeis, D. Alvaro?

—Entiendo; contestó D. Alvaro algun tanto ofendido.

—No podeis calificar á mi hija de poco amable; preguntó Doña Leonor á D. Alvaro.

—No la califico de nada; respondió D. Alvaro.

Isabel hizo un saludo á D. Alvaro y se retiró.

Don Alvaro y Doña Leonor, travaron conversacion para nos-

otros indiferente, y luego despidiéndose de Doña Leonor D. Alvaro, con muestras de bastante afecto, tomó la puerta de la cámara.

Entonces Doña Leonor fué veloz en busca de su hija que la esperaba en su habitacion, y sonriéndose ambas, le preguntó Isabel:

—¿Qué os ha dicho cuando yo me he retirado?

—No ha hablado una palabra del asunto.

—Parece que ha quedado ofendido.

—O triste.

—Me da lo mismo, madre.

—Nada hija mia; tú dispones á tu arbitrio de esta tempestad: el hijo está enamorado de tus gracias, y el padre de tus intereses, con que es necesario que tu orgullo quede victorioso.

—Aunque la vida me cueste.

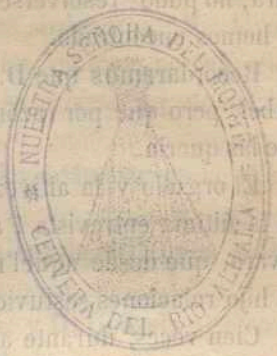
—Ea teson que la vida no te costará.

—Yo os aseguro, madre, que Hernan y D. Alvaro han de purgar bien la falta que conmigo han cometido.

—Y en ello manifestarás ser digna hija de tu madre.

Asi continuaron hablando largo rato Doña Leonor é Isabel en la habitacion de la última.

Don Alvaro salió aturdido de casa de Doña Leonor, al observar la petulancia de Isabel; y sin atreverse á formar una opinion segura de aquel negocio, entró en su casa.



CAPITULO IX.

LA SORPRESA.

La mañana siguiente á la entrevista que con Doña Leonor y su hija Isabel, tuvo D. Alvaro; se encontraba este en su habitacion escribiendo en un pergamino á su hijo, para que un paje saliese inmediatamente con direccion á Castroverde, y en manos de Hernan pusiera tan importante escrito.

La primera observacion que al lector se le ocurrirá al pasar la vista por estas páginas es, que si tan urgente era el envio de aquel parte á Hernan, muy moroso anduvo D. Alvaro en escribirlo; pues habiéndolo verificado la tarde anterior, tan luego como de casa de Doña Leonor regresó, hubiera ganado bastantes horas el paje que á conducirlo marchara.

Justa fuera esta observacion si en cuenta no se tuviese lo que por D. Alvaro pasó todo aquel dia.

Víctima de afecciones las mas fuertes y encontradas, no sabia qué determinacion tomar, y aunque en un contínuo desvelo trascurrió para él toda aquella noche, noche verdaderamente de amar-

gura, no pudo resolverse hasta la mañana en que escribiendo lo hemos encontrado.

Recordaremos que D. Alvaro no queria á Doña Leonor, ni á Isabel, pero que por razones que en otra parte espresamos, fingia que las queria.

El orgullo y la altivez que Doña Leonor y su hija desplegaron en la última entrevista, afectaron tanto el noble corazon de Don Alvaro, que desde aquel momento estaba triste, muy triste, de que su hijo relaciones sostuviera con tan insufrible dama.

Cien veces, durante aquellas veinte y cuatro horas, estuvo á punto de escribirles, haciéndo es ver las faltas que con él habian cometido, y déspidiéndose de ellas con desprecio; pero cien veces pensó que su querido Hernan amaba á Isabel; y en esta terrible lucha, se decidió á complacer á su hijo sacrificando sus instintos, sacrificando sus afecciones, y entonces fué cuando sentándose en lujoso escritorio con embutidos de plata y de marfil, trazó en un pergamino los renglones que hemos visto.

En aquel pergamino decia:

Oviedo, etc.

Hijo mio: tu padre que constantemente vela por tu felicidad, y que en gran tortura tu salud le tiene; por advertirte se afana, que si continuar deseas en la gracia y prediléccion de la dama Isabel, pronto hácia Oviedo tus pasos encamines, porque altamente irritada esa noble jóven se halla con tu ausencia.

Salud, hijo mio; y el abrazo recibe que en alas del amor te envia tu padre, etc.

Abierto continuaba el pergamino sobre el escritorio, y D. Alvaro con los codos en la mesa, la frente entre las manos y los ojos fijos en el escrito, como si aun dudara el uso que de él hacer debiera; cuando abriendo un paje la puerta de la cámara, gritó:

—Don Gonzalo Bermudo, desea hablaros.

—Que pase; respondió D. Alvaro.

Era D. Gonzalo Bermudo un anciano capitan honrado y cubierto de gloriosas cicatrices, que á las órdenes de D. Alvaro habia peleado mas de una vez contra los moros; no se veian estos dos héroes con frecuencia, pero se profesaban un cariño sincero.

—¡Don Gonzalo! exclamó D. Alvaro levantándose de la silla y tendiéndole los brazos.

—¡Mi ilustre caudillo!.. exclamó D. Gonzalo abrazándo á Don Alvaro.

Luego se sentó D. Alvaro en su silla, y D. Gonzalo al otro lado de la mesa frente por frente de D. Alvaro.

Cuando de esta manera se encontraron, y despues de cruzarse entre ellos esas recíprocas manifestaciones de cariño en que prorumpir suelen dos personas que de veras se aprecian, y que solo de tarde en tarde á verse acostumbran, dijo D. Alvaro:

—¿Y qué nuevas traeis por aquí?

Don Gonzalo hizo antes de hablar un gesto de disgusto; enseguida dijo:

—Me trae el verdadero cariño que siempre os he profesado, señor D. Alvaro.

—Nunca de vuestro acrisolado cariño dudé; mas no comprendo...

—Pues yo os lo haré comprender, y en pocas palabras, porque ya sabeis que si valiente fuí para alzar la tizona á vuestro lado, siempre rudo para esplicarme he sido.

—Propiedad de buen guerrero es esa; pero adelante, ¿qué teneis que decirme?

—Respondedme D. Alvaro, porque la sangre me hierve al escuchar ciertas cosas: es cierto que Isabel, la hija de Doña Leonor, ha dado un público desaire á Hernan, y Hernan afligido ha abandonado su carrera, y ha marchado á ocultar su vergüenza en lejanos paises?

—¿Quién tal mentira se atrevió á pronunciar? gritó D. Alvaro poniéndose encarnado como el bermellon.

—Y es cierto que vos, vos D. Alvaro, habeis estado dos veces

á pedir perdon á la dama Isabel, y á suplicarla poco menos que de rodillas, que la mano de vuestro hijo aceptara?

—Mentira! volvió á gritar D. Alvaro.

—Pues eso han dicho Doña Leonor y su hija, y de otra cosa que de eso no se habla hoy en la córte.

—Yo arrancaré la lengua al que profiera tales imposturas.

—No tiene que molestarse D. Alvaro donde Gonzalo esté; ya con dos jóvenes garzones contienda he armado junto á la obra de la catedral, y si en sus palabras no se reportan, puede ser que á transigir querellas hubiera llamado á mi tizona.

—Gracias Gonzalo, gracias; ya sé que mucho me apreciais.

—Nunca olvidará mi pecho el entusiasmo que en él producian vuestras arengas, cuando á esterminar infieles enderezábamos nuestro paso.

—¡Ah Gonzalo, Gonzalo... entonces peleábamos contra hombres, y de los hombres nos libra nuestra espada; hoy peleo contra mujeres, y contra las mujeres no hay arma que nos escude.

—Es por ventura cierto algo de lo que Doña Leonor ha dicho?

—Algo es, Gonzalo; pero ese algo es muy noble.

—Que noble será cuanto vos hagais comprendo; mas decidmelo D. Alvaro para saber á qué atenerme en los círculos de Oviedo.

En breves palabras refirió D. Alvaro cuanto aquellos dias habia ocurrido.

—No es eso lo que Doña Leonor ha dicho; exclamó D. Gonzalo; tampoco es eso lo que los garzones cuentan en sus círculos.

—Qué cuentan los garzones?

—Mil imposturas que el honor de Hernan ofenden.

—Qué dicen esos villanos?

—Que Isabel ha despreciado á Hernan por aceptar la mano de Garci-Jimeno; que afligido Hernan, estuvo unos dias en cama.

—Ah!... exclamó D. Alvaro pegando una patada en el suelo.

—Y que despues, lo habeis alejado vos de Oviedo, porque baldon, dice que para él era presentarse en la calle.

—Y qué habeis contestado vos á semejante injuria?

—Que nunca la palabra baldon, aplicarse puede á la familia de D. Alvaro.

—El hombre que por su Dios y por su rey verter supo su sangre con mas denuedo que los muñecos de hoy, nunca merecedor se hará á tan vergonzosa palabra.

—No os irriteis señor; son emponzoñadas saetas que la envidia sugiere á esa mujer...

—Pues quién tal cosa ha inventado?

—Doña Leonor é Isabel.

—No digisteis que varios garzones?

—Varios garzones lo han repetido en público, porque para que lo publicaran, á ellos se les han dicho Doña Leonor é Isabel.

—Malditas mujeres!

Exclamó D. Alvaro; y agarrando con furia el pergamino que habia escrito prosiguió:

—Creo que mi hijo ama á Isabel; hasta aqui yo mismo he fomentado su amor; en este pliego le advertia que pronto para halagarla, tornase á Oviedo; pero hoy que nuestro honor han manchado, hay que lavar el honor: antes el honor es, Gonzalo, que el amor.

Y rasgándolo con encono, hizo girones el pergamino.

—Hernan... exclamó D. Alvaro; es noble: pensará como su padre piensa.

—Gran ira contra vuestro hijo abrigan esas dos damas.

—La ira que los celos sugieren.

—Siempre el esposo de Doña Leonor fué taimado.

—Ayer conocí hasta donde llegan la gazmoñeria y el orgullo de esa dama; pero injuriar á mi hijo... ah...

—No os agiteis; esos rumores como que son mentira, los devaneceremos pronto.

—Con los filos de mi espada.

—Otra habrá junto á la vuestra.

En esto pegaron dos golpes en la puerta de la cámara.

—Adelante, dijo D. Alvaro, procurando serenarse porque muy agitado estaba.

Don Alvaro y D. Gonzalo fijaron su mirada en la puerta.

Esta se abrió, y desde ella dijo un criado.

—Señor, un sacerdote desea hablar con vos.

—Quién es el sacerdote?

—No lo conozco señor:

¡Imbécil! á los sacerdotes de Oviedo no conoces?

—No es de Oviedo el que por vos pregunta.

—Es forastero?

—Acaba de llegar montado en una mula con su escudero; se ha hospedado en vuestro palacio, y dice que urjente le es con vos platicar un rato.

Don Alvaro y D. Gonzalo se miraron, é hicieron un gesto de sorpresa.

—Que entre; ordenó D. Alvaro.

El criado cerró la puerta.

Entonces D. Gonzalo se levantó, y apretando la mano de Don Alvaro que de pié se encontraba ya; le dijo:

—Os dejo solo, para que con el forastero os entendais.

—Bien; y gracias por las consideraciones que mi hijo y yo os merecemos.

—Son únicamente obligaciones debidas á la amistad y á mi jefe.

—A la amistad no mas: yo estoy resuelto á tomar en este asunto una determinacion séria; conque os espero mañana á esta misma hora para hablar sobre el particular.

—Y haceros saber lo nuevo que haya oido.

—No faltareis?

—De ningun modo.

Los dos caballeros volvieron á apretarse la mano y se separaron.

No bien D. Gonzalo habia cerrado la puerta de la cámara, cuando la abrió un paje, y por ella entró un sacerdote alto y delgado, que era el sacerdote Osvaldo.

D. Alvaro se adelantó muy cumplido á recibirlo, y despues de un atento saludo, colocó su sombrero sobre una mesa, le obligó á sentarse donde habia estado D. Gonzalo, y él lo verificó en su silla.

Entonces el sacerdote dijo:

—Vos no me conoceis D. Alvaro?

—Unicamente para ofrecerme vuestro servidor.

—Gracias D. Alvaro; hace muchos años que de Oviedo salí.

—De dónde venis ahora?

—Del castillo de Castroverde.

—Del castillo de Castroverde? exclamó D. Alvaro mudando el color.

—No os alarmeis; vengo á traeros un importante mensaje de vuestro hijo.

—Está enfermo? decid; gritó D. Alvaro poniéndose pálido como la cera.

—Está bueno.

—Bueno?

—Bueno; pues aunque delicado se halla, prosiguió sonriendo, vengo de parte de vuestro amigo D. Fruela, á que el remedio me deis para su enfermedad.

—Por la corona que en la cabeza llevais, digno sacerdote; quereis decirme lo que vuestras palabras ocultan?

—Como que á deciroslo vengo desde Castroverde.

—Estoy alarmado.

—Pues quedad muy tranquilo, y escuchadme.

—Hablad, hablad sacerdote.

Las arterias que la frente de D. Alvaro surcaban, se veian inchadas, y en sus ojos pintado el terror y la ansiedad.

El sacerdote habló así:

—Vuestro hijo Hernan estuvo enfermo, y ni vos ni los doctores su enfermedad pudieron comprender, ¿no es cierto?

—Cierto es.

—Convinisteis con los doctores en que verificara un viaje de distraccion, y aprovechasteis la circunstancia del nombramiento de

conde que en la persona de D. Fruela, tuvo á bien hacer nuestro monarca: ¿no és tambien esto cierto?

—Tambien lo es.

—Pues bien; os diré la enfermedad que vuestro hijo tenia.

—Vos!

—Yo.

Don Alvaro estaba anonadado.

—Vuestro hijo vió por una casualidad una cierta dama, y con tal vehemencia de la dama se enamoró; que la vida le hubiera costado ese amor, si Dios no hubiese querido operar un milagro.

—Esplicaos... exclamó D. Alvaro convulso.

—Vos alejasteis vuestro hijo de Oviedo, solo por distraerlo; ¿no es así?

—Asi es en verdad.

—Vos lo enviasteis á Castroverde, como á cualquiera otra parte lo hubierais enviado.

—Razon teneis.

—Pues aplicasteis el bálsamo sobre la herida; porque la dama á quien Hernan idolatra, es la hija de vuestro amigo D. Fruela.

D. Alvaro pálido, se quedó inmóvil mirando al Sacerdote.

El Sacerdote con la sonrisa en los labios, continuó mirando á D. Alvaro.

Pasado un momento dijo este con frialdad:

—Cómo ha de ser cierto lo que decis, si mi hijo no ha visto nunca á la hija de Fruela?

—Sí la ha visto.

—¿Cuando?

—En una cierta noche que de caza salió, y que acosado por horrorosa tempestad se refujió en nuestro castillo.

—Ah! exclamó D. Alvaro; todo lo comprendo ahora.

Y poniéndose encarnado como la grana, escondió el rostro entre las manos.

—Luego levantó la frente ajitado; y tendiéndole la mano al Sacerdote prosiguió:

-Me parecian quimeras de un sueño cuanto á mis oidos llegaba, porque no sabia que Hernan en vuestro castillo hubiera jamás estado; y luego como nunca me habló de mi amigo Fruela.

—No lo conoce.

—¿Cómo es eso?

—Como que la noche que en Castroverde durmió, estaba D. Fruela en una villa vecina.

—Por Dios sacerdote decidme con franqueza lo que hay.

—En dos palabras os lo diré: vuestro hijo está enamorado con delirio de Flor del Valle, hija de vuestro amigo D. Fruela; y Flor del Valle está tan enamorada de Hernan como Hernan está de ella.

—Me anonadais, sacerdote; y qué dice de esto D. Fruela?

—Que deis vuestro consentimiento para que los dos jóvenes se casen.

—¡Qué confusion! murmuró D. Alvaro.

—Con efecto; dijo el sacerdote, esto ha sido un milagro.

—No un milagro; exclamó D. Alvaro; ha sido una prueba que Dios quiere dar á la criatura, de que cuando al cielo dirige con fervor sus ruegos, son acogidos por el cielo.

Desesperado yo al observar que mi hijo, mi querido hijo, estaba enfermo, que doctor alguno su enfermedad no comprendia, y que esta por momentos se agravaba; acudí al rey á pedir la gracia de que ya teneis noticia, únicamente por arrancarlo de la cama; cuando con el pliego del rey en la mano á su alcoba me dirigia, entré en mi oratorio...

—¡Ah!.. exclamó el Sacerdote.

—Me arodillé ante las aras de Cristo, y con el mayor fervor de que mi corazon es capaz, exclamé: «Señor, si el remedio que en la mano llevo es eficáz para mi hijo, os ofrezco ir en peregrinacion á Santiago; y en peregrinacion volver á mi palacio.»

El Sacerdote hizo un movimiento de aprobacion.

—Tanto mejor; dijo á luego: esto debe haceros creer que todo lo que sucediendo está, baja del cielo; y por lo tanto, halagarnos puede la esperanza de que al fin de nuestra obra encontraremos

la dicha; con que, ea señor D. Alvaro, prosiguió el Sacerdote; aquí la parte mas dura sois vos.

—Yo... dijo D. Alvaro llevándose la mano al pecho.

—Así lo cree Hernan.

—¡Pobre hijo mio! ¡qué engañados hemos estado los dos!

—¿Cómo es eso? preguntó el Sacerdote.

—Como que yo creia que mi hijo adoraba á Isabel; y yo que nunca he querido á esa familia, fingia que la queria por no disgustar á mi hijo.

—Y vuestro hijo, que sinbien inclinado antes hácia Isabel, nunca la ha amado; fingia amarla, por no proporcionaros á vos tal descontesto.

—¡Qué bueno es mi hijo!

—Luego, como esa boda autorizada por el rey se encuentra...

—Se encontraba; lo interrumpió D. Alvaro.

—¿Por qué decis eso? preguntó el sacerdote radiante de alegria.

—Continuad, luego hablaré yo; respondió D. Alvaro.

—Pues bien; como el rey autorizada tenia esta boda; y como vos tanto considerais al rey, pensaba vuestro hijo que oponerse á la determinacion del rey seria ocasionaros un grave disgusto.

—Y se sacrificaba por mí?..

—Por vos se sacrificaba.

—¡Pobre hijo mio!

—Pero habeis dado á entender que ya no existe compromiso con Doña Leonor?

—Mañana á estas horas no existirá.

—Dios nos colma de mas venturas que merecemos; ese compromiso era cabalmente el dique que á nuestros proyectos de felicidad se oponia, segun nuestro juicio; porque Hernan y Don Fruela que la rigidez de vuestro carácter conocen, aseguraban que mucho os afectaria faltar á una palabra que prestada teneis.

—Rígido es mi carácter, pero hay casos en que sin manchar el hombre su honor, faltar puede á su palabra.

—Y este ha sido uno de ellos: dijo el sacerdote.

—No á fé mia; respondió D. Alvaro: en este caso no he faltado yo; quien ha faltado ha sido Doña Leonor.

Entonces D. Alvaro refirió al señor Sacerdote minuciosamente cuanto en Oviedo habia ocurrido desde que Hernan marchó.

El Sacerdote se reia de placer, y D. Alvaro concluyó de este modo:

—Por manera que no viniendo mañana á estas horas, paje alguno de Castroverde con noticias para Isabel; Isabel misma y Doña Leonor, darán este asunto por terminado, y como yo, aunque vos no hubieseis aparecido, ni nada de cuanto ocurre sabido hubiera, pensaba no rogar mas á esa familia; mañana á estas horas queda libre Hernan para unirse con Flor del Valle.

El Sacerdote pintó muy á las claras en su semblante la alegría que en su corazon reinaba.

Don Alvaro hizo entender al Sacerdote, que por mil razones debia disponer de su palacio como del castillo de Castroverde disponia; y el Sacerdote supo responder á tan generoso ofrecimiento.

Cuando se hizo hora de comer pasaron al comedor; y sobre mesa, no hablaron de otra cosa que de D. Fruela, de Hernan, de Flor del Valle, de las bellezas del castillo, y de los curiosos lances que entre Hernan, D. Fruela y Flor del Valle habian tenido lugar.

Llamaron al escudero de Hernan, que al instante reconoció y fué reconocido por el Sacerdote, y el infeliz se encontró agradablemente burlado, al ver que todos estaban ya enterados de los secretos que con tanto celo él guardaba.

Don Alvaro, que justamente irritado estaba contra Doña Leonor é Isabel, cuando llegó el Sacerdote, no creia lo que por él pasaba; generoso como era, al verse rodeado de tanta felicidad, desistió de las enérgicas quejas que aquellas señoras pensaba darles, segun habia convenido con D. Gonzalo; y sé ocupó solo en gozar de los placeres que dentro de su corazon rebosaban.

De este modo tan halagüeño concluyó para D. Alvaro aquel dia que tan amargo habia comenzado.

Procuraremos ser breves en nuestra narracion, esponiendo no mas que los sucesos que á la buena inteligencia conduzcan de la historia que estamos refiriendo.

La mañana siguiente dirigió D. Alvaro á Doña Leonor esta carta:

Señora de mi consideracion: contra lo que yo esperaba, no ha llegado del castillo de Castroverde paje alguno que tragera noticias de Hernan, ni que por noticias de Isabel viniese.

El tiempo que vuestra hija prefijó para tomar una resolucion, acaba de cumplirse; bastante os rogué ayer, tal vez demas; por lo tanto, muy tranquilo espero vuestra resolucion y la de vuestra hija.

Deseo que me la digais cualquiera que esta sea.

Queda á vuestras órdenes, etc.

Alvaro Nuñez.

El criado que esta carta condujo á Doña Leonor, volvió pasada una hora, y entregó á D. Alvaro otra firmada por Doña Leonor que decia así:

Señor de mi consideracion: me parece oficiosa la pregunta que por escrito me haceis, y escusara de buen grado la respuesta, si derecho no os diera con mi silencio á tratarme de impolítica.

El plazo de antes de ayer á hoy, durante el cual noticias de Castroverde hemos aguardado, fué concedido como no olvidareis, á fuer de súplicas que á mi hija hicisteis.

Concluyó ese plazo, y el compromiso entre Hernan é Isabel concluyó con él.

Isabel y Hernan quedan en libertad para disponer cada uno de su mano.

Y vos podeis tambien disponer de vuestra amiga, etc.

Gran contento esperimentó D. Alvaro al leer esta respuesta, y anhelando que definitivamente acabara aquel compromiso, envió á Doña Leonor otra carta concebida en estos términos:

Doña Leonor: no parece sino que deseábais que el momento prefijado llegara para cortar relaciones; yo siento que este fin hayan tenido por lo que hace á Isabel; por lo que hace á Hernan, puesto que vos lo habeis querido asi, me es indiferente.

Y correspondiendo á la amistad que me ofreceis, y que acepto, os participo que no os estrañe si por una casualidad usa pronto mi hijo de la libertad en que lo habeis dejado.

Vuestro reconocido, etc.

Don Alvaro entregó esta carta á un criado, advirtiéndole que no esperara contestacion.

Juntos luego en la misma cámara en que D. Alvaro habia escrito, este y el Sacerdote, se congratulaban mútuamente del desenlace que aquel negocio habia tenido.

—No lo dudeis, decia el Sacerdote, vos acudísteis con fervor al cielo, y el cielo nunca abandona á los fieles de corazon fervoroso, solo falta que no olvideis el voto.

—Muy distante de olvidarlo estoy; respondió D. Alvaro.

En esto anunció un paje á D. Gonzalo.

Don Alvaro salió hasta la puerta; lo abrazó con júbilo, y despues de presentarlo al Sacerdote, le preguntó:

—¿Qué decis de nuevo?

—¿Qué he de decir? exclamó enfadado: que siguen esas gentes calumniando á Hernan.

—Que sea enhorabuena, contestó sonriendo D. Alvaro; leed esa carta.

Y como á manera que D. Gonzalo leia, iba pintándose la sorpresa en su semblante; le refirió D. Alvaro cuanto habia sucedido, y D. Gonzalo gozó con aquellas nuevas, tanto como Don Alvaro y el Sacerdote gozar pudieran.

En fin, D. Alvaro enteró de todo al rey, y aunque noticias diferentes, si bien alusivas al mismo objeto, habian ya llegado á oidos del Monarca, éste dió entero crédito á D. Alvaro.

El rey se ofreció á ser paraninfo de Hernan y Flor del Valle; y delegó este cargo para que representase su real persona en uno de sus mejores generales.

Desde aquel dia mucho se hablaba en Oviedo de las nuevas bodas de Hernan; decian que se iban á celebrar en un magnífico castillo; y otras mil cosas mas ó menos ciertas de ellas se contaban.

Al principio se reian de aquellas hablillas Doña Leonor é Isabel, creyéndolas invenciones de D. Alvaro para ocultar su vergüenza y la de su hijo; mas luego que la realidad tocaron, madre é hija estuvieron á punto de desesperarse.

Con efecto, se habia dispuesto celebrar las bodas en el castillo de Castroverde.

La comitiva la formaban únicamente D. Alvaro, el comisionado del rey, el Sacerdote y D. Gonzalo; pero gran número de pajes y criados de D. Alvaro; gran número de pajes y criados del comisionado del rey, y una escolta de cincuenta guerreros enviados por el monarca.

A los dos dias de haber dado su aprobacion el soberano, esto es, á los cinco de haber llegado á Oviedo el Sacerdote, salia la comitiva con direccion al castillo de Castroverde.

Antes de que esta llegue, tendamos nosotros por aquel edificio una mirada.

CAPITULO X.

—

TRIUNFO DEL AMOR.

Como nos proponemos trazar á grandes rasgos las escenas mas importantes al desenlace de la historia que refiriendo estamos; para dejarnos entender con la mayor claridad posible, dividiremos este capítulo en partes.

LA LLEGADA.

Era una noche oscura de verano.

Densos nubarrones cubrian la luna; furioso huracán, precursor de horrible tempestad, mugia en los valles, y algunos relámpagos surcaban de tiempo en tiempo el espacio.

Dos horas hacia que el esquilon del castillo de Castroverde habia tocado á oraciones.

Sus rastrillos se encontraban caidos, sus puentes alzados, los mastines callaban, un farolillo lucia melancólico en lo alto de uno de los torreones.

Sin duda que en la tal noche la melancolía habia esparcido sus alas por aquellos montes, por aquellos valles.

No sucedia lo mismo dentro de la fortaleza.

Vosotros lectores, que un aire de languidez profunda en estas cámaras habeis visto reinar siempre, os estrañareis ahora al encontrar en ellas la alegria.

En el magnífico comedor se alza lujosa mesa de ricos manteles cubierta, y con macetas de flores adornada.

En la cabecera está sentado D. Fruela, en el costado de la izquierda Hernan, Flor del Valle en el de la derecha.

¡Flor del Valle!.. ¡vírgen pura de candor y de modestia!.. ¡reina de la hermosura!.. ¡ya no las lágrimas corren por sus megillas!.. ¡ya no suspiros arrancan de su pecho!..

La azucena prestó su color á aquella jóven; su frescura las brisas; su languidez el lirio; pero blanca, fresca, y lánguida como las azucenas, las brisas y los lirios, ¿quién podria, quién resistir la pasion que aquel ángel inspiraba?

Hernan tenia fijos en ella los ojos con entusiasmo; Flor del Valle de Hernan los apartaba con dulzura; Hernan y Flor del Valle se amaban con delirio, y D. Fruela tanto como los jóvenes en este amor gozaba.

Entre aquel divino silencio, del amor mas profundo sincera y bella espresion, se deslizaron en la mesa largos momentos, durante los cuales cambiaron los criados diferentes platos.

Se acercaban los postres, cuando leventando D. Fruela la cabeza; ó mejor dicho, saliendo de la distraccion que lo absorbia, dijo á Hernan:

—Pensando mientras la cena he estado, que mucho tarda el Sacerdote en regresar de Oviedo.

—Si tarda, contestó Hernan, y esa tardanza me halaga, si bien es cierto que arrepentirme tengo, de haber pensado alguna vez, que pudiera mi padre privarme de un gusto.

—Tampoco yo lo creo; repuso D. Fruela.

—Y caso de que lo hiciera; repitió Hernan, la autoridad de un padre tambien tiene sus límites: yo en el mundo no pue-

do vivir sin Flor del Valle; de todos modos me casaré con ella.

—No lo creas, jóven acalorado; le dijo D. Fruela.

—¿Por qué no? exclamó Hernan.

—Porque no le daré yo mi permiso.

Flor del Valle fijó los ojos en el suelo.

Hernan no supo que responder.

D. Fruela prosiguió.

—No llegará ese caso, queridos mios; pero si llegara, debeis estar armados de valor para arrostrar una nueva situacion: si los dias se deslizan como se desliza el humo... si todo con los dias concluye menos la virtud, sacrifiquemos á la virtud la dicha, porque la virtud es la única antorcha que al entrar en otra vida, vida sin fin, podrá alumbrar nuestras almas.

Palabras fueron estas que de tristeza sembraron el corazon de Flor del Valle, y de tristeza y desesperacion cubrieron el de Hernan.

¿Qué se proponia con esto D. Fruela? martirizar el ánimo de aquellos jóvenes? no: matar con lentitd sus halagüeñas esperanzas, para qué por si acaso un desengaño venia á matarlas de golpe, las esperanzas muertas por él de repente, no los matasen á ellos.

Concluyeron los postres.

Flor del Valle y Hernan aparecian mas tristes que al principio de la cena, y mirándolos D. Fruela con fingida indiferencia, dijo:

—No está el señor Sacerdote para que dé gracias: si os parece, ya es hora de recojernos.

En silencio comenzaron los tres á levantarse y retirar las sillas, cuando en la plaza del castillo sonó un clarin.

—¡Un clarin!.. gritaron los tres, y agitados al estremo abrieron lijeros las rejas, y se lanzaron á ellas; ¡qué placer al abrirlas! escucharon la voz del Sacerdote, que asi que vió luz gritó:

—¡Don Fruela, somos nosotros!

—¡El es! exclamaron los tres á una voz, y acelerados se dirigieron á las escaleras.

Antes de que al bestívulo llegasen, ya estaban alzados los

rastrillos, caidos los puentes, y la comitiva dentro de las murallas.

Hernan no pudo contenerse; se desprendió de Flor del Valle á quien llevaba de la mano, y lanzándose al Sacerdote, que entre criados y caballos entraba en el bestívulo, gritó:

—¿Y mi padre?

—En tus brazos: respondió D. Alvaro abrazando á Hernan.

Al oir esta voz corrió á la puerta D. Fruela.

—¡Padre de mi alma!

—¡Hijo querido!

—¡Fruela!..

—¡Alvaro!..

Estas fueron las únicas palabras, que repetidas cada vez con mas ternura, con mas efusion de cariño cada vez, se escucharon por algunos momentos.

Flor del Valle, á quien Hernan y su padre habian abandonado, y que reclinada en el pasamanos de la escalera, en silencio contemplaba aquella escena, vertió dos lágrimas arrancadas de su corazon, no sabia por quién; por una vaga esperanza de ventura.., por un sentimiento vago de temor.

Entonces el Sacerdote se acercó á ella, y tomándole la mano le dijo:

—Dios premia á los ángeles.

Basta: ¿para qué hemos de seguir? hay situaciones en la vida que superiores á toda pluma son.

Una hora despues, opípara cena cubria los manteles donde no hace mucho cenaron D. Fruela, Hernan y Flor del Valle.

Entonces era ocupada la cabecera por el Sacerdote; el costado derecho por el representante de la persona real, y el izquierdo por D. Alvaro.

Junto á D. Alvaro estaba D. Fruela.

Junto á D. Fruela, Hernan y Flor del Valle rebosando en sin igual alegria.

Antes de sentarse á la mesa la comitiva, fué recibida en la cámara de los nobles forasteros.

Allá el señor Sacerdote, con la franqueza que le caracterizaba,

hizo saber á D. Fruela, á Hernan y á Flor del Valle, la resolucion de D. Alvaro, el desenlace de las cuestiones de la dama Isabel, el consentimiento del monarca, y la gracia que les concedia enviando á servir de paraninfo un representante de su real persona.

Allá fué Flor del Valle presentada á D. Alvaro y al paraninfo.

Don Alvaro la abrazó, y el paraninfo le dijo que ricas galas de parte de la reina Verta le traia.

Allá Hernan y Flor del Valle fueron precisados á declarar formalmente su pasion; y por último hizo saber á todos el Sacerdote, que llevaba licencia del Obispo para casarlos sin necesidad de otras indagaciones.

Aquella misma noche se designó para celebrar las bodas el próximo domingo.

La noche en que esto sucedia, era la noche del jueves.

Nada diremos de lo que ocurrió en la cena; fué una cena feliz.

LAS BODAS.

Un sol claro brillaba en la mañana del domingo, y los bosques y valles de Castroverde, desplegaban al influjo del sol todas las galas de esplendorosa Naturaleza.

Entre las vecinas aldeas y villas habia circulado la noticia de que se casaba Flor del Valle, y de que el dia de las bodas daba una suntuosa comida á todo aquel que á su alcázar se llegase.

Por lo tanto desde que las pálidas tintas del alba se pintaron en el horizonte, afluian aldeanos sin cuento á la plaza del castillo; pero como no solo iban por el placer de comer, si es por celebrar la ventura de Flor del Valle, á cuyo padre tantos favores debian; hombres, mujeres y niños, todos le llevaban los presentes que á sus alcances estaban.

Unos, corderos; otros, huevos, leche, frutas; y la humilde zagala que de nada pudiera disponer, conducia ufana manojos de

flores, que en las praderas y en las orillas de los arroyos habia tenido buen cuidado de cortar.

Aquellos infelices depositaban sus dones en la plaza, y luego se perdian por los bosques, y colgaban en los árboles sus pastoriles instrumentos, hasta que el instante llegase de comenzar la danza.

El encargado de recibir los presentes que los aldeanos hacian, fieles manifestaciones de un corazon candoroso, era el Senescal, aquel anciano que siempre que en el castillo de noche llamaban; se acercaba con un farol en la mano en medio de dos jóvenes criados á reconocer á los forasteros, á bajar los puentes y levantar los rastrillos.

Y por cierto que muy á propósito era el Senescal para dirigir aquella seccion; porque él revisaba de cuando en cuando á los cocineros, y con mucha gravedad ante los infelices aldeanos, los dividia en grupos, destinando cada grupo á uno de los mas bellos lugares, para que complacidos alli estuviesen, y guardando segun él se espresaba, el órden que la fiesta requeria.

Cada instante llegaba mas gente, y mal grado del ordenador Senescal, crecia el barrullo, y como es natural, los grupos rompiendo sus límites, los unos se mezclaban con los otros.

El meridiano del Castillo marcaba las diez.

Penetremos nosotros en lo interior del edificio y una mirada por él tendamos.

La espaciosa habitacion que de antecámara sirve al oratorio, tiene el suelo cubierto por una alfomba blanca; blancos tapices cubren sus paredes, y pabellones blancos cuelgan del techo.

Las puertas del oratorio estan abiertas de par en par.

Su ventana erméticamente cerrada, de manera que la claridad del dia no penetra en él; pero seis velas arden sobre el altar y doscientos vasos de diferentes colores aceptando figuras distintas en su ingeniosa combinacion, producen un resplandor variado, agradable, mágico y encantador.

Jarrones de rosas esparcen sus aromas, colocados sobre el altar, guirnaldas de flores se desprenden de las cornisas y nichos

entrelazándose con los vasos de luz, y anchas tazas de plata colocadas en el suelo á los lados del altar, perfuman el oratorio, y la antecámara, con los delicados inciensos que en ella se queman y cuyas mangas de humo se levantan lentamente hasta formar en la parte mas alta, una atmósfera que los sentidos embriaga.

El que desde la puerta de la antecámara tendiese una mirada al oratorio, y de un golpe contemplase los tapices blancos, los vasos de colores, las guirnaldas, las rosas, las mangas de perfumes, y el crucifijo que entre perfumes, guirnaldas y tapices se alzaba misterioso; esperimentaria una impresion sublime: pero el que la causa de aquel aparato conociese ademas, el que leer supiera en el corazon humano, y un momento en las aventuras de Hernan y Flor del Valle reflexionara; ó corazon no tenia, ó de placer su corazon se estremeciera.

El arreglo del oratorio era obra de Blanca.

En la cámara de los nobles forasteros estaban D. Fruela, Don Alvaro, el comisionado del rey y Hernan, todos con elegantes trajes de malla ó de bruñido acero con hebillas y broches de oro, y con bandas de seda sobre los trajes.

El sacerdote estaba en el oratorio, y Flor del Valle con Blanca, aderezándose en su cámara.

Ya aquella jóven se encontraba vestida.

Su rostro hermoso revelaba la dicha y el amor en que su alma nadaban.

Vestia ondulante traje de damasco blanco, con gruesos cordones de oro á la cintura, y otros adornos propios de las nobles damas de aquella época.

Su negra larga y perfumada cabellera, se esparcia en temblorosos bucles por su espalda tan blanca y lustrosa como el damasco de su traje.

Un brazalete de oro lucia en su brazo derecho dos de diamante en el izquierdo; una sarta de perlas ceñia sus sienes, una corona de flores blancas se entrelazaba con la sarta de perlas que sus sienes ceñia.

Pero todos los adornos que Flor del Valle ostentaba merecen

que nos ocupemos de ellos porque todos significacion encerraban.

El traje de damasco con borlones de oro era regalo de la reina Verta; las dos pulseras eran regalo del rey; regalo de D. Alvaro era la que en el brazo derecho desplegaba su brillo; y la sarta de perlas que sus sienes ceñian, era joya de gran estima para su padre, y que guardada con sin igual esmero habia conservado, porque aquella joya le habia pertenecido como despojo de un rey moro, á quien su ciudad él ganó; y porque, luego su idolatrada esposa, tambien el dia de sus bodas con ella se habia adornado las sienes.

Por último, la corona de flores que su pureza simbolizaban, eran flores de jazmin cortadas por Hernan en los tallos que á la cruz se ceñian flexibles.

Flor del Valle estaba encantadora.

Al son del arpa Orfeo, David ú Homero, no pudieran divinizar mas sus concepciones, que divina se prestaba Flor del Valle aquella mañana.

Blanca vestia un traje azul.

Serian las once cuando se dió la señal; el Sacerdote se presentó en el oratorio, y saliendo cada grupo de su departamento, todos se dirigieron á donde el Sacerdote los esperaba.

Dos guerreros hacian la guardia en la puerta del oratorio, otros dos á los lados del altar.

Cuando Hernan y Flor del Valle se encontraron, se miraron, bajaron la cabeza y se sonrieron con dulzura.

Ocho minutos despues el Sacerdote se hallaba en el altar.

Flor del Valle y Hernan, derechos frente al Sacerdote; junto á ellos el comisionado del rey, con el rostro levantado y ademan severo; detras D. Fruela y D. Alvaro con las frentes inclinadas, detras Blanca y dos pajes.

Todos guardan sepulcral silencio.

Flor del Valle palidece y fija la vista en el suelo...

Tímida vestal de amores, ¿qué es lo que pasa por tu corazon?

El Sacerdote hace una señal á Hernan.

Hernan toma la mano de Flor del Valle.

Flor del Valle se estremece.

Aumenta el silencio y á este silencio se escucha la voz temblorosa del ministro de Dios que cumpliendo está con los ritos de nuestra religion.

Luego hay un momento de pausa... ¡crítico momento..!

Despues el Sacerdote hace una pregunta á Flor del Valle; hace la misma pregunta á Hernan, y aquellos dos jóvenes pronuncian el *sí*, que la felicidad labra de sus almas puras.

Aun murmuraba el Sacerdote las últimas palabras de la bendicion, cuando Flor del Valle, ahogada por los sollozos, se dejó caer en los brazos de su padre.

Todos se apresuraron entonces á felicitarla.

La noticia de haberse concluido la ceremonia llegó á oidos de los aldeanos, y á gritos pidieron ver la novia.

Esta se asomó á una reja con su padre y Hernan; y los mil paisanos que debajo estaban, lanzaron un espontáneo grito de placer, se deshicieron en vivas, y rompieron las músicas y las danzas en las orillas del Eo y en los frondosos bosques, que la comarca amenizaban.

Aquel dia fué un dia de verdadero regocijo para el castillo de Castroverde.

Sin embargo, cuando Flor del Valle apoyada en el brazo de su esposo, y acompañada por el Sacerdote y demas se dirigió á la cámara de los nobles forasteros, se quedó atrás D. Fruela, entró al oratorio, que ya estaba completamente solo, solo y silencioso; se arrodilló sobre una sepultura, cruzó los brazos, inclinó la frente, y oró con fervor por el alma de su esposa.

Pasados dos minutos, se levantó melancólico, se enjugó una lágrima, que corria por sus descarnadas mejillas, y salió en busca de su hija.

Nunca se reproduce con mas fuerza en nuestra alma, la imágen del ser querido que se perdió, como cuando vemos nacer la dicha en el corazon de nuestros semejantes.

LA MALDICION.

En Oviedo circuló ligera la noticia de las bodas de Hernan, y como una cosa tan repentina fué, tan inesperada para los mancebos y demas de la corte, produjo una impresion estraordinaria.

Luego, la circunstancia de que la novia era una jóven hermosisima, hija del célebre D. Fruela, que arrancada muy niña de la sociedad, habitaba un magnífico castillo colocado entre valles y florestas; todo esto esparcia un aire de novela sobre el casamiento de Hernan que llamó por entero la atencion de Oviedo, y fué el objeto de las conversaciones que en todos los círculos se sostenian entonces.

Doña Leonor é Isabel, altamente presumidas, y acostumbradas á luchar solo con el dócil caracter de Hernan, habian llegado á creer, que ni damas iguales á ellas en el mundo habia, ni hombre que para resistir á sus atractivos y dinero tuviera fuerza.

Por esto madre é hija abusaban de Hernan; por esto les importaba muy poco esponerse á que con ellas quebrara; porque seguras estaban, de que muy pronto la reconciliacion buscaria; tanto mas, cuanto que varias veces esto mismo habia sucedido.

Cuando Doña Leonor é Isabel supieron, y lo supieron por el rey, que Hernan se casaba con la hija de D. Fruela; cuando á sus oidos llegó que ya habia salido de Oviedo la comitiva, que á atestiguar sus bodas marchaba; aquellas dos señoras, fueron víctimas de su orgullo: se quedaron inmóviles, se pusieron pálidas como un cadáver, y amagadas ambas por fuerte convulsion, que un gran acceso de ira les produjo, se retiraron á su casa.

Dias de desesperacion fueron aquellos para las dos damas, y tal era el encono que sus pechos abrigaban, que ni se hablaban madre é hija, ni comian; y cada una cerrada en su cámara, dejaba deslizarse horas enteras.

Isabel perdió el color; perdió las carnes; con la pérdida de carnes y color cambiaron sus formas, y aquella orgullosa jóven fué desde entonces el leon que por amor se dejó arrancar los dientes. Se encontraba despojada de su arma poderosa de la hermosura.

Aquellas dos señoras sufrian por muchas cosas; sufrian primero por la pérdida de Hernan; sufrian despues por ver pisado su orgullo; tambien sufrian por ver desaparecer su prestigio, que se perdió tan pronto como su orgullo fué pisado; y por último en su caracter altivo, mas que por nada, sufrian por no tener á quien culpar de lo ocurrido, pues ellas, solo ellas, como hemos visto, fueron la causa de todo.

Doña Leonor é Isabel estaban desesperadas, y su desesperacion crecia, al ver que desde que se tendió la noticia de que Hernan se casaba lejos de Oviedo, la sociedad de la corte comprendió en aquel suceso algo que hasta entonces no habia comprendido, y comenzaron á irse retirando de su casa los garzones que antes la visitaban.

Esta señora se propuso algunas veces consolar á su hija; pero era en vano; ni su hija hacia caso de los consuelos de su madre ni la madre podia continuar largo rato dando á otra el remedio que para sí necesitaba.

De este modo trascurrió algun tiempo.

Comenzaba la noche del dia en que Hernan se hubo casado.

Isabel no ignoraba que aquel dia se habian celebrado las bodas de su antiguo amante; cien ideas horrorosas asaltaban su espíritu; cien satánicas visiones cruzaban por su azorada mente, y cuando bien entrada estuvo la noche, separándose de su madre que en visita con un amigo anciano estaba, se retiró á su habitacion.

Isabel pálida, temblorosa, desojada, se dejó caer sobre la cama y comenzó á llorar con amargura.

Frente á la cama habia colgado en la pared un Cristo.

Pero Isabel de nada se curaba, de nada sino de pretar sus puños, y agitar sus músculos en medio de las convulsiones que la ira, que la desesperacion producia en ella.

Luego se levantó asustada, desvanecida, saltó de la cama, permaneció indecisa algunos momentos, aberrante, como ahogada por horrorosa fiebre, como subyugada por una imágen, ó por un recuerdo, ó por un deseo de envenenado, irresistible poder.

De repente se encienden sus pupilas, se pinta de sangre el blanco de sus ojos, se cubre de bermellon su rostro, se hinchan sus arterias, se crispan sus dedos, y lanzándose al Cristo que vimos en la pared, lo descuelga, lo contempla en la mano con gesto indefinible; y apretándolo contra el pecho, exclama levantando su rostro al cielo con ademan de arpía.

—Señor, permitid que la criatura que esta noche se engendra en Castroverde haga la desgracia de sus padres. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La convulsion estalló violenta en Isabel; y aquella jóven temblaba; temblaba en medio de su cámara.

—Permitid Señor; gritó mas fuerte, con mas encono; permitid que el hijo que esta noche se enjendra, muera á manos de los moros colgado en las almenas de un castillo. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La rábia ahogaba su voz... sus ojos brillaban cristalinos.

—Permitirlo Cristo crucificado... gritaba mirando al crucifijo; permitidlo, aunque el dia en que ese hijo vea la luz del sol, muera yo desesperada. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Y tirando el Cristo contra el suelo; Cristo y cruz se hicieron veinte pedazos.

Pero un ruido profundo, repentino, como si cien muebles se hubieran caido de golpe, retumbó en la antecámara; tal vez el ruido del Cristo al romperse, que el eco de la solitaria habitacion multiplicaba en sus paredes.

—¡Ay! gritó Isabel asustada, y recojiendo veloz los fragmentos del crucifijo los colocó sobre un armario, salió ligera de la antecá-

mara á investigar si alguno la habia escuchado; pero no halló nadie; miró los muebles y estaban como siempre: examinó la puerta y la encontró cerrada por dentro.

Entonces aquel ruido causó miedo á Isabel, abrió la puerta de la antecámara, tornó á su gabinete, se echó en la cama y lloró amargamente.

Aquellas lágrimas templaron algun tanto el frenesí de Isabel.

Media hora despues, sentada Doña Leonor en la cabecera de su hija que aun continuaba echada, dirigia á ésta, dulces espresiones de cariño maternal.

LA LUNA DE MIEL.

Como en nuestro tiempo se llama luna de miel, á la luna que preside las primeras, seductoras noches que al matrimonio suceden, nos permitiremos nosotros usar esta palabra con referencia á aquella época.

Si en alguna ocasion aplicarse puede con oportunidad tan dulce significado, es en la que nosotros ahora nos referimos; es en las bodas de Hernan y Flor del Valle.

Aquellos dos jóvenes de sincero corazon, de alma cándida, de puras afecciones... aquellos dos jóvenes que con delirio se han amado, atestiguando la profundidad de su pasion con la rápida pérdida de su salud; aquellos dos jóvenes se encuentran unidos por Dios.

El amor se ve coronado en el mismo castillo donde nació; Hernan encuentra realizadas las quiméricas ilusiones en que su espíritu se perdia, cuando tendido en el lecho del dolor detestaba la vida; y Flor del Valle pasea á su esposo por las márjenes del Eo, por las calles de abedules y de rosales, por los jardines de la cruz, por todos aquellos sitios donde la infeliz lloraba en otro tiempo la marcha del hombre fascinador que al partir para siempre le habia arrancado inhumano el corazon.

Todo era venturas en el castillo: y si el recuerdo de Doña Luz asaltaba el espíritu de D. Fruela, ya no lo entristecia en el grado que antes.

—Al fin, murmuraba para sí: la muerte es el patrimonio infalible de la vida.

Y la imágen de su esposa se presentaba para él como ángel tutelar, que junto al trono de Dios velara por la ventura en que el castillo rebosaba.

Como es de suponer, no admitió D. Fruela el nombramiento de Conde, pues habian cesado los motivos que á ello le obligaban.

Pasado algun tiempo, tornó D. Alvaro á la córte.

El representante del rey se fué dos dias despues de las bodas, y en Castroverde quedaron los mismos que en un principio conocimos en él, mas Hernan y su escudero.

Cierto es que Hernan estaba resuelto á continuar en la guerra contra moros, pero en virtud de un permiso de diez meses que el rey le concedió, pudo durante este tiempo entregarse entre los frondosos jardines de Castroverde á los adormideros placeres de amor.

De este modo concluyó el matrimonio de Hernan y Flor del Valle.

Digamos por final de capítulo, aunque muy oportuno el decirlo aquí no sea; que sin atinar porque, conducto se supo en Oviedo la terrible maldicion que Isabel habia pronunciado en un momento de frenesí; mucho sobrecojió el ánimo de algunas personas tal incidente en gran manera; hizo célebre esta circunstancia la boda de Hernan, y mucho tiempo despues se referia con gran fé en Oviedo y sus comarcas, un cierto cuento á que la maldicion de Isabel dió lugar.

Y como nosotros dijimos al principio, que para la confeccion de esta obra, nos habíamos servido de manuscritos, crónicas y tradiciones; presentaremos íntegra esta, tal como en Asturias se refería, porque al pronto desenlace de la verídica historia que narrando estamos, por sí sola nos conducirá.

CAPITULO XI.

CUENTO DEL JUDIO IBRAIN EL VIEJO.

Digamos antes de comenzar, que el vulgo llama cuento, á una relacion de acontecimientos falsos; y pasaje á la relacion de acontecimientos verdaderos.

Nosotros entendemos por cuento, la narracion de hechos ciertos; es decir, que realmente han sucedido; y por pasaje, uno de los lances ó situaciones mas importantes del cuento.

Bajo este supuesto comencemos el que por aquel tiempo se referia con gran interés en Oviedo.

A alguna distancia de esta ciudad se levanta una montaña cubierta de árboles y matas donde hoy encuentra el cazador algun oso á quien disparar su escopeta, pero en la cual eran entonces muy comunes las tales fieras.

En lo mas escabroso de esa montaña habia una cueva: muchos de esta cueva tenian noticia, pero pocos la habian visto, ya porque su boca escondida entre la espesura del ramaje, se sustragera á las pesquisas del curioso; y ya tambien, porque muy pocos de buscarla se curaban.

Antes al contrario; como que el paradero de la cueva se ignoraba; cuando los pastores ó cazadores, veian un paraje donde la maleza muy espesa se manifestaba, huian de alli creyendo que con la entrada de la cueva habian tropezado; y como al huir, otra espesura encontrasen, porque en follaje la montaña mucho abundaba, tambien entonces sospechaban si tal vez en la boca de la cueva se encontrarian; y el temor á la cueva, y la ignorancia del sitio en que se hallaba, hacian azoroso para ciertas gentes de ánimo sobresaltado, caminar por aquel monte.

Y no sin fundamento, miedo infundia la caverna; porque tales cosas de ella contaban los ancianos, que el corazon mas fuerte se estremecia al escucharlas.

Sin embargo; todo esto no pasaba de ser un temor fantástico, un temor tradicional: donde coménzó el miedo fundado fué á fines del reinado de Bermudo I.

Apareció por entonces en una cierta noche, un judio llamado brain, que como tan anciano era ya, dieron las gentes en llamarle brain el viejo: este judio sostuvo largas conferencias con D. Bermudo, y se retiró despues á habitar la terrorífica cueva que hemos indicado.

Sabido es que D. Alonso II era hijo de D. Fruela I; que á Don Alonso pertenecia en legítimo derecho la Corona de Asturias muerto su padre; pero que al infeliz heredero, por ser niño, se la usurparon primero Arelio; primo y matador de D. Fruela; despues Silo, despues Mauregato y por último D. Bermudo.

Tambien es sabido que D. Bermudo era diácono; pero que olvidándose de sus votos, y rompiendo los estrechos lazos que con Dios lo ligaban, entró á vivir con Doña Ursenda, de la que tuvo dos hijos.

Pues bien; pocos dias despues de haberse encerrado en la caverna el judio Ibrain, llamó D. Bermudo á su sobrino Alonso, que ya era de mayor edad, le hizo saber que á él pertenecia el trono, como hijo de D. Fruela, y colocó en sus sienes la corona; luego se despidió de sus hijos, y separándose de Doña Ursenda, se entregó al recogimiento, y acabó sus dias en la oracion.

Las gentes que tan portentosas cosas vieron; porque, portento y no pequeño es que un hombre arranque la Corona de sus sienes para otras sienes ceñir con ella; y no menos portento, que aquel hombre arranque su corazon de la mujer á quien entregado lo tenia; las gentes pues que esto vieron hacer á D. Bermudo, comenzaron á decir, que todo aquello se operaba en virtud de las conferencias que el rey diácono con el judio Ibrain habia celebrado; y pues tan grandes milagros el judio producia, sublime mágia, debian ocultar sus dedos, ó sus palabras, ó su mirada.

Luego, como D. Alonso el Casto, á pesar de ser tan entusiasta por la religion de Cristo, tan encarnizado enemigo de los musulmanes, nunca atentó contra aquel viejo judio, llegaron las gentes á creer, ó que mucho lo temia, ó que mucho lo queria; y en cualquiera de los dos casos, gran respeto el tal judio inspiraba á los habitantes de Oviedo y sus comarcas.

Asegura el cuento, que despues de la muerte de D. Bermudo I se veian por la noche luces de diferentes colores, que naciendo en la cueva de Ibrain, salian rastreando por el suelo, hasta perderse entre la espesura del monte.

Tambien afirma, que en determinadas noches de la semana, no en todas, aparecia entre las luces una sombra rodando, que tambien se perdia por la espesura, aunque algunas veces tornaba á descubrirse luego en las cumbres de lejanos montes, donde en nubes ó en huracan por influjo sobrenatural se convertia.

Dice el cuento ademas, que los reyes y los magnates, cuando cuitados se encontraban, subian en medio de las tinieblas de la noche, á deponer sus cuitas en el seno del judio Ibrain; y aseguraban, que siempre el rey y los magnates remedio hallaban para sus negras cuitas; pero que muy caro este remedio les costaba, porque nunca por dinero, y siempre á precio de espíritu el judio lo vendia.

Mientras Ibrain el viejo cerrado continuaba en su cueva, por Oviedo ocurrian las ruidosas bodas de Hernan, garzon de valientes generales hijo, con una virgen llamada Flor de Valle, porque entre las flores y las brisas de los valles se habia criado.

Nosotros ya conocemos esta época.

Mucho se hablaba por la córte de aquella boda, y digna era de que de ella se hablase, porque singulares acontecimientos habian tenido lugar con otra dama ilustre, mujer segun datos hay para creer, audaz, rencorosa y vengativa.

Comenzaba una noche de Otoño.

El cielo estaba cubierto de nubes; los montes solitarios, el huracan silbando entre los bosques, cual alma condenada que en ellos amargos alaridos lanzase.

En la cueva del judio Ibrain se descubre entre la maleza, despojada ya de hojas por los vientos de Otoño, una luz vacilante, rogiza, que por momentos se contrae brillando con mayor fuerza, ó se dilata esparciendo en torno suyo mas pálido fulgor.

El cuento refiere, que en medio de aquella noche tan tormentosa, se veia cruzar las montañas una sombra alta, enlutada, con denso velo que el rostro le cubria.

Ni miedo le inspiraba la soledad, ni terror las luces de la cueva, que lejanas, vagas y oscilantes se divisaban; ni el huracan que mugiendo lastimero entre los bosques, agitaba despues con ímpetu las faldas y el velo de aquella sombra... sombra tal vez fantástica, ente precito, que paso á paso dirigiéndose iba á la caverna del judio Ibrain.

Dentro de esta caverna profunda y espaciosa, se observa un silencio sepulcral.

En el fondo hay un hornillo rodeado de vasijas, un monton de yerba que como lecho puede interpretarse; junto al horno una mesa de piedra, ó una piedra que de mesa sirve en medio de la cueva; sobre esta mesa ardia una lámpara de alabastro.

A la luz de la tétrica lamparilla, está leyendo en un rollo de pergaminos el judio Ibrain.

Ibrain es alto, delgado, severo, con larga barba blanca, larga túnica, y ancho manto; ó como los ebreos llamaban, largo vestido y ancha vestidura.

Continuaba leyendo ó meditando secretas operaciones, y mucha calma, y mucho silencio que le rodeaba por cierto, cuando

en la puerta de la cueva se sintió una voz de mujer que dijo:

—Oh Jehová.

—Jehová es grande; respondió Ibrain levantándo con lentitud la frente.

—¿Se puede entrar en la cueva de Ibrain?

—Llena está del espíritu de Jehová y de su gracia; cualquiera que á Jehová invocare, entrar puede á la cueva, y su gracia disfrutar.

Pocos segundos despues se encontraba frente á Ibrain una mujer alta, vestida de negro, cubierto el rostro con un velo tambien negro.

—Sentaos ahí. Le dijo Ibrain sin levantarse él de su asiento.

La envelada se sentó.

Luego preguntó esta:

—¿Es cierto, anciano; lo que cuentan de vos?

—¿Qué es lo que de mí cuentan?

—Que bálsamo seguro teneis para cicatrizar ciertas heridas.

—Cuando del alma son esas heridas.

—Del alma son las que á mí me aflijen.

—Pues remedio para ellas en la cueva de Ibrain encontrareis.

—Os daria por ello mi vida.

—¿Y qué espada es la que vuestra alma ha herido?

—La espada de los celos.

—Pues el remedio es venganza.

—Venganza vengo á implorar en vuestra caverna.

—Pero la venganza que yo doy es muy cara.

—Tengo mucho oro.

—No quiero oro.

—¿Pues qué quereis?

—Que en las almas de todos viva Jehová.

—Si Jehová me da la venganza que para vivir necesito, Jehová es bueno; en mi alma vivirá Jehová.

—Decidme vuestras cuitas, jóven cuitada; no me calleis vuestro nombre ni vuestra clase.

—Con franqueza os hablará mi labio.

—Asi atañe á nuestro objeto, y tiempo economizad.

—Me llamo Isabel y soy dama de la reina Verta; yo amaba á un garzon, que por nombre, Hernan tenia: este garzon me amaba, pero dice que muy altiva era yo, y una y otra vez trató de separarse de mi; mas una y otra vez hácia mi lo atrajo mi hermosura.

En una de estas reyertas, el garzon se marchó de la corte, yo lo desprecié á él y á su padre; y mi madre me incitaba á que mas los despreciase, porque mi madre y yo creiamos, que otra vez vendria humilde á arrastrarse á mis pies; sin embargo, el pérfido se casó con otra. Desesperada yo entonces, frenética, agarré un crucifijo que en la pared colgado estaba; y rogué al cielo que el fruto que de aquel matrimonio saliera, fuera un hijo, que colgado á las almenas de un castillo morisco pereciese; que mi juramento se cumpliera, aunque á mí la vida me costase.

—¿Qué hicisteis con el Cristo? preguntó encendido el viejo Ibrain.

—En medio de la rabia que me ahogaba, lo tiré contra el suelo, y se quebró en veinte pedazos.

—Pues en veinte pedazos se quebrará tambien la garganta del hijo que del matrimonio á quien maldijisteis nazca.

La envelada hizo un movimiento de satánico placer.

Despues prosiguió.

—Ardiente es la ira que en mi pecho se esconde contra el garzon; porque el garzon fué causa de que mi rostro perdiera su hermosura; de que muriera mi madre, y de que el prestijio que mis gracias ejercian en la corte se hundiese.

—Pues descansad; porque la venganza será proporcionada á la ira que en vuestro pecho arde; vuestra ira y vuestro encono, y vuestra hermosura perdida, y vuestro orgullo pisado, y vuestra madre muerta, seres son que en otro mundo existen; seres que con Jehová se comunican, seres que á deciros van lo que vuestro juramento, en ese mundo que de aqui muy lejos está valer puede.

Entonces el anciano se levantó, abrió una alacena, sacó un

paño, y cuando mas distraida la envelada estaba en sus reflexiones, se lo tiró al rostro.

La envelada hubiera caido al suelo de golpe dormida, si Ibrain que lo que iba á suceder sabia, no hubiese corrido á sostenerla.

Entonces la tendió sobre el monton de yerba seca que junto al horno vimos, y penetrando él en una segunda cueva mas oscura, mas pequeña que la primera, se puso de rodillas hácia el Oriente, y se entregó á fervorosa oracion.

Trascurridos ocho minutos se levantó Ibrain, se dirigió con paso majestuoso á la mujer que dormida ó aletargada yacia en el monton de heno, le pasó la mano por el rostro con un cierto ademan que esplicar nosotros acaso no podamos, y la mujer se despertó azorada, exhaló un suspiro y trató de incorporarse.

El viejo judio le ayudó á ello tomándola por la cintura, y cuando lo hubo verificado, se sentó él en la piedra que junto á la mesa habia, en la cual al principio de esta narracion lo encontramos.

Dice el cuento que era cosa notable; qué admiracion y temor infundir debiera el ver aquella dama jóven, vestida de negro, pálida, lánguida, arrellanada en un monton de ojarasca, con los brazos cruzados, y la frente inclinada hácia el suelo; y ver al anciano Ibrain de origen desconocido, de conocimientos profundos en la ciencia de los secretos, relacionado segun se creia ó con los ángeles ó con los diablos; alto, demacrado por el estudio, con larga barba blanca, con luengas vestiduras, con los codos fijos en la mesa de piedra, con el rostro descansando entre las manos, y con los ojos cerrados, ó dirigiendo al cielo ardiente, atrevida, escudriñadora mirada.

Tambien refiere el cuento, que el silencio que en aquella caverna reinaba entonces, era el silencio de la muerte; que la luz se estinguia por grados; y como al estinguirse una luz, parece que se agita su llama, parece que palpita, parece que ente misterioso oculto en ella, hace los últimos esfuerzos por vivir; las palpitaciones de aquella azulada lamparilla producian sombras

vagas, que en rápido tropel, confuso torbellino, surcaban la bóveda y las paredes de aquella imponente caverna.

En medio de tan profundo silencio, se escuchó la voz austera del judío Ibrain, que dijo:

—Llena está esta cueva del espíritu de Jehová: ¿quién es grande entre los grandes?

—Jehová; respondió con apagada voz la dama.

—Grande es Jehová. El espíritu de Jehová llena esta cueva.

Algunos instantes de silencio vuelven á deslizarse en la caverna.

La dama con los párpados caidos tiene la vista fija en el suelo: parece fatigada; parece que en vano se esfuerza por librarse de una horrorosa fiebre que con delirios mil atosiga su alma. El ademan del judío, si bien recogido y meditabundo, era sublime, inspirado; y tan fuerte destellaba su mirada, y tal misterio en su semblante se leia, que segun refiere el cuento, ó el espíritu del bien, ó el espíritu del mal, con él se comunicaban en aquel supremo instante.

—¿Habeis dormido? preguntó á la dama.

—He dormido; respondió la dama sin mirarlo, sin mover los ojos, sin hacer movimiento alguno con sus miembros.

—¿Qué habeis visto?

—Muchas cosas.

—Decidlas, y escuchad mi voz, que voz de verdad es la que á salir, va de mis labios.

La calma se vuelve á apoderar de la caverna.

—¿Qué habeis visto?

—Una nube blanca, inmensa, oscura.

—La inmensa, oscura, nube del porvenir.

—Un viento penetrante, fuerte, que la nube rasgaba.

—La irresistible mágia que nació en Tebas la de Egipto.

—Una lengua de fuego que naciendo en la tierra, se perdió en las alturas.

—El juramento de una mujer que desde el fango en que pisaba, se remontó al trono de Jehová.

—He visto tambien brotar entre la nube un ángel con blancas vestiduras...

—El hijo que nacerá del matrimonio á quien la mujer su maldicion echó.

—Y una media luna sobre una torre.

—Un castillo de perros musulmanes.

—Y una sombra colgada de la media luna.

—El hijo por vuestra boca maldito, colgado á las almenas del castillo musulman.

—Y una cama negra y rubicunda debajo de la sombra colgada.

—El lecho del dolor.

—Y otra sombra tendida en la cama.

—Vos.

—¿Yo? exclamó la dama levantando por primera vez sus apagadas pupilas y fijándolas en el rostro severo, magnetizador del anciano judío.

—Y la sombra se revolcaba en la cama, y luego gemia, y luego quedó quieta.

—Porque despues de atravesar una agonía cruel, descansasteis en el tranquilo lecho de la muerte.

La dama se estremeció; calló el judío, y profundo silencio se apoderó de la cueva; pero la luz, que mas indecisa, mas horribles fantasmas en la bóveda de la caverna producia; se apagó de golpe, y el silencio y el terror se aumentaron con las tinieblas.

Un punto blanco se descubria á lo lejos, era la pequeña, lejana boca de la caverna, que brillaba ó con el resplandor de la luna, ó con el fulgor de los relámpagos.

—¿Es cierto cuanto me habeis dicho? preguntó la dama.

—Tanto como que el mundo es mundo: tanto como que Jeho-Jehová: vuestra maldicion llegó al cielo; cumplidos quedarán vá esvuestros deseos.

—¿Pero moriré?

—Vos lo dijisteis; desesperada.

La dama calló.

—Y que es una sombra, dijo luego, que en torno de un castillo vagaba medrosa?

—Vuestra alma, que alzándose del sepulcro, á vagar saldrá en torno del castillo donde nació el niño, á quien vuestro corazon maldijo.

La dama exhaló un suspiro.

—No suspireis, gritó el anciano; de cuanto aquí ha sucedido de nada tendreis memoria.

—¿De nada?

—De nada: recuerdo tan amargo, imágen tan cruel no vendrá á alterar vuestro reposo durante la vida. Sabreis que en la caverna del judío Ibrain estuvisteis; sabreis que vuestro juramento será cumplido; pero ni sabreis quien esto os ha dicho, ni lo que entre vos y yo acaba de pasar.

—¿Por qué?

—Porque yo lo borraré de vuestro espíritu.

Exclamó el judío haciendo un fuerte movimiento con el brazo derecho.

A este movimiento singular se encendió en la caverna como por encanto, una luz clara, semejante al primer resplandor del alba; y cual si entonces la dama de su sueño realmente despertara, se levantó con alguna agitacion; fijó su altiva mirada en el rostro del judío, y le preguntó:

—¿He soñado?

—Podrá ser, respondió el judío; pero os conviene salir de aquí.

—Me verán.

—Es de noche.

—Brilla el alba.

—Ese brillo no traspasa los hastiales de mi caverna; densas tinieblas cubren la tierra; en medio de las tinieblas marchareis desconocida.

—Con Dios quedad.

—Jehová os guie.

La envelada se dirigió á la puerta de la cueva, y el an-

ciano Ibrain escondió el rostro entre las manos; y así escondido, lo dejó descansar sobre la dura piedra que de mesa le servia.

De este modo se esplica el cuento por lo que hace al juramento de la dama Isabel.

Los que en referirlo en Asturias se ocupaban, en tiempos muy anteriores, por supuesto; hacian al llegar aquí, una cierta parada, y despues continuaban:

Como habia muerto Doña Leonor, la madre de Isabel; vivia esta sola en su palacio; asistia algunas veces á la corte; pero se habia desfigurado por completo.

Estaba delgada, disgustada, convulsa, y sentia de tiempo en tiempo un estremecimiento tal que le privaba el sentido y un peso que oprimia su cerebro; pero que en vano se afanaban los médicos en esplicar, porque no habian presenciado las escenas que lugar tuvieron en la caverna del judío Ibrain.

Todo lo que allí ocurrió lo recordaba Isabel; pero lo recordaba de una manera incierta, y segun el cuento afirma, se convenció de que todo aquello habia sido una horrible pesadilla, mas pesadilla que ponia su vida en tortura.

Trascurrian los dias, y trascurriendo los dias pasaron nueve meses.

Flor del Valle, que cada vez mas hermosa, que mas pura cada vez, veia deslizarse su vida en el castillo de su infancia, junto á su padre, junto á su esposo, junto á los compañeros de su juventud, seres que en nuestra alma producen delicias de naturaleza tan divina, que semejantes á ellas, no se encuentran despues en nuestra alma.

Flor del Valle, que orlada de venturas, sentia pasar los años entre las flores de sus verjeles, sin aspirar otros aromas, sin ver otro sol, que el sol y los aromas que en su niñez habia conocido, se sintió madre.

Una noche de primavera, el castillo de Castroverde estaba alborotado; agitados los criados, confuso Don Fruela, tendida en blanco lecho Flor del Valle, asustado y temblando de temor, pero inmóvil junto á la cabecera de su esposa, Hernan; los

doctores en torno de la cama; todas las habitaciones alumbradas... anunciando todo un gran peligro: pero en un instante cambió aquel amenazador aspecto.

Flor del Valle habia dado á luz un niño; este niño lloraba en los brazos de Hernan; Flor del Valle descansaba, y los doctores declararon que la enferma habia quedado en muy buen estado de salud.

El castillo de Castroverde rebosaba en placer, y ¡qué casualidad! segun el cuento nos dice; á medida que iba aproximándose el instante del alumbramiento de Flor del Valle, se iba formando en el horizonte cobriza tempestad: en el instante de salir al mundo el niño, fruto del parto; estalló un retumbante, maligno trueno, el primero que en aquella primavera hirió los aires.

El niño, lo tomó en sus brazos Blanca, y todos fijaban en él su vista admirando la semejanza con su padre, su robustez y sus bellas formas; ¡pero nadie sabia que sobre él pesaba una terrible maldicion!

Al niño le pusieron por nombre Fortun.

Aquella misma noche, y en la misma hora en que Fortun nació, se encontraba en Oviedo otro palacio agitado.

Este palacio era el de la dama Isabel.

Tiempo hacia que la tal dama, se hallaba indispuesta; pero como su indisposicion se confundia con la tristeza y el hastío que de ella se habia apoderado, no se cuidaban los doctores de propinarle remedios sino para curar el ánimo, sin advertir que el cuerpo tambien estaba enfermo.

Se le habia formado un cancer en el estómago; el cancer le ocasionaba fuertes dolores, y la infeliz se revolcaba sin consuelo en su cama.

Los doctores conocieron esto tarde; los remedios que le aplicaron fueron inútiles; y la noche en que Fortun nació, aparecian llenas de nobles damas é ilustres generales las cámaras de Isabel; pero Isabel la pobre, se moria, se moria sin remedio, y en una agonia atroz.

Lo que alarmó sobre todo al círculo de personas mas allegado

por amistad ó parentesco á la enferma, fué, que aquella tarde le propuso el sacerdote auxiliante confesarse, y se negó á ello.

Sin embargo, el sacerdote pidió un Crucifijo: el aya entró por uno que otras veces habia visto colgado en el gabinete de su señora, y como aquella condujese asustada los fragmentos del Cristo que hecho pedazos habia encontrado sobre un armario; la vista de aquellos restos, conmovió fuertemente á Isabel; le trajeron á la memoria escenas horrorosas que entonces quisiera que no hubieran sucedido; ejercieron sobre su ánimo en un solo instante mas fuerza, que las fervorosas y repetidas amonestaciones del sacerdote, que toda la tarde estuvo sentado á la cabecera de la cama, y prorumpiendo en un mar de lágrimas; pidió á voces la confesion.

El sacerdote colmado de alegria se colocó en actitud de escuchar á la paciente; pero fué en vano: habia entrado en los inescrutables designios de la Providencia, que aquella jóven no recibiera los últimos consuelos con que nuestra religion despide á sus hijos.

Fué á hablar la infeliz Isabel; mas se encontró sin voz; sus ojos cristalinos, sus lábios cárdenos, sus dedos crispados; conoció el sacerdote que se moria, y le apretó la mano: Isabel se la apretó con fuerza al sacerdote; entonces el ministro de Cristo absolvió á la enferma, y la enferma exhaló el último suspiro.

El sacerdote se arrodilló junto al cadáver, y oró por él veinte minutos.

Cuando salió á las cámaras y dijo que ya Isabel habia muerto; la sorpresa, la confusion y el desorden se sembraron en ellas.

A los restos mortales de la hija de Doña Leonor se les dió sepultura con toda la pompa á que el alto linaje de su familia la hacia merecedora

De este modo acaba el cuento del judio Ibrain el viejo; y por cierto es de estrañar que nada al concluir se diga de aquel hombre; si bien es verdad que algunos añadian á lo que referido llevamos, que en una cierta tempestad, se desplomó en las montañas próximas á Oviedo, un torrente tan impetuoso, que arrastrando árboles y rocas, cubrió de peñas y tierra la boca de la caverna:

y decian, que aquello era señal de que el viejo judio habia entregado su alma á Satanás, es decir habia muerto; y que los elementos se habian encargado de cerrar por sí mismos la sepultura.

Otras mil cosas se murmuraban tambien sobre este particular.

Nosotros diremos por conclusion de capítulo; que respetamos mucho el cuento, que de trascribir acabamos; porque cuento tradicional es; y por lo tanto que no nos atrevemos á emitir sobre su certeza nuestra humilde opinion: pero advertiremos que es muy cierta la manera en que dice nació Fortun, y muy cierto asimismo el modo en que nos presenta la muerte de Isabel.

Lo demás queda al ilustrado discernimiento del lector.

CAPITULO XII.

LA DESPEDIDA.

Procuraremos avanzar cuanto nos sea posible en esta historia, para lo cual, pasaremos en silencio los lances que no tengan un interés marcado.

El cuento que hemos trascrito, tal como en Asturias se refería, nos ha permitido dar un gran avance en la narracion, pues como en él hemos visto nacer á Fortun, y la historia de este héroe ha sido el único objeto que abrazar nos propusimos en esta segunda parte de la novela, que de antiguos pergaminos arábigos y rancias tradiciones cristianas hemos entresacado; muy poco nos resta ya que decir sobre este punto.

Trascurrió el tiempo más lijero de lo que el hombre desea; y Fortun cumplió veinticuatro años.

El dia en que tal edad cumplió Fortun, ya no existian en el castillo de Castroverde sino Hernan, valiente caudillo que mil victorias habia obtenido contra los moros; Flor del Valle, siempre dulce, siempre sinpática, en quien los años no pudieron hacer otra cosa que dar la última pincelada de melancolía á su semblan-

te; Blanca, tan coriñosa como siempre; el escudero de Hernan y el Sacerdote.

El Sacerdote, que ya contaba ochenta y cuatro navidades, y que venerable ministro del Altísimo, se hallaba todavia en el lleno de sus funciones intelectuales: él celebraba la misa como siempre; como siempre rezaba el el rosario, y despues encomendaba á Dios á los difuntos del castillo; pero al llegar este instante se conmovia el infeliz, y sus ojos se arrasaban en lágrimas, recordando tiempo y personas que pasaron.

Murieron en efecto, primero D. Fruela; dos años despues D. Alvaro; á los quince dias de D. Alvaro el senescal del castillo de Castroverde.

Doña Luz, la madre de Flor del Valle, estaba enterrada en el suelo del oratorio, como ya recordaremos, á la derecha del altar; junto á doña Luz fué enterrado su esposo D. Fruela; á la izquierda del altar, D. Alvaro, y el pobre senescal á la derecha de la puerta.

Ya aquel oratorio era para Flor del Valle la urna que atesoraba los principales recuerdos; las supremas afecciones de su vida.

Cuando niña; en él vertia las flores que en las orillas del Eo cortaba, flores ni mas blancas ni mas puras, que puras y blancas eran las ilusiones que entonces brotaban de su inocente fantasia.

Cuando jóven; en él abrió su pecho á Dios; en él depuso sus amorosas cuitas, y Dios escuchó sus cándidas oraciones, y satisfizo Dios sus vehementes deseos.

Posteriormente, vestido de gala el humilde santuario, en él pronunció tambien el *sí* que su dicha labró; y ahora mas melancólico que nunca, mas severo, mas sublime... es el gran relicario, que las reliquias mas idolatradas de su corazon conserva.

Flor del Valle y Hernan formaban un matrimonio tan santo, tan feliz, que por modelo se le tomaba, y tomarlo en verdad se podia; pero últimamente, Hernan, heróico guerrero, paraba muy poco en el castillo.

Para aquel tiempo habia muerto tambien el buen rey Don Alonso II, y el trono de Pelayo lo ocupaba D. Ramiro I, digno su-

cesor de Alfonso y de Fruela: se propuso con ánimo resuelto corregir los yerros que habian cometido Aurelio, Silo y Mauregato; quiso hacer ver á los musulmanes, que si débiles los mencionados monarcas habian cedido á exigencias atrevidas de los Califas de Córdoba y Sevilla; aun podia el leon español agitar con descaro su melena, y aun podia el estandarte de la cruz alzarse con orgullo, frente á la bandera de la media luna.

Se encendió pues la guerra entre moros y cristianos, y como Hernan era uno de los primeros caudillos, á quien D. Ramiro tanto apreciaba y destinguia; de contínuo este capitan se hallaba á la cabeza de sus escuadrones en el campo del honor.

Mientras esto tenia lugar entre Leon y Castilla; acompañada del buen Sacerdote Flor del Valle, y muy tranquila entre los jardines de Castroverde, educaba á Fortun en los santos principios en que á ella la habia educado su padre.

Desde muy niño aprendió Fortun el misterioso significado de la Cruz; desde muy niño sabia ya cuál era la sepultura de su abuela, cuál la de su abuelo materno, cuál la del paterno, y cuál tambien la del cariñoso senescal.

Todas las mañanas besaba la mano á su madre al salir de la cama; luego al Sacerdote, despues oia misa; oraba sobre las sepulturas despues, y se salia por último con su escudero á correr y brincar por los deliciosos bosques que rodeaban al Castillo: todo su afan era agitar él mismo los remos de la barca, correr á caballo tras de los ciervos, herir los aires con la cazadora trompa; y de este modo, entre los valientes instintos que su alma agitaban, y la santa educacion que sus instintos moderaba, se iba formando Fortun un mancebo recomendable, gloria de sus padres y esperanza del Estado.

Muchas veces, cuando Flor del Valle y el Sacerdote, ó bien sentados entre los jazmines y violetas de la Cruz, ó bien junto á las murmurantes aguas del rio, saludables máximas infiltraban con dulzura en el tierno corazon de Fortun; muchas veces Flor del Valle acababa por apretarlo contra su regazo, por imprimir

ardiente beso en su infantil megilla, y verter amargas lágrimas de dolor. Y como el Sacerdote le dijera entonces:

—¿Por qué llorais señora; si la felicidad os rodea por todas partes?

Ella respondia:

—Lloro porque bien pronto concluirá esta felicidad.

—No tan pronto como vos pensais.

—Sí, señor Sacerdote; demasiado conoceis el carácter de Hernan; valiente como el primero, y tan honrado como valiente, sacrificará su dicha por su honor; y hace bien: pero tan luego como la débil mano de mi querido hijo, esgrimir pueda una espada, lo arrancará del seno de su madre; á su lado lo conducirá á que aprenda el sendero de la gloria; y ¿quién sabe si en la primera batalla que contra moros dé, corte inhumano alfanje la candorosa vida que tanto me afano yo por conservar?

Flor del Valle se echó á llorar abiertamente; y abrazaba y besaba con delirio á Fortun.

—Demás están esas lágrimas, dijo el Sacerdote; nadie mejor que vos, Flor del Valle, confiar debe en la misericordia del altísimo: volved la vista atrás, consultad vuestro corazon, y en los objetos que os rodean, y en las fases por donde vuestro corazon cruzó, hallareis pruebas seguras de que Dios se propone protejeros.

—Es verdad; y tan grandes son los beneficios que del cielo tiene recibidos esta pecadora, que oraciones no encuentran mis lábios para darle gracias; y esta misma circunstancia mas sobrecoje mi alma; porque si en todo á mi humilde voluntad cumplió la voluntad suprema, ¿no ha de haber un punto, soló un punto en que mis deseos se hallen contrariados?

—¿Y por qué eso señora? tanta falta es abusar del cielo con peticiones gratuitas, como desconfiar de él.

Flor del Valle entonces abrazó á Fortun, y con efusion de cariño le dijo:

—Y tú hijo mio, hijo de mi alma, ¿nunca te olvidarás de mí?

—Nunca; respondió Fortun.

—¿Te acordarás de tu madre, cuando valiente garzon corras al frente de tus escuadrones en busca del enemigo?

—Me acordaré; contestó Fortun.

—¿Y cuando la gloria ponga en tus sienes coronas de laurel?

—Tambien me acordaré; y si el enemigo me coje prisionero y me cuelga á las almenas de un castillo como hacer suelen los moros con los cristianos, el último pensamiento de mi vida, madre mia, tambien será para vos.

—¡Hijo querido! exclamó su madre abrazándolo con frenesí.

Fortun, Flor del Valle y el Sacerdote, vertieron cada uno en silencio dos lágrimas.

El instante en que esta escena tenia lugar, era una de esas tardes melancólicas de Octubre, en que el sol al hundirse en el horizonte, parece que triste dirige sobre las montañas sus últimos rayos; en que las hojas se desprenden amarillentas de los árboles; en que los vientos soplan con ímpetu, arrancando plañidera armonia del seno de los desnudos bosques, y en que las aves pasajeras se reunen en bandas para marchar á climas, donde no les amenace por entonces, la terrible presencia del invierno.

Los temores de Flor del Valle no fueron infundados; las lágrimas que por su hijo mas de una vez vertió, reconocian un motivo verdadero.

Tan pronto como Fortun hubo cumplido diez y ocho años, lo arrancó su padre del regazo materno; y aunque siempre á su lado, le hizo entrar en cuantas batallas la suerte le deparó.

Flor del Valle quedó desconsolada en el castillo.

En compañia á todas horas del anciano Sacerdote, vivia de reminiscencias.

A los dos se les pasaba el tiempo en hablar de los dias felices que ya acabaron.

Recordaban la noche en que conocieron á Hernan; las singulares escenas que adornaron su matrimonio; recordaban con veneracion á D. Alvaro y á D. Fruela; y al llegarle la vez en sus

conversaciones á Fortun, siempre se conmovia Flor del Valle, y acababa por exclamar entre sollozos:

—Hijo mio; hijo de mi alma; ¡cuándo querrá Dios que vuelva á estrecharte entre mis brazos!

Es una verdad que la infancia y la senectud se parecen mucho: en los últimos años de la vida se vuelve el corazon del hombre tan tierno como lo era de niño, sus afecciones tan fáciles como entonces lo eran; y el señor Sacerdote que de este estado participaba ya, no veia una vez llorar á Flor del Valle, sin que tambien él vertiese dos lágrimas de cariño.

Hernan escribia á Flor del Valle, diciéndole que Fortun se desarrollaba de una manera asombrosa, que se criaba intrépido, juicioso, y que lejos de arredrarle el peligro, cada vez le entusiasmaba mas; que era digno nieto de los valientes caudillos Don Fruela y D. Alvaro, que ya merecia por sus propias virtudes, no por las virtudes de su padre, la gracia del rey; y que muy luego se veria honrado con algun alto destino entre los escuadrones de D. Ramiro I.

Sobremanera alegraban tales noticias á todos los habitantes del castillo de Castroverde; á todos, menos á Flor del Valle.

Esta angélica señora, no queria grandezas, no queria sino afecciones; y si se resignaba conque su hijo y su idolatrado esposo, batallando de contínuo, su vida dejaran deslizar entre peligros mil, no lo hacia porque sus intereses acrecentaran, ni porque gloria para su nombre conquistasen; lo hacia solo porque aquello formaba su deber; y Flor del Valle profesaba la opinion de que antes el hombre debe atender á su deber, que á su felicidad y que á su vida.

Preciso es convenir en que cuitadas eran en aquel tiempo las nobles damas que unidas á valientes generales se encontrasen, pues de contínuo se hallaban separadas de los séres á quienes idolatraban sus corazones.

Llegó por fin el dia que tan vivamente deseaba Hernan.

En las faldas del monte Cauno, hoy Moncayo, que no es mas que una ramificacion de las montañas idúbeas, que atravesando

Castilla la Vieja, van luego á separarla de Aragon; en las faldas de esos montes, cubiertos en unas partes de ayas; de robles y encinas en otras, se agrupaban grandes fuerzas musulmanas, ó con objeto de edificar alguna poblacion, ó con el de impedir que los cristianos pudieran acercarse á las alcazabas que en aquel terreno tan escabroso poseian ellos.

Como D. Ramiro I se propuso á todo trance obtener ventajas sobre el pueblo musulman, pensó desde luego en disipar aquel centro de operaciones; envió al efecto numerosas tropas, y deseando premiar en la persona del hijo los servicios del padre, nombró á Fortun jefe de un aguerrido escuadron.

Aquella era la primera vez que Fortun iba á lanzarse solo á la batalla; y por lo tanto padre é hijo, convinieron con permiso del rey, en hacer una visita á su madre y á su castillo antes de marchar á las faldas del Moncayo.

Conocido el dulce, simpático y apasionado corazon de Flor del Valle, evitamos decir las profundas impresiones que recibiria al encontrar en sus brazos á su esposo y á su querido hijo.

Evitamos tambien mencionar el placer que Hernan y Fortun esperimentarian, no solo al recibir el abrazo de su madre ó de su esposa, sino tambien al descubrir los valles, los montes, el rio, las majestuosas murallas, que recuerdos tan fuertes para ellos encerraban.

El rayo de sol que por la mañana despuntaba en Oriente, le parecia á Fortun que era el mismo rayo que alumbró su infancia; el sonido del esquilon, que convocaba á misa, creia que aun lo llamaba como en otros tiempos, á arrodillarse con el Sacerdote al pié del altar.

No queda duda; ó no tenemos alma, ó es preciso convenir en que nada hay en el mundo tan grato para ella, como despues de peligrosos viajes, ó despues de habernos entregado en lejanos paises á las faenas de la vida, volver al lugar en que nacimos; ver el campo por donde entonces corriamos, ver los arroyos donde nuestra infancia se deslizó tan pura como ellos, ver la Iglesia donde tomamos la primera comunion, oir la campana que á misa enton-

ces nos convocaba, ver la piedra, ó el monte, ó el otero donde nuestro padre nos dió el primero, y acaso el último adios. El que tan divinas afecciones en el primer lugar de su corazon no coloque, que se arranque el corazon del pecho, porque de hombre no es su corazon.

Fortun volvió por primera vez á su castillo; volvia con su padre, habiendo recibido ya un importante nombramiento del rey, abrazó á su madre; abrazó al anciano y venerable Sacerdote, y disfrutó dias tan felices, que imposible era, segun él mismo exclamaba, que otros semejantes pudiera en la vida disfrutar.

Pero Fortun habia ido al castillo de Castroverde para muy poco tiempo; y el tiempo pasaba tan dulce, y tan ligero á fuer de dulce; como dulce y lijera pasa por la imaginacion de cándida doncella, la primera seductora ilusion de amor.

La mañana antes de partir del castillo Fortun y su padre, se representaba en él una escena sencilla, pero sublime.

La escolta que acompañando á Hernan y Fortun habia ido, se encontraba formada en la plaza.

Las puertas del oratorio abiertas de par en par.

Toda la servidumbre reunida en la gran cámara que de antesala al oratorio servia; dentro del oratorio el anciano Sacerdote con las sagradas vestiduras; Flor del Valle, Fortun y Hernan, armado este último de todas armas, y los dos con los morriones puestos.

El libro de los santos evangelios aparecia abierto sobre el altar; seis velas ardian á los lados del libro, tres á la derecha y tres á la izquierda.

Reinaba en aquella estancia majestuoso silencio.

Todos estaban de pié, muy graves todos.

A una señal de Hernan se arrodilló junto al altar Fortun, que aunque cubierto con brillante armadura, sin espada iba; se llevó la mano izquierda al pecho, y colocando la derecha sobre los evangelios, fijó su mirada en el suelo.

Entonces el señor Sacerdote, que convulso por los años junto á él se encontraba, le preguntó con incierta voz:

—Fortun, hijo de Hernan, ¿jurais defender á Cristo y sus evangelios, con palabras y con obras?

—Juro: respondió Fortun.

—¿Jurais defender la pureza de la inmaculada Concepcion de María Santísima, madre de Cristo?

—Juro.

—¿Jurais verter hasta la última gota de vuestra sangre, antes que faltar á los principios que acabais de jurar?

—Lo juro; respondió Fortun con fuerza.

—Haciéndolo así, Dios os hará buen caballero en esta vida, y eternamente feliz en la otra.

El Sacerdote se retiró del lado de Fortun.

Fortun apartó la mano que sobre los evangelios colocada tenia.

Entonces Hernan se acercó á su hijo con una espada en la mano y le dijo hablando con gravedad:

—Cuando en la catedral de Oviedo, mi padre vuestro abuelo, me fizo prestar á la presencia del muy buen rey D. Alonso II, que en la paz de Dios descanse, el mesmo juramento, y en la forma mesma que ante nos, vos lo habeis prestado hagora; ciñó á mi cintura esta espada de muy buen acero, de la que para ello el rey le fizo regalo; con ella yo siempre fice grandes fazañas en el campo de moros; guardada despues para el primero de mis fijos, en mi castillo la tuve; é hagora que á vos la ciño, espero que donde quier que con ella batalleis, siempre alcanzareis triunfos, porque esta espada otra cosa facer no sabe, que segar laureles, para facer coronas de guerreros.

Y con brillante ceñidor de oro la prendió á la cintura de Fortun.

Fortun se levantó; pero en aquel instante se aproximó á él su madre, y con la suave, delicada voz que tanto la distinguia, le dijo conmovida:

—Hijo mio; espada á tu cintura tu madre no ceñirá; es bastante tu padre para enseñarte las leyes del honor; y bastante el corazon de su hijo para aprenderlas á una leve indicacion de su padre; pero escucha: muy niña era tu madre, cuando su madre

Doña Luz, le entregó este escapulario de la Inmaculada Concepcion de María, advirtiéndole que esta imágen seria en todo tiempo su guarda: así sucedió; ni en peligro me encontré que con bien no me sacara esta imágen, ni nada por su intercesion al cielo pedido hube, que el cielo no me haya concedido. Hoy que solo te entregas á la guerra, hijo mio; quiere tu madre coserla en tu almilla, para que en la azarosa carrera que vas á comenzar, esta efigie, que la suerte de tu madre veló, vele tu suerte.

Y levantando la cota, se la prendió á la chaqueta de grana.

—Cuando en lo mas encendido de la pelea te encuentres, Fortun; encomienda tu espíritu á esta vírgen, y ella coronará de laureles tu sien; pero si á Dios agradase poner fin á tus dias, muere con honor, y no olvides hijo de mi alma, que el último pensamiento de tu vida, se lo ofreciste á tu madre que te adora.

—Y para ella será; respondió Fortun con fuego: y madre é hijo se abrazaron conmovidos.

Flor del Valle, vertió ardientes lágrimas en el regazo de su hijo.

Todo aquel dia se dedicó á fiestas en el castillo de Castroverde; pero Flor del Valle estaba triste, y no era estraño, pues aquella tristeza la producia el pensar que su idolatrado hijo marchaba al dia siguiente á pelear contra moros.

Se habia hecho creer á Flor del Valle que la partida de Fortun se verificaria á las diez de la mañana; pero Hernan encargó á este que con cuatro caballos se alejara antes, y á la otra parte de los vecinos collados lo aguardase.

Así sucedió.

Al brillar la aurora rompió la marcha el jóven garzon, y al dirigir su última mirada al castillo, cuyas almenas y torres bañaba el primer rayo del sol, y donde acaso pensando en él, llorando quizá por él quedaba su tierna madre; no pudo contener dos lágrimas que de su corazon nacieron, y abrasadoras rodaron por sus mejillas.

Serian las ocho cuando Hernan entraba en la alcoba de Flor del Valle, á tiempo que esta salia de la cama.

—¿Para qué madrugas tanto? le preguntó Hernan.

-Para despedir á mi hijo; respondió Flor del Valle.

—Ya es tarde; vuélvete á la cama.

—¡Ha partido?.. exclamó Flor del Valle con acento acongojado.

—Como atañe á un guerrero; evitando impresiones.

—¡Hijo de mi alma!.. tornó á exclamar Flor del Valle, y despechada se dejó caer sobre la cama.

Entonces Hernan se acercó á ella; imprimió un beso en su frente y le dijo con cariño:

—Querida mia; ahora que afectada te encuentras por la partida de nuestro hijo, es buena ocasion para despedirme de tí: mi marcha no te conmoverá por que á ellas estas muy acostumbrada, y porque regresaré pronto. Adios, querida.

—Adios, Hernan; murmuró Flor del Valle.

Y abrazándose ambos esposos y besándose con ternura, se separaron.

Al despedirse Hernan de Blanca, y especialmente del anciano Sacerdote, les dijo á los dos:

—Cuidad de Flor del Valle.

—Deponed todo cuidado.

A las nueve se alejaba del castillo Hernan al frente de la escolta, y en medio de las muestras de sincero cariño que le daban los criados, Blanca y el anciano Sacerdote.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO



CAPITULO XIII.

LA BATALLA.

En la falda occidental del Moncayo existen dos pueblos distantes cuatro leguas uno de otro.

El primero se llama Agreda, el segundo Matalebreras.

Agreda es una villa de alguna consideracion, de aspecto sombrío; pero los restos de edificios que se conservan, revelan á la vista del arqueólogo la importancia que disfrutó antiguamente.

Está plantada en la misma falda del Moncayo, y á él debe la fria temperatura que disfruta, y los hermosos brolladores de agua cristalina que sus plazas, sus dehesas y sus jardines adornan.

Matalebreras es una aldea pequeña, miserable, separada cuatro leguas al occidente de Agreda, y por lo tanto del Moncayo; pero situada al terminar la ladera oriental de la sierra del Madero; y envuelta en los robles y encinas que de aquel monte hacen un inmenso, impenetrable bosque.

El terreno comprendido entre Agreda y Matalebreras, se compone de grandes llanuras, melancólicas, solitarias; y antes de que la carretera de Madrid á Francia las surcase por medio, visitadas

solo por el rústico pastor de vacas, ó por la inocente zagala de obejas y cabras, que al son de la zampoña de algun zagal tan inocente como ella, sus amores ó sus cuitas cantaba en las deliciosas mañanas de verano.

Aquí da principio la tierra de campos.

Por los años 848 á 850 de la hera de gracia, formaban estos páramos el centro de operaciones del gran moro Abu-Jahí.

No puede esplicar la historia cuál fuera el objeto de aquel caudillo de Mahoma, al reunir sus tropas en este punto; sin duda que, como el Moncayo separa Aragon de Castilla la vieja, y no lejos se encuentra de Navarra, se proponia el gran moro, ocupando aquel jigantesco y espeso monte, dominar los tres reinos ó condados, fundados recientemente por los ilustres caudillos cristianos, D. Rodrigo, Garci-Jimenez y Aznar (1). Sea de esto lo que quiera; porque enredarnos en tales consideraciones á nuestro propósito no atañe; lo cierto es, que en la época á que nos referimos, se abrigaban en aquel terreno grandes cohortes de musulmanes: el rey D. Ramiro envió tropas con objeto de hacerles desalojar tan ventajoso puesto; y Abu-Jahí pidió refuerzo á las alcudias y alcazabas mas notables que en aquellas inmediaciones se conocian.

Por esta razon, aunque por alguna otra tambien que no habremos olvidado, salió del castillo de Als-Jerib-Abu-Alhama, su Wali, el intrépido Alí-Ben-Mahomet-Even-Daldal; y por esto concurrió tambien á aquellos campos, ansioso de gloria y lleno de esperanzas el jóven Fortun, el hijo del valiente Hernan, el nacido y desarrollado entre las cámaras y jardines del pintoresco castillo de Castroverde.

Bello aspecto dice que ofrecia el campamento de los musulmanes con sus ricas tiendas de pieles; y no menos bello era el que presentaba el de los cristianos, con sus tiendas de lona azul y blanca.

No creamos que aquellos dos ejércitos se habian reunido alli

(1) Nota 15.

para celebrar una batalla decisiva, no; de ningun gran combate hace mencion la historia en aquellas inmediaciones; pero tanto en el reinado de D. Alonso II, como en el de su digno sucesor D. Ramiro I, fueron repetidos los choques ó escaramuzas que moros y cristianos tuvieron; y tan pronto el estandarte de la cruz arrollaba victorioso á la bandera de la media luna, como esta bandera perseguia triunfante al estandarte de la cruz.

De tal modo se hacia entonces la guerra.

En la refriega á que ahora nos referimos, se encontraban las huestes musulmanas contentas y entusiasmadas, porque el Walí de Als-jerib-Abu-Alhama iba por primera vez á hacer armas con ellos.

Este Walí disfrutaba un gran nombre entre los ejércitos de la media luna; no tanto por su valor, y pericia en el arte de pelear, que bien divulgados por la fama estaban ya, como por los ilustres progenitores de quienes era vástago.

Se perdia su orígen en la tribu de los mostaleichitas, acaso la mas antigua del Asia; descendia del gran Daldal, del que estuvo en el Kaibar, del que burló la sagacidad de la judia Casia, del que murió como un sábio, y enterrado se conserva su cuerpo en las cavernas de las montañas Gebel-el-Kamar, que se levantan allá... en las desconocidas regiones del nacimiento del Nilo.

Todas estas circunstancias, y la circunstancia principal de no haberlo visto hasta entonces el ejército de Abu-Jahí, daban á Alí una supremacía tal, que los guerreros musulmanes pasaban horas enteras contemplando de lejos su tienda, cuando su persona no podian contemplar.

Un dia por fin, dia claro y radiante, se avistaron los dos ejércitos; el cristiano y el musulman.

Alzó el primero con arrogancia la bandera de la media luna; alzó el segundo con orgullo el lábaro de la cruz.

Las trompas y adufes de los moros hirieron los aires; los clarines de los cristianos respondieron á aquel sonido; y en medio del inmenso griterío con que los antiguos rompian la pelea, comenzó la batalla.

Alí mandaba la caballería morisca; Fortun mandaba la caballería cristiana.

La refriega fué sangrienta; los soldados daban muestras de valor: las voces de los jefes, el ruido de las armas, los relinchos de los caballos, el eco de los clarines, los ayes del moribundo, la sangre de los cadáveres y las flotantes banderas, enseña entonces de Dios, mas y mas inflamaba el ya inflamado ánimo del soldado; mas y mas fuego daban á la asoladora tea que con voraces llamas devastaba aquellos campos.

Los cristianos vencian; el estandarte de la cruz arrollaba la bandera de la media luna; pero la caballería morisca salió como un rayo al frente de la caballería cristiana; y la sangrienta pelea cambió de aspecto.

Desde luego se observó en el jefe de la caballería musulmana decidido empeño en perseguir al jefe de la caballería de los cristianos; y el jóven Fortun, que tan denodado era, como valiente y aguerrido Alí; lejos de rehusar el encuentro con tan formidable enemigo, él mismo lo proporcionó.

¡Qué horror!.. mientras á lo lejos la infantería se bate en encarnizados grupos; mientras cargas y cargas repite la caballería, cubriendo el campo de cadáveres; y mientras los gritos de

—¡Viva María!..

—¡Viva el profeta!.. resuenan por una y otra parte.

Fortun y Alí, rodeados de algunos jefes, pelean solos; pelean con toda ley: y en singular batalla; convertidos en iracundos leones los dos jóvenes caudillos, fatigan sus corceles, esgrimen con brio sus aceros; y tajo con tajo paran, y el alfanje del moro mil y mil veces resuena vibrante en la tizona del cristiano, y moro y cristiano braman, y fuego despiden por sus ojos; y el uno piensa en su dama, y el otro piensa en su Dios; y los dos se temen, y se huyen, y se buscan, y con nuevo furor se acometen, siempre en vano; no siempre: movimiento repentino se observa en aquel grupo; el corcel del cristiano cae en tierra desjaretado por la vil destreza del moro.

¡Suerte indigna!..

Fortun es prisionero de Alí.

La caballería de ambos ejércitos que viene peleando, envuelve el desafío de sus jefes, y lo confunde en sus irritadas masas, que rujen cual mar embravecido, que un ruido profundo llevan en torno suyo, cual horrible, lejana tempestad.

La prision de Fortun hizo cambiar la suerte de las armas; el ejército moro arrolló y destrozó las falanjes de Cristo.

Concluyó la batalla, que en mal hora comenzado hubo para el estandarte de la cruz.

Los jefes del ejército vencedor, buscaron alegres al célebre caudillo Alí; para celebrar la victoria, y para felicitarlo por el valor y destreza que en la sangrienta lid habia manifestado: pero suceder ya no puede cosa alguna, que mas sorprenda el ánimo de aquellos cavilosos musulmanes, que la que sucedió entonces.

El Walí habia desaparecido. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Comenzaba el sol á reclinar su disco en el festonado horizonte del ocaso, y en las tiendas de pieles cantaba su triunfo el ejército musulman; mientras el cristiano, cuitas llorando en las suyas, levantaba á Dios sus humildes plegarias; cuando Abu-Jahí recibió un parte que abrió con presteza y lo vió firmado por Alí.

Hizo saber esto á sus alnahives, y todos escucharon con ansiedad aquella lectura.

El pergamino decia:

En nombre de Ala clemente y misericordioso.

Alí, Wali del castillo de Abu-Alhama; á Abu-Jahí, jefe de tierra de campos y de las haldas occidentales del Moncayo, salud.

En nombre del profeta, juntas han peleado nuestras huestes contra cristianos como sabeis; y como algunos de vuestros alnahi-

bes con sus ojos han visto, en singular batalla lidió nuestro alfanje con la tizona del jefe de la caballería cristiana, valiente y jóven capitan.

Pues entended, oh Abu-Jahí, y vuestro ejército tambien entienda para gloria del Profeta, que nuestras armas quiso guiar; que aunque por el polvo y torbellino de los guerreros; los vuestros alnahives que mi singular batalla presenciaron, no pudieron ver bien; el capitan cristiano quedó hecho mi prisionero de guerra.

Pero debiendo yo una víctima noble al Profeta, por el deber de sacrificarla que el Corán impone á todo musulman, á quien los cristianos matasen su padre, su hermano ó su pariente; á estas horas me dirijo con mis escuadrones al castillo de Abu-Alhama, mi emir, con propósito de satisfacer muy pronto la obligacion que desde mis tiernos años me impuso el Coran.

El Profeta os guarde, etc.

Si como hemos tenido lugar de ver, gran prestigio ejercia antes Alí en el ánimo de las tropas de Abu-Jahí; la victoria que sobre los cristianos en presencia de todos obtuvo; la prision del capitan de la caballería; la manera singular de alejarse del campamento; y el precepto de matar á un cristiano noble, que desde jóven le impuso el Coran; circunstancias fueron estas que á una altura inconcebible remontaron aquel prestigio. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Comenzaba una noche deliciosa de primavera; el castillo de Als-Jerib Abu-Alhama, se desplegaba lleno de majestad sobre el gran peñon que le sostenia.

Bella estaba la luna, brillantes las estrellas; el céfiro era suave, y en calma dormia la alcazaba.

Pero de repente el atalaya dió el grito de alarma; este grito se repitió al instante multiplicado por la voz de los centinelas; el castillo despertó de su sueño; los valientes musulmanes ocuparon

las almenas, y pronto se encontró aquella fortaleza en disposicion hostil.

Sin embargo; el atalaya volvió á dar el grito de paz porque á la luz de la luna descubrió que el escuadron que se acercaba, era el escuadron de Alí.

¡Ya recordará el lector la noche á que nos referimos!

Se encendieron mil faroles en las almenas, resonaron mil vítores en la fortaleza; y entre vítores y luces penetró en la alcazaba el orgulloso Walí, conduciendo en medio de sus escuadrones, un noble prisionero cristiano; que por su elegante traje, por sus gallardas formas, y simpático aire de melancolía, llamó la atencion de todos sus enemigos.

El cristiano fué aherrojado y preso en un calabozo.

Ahora que ya conocemos la historia y carácter de Fortun, comprenderemos á fondo, lo que aquel infeliz mancebo sufriria al encontrarse lejos de su castillo, lejos de sus padres, preso por os moros, y encerrado en una profunda mazmorra.

¡Dios de los justos; tomad en cuenta, que sus desgracias le son ocasionadas por defender la enseña de la cruz..!

CAPITULO XIV.

—

EL DESCONSUELO.

Ojala que la pluma pudiéramos abandonar antes de llamar la atencion sobre las escenas que en este capítulo nos vemos precisados á mencionar.

Indicarlas tan solo nos proponemos nosotros, que si á cantarlas fuera un digno vate, rotas quedarian las cuerdas de su lira... rotas por el dolor..!

La pérdida que los cristianos sufrieron en las haldas del Moncayo, circuló veloz por la córte de Oviedo; la prision del capitan Fortun, alarmó los ánimos; y todos temian poner tan infausta nueva en noticia de Hernan y Flor del Valle; pero no habia remedio: Dios habia querido que así sucediera, y todo lo que Dios hace, está bien hecho.

Basta; no penetreis, lectores, en el castillo de Castroverde.

El dolor cuando es profundo; el dolor cuando es verdadero dolor, no encuentra consuelo sino en las lágrimas que del alma se arrancan, y en la religion, que bálsamo divino vierte sobre el alma.

Si quien por estas líneas pasa la vista, es padre; concebir podrá lo que sufriria Hernan; y si la honra tiene de llamarse madre, estraña no será á las afecciones, que convertidas en candentes dardos de tres puntas, el corazon destrozaban de la tierna Flor del Valle.

¡Todo pasa en el mundo! y en Castroverde pasaron los primeros, mas acerbos momentos.

Una mañana... ¡Triste mañana! Formaban en la ladera del monte, donde nace el castillo, numerosas cohortes de valientes guerreros á pié unos, y á caballo otros.

En la plaza estaban reunidos los criados de la fortaleza, Blanca, el Sacerdote, Flor del Valle y Hernan... pero ninguna de aquellas fisonomías, eran las que antes habíamos conocido, todas se presentaban demacradas por la pena.

Hernan tenia en los brazos á Flor del Valle, á punto de desmayarse; y dirigiendo una mirada de leon, de leon acerrojado, primero á los guerreros, despues al castillo, y despues á su esposa; exclamó apretando á ésta contra su pecho:

—Adios, tal vez para siempre, Flor del Valle.

Al oir semejantes palabras Flor del Valle en aquella situacion tan crítica, quedó privada; y al observarlo Blanca y el Sacerdote la arrancaron de los brazos de Hernan; pero Hernan que frenético, despidiendo fuego en su mirada y estremecido por violentas convulsiones, no se apercibia de lo que pasaba á su alrededor, gritó tendiendo el brazo derecho hácia el castillo:

—Adios, cuna de mi infancia... Adios, dulce morada de mis pasadas venturas; no volveré á pisar tus umbrales, hasta que haya vertido tanta sangre musulmana, como sed de sangre abrasa mi corazon...

Y cubriéndose el rostro con una mano, y agitando con la otra el puño de la espada, echó á correr hácia los guerreros, que lo aguardaban montados.

Entonces el Sacerdote, Blanca y los pajes condujeron á su cámara, á Flor del Valle, que aun seguia desmayada. . . . . .

. . . . . .

Aquella mañana comenzó para el castillo de Castroverde una nueva era; era de soledad, de tristeza, de dolor...

Veinte dias hacia que Hernan habia abandonado las murallas de su alcázar, y veinte dias hacia que Flor del Valle estaba en cama, pero con un decaimiento tal, con una tal pesadumbre, que muy mal se opinaba de su salud.

Dia y noche se encontraba el anciano Sacerdote sentado en la cabecera de la cama de Flor del Valle; dia y noche pasaba Blanca sentada á los piés de la misma cama.

Mas á pesar de hallarse de contínuo juntas estas tres personas, que tan entrañablemente se querian, horas enteras se deslizaban sin que articulasen una palabra, á no ser para consolar á Flor del Valle, cuando los profundos sollozos ahogaban su pecho.

Ah!.. no era el Sacerdote quien menos padecia en aquella época de amargura; cuando celebraba misa y se volvia hácia el cuerpo del oratorio para dar la santa bendicion, no encontraba nadie que la recibiese; cuando se sentaba en la mesa de comer, veia desocupados todos los asientos, todos menos el suyo; y aquel santo prelado, levantando al cielo sus ojos cubiertos de lágrimas, repetia para sí las palabras de Jeremías:

—*Aténdite et videte si est dolor sicut dolor meus...*

Despues, cruzando las manos, decia con Jesucristo:

—*Domine: fiat voluntas tua...*

Se levantaba en seguida de la mesa, y arrastrando el peso de sus años se dirigia otra vez á la cabecera de Flor del Valle.

Una mañana que mas tranquila que de costumbre despertó esta, dijo al Sacerdote con languidez:

—Padre Osvaldo, durante la noche he hecho un voto á Jesucristo.

—Nada mas santo señora, respondió el Sacerdote, que todas nuestras acciones las encaminemos al servicio del hijo de Dios.

—Sí señor; afligida por la pena que mi corazon devora, pensando á cada instante en el hijo querido de mi alma, que en poder de los moros se encuentra... he ofrecido ir en peregrinacion á Santiago de Compostela, y en peregrinacion volver á este pa-

lacio; para que Dios, en premio de mi sacrificio, conserve la vida de mi hijo, aunque lejos de sus padres y cautivo el infeliz viva.

—A vuestro voto señora, queda desde este momento unido otro voto; juntos iremos á Compostela.

—Qué decis Sacerdote! yo no puedo consentir eso.

—Mi voto está hecho; vos no teneis autoridad para alzar un voto.

—Sois tan anciano...

—Y vos estais tan delicada...

—A mí me dará fuerza el amor de madre.

—A mí el hombre que murió en la cruz; y sobre todo señora, ¿quién es capaz de penetrar en los altos, inescrutables designios del Ser supremo? si una víctima hace falta para lavar alguna mancha que comprender no puede el hombre, sea yo esa víctima, señora; dejadme que muera en el camino. ¡Pobre anciano, de nada valgo ya; dejadme que muera, y acaso mi sangre ahorre la sangre de Fortun, y acaso de ese modo vuelva la felicidad á este castillo!

El Sacerdote escondió el rostro entre las manos.

Flor del Valle derramó acerbas lágrimas.

Instantes de sublime silencio se deslizaron entre los dos.

Luego dijo aquella:

—Mi voto va acompañado de otros varios.

—El mio reune las circunstancias que reuna el vuestro.

—Son algunas muy duras.

—Mas duros fueron los azotes que á Cristo por nosotros dieron; mas dura fué su caida en la calle de la Amargura; mas duro si, cincuenta veces mas duro fué el estremecimiento que sus divinos miembros esperimentaron, cuando de golpe dejaron caer en el agujero del Gólgota la cruz. Los tormentos, señora, se han hecho para los pecadores.

—Y como tal, yo los acepto; yo me abrazo á la cruz de Jesucristo.

—Y entre los dos la llevaremos hasta Santiago.

—Iremos con cilicios, con renuncia á toda amistad y parentes-

co; sin otro alimento que el que nos alargue la caridad pública; sin otro techo para dormir que ese cielo cubierto de estrellas.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Una mañana, antes de brillar la aurora, salian dos peregrinos por los puentes del castillo de Castroverde, y como el peregrino en todas partes es estranjero; á sus espaldas cerraron las puertas en silencio los criados de la fortaleza á aquellos seres, reflejo fiel del destino de nuestra alma en el mundo. ¡Pero ah!.. aquellos criados que con tanta severidad parecia que las puertas cerraban detras de los peregrinos, ¡cuántas lágrimas vertieron dentro de las murallas!! no podian mirarse los unos á los otros sin llorar... y Blanca, la cariñosa Blanca se moria de pena, se ahogaba á fuerza de sollozos junto al lecho solitario de su señora.

¡Qué dias tan amargos trascurrieron para el castillo de Castroverde!

La mañana siguiente á la sálida de los peregrinos, á la hora acostumbrada, se sentaron á almorzar en una misma mesa, pajes, criados, y con ellos Blanca.

Todos estaban muy tristes, silenciosos todos.

Algunos se llevaron la cuchara á la boca; mas al observar que Blanca con los brazos cruzados continuaba, le dijo un paje:

—¿No comeis, Blanca?

—No puedo, contestó Blanca.

Todos fijaron en ella su lánguida mirada.

—¿Qué teneis? repuso el mismo paje.

—Estaba pensando... murmuró.

Las lágrimas no le dejaron continuar.

—Estaba pensando, que mientras nosotros aquí nos sentamos en abundante mesa, acaso Flor del Valle y el Sacerdote no hayan encontrado á estas horas, quien les dé un pedazo de pan para desayunarse!..

Palabras fueron aquellas, que oculto misterio envolvian sin

duda, porque tan luego como de los lábios de Blanca salieron, pajes y criados fueron víctimas de una profunda emocion; todos abandonaron el cubierto; los unos dejaron caer la frente sobre la mesa, y los otros se retiraron llorando á sus respectivos departamentos.

Mas adelante, aquellos fieles sirvientes reunieron un fondo de sus ahorros para socorrer á los pobres de las aldeas vecinas, con objeto, de que aquella caridad que ellos ejercian allí, la encontraran los dos peregrinos en los paises estraños por donde caminaban.

De este modo pasaron cinco meses.

Una noche oscura sonaron en el rastrillo dos humildes golpes; acudieron allí corriendo los criados, se apercibieron en efecto de que eran los peregrinos aunque muy demacrados estaban; y rebosando alegria, trataron de lanzarse á ellos; pero ellos los contuvieron; y con la mansedumbre conque un pobre en palacio estraño entra cuando se lo permiten, se dirigieron al oratorio; se arrodillaron delante del altar, y mientras algunas lágrimas, tal vez de júbilo, se desprendian de sus ojos, oraron largos momentos con fervor.

Despues, el Sacerdote y Flor del Valle, se quitaron los trajes de peregrinos en la sacristia, donde se los habian puesto, cogieron los suyos y saliendo del oratorio se lanzaron ambos á los brazos de los pajes y Blanca, que ansiosos los aguardaban.

Hijos mios, les dijo Flor del Valle á todos, inclusos los criados, ¡cuán triste es para mí este tierno recibimiento que me dispensais... porque aqui falta mi Hernan; porque aqui falta mi Fortun!...

Flor del Valle se dirigió á su habitacion, el Sacerdote á la suya; y muchos dias estuvieron los dos en cama.

Entre los curiosos lances que de la peregrinacion de nuestros héroes se contaba, era uno el siguiente:

Decian, que sentados los dos peregrinos una mañana calurosa debajo de una higuera, que á la orilla del camino nacia, estaban comiendo á la sombra de aquel árbol un pedazo de pan, seco ya,

porque de la limosna del dia anterior era; cuando sintieron acercarse un numeroso escuadron de caballería; y entre el polvo que al trotar los corceles levantaban, reconocieron á Hernan, que mandando aquel escuadron pasaba.

Hernan ni los miró siquiera; y ellos como á todo parentesco y amistad habian renunciado durante la peregrinacion; no pudieron llamarlo sin faltar á su voto; pero muy conmovido quedó de aquel lance el anciano Sacerdote, y amargas lágrimas vertió en silencio Flor del Valle.

Entre tanto, convertido en rayo de Dios Hernan, y guiada su espada mas bien que por su brazo, por su ira y por su sed de venganza, segaba en las batallas las cabezas de los moros, como en agosto, del trigo las mazorcas siega con afan avaro labrador.

Su nombre resonaba imponente en las córtes de Granada, de Sevilla y de Córdoba; él corrió con su ejército los reinos de Castilla, Aragon y Navarra, y por do quier sus huestes entraron, orgulloso tremoló el estandarte de la cruz, y hecha giras á huir se vió precisada la bandera de la media luna.

Hernan vencia; nuevos laureles orlaban sus sienes; pero Hernan despreciaba los laureles: lo que su corazon buscaba ni en batallas ganadas, ni en alcudias tomadas, no lo encontraba Hernan.

De este modo continuaron por mucho tiempo las cosas relativas al castillo de Castroverde.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



BIBLIOTECA NUESTRA SEÑORA DEL MONTE

PARTE TERCERA.

AMORES, RELIGIONES Y ENCANTOS.



CAPITULO I.

LAS BODAS DE ZAHRA.

Hora es ya de que volvamos al castillo de Als-jerib, Abu-Alhama del que nos separamos en una noche importante. El Wali envió un parte al Emir haciéndole saber que su juramento estaba cumplido, y que nada podia en consecuencia oponerse á los deseos. que lo animaban de unirse con la hermosa Zahra.

Esta noticia publicada en el castillo alborotó los ánimos; se entusiasman los guerreros, y los vítores resuenan por do quiera.

El Alcaide tiene empeño en aumentar la fiesta; y en la alcudia de Als-jerib, todo es placeres, alegria es todo.

No; Fortun gime despechado en su cámara; Zahra vierte en la suya lágrimas de amargura.

Brilló la aurora.

La aurora en el castillo de Cervera, hoy que entre ruinas pinta sus arreboles es melancólica; entonces que sobre flores, sobre valientes murallas y cristalinas fuentes esparcia su fulgor.

era un momento supremo; encantador momento de matices, de frescura, de perfumes, de armonía...

El Alcaide madrugó; madrugaron los guerreros, y dentro y fuera de las murallas no se veia otra cosa que trabajadores, preparando el campo para la fiesta; y gente contemplando estasiada tan faustos preparativos.

El castillo estaba en un contínuo movimiento; y cerrado el Emir en su cámara gozaba en las delicias que su hija iba á disfrutar.

Fortun, en vela toda la noche, y víctima de febriles aberraciones, luchó largos instantes con encontradas fuerzas, y por fin se resolvió á partir.

—Si; se dijo á sí mismo respondiendo á su acalorada imaginacion; al retirarse del baño la Princesa me despediré de ella, y marcharé en busca de mis queridos padres.

Fortun salió de su cámara.

Cuando pisó la plaza, se asustó al ver aquel aparato, aquel aparato que le robaba su amor, sus delicias, sus esperanzas, su vida...

Melancólico, abatido, avergonzado, se sentó en un grupo de rosales, de los que formaban las espalderas de aquel delicioso paseo de arena regada, que desde la plaza conducia al baño de la Princesa; se sentó allí, esperando que del baño saliera Zahra para darle su última despedida.

¡Ay jóvenes que estas páginas leeis...! ¿sabeis lo que es dar el último adios á la persona á quien se adora? ¿sabeis lo que es tender la última mirada sobre las paredes, sobre los jardines, donde largo tiempo hemos vivido con el objeto de nuestro cariño? mas quisiera, hermosas niñas, que el alma arrancara la muerte de vuestro cuerpo, que en tan acibarada situacion llegaseis á encontraros.

Fortun, el pobre Fortun atravesaba tan amargos instantes; amaba como garzon alguno amar no podia; gratas ilusiones se habia ormado acerca de su amor, y en un momento las ve desplomarse todas bajo el aspecto severo de un desengaño cruel.

Oculto continuaba entre las flores; y las flores exhalaban sus perfumes, y los pájaros trinaban, y el ambiente soplaba con dulzura; pero Fortun ni de perfumes, ni de trinos, ni de ambiente se cuidaba, porque dura pena sofocaba su pecho.

Impaciente en una agonía cruel, aguardaba que Zahra saliese del baño, y Zahra no podia salir porque no habia entrado.

Zahra, la inocente, la pura, la ideal; sin perder estas virtudes adquirió resolucion con el amor, y como tan apasionada se encontraba de Fortun, como Fortun de ella lo estaba; despues de arrostrar una noche penosa en tal grado, que las rosas de sus mejillas apagó; que mató el carmin de sus lábios, y desvanecer pudo la hechicera sonrisa que en ser angelical la convertian; se decidió por fin á lo que su corazon le dictaba, y trató de librarse de la eterna desgracia que veia amenazarle.

Duro, muy duro era el partido que iba á tomar; pero á ello le obligaba la fuerza de las circunstancias.

—Sí; murmuró en sus adentros; te haré ver cristiano, cuanto te ama una mora.

Zahra pegó con su martillo de plata en un muelle de acero, é inmediatamente se abrió la puerta de la cámara, y se presentó en ella un eunuco con la cabeza inclinada.

—Que suba mi ayo; dijo la Princesa.

El eunuco inclinó mas la cabeza, y andando hácia atrás se retiró.

Cinco minutos despues apareció en la entrada de la cámara el anciano Als-far; dejó caer los brazos, dobló un poco la frente y fijó su mirada en el suelo.

Aquel anciano era respetable, su traje elegante, su barba blanca le cubria el pecho.

—Entra Als-far; le dijo la Princesa, y siéntate á mi lado.

—¡Señora...! exclamó el moro levantando la vista, y haciendo un movimiento de sorpresa.

—Siéntate á mi lado, pues árduas cosas tengo contigo que conferenciar.

El ayo avanzó cuatro pasos siempre en ademan respetuoso.

—Depon todo miramiento, prosiguió la hermosa Princesa, y siéntate junto á mí; ahora no vas á ser mi ayo, vas á ser mi amigo, mi confidente.

—Señora... nunca tal honra mereció vuestro esclavo.

Como Als-far no se atrevia á dar un paso ni á hacer el mas leve movimiento, le presentó Zahra dos cojines, y el ayo se sentó por fin; pero estaba anonadado.

—Vas á prestarme un servicio para mí muy importante; le dijo la Princesa; ¿lo harás con gusto, y con el sigilo que su importancia requiere?

—Señora; si para ello fuese necesaria mi vida, aquí teneis mi cabeza, disponed de ella como os agrade.

—No; no te espongo á ningun riesgo, pero necesito una persona de confianza, y nadie lo es para mí cual tú en el castillo; voy á depositar un secreto en tu lealtad.

—¡Ay señora! exclamó el moro conmovido y levantando las manos: los honores de que me colmais esta mañana me tienen estasiado: pero bien haceis, oh Princesa, de no confiaros á nadie sino al anciano Als-far; porque nadie os profesa un afecto mas verdadero que él. ¡Ah! cuando erais niña, cuando vuestra lengua no pronunciaba todavia una sola palabra, yo... yo os estrechaba entre mis brazos, y á una caricia mia sonreian vuestros lábios con la inocencia de un ángel... despues crecisteis, señora; vuestra hermosura cautivó á los nobles musulmanes, os hicisteis el objeto de todas las atenciones, é insensiblemente os habeis ido separando de mí y debilitándose nuestro trato; mas no por eso se ha debilitado el cariño que Als-far os profesa: cuando os miraba hecha la diosa de nuestros jardines y de nuestras murallas... ¡cómo gozaba el anciano Als-far oculto en un rincon, recordando la alegría con que en otro tiempo mas dichoso para mí, respondiais á los halagos conque entretenia vuestra infancia!... ¡ay señora! cuántas veces he rogado en silencio al gran Alá por vuestra salud; y cuántas he invocado el nombre del Profeta por vuestra felicidad!...

En el rostro del ayo se veian las muestras de un gozo interior que no podia ocultar.

—Hoy os volveis á acordar de mí, continuó mas enagenado; y mi pecho se siente rejuvenecer de júbilo; permitidme, permitidme oh Princesa, en último premio de mis desvelos, que el anciano Als-far os preste ese servicio...

El ayo se hallaba en estremo conmovido, y Zahra correspondia á tales sentimientos.

—No: dijo esta; nunca me he apartado de tí, nunca te he olvidado, y la mejor prueba de ello es, que en la primera necesidad que me ocurre, á tí es á quien acudo.

Als-far hizo una profunda cortesía.

—Oye, tú que tanto me amas, te vas á compadecer de mi, porque sufro mucho.

—¡Vos, señora!.. exclamó el moro.

—Yo. Hace dias que no duermo; hace dias que el sol no tiene luz para mis ojos, ni aromas para mi olfato las flores; hace dias que Zahra es desgraciada.

—¿Y quién puede labrar la desgracia de Zahra? exclamó Als-far, encolorizándose.

—Alá.

El anciano ayo hizo una profunda cortesia, y encogiéndose de hombros, guardó silencio.

—Alá; prosiguió Zahra conmovida, Alá que manda en los corazones de la criatura y que á su gusto los inflama con el fuego que á su voluntad place.

—Asi es la verdad; respondió el moro.

—Pues bien; el mio lo ha inflamado con un fuego voráz, que resistir no puedo; y mientras el castillo se agita y hierve preparando fiestas para solemnizar mis bodas con Alí; Als-far, no te asustes, yo amo á otro hombre.

—¿A otro? exclamó Als-far, llevándose las manos á las sienes en ademan de profunda sorpresa, porque algo comprendia de lo que entre sombras se le queria dar á entender.

—Lo amo con delirio, ¡triste de mí! lo amo con un amor que solo en el sétimo cielo puede existir...

Als-far hizo un movimiento de duda, de sorpresa, de dolor.

—Yo hubiera callado... prosiguió Zahra; yo hubiera reprimido mi corazon, y vertiendo lágrimas en mi cámara, hubiera dejado deslizarse minuto por minuto mi azarosa existencia... pero hoy me obligan á casarme con Alí; esas fiestas, ese ruido me lo dicen; y yo, que valor hubiera tenido para vivir separada del hombre á quien idolatro; no lo tengo, no, para vivir unida á otro: es necesario Als-far, que esto sepa mi padre, es necesario que comprenda, que su hija ama... ¡ah! me aterra el pronunciar su nombre; ¿no comprendes Als-far á quién adoro?

—Lo comprendo, señora, lo comprendo; amais á Fortun.

—¡A Fortun amo!..

Zahra se cubrió el rostro con las flotantes puntas de su manto.

Als-far, fijó la vista en el suelo.

Entre aquellos dos séres trascurrieron algunos minutos de silencio.

—¡Callas! murmuró Zahra mirando á su ayo.

—¿Qué quereis señora, que yo os diga?

—Lo que piensas á cerca de mi situacion.

—Guay de mí... yo no debiera desplegar ante vos mis lábios; pero me habeis dicho que hoy soy vuestro amigo, vuestro confidente, y usando de esta honra, me atrevo señora á dolerme, de lo que me habeis referido.

—¡A dolerte!..

—¡Es un cristiano!..

—En las noches de encantado placer, que junto á él he pasado entre las flores de mis jardines...

El ayo levantó los ojos al cielo.

—Me ha jurado que el dia en que nos casemos, una misma será la religion que nos una.

—No seria mejor, oh Princesa, que fiar en juramentos de cristianos, que vos trataseis, de borrar del pecho esa pasion?

—Imposible; exclamó Zahra estremecida. Antes de que tal cosa me aconsejaras tú, habia yo procurado hacerlo.

—¿Y no habeis tenido fuerza para ello?

—Ni mujer alguna hay, que fuerza tenga para resistir la mágia de sus palabras, Als-far; en todas partes lo veo; á todas partes su imagen va conmigo, porque su amor germina dentro de mi corazon... Sí; lo amo y otro remedio no hay para tu desgraciada señora, que morir ó sucumbir á su amor... ¡Oh grande Alá!.. por qué condujisteis mis pasos á su calabozo!..

Zahra se echó á llorar abiertamente.

—¿Por qué llorais, señora? le preguntó Als-far asustado; ¿por qué llorais?

—Porque sola me veo en mi desgracia; porque tú condenas mi amor...

—No lo condeno.

—Porque el Emir maldecirá su hija.

—No la maldecirá.

—Sí la maldecirá, exclamó Zahra con languidez; porque su anciano corazon no recuerda ya los estragos que el amor ocasiona; la maldecirá, porque no sabe el divino poder que tienen las palabras del cristiano; la maldecirá, Als-far, porque mucho le agrada que me una al Walí.

—No la maldecirá, Princesa; porque yo le haré saber cuanto á la verdad y á vuestra dicha atañe; porque yo le rogaré que en consideracion tome los tormentos que pasais; y yo, yo que por vuestro amor hácia el cristiano, pena sufro; yo haré ver á vuestro padre, que la mano del grande Alá ha designado este matrimonio.

—Díselo Als-far; y díle tambien, que el cristiano abrazará mi religion, y díle que se compadezca de su hija que á su padre ama, mas que al suyo amar puede Princesa alguna en la tierra.

Als-far se levantó.

—¿Esperais aqui á vuestro esclavo?

—Aqui esperaré.

—El Profeta os guarde.

—Alá guie tus pasos.

Als-far salió de la cámara de la Princesa; y la infeliz Princesa,

tierna paloma, cautiva en las redes del amor; se dejó caer sobre los cojines, ahogada por los sollozos que brotaban de su pecho.

Entre tanto, el castillo se iba animando por grados; ya comenzaban á escucharse las orquestas y los vivas que el ejército dentro de las murallas y el pueblo fuera, dirigian al Walí, y á su prometida la hermosa, la sin par Zahra.

El infeliz Fortun, continuaba entre los rosales aguardando que la hija del Emir saliera del baño, pues aunque ya comprendia que mucho tardaba, no se resolvia á alejarse, porque ningun dia habia faltado á aquel lugar.

El ejército vistió de gala para recibir al ilustre Alí, que llegaba al castillo al espirar la tarde de aquel mismo dia.



CAPITULO II.

EL PADRE Y LA HIJA.

Mientras Zahra sostenia con Als-far la conversacion que hemos escuchado, estaba el Emir encerrado en su cámara; los ojos cerrados, reclinada la cabeza sobre cuatro cojines de terciopelo, las ventanas entornadas; y la luz ténue que penetraba por ellas hacia mas voluptuosa la estancia en aquella habitacion.

Las gruesas mangas de perfumería exhaladas por los pebeteros que ardian junto á él, y la pipa que acababa de caérsele de los lábios, le habian escitado el sueño; y Abu-Alhama se encontraba dormitando.

En ese momento de placer, en ese crepúsculo agradable entre la vida y la muerte; en ese dulce sopor en que el alma vuela mas desembarazada por el campo de sus creaciones; venian á arrullar el sueño del Emir, mil concepciones vagas y confusas, brillantes y vaporosas como la luz de un meteoro, pero que deleitaban su corazon.

Entre las quimeras del insomnio veia alzarse un imperio á su pies; veia millones de guerreros proclamarlo por su jefe, y todos

rendir su rodilla ante la hermosura de una vírgen benigna, plácida, ideal; que era su hija, que era su querida Zahra.

El ruido de las armas, el barullo producido en el castillo y que lejano llegaba á sus oidos, daba alguna realidad á sus visiones, y gozando de este modo entre lo cierto y lo incierto, entre la verdad y la mentira; cada segundo que pasaba iba alejando de él sus imágenes; iba debilitando sus colores, y aumentando el decaimiento de su cuerpo; porque un sueño dulce iba embargando sus sentidos, hasta que arrullado por tales halagos se quedó dormido.

Entonces pegaron dos golpecitos en la puerta de la cámara, y el Emir levantó la cabeza asustado, como todo el que despierta de repente.

—¿Quién? preguntó casi sin abrir los ojos.

—Vuestro esclavo Als-far.

—Adelante.

Als-far jamás era detenido cuando se dirigia á la cámara del Emir; porque como ayo de la Princesa, siempre se presentaba enviado por ella, lo que hacia que Abu-Alhama no solo lo recibiera con gusto en cualquiera ocasion, sino con anhelo.

Als-far entró en la cámara, silencioso, y con la cabeza inclinada.

—¿Qué ocurre á mi hija? dijo el Emir frotándose los ojos.

Als-far no respondió.

—¿Qué ocurre á mi hija? volvió á decir mas fuerte, y algun tanto alarmado.

—Señor, contestó Als-far sin levantar la cabeza; Mahomet era un sabio.

—Als-far, te pregunto por mi hija, ¿á qué traes ahora á Mahomet?

—Lo traigo para que al Emir no sorprendan las palabras de su esclavo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que las profecias que Alá dicta al espíritu del sabio, siempre son ciertas.

—Esplícate.

—Señor; la profecía de Mahomet se ha cumplido.

—¿Cómo? exclamó Abu-Alhama incorporándose agitado y dando un grito de horror, ¿qué fatídico sentido envuelven tus palabras?

—Tranquilizaos, señor, repuso Als-far apresurado y tendiendo la mano; vuestra hija mi Princesa vive, y vive mas hermosa que nunca; no os asusteis; la profecía del Mago no dice espresamente que haya de morir; leedla, señor.

—¡Ah! la tengo muy presente, la tengo grabada en mi alma-

—Señor, leedla.

—No te entiendo Als-far...

—Ha llegado la hora de que alceis el velo negro que la cubre.

El Emir con la mano convulsa y rostro pálido; descolgó veloz el marco que pendia de un colmillo de jabalí, hincado en una de las paredes de la cámara.

Tembló al tocar dicho marco por vez primera despues de diez y siete años, y teniéndolo á luego en la mano izquierda y levantando con la derecha el paño que lo cubria, leyó el último período á presencia de Als-far, que derecho, inmóvil y con la cabeza baja permanecia á su lado.

Decia asi:

¡Anatema! en lo mas florido de su juventud, será víctima del dardo emponzoñado conque le atravesará el corazon la intrepidez de un cristiano.

—Pues, bien, dijo Als-far mirando al Emir; un cristiano ha atravesado á la Princesa el corazon con un dardo emponzoñado.

—¿Ha muerto mi hija?

—Lejos de vos tal idea.

—Pues esplícate, Als-far, que no te comprendo; gritó el Emir sofocado.

—Me esplicaré, señor; el dardo conque la ha herido estaba emponzoñado de amor.

Abu-Alhama quedó estático; no sabia qué decir, ni qué pensar:

—Ahora ya penetro todo lo que acaba de suceder á mi hija; gritó luego.

Despues de un instante de silencio, en que presentó en las diferentes fases de su rostro las diversas aberraciones que cruzaban por su interior, y en que Als-far, hecho una estátua continuaba á su lado, quieto, con los brazos caidos y la vista en el suelo; volvió á gritar furioso y apretando los puños.

—Fortun... Fortun, te atreves á levantar tus deseos hasta la hija del Emir?.. ¿y tú, Zahra, tú vendes á tu padre... tú manchas tu religion introduciendo en ella la cruz?..

—Señor, exclamó Als-far tomando el brazo del Emir que se agitaba con violencia; apaciguaos por Alá; no hay tal cosa; Fortun ha jurado ser musulman cuando se una á la Princesa...

—¡Guay de mí!.. son engaños con que ha seducido el corazon de mi hija; no conoces Als-far la intencion de los cristianos; y le apretaba la mano: ¡Zahra!.. prosiguió mas abatido y como enajenado; ¡Zahra!.. ¿olvidas á tu padre, huyes en los brazos de un cristiano, y me dejas solo en este castillo?.. ¿así pagas, ingrata, diez y ocho años de privaciones que he sufrido por tí; así pagas diez y ocho años de un amor vehemente?.. ¡Ah! prosiguió recayendo en su primitivo furor; castigaré cristiano tu osadía, y castigaré Zahra tu debilidad...

—¡Castigar á Zahra!... prorumpió Als-far, arrodillándose á sus piés y besándole la mano: ¿qué pronunciais señor?... se os ofusca la razon?... Zahra es tan pura como siempre...

—Si... hoy mismo probarás la furia de un padre airado... hoy mismo probarás la furia de un padre despreciado... ¡despreciado!... repitió con acento dolorido.

—Tranquilizaos señor, repuso Als-far entre angustias, y escuchad mi lengua que la justificará con palabra de verdad. No; no es ingrata; no es infiel á su padre la Princesa: os ama mas que nunca; os ama con delirio, y se somete resignada á vuestra voluntad; todo, todo, hasta ese amor que la devora lo sacrificará gustosa á vuestra dicha.

—¡Todo lo sacrifica á mi dicha!...

—Todo, hasta su propia vida; y si se atreve á pediros este permiso, es porque Fortun le ha jurado que será una misma su religion cuando se casen.

Abu-Alhama guardó un minuto de silencio.

Desapareció de repente el bermellon de sus megillas, y sus lábios se presentaron lívidos.

—Fortun... murmuraba á luego entre dientes, el hijo de Hernan ha prestado un juramento... Hernan era noble... no; su hijo no debe mentir.

Semejante reflexion, serenó algo su espíritu, y Als-far que leyó en su frente esta serenidad, aprovechó una ocasion tan oportuna para prestar un servicio á su Princesa.

—Señor... comenzó á hablar, todavia de rodillas; pero el Emir lo interrumpió diciéndole:

—Alza Als-far.

Despues que se hubo levantado prosiguió:

—Dime ahora lo que quieras.

—Os diré solo lo que debo; oh mi señor: no encuentro á la verdad motivo para que os alarmeis de esa manera; vuestra hija permanece mas sumisa á su padre, mas cariñosa que nunca: el cristiano que la ama es hijo de Hernan, de un valiente y generoso soldado á quien vos mismo, Emir, nos habeis hecho conocer á todos los del castillo; cuyo nombre vos mismo habeis ensalzado mil veces; el hijo de Hernan ha jurado abrazar el Islamismo, y ¿qué mayor gloria por otra parte para vos que enriquecer vuestra religion con un cristiano tan célebre, y vuestra patria con un guerrero tan intrépido?.. ¿quién sabe si Fortun es el principio de las conquistas que el castillo de Cervera se dispone á hacer en los impenetrables campos del Norte?..

—Me vas tranquilizando Als-far; vas volviendo á mi pecho la calma que hace poco le has robado: mira, cuando te has llegado á mi cámara estaba yo dormitando; no sé que soñaba que me tenia entretenido con placer, y en aquella situacion la noticia inesperada que me has dado de repente, me has trastornado, me ha

sacado de mi estado normal; y no estrañes este frenesí, Als-far, quiero tanto á mi hija... ¿por quién he abandonado la celebridad que me esperaba en la córte de Abderramen sino por ella? ¿Por quién sino por ella me he cerrado en este castillo solitario? La primera idea que se me ha presentado al darme tú la noticia, ha sido la de mi hija entregada á los brazos del cristiano, huyendo por esos mundos sin acordarse de su padre que la idolatra... pero no; ahora conozco que mi hija es muy inocente, conozco que mi hija no puede abandonarme: ¡ah! todo ha sido un error, ha sido un delirio.

—Si señor, un delirio; una aberracion del sueño: humilde espera en su cámara la contestacion de su padre para someterse á ella sea cual fuere.

—¡Infeliz! dijo Abu-Alhama sonriéndose: si aunque ama á Fortun conserva todavia en su corazon una ráfaga de cariño para su padre, yo mismo protegeré su matrimonio: Fortun es muy noble, y hecho musulman será el honor de mi castillo. Pero, ¿y Alí?

—Señor; á Zahra no la liga con él ningun compromiso.

—¿Ninguno?

—Ninguno. Zahra no ha amado jamás á Alí, y se halla apasionada de Fortun. Atended únicamente á su felicidad. Además, oh Emir, el matrimonio de Zahra y Fortun tiene que ser dichoso: ¿no anunció este enlace en su profecia el sábio Mahomet hace diez y ocho años..? y si lo anunció, no fué por haberlo leido en el cielo de las estrellas? prosiguió levantando en alto el brazo; ¿en el libro del destino, donde estaba escrito desde la eternidad por la omnipotente mano de Alá?

—Abu-Alhama y Als-far doblaron la cabeza con respeto al pronunciar la palabra ALA.

—Demasiado lo sabeis señor, todo lo que Alá escribe es bueno; y este matrimonio está escrito por Alá.

Los dos moros volvieron á inclinar la cabeza.

Despues de un segundo de silencio, dijo el Emir al ayo.

—Mucho te agradezco Als-far, el interés que te tomas por mi hija; ¿pero puedes asegurarme que me ama tanto como me amaba

antes de conocer á Fortun? Ahora veo que tambien el corazon de un padre es celoso.

—Puedo asegurar mas señor; puedo aseguraros que hoy es mas tierno que nunca el cariño que os profesa.

—¡Ah! exclamó el Emir lleno de alegria: no puede menos, mi Zahra es un ángel; anda Als-far, dile que suba al momento, y que suba con Fortun, deseo verla, deseo abrazarla.

—Señor, está sola y acongojándose en su cámara.

—Pues llámalo y que la acompañe; quiero que los dos se presenten en mi cámara.

Als-far hizo una cortesia y salió al instante.

—Sí; murmuraba el Emir en sus adentros abriendo las ventanas de sándalo; el padre de Fortun me volvió mi vida que tenia suspensa en la punta de su espada; volviéndome mi vida me volvió mi hija, que hubiera perecido sin mí: y si ahora la quiere á ésta su hijo, ¿hé de negársela yo? no: Als-jerib es tan generoso como Hernan. Bien, á dicho Als-far; Alá tiene escrito el enlace de Fortun con Zahra desde la eternidad; Mahomet lo predijo en nombre del Profeta: la manera tan particular en que mi hija se ha enamorado del cristiano es otro aviso del cielo; sí, Zahra; si lo amas, te unirás á Fortun; ¿qué me importa á mí que el pueblo victoree sus bodas con el Wali? Cuando yo lo mande, el pueblo callará; pero, ¡qué feliz seria tu padre hija mia... si despues de casada conservaras para él un resto de cariño en tu pecho!...

Cuando Zahra, que lánguida esperaba en su cámara la resolucion de su padre, vió entrar á Als-far risueño, y escuchó las gratas nuevas de que su ayo era portador, sintió estremecerse su corazon de júbilo, y este júbilo se pintó en su semblante con las tintas de la mas fresca hermosura.

—Ve Als-far; dijo cuando éste hubo acabado de hablar; busca á Fortun y hazle saber que lo espero, y tú aguárdame en la antecámara para que nos acompañes á la cámara del Emir.

El ayo hizo una profunda cortesia y salió de la habitacion.

Cuatro minutos despues se presentaba en aquella cámara For-

tun, y la puerta se cerró á su espalda, cual si una mano estraña hácia sí la tirara con modo desde fuera.

Zahra sonreia con la dulce sonrisa que deben los ángeles sonreir en el Paraiso.

Fortun estaba pálido, triste, demudado.

—¿No te ha dicho nada Als-far? le preguntó Zahra.

—Que me llamabais; respondió Fortun.

—¿Nada mas?

—Nada mas; pero el silencio de Als-far no os alarme Princesa; porque todo lo comprendo; y por lo tanto os evito el disgusto de ponerlo en mi noticia.

—¿Sí? preguntó Zahra con gracia sin igual.

—Sí; contestó Fortun con melancolia: largo rato he estado aguardando entre los rosales del paseo, que salierais del baño, para deciros, que siempre noble el hijo de Hernan, parte de vuestro castillo esta misma tarde.

—Ahí verás cristiano; y yo te he mandado á llamar para hacerte saber, que deseando el Emir de esta alcazaba, el contento sembrar en el alma de su hija, y la nobleza de Hernan apreciando mas que los triunfos de Alí; conviene en concederte la mano de su hija.

—¡Zahra! exclamó Fortun poniéndose encarnado como la grana.

—Qué... ¿te estraña?

—¿Será posible?

—Contarte deseaba prosiguió Zahra sonriéndose con dulce intencion; el cuento de una hermosa griega, que una cierta noche me contó á mi un garzon; pero mi padre nos espera, y no es justo que le hagamos aguardar.

—¿Vuestro padre? exclamó Fortun.

—Si; el Emir, que quiere que juntos cemparezcamos los dos ante su presencia.

—¿Y vuestros compromisos con el Walí?

—Por mi parte nunca los he tenido.

—¿Y esos vivas que lanza la alcudia?

—Vamos á ver á mi padre.

Dijo Zahra levantándose y ajitando con gracia su manto, su velo, y las negras, finísimas trenzas de sus cabellos.

Cuando los dos jóvenes abrieron la puerta de la cámara, encontraron al anciano Als-far que los aguardaba, y los tres se dirigieron á la cámara del Emir.

Pero Fortun iba anonadado.

Continuaba el Emir con los ojos fijos en el suelo entregado á sus reflexiones, cuando sintió en las escaleras el majestuoso ruido que producia la armadura del cristiano; levantó la cabeza, y se encontró en los brazos de su tierna hija, que sonriendo con gracia, mientras dos brillantes lágrimas corrian por sus megillas, se dejó caer en su regazo.

—¡Hija mia!..

—¡Padre querido!..

Fueron las únicas espresiones que el afecto les dejó pronunciar.

Fortun permanecia derecho, y Als-far un poco mas retirado.

—¿Con qué me amas como siempre? preguntó el Emir tendiendo el brazo por los hombros de la Princesa.

—¿Qué otra cosa puedo yo hacer que amaros padre? ¿qué otros halagos que los vuestros he recibido en mi vida?...

—Sí, hija mia; por tí; solo por tí he huido de la córte, y solo por tí me he cerrado en este castillo olvidado del mundo. Estas cámaras, estos jardines, todo el lujo y boato que aquí se despliega, ya lo sabes hija mia, solo por dulcificar tu juventud han sido buscados.

—Lo sé padre; pero tambien vos sabeis que entre tanta delicia solo vuestro afecto, solo vuestros halagos me han proporcionado momentos de placer.

—Fortun; dijo entonces el Emir con solemnidad, sentando junto á sí á Zahra: ¿amas á mi hija?

—Señor, contestó Fortun doblando la rodilla; fijad en ella los ojos y conocereis si es posible verla una vez y no amarla: por otra parte ¿á quién debo la vida? añadió inflamado con su misma pasion; aquel ángel que no se desdeñó en abandonar el cielo que

habitaba para penetrar en las cavernas profundas á alargar su mano benéfica al desgraciado. El agradecimiento, oh Emir, es muy grande en el pecho de un cristiano, y del agradecimiento al amor no hay mas que un paso: ese paso lo he dado yo y ha cambiado del todo mi existencia: quereis pruebas... sino lo son bastantes la palabra de un guerrero... respondedme: ¿por qué no uso de la libertad que me habeis concedido? ¿por qué no vuelvo al regazo de mi familia á abrazar al anciano Hernan que derramará por mí lágrimas de dolor?... ¿por qué no vuelvo á recibir el beso ardiente de mi querida madre? Oh, Emir, ¡por qué mi corazon ya no es mio! porque aquella Diosa, y fijó en Zahra los ojos; porque aquella Diosa que arrancó mi vida de manos del verdugo, me la robó á su vez; y permitiéndome amarla, se ha hecho señora de todos mis pensamientos y mis deseos; llámeme enhorabuena la pátria con su voz imperiosa; acúseme mi rey de perjuro; penetre en mis entrañas el grito sagrado de mi religion... en vano: yo no puedo escucharlos... yo no puedo alejarme del castillo de Cervera.

Poco acostumbrado Abu-Alhama á oir entre los moros un lenguaje tan noblemente apasionado; quedó desde luego seducido por el cristiano, y volviéndose á su hija le dijo con dulzura.

—¿Y tú hija mia; amas tanto á Fortun?

—Lo amo padre, contestó la Princesa dejando caer lánguidamente la cabeza en el hombro de su padre; lo amo, no puedo negarlo.

—Pero hija mia, insistió el Emir, ¿no has amado durante muchos años á Alí?

—Jamás padre; respondió Zahra levantando su frente de jazmin: vos habeis sido siempre el objeto de mi cariño; mi deleite ha sido complaceros; vos me deciais que amara á Alí, y os obedecia: daros gusto y obedeceros creia que era amarlo, y por eso decia que lo amaba; pero padre, no he sabido lo que era amar hasta que ví á Fortun: ¡ay! es tan diferente de como yo me lo figuraba... ¡es tan dulce el amor!...

Un instante de silencio interrumpió la conversacion; pasado el cual, habló el primero Abu-Alhama, asi:

—Fortun; la princesa Zahra, mi hija hermosa, la deseada de tantos musulmanes voy á entregarla á tu fidelidad.

Zahra se sonreia con candor.

—Hernan queda bastante pagado con tal presente, del beneficio que dispensó á Abu-Alhama; pero sabes que antes tienes que jurar abrazar la religion de la Princesa.

A estas palabras tembló el corazon de Fortun dentro de su doble cota.

Pasado un momento, pronunció con fuerza doblando una rodilla:

—Juro, que cuando me enlace á la Princesa, será una misma la religion que nos una.

El Emir se levantó de los cojines en que permanecia arrellanado, tomó un libro que habia sobre una mesita calada de tino oloroso, cubierta por un tapete de púrpura con franja de oro, y poniéndolo en manos de Fortun:

—Toma el Corán, le dijo: un mes te doy para que te instruyas en él; pasado el cual bajarás con el Iman y los Ulemas á la Mezquita á vestir el traje de musulman.

Y enseguida enlazó la mano derecha de Fortun con la de Zahra añadiendo:

—Cuando llegue aquel instante, el Profeta os haga felices, hijos mios.

Fortun estaba pálido, y sus ojos negros como su bigote, derramaban una severidad llena de espresion.

Zahra por el contrario; jamás se habia visto mas hermosa, mas dulce, ni mas radiante; la rosa le habia prestado sus matices la infancia su alegria, el amor todas sus galas.

Fresca como la hoja del naranjo, modesta como el lirio, plácida como la azucena; salió de la cámara del Emir apoyada en el brazo robusto de Fortun, que le acompañó á su estrado donde ya se le habia concedido subir una vez al dia.

Cuando la hubo dejado allí, bajó meditabundo á su habitacion

Zahara habia ya pasado el alba del nuevo dia que brillaba

para ella; se encontraba en la aurora todavia mas agradable, mas fascinadora, ¡ah! si la tarde que suceda á esta mañana tan risueña se presentará cubierta de tempestades...

Cerrada en su estrado suplica encarecidamente al gran Alá que Fortun se halle pronto en disposicion de abrazar el Islamismo, ó hablando con claridad, en disposicion de alargarle su mano.

Cuando el Emir se hubo quedado solo en su cámara, se arrellanó buscando una postura mas cómoda en los cojines de terciopelo; tomó una de las largas pipas que en tazas de agua cristalina sobre las lujosas alfombras se descubrian; cerró los ojos, y al dulce sopor del placer se preparaba, cuando hizo un repentino movimiento, cual si nueva, poderosa idea le asaltara su espíritu.

Abrió los ojos, pegó en el muelle de acero con el martillo de plata, que siempre junto á sí tenia, y al eunuco que se presentó en la puerta le dijo:

—Had saber al Alcaide qué deseo hablarle.

El eunuco inclinó la cabeza hasta la cintura, y se retiró.

A los cuatro minutos, el Alcaide, engalanado con rico traje de lana, con aderezos de oro y pedrería, con flotantes gasas en la cabeza, se presentó derecho frente al Emir.

Despues del saludo que entre los dos se cruzó, dijo el Emir con gravedad:

—De nada sirve al hombre tomar disposiciones, oh Alcaide, si antes no consulta la voluntad de Alá.

—¿Qué quereis decir con eso? preguntó el Alcaide alarmado.

—Que muy lijeros anduvimos en publicar las bodas de mi hija con el Walí.

—¿Por qué, señor? exclamó pálido el Alcaide.

—Porque una profecía habia escrita sobre el destino de mi hija, la hermosa Princesa; y no pensamos que esa profecía pudiera tal vez cumplirse.

—¿Y se ha cumplido? preguntó el Alcaide agitado y con mirada indecisa.

—En todas sus partes; respondió el Emir; mi hija ama á Fortun.

—¿A Fortun? exclamó el Alcaide poniéndose encarnado como el bermellon; ¿y no tratais, señor de matar ese amor?

—Acabo de autorizar su matrimonio.

—¡Por Alá!..

—¡Silencio!

—¡Señor!.. murmuró bajando la cabeza.

—Vé y di que se suspendan las fiestas.

— Alá os guarde.

—El Profeta te guie.

El Alcaide salió de la cámara del Emir convulso por la fuerza de la ira que fermentaba en su pecho.

Pero mal de su grado; tuvo que publicar la órden que le dió el Emir.

Veinte minutos despues, reposaba el castillo en apacible silencio.

Tendamos una mirada por Fortun.

Tan pronto como llegó á su cámara tiró el Corán contra el suelo, reclinó en la pared su espada; y adoró la cruz que formaba la empuñadura del arma.

Aquella escena era sublime.

La cámara estaba adornada con lujo.

El sol producia una encantada luz al atravesar sus rayos por los cristales de colores que cubrian las ventanas, y el silencio era majestuoso.

Fortun continúa de rodillas, con la frente inclinada al suelo, y con los brazos cruzados.

Aquel jóven no se mueve, aquel jóven no alienta; parece sumerjido en profundos pensamientos.

De súbito, cual si luz celeste ó espíritu divino alumbraran su mente, levanta la cabeza, dirige centellante mirada á su alrededor, y sacudiendo su negra cabellera, y llevándose con arrogancia la mano al pecho exclama:

—Venceré: mi amor y mi fé me darán fuerza para convertir á

Zahra; pero si así no fuera, Hernan, no temas; defender á Cristo juré en el altar de tu oratorio, con la mano derecha puesta sobre los evangelios; nunca la tierra ni el cielo podrán acusar á Fortun de perjuro.

Fortun calla; inclina al suelo la cabeza, y se vé correr la palidez por su semblante:

—¡Zahra!.. ¡hermosa Zahra!.. murmuraba abatido; ¡cuánto te amo!..

—Pero... exclamó luego levantando la frente con heroismo: lo juré: tu amor y cien amores como el tuyo que tuviera, los ciento pisaria en las aras de mi Dios.

Sofocado aquel mancebo por naciente calentura, se dejó caer rendido sobre los cojines de terciopelo que su cámara adornaban.

CAPITULO III.

EL WALI.

En vano el Alcaide esperó toda aquella tarde y aquella noche al ilustre Walí; pues éste no llegó al castillo hasta la mañana siguiente.

El Alcaide ardia en furor por muchas razones, con las bodas de Zahra y el cristiano: primero, porque le interesaba tener contento al Walí; segundo, porque detestaba á Fortun, y tercero porque, ¿qué respondería al Walí, cuando éste le digera, «mal has cumplido mi encargo, Alcaide?»

El próximo enlace de Fortun y Zahra fué para él, el golpe mas terrible que en el mundo puede un hombre recibir.

Al brillar la aurora; cuando el atayala dió la señal de que se acercaban los escuadrones del Walí, salió á las puertas de la alcazaba el Alcaide; y temblando, pálido y asustado, esperaba á su compañero.

Asi que Alí llegó, y no bien hubo echado pié á tierra, se le acercó aquél con ademan sombrio; se quitó el turbante, lo arrojó al suelo y exclamó con la cabeza baja:

—¡Guay de mí! la ira del Profeta ha caido sobre nosotros.

—¿Qué tienes? exclamó el Walí tomándole el brazo con arrogancia, y mirándole con sorpresa al rostro, que hácia el suelo habia inclinado.

—Tengo gran pena en el alma; grande ira en el corazon.

—¿Dí, Alcaide, qué ha ocurrido en el castillo durante mi ausencia?

—Cosas que al buen musulman aterran; cosas que mis lábios decir temen.

Mientras asi hablaban el Alcaide y el Walí, junto á una puerta ogiva de la muralla, iban penetrando por ella los escuadrones de Alí: cuando el último guerrero hubo ya entrado, dirigió el Alcaide una sobria mirada en torno suyo, y al observar que solos estaban, se aproximó al Walí, y tendiéndole ambas manos por los hombros, le dijo en voz baja:

—Tiembla mi corazon Walí; la princesa Zahra, vuestra prometida, se casa con Fortun.

Alí lanzó un rugido, pegó una fuerte patada en el suelo y levantando al cielo sus encendidos ojos, murmuró apretando los puños con furia:

—Oh, grande Alá; si tal infamia consentis, reniego de vuestra fé.

El Alcaide miraba al Walí.

El Walí le preguntó:

—¿Es cierto lo que tus lábios han hablado?

—Cierto es por el Profeta.

Alí volvió á apretar los puños.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El Emir.

Alí se puso pálido.

—¿Y qué has contestado tú al Emir?

—Que si tal cosa sucedia, la que en mengua del Profeta era, dejaba yo mi destino.

—Oh, buen Alcaide; exclamó el Walí, conserva tu destino; yo seré el que esta alcudia abandone.

—¡Señor!..

—Calla Alcaide; la herida que mi corazon ha recibido es profunda. Voy á hablar al Emir, y no sé si á su presencia podré contener mi encono.

Y echó á andar furioso.

—Alá guie vuestros pasos. Dijo el taimado Alcaide mirándolo por detrás, y cuando lo hubo perdido de vista comenzó á pasearse muy tranquilo.

Al pasar el Walí empolvado, pero enérgico é iracundo por la plaza y corredores de la alcudia, se deshizo en vítores el ejército; mas Alí, sin responder á tales aclamaciones, se dirigió veloz al torreon del homenaje, donde como recordaremos se abrian las cámaras del Emir y de la Princesa.

Sentado en dos cojines se encontraba el Emir, y leyendo en el Corán, que sobre una mesita de sándalo que tenia delante, estaba colocado; cuando se abrió la puerta de su estancia y apareció el Walí.

—Alá os guarde; dijo con mal gesto.

—Salud al Walí; contestó el Emir.

—El Walí tiene que hablaros.

—Da un paso adelante, y comienza.

El Walí cerró la puerta de la cámara, y parándose airado junto á la mesita de sándalo, dijo con mas altivez de la que en presencia del Emir lícito era observar.

—Vengo á reclamar derechos.

—¿Sobre quién tienes derechos? preguntó el Emir con calma.

—Sobre vuestra hija.

—Mi hija no es una esclava; sobre ella nadie derechos tiene.

—Los tengo yo, porque conmigo contrajo obligacion de casarse.

—¿Obligacion?

—Compromiso.

—Los compromisos de matrimonio, duran en tanto que se cree encontrar en ellos la felicidad; cuando esta creencia concluye, ha concluido el compromiso.

—¿Y Zahra cree que conmigo no puede ser feliz?

—Me ha dicho que lo será mas con otro.

—¿Con un cristiano?

—Eso no le corresponde al Walí examinar.

El Walí pegó una patada en el suelo.

El Emir conoció la exasperacion de Alí, y se propuso manifestarse con él todo lo indulgente posible.

Alí derramaba fuego por los ojos, y se llevaba la mano derecha al puño de la daga que colgaba de su cintura, para comprimir la convulsion que lo agitaba.

—Serénate, Walí; le dijo el Emir; y escucha mis consejos. Yo suponia que mi hija te amaria, y en este supuesto, convine en aceptar el ofrecimiento que hiciste de su mano: al desarrollarse mi hija, se encuentra con tal cariño que la devora; razones de orígen mas sublime, y que para mí reservo, me inducen á aceptar semejante partido; pero aunque solo fuera el amor que mi hija profesa á Fortun...

—¡A un cristiano!..

—A Fortun; aunque este amor solo mi proceder abonase, ¿qué quieres que yo haga? ¡Oh Alí! tomando las precauciones debidas, condescender con mi hija.

—¡Condescender con mi hija!.. repitió Alí con ira; ¿así premiais el amor que le ha profesado mi corazon?.. ¿por quién sino por ella hubiera sepultado mi juventud entre las murallas de este castillo? Mi nombre volaria hoy en alas de la fama, si la hermosura de vuestra hija no me hubiera retenido á su lado... y me la robais ahora para entregarla á un cristiano... Emir, procedeis con poca nobleza; pensad vuestra resolucion, antes de que sus consecuencias no tengan remedio.

Alí amaba con efecto á Zahra, pero la amaba con ese amor sensual de los musulmanes, que tanto se distingue del amor puro y sublime de los cristianos.

—Mi resolucion ya está tomada, Alí; respondió Abu-Alhama; yo pienso las cosas una vez y me resuelvo; la Princesa ama á Fortun, ella misma me lo ha confesado, y Fortun le corresponde; yo no puedo hacer aqui otra cosa.

El rostro de Alí presentaba diferentes fases segun se desprendian las palabras de los lábios del Emir.

—Yo que incesantemente he velado por la felicidad de mi hija; accedí á tus deseos cuando creia que te amaba; me engañé y lo siento; ¿pero si ayer estaba en un error, no he de corregirlo hoy? ¿si mi hija es dichosa unida á Fortun, por qué he de prohibírselo? Ni tú tampoco pudieras ser feliz enlazado á una mujer que á otro adora. No desmerecerás por eso Alí, de mi afecto; no te perjudicaré en tu carrera brillante; en mi castillo ocuparás siempre el lugar que hasta el dia has ocupado; y si apeteces esposa, cuenta con mi apoyo para proporcionártela: no sientas la pérdida de mi hija; otras hay nobles y hermosas que se rendirán placenteras á tu amor. Baja á Cervera, ¿no tienes á Safia, á Redigia, á Maliba, todas ricas doncellas; y sobre todo, no tienes á Lobna la hija de mi Alcatif, que es la mas hermosa despues de mi Zahra? Todas ellas son dignas por su hermosura y por sus padres de la mano de un Walí.

Lejos de apaciguar semejantes halagos la cólera de Alí, la encendieron mas y mas.

Aquel jóven dominante creyó abatido su orgullo con tales ofrecimientos: y fascinada su razon por un golpazo de bilis que le subió á la cabeza, exclamó sin respeto y sin decoro:

—Ya me canso de sufrir; guardaos Emir vuestros consejos; guardaos vuestra hija; habeis procedido vilmente; habeis faltado á vuestra palabra; yo no necesito ni quiero vuestro apoyo para proporcionarme una esposa; mis timbres, mis glorias, son bastantes para alcanzarla cual la deseo... No... no quiero suplicaros mas; llegará un dia, oh Emir, en que tiemble el mundo á mis piés, á los piés del hijo de Mahomet; y vos, poderoso Emir, vos implorareis tambien mi proteccion: ¡ah!.. ¿estais seguro de que Zahra se unirá á Fortun?.. escuchad estas palabras, Emir, ME VENGARÉ.

Las pronunció abriendo mucho los ojos, estirando el cuello hácia adelante, apretando los puños, y salió repentinamente de la cámara.

Cuando se halló en la antecámara, dijo á media voz con son-

risa maligna volviendo la vista á la puerta ya cerrada de la habitacion de Abu-Alhama.

—*¡Ah! ¿olvidas que tengo en mi poder la cuerda invisible de los trece nudos?*.. y echó á andar apresurado.

Abu-Alhama, tranquilo sobre manera, cerró el Corán, inclinó la cabeza en los cojines de terciopelo, llevó á sus lábios larga pipa, y dejó caer suavemente los párpados.

Veia cumplida la profecia de su hija, que era lo que mas le interesaba en el mundo, y la veia cumplida de un modo satisfactorio, con lo que se disiparon los temores que lo habian agobiado durante diez y ocho años.

Las amenazas de Alí no produjeron en su alma mas impresiones que la que la voz de aquel jóven produjo en sus oidos: los guerreros que defendian el castillo eran zenetes, y por lo tanto eran sus paisanos, eran el eco de sus deseos, eran su propia voluntad.

Acariciado por tan placenteras reflexiones, dejó desprenderse la pipa de su boca, y sucumbió á un dulce sueño que le embargó los sentidos.

Mientras tanto, Alí baja furioso á la plaza, se arranca el talabarte de la cintura, y lo tira contra la esquina de la torre.

Sin direccion fija atraviesa rápidamente el castillo como un metéoro, atraviesa los aires, y por todas partes encuentra recuerdos de su pasada felicidad: el baño, los jardines de Zahra bellos y encantadores; los árboles bajo cuya sombra tantas veces le contó sus hazañas; los mismos musulmanes rindiéndole á su paso los honores de Walí; todo encendia su ira, todo aumentaba su desesperacion.

Cuando el céfiro que en todo tiempo sopla puro en el castillo de Cervera, hubo oreado un poco su frente, despejó en algun modo su cerebro, aplacó el fuego de su pecho, y lo puso en disposicion de pensar.

Sentado en una muralla baja que volaba sobre el borde oriental de la peña; murmuraba en sus adentros con la cabeza sostenida entre las manos:

Muy fácil me es matar á Fortun, quedando yo impune; mil esclavos se ofrecerán á hacerlo, ¿pero qué adelanto? nada: vivirá así en la memoria de Zahra, y tal vez ella me aborrecerá á mí mas. Si yo consiguiera resolver el poblema del nudo trece... entonces triunfaria; entonces saciaria á mi gusto la venganza de mi amor. Encantaria á Zahra; la haria vivir muchos años invisible en un subterráneo; solo yo la veria, solo yo disfrutaria de su vista... Así, es cosa muy sencilla; á Fortun lo presento culpable y le hago morir: el Emir lloraria amargamente la pérdida de su hija, y me daria su mano... sí, me la daria por devolvérsela; pero ¡ah! ¡cuánto tiempo tiene que trascurrir antes!.. ¡cuánta ciencia tiene que agotar mi cabeza!.. ¡cuántos dias de delicias para Zahra y Fortun... y cuántos dias de suplicio para mí!.. Mas, ¿qué te arredra Alí? exclamó levantando la cabeza con arrogancia: eres hijo de Mahoment; eres nieto de Daldal; el mundo temblará á tus piés.

Alí echó á andar resuelto fuera del castillo; cuando llegó á la puerta se encontró al Alcaide:

—Alá te guarde; le dijo apretándole la mano con frenesí; cuando otra vez me veas, me verás triunfante.

—¿A dónde vais? le preguntó el Alcaide sorprendido.

—Alá te guarde: respondió Alí; y echó á andar lijero.

El Alcaide lo contempló un rato admirado, y luego encogiéndose de hombros, penetró en el interior del castillo.

Algunos años antes de las escenas que venimos refiriendo, habia sido condenado á muerte por el Alcaide un negro de los que componian la orquesta de la Princesa, á causa de haber cometido un leve desacato contra cierta autoridad; pero las lágrimas de Zahra, quien desde sus años infantiles descubria ya los tiernos sentimientos que le animaban; las lágrimas de Zahra, repetimos, alcanzaron de su padre revocase la sentencia dada por el Alcaide; y la pena de muerte fué reducida á castigo de azotes y á ser espulsado el reo del alcázar.

Le dieron los crueles verdugos tantos y tan fuertes, que á resultas de ellos quedó sordo, mudo y aun entorpecido de una pierna.

Desterrado desde entonces del castillo, sin parientes en el pueblo, sin amigos ni proteccion, se refugió el desgraciado negro en una de las profundas cuevas que hay en las ramblas de las montañas que nacen al norte y poniente del castillo.

Acurrucado durante el dia en su cueva, considerando desde allí al hombre como la fiera mas voraz, como el enemigo mas cruel; esperaba la noche, á la manera del buho, para bajar á Cervera á rebuscar los desperdicios de la cena que arrojaban á las calles.

Seis años habia atrevesado de este modo el negro; seis años sin ver á un semejante suyo, sin ver á un hombre y sin desear verlo; cuando Alí se presentó en la boca de la madriguera.

El negro amedrantado se acurrucó mas y se metió hasta el último rincon, pero Alí le enseñó una bolsa de oro en la mano izquierda, levantó la derecha en ademan hostil y echó á andar hácia fuera.

El negro le siguió detrás como sigue un perro al amo que le enseña pan en una mano y un látigo en la otra.

Despues de algunos segundos se hallaban los dos en lo estrecho del barranco de Tollo, junto á la cueva de Marimon.

Recordarán nuestros lectores que cuando Als-jerib tomó posesion del castillo, eligió Alí dicha cueva como la mas á propósito para continuar el estudio de la mágia; y que en efecto, asi lo hizo durante los primeros años de su morada en el pais, pero tambien recordarán que fascinado despues por la hermosura de la Princesa, abandonó la ciencia para entregarse al amor: colocó con cuidado en su elaboratorio todos los pergaminos, todas las redomas, y cerró la puerta con una gruesa muralla de mamposteria.

Hoy pues se acercaba á ella por vez primera despues de tanto tiempo, armado con un grueso pico de alarife, que entregó al negro diciéndole por señas lo que habia de hacer.

La muralla presentaba ya en su parte esterior una escara salitrosa producida por la mucha humedad comprimida en el fondo de la cueva.

El primer golpe que dió, resonó con ruido seco en el barranco

y en las murallas del castillo: á este golpe siguieron otros muchos tambien rechazados; mas por fin, al cabo del rato, cedió la piedra bajo el acero.

Cuando Alí entró en su mazmorra, brilló en su frente un viso de alegria semejante á la que debe esperimentar Vulcano al sentarse en su trono de fuego.

Registró todas las socarrenas y sacó los papiros, pergaminos, redomas, frascos y la caja de ágata con la cuerda de los once nudos.

Encendió el fuego de azufre; hizo comer en abundancia al negro, y amenazándole en seguida con una vara, le enseñó su oficio que consistia en bajar incesantemente por medio de una cadena, el gran fuelle que avivaba la fragua; operacion no muy cansada porque podia desempeñarla sentado.

Alí se posesionó de su fatídico imperio.

El descendiente de Daldal y de Mahomet, comenzaba á dar su paso en el estudio de la verdad: el problema del nudo trece de la cuerda de Loveid, principiado en Egipto en el corazon de las montañas Dgebel-el-Kamar ochenta años hacia, iba á ser concluido tal vez en una caverna del castillo de Cervera: pero entre el abuelo y el nieto mediaba un abismo; Daldal trabajó solo por adquirirse un renombre, por amor puro á la ciencia; y Alí por satisfacer la pasion mas vil del corazon humano; por saciar la venganza.

A eso de las doce; cuando el ejército acababa de hacer el *Adohar*, ú oracion del medio dia, subió un ayuda de cámara á noticiar al Emir, que el Walí habia arrojado en la plaza, el talabarte con el alfanje; que en toda la mañana se le habia visto despues en el castillo, y que tampoco habia asistido al Adohar con asombro de los musulmanes.

El Emir oyó con indiferencia al ayuda de cámara, y mandó que el talabarte se colgara en la sala de armas.

Aprovechemos esta ocasion para decir de paso dos palabras sobre dicha sala subterránea, de la que todavia no hemos hablado.

La formaban los cimientos del torreon del homenaje; estaba parte bajo el nivel del suelo y parte encima; se bajaba á ella por cinco escaleras que se tomaban dentro del mismo torreon, y en su techo de bóveda, descansaba el pavimento de la cámara del Emir.

Allí se veian colgadas en las paredes multitud de banderas blancas para sustituir las de la torre cuando el viento las destrozara; allí se veian armaduras de malla arrancadas á los cristianos vencidos; se veian tambien trajes árabes de los principales capitanes del castillo, muertos en la guerra; y todos estos trofeos puestos en órden, y alumbrados por la escasa y sombria luz de semejante habitacion, ofrecian un aspecto mezclado de terror y de sublimidad.

El acaso hizo que el alfanje de Alí fuese colgado en la misma escarpia que algunos dias antes lo habia estado por órden de aquel, la espada del prisionero Fortun.



CAPITULO IV.

—

EL PASAISO DE LA PRINCESA.

Las relaciones de Zahra y Fortun se estrechaban cada dia mas porque cada dia se aumentaba el fuego que devoraba sus almas.

Rara vez se encontraba en el castillo á la mora sin el cristiano, ni á ésta sin aquella: los paseos solitarios en sus jardines, á que Zahra fué tan aficionada durante su infancia, habian cesado enteramente.

No le causaban encanto las flores como otras veces, ni un cielo estrellado arrancaba de su fantasía sombras vagas que se perdian por el azul del firmamento, arrastrando en pos de sí su espíritu, no; una imágen cierta, contorneada por la verdad, animada por el amor, es quien absorbe hoy todo el pensamiento de Zahra; y Zahra sucumbe gustosa á su fuerza.

El Emir miraba enagenado de gozo, la felicidad que esperaba á su hija: supersticioso como todo moro, la creia un premio palpable con que Alá retribuia la caridad de Zahra; y si la dicha de su hija sembraba de placer su vida, como padre cariñoso que era;

lo halagaba tambien, aunque de un modo secundario, la esperanza de un golpe político que dicho enlace le habia hecho concebir.

Un dia se desplegó del todo el calor de primavera, que suele ser á veces en Cervera tan fuerte como el de verano; mas á luego sucedió en el castillo una noche fresca y apetecible.

Como es un punto tan elevado, se disfruta siempre en él un ambiente vivificante; pero entonces se purificaba mas y mas al atravesar las hojas de tantos árboles, y se embalsamaba con la fragancia de los claveles, de las azucenas y de las violetas.

El Emir estaba asomado á la ventana de su cámara, y sentados en los cojines Fortun y Zahra.

—¿No paseais? les dijo volviendo la cabeza hácia ellos; está una noche placentera.

—Sí, contestó Zahra mirando á Fortun; bajaremos á los jardines.

Este se levantó y ofreció el brazo á Zahra, que lo recibió sonriendo despues de despedirse de su padre é imprimir un beso en su frente.

A los pocos momentos se hallaban nuestros amantes en la plaza de los baños.

—¿A dónde vamos? preguntó Fortun.

—Al paraiso de la Princesa si te parece, respondió Zahra.

Era el paraiso de la Princesa, como no ignora el lector, un pensil plantado al Oeste del castillo, sobre un peñon vertical de quince varas de altura, á cuyo pié nace la cueva de Marimon.

Lo formaba por su parte esterior la muralla, proyectando un semicírculo saliente, y por la interior otro semicírculo de tamarices, de madroños y de rosales.

Tenia una área de veinte varas en círculo distribuida en cuadros de flores, que los separaban senderos de hermosa yerba, donde habia poyos de cesped que convidaban á descansar.

El centro lo ocupaba una gran taza ó pila ovalada de alabastro hundida en la tierra, llena de agua cristalina, con multitud de peces de diferentes colores: y como el agua es tan escasa, ó por mejor decir, no se encuentra en la prole de montañas que rodean

al castillo, venian todas las mañanas á beber en ella, multitud de pajarillos que tambien depositaban sus nidos en la espesura de jardin.

Comenzaba la primera vigilia de la noche, cuando los dos amantes se acercaban allí.

Fortun vestia almilla y casquete, y á Zahra se le arrastraban por el suelo las puntas del manto azul, graciosamente caido sobre los brazos á manera de chal.

Se sentaron junto á la pila en cuyas aguas claras veian sus imágenes y el reflejo de una luna plácida que oscilaba majestuosamente sobre sus cabezas.

El céfiro soplaba con dulzura; no parecia sino un beso de amor; y el corazon de Zahra, susceptible á tales impresiones, exhaló un suspiro é inclinó la cabeza en el hombro de Fortun.

—¿Suspiras hija mia? le dijo admirado.

Por toda contestacion derramó ella dos lágrimas que se desprendieron de sus párpados y abrasaron la mano de Fortun.

Estas lágrimas salieron del corazon de Zahra, y al arrancarse de él, y al tocar á Fortun, hicieron conmoverse con igual impulso á los dos jóvenes.

—No sé, contestó mas serena, no sé lo que me pasa desde que estoy á tu lado; mi existencia ha variado en un todo; si vuelvo la vista á los dias pasados, encuentro otra Princesa de la que ahora soy.

—¿De veras? preguntó Fortun sonriendo; ¿y te agrada tal mutacion, Zahra?

—Sí; me llena de delicias, Fortun.

—Aquella Princesa, continuó el cristiano; débil, ténue, indecisa, murió ya; y sobre ella ha nacido una Princesa valiente, una Princesa enamorada.

—Me fascinan tus espresiones, Fortun; yo no puedo esplicar el efecto mágico que producen en mi pecho; se infiltran por mis venas y me devoran con su calor.

La voz de nuestros jóvenes volaba sin obstáculo en una naturaleza dormida; y aumentada por el eco de las murallas, la re-

petia el eco del barranco de Tollo, y penetraba íntegra en la cueva de Marimon.

La voz del amor y la voz de los celos hirieron de repente los oidos de Alí absorto en la fragua; hicieron palpitar sus pulmones, y le abrasaron con mas fuerza que el azufre en que trabajaba con avidez.

Ciego, sin saber lo que hácia, atraido por un iman poderoso, movido por un impulso irresistible; corrió á la boca estrecha de la caverna, cerrada hasta la cintura con una gran piedra de sillería; y sacando medio cuerpo, dobló la cabeza hácia arriba como el mochuelo que acecha á la paloma inocente que bate sus alas sobre la madriguera de aquel.

Desde allí se oia con claridad á Fortun y á Zahra que decia asi:

—¡Qué poco duran amigo mio los momentos tranquilos del amor!

—¿Por qué? pues no estás tranquila ahora? qué motivos tienes para no estarlo?

—No sé; tal vez sea una ilusion; pero en todo caso será una ilusion que me martiriza. La mañana que te ví, aprendí á amar; cuando mi padre te perdonó, gocé en estremo; despues... ¡ay!... mil desvaríos atraviesan mi cabeza, que me anonadan en su paso. Tú me has arrancado la calma, Fortun; tú me has hecho pasar de la infancia á la edad de los sobresaltos.

—No te aflijas hija mia; esos son efectos del mismo amor.

—¡Ay! antes de conocerte á tí tambien amaba, pero amaba del otro modo; amaba á mi padre, á las flores, á los peces, á los pájaros de este jardin; pero aquel amor no me hacia padecer; ni mi padre, ni las flores, ni los pájaros, no me arrancaban una lágrima, no me hacian dudar...

—¿Y de mí dudas? exclamó Fortun sorprendiéndose.

—No te sorprendas; continuó Zahra reclinando el brazo izquierdo en el hombro derecho del cristiano; no creas que pienso has de ser infiel á mi cariño; entonces serias muy ingrato, porque te amo mucho; pero como soy tan estraña... soy á las veces tan exigente...

—Habla Zahra, ¿qué puedes exigir de mí que no sea agregar un nuevo placer á mi dicha?..

—Sois los hombres mas variables que las mujeres, y yo soy tan ambiciosa...

—No, Zahra, estás equivocada; los hombres no somos variables.

—Sí Fortun; puedo asegurártelo con mil ejemplos, puedo citarte casos en que su ingratitud ha sido criminal.

Y exhaló un suspiro.

—En todo caso Zahra, eso sucederá entre musulmanes, pero no entre cristianos.

Zahra se quedó parada y como sobrecogida.

No supo qué responder.

Fortun aprovechó una impresion tan fuerte.

—Vamos dime, ¿qué es lo que quieres exigir de mí?

—Mira Fortun, decia la Princesa con aquel candor y sencillez que la caracterizaban á los diez y ocho años; pero que hoy pierden desgraciadamente las niñas antes de cumplir los diez; con él cual pierden tambien sin saberlo, las rosas mas bellas que matizan sus carrillos, las rosas de la infancia; y esto es lo que á Zahra distinguia de las demas mujeres, el que en medio de la hermosura de su primavera, conservaba aun aquella mirada, aquella sonrisa de inocencia con que en otro tiempo respondia desde la cuna á las tiernas caricias de su padre. Mira Fortun, decia; yo soy generosa, pero tambien soy exigente; yo te amo á ti solo en el mundo, pero quisiera que á mí sola me amáras tú tambien.

—¿A quién puedo yo amar sino á tí?

Pronunció estas palabras con entusiasmo.

—Bien; creo que me amarás, no lo dudo; mas no podria sufrir que partieses tu amor con otras tres esposas, lo deseo yo sola; lo ves cómo soy exigente?..

El Corán permite tener á cada musulman, cuatro esposas legítimas, y las concubinas ó esclavas que le acomode.

—¿Y piensas que cuando se ama con vehemencia á una mujer se puede dividir su afecto con otras? no Zahra, mi corazon es tuyo

desde que te ví, y la hermosura de esta noche que gozamos juntos, es un reflejo de la pureza de mi amor.

—Me fascina tu conversacion, Fortun; cada palabra que se desprende de tus lábios, desarrolla en mi pecho un grado mas de cariño; pero cada palabra siembra tambien en mi alma con mas fuerza la tristeza, y arranca de mis ojos una lágrima que en vano intento convertir en sonrisa. Cuanto mas te amo, mas padezco, y mas vagos presentimientos sofocan mi espíritu: lloro, Fortun; hasta ahora no te lo he dicho; lloro á solas en mi cámara, en mi baño, porque conozco que no puedo ser feliz en el mundo; y al propio tiempo que lloro, me avergüenzo de mis rarezas, reniego de mi maldita ambicion.

El cristiano la contemplaba estasiado: le admiraban los grandes sentimientos que abrigaba aquella jóven; y se anegaba á la vez en gozo al ver que el mismo Dios, que Cristo le iba preparando el camino para su conquista.

—¿No puedes ser feliz conmigo, Zahra? le preguntó en seguida tomándole la mano.

—¡Ah! escúchame Fortun, y no te enojes; desde los primeros dias de mi juventud, he esperimentado poca adhesion al talante de los musulmanes que viven en este castillo; pero cerrada en sus murallas desde mi infancia, no he visto otros hombres, no concebia que pudiera haberlos de otro modo; y este disgusto lo atribuia por lo tanto á rarezas de mi genio: ¿y cómo no? todos ponderaban la arrogancia de Alí mi prometido, todos exageraban su valor, y todos me hacian creer que se morian por él las ricas damas de Cervera; mas yo no sentia tales afecciones hácia ese guerrero. En las noches que he pasado en su compañía en este mismo retiro, no me hablaba cual tú me hablas, y yo deseaba de amor, de esperanzas, de felicidad... me hablaba de guerras, de intrepidez, del horror que su nombre causaba entre los cristianos; y lejos de agradarme tal conversacion, me asustaba, me llenaba de pavor; pero mientras, ni Alí, ni ningun otro musulman, podia arrastrar mi afecto; yo amaba sin saber á quien amaba; sentia un fuego interior que subiendo del corazon, formaban en mi cabeza mil som-

bra s que pintaba con los matices de las flores entre que vivia; con el azul del cielo que tenia á la vista, y que animaba con su propia vehemencia; yo, continuó sonriéndose, volaba tras ellas en el silencio de mi lecho; iba corriendo en su busca hasta que el sueño cortaba mis quimeras. Te ví, Fortun, y esas quimeras se hicieron realidades; tú eras diferente de los hombres que habia conocido hasta entonces; tú eras tal vez la sombra que concebia mi mente; te amé, y fui feliz; pero mi felicidad duró pocas horas; y aquel mismo fuego que engendraba en mi cabeza una imágen de amor, ha encendido ahora mi ambicion; ha encendido un deseo que acaso no pueda conseguir. En este sentido y no en otro, he dicho Fortun, que no podia ser completamente dichosa en el mundo, pero á tu lado; hasta el llorar es tan dulce...

Y se limpió apocada los ojos con blanco cendal que le colgaba de la banda de la cintura.

Fortun enagenado, le dijo jugueteando con una de las puntas del manto, cuyos borlones de oro se arrastraban por el suelo:

—No temas, Zahra; es imposible que tú veas dividido el cariño de tu esposo, porque él no puede amar á otra que á tí. ¿Cómo despues de estrechar en sus brazos á la hija del Emir de Cervera, á la primera hermosura del pais, ha de poder fijarse en otra mujer? ¿dónde hay una doncella que pueda agradar despues de conocerte á tí? ¡ay Zahra! qué pocas niñas se encuentran como tú; tu mayor mérito, es no conocer el mucho que tienes. El tiempo, hija mia, y mi constancia, cerrarán ese vacio que te martiriza; tambien yo lo he sentido; tambien mi cabeza ha vagado por los aires.

—¿Tambien? lo interrumpió sonriéndose; y tras de quien vagaba?

—Tras de una imágen de tus mismas formas.

Zahra se echó á reir dulcemente á carcajadas.

—¿No influye esta noche en tí? preguntó Fortun.

—¡Qué placentera!.. ¡se respira siempre en este castillo un

vientecito tan saludable!.. mira cuánta flor, y qué bonita... si vieras lo que siento que llegue la hora de la oracion...

—Voy mientras, respuso Fortun sonriéndose; á hacer una ilusion; cuando las realidades no nos satisfacen, acudimos á las ilusiones.

—Sí, sí; respondió Zahra acercándose mas á él.

—Voy á ver si puedo presentarte un marido tal como lo apetece tu fantasia; á ver si logro enseñarte, aunque de lejos, la felicidad en el mundo.

—¡Qué empresa tan dificil! exclamó riéndose con dulzura.

—O no; atiende.

—Ve diciendo.

—Me parece que te conozco bien: tú deseas en primer lugar, un jóven noble, generoso, valiente y tierno...

—Pues, los dos lo conocemos: adelante.

—Un jóven que jamás haya amado á otra mujer; para que el amor que te ofrezca, sea virginal, sea las primicias de su corazon.

La princesa se reia sin poder contenerse.

—Ese jóven, despues de enlazarse á tí, te ha de querer con tal idolatría, que no solo no ame, sino ni aun mire á las demás mujeres; te ha de querer con un amor que vaya creciendo constantemente. ¿Te entiendo? preguntó Fortun mirando á la Princesa.

—Continúa, respondió ella.

—Tu esposo, intrépido en la guerra, pero humano con el vencido, llevará grabado en sus armas tu imágen, en vez de la media luna, para encomendarse á ella y á su Dios en las batallas. Se hará en poco tiempo un distinguido general, y cuando haya acumulado en sus sienes bastantes laureles, se retirará con su esposa á un castillo, donde gozará una vida tranquila, entre fieles criados; entreteniendo á sus niños con la narracion de sus batallas, y recordando alguna vez á aquella los lances amorosos de su juventud.

—Calla Fortun, dijo Zahra reclinando su cabeza en el hombro de este: basta ya; es tan mágica tu conversacion que me hace daño; ¡qué bien pintas la felicidad!.. pero, podemos acaso gozarla así?

—No es imposible hija mia.

—Deseo creerte, pero no puedo; preséntame un solo caso en que el marido no se vea rodeado de cuatro esposas, de infinidad de odaliscas y te creeré: ¡qué bello es el castillo que has descrito!.. ¡qué bello seria vivir en él con su esposo, con sus hijos, con sus criados!...

—Todavia voy á hacerte otra ilusion mas halagüeña, voy á presentarte un marido que te agrade todavia mas.

—¿Todavia mas? preguntó la Princesa.

—Sí, todavia mas. La felicidad de que hemos hablado, la labra el marido con su constancia, con su fidelidad; pero esa constancia y esa fidelidad pueden fallar; ¿no seria mejor, que las leyes de su patria y de su religion le obligaran á hacerlo así?

—No te entiendo.

—Sí; que hubiera unas leyes que obligasen al marido á vivir solo con la mujer á quien un dia amó; con la mujer á quien eligió por arcano de su primer cariño; que ya no le permitiesen romper este para depositarlo en otra: unas leyes que le obligasen á velar por sus hijos, á vivir con ellos y con su esposa, formando una apacible familia. Cómo te agradaria entonces que la ilusion se volviera realidad: ¿no es cierto?

Zahra calló un momento; escuchaba cosas nuevas que la tenian anonadada. Luego dijo con cierto despecho:

—¿Y dónde se encuentran unas leyes tan justas? ¿dónde una religion tan hermosa?

—La hay hija mia, no muy distante de tí; pero tú cerrada en este castillo desde que el sol hirió tus ojos la vez primera, no sabes sino lo que te enseñaron tus ayos. Hay amiga mia sobre la tierra una religion mas dulce que el Islamismo; una religion que de lleno socorre al indigente, protege al desgraciado, como tú lo ha-

ces arrastrada de tus naturales instintos; una religion que templa la suerte que deploras de la mujer, que vela por ella y por su ventura desde el cielo; que obliga al marido á tener una sola esposa y á amarla como á si mismo se ama; una religion plantada sobre el amor; que proclama por do quiera la caridad, y que enjuga con su paño de consuelo las lágrimas del afligido. Esta religion, hija mia, es el cristianismo; y esta religion tan dulce, tan divina es la que me dispongo á abandonar por conseguirte á tí.

—Engaña... engaña su inocente corazon; exclamó entre dientes, con voz estentórea Alí, que reclinado en la piedra que cerraba la mitad de su caverna, no habia perdido una sola palabra de aquella conversacion; infiltra en sus venas á tu gusto el veneno de tus palabras... infiel, no contento con robármela á mí, ¿tratas de robársela al Profeta? mientes... llegará un dia en que yo salga de la cueva... y aquel dia, será el dia de la venganza.

Zahra quedó sorprendida de las palabras de Fortun; acababa de oir lo que jamás habia oido y lo que siempre habia deseado; por otra parte era el lenguaje del amor el que lo ponia en su noticia.

Fortun era quien le hablaba, y Zahra no podia resistir á sus palabras.

Lectora, ¿has tenido alguna vez la dicha, ó acaso la desgracia de amar con frenesí?... Si asi ha sucedido, conocerás á fondo el prestigio que las espresiones del cristiano ejercian en el corazon de la mora, particularmente hallándose en la edad de diez y ocho años; pero si no has amado, en vano te fatigaras en averiguarlo: el ciego no puede conocer la hermosura del iris.

—¿Y es cierto? murmuró Zahra despues de un largo rato de silencio: el cristiano no ama sino á una mujer?

—Cierto hija mia; la religion se lo manda; y en caso de retraccion las leyes civiles le obligan á cumplirlo. En un matrimonio cristiano, la mujer no se ve humillada, no se ve degradada como en los serrallos; no es el mueble mas agradable que el marido tiene en casa, como sucede entre los musulmanes; no está some-

tida al repudio cruel de que el hombre dispone á su voluntad, no; ella representa tanto como el marido, y ella tiene tambien sus derechos que aquel está obligado á respetar.

—¡Ay! exclamó Zahra dando un suspiro; una mujer debe ser, muy feliz casada con un cristiano!...

—Al menos hija mia, no la sofocan esas inquietudes que te sofocan á tí; sabe cuando se casa, que ella sola va á ser el objeto del cariño de su marido; y que ya nadie la separa de él, ni aun la muerte; porque como su misma religion asegura «*la union en este mundo de dos esposos, es un reflejo de la union eterna que han de esperimentar en el otro*» (1) á diferencia del Islamismo que hasta en el otro mundo establece superioridad en el hombre sobre la mujer, enviándolas á un paraiso diferente del de aquellos (2). La religion cristiana es toda amor.

—Una religion, dijo Zahra distraida; y fijando sus hermosos ojos en el azul del cielo; una religion que toda es amor no puede ser mala.

Fortun oyó con sumo placer una exclamacion semejante, tan involuntariamente escapada de su alma.

—Volvamos Zahra á mis ilusiones, prosigió luego en tono de broma y de amor; ¿cuál prefiririas, el primero ó el segundo esposo?

—¿Quién duda? el segundo. La fidelidad del marido puede faltar con el tiempo; puede encontrar otra mujer de mas gracias que la primera y rendir su corazon ante ella; pero si sus leyes, si su religion se lo prohibe, ¡qué tranquilidad tan dulce debe esperimentar su esposa!... Asi ya concibo el castillo ideal que ha fingido tu mente.

—No; no es tan ideal como piensas Zahra; ese castillo que tanto te encanta te lo promete desde ahora tu Fortun; y yo mismo te me ofrezco como uno de los dos maridos que te han fascinado; si insistes en que me haga musulman, tendrás en mí el pri-

(1) Nota 13.
(2) Nota 1.ª, párrafo 14.

mer esposo; amante fiel, pero libre en el tálamo nupcial. Si tú te haces cristiana, en el instante mismo de las bodas, deposita tu marido todo su cariño, todo su amor en tu corazon, como en un vaso sellado; la fuerza de las leyes y la fuerza de la religion son tu garantia. ¡Oh, Zahra! continuó mas enajenado y tomándole la mano; uno de los dos tenemos que faltar á nuestras creencias, tenemos que abandonar nuestra religion; de hacerlo yo, no se me sigue ninguna ventaja, de hacerlo tú, son innumerables las que gozas; ¿qué resuelves?...

Zahra callaba; su mano derecha descansaba con languidez entre las de Fortun; con la izquierda agarraba una de las puntas del manto: su cabeza, donde bullian mil pensamientos, reclinada sobre la nuca, dejaba caer por la espalda las seis largas trenzas del cabello; sus ojos inmóviles miraban al cielo; su frente se mostraba pálida, y sus lábios entreabiertos.

Una diosa dormida no hubiera estado mas hermosa que lo estaba entonces la Princesa entre las flores de su jardin, y alumbrada por una luna plácida que se iba inclinando hácia el horizonte.

—¿No me respondes Zahra? preguntó Fortun.

Iba á hablar la Princesa, pero un redoble de clarin que sonó de repente en el castillo, sacó á los dos amantes del mágico adormecimiento que disfrutaban.

—A la oracion, dijo Zahra; y se levantó agitada.

Fortun hizo lo mismo.

En efecto, aquel clarin daba aviso á los musulmanes del castillo de que el Muezlin habia llamado al Alatema, ó sea á la oracion de la noche.

—¡Cuánto siento dejar este jardin! qué delicioso está! ¿querrás que volvamos mañana á la misma hora? añadió.

—Es indispensable; respondió Fortun; me debes una contestacion.

Zahra se echó á reir con candor, y apoyada en el brazo de su amigo se dirigieron al interior del castillo.

Cuando Alí conoció por el silencio no interrumpido, que ha-

bian desaparecido; entró furioso en su caverna, cogió un puñado de azufre, y lo arrojó con rabia sobre el hornillo donde tenia colocada la redoma, por ver si aumentando el fuego, aceleraba el dia de su venganza.

—Mañana... murmuró entre dientes con satánica alegria; mañana volverán los dos al jardin... mañana volveré yo á oirles su conversacion.

Y dió un fuerte latigazo al negro, para que tirara con mas ligereza la cadena del gran fuelle que soplaba á la fragua.

CAPITULO V.

DEL AMOR AL CRISTIANISMO.

Recogida Zahra en su cámara, pensó por primera vez con formalidad sobre sí misma.

Tenia presentes, sin perder una, todas las palabras de Fortun; y si el tierno corazon de esta niña se rendia apasionada al imperio de su voz, su razon le iba enseñando que la religion de Cristo, tal como su amante la presentaba; no era otra cosa que el cumplimiento de todos los deseos que habian agitado su juventud durante diez y ocho años.

Zahra veia abrirse á sus ojos un nuevo mundo; un mundo de amor y de caridad; y este mundo en que soñaba; este mundo que su fantasía habia imaginado tantas veces, lo hallaba realizado bajo el influjo del cristianismo.

—Una cristiana, se decia en su interior, puede vivir en su alcázar retirada de la sociedad; sola, con el objeto á quien ama, recibiendo por entero las caricias de él, y sin temor de que su afecto se vea dividido entre otras mujeres, y entre infinidad de esclavas. Vivir así... debe ser vivir en el Paraiso...

Mecida la Princesa en el silencio de su cámara por tan halagüeñas reflexiones; débil y vacilante como toda niña á quien impele ese huracan irresistible, el huracan del amor; ya habia resuelto hacerse cristiana, cuando una aterradora reflexion la sorprendió de repente, y la hizo estremecerse con fuerza: su padre, su querido padre se opondria á ello; y tenia que renegar de él ó de la dicha que habia concebido.

Una lágrima de fuego se arrancó de su corazon y abrasó sus párpados.

El sueño puso fin tan encontrados devaneos.

Cerrado Fortun en su habitacion, no estaba menos conmovido que la Princesa; conocia que su pasion á esta jóven era ya delirante; que no le quedaba otro recurso sobre la tierra que poseerla ó morir; pero habia jurado ante su altar sucumbir defendiendo su religion; posteriormente en la misma cámara en que se hallaba, habia jurado tambien ante la cruz de su cota no ser infiel á su primer juramento, y sacrificar en último caso aquel amor que le dominaba, en las aras de su Dios.

Fortun no lloraba, porque las lágrimas huyen de un jóven guerrero; pero una fiebre violenta hacia palpitar su pecho y abrasaba su frente.

En lance tan crítico saca un escapulario de la Purísima Concepcion, que su madre le habia cosido en el forro de la almilla; y ante la efigie de María, dobla la rodilla, inclina la cabeza, ora unos momentos con fervor; y en su oracion pide á la madre de Cristo alumbre el espíritu de Zahra para hacerla conocer la verdad; y á él le dé fuerza en sus espresiones para atraer aquella Princesa encantadora á la religion de los ángeles.

Vosotros, enamorados del siglo XIX; no tomeis semejante proceder como una ridiculez; no censureis no, las acciones de un guerrero del siglo IX no han sido en todo tiempo los jóvenes tan escépticos como vosotros; esa religion que hoy profesais sin entusiasmo y por rutina, fué defendida con el acero y regada con la sangre de vuestros abuelos.

Apenas el hombre entraba en la edad viril; cuando presta-

ba juramento solemne de perder su vida en defensa de su Dios.

Con la imágen de la cruz en el pecho, y la de su amante en el corazon, se lanzaba intrépido á la pelea; arrancaba con denuedo los laureles ocultos entre el valor de sus enemigos, y gozoso marchaba en seguida á rendirlos á los piés de su dama que lo acogia risueño.

Aquello era tener corazon, religion y honor; aquello era amar; y así amaba Fortun: pero al desgraciado lo habia colocado la suerte entre los términos de un dilema cruel: ó convertir á Zahra, ó renunciar á su amor; ó renunciar á su Dios.

El hijo de Hernan temblaba ante su situacion, pero su fé viva le hacia confiar en el cielo.

La aurora comenzaba á brillar en el horizonte; el clarin de la guardia anunció el nuevo dia, y el castillo dormido pocas horas antes, volvió á su animacion, volvió á su vida.

Nada podemos referir de particular: Abu-Alhama bajó á abrazar á su hija despues que ella regresó del baño, y la halló con harta sorpresa suya, mas pálida y mas melancólica que de costumbre.

No nos detendremos en pormenores indiferentes, y pasaremos con rapidez al crespúsculo de la tarde.

Apenas las sombras de la noche se dejaban caer por los valles, cuando Alí sacó la cabeza de su madriguera, á ver si oia la voz del cristiano y de la mora.

—No estan; murmuró con rabia y volvió á su elaboratorio.

Dificilmente habrian trascurrido cuatro minutos cuando de nuevo se puso en acecho; pero nada oyó, y otra vez se internó en la caverna.

El sol se habia sepultado en el ocaso; la luna asomaba plateada en el Oriente; un céfiro suave meneaba las hojas de los árboles, y el perfume de las flores embalsamaba la atmósfera en el paraiso de la Princesa.

Esta y Fortun penetraron del brazo por el vallado que lo rodeaba, y se sentaron en el mismo sitio que lo habian hecho la noche anterior.

Alí escuchó impaciente por tercera vez, é hizo un movimiento involutario de alegria.

—Ya estais bajo mi dominio, pronunció entre dientes con infernal sonrisa, y se hincó de codos en la piedra que cerraba la parte inferior de la boca sombria de su cueva.

El rostro de Fortun derramaba espresion; pero en el de Zahra se veia una languidez semejante á la que presenta el lirio al marchitarse.

—Otra vez volvemos á hallarnos juntos y á la misma hora, dijo Fortun.

—Sí, pero mi pasion avanza cada dia á pasos acelerados; respondió Zahra conmovida: toca, toca mi frente, y la sentirás arder: hasta las flores parece que exhalan amor esta noche.

Y cubriéndose el rostro con el pañuelo se echó á llorar.

—¿Qué tienes Zahra? le preguntó Fortun alarmado.

—No sé, déjame llorar, solo llorando hallo gusto.

Fortun calló y el silencio del pensil era interrumpido únicamente por los sollozos de su ama.

—Zahra, dijo Fortun con timidez, ¿te incomoda estar á mí lado?

—No me martirices Fortun, ¿quién sino tú es la causa de mi llanto? por tí siento debilitarse el afecto que profesaba á mi padre, á mi padre que me ama con delirio, que por mí renunció al mundo y se cerró en las murallas de este castillo. Siento sí, que se apaga mi afecto hácia él porque insensiblemente me voy inclinando á tí, á tu religion, y á todo lo que es tuyo; pues á mí Fortun, me basta en el cristianismo que lo profeses tú para parecerme bueno.

El hijo de Hernan no podia respirar de gozo.

—¡Oh! exclamó, y qué placeres esperimentarás entre mis brazos y bajo la proteccion de Cristo; entonces verás realizado el castillo que imaginabas anoche.

—No, no puedo yo esperimentar placeres completos lejos de mi padre. ¡Pobre anciano! exclamó dejando caer los brazos y levantando al cielo los ojos bañados en lágrimas: ¡cómo sentirás la au-

sencia de tu hija! cómo imputarás su crueldad!... pero ay... si supieras lo que es amar... si amaras como yo amo!...

Fortun la interrumpió diciéndole:

—No; Abu-Alhama no te imputará de cruel; porque no tienes que abandonarle: á Abu-Alhama lo aprecio yo tanto como tú, y un disgusto suyo seria un disgusto mio.

—¿De veras? preguntó Zahra sonriendo, ¿tambien amas tú á Abu-Alhama?

—¿Pues qué, no es él el que me concedió la libertad? y sobre todo, no es el padre de Zahra?..

—¡Qué bueno eres Fortun! ¡pero ay! el Emir no me permitirá de ningun modo que abrace el cristianismo: ¡qué horror! pensar tal cosa es pensar un imposible.

—Algo tenemos que trabajar por nuestra parte Zahra, para conseguirlo; y para gozar despues, algun sacrificio hemos de hacer de nuestros sentimientos por de pronto: mira, si quieres conseguir cualquiera cosa de un superior, pídele doble, y concediéndote la mitad alcanzarás lo que deseas.

—No te comprendo...

—Oye; si á tu padre le dices simplemente que quieres abrazar el cristianismo, porque son innumerables las ventajas que sobre el Islamismo ofrece á tu felicidad; desde luego que no te lo concederá; antes al contrario, tal vez se llenará de furor y nos castigará á tí y á mí. Celoso musulman no escuchará la voz de la razon, no reflexionará un punto, y acaso te precipitaria por su tenacidad en un piélago de desgracias: pero si en una noche tan placentera como la que ahora disfrutamos, huimos del castillo en mi corcel, velados por la claridad de la luna, é impelidos por el amor que nos anima; Abu-Alhama llorará la pérdida de su hija: y si pasado algun tiempo se la ofrezco cristiana; callará entonces la religion, y hablará solo el amor paternal; te llamará, me suplicará que se la entregue, y despues de estrecharte entre sus brazos, nos permitirá vivir á los dos en Cervera con nuestra servidumbre: ¿por qué no? ¿la cruz y la media luna, no habitan juntas? en Toledo, en Segovia y en otras grandes poblaciones del imperio de Abderramen

¿no están mezclados moros y cristianos? no, el Emir no nos lo prohibirá; antes bien, él mismo nos lo rogará.

—Tienes razon en cuanto dices, pero yo sin salir jamás del castillo en que me he criado, sin conocer otras personas que las que en él habitan; ¿á dónde iré, infeliz, fuera de sus murallas?.. ¿cómo podré vivir lejos de mi padre?...

—Irás al castillo de Hernan.

Esta respuesta serenó á Zahra estraordinariamente.

—En él encontrarás otro padre el corto tiempo que permanezcas ausente del Emir; conocerás á mi madre; la dulzura de su carácter producirá grandes simpatías en el tuyo, y disfrutarás con ella los encantos de la amistad que jamás has gozado, tratando hasta aquí solo con bravos musulmanes.

El alma de Zahra iba cediendo adormecida á las espresiones de Fortun, como cede una rosa á los besos del aura.

Su corazon solo ambicionaba afectos, y en hablarle de amor, de amistad, sucumbia sin resistencia ante ellos.

—Despues, prosiguió el cristiano: cuando tu suerte se haya fijado; cuando tú, sola tú, seas la esposa de Fortun, aparecerán un dia esas montañas cubiertas por millones de guerreros que amenacen la ruina de la córte del Emir. Mil penachos tremolarán en esas colinas, mil tizonas se levantarán contra estas murallas, y el momento en que Abu-Alhama espere su muerte y la de su ejército, Zahra, su querida Zahra, se presentará por encanto en la plaza del castillo acompañada de Fortun; abrazará á su padre, y con un beso de amor, le entregará la paz y la victoria. Hernan estrechará en seguida la mano de Abu-Alhama; y aquel ejército que poco antes amenazaba cual furiosos leones, los verás desfilar ante la torre del Emir como un ganado de humildes corderos.

Zahra manifestaba en su rostro lo agradable que le era la conversacion, pero una idea vino de pronto á enturbiar su alegria.

—Son ilusiones, Fortun, y nada mas que forma tu amor; dijo con tristeza: esta noche lo ves todo sonreir ante tus ojos, pero no

prevees los inconvenientes que hacen imposible su realizacion; tú quieres colocarme en medio del castillo con la bandera de paz; ¡qué halagüeño seria para mí ese momento, mas qué difícil el conseguirlo!.. ¿ignoras acaso el valor de mi padre y el de los zenetes que defienden su alcázar? ¿ignoras que perecerán todos antes que rendirse? y entonces, ¿cómo he de presentarme á brindarles con la paz, si solo podrán pisar tus huestes este suelo, trepando por las ruinas de las murallas y los cadáveres de sus habitantes?.. ¡ay que horror! exclamó la Princesa estremeciéndose: dejemos Fortun, semejante conversacion.

—No, Zahra; respondió sonriéndose satisfecho; no hay que abandonarla por horrorosa, pues cuanto te he dicho no son como crees ilusiones que mi mente ha fraguado para fascinarte un momento; son realidades que mi mano ejecutará para obligar á tu padre á que condescienda con nuestros deseos. No ignoro Zahra el carácter inflexible del Emir, ni la intrepidez y constancia de los guerreros que defienden la fortaleza de Abu-Alhama: pero cuando las falanjes sitiadoras sean mandadas por Fortun, antes de derramarse una gota de sangre, antes de dispararse una saeta; si Zahra, la bandera de paz tremolará en la cámara del Emir: ¿no sabes de qué modo?...

—No; no puedo comprenderte.

—Pues oye, añadió sonriendo; voy á instruirte para disipar tus temores, en una estratagema de guerra. Yo tengo muy conocidos todos los alrededores y rincones del castillo, y tengo tambien tomadas ya mis medidas para una conquista sin accion; acaso para la primera conquista ganada por una mujer; para asediar el primer castillo que sucumba ante el amor, cosa que á mí me es fácil conseguir en la presente ocasion. El subterráneo que suministra agua á tu baño concluye al nivel del rio...

—Ahora ya te comprendo; exclamó Zahra sorprendida con alegría.

—¿Me comprendes? pues escucha.

—Cuando las cohortes cristianas ofrezcan desde los montes el estado mas hostil; y el musulman del castillo examine embebido

desde las almenas las evoluciones del enemigo, cuatro robustos soldados echan abajo en un momento impunemente la muralla de piedra viva que separa del rio dicho subterráneo; y entonces, Zahra y Fortun, ¿no pueden presentarse en la plaza fuerte por encanto y sin ocasionar el menor daño al ejército del Emir? ¡qué satisfaccion esperimentará tu padre!.. ¡qué satisfaccion tus ayos!.. ¡qué satisfaccion todos los guerreros, cuando en vez de su ruina se encuentren con la hermosa Zahra, con su Princesa, que benigna cual siempre, les brinda con la paz... les ofrece la victoria!.. á vista de un rasgo tan generoso del cristiano, podrá negarse Abu-Alhama á las súplicas de Zahra y de Fortun? desoirá á aquella hija querida que vuelve á estrechar en sus brazos? despreciará los ruegos de su salvador Hernan? No: Abu-Alhama es reconocido, es generoso; y su generosidad no podrá negarse á acciones tan bellas: ama mucho á su hija, y á todo trance le proporcionará su mas completa felicidad. Sí, Zahra; continuó enajenado: viviremos en Cervera, y mientras en el castillo se rinde el culto á Mahoma, nosotros en un suntuoso Palacio, en un Palacio de amor, recogeremos la dicha que derrama sobre dos tiernos esposos el culto de Jesucristo.

—Mientes; murmuró Alí desde la puerta de la cueva; mientes villano; seduce, seduce ese corazon incauto; pero no agarrarás el fruto de tu alevosía... tengo en mi mano, añadió cerrando los puños con la fuerza de una terrible convulsion; tengo en mi mano la cuerda invisible de los once nudos, á cuyo poder tiembla el mundo y se hunden las religiones.

Alí dejó caer la cabeza sobre la piedra y calló; pero sus músculos continuaban agitándose.

—Ya quisiera estar en ese momento tan agradable, dijo Zahra animada por tan halagüeñas esperanzas, y hermoseada por la luna que bañaba su rostro con un rayo de plata.

—En nosotros consiste Zahra; huyamos cuanto antes y regresaremos pronto; nuestro amor se verá coronado, y nuestros deseos cumplidos.

Zahra exhaló un suspiro; le habian agradado en tal manera

las imágenes, los proyectos que Fortun trazaba en su conversacion, que ya creia verlos realizados; pero cuando tropezó con la fuga que tenia que verificar antes; cuandó reflexionó que iba á verse separada de su padre, se afligió su ánimo, y su alma se llenó de amargura.

—Fortun, prosiguió con voz debilitada; y he de abandonar á mi padre... ¿tanto exige de mí el cristianismo?

A esta pregunta se replegó Fortun sobre sí mismo, se hirió un poco su amor propio y le contestó en tono de reprension:

—Zahra, ¿no permanezco yo apartado del mio? amas tú acaso á Abu-Alhama mas que yo á Hernan? no vivo ausente de mi madre y de mi pátria? no me he hecho sordo á las afecciones de los unos y á los gritos de la otra?... no he olvidado todos mis deberes por tu amor?

—Tienes razon; contestó la Princesa con melancolía, y bajó los ojos.

—La separacion que de tí exijo es indispensable á nuestro plan, es una separacion por muy pocos momentos; y al invitarte á abrazar el cristianismo, ¿no lo hago con una verdadera abnegacion de mí mismo? ¿no lo hago únicamente por ofrecerte una dicha mas completa? Sí, Zahra mia; continuó enterneciéndose: la religion de Cristo es la única que satisface las almas grandes como la tuya; es la única que cierra ese vacio que el hombre siente incesantemente en su corazon, y que le hace arrastrarse por el suelo cual vil gusano lleno de inquietudes... Zahra, y por una religion tan sublime, tan benéfica que hoy adoptas, recibiéndola como escudo de tu amor, pero que te embriagará á luego con la multitud de delicias que emanan de ella á manera de fuente cristalina; es mucho sacrificio abandonar por algun tiempo un padre que abrazarás despues mas tranquila...mas feliz..! ¿qué me respondes Zahra?

—Que estoy resuelta á seguirte.

Y derramó una lágrima semejante á una perla de las que adornaban su cabeza.

—Te sigo Fortun porque te amo, ya lo sabes; pero dame pa-

labra de volver pronto al regazo de mi padre; tiemblo al poner el pié fuera de estas murallas.

—No tiembles Zahra; dijo Fortun apretándole la mano; no tiembles mientras estés á mi lado: volverás pronto á abrazar á tu padre, y volverás unida á tu amante esposo; yo te lo prometo á fé de cristiano.

—Y ahora, preguntó Zahra con voz mezclada de tristeza y dulzura, ¿te quejarás de mi? acusarás mi amor? dime Fortun ¿no dejo yo tambien por tí mi padre? no huyo de mi cámara? no abandono la religion del Profeta para abrazar la de Cristo que no conozco, y que me agrada solo porque es tuya? me dirás que no te amo?

—¡Ah!... no puedes conocer Zahra el enagenamiento que tus palabras siembran en mi pecho ardiente, y me huelgo todavia mas al pensar que la religion que hoy aceptas, te retribuirá ella misma con su premio; y cuando un sacerdote digno te abra su seno, conocerás el fondo de sus bellezas: ella suaviza al fuerte, ella socorre al huérfano, ella protege á la viuda, ella vela por la felicidad de los casados; y los pone á salvo del peligro de los demas hombres. Dices que no conoces la religion de Cristo; no lo dudo hija mia, muchos no la siguen por no conocerla: es como ella misma dice, semejante á las tiendas del Cedar, fea por fuera y lujosa por dentro; es un panal de miel que oculta el manjar divino con una cubierta de amarga cera.

La Princesa, recostada en el hombro de Fortun, escuchaba sus espresiones en silencio, y el poder mágico de su voz se difundia por sus venas, como se difunde una corriente de calor en una atmósfera pura.

Un largo rato pasaron así, durante el cual Alí miraba hácia arriba, anheloso en la duda de si se habrian marchado ó no los objetos de su presa.

Algunas nubes de caprichosas formas que atravesaban la atmósfera, impelidas por un suave viento de tramontana, ocultaban la luna por intérvalos desiguales; y las sombras fugitivas que

proyectaban en la tierra, hacian mas pintoresco el paraiso de la Princesa.

Por fin Zahra levantó la cabeza y dijo á Fortun:

—¿Cuándo quieres que partamos?

—¿Estás resuelta? preguntó gozoso.

—Sí; ese trance cruel que me aterra, pasémosle pronto: solo en tu compañía podré sufrir la última mirada que dirija á mi castillo.

—No te aflijas Zahra, regresaremos al instante; y nuestro proyecto no puede fallar; tendrá buen resultado, pero antes es preciso para ponernos á salvo de toda sospecha, suplicar al Emir que las próximas noches nos permita alargar nuestro paseo hasta esas colinas inmediatas que hay al otro lado del pueblo, con objeto de que cuando llegue el momento, cuando ya todo lo tengamos dispuesto, y mi corcel espere en el camino, no estrañe nuestra salida fuera de las murallas.

—Muy bien lo has pensado, Fortun, pero quiero marchar pronto para volver pronto.

—Todo hija mia lo haré á tu gusto: marcharemos si te parece dentro de cuatro dias.

—Se marchan pronto... gritó Alí furioso, vendrán casados...

Y se precipitó en el fondo de la caverna; quitó bruscamente la cadena de la mano del negro, y agitándola con mas ligereza que él, y avivando con un hierro el fuego de azufre que ardia bajo la fatal redoma, murmuraba con los ojos mas encendidos que su fragua.

—Hierve redoma... cuatro dias faltan á mi venganza... hierve... hierve redoma.

Un humo sulfuroso infestaba la cueva.

—Vamos, dijo Zahra, luego tocarán á la oracion.

Y se apoyó en el brazo de su amante.

No bien habian salido del vallado, cuando se oyó en confuso, alla... muy á lo lejos, la voz del Muezlin que desde el minarete de la Mezquita, llamaba al Alhatema.

Enseguida el redoble de un clarin sonoro convocó al mismo efecto á los guerreros del castillo.

—¿Escuchas? preguntó la Princesa á Fortun: y comenzaron á andar mas acelerados.

Fortun y Zahra acababan de concertar su viaje para dentro de cuatro dias; y cuatro dias faltaban al hijo de Mahomet para resolver el problema del nudo trece de la cuerda invisible.

En un mismo dia se iban á consumar, ó el amor vehemente del cristiano y la mora, velado por su fuga; ó la venganza horrible del cruel Alí.

El tiempo era precioso, el tiempo se media por momentos, un solo instante va á decidir la suerte de los unos ó del otro.

¿Quién vencerá?...

CAPITULO VI.

UNA NOCHE DE AMOR.

Seria algo mas de media tarde: Zahra y Fortun se hallaban en la cámara del Emir, sentados á derecha é izquierda de éste, que se arrellanaba voluptuosamente en los cojines de terciopelo.

Una gruesa pipa llegaba á su boca desde una taza de agua, y á su frente exhalaban abundantes perfumes de la Arabia, dos pebeteros de plata con filete de oro.

Abu-Alhama estaba mas cariñoso que nunca.

—Hija mia, decia á la Princesa que rebosaba alegria; qué satisfaccion disfruto hace algun tiempo.

—¿Por qué? preguntó Zahra con angelical sonrisa.

—Porque he visto desaparecer de tí aquella especie de inquietud, aquel disgusto habitual que me hacia creer no llegarias á disfrutar en la vida una tranquilidad completa: tus deseos eran vagos, y tal vez corria tu espíritu tras una sombra liviana.

—¡Padre!... respondió Zahra sorprendiéndose con inocencia; ¿pues quién ha podido enteraros de mis sentimientos?

—Tú misma, hija mia: ¿no me he cerrado en este castillo con-

tigo solo por salvarte del peligro que te anunció el Elymas Mahomet? ¿nó hemos vivido diez y ocho años entre estas murallas?... ¿qué otra cosa he hecho amada mia, en ese tiempo, que estudiar tu corazon, que leer tus afectos?... Aquellas miradas indecisas, aquellos paseos solitarios, aquellos suspiros inadvertidos que tantas veces has exhalado en mis brazos... ¿no son para un padre un lenguaje mas espresivo que las palabras de tus lábios?...

—Es que tambien gozaba en aquellas miradas, en aquellos paseos y en aquellos suspiros.

—Sí; pero esos goces son de una existencia muy efímera; fundados en una ilusion desaparecen como ella, y á los veinte años te hubieras hallado seguramente en un mar de tristeza, que hubiese ahogado tu alma. Mas hoy ya veo que tus deseos se han fijado, que caminas por el sendero de la realidad; y yo doy las gracias, añadió mirando á Fortun, al que te ha despertado de aquel sueño, que aunque dulce en un principio, luego te se hubiera hecho acerbo.

Zahra fijó los ojos en Fortun, y Fortun y Zahra los fijaron en Abu-Alhama.

El cariño corrió por sus corazones comunicado de uno en otro, con la rapidez que una manga eléctrica corre por las nubes de horrísona tempestad.

—Tambien tenia entonces, padre, dijo Zahra, mis placeres de verdad; os amaba á vos y descansaba en vuestro regazo; el afecto á un padre no es un afecto soñado.

—No hija mia, contestó el Emir levantando el turbante de la Princesa é imprimiendo un beso en su frente; el afecto de un padre es muy sincero, es acaso el mas desinteresado, pero concluye muy pronto: y sino mira en nosotros mismos el ejemplo. Tú querida mia, continuó con alguna tristeza, eres un pájaro que tiende sus alas por vez primera en el mundo; eres una flor que abre su corola al primer beso de la luz; y yo soy un roble anciano que he visto desprenderse una á una las hojas de mi juventud; que veo inclinarse lentamente mi cabeza hácia la tierra de donde salió: tú eres, hija mia, un arroyo puro de vida que estás aun muy cerca

de la fuente; y yo, despues de haber manchado mi corriente con las vueltas y revueltas de cincuenta años, con las desgracias que me han afligido; turbias ya mis aguas, me encuentro en el borde del mar donde todos nos precipitamos: tú comienzas la carrera, Zahra, y yo la concluyo; ¿cómo ha de ser duradero nuestro encuentro en el camino? imposible. Cuando yo era jóven, cuando yo tenia vigor, tú no me conocias; y todo el afecto que me abrasaba por tí, no contaba otro premio que una débil sonrisa que me enviabas desde la cuna...

—Padre, lo interrumpió Zahra poniendo las manos sobre sus muslos, y mirándolo con ternura: pues qué, ¿no tengo ahora tiempo para amaros? no tengo tiempo para pagaros tanto cariño?...

—El afecto de un padre, Zahra, no exige retribucion; es tan desinteresado... yo te amaba únicamente por el placer que me resultaba de amarte, y todos mis desvelos se han encaminado siempre á labrar tu dicha. No, Zahra, no te empeñes... hoy que comienzas á apreciar mi afecto; no, ya no puedes corresponderle por entero: otro objeto... y se sonrió con gravedad mirando á Fortun: si, otro objeto distrae las efusiones de cariño que en vano intentas encaminar hácia tu padre: y esto no te alarme hija mia; todos los hemos hecho; tal es la condicion del hombre sobre la tierra. El padre está condenado á amar á sus hijos sin un premio digno de su amor; sin embargo, el padre goza tambien en ellos; goza en verlos desarrollarse galanes, y aunque á medida que crecen, aunque á medida que avanzan, se alejan de él, que va retrocediendo, goza si los vé, aun cuando de lejos, alcanzar la felicidad que tan eficazmente les desea.

—¿De veras?... deseais con anhelo que yo sea feliz?

—Por ello sacrificaria mi propia vida: ¡ah! siendo tú feliz lo seria yo tanto...

—¿Oyes? dijo Fortun con intencion á la Princesa; si tú eres feliz lo será tambien tu padre.

Zahra respondió con una sonrisa de ángel.

—Es preciso acelerar, repuso Abu-Alhama, el dia de vuestro enlace.

—Y no llevariais á bien que Hernan presenciara nuestras bodas?...

—Ah! exclamó el Emir levantando la cabeza: si Hernan se dignara pisar este castillo; si yo pudiera decir á aquella mano generosa que me salvó; «toma, habita mi cámara,» ¡qué espansion gozaria mi alma!...

—¿No es el padre de mi esposo? añadió Zahra: ¿por qué se ha de negar á abrazar su hijo en aquel dia?

—Si, Fortun; continuó Abu-Alhama con espresion: que parta al instante una escolta en tu nombre, y que entere de todo al valiente cristiano.

La luz iba faltando de la cámara.

—Padre; dijo Zahra como recordando de pronto una idea: ¿nos permitireis alargar nuestro paseo por la noche hasta las vecinas montañas?

—Haz lo que gustes hija mia, ¿qué inconveniente hay? La profecia de Mahomet ya está cumplida; ya te hirió, añadió sonriendo, el dardo emponzoñado del cristiano: debes hallarte ya en completa libertad...

Zahra y Fortun se levantaron para partir; pero el Emir los detuvo diciendo.

—¿Ya os marchais? no es todavia pronto? dejadme gozar un momento mas de vuestra compañía.

Los dos amantes volvieron á sentarse.

—Fortun, no me robes todo el afecto de mi hija; la amo tanto... ¿ves esa gracia de su mirada? ves esa sonrisa de sus lábios? pues es la gracia ,es la sonrisa de su madre Nocima, que murió al darla á luz.

—Os mostrais celoso Emir, dijo Fortun en tono de chanza.

—No; aun cuando no me bastaria para satisfacerme todo el amor que abriga el corazon de mi hija; conozco que una mujer puede amar á la vez á su padre y á su esposo. Vaya hijos, id, id á pasear, no quiero deteneros mas tiempo: os doy libertad ahora en la suposicion de que mañana me hareis otra visita...?

Zahra besó la mejilla del Emir; y salió de la cámara apoyada

en el brazo de su amante, que tambien se despidió con muestras de verdadero cariño.

Todos los escrúpulos que agitaban á la Princesa la tarde anterior, habian desaparecido completamente: ya solo pensaba en el momento halagüeño de presentarse en el castillo acompañada de su esposo, ofreciendo la paz á su padre y á sus guerreros; y si entre el cúmulo de sus dulces reflexiones asomaba alguna vez el cruel instante de la separacion de su padre, «tambien Fortun, se decia á sí misma, ha abandonado por mí el suyo.» De este modo calmaba su inquietud; y el porvenir sonreia de lleno ante sus ojos.

Cuando bajaron á la plaza acababa de cerrar la noche; un vapor diáfano cubria el firmamento, y la luna y las estrellas brillaban mas arriba como chispas de eléctrico al través de una gasa tupida.

—¿A dónde quieres que vayamos? preguntó Fortun.

Zahra dudó un momento.

A aquella colina cubierta de enebros; dijo despues, señalando con la mano al Norte.

Los dos jóvenes pasaron el estrecho corredor que formaba la cortina de la plaza con la contramuralla, y entraron en el juego de la ballesta; atravesaron éste hasta salir por la puerta occidental del castillo; bajaron entonces diez y ocho escalones angostos de piedra sillar casi perpendiculares, y se hallaron en una pequeña plaza sobre la cueva de Marimon.

Por un agujero circular abierto en el suelo, salia una corriente de humo sulfuroso, que á pesar de estar al aire libre, sofocaba la respiracion.

Caminaron hácia el Norte unos cuarenta pasos; y doblándose luego al Oriente, siguieron por el otro lado del barranco del Tollo, paralelos á él, hasta llegar á la cumbre de un montecillo poblado de romeros, tomillos y salvia que se desplegaba frente por frente al castillo.

Aquí, al pié de un frondoso enebro, fué donde se sentaron los dos amantes.

La Naturaleza reposaba bajo un silencio majestuoso.

Esta era la vez primera que Zahra salia del alcázar; jamás habia pisado otro suelo que el de sus jardines; y de vez en cuando la calle de Balija acompañada de su padre y de la córte, para asistir á la mezquita en el dia de oracion pública.

Un aire nuevo, un aire puro saludaba su rostro; y su corazon sentia el influjo de tales atractivos.

Desde allí se disfrutaba una vista magnífica mezclada de agradable y horrorosa.

Si miraban á la derecha, veian á lo lejos hundida en un estrecho y profundo canal de peña, la cueva de Marimon, enrojecida por el fuego de azufre que ardia en su seno: el barranco de Tollo que naciendo en dicha cueva se iba ensanchando á medida que se retiraba de ella, y se cargaba de casas bajo sus piés hasta desembocar en la plaza de la Mezquita.

Al otro lado del barranco destacaba la colosal montaña, imponente, sombria como el génio de la noche: á doce varas de su falda, en el primer término, aparecia en penumbra la muralla sobre la que asomaban las copas de las higueras, de los nogales y de los granados.

En segundo término arrancaban las pintorescas almenas de la contramuralla, y en el tercero la plaza fuerte con sus erguidas cortinas, y con sus bastiones entre los cuales se remontaba el torreon del homenaje, en cuya cima tremolaba la bandera blanca á espensas de un céfiro suave, y dibujaba su media luna en la atmósfera trasparente.

Zahra gozaba en mirar su castillo al que la luz vacilante de la luna daba la última pincelada de sublimidad; Zahra gozaba en recibir el ambiente de la noche; Zahra gozaba en oler los tomillos y los romeros: Zahra gozaba en estar al lado de Fortun, en pensar en la vuelta de su viaje: Zahra tenia diez y ocho años, y á los diez y ocho años ¡se goza de tantas cosas!...

—¿Cuánto tiempo falta para nuestra fuga? preguntó con amabilidad.

—Tres dias: respondió Fortun.

—Quisiera pasar esos tres dias en un sueño; me aterra tanto el momento de separarme de mi padre..! ¿no has visto que amable ha estado con nosotros?

—Si, pero hija mia, no conoces que la fuga que vamos á ejecutar no tiene otro objeto que labrar tu felicidad; ¿y labrando tu felicidad no adviertes que labras tambien la de tu padre? él mismo lo ha dicho no hace mucho rato; además desea con vehemencia ver á Hernan, y solo de este modo puede proporcionársele tal visita. ¿Qué son Zahra, los dias de disgusto que ocasionemos con nuestra ausencia á Abu-Alhama, comparados con los placeres que le ofreceremos despues? Cuando ya te crea á tí perdida, tal vez cuando llore tu muerte, verá á Fortun, verá á Hernan, abrazará á su hija y la abrazará mas dichosa que nunca. Zahra, la fuga que de tal modo temes, abre las puertas de nuestra felicidad; ¿por qué te asusta?

—No; ya no me asusta, ya deseo huir: sabe pintarla tu lengua con tales encantos que ya la apetezco; si, apetezco huir contigo por esos mundos desconocidos.

—La Vírgen protegerá nuestra marcha.

—¿Y quién es la Virgen? preguntó con curiosidad.

—Es la flor mas hermosa del Paraiso; contestó Fortun con entusiasmo: es la palma mas verde del cielo, es el arroyo mas puro donde bebe todo cristiano, es la fuente de donde manan á torrentes las verdaderas delicias. La Vírgen, Zahra; es una jóven llena de misterios, pero cuya dulzura embriaga nuestros corazones; es la madre de Cristo, de ese Cristo, hijo de Dios, que movido de amor á sus criaturas; solo de amor y no de interés, murió por nosotros en una cruz, derramó gota á gota toda su sangre, para abrirnos con ella las puertas de la gloria, que el pecado del hombre habia cerrado, y fundar sobre sus padecimientos una religion basada en la caridad.

—¡Qué bellezas me haces concebir en la religion de Cristo... qué hermosa debe ser la Vírgen... me siento tan inclinada hacia ella... cuando yo me haga cristiana me llamaré Vírgen; me gusta tanto...

—Te llamarás María, que es su nombre; verás qué atractiva se manifiesta su imágen en nuestros altares.

—¡Qué deseos tengo de verla!

—¿Quieres verla esta misma noche? preguntó Fortun sonriendo.

—Si fuera posible... repuso Zahra con desconfianza.

—Sí, hija mia, lo es. Cuando dí el beso de despedida á mi madre, para lanzarme á la batalla en que me aprisionó Alí; «espera» me dijo con las lágrimas en los ojos; y cosiéndome en el forro de la almilla la imágen de la Vírgen «ella protegerá tu viaje» repuso y me abrazó con cariño. En efecto, ella ha protegido mi viaje con muestras de gran misericordia; ella ha embotado en mí el poder de los musulmanes, y ella me ha proporcionado la dicha de conocerte, de amarte y acogerte bajo su regazo. Cuando cerrado en el calabozo sombrío aquella noche terrible, me amenazaba por todas partes una muerte cruel y segura; reventado por el peso de las cadenas; dirigí mi corazon á esta misma efigie; y sacó el escapulario, que puso en manos de la mora; hice una fervorosa oracion, y antes de concluir mis súplicas ya me habia la Vírgen enviado un ángel de consuelo: ese ángel fuiste tú, Zahra; qué hermosa, qué benigna y radiante, bajaste desde tu cámara á un calabozo oscuro á salvarme.

—Si, Fortun, lo interrumpió la Princesa conmovida hasta el estremo; la religion de la Vírgen es la verdadera religion: ya siento no haberla profesado antes; ya esperimento suinflujo en mi amor: desde que hablamos de la religion cristiana, es mas celeste, mas sublime; es mas parecido á la Vírgen.

Toda la supersticion que abrigaba el pecho de Zahra, como buena mora, se habia convertido de súbito en una fé viva y ardiente hácia las grandezas de María: Fortun se encontraba inspirado, y Zahra abrasada de amor.

—Dime Zahra, continuó mientras ella miraba con regocijo el escapulario de la madre de Cristo: no es un misterio inapeable para los mulsumanes... cómo pueden esplicar esos hombres incrédulos aquel impulso interior y ciego en la apariencia, que te

impelió venciendo mil obstáculos á bajar desde tu regia cámara á un calabozo subterráneo, por salvar un hombre desconocido, un enemigo de tu patria y de tu religion?

—Me movia un sentimiento de caridad, respondió la Princesa con inocencia.

—Y ese sentimiento de caridad ¿qué es? replicó Fortun con fuego: es la mano de la Vírgen que se reviste de las virtudes mas preciosas para atraer á sí las almas felices que Dios ha destinado desde la creacion para la madre de su hijo: si, Zahra, tiempo hace que tú estas destinada á beber el caliz del verdadero néctar angélico. La Vírgen te arrancó de tu lecho á ejercer una accion loable para que me conocieras; y este amor puro, este amor celeste que á tí y á mi nos inflama, aumentado por los encantos de una noche tan apacible y serena, es el espíritu divino, es el medio de que se ha servido Dios, para llamarte á su religion.

—¡Cuánto amo á la Vírgen! pronunció Zahra enagenada de gozo besando el escapulario: tienes razon Fortun, á ella debo el haberte salvado, y á ella debo este amor que hace mis delicias: ¡cómo le pagaria yo ventura tan grande..! yo quiero hacerle un regalo de mis joyas... la amo tanto...

—Todavia la amarás mas, cuando desposada conmigo, cuanhecha cristiana y viviendo al lado de tu padre y de tu esposo, un sacerdote respetable te dé una idea detallada de sus gracias infinitas: la amarás mas cuando te abra el seno de la religion de su hijo, y te ponga de manifiesto las grandezas que encierra. Sus preceptos son todos dulces, sus máximas saludables: ves esa caridad que te anima, esa complacencia en el bien, esa moderacion en las pasiones, ese gusto en olvidar las ofensas, los descuidos de tus inferiores..? esas son cabalmente las máximas que pondera, los preceptos que impone al cristiano. La religion de Cristo no aterra, persuade: y en esto se diferencia principalmente de la imaginaria del sagaz Mahoma. El Iman estiende sus creencias con el acero de un millon de alfanges; el sacerdote con su palabra y con sus lágrimas; pero estas lágrimas van acompañadas de las lágrimas de la Vírgen, que los subyuga sin conocerlo, co-

mo te subyugó á tí el dia de mi libertad. El musulman siembra la muerte y la venganza en pos de sus conquistas; y el cristiano por do quiera que vence va perdonando, va erigiendo templos á su Dios, y plantando en ellos la bandera de la paz.

—¡Oh! qué delicias esperimento esta noche: tú me hablas, y la Vírgen que tengo en mis manos inflama tus palabras, toca mi alma: tambien nosotros debemos edificar un templo á la Vírgen; porque has hecho una conquista, la conquista de mi corazon: sí, tenemos que solemnizarla con un templo, y en él plantaremos tambien la bandera de la paz.

—Bien, Zahra... exclamó Fortun henchido de amor y de placer: sí, lo edificaremos aquí, en el mismo lugar en que estamos sentados; y cuando haya trascurrido el tiempo, nos recordará la noche mas deliciosa de la vida; á nuestros hijos recordará nuestro amor; y á las generaciones venideras les quedará en él un recuerdo de la conversion de Zahra, un monumento de la religion viva de ésta y de Fortun.

Una escesiva alegria, como un pesar estraordinario; embargan á las veces el ánimo, y hasta llegan á privarlo.

Los mas ardientes afectos del corazon de Zahra brotaron de repente y le apagaron la voz: reclinada sobre el hombro de Fortun, con el escapulario en la mano, permaneció unos momentos en silencio, sumergida en un parasismo de placer, hasta que el ambiente suave de la noche, perfumado con la fragancia de los tomillos, serenó su frente encendida, y aplacó la agitacion de su pecho: entonces abrió los ojos hermoseados por la luz de la luna, y mirando á Fortun con cariño le dijo:

—No sé amigo mio lo que pasa por mí; tiembla mi cuerpo y mi cabeza se desvanece. En un principio te amé porque no podia menos de amar; ahora amo porque no puedo menos de amarte; y este amor puesto al abrigo, como tú me dices, de la religion cristiana, ¡me ofrece delicias tan grandes!... veo abrirse á mi vista un porvenir tan halagüeño!...

—Ese amor, esas delicias, hija mia, son fruiciones que la mis-

ma Vírgen que tienes en la mano, derrama desde el cielo sobre tí, para premiar anticipadamente el cariño que has comenzado á profesarle.

—Y del que quiero darle una prueba auténtica muy pronto. Mira Fortun; mañana mismo, voy á recoger todos mis diamantes, todos mis corales, todas mis perlas y todas mis diademas; bajaremos á la sala de armas á tomar una de las banderas blancas; tú perfilarás en ella una cruz como la que llevas en la coraza, yo la bordaré al instante, la alzaré tambien en la caja de los diamantes; y lo dedicaré todo á la construccion del templo á la Vírgen en este monte, donde la he conocido, y donde me ha enseñado á amar de otro modo que yo amaba: mientras vaguemos en nuestro viaje, dejaremos oculto el cajon; y á la vuelta, cuando la Vírgen nos haya traido sin novedad, comenzaremos el trabajo: yo te entregaré la bandera, y tú, como vencedor, la plantarás en el tejado: ¿qué te parece Fortun? prosigió sonriendo.

—Que se me figuran siglos los momentos que faltan para aquel dia.

Zahra continuó despidiendo por los ojos torrentes de gozo y de candor.

—Fortun, cuando vivamos casados en el castillo; donde tal vez querrán vivir tambien en nuestra compañía Hernan y tu madre, ¡con qué gusto veremos desde nuestra cámara el templo de la Vírgen! con qué gusto veremos tremolar la bandera que yo misma habré bordado! cada vez que la veamos nos recordará esta noche de amor...

La pasion ahogó su voz.

—Esta noche, prosiguió Fortun enagenado, en que me siento mas grande que nunca: tú Zahra, añadió tomándole la mano, tú y el cielo os empeñais en colmarme de placer; mira, mira que noche tan hermosa; mira la luna rodeada por una aureola de colores divinos; mira cuanta estrella y qué brillante; ¡qué nubes tan caprichosas! qué aire tan suave! qué olor tan delicado!... y luego tus palabras, tus palabras que corren por mis venas, cual silfio

de amor que me estremece... ¿cuándo he esperimentado una noche semejante á esta?... eternamente permanecerá grabada en mi corazon con un sello de fuego...

—Y en el mundo con el templo de la Virgen del Monte, respondió Zahra tan conmovida como Fortun: no me contento con que tú y yo nos acordemos de ella; quiero mas, quiero que el orbe, que nuestros hijos, que las generaciones que nos sucedan sepan tambien lo mucho que amó á un cristiano la Princesa de Cervera; y las dulzuras que la madre de Cristo derramó sobre su alma en recompensa de haber abrazado la religion de su hijo: y si no es bastante para ello la bandera que bordará mi mano, yo misma lo estamparé en las paredes del templo.

Calló Zahra, y los dos quedaron sumergidos en un silencio profundo: era el silencio del amor.

Fortun agarraba con ambas manos una de las puntas del manto de Zahra; y Zahra cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Fortun.

Las palpitaciones del pecho de la mora hacian temblar el pecho del cristiano.

Una nubecilla que cubrió la luna, oscureció la Naturaleza; pero en cambio dibujaba en el azul del Eter sus risueños contornos de jacinto y de coral.

La cueva de Marimon ofrecia mas al vivo su boca de ascua, y el castillo se desplegaba al frente de nuestros amantes, como un gigante inmóvil, sombrio y taciturno.

El clarin de los alfaraces llamó á la oracion; y su voz aguda y sonora despertó á Zahra y Fortun del parasismo que los embriagaba.

Se levantaron asustados: se miraron uno á otro y se sonrieron con mas halago que el porvenir senreia á sus ojos.

Zahra se apoyó en el brazo de su amigo; y satisfechos como la niña de quince años que despierta de un sueño placentero, comenzaron á andar hácia el Poniente; es decir comenzaron á deshacer el camino que habian traido.

—Zahra, decia Fortun, mientras marchaban: esta es una de

las últimas noches en que acudimos al Alhatema de los musulmanes.

—Es verdad, contestó Zahra, recogiéndose con gracia el manto de seda que le arrastraba por los espliegos y tomillos; despues que hayamos vuelto de nuestro viaje; cuando los musulmanes bajen á hacer la oracion en la Mezquita; tú, Hernan, tu madre y yo, vendremos á la Virgen del Monte á orar delante de Cristo y de su madre.

—Y en medio de la oracion, hija mia, recordaremos esta noche en que los ángeles han soplado nuestro amor, para acabar de atraerte por este medio á su sagrada religion.

—Aun volveremos á escuchar los coloquios de Zahra y de Fortun antes que entren en el castillo; pero dejémoslos un momento para dirigir una ojeada detenida sobre Alí, del que apenas nos hemos ocupado despues que abandonó la guerra y los galanteos, para dedicarse esclusivamente al estudio de la mágia.



CAPITULO VII.

LA CUEVA DE MARIMON.

Ya conoce el lector la situacíon de esta cueva, abierta al Occidente del castillo, debajo del Peñon, sobre el cual vuela el paraiso de la Princesa: su boca alta y tan estrecha, que apenas cabe á entrar una persona, mira al Oriente; y dá origen al barranco de Tollo, que principiando en un canal estrecho y profundo, se va ensanchando considerablemente á medida que se aleja de ella, hasta el punto en que comienza á poblarse: y despues de circunvalar la falda oriental del castillo, encuentra su Mezquita (hoy San Gil), y empalma con el resto de Cervera.

La cueva de Marimon es por dentro irregular y sombria, aunque tiende á la figura ovalada; su suelo de arena; sus paredes groseras como obra de la Naturaleza; y en ellas se encuentran algunas socarrenas ó agujeros abiertos á pico.

En aquel tiempo se desprendia de la techumbre incesantemente y por intérvalos iguales una gota de agua que el hijo de Mahomet recogia en una vasija de cobre puesta debajo, en la que

producia un ruido monótono y mesurado semejante al que produce el péndulo de un relój de pared.

Los siglos han hecho sufrir algunos cambios al interior de la cueva; pero la gota de agua aun se desprende en ciertas estaciones del año en la misma forma que entonces se desprendia.

Entrando á mano derecha se alzaba hasta la cintura un hornillo de arcilla donde la llama azulada y constante del azufre, calentaba lentamente una redoma de vidrio puesta sobre dos pedazos de amianto á manera de trébedes.

El negro acurrucado en un rincon, bajaba la cadena del fuelle; y Alí estaba maniobrando en una mesa brusca de piedra, que tenia en medio de la cueva atestada de papeles de Africa y de pergaminos, todos escritos.

No era Alí aquel mancebo arrogante que conocimos; no era aquel mancebo de talle esbelto, de noble presencia, de buen personal, no: Alí hoy se hallaba en camisa, y solo un pantalon negro, ancho y destrozado bajaba en desiguales pliegues desde la cintura hasta las rodillas.

Habíase descarnado su semblante y hundido sus ojos; la larga barba le llegaba hasta el pecho y la cabellera enredada hasta la espalda; el color de su rostro se presentaba pálido; y por las sienes y por las mejillas, le caian carreras de sudor que habian manchado el cutis impregnado ya en el humo del azufre.

La mirada vaga y penetrante de sus turbias pupilas; los movimientos nerviosos de los brazos, y el quegido estentóreo del pecho que se oia de cuando en cuando; ponian bien al claro las aberraciones que cruzaban su mente.

Desde que se cerró en el fatídico elaboratorio prescrito por sus abuelos, los Elymas del Asia; se habian fijado con imperio en su cabeza tres ideas que lo anonadaban; la redoma ardiendo sobre el azufre, la hermosura de Zahra, y la venganza contra Fortun: tres ideas que siempre tenia presentes; tres ideas que no podia borrar de su espíritu; que lo cansaban, que lo afligian como un enorme peso que se desplomara sobre su cerebro.

La rabia, el amor, una esperanza anhelada é incierta, le hacian crugir los dientes, le hacian temblar los lábios...

En vano, en vano en el silencio de la cueva, en la oscuridad de las tinieblas cerraba los ojos por apartar de sí aquellas tres imágenes; en vano se pasaba la mano por la frente y se arrancaba los cabellos á puñados; eran tres sombras... eran tres fantasmas que le seguian por do quiera... tres fantasmas que le acosaban dia y noche... tres fantasmas que daban por la cueva tantas vueltas como él mismo daba... y al encontrarse en una situacion tan cruel; y al verse acosado por su misma conciencia; rompia su maligno corazon en una estrepitosa carcajada de despecho, que se repetia vibrante en todas las profundidades de la caverna...

Ya se acercaba el momento de sus deseos; veinte y cuatro horas faltaban segun la palabra de Mahomet, para que la pocion formase espuma azul; SEÑAL DE OPORTUNIDAD; pero Alí estaba muy agitado: cada instante que pasaba era para él un siglo que se precipitaba en el abismo del tiempo.

Si Zahra y Fortun huian pronto del castillo como les habia oido decir; si huian antes de resolver él el problema del nudo trece, todo era perdido para él; porque él no ambicionaba ciencia sino venganza.

Algunos dias hacia que repasaba ávido sobre la mesa los pergaminos de los sabios anteriores, para no desperdiciar la mas leve circunstancia que pudiera contribuir á la perfecta solucion del problema.

Asi se hallaba al oscurecer, cuando las pisadas sobre su cueva, de Zahra y Fortun que iban á paseo, hicieron palpitar con fuerza su corazon.

Oyó aproximarse mas que otras veces la dulce voz de Zahra; aquella voz que le hacia temblar mas que todas las tempestades que amenazaran su existencia: abandonó con desprecio al escucharla los pergaminos que hojeaba; se precipitó impaciente sobre la boca de la cueva, y torciendo la cabeza hácia arriba como acostumbraba; observaba con asombro que se iba debilitando, cual si se alejaran, el eco de sus enemigos.

Creemos no habrá necesidad de recordar al lector que estas escenas sucedian cuando los dos amantes salieron á dar su paseo nocturno.

A los pocos instantes tomaron un angosto sendero hácia el Oriente que conducia á la colina que ya conocemos, con cuyo motivo se ofrecian de espalda en su marcha á los ojos de Alí.

Cuando este, que permanecia absorto en la boca de la caverna, conoció que sus enemigos no estaban en el paraiso de la Princesa, ignorando por otra parte la direccion que habian tomado; cuando este los distinguió perfilados en el horizonte azul, deslizándose suavemente sobre la alfombra de romeros y tomillos, apoyado el uno en el brazo del otro; esperimentó una sensacion mas violenta que si hubiera descargado en su pecho una corriente de electricidad. Abrió los ojos todavia mas; estiró mas el cuello, y no perdió uno de sus movimientos, hasta que los vió sentarse en la cúspide de la colina.

Allá se distinguian en la trasparencia de la atmósfera, como los ángeles que un pintor maestro traza con aguadas confusas y fantásticas en el último término de su cuadro.

Alí estático, con la boca abierta, sin pestañar, sin alentar, mira aquellos dos bultos que no habia visto desde que se cerró en la cueva; mira aquellas sombras que para él eran las sombras de la venganza y del amor.

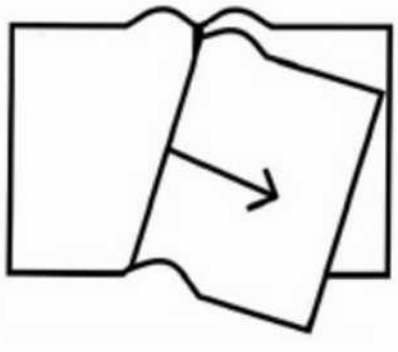
De repente, en medio del silencio que le rodea, suelta una amarga carcajada que repite el eco del barranco; y se mete en el seno de la cueva. Pero sus miembros continuaban temblando.

Despues, poniéndose erguido y encarnado; estirando la mano derecha en direccion de la colina, y señalando con la izquierda la fragua que ardia lentamente, murmuró con voz ronca y apagada:

—Caereis bien pronto bajo ese fuego, como dos mariposas caen bajo el fuego de una luz.

—Y se sentó junto á la mesa de piedra.

Entonces, procurando aplacar en vano su agitacion, co-



FALTAN DOCUMENTOS
(paginas, cuadernillos...)
ISO 9878/1990

celos, frenético, con voz ahogada y con la vista turbia murmuraba:

—Sí; me vengaré aunque perezca la cuerda de los once nudos; me vengaré aunque pese sobre mi alma la muerte eterna, la condenacion de tantos sabios... Lobeid, Daldal, Mahomet, hundios vosotros en el infierno y dejadme á mí respirar... no... la cuerda de los once nudos no abrirá vuestros sepulcros; permanecereis en ellos toda la eternidad... ¿á mí que me importa? con mi venganza yo no conozco amigos, yo no conozco deberes, yo no conozco á nadie... yo quiero despedazar á ese cristiano... yo quiero enterrar á la mora en el abismo; yo quiero vengarme... sí... vengarme...

Pronunció las últimas palabras sin claridad; porque la ronquera entorpecia su garganta; y rendido se dejó caer sobre la mesa.

—No... continuó á luego con un ronquido áspero y levantando la cabeza; no me arredra la voz de los sabios; su precepto es una injusticia; Daldal que me habla, duerme tranquilamente en el Egipto; Mahomet duerme en Toledo; y yo... yo sufro en esta cueva los rigores de una condenacion horrorosa...

En la frente de Alí se veia pintada la calentura que producia delirio tan frenético.

—Y yo veo deleitarse en el amor á mis enemigos... no; repitió con mas fuerza saliendo á la puerta de la cueva con el pergamino en la mano: ¡qué se aplasten las generaciones pasadas! que perezcan por mi culpa las generaciones venideras... yo quiero venganza... yo respiro venganza... mirad, mirad el caso que hago de los preceptos de Mahomet: y rasgando el pergamino lo hizo pedazos que arrojó al barranco: yo quiero venganza... asi os despedazaré tambien á vosotros, fementidos; prosiguió luchando con la rabia y el abatimiento, al paso que fijaba los ojos en la colina: pero los dos bultos habian desaparecido.

Su mirada se perdió en el perfil de los montes y en el vacio planteado de la atmósfera.

—Han marchado... exclamó con un gemido balbuciente: y convulso se hincó de codos en la enorme piedra que cubria la mitad de la puerta de su caverna, esperando escucharles la conversacion al pasar; porque á manera de tigre rabioso se saboreaba en oir el eco de las víctimas que preparaba para saciar su furor.

Con efecto; Zahra y Fortun, avisados por el clarin del castillo, comenzaron la marcha por el mismo sendero que habian traido, como ya sabe el lector; y andaban sobre aquella colina hermosa, mecidos por sus halagüeñas esperanzas, y arrullados por el ambiente placentero que serenaba sus frentes abrasadas por el amor.

A medida que sus pisadas se iban dejando oir desde la cueva de Marimon, estiraba Alí el cuello, avivaba el oido, y abria los ojos para entender mejor las palabras de Zahra que decia:

—Toma Fortun, el escapulario de la Vírgen; distraida con los halagos que me proporciona tu compañía no me he acordado de devolvértelo.

—Te lo he entregado hija mia, respondio Fortun, para que lo conserves en tu pecho; es el único don que hoy puede entregarte mi cariño, lo aprecio mucho porque me lo regaló mi madre como sabes, y quiero depositarlo en tí: por otra parte, ¿no es la imágen grabada en él la que tantas delicias te ha ocasionado esta tarde? la que ha abierto á nuestros ojos un porvenir tan dichoso? pues bien; consérvalo y ella hará caer copiosamente sus gracias desde el cielo sobre tu corazon.

—Lo recibo muy gustosa; pero guárdalo tú estos dias, porque si en el baño ó en otra parte me lo descubren los ayos, quedarán frustrados indudablemente nuestros proyectos.

Y alargando la mano lo entregó á Fortun que lo colocó dentro de su almilla.

—Cuando hayamos vuelto de nuestro viaje, replicó Zahra mas animada; cuando hayamos edificado el templo de la Virgen del Monte y vayamos tú y yo á orar en él, entonces llevaré pendiente de mi pecho el escapulario, y haré gala de atribuir á él los en-

cantos que he gozado esta tarde, y que no se borrarán de mi memoria en la vida.

Alí estiraba cada vez mas la cabeza, abria los ojos con mas fuerza, y aplicaba el oido con mas avidez; porque la voz de Zahra y de Fortun se iba debilitando para él por grados, á medida que se alejaban de la cueva; hasta que subiendo las doce escaleras, que antes habian bajado, y entrando por la puerta Occidental del alcázar dejó de oirse completamente.

Entonces, exclamó entre dientes, con el acento de una ironia estúpida.

—¿Vais á levantar un templo á la Vírgen? ¡qué magnífico será fundado en vuestro amor!... infelices!... repuso con acento sério dirigiéndose á la fragua y removiendo el azufre con un hierro.

—¡Infelices! esta redoma que arde en la lumbre, será el trono de mi gloria; será la tumba de vuestros amores...

Una hora habia trascurrido despues de dichas escenas.

El silencio de la muerte reinaba en la Naturaleza: la luna se habia hundido en el Ocaso; espesos y grandes nubarrones apagaban el brillo de las estrellas, y la oscuridad era tenebrosa.

Cervera y su castillo dormian; solo el atayala de la torre y los dos habitantes de la cueva de Marimon permanecian en vela.

Era el principio de la segunda vigilia cuando Alí, á quien podemos llamar el rey de las tinieblas, dejó un pergamino que repasaba con intension; tomó un frasquito de vidrio, y pintando en las facciones descarnadas de su rostro una alegria fatídica; esa alegria que debe brillar en el rostro de Satan, abandonó su caverna.

Trepa ágil por los yermos escarpados que forman el barranco de Tollo, y si lo seguimos lo veremos encaminarse por las montañas del Occidente, y andar acelerado hasta que tropezó en un monton de piedras, señal que él mismo habia colocado.

—Aquí está, dijo; y sacando del seno un cuchillo, cortó el sarmiento mas robusto de una cepa silvestre que nacia alli: recogió en el frasco con mucho cuidado las primeras gotas de zumo que lentamente se desprendian de él, y cubriéndolo con es-

mero volvió á su cueva mas tranquilo que se habia hallado en todo el dia.

Se sentó junto á la mesa de piedra, colocó en ella el frasco, comenzó á recoger y registrar con la vista los muchos pergaminos que en el frenesí de su calentura habia tirado pocas horas antes; y dirigiendo una mirada alternativa de satisfaccion á la cuerda invisible, al frasco de vidrio, y á la redoma de la fragua:

—¡Oh gran Alá! exclamó: ya se acerca el instante de mi venganza.

Y comenzó á leer de nuevo.

CAPITULO VIII.

LA BANDERA BLANCA.

Aquella noche de amor, sucedió un dia claro y hermoso, como suelen serlo comunmente en primavera.

Zahra, despues de gozar un sueño tranquilo y dulce; se despertó con el alba, y sintió su cabeza rodeada por una auréola de fragantes ilusiones; y su corazon nadando en un golfo de esperanzas.

Los colores de la aurora que atravesando los vidrios de la ventana, cubrian de bellos esmaltes los tapices de su cámara; y la golondrina que piaba desde las almenas de la torre; producian un conjunto de placeres semejantes á los sueños de la infancia que adormecieron su alma.

Ya no pensaba la Princesa en los disgustos que su viaje habian de ocasionar á su padre, no; el placer que la produciria el conocer á Hernan y á la madre de Fortun, el unirse á tan gallardo mancebo; y sobre todo, el vivir á su regreso bajo el patrocinio de una Vírgen que amor tan puro y divino sabia inspirar; el vivir en una religion que de tal modo protegia á la mujer; ro-

baban su atencion con sobrada intensidad para que pudiera ocuparse en otra cosa.

Concluido el baño de Zahra subió Fortun á su cámara, y despues de saludarse ambos con el cariño que lo hacen los tiernos amantes, dijo aquella :

—Te esperaba Fortun, para que me dirijas, porque ahora mismo quiero bordar la bandera de la VIRGEN DEL MONTE; si vieras cómo he gozado esta noche... toda la conversacion de ayer se me ha reproducido en ensueños. Ya estaba sin cesar junto á tí que eras mi esposo; ya veia desde las ventanas de mi cámara el templo que habia levantado con mis joyas, y la bandera que tremolaba encima como cuando el viento agita mi manto.

Cuando me he despertado y he conocido que todo era sueño, me he quedado muy triste, y me han entrado unos deseos tan vehementes de ver realizado todo aquello que se me ha presentado en la cama, que quiero comenzar ahora mismo: ¿vamos?

Preguntó al cristiano, levantándose y mirándolo con sonrisa fascinadora, mientras se arreglaba el capellar que se le arrastraba por las alfombras del pavimento.

—Sí, vamos; respondió Fortun asiéndole la mano: todavía son mayores los deseos que yo tengo de dar principio á nuestra obra: ¿pero qué hacemos? preguntó estrañando que se dirigieran fuera de la cámara.

—Ahora, contestó Zahra, bajamos á la sala de armas á tomar una de las banderas del castillo para bordarla.

—Tienes razon.

Y los dos se deslizaron por las sombrias escaleras del torreon hasta penetrar en la sala de armas que aparecia imponente, alumbrada tan solo por la escasa luz que penetraba á espensas de un órden de biseras abiertas bajo el techo.

Contribuian tambien á la gravedad de la habitacion las armaduras y blasones que habia colgadas simétricamente en las cuatro paredes.

Las banderas estaban suspendidas en la bóveda, y se componian de un lienzo fino de una vara en cuadro poco mas ó menos, con un escote entrante á manera de triángulo que formaba dos picos en uno de sus lados.

Como el asta permanecia fija en la torre del homenaje, y solo se destrozaba y por lo tanto solo se renovaba el paño, tenian las banderas en el orillo opuesto á los picos unas cintas para atarlas al asta.

Digamos por último que todas eran blancas, porque el color blanco fué el distintivo de los Omiades, que como hemos repetido tantas veces, fueron los moros que entonces reinaban en España.

Fortun descolgó una, y ocultándola Zahra bajo el manto, subieron alegres á la cámara de esta.

El hijo de Hernan, henchido de un fuego religioso, y lleno de orgullo al ver que comenzaba su triunfo; dibujó en ella con un lapiz á presencia de Zahra, que lo miraba sonriendo, una cruz airosa, semejante á las que despues se han conocido con el nombre de cruz de Malta; y de las manos del cristiano pasó en seguida á las manos de la mora, para que ella imprimiera tambien en aquel lienzo el sello de su fé.

—¡Qué bonita! me gusta mucho, dijo esta al recibirla, y la colocó tirante en un pequeño bastidor de mano.

—¿De qué color la bordo?

—El terno de la Virgen es azul.

—Azul... qué bien! respondió sonriéndose; lo mismo que mi manto.

Y quitándoselo de los hombros, descubrió su cintura flexible como el tallo de una rosa, graciosamente ajustada por una faja verde con caireles de oro.

Asi desembarazada se sentó en medio de la habitacion en un banquillo de cedro con tapete de púrpura; se quitó tambien el turbante que colocó junto á sus piés, y descubrió su hermosa cabeza, cuya cabellera caia en seis trenzas con lazos de cinta sobre sus satinadas espaldas de alabastro.

Hizo á Fortun sentarse á su lado; aseguró el bastidor sobre sus muslos y se puso á perfilar con seda azul la cruz que habia señalado su amante: pero al clavar la aguja en el lienzo por vez primera, se paró de repente: un estremecimiento involuntario se apoderó de su cuerpo, y tembló su mano.

—¿Tiemblas? le preguntó Fortun advirtiendo lo que pasaba por su alma; estás trazando el símbolo de la religion de tu esposo...

—No, no tiemblo; contestó levantando la cabeza con decision y sonriendo dulcemente; ¿no lo ves? prosiguió comenzando la labor.

A los pocos momentos se encontraba ya perfilada la cruz, porque el amor habia conducido la mano de la Princesa.

Jamás se habia hallado esta mas hermosa que el instante en que entregó la bandera perfilada á Fortun: su cuello estaba lustroso como el de un cisne, su rostro encendido; su mirada espresiva; su frente serena.

—Toma, dijo al alargársela, ya he prestado el primer servicio á la Virgen, ya soy cristiana.

Fortun la recibió con enagenamiento, y tendiéndola sobre un banquillo, se hincó de rodillas delante de ella.

Zahra hizo lo mismo que su amante; se arrodilló á su izquierda, cruzó las manos é inclinó la cabeza.

En tal postura continuaron los dos jóvenes algunos momentos absortos en una fervorosa oracion.

Esta oracion, emanada de dos tiernos y sencillos corazones; pronunciada con resolucion en el centro de un castillo musulman, la recibieron desde el cielo los ángeles, y la ofrecieron al Altísimo que desde su trono derramó su bendicion sobre los jóvenes que oraban.

Pero ah! la bendicion de Dios cuando recae sobre sus escogidos, va muchas veces seguida de grandes padecimientos en este mundo, para ofrecerles despues una palma mas gloriosa en el otro.

Zahra y Fortun se levantaron satisfechos de su obra, se mi-

raron el uno al otro y se acariciaron mútuamente con una sonrisa de candor.

Mientras la primera comenzó á bordar la bandera de un modo parecido á lo que hoy llaman realce; el segundo tomándole la mano con pasion y confianza, se retiró de la cámara despidiéndose hasta la noche: porque solo se le permitia visitar á la Princesa, y no era poco, una vez concluido el baño, y otra al salir de la oracion de la tarde.

—Cuando vuelvas, le dijo esta con cariño acompañándole hasta la puerta, te guardaré un regalo que apreciarás sobremanera.

Fortun se sonrió y bajó las escaleras.

Zahra volvió á sentarse en el mismo banquillo; tomó el bastidor con anhelo y echándose á la espalda con un gracioso movimiento de cabeza las trenzas de cabellos que la sofocaban, dió principio al bordado de aquella cruz que habia de publicar al mundo su amor y su nueva religion.

Despues de la oracion del medio dia, acabó Zahra su labor; la suspendió de ambas manos, la miró, le pareció muy bien, la besó y la ocultó en seguida debajo de sus cojines.

Tomó á continuacion una cajita de ciprés perfectamente bruñida, la puso abierta sobre un taburete; y con la inocencia y la alegria de una niña que arregla sus muñecas; y con el ardor de un atleta que se dispone á la lucha; fué metiendo en ella las diademas mas preciosas, las perlas mas finas, los corales y los diamantes mas gruesos que su padre le habia hecho traer del Africa para adornar su hermosura.

Sacó la bandera de donde la habia escondido; la plegó de modo que viniera justa á la anchura de la caja para evitar que se arrugara, y la colocó tambien cubriendo con ella la rica pedrería que habia metido.

Pero Zahra no se contentaba con lo hecho, queria mas; queria dar un testimonio mas claro al mundo, á Fortun, y á su propia conciencia de la pasion que la devoraba, y de la sinceridad y fuego con que amaba á la Vírgen, madre de Cristo. Quiso

en una palabra imprimir sus afectos y sus deseos en un pergamino.

Y esto es muy natural en un alma encendida por el amor: hay momentos de exaltacion; hay circunstancias, tal como la presente de Zahra, en que uno siente latir el corazon con mas fuerza, siente dilatársele el pecho y abrasársele la frente: hay circunstancias en fin, en que uno no se basta á sí mismo, en que sus propias afecciones no caben en su interior, brotan, pululan por salir; y entonces parece que se ve obligado á tomar la pluma: la toma involuntariamente y las graba en un papel.

Esto es muy general; esto ha sucedido en todos los tiempos y no puede menos de suceder mientras el hombre sepa sentir.

En el siglo XIX se ha hecho mas comun: apenas hay en este siglo jóven que á los diez y ocho años no haya escrito una décima ó comenzado una novela.

A este arranque instintivo de la humanidad debemos tantos monumentos, que nos legó la antigüedad: se entusiasmaba un pueblo, padecia una Nacion, y al instante inmortalizaban su entusiasmo, perpetuaban la memoria de sus padecimientos con un templo, con un castillo, con una pirámide.

A este arranque instintivo deberá tambien la posteridad el santuario que la Princesa de Cervera se propone hoy edificar con sus joyas; la bandera que ha bordado con su propia mano; y el pergamino con que su espíritu infantil quiere halagar el cariño de su amante.

En estremo distraida Zahra en buscar por acá y por allá los aderezos mas preciosos para regalarlos á su próximo esposo dedicándolos á la Vírgen, no apercibió que la tarde se deslizaba suavemente; y cuando tomó el lápiz y el pergamino para trazar en él, los rasgos que su amor le dictara; advirtió que la noche, pero una noche serena, se iba apoderando de la Naturaleza.

Al observar la palidez del crepúsculo se apresuró algun tanto, porque el crepúsculo era la hora en que Fortun subia á sacarla á paseo, y para cuando él viniera, queria tener concluida su obra: asi es que sentándose bajo la ventana para aprovechar la última

ráfaga de luz que penetraba por ella, puso sobre las rodillas el pergamino, y escribió anhelosa los siguientes renglones:

Yo, Princesa de Cervera, regalo á Fortun las joyas mas preciosas que poseo, en prueba del amor que le profeso; joya la mas estimable, para que edifique con su valor, el templo á la VIRGEN DEL MONTE, *que es quien me ha enseñado á amar de otro modo mas dulce que el que yo amaba, y me ha acogido bajo su religion.*

Tambien te dedico á tí, Fortun, la bandera que yo misma he bordado, para que tú la plantes en el tejado de la Virgen y enseñe á nuestros hijos á amarse como nosotros nos hemos amado.

Al escribir las últimas palabras se abrió la puerta y apareció Fortun.

—Qué haces? le preguntó viendo que se sorprendia á su llegada.

Entonces se levantó Zahra risueña, le enseñó la caja con la pedreria y la bandera, y en seguida le presentó el pergamino que acababa de escribir.

Entendiendo Fortun despues de leerlo, que todo se lo dedicaba á él, como si de ese modo fuera mas agradable á los ojos de Maria, sintió un placer tan grande, y se enterneció de modo, que no acertaba á espresarse.

Pasado un momento le dijo conmovido:

—¿Por qué hija mia, me dedicas á mí este obsequio? el cielo se alegraria mas, si la Reina de los ángeles lo recibiera directamente de tu mano.

—No, Fortun; respondió con ternura: tú eres quien me ha incitado á querer á la Vírgen, y tú eres el medianero entre ella y yo.

Cada palabra de Zahra encendia mas y mas el amor de Fortun, que anhelaba por instantes huir del castillo para hacerse dueño de aquel precioso tesoro; de la hija del Emir; sin la cual ya no le era posible respirar.

—No, hija mia, le dijo despues: no tenias necesidad de haber

escrito ese pergamino: Jesucristo penetra en los mas escondidos pensamientos de sus criaturas.

—Es que lo he escrito, respondió; para alzarlo tambien en la caja de las joyas, y gozar despues en leerlo cuando vivamos felices en nuestro castillo.

¿No te sucede á tí lo mismo, lectora?... si tienes la edad de Zahra, tendrás los mismos deseos que ella; y en este caso díme: no formas algun ramillete, no escribes algun lema para complacerte en ellos cuando has conseguido tu anhelo, y exclamar entonces con cierta especie de orgullo agradable: mas desgraciada era cuando escribí este lema, cuando corté estas flores?...

Fortun le besó la mano diciéndole:

—Mira que ya se hace tarde: díme que disposicion hemos de tomar acerca del tesoro para salir á dar el último paseo en el castillo.

Zahra colocó el pergamino dentro de la caja sobre la bandera, volvió la tapa, la cerró con llave; y entregándole la llave á su amante añadió:

—Tú verás lo mejor que te parezca: ó nos llevamos la caja, ó la dejamos oculta hasta nuestra vuelta.

—Bien la llevemos, respondió Fortun, ó la dejemos, seria conveniente esconderla fuera del castillo. Si la llevamos podremos salir mañana de la fortaleza con mas desembarazo: y si la dejamos aquí, enterrada fuera de las murallas no queda duda que estará mas segura.

—Tienes razon; vamos á enterrarla en el mismo monte que hemos de levantar el templo. Ya la dejemos ó la llevemos con nosotros; allá no tenemos que temer; la guardará la Vírgen.

Y hablando asi se puso el turbante y el manto.

Fortun tomó debajo del brazo la caja, y los dos se dirigieron por el mismo camino que el dia anterior, al monte donde sembraban todas sus esperanzas.

La noche estaba oscura, porque el viento de Mediodia acumulaba grandes nubes que cubrian la luna, y no lucia otro astro que el vespéro, que parecia un punto luminoso allá... en el Occidente.

Allí sintió al instante los pasos sobre su caverna, como siente una araña la mosca que pisa su tela, y segun costumbre se hincó de codos en la puerta de la cueva.

Velados por las tinieblas profundas, llegaron Zahra y Fortun á la cúspide de la colina frondosa, testigo de sus amores; y se sentaron al lado de un enebro donde lo habian hecho la tarde anterior.

Despues de descansar un instante, y dar cada uno libre curso á sus reflexiones, habló Zahra la primera.

—¡Qué bien estará al pié de este enebro! dijo.

—Aquí habia yo pensado ocultarlo; respondió Fortun.

Y sacando una daga de la cintura comenzó á hacer un hoyo, lo que no le costaba mucho porque el terreno estaba blando.

Cuando hubo profundizado media vara, dijo á su amiga:

—Ya me parece que está bastante hondo.

—Sí; contestó esta levantando el cajon.

—No te molestes Zahra, trae, yo lo haré; la interrumpió Fortun acercándosele.

—No, no; replicó ella retirando los brazos de las manos de Fortun que se lo iba á quitar; este cajon es el cimiento, es la primera piedra del templo de la Virgen del Monte, y quiero sentarla yo: déjame para que la Vírgen se lo deba á una mora convertida.

Y colocó con cuidado la caja en el fondo del hoyo.

Iba á cubrirlo de tierra; pero la detuvo Fortun diciéndole:

—Espera.

Y se cortó del talabarte una cadenita de plata, la dejó caer vertical hasta ponerse en contacto una de las puntas con el cajon y la otra la ató al pié del enebro.

—Con esta señal, añadió despues; no dudaremos luego el punto en que se halla el tesoro.

En seguida Zahra lo cubrió de tierra que pretó con los piés hasta dejarla al nivel del suelo, del que salian únicamente cuatro eslabones de la cadena.

Al reflexionar que habian enterrado en un monte un rico te-

soro dedicado á la Vírgen María; al reflexionar que el amor que los agitaba, habia arrancado de sus almas una resolucion tan grande; los dos amantes se sintieron animados por un fervor divino.

Fortun quitándose el casquete, cruzó las manos y se hincó de rodillas junto al enebro.

Zahra lo imitó al instante: se hincó tambien de rodillas, cruzó sobre el pecho sus blancas manos, y levantó los hermosos ojos al cielo.

El cielo debió sonreirse: era la primera vez que la Princesa mora hacia la señal de la cruz.

Movido el cristiano por el enagenamiento que lo embargaba, comenzó á recitar la salve: y Zahra afectándose por grados de gozo, repetia las palabras que Fortun pronunciaba.

Habian acabado su oracion, cuando un relámpago canicular, el primer relámpago de aquella primavera, los saludó en semejante postura; y á espensas de esta luz celeste, distinguió Alí desde la cueva á sus envidiables enemigos.

—Es tarde Fortun, ¿te parece que marchemos? dijo Zahra despues de un rato de silencio.

—Sí, vamos, respondió su amigo: y ofreciéndole el brazo que tomó maquinalmente, se dirigieron al castillo dejando enterrada bajo un enebro la rica pedreria de una Princesa oriental: pero los ángeles la velaban desde el Paraiso, porque se la habia dedicado á la Vírgen el amor puro de dos tiernos corazones.

Cuando llegaron á la plaza que se forma debajo de las murallas, sobre la cueva de Marimon; se detuvieron un momento nuestros dos amantes á contemplar la vista pintoresca que ofrecia á lo lejos el barranco de Tollo, donde rielaba la multitud de luces que en intérvalos variados se descubrian por las ventanas.

Zahra exhaló un suspiro.

—Mañana á estas horas, exclamó con tristeza, ya andaremos por esos campos para mí desconocidos.

—Sí, hija mia, mañana á estas horas ya se verá premiado mi amor.

—¿A qué hora hemos de salir?

—Asi que asome la luna en el horizonte.

Zahra y Fortun hablaban con descuido sobre el borde de la cueva, y cinco varas mas abajo de sus piés, asomaba la cabeza del sagáz Alí que no perdió una sola palabra del diálogo.

Zahra y Fortun no ignoraban como todos los musulmanes de Cervera, que Alí habia establecido en dicha caverna su elaboratorio mágico; pero aplicando á él muy razonadamente las tradicciones de sus antecesores Daldal y Mahomet, lo suponian entregado á la ciencia con avidez, y abstraido enteramente del mundo: ¡infelices! erraban en sus creencias!...

El clarin de la plaza les hizo subir rápidamente las escaleras de la puerta Occidental y cortar su dulce conversacion. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Al dia siguiente se percibió desde las primeras horas de la mañana un movimiento poco acostumbrado en la cueva de Marimon.

Alí no menos agitado que otras veces, pero manifestando en las facciones de su rostro, que aquella agitacion provenia de una esperanza demasiado halagüeña; se ocupaba en rollar todos los pergaminos tirados por el suelo, que iba alzando en los muchos agujeros con tela de arañas que habia en su caverna.

Despues limpió con un trapo la grosera mesa de piedra; colocó sobre ella la caja de ágata con la cuerda de los once nudos; á su lado puso una piel de gato negro recien muerto; puso tambien un pergamino desplegado con una piedrecita en cada una de sus cuatro esquinas para evitar con su peso que se contrajera; y él mas arrogante que nunca, andaba muy oficioso de acá para allá, indicando con su animacion y laboriosidad que habia llegado el dia tantas veces profetizado por los sabios, de resolver el problema del nudo trece de la cuerda invisible: pero el fuego siempre continuaba soplando, la fragua ardiendo, la redoma en la lumbre, y la gota de agua produciendo su ruido monótono y constante.

De este modo, y entregado Alí á algunas otras ocupaciones

análogas al efecto, trascurrió la mañana, y llegó la tarde. . . .

. . . . . .

. . . . . .

Serian las cuatro poco mas ó menos, cuando abrió una alacena y tomó un frasquito de vidrio que arrimó á la caja de ágata, y se sentó á la mesa.

Su rostro se revistió de un aspecto sombrio y reconcentrado, y con una calma terrible comenzó á leer en el pergamino desplegado.

Decia asi:

MAHOMET.

En nombre del Profeta á quien sirvo.

PALABRA DE VERDAD.

¡Oh! Elimas destinado por Alá á resolver el problema.

Raquel comunicó su ciencia á Daldal, Daldal á Mahomet, y Mahomet á tí; para que tú aproximes un tanto el premio prometido á las vigilias de tus abuelos.

Alí tembló de repente y exclamó con voz ronca:

—Para que yo me vengue del cristiano y de la Princesa.

Despues continuó leyendo:

Mil diez y seis horas de un fuego lento de azufre, formarán en la redoma una espuma azul y esponjosa que llenará el vaso; señal perfecta; el gran Mahoma dirige tu obra.

—Sí; dijo entre dientes inclinando la cabeza sobre una mano en ademan pensativo: bien debe venir; la redoma comenzó á arder á la salida del sol: cuarenta y dos dias tienen mil ocho horas; y ocho de hoy hasta que se ponga el sol son mil diez y seis: bien; exclamó levantándose de improviso y pegando un golpe en la mesa.

Ellos marchan despues de salida la luna; desde que se pone el sol hasta que sale la luna median dos horas. ¡Oh! volvió á exclamar frenético de alegria; en dos horas tengo tiempo, no para encantarte á tí, Princesa fementida; para encantar al mundo que adorará pronto mi poder... y si la mágia de Lobeid no alcanza á tu Fortun por ser cristiano, alcanzarán los filos del puñal de Alí.

Luego prosiguió leyendo en el pergamino:

La espuma se formará en la redoma seis minutos antes de la concrecion. Durante los seis minutos se agita con fuerza la piel de gato para despertar toda la electricidad que contiene; envuelta en ella se saca de la fragua la redoma, se le añaden dos gotas de savia de una cepa silvestre cortada veinte y dos horas antes; se mete la cuerda con los trece nudos, se pronuncia en silencio sobre su boca la palabra Jehova; *y el problema está resuelto.*

El profeta me inspira.

Mahomet-ven-Daldal.

En la gran mezquita de Córdoba.

El sol se iba acercando al Occidente, y en la cueva brillando con mas fuerza el fuego del azufre á espensas de la oscuridad del barranco.

Alí miró á la redoma, segun hacia con frecuencia; y su alma esperimentó una sorpresa estraordinaria: se conmovió su cuerpo, palideció su rostro, y en sus ojos rasgados se veian pintados la alegria y los deseos.

La masa de la redoma comenzaba á dilatarse, y en la superficie superior formaba un viso azul.

Tembloroso y anhelante Alí como el emperador que va á coger el fruto de veinte años de fatigas y conquistas; como el alquimista que despues de cincuenta años de desvelos siente nacer el oro bajo su manos; como el hombre criminal, como Satan que va á saciar su venganza largo tiempo deseada, se coloca

con la piel junto á la fragua, y con una sonrisa involuntaria y convulsa, mira estasiado como se dilata la masa, como sube por el cuello de la redoma la espuma azul y esponjosa que habia predicho Mahomet con veinte y ocho años de antelacion.

Alí ve su dicha pendiente de un hilo; se halla en el momento mas importante de su vida: la sustancia contenida en la redoma formaba ya la espuma crítica; subia lentamente; pero en aquellos instantes podia reventar, y su orgullo se hundia para siempre.

El sol habia desaparecido y el crepúsculo hermoseaba la Naturaleza: pero Alí no miraba, no sentia lo que pasaba á su alrededor... la redoma de la fragua tenia absorbido todo su espíritu... pensaba en el placer de la venganza, y su oido le representaba al mismo tiempo el chasquido del vidrio que saltaba.

En este instante de duda cruel, en este instante de tortura espantosa veia levantarse por grados la espuma; una línea... solo una línea faltaba para su término, pero esta línea era la mas temible.

La gota de agua que caia en el fondo de la cueva, media aquel tiempo tan precioso; y cada choque que ocasionaba en la cacerola de cobre, producia un estallido en el corazon de Alí; sembraba una esperanza en su cabeza.

Temblando sobre sus piés; con el cuerpo echado hácia adelante; con los ojos desencajados; bañado en el sudor de la agonía; con los brazos estendidos; esperaba atormentado la señal para precipitarse sobre la fragua.

De golpe alumbró la caverna un resplandor centellante y rojizo; y un ruido profundo, como el hervor de un volcan al reventar, se dejó oir en su seno.

Por fin dió un grito de asombro y la redoma se encontró á luego sobre la mesa envuelta en la piel de gato.

El resplandor que alumbró la caverna se apagó de súbito; calló el profundo ruido, y la cueva durmió en sepulcral silencio.

Aquel resplandor y aquel ruido, eran sin duda la terrible mirada y el bronco resollar de Satanás, que invisible vino á ayudar

en su último trabajo al descendiente de Mahomet y de Daldal. . .

. . . . . .

. . . . . .

Alí se estiraba con placer porque habia estado contraido; Alí alentaba con fuerza, porque no habia alentado en mucho rato: y despues de descansar, despues de tranquilizarse, invocó al Profeta recitando una breve oracion con la cabeza inclinada; derramó sobre la masa tan apetecida, dos gotas del zumo de parra que le vimos buscar por los montes la noche anterior; y sacando la cuerda de Lobeid, le echó el nudo doce con indiferencia; en seguida el nudo trece con orgullo.

Hizo una señal al negro para que se acercara, y teniendo suspendida la cuerda con la mano derecha, le preguntó con los dedos de la izquierda:

—¿Qué ves en mi mano?

El negro respondió tambien con los dedos.

—Una cuerda.

Alí le hizo retirarse, y el esclavo se acurrucó en su rincon.

Entonces la metió en la redoma; volvió á hacer al Profeta otra breve oracion, aproximó su boca á la boca de la redoma, cubriendo ambas con las manos, y pronunció de cierta manera particular y misteriosa que era el fundamento de la ciencia, la palabra

JEHOVA.

Un terrible sacudimiento se sintió en el fondo de la cueva.

Concluida esta ceremonia levantó la cabeza agitado; sacó la cuerda de la importante fusion, la suspendió como antes de la mano, y llamando segunda vez al negro, le preguntó convulso:

—¿Qué tengo en la mano?

—Nada; respondió el negro.

En el rostro de Alí brilló de repente una alegria furiosa.

Daldal habia escrito:

Si la cuerda se hace invisible con los trece nudos, se ha resuelto el problema; su virtud alcanza á encantar una persona.

Alí, todavia mas agitado, preguntó de nuevo al negro:

—¿Qué tengo en la mano?

—Señor, no veo nada: respondió el esclavo sobrecogido de terror.

—Bien: exclamó Alí.

Y dejando la cuerda sobre la mesa, se sentó en el suelo dando un suspiro de descanso.

El negro se acogió á su rincon: la cueva permanecia en silencio.

Ya no se oia el ruido del fuelle, ni el estertor de la llama de azufre; la fragua se habia apagado; pero el placer habia renacido en el corazon de Alí.

—Mil diez y ocho horas de tormentos han pasado por mi existencia; exclamó mientras descansaban sus miembros y su espíritu fatigados: mil diez y ocho horas de tormentos para mi, y de delicias para ellos!... pero hoy se igualará todo; hoy gemirá la mentira, y triunfará la verdad.

Dicho esto, se sintió impelido por una fuerza interior; se levantó veloz, cogió la cacerola llena de agua que gota á gota se habia filtrado de la peña; y con aquella agua pura, se lavó fuertemente los piés, los brazos, las manos, el pecho y la cabeza.

Le mandó al negro que le cortase el pelo, y se arregló la barba con cuidado.

Su rostro limpio y animado por la alegria era otro; era el del antiguo Alí, mas las arrugas que habian grabado en su frente cuarenta y dos dias de amarguras y de fatigas.

—Me voy poniendo en disposicion de enamorar; se dijo á sí mismo, y prorumpió en una sárdónica carcajada.

Sacó á continuacion un lio de ropa que guardaba en un agujero de la caverna; y arrojando los harapos que le cubrian, comenzó á vestirse.

El negro acurrucado en su rincon miraba con las cejas fruncidas semejante cambio.

Alí se calzó unas chinelas de terciopelo verde bordadas en oro; se puso un pantalon negro muy ancho recogido con multitud de

pliegues en las rodillas; un chaleco de seda blanco bordado en plata, y una chaquetilla de púrpura con dos gruesos borlones de oro en las puntas de delante: abrochó á su cuello un alquicel blanco y colocó en su cabeza el anchuroso turbante encarnado.

A medida que se cubria con el nuevo traje, iban variando sus feroces facciones, hasta que por último se encontró hecho un jóven arrogante aunque sombrio.

Tomó un puñal que ocultó en el seno; y levantando en la mano la cuerda invisible de los trece nudos, exclamó en una postura enfática y con los ojos hinchados de furor:

—Sé que hoy perece la cuerda de Lobeid; sé que hoy descarga sobre mi cabeza la muerte de cinco sábios; sé que hoy se estremecen sus cenizas; pero tambien sé que hoy se venga el corazon rencoroso de Alí.

La noche habia cerrado; y en el horizonte sinuoso que forman las montañas del Oriente, asomaba ya el pálido resplandor de la luna.

Para no quebrar la serie general de sucesos; internémonos en el castillo, y retrogrademos algunos momentos.

Era la hora en que el sol sumergiéndose en el ocaso, doraba con su último rayo las almenas de la torre, y reflejaba su plácida luz en la media luna de la bandera; cuando el Emir y su hija salian de la plaza fuerte por la puerta de Oriente; y distraidos en su conversacion, se dirigieron por el paseo de rosales y bojes que desde dicha puerta conduce al baño de la Princesa.

Admiraba y conmovia el cuadro que formaban padre é hija andando de la mano: grave y anciano el primero; jóven y risueña la segunda, eran fieles imágenes de la senectud y de la infancia.

Cuando llegaron al jardin del baño, bajaron las cuatro escaleras que lo hundian bajo el nivel del suelo; y se sentaron junto á las pieles de la tienda entre la multitud de flores que á porfia abrian sus corolas y exhalaban su fragancia.

Continuando el Emir la conversacion que habian traido desde su cámara, le dijo á Zahra con todo el cariño de un padre tierno:

—Hija mia, qué deseos tan grandes tengo de verte enteramente feliz.

—Algun dia lo seré padre. Respondió Zahra conmovida hasta el estremo.

—Si, hija mia; Fortun te va á ofrecer una vida de encantos, ya lo sé; las simpatias que existen entre tu corazon y el suyo son muy grandes, verdad?

—Son unos mismos nuestros deseos.

—No lo ignoro hija mia, repuso Abu-Alhama sonriendo con efusion de afecto: piensas acaso que porque mis visitas á tu cámara son menos frecuentes que antes, te he olvidado? no hija mia: conozco tu situacion; veo el gusto que Fortun y tú teneis en pasear solos, y os dejo: pero cuántas veces desde la ventana de mi cámara os he seguido con la vista y con el corazon! cómo he gozado mezclándome desde allí en vuestros propios goces!...

Zahra agitada de cariño besó la mano de su padre y le dijo:

—Tambien vos podeis pasear con nosotros.

Entonces Zahra se hallaba embebida en el amor á su padre, y solo de él se acordaba.

—No hija mia; la presencia de un padre debe importunar á su hija en las escenas de amor. Ah! cuando yo paseaba con Nocima me hubiera importunado cualquiera.

—A mi no me importunais vos nunca.

Y se humedecieron sus ojos.

—No te aflijas hija mia, te amo tanto... ya se acerca el tiempo que Fortun pidió para enlazarse á tí; luego, muy luego os vereis unidos; y cuando seais esposos, tu padre no se apartará de tu lado.

Zahra se echó á llorar abiertamente. Las palabras de su padre habian atravesado su alma.

—Si, ya se acerca el momento: muy luego nos uniremos...

Y se aumentaron las lágrimas de sus hermosos ojos: y cómo no? Zahra era sensible, estaba al lado de un padre cariñoso del que se iba á separar; su amante tenia designado para la fuga, la salida de la luna; y Zahra veia que el sol ya habia desapare-

cido, que la noche tendia sus sombras con rapidez, y que el lucero de la tarde brillaba en el Occidente.

Fatigada su cabeza por tantas y tan fuertes impresiones, fué reclinándose con languidez sobre el regazo de Abu-Alhama.

Mientras aquella desahogaba su corazon derramando copioso llanto; este que interpretaba la actual situacion de su hija como producida únicamente por la gran susceptibilidad que habia observado en su espíritu desde niña; se entretenia sin inquietud alguna en juguetear con las manos en las sedosas trenzas de cabellos que caian por su pecho palpitante; cuando distinguió á Fortun que se acercaba.

—Mira, dijo levantando la cabeza de la Princesa; mira, ya viene Fortun: y dirigiéndose á él prosiguió: amigo no has querido descuidarte; pronto me robas la satisfaccion de estar con mi hija, eres muy ambicioso.

—Qué elegante! exclamó Zahra mientras en su rostro luchaban las últimas lágrimas, con la amable sonrisa del candor.

En efecto, Fortun venia armado de piés á cabeza: cubria su pecho la aferrada cota; bajo el coleto de ante que le llegaba hasta la mitad del muslo, asomaba la escarcela de acero; la tizona pendia con gravedad de su cintura, y la capellina abrazaba toda su cabeza.

A su noble movimiento resonaban las espuelas; resonaba la armadura, y temblaba el penacho de tres plumas y de tres colores.

—Ya es hora de que deis principio á vuestro paseo, dijo el Emir poniéndose en pié; quiero dejaros solos.

Y comenzó á andar.

—¿Padre, os vais sin despediros? murmuró Zahra.

Entonces el Emir volvió y estrechó á su hija.

Esta, abrazándolo con fuerza, imprimió en su frente un beso apasionado; y despues lo siguió con la vista en tanto que de sus ojos se desprendian dos lágrimas trasparentes y puras como dos gotas de rocío.

—¿Lloras? le preguntó Fortun.

—Sí, lloro; déjame llorar Fortun: y se enjugó los ojos con el manto: ¿qué quieres que haga al despedirme de mi padre?... siempre tan amable... ¡cuánto me ha hecho padecer esta noche con sus caricias... con sus caricias, que en otro tiempo me agradaban sobre manera... ay amigo; ¡qué caro me cuesta tu amor...!

—¿Te arrepientes Zahra? le dijo con tristeza.

—No, Fortun; no me arrepiento: estoy resuelta á seguirte: cada vez te amo mas; pero me estremezco al pensar que voy á alejarme de mi padre.

No era estraño. Zahra tenia diez y ocho años; disfrutaba de una inocencia infantil; criada en el castillo no habia salido de su estrado y de sus jardines; y hoy iba á tender sus alas por el ancho mundo... no, no era estraño que se arredrara.

—Esa afliccion desaparecerá bien pronto, cuando pasados unos dias vuelvas en los brazos de tu esposo al seno de tu padre.

Zahra se sonrió involuntariamente.

—Mira, prosiguió el mismo; no ves qué noche tan hermosa... todo convida á viajar; el cielo está sereno... el aire templado... llegó el momento, se interrumpió animado; el fulgor de la luna asoma en el horizonte, ya tengo el caballo enjaezado; hasta luego Zahra; continuó levantándose y tomándola la mano, voy á sacarlo al campo; al instante me tienes aquí para ir al monte á desenterrar el tesoro y volar en seguida en busca de nuestra felicidad.

—Ven pronto.

—Antes de cinco minutos.

Y volvió la espalda.

Zahra luchaba entre dos afecciones encontradas.

Veia que para alcanzar la dicha que se habia propuesto era necesario huir; pero el momento de la fuga era terrible.

De este modo, sentada entre las flores de su baño, miraba distraida la luna que comenzaba á destellar en el cielo; obedecia al delicioso placer de sus ensueños, y se perdia tras el iman de bellas esperanzas; cuando llamaron su atencion los pasos de un arrogante musulman que se acercaba á ella con descaro.

No le conoció al principio, pero á luego comenzó á temblar sorprendida: y entre dientes, asustada hasta el estremo, murmuró:

—¡Oh grande Alá! es Alí.

Si, era Alí; que habiendo visto retirarse á Fortun, aprovechó aquel momento oportuno para poner en ejecucion sus infernales proyectos.

Zahra estuvo á pique de perder el sentido; de tal modo la sobrecogió la inesperada presencia del árabe.

Quiso gritar; pero el baño estaba lejos de la plaza, y su enemigo cerca: conoció que no habia otro remedio que resignarse con la suerte, y calló afligida.

Alí se aproximó con desden.

—Veo que os sorprende mi visita, Princesa; dijo con moderacion, al paso que en su pecho ardia un volcan de pasiones: no os alarmeis; no vengo á impedir vuestra marcha, vengo á deciros que todo lo sé, y que yo tambien voy á marchar, porque... Zahra, no puedo vivir lejos de vos: si vos me olvidasteis, yo no olvido á quien una vez llego á amar.

—Déjame marchar Alí, contestó Zahra comprimida; déjame marchar.

—¿Ni aun quereis escuchar mis últimas palabras? preguntó Alí en tono de sumision: no quereis oir los ruegos de vuestro antiguo amante? ¿no quereis oir su despedida?...

—No, Alí; ¿para qué? respondió la Princesa sin saber lo que hablaba: ¿no has dicho que ibas á marchar? anda, vete por piedad, yo tambien marcharé.

—¡Fementida! gritó de repente el hijo de Mahomet, dando libre curso á toda la saña que encerraba su corazon de hiena; ¡no marcharás! ¡no marcharás! no; llegó la hora: hoy te arrastras tú á mis piés; bastante tiempo me he arrastrado yo á los tuyos: hoy voy á gozar yo... bastante tiempo has gozado tú: hoy voy á vengar, Princesa, los padecimientos que me has hecho sufrir...

Zahra amilanada, sin hablar, sin respirar; lo miraba como la liebre mira al águila que va á devorarla.

La luna habia adelantado en su carrera, y su luz moribunda alumbraba esta escena sin igual.

—¡Piedad! murmuró Zahra sobrecogida.

—¡Piedad! repitió Alí rompiendo en una carcajada de furor. Piedad pedia yo cuando estaba en la cueva, y no me atendiais; piedad pedia yo cuando me abandonaste y no me escuchabais; piedad pedia yo cuando os oia hablar encima de mi cabeza, y me despreciabais... ¡venganza quiero yo ahora... venganza sobre tí, y sobre el cristiano...!

Dicho esto echó la cuerda invisible por la nuca de Zahra enlazándola por delante con un nudo corredizo; y agarrando con ambas manos las puntas en ademan de apretarlo si tiraba.

Una nube de siniestro color surcó los aires.

Zahra no vió la cuerda; mas sintió en todo el cuerpo un hormigueo desagradable, semejante al que produce en la cara el roce de una telaraña.

—Qué haces conmigo Alí? ¡no me mates! exclamó sofocada.

—¡Oh! no te mato; repuso él saboreándose en su venganza, como se saborea el gato jugueteando con el raton que tiene entre sus manos; como se saborea el tigre devorando la presa que agarra con sus uñas: no te mato porque te amo; sí, te amo á pesar tuyo, y quiero que seas mia: quiero gozarme en la muerte de Fortun... ¡qué!... ¿ha de quedar impune el daño que me has hecho? no: soy poderoso con mi ciencia; y quiero emplear mi ciencia y mi poder contra tí: tu vivirás encantada; tú, hoy la mas hermosa, aterrarás al mundo con tu sombra... y cuando yo lo diga, cuando yo lo mande; Cervera, el Emir y tú misma, Princesa; vendreis á implorar de rodillas mi amor. Amame... ámame Zahra; aun puede salvarte una palabra... ámame, añadió variando de tono.

Zahra callaba; sus ojos se iban cerrando; la respiracion le faltaba por grados.

—Amame, volvió á gritar en tono mas fuerte; y anegado en rabia al observar tanto silencio, hizo un movimiento con las manos en ademan de estrechar el nudo de Zahra.

A este movimiento tembló el Oriente.

Lobeid, Casia, Raquel, Daldal y Mahomet; los principales Magos del Asia y del Egipto, veian pendiente de este movimiento su eterna felicidad; veian aplastarse en un momento sus esperanzas, y cerrarse para siempre sus sepulcros...

Imágenes tan horrorosas se presentaron á la mente de Alí; la voz de sus abuelos resonaba en sus oidos; pero Alí todo lo despreciaba; todo lo hollaba: tenia delante de sí la hermosura de Zahra, y en su pecho un mar insondable de venganza.

—Perdon... dijo la Princesa, cada vez mas pálida y subyugada bajo la mirada fascinadora del árabe.

—Perdon... repitió él con ironía: sí, te perdonaré cuando haya perecido el cristiano, y cuando haya lavado la afrenta que los dos habeis hecho á los moros y al Profeta. Todo lo sé, Zahra; continuó con alegria satánica: sé la fuga que teneis proyectada para esta misma noche; sé el templo que vais á edificar, y la bandera que has bordado para la Virgen del Monte... ja, ja, ja, ja... todo lo sé; continuó mas encendido que nunca: todo lo sé; porque en aquellas noches placenteras para vosotros; que pasaban por mi fantasía como sombras del averno; escuché en silencio vuestras conversaciones; os percibí entregados á un amor que era mio; y mientras yo ardia en rabia, mientras yo me arrancaba los cabellos á puñados, mientras yo me revolcaba por el suelo y me abrasaba en el fuego del infierno; ¡ah!... vosotros, no lejos de mi, disfrutabais las delicias del Paraiso... tus palabras llegaban á mis oidos; tu voz atravesaba mi corazon... en aquel frenesí juré vengarme de tí, y hoy voy á cumplir mi juramento: hoy voy á vengarme, si... á vengarme de tí, orgullosa Princesa; llama, llama ahora en tu defensa al cristiano... llama en tu defensa á su religion...!

En este momento sintió Alí ruido á su espalda; volvió la cabeza y vió á Fortun que se acercaba con paso acelerado.

Pero aqui cedemos la pluma al historiador moro.

«El descendiente de Daldal, dice la leyenda 17 de los pergaminos; el descendiente de Daldal que ve aproximarse á su enemigo; aplica su rostro al rostro de la Princesa; asegura bien entre sus ásperas manos, las puntas de la cuerda invisible de los trece nudos; y despues de invocar con rostro desesperado á las furias del mal; exclamó soplando con violencia á la boca de Zahra:

—»Mágia de Lobeid; en nombre de Satanás te ordeno que operes tus portentos.

»Y Satanás lo oyó.

»Y la mágia de Lobeid operó sus portentos.

»Porque tan luego como sus lábios pronunciaron aquellas anatemáticas palabras; estalló un terrible trueno en lo alto del Firmamento.

»Y de la tierra se levantó una densa nube que envolvió á los dos.

»Y espesas tinieblas se apoderaron de aquel lugar.

»Y un olor á azufre y á resinas quemadas brotaba de aquella nube.

»Y un ruido profundo como el ruido de un volcan que hierve, salia del abismo.

»Y una centella rojiza surcó la atmósfera. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Y del corazon de aquella nube que bullia y rebullia sobre la tierra como un torbellino que arrancara rebramando de los infiernos, y que los ángeles malos aguijaran desde sus cavernas con arpones candentes; salió una voz terrible, pero lejana, muy lejana... como si en otro mundo hablara; la cual dijo:

—»Orgullosa Princesa, voy á encantarte.

»Y salió otra voz dulce, melancólica, estinguida, pero mas lejana todavia, la cual preguntó:

—«¿Hasta cuando?

»Y la voz primera respondió con acento mas cruel.

—»Hasta que edifiques el templo de la Virgen del Monte, y plantes en él su bandera...

»Y otro trueno retumbó en el Firmamento.

»Y la tierra tembló.

»Y otra centella rojiza surcó los aires.

»Y mil sombras sangrientas se agitaron en torno de la nube; que eran las sombras de Lobeid, y de Casia, y de Raquel, y de Daldal, y de Apolonio, y de Mahomet, que se levantaban iracundas de sus sepulcros, para acusar la conciencia del imprudente Alí.

»Y mientras la tierra se estremecia; y la nube temblaba, y las sombras mas y mas se agitaban en torno de la nube; se escuchó un agudo chillido, que salió del abismo, ó de las nubes, ó de los vientos.

»Fué el chillido que lanzó Raquel al clavarle el cuchillo su tia en la cueva de Lobeid.

»Y gotas de sangre cayeron de las nubes del cielo, á la nube de la tierra.

»Fué la sangre con que Casia roció la mansion de Lobeid.

»Y entonces el poder de la cuerda se volvió contra los mismos musulmanes, como aquella vieja habia profetizado cien y cien años antes.

»Pero el abismo bramaba; y la nube sin menearse de un sitio, giraba en espantoso remolino; y Fortun inmóvil contempló espantado aquel espectáculo.

»¡Mas, alegria hijos mios, que me escuchais en paz!

»Si hay un Satanás en el infierno que prestó una centella al malvado que quiso sacrificar la inocencia; hay en el cielo un grande Alá que alumbró con un rayo de su luz al hombre generoso, musulman ó cristiano, que fué á defenderla.

»Fortun inspirado por los habitantes del séptimo cielo, rasgó la espesa nube con su vista: vió dos vultos revolcándose en el centro de la nube, junto á la boca del subterráneo del baño de la Princesa; y atravesando valiente la nube y los espectros y los olores, con espada en mano; le preguntó á Alí:

—»¿Dónde está Zahra?

»Y el moro por toda contestacion sacó un puñal de la cintura:

pero Fortun le traspasó el pecho con la espada, y Alí lanzó un terrible grito, y cayó al suelo bañado en su propia sangre.

»Hijos queridos, escuchadme en paz.

»Tan luego como la primera gota de sangre brotó del costado de Alí, despejóse el cielo, callaron los abismos, huyeron los espectros, desvanecióse la nube, y todo quedó en apacible calma.

»Alí moribundo, estaba tendido en tierra y bañado en su sangre. Fortun derecho á su lado, con la espada en la mano, y contemplándolo con ira.

»Zahra habia desaparecido.»

Asi se esplica la leyenda 17 de las 18, en que estaban divididos los pergaminos del moro Garsi.

Pero en otro lugar añade, que los moros del castillo no percibieron nada de esto, aunque letal vértigo corrió por sus cabezas.

A los mas antiguos cristianos de Cervera, llegó sin duda esta noticia de tradicion en tradicion; y en uno de los archivos del pueblo, se encontró en otro tiempo un papel que decia, que aquel portento no era cierto; que Alí asesinó á la Princesa y la precipitó en el subterráneo, donde pié humano jamás pisó despues; y que lo demas fué una fábula inventada por ellos, para ocultar el crímen del Walí, y la impotencia de la cuerda invisible de los trece nudos.

Otros cristianos tambien antiguos, mas crédulos, ó mas despreocupados, porque el nombre que cuadrarles debe, no lo se yo; decian muy convencidos de la verdad, que no seria aquello tanta fábula cuando todos hablaban en el pueblo y temian sobremanera á la mora encantada en el castillo.

Pero sea de esto lo que quiera: á mi humilde pluma, que el papel de mera compiladora desempeña; no le toca resolver en estas contiendas, que como de hombres antiguos, muy respetables son; y sí solo copiar casi al pié de la letra como ofreció al lector, algunos pergaminos del moro Garsi.

Continuaremos la historia.

El grito que Alí dió al caer, llamó la atencion del atalaya, que al pálido resplandor de la luna, divisó, aunque en confuso, á los dos.

Pasó aviso á la guardia; y el cabo con cuatro alfaraces partió inmediatamente en busca de la novedad.

Cuando llegaron al sitio, seguia Alí tendido, con la espada hincada; derramando torrentes de sangre por la herida y por la boca: Fortun lo contemplaba de pié á su lado.

Tan luego como el moribundo distinguió á la guardia articuló con pena, en medio de las ansias de la agonía, las siguientes palabras, sin dar lugar á que le preguntaran:

—El cristiano ha asesinado á la Princesa... y la ha enterrado para robarle sus joyas y huir del castillo; he venido yo á defenderla y me ha asesinado tambien.

—Mientes traidor, gritó Fortun; é iba á precipitarse sobre él cuando la guardia lo apresó furiosa.

—¿Dónde está enterrada la Princesa? preguntó el cabo con anhelo á Alí

Pero Alí no pudo responder; cubrió sus pupilas una tez empañada; hizo un saliente de pecho, y espiró.

—¡Perro de Cristo...! dijeron los alfaraces á Fortun; ¿dónde has enterrado á la Princesa?

—Alí lo sabe que es quien la ha muerto.

Mas los alfaraces lo maltrataron con palabras y con obras sin escuchar sus razones, y lo presentaron al Alcaide enterándole de lo ocurrido.

—¡Cómo!... es posible!... ¿la Princesa ha muerto? exclamó arrojando el turbante contra el suelo, asustado al pensar la impresion que tamaña desgracia produciria en el corazon del Emir.

—Ha muerto; y la ha muerto el cristiano; le respondieron con gusto; porque pocos moros de Cervera apreciaban á Fortun: y si en su auge lo respetaban porque iba á ser su Príncipe; hoy aprovechaban placenteros la ocasion para quitarlo de su compañía.

—Cargadlo de cadenas; mandó el Alcaide con voz imperiosa;

y cerradlo en la mazmorra mas segura: yo voy en compañía de los Ulemas á comunicar este desastre al Emir.

Fortun fué encarcelado en el mismo calabozo que lo habia estado sesenta dias antes; y la vista del subterráneo que reconoció al momento, le produjo una impresion terrible.

El encanto de Zahra como ya ha dicho en su leyenda el moro Garsi, y la muerte de Alí, cumplieron sin que nadie lo advirtiera el anatema que cien años antes pronunció furiosa en la cueva de Lobeid, la vieja Casia, cuando despues de huir Daldal y de degollar ella por su propia mano á Raquel, dijo esparciendo la sangre de la inocente jóven por las paredes de la caverna:

—*Esta sangre derramada hará que la cuerda invisible de Lobeid, robada por un musulman; vuelva su virtud contra los mismos musulmanes.*

El lector que ya conoce el afecto sin límites que el Emir profesaba á su hija; que mil veces le ha oido llamarla, fiel imágen de su adorada esposa; que no ignora los sacrificios que ha hecho por salvarle la vida; y que pocos momentos hace, lo ha visto deshacerse con ella en paternales caricias; el lector, decimos, podrá conocer á fondo la sensacion acre, la sensacion cruel y profunda, que la noticia de la muerte de Zahra produciria en su alma.

El Alcaide no se atrevió á subir solo á la cámara del Emir á comunicarle tan infausta nueva; y lo hizo acompañado de un Ulema.

Los primeros movimientos de Abu-Alhama al oirlos hablar, fueron de incredulidad, de risa: pero luego que el Ulema, que hasta entonces se habia espresado de un modo vago, fué infiltrando abiertamente el veneno de los sucesos en su corazon; luego que le dijeron con claridad que su hija habia sido muerta por Fortun; Abu-Alhama, cuya cabeza asaltaron de improviso mil ideas encontradas; no pudo sobrellevar un peso tan enorme, y cayó privado sobre los cojines.

Cuando volvió en sí, no sentia aun todo el rigor de su situacion; porque estaba delirante: no correspondia á las reflexiones de consuelo que le hacian con humildad el Alcaide y el Ulema; y mientras sus ojos cristalinos vagaban estúpidos por la habitacion, se le oia murmurar entre dientes:

—No, no es posible; no lo creo... Fortun no ha podido matar á mi hija; yo lo perdoné á él, y despues la amaba tanto... no; estos son unos pérfidos que me engañan.

—Señor... exclamó el Alcaide inclinando la cabeza con respeto, en tanto que el Ulema tomaba del brazo al Emir que se iba agitando por grados y cediendo á una fuerte convulsion; por desgracia es demasiado cierto, Fortun ha muerto á la Princesa.

—¿Qué dices? preguntó el Emir fijando en él su mirada, que hasta entonces habia andado perdida por la cámara: ¿qué dices? que mi hija ha muerto...? vamos á ver su cadáver.

—Señor, lo ha enterrado para ocultar su crímen y no sabemos donde.

—No, no lo creo: Fortun no ha muerto á mi hija, ¿á Zahra? cá... imposible.

—Si señor, á vuestra hija, nuestra Princesa, y á Alí.

—¿Y á Alí? por qué? tampoco lo creo.

A medida que el Emir perdia la razon se iba cubriendo su rostro de una palidez mortal.

—Asomaos, Señor, á la ventana, replicó el Alcaide; y vereis el cadáver de Alí que conduce la guardia á su aposento.

Abu-Alhama se asomó á la ventana instintivamente; y vió en efecto el cuerpo de Alí, muerto y ensangrentado, que lo llevaban cuatro soldados en una camilla de tablas.

Este espectáculo despertó al Emir de su aberracion; dió un hondo suspiro, y dejó caer la cabeza sobre el alfeizar de la agimez.

Entonces se apercibió de su dolor.

—Señor, le dijo el Alcaide con gazmoñería: entregaos al sentimiento que es bien natural en un padre y que á todos nos tiene contristados: renunciad estos dias á los negocios del castillo; y delegad entre tanto vuestra autoridad en alguno que dignamente

la desempeñe: en mí podeis hacerlo si merezco vuestra confianza, ó en cualquiera otro si no me creeis digno de semejante honor.

—Bien; lo interrumpió el Emir con negligencia: haz lo que gustes.

—¿La delegais en mí, señor?

—Sí, en tí.

—Ya tengo preso al agresor, prosiguió con adulacion.

—Bien; respondió el Emir sin oir lo que le decia, y haciendo un movimiento con la mano para que se retirasen; marchaos.

Los dos inclinaron la cabeza y se salieron.

Cuando se encontró solo el Emir exhaló un prolongado suspiro arrancado de lo mas profundo del pecho; y sentándose descorozonado en los cojines, exclamó con aquella voz amarga del hombre á quien aflije una angustiosa pena y no puede prorumpir en llanto:

—¡Mi hija ha muerto..!

Despues de un instante de silencio:

—Ahora si; repetia entre dientes, arrojando el turbante con rabia; ahora si que se ha cumplido la profecia de Mahomet; mi hija ha muerto, y ha muerto á manos de un cristiano que me ha engañado...

Y se tiró á lo largo contra el suelo, cubriéndose el rostro en ademan de llorar.

Sordos gemidos salian sin interrupcion del pecho de aquel padre infortunado.

El Alcaide que tan profundo encono abrigaba contra Fortun, se encuentra hoy alegre porque le brinda la suerte con una ocasion pintada para saciar su rencor en el cristiano, contra el que se presentaban todas las apariencias: y conociendo á fondo el caracter del Emir, le suplica so pretesto de velar por su tranquilidad; que en los presentes dias de infortunio se desentienda de los negocios públicos, y delegue su autoridad en cualquiera de las personas de su confianza, indicándose á sí mismo el primero.

Abu-Alhama estaba afligido entonces, estaba fuera de sí,

y accedió á tales ruegos maquinalmente; casi sin advertirlo.

Aunque las intenciones del Alcaide no eran otras que atormentar al cristiano con una muerte cruel; quiso someter la sentencia como se hacia en todos los casos árduos, á la discusion de los Ulemas; ya por aparecer imparcial y justiciero á los ojos del público, y ya por librarse de toda responsabilidad ante el Emir cuando se tranquilizara; quien sumamente noble castigaba con severidad á aquel que abusando de la justicia, satisfacia con ella resentimientos particulares.

La noche habia cerrado en su totalidad; y mientras el pueblo bramaba por las calles de Cervera, pidiendo á gritos el asesino de su Princesa para devorarlo, entraban majestuosamente en la Mezquita los Ulemas á celebrar cónclave.

Si el lector quiere tomar noticia de una de las ceremonias mas solemnes entre los musulmanes, sigamos idealmente á los Ulemas y penetremos tambien con ellos en la Mezquita.

La estancia aparece sombria, solemne y majestuosa.

En medio se alza una mesa larga, cubierta por un tapete negro.

A cada uno de los costados se ven dos ancianos respetables sentados en dos bancos de palo; y en la testera está el presidente.

Los cinco visten albornoces pardos con la capucha caida á la espalda; los cinco tienen largas barbas blancas y la cabeza calva.

Sobre la mesa se descubre un tintero, el Coran abierto, y una vela que refleja su luz pálida en los rostros macilentos de los ancianos, y pinta sus sombras en confuso, allá... en el artesonado de la Mezquita.

El presidente se levanta: á continuacion se levantan los cuatro secretarios: pone gravemente la mano sobre el Coran, y con voz quejumbrona por la edad, comienza á hablar:

—Ulemas;

Las paredes repetian sus palabras.

—Un cristiano ha muerto alevosamente á la Princesa; y va á castigarse su crímen cual merece; ¿qué decis?

El presidente se sentó: y lo imitaron todos menos el de la derecha que quedando en pié contestó:

—El profeta me inspira; que el cristiano sea mutilado de piés y manos y sumergido en una cisterna hasta que perezca.

Y se sentó.

Entonces se levantó el segundo.

—El Profeta me inspira; que el cristiano sea precipitado desde el castillo al pueblo.

Y se sentó.

El tercero dijo:

—El Profeta me inspira; que al cristiano se le arranquen los ojos y se le arroje á una selva, á ser devorado por las fieras.

El cuarto repuso:

—El Profeta me inspira; que se alancee al cristiano, se le curen las heridas con ácido sulfuroso; y se repita la operacion hasta que sucumba.

Por fin llegó el turno al presidente, que levantándose como los otros, espuso su parecer asi:

—El Profeta me inspira; que á la presencia del Emir, del pueblo y de la tropa armada, sea ahorcado el cristiano en las almenas del torreon del homenaje, y que su cuerpo permanezca colgado de la torre hasta que sus miembros secos por el tiempo, se caigan uno á uno. De este modo servirá de ejemplo á los demas cristianos, y damos cumplimiento al capítulo del Coran que dice:

Cuando la suerte de las armas ponga á los cristianos en vuestras manos, esterminadlos para que su muerte aterre á sus secuaces.

Los cinco dictámenes fueron sometidos á votacion secreta, y fué elegido por unanimidad el del presidente.

Entonces se levantaron todos de nuevo, y tomando el último el Coran entre sus manos; estendió el mas jóven en un pergamino la resolucion definitiva que leyó en alta voz y decia:

En nombre de Alá clemente y misericordioso.

El cónclave de los Ulemas ha decretado: que el cristiano que asesinó á nuestra Princesa, sea ahorcado el dia de mañana por el albacir, en las almenas del torreon del homenaje, vistiendo la misma armadura que vestia en el momento de cometer el nefando crímen.

Que el Emir, el pueblo y la tropa armada concurran al acto.

Qué el cuerpo del reo continúe colgado de la torre hasta que sus miembros se caigan uno á uno; y de este modo sirva de escarmiento á sus secuaces, segun previene el capítulo XVI del Coran.

El presidente:

SEDILL-Y-ALLAH

El presidente inclinando la cabeza cerró el Coran.

Los secretarios la inclinaron tambien con majestad, y el cónclave se dió por concluido.

Se sacaron varias copias del pergamino, las que rubricó con sumo placer el Alcaide; y al dia siguiente amanecieron pegadas todas en las esquinas de Cervera y en las murallas del alcazar.

Tan luego como brilló la aurora, y el pueblo pudo leer la sentencia publicada; estalló en el castillo un grito general de alegria furiosa que exclamaba:

—Muera el cristiano... muera el cristiano.

Este grito resonó en el calabozo de Fortun.



CAPITULO IX.

—

LOS CUERVOS.

El prometido á la hija del Emir; el que no hace muchos minutos se paseaba alegre por las florestas de Zahra; y abrigaba en su mente mil esperanzas risueñas como las mañanas de Abril; el valiente y noble Fortun, estaba cerrado y cargado de cadenas en una mazmorra terrible.

Cincuenta dias hacia que se habia encontrado otra vez aherrojado en el mismo calabozo: ¡pero ay! qué novedades habia esperimentado en esos cincuenta dias! qué proyectos tan halagüeños habia concebido su mente! qué placeres tan sublimes se habian deslizado por su alma! ora conmovido ante el escapulario de la Vírgen que llevaba en el pecho, como en otra ocasion habia orado; pero entonces su oracion era toda pura, toda celeste; hoy á la imágen de la Vírgen va unida para él la imágen de una mujer...

Zahra; la hermosa Zahra que ya no existe para que le abra las puertas de la cárcel, habia tenido en su mano aquel escapulario; Zahra habia impreso en él sus lábios; lo habia apretado con-

tra su pecho, y la efigie grabada en él habia producido la conversion de Zahra.

Todas estas reflexiones desvanecian su cerebro, enardecian su fiebre; y en los delirios de la calentura que le asaltaban á cada paso, veia en la oscuridad del calabozo el rostro divino de la Princesa; veia su talle vaporoso, veia su sonrisa angelical; iba á estrecharla anhelante entre sus brazos, pero crugian las cadenas sobre su cuerpo... y Fortun despertaba de su ensueño.

Otros recuerdos afligian tambien el espíritu del cautivo; su padre, su madre, á quien se disponia á abrazar bien pronto, quedaban separados de él para siempre; y él era responsable de ello, por haberse entregado tan de lleno al amor: se creia criminal; y la idea del crímen hacia temblar sus músculos.

Pero entre todas las sombras que esta noche de agonía asaltaron su ánimo, ninguna, ninguna le aterró como el pensar que el Emir le imputaria la muerte de su hija.

—Si me dieran audiencia... exclamó frenético en el fondo de su caverna; si le hiciera creer que estaba inocente; moriria con gusto: brille mi inocencia, Vírgen Santísima, y vengan los tormentos... venga la muerte.

De este modo atravesaban con lentitud las horas por la existencia de Fortun: cada minuto le ofrecia una angustia mas acerba que las anteriores, y consumia con las penas un grado de su vida desgraciada.

En los pocos momentos que su ánimo lograba serenarse, y miraba las cosas con los ojos de una razon tranquila, no encontraba del todo desesperada su causa: si obtenia permiso para hablar al Emir, podria enterarle con claridad de los sucesos acaecidos, y acaso Abu-Alhama anularia la sentencia fulminada contra él.

—Entonces, se decia á sí mismo entre el rechinar de las cadenas; entonces marcharia de este castillo que ya detesto, á llorar en el seno de mi familia la pérdida de la mas bella de las mujeres.

Mas sosegado por tan ilusorias meditaciones, dirigió una súplica ferviente á la madre de los afligidos; y esto y lo exento que

se hallaba su corazon de mancha, lograron derramar la calma sobre su espíritu.

¡Infeliz! aun llegaba á fundar sus esperanzas en el carácter racional y benéfico de Abu-Alhama! pero ignoraba que entre él y Abu-Alhama, entre el reo y el Emir, mediaba una barrera de hierro intencional, que lo separaba de toda comunicacion; mediaba el carácter pérfido y entero del Alcaide.

Si Fortun moria, moria sin culpa: pero Dios permite muchas veces que el malvado sacrifique la inocencia en los altares de este mundo imperfecto, para que el olor de tales sacrificios suba á su trono como olor de suavidad. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Entre tanto que el cristiano continuaba sumergido en las húmedas tinieblas del calabozo; los primeros albores de un dia claro amenizaban los vergeles del castillo.

El bronco sonido de los atabales forrados de bayeta negra, el eco fúnebre de los clarines apagado con lana, el estrepitoso ronquido de las trompas de cuerno; anunciaban desde la aurora las exequias del Walí, que se iban á celebrar en la misma mañana.

La tropa se hallaba formada en la plaza de los Baños; los Ulemas reunidos en una habitacion de la plaza fuerte, y los geques y moros principales del pueblo con semblantes melancólicos haciendo el honor en la antecámara del Emir: desde donde oian los suspiros que exhalaba, y las espresiones incoherentes que arrancaba de su pecho á cada paso la muerte inesperada de su hija.

Serian sobre las nueve de la mañana, cuando el triste redoble de un clarin convocó al entierro.

Una escolta de almogavares, que durante la noche habia estado guardando el cadáver de su Walí, rompia la marcha: seguian en dos filas con sus trajes bordados, los ricos hombres de Cervera: despues en hombros de ocho soldados, iba conducido el cadáver, vestido de gala, sobre unas andas formadas con lanzas, espadas, y banderas que flotaban inclinadas hácia abajo: mar-

chaba detras la sorda orquesta de negros, y cerraba el acompañamiento el valiente ejército formado en escuadrones.

El cuerpo de Alí, al presentarse muerto en la puerta de su habitacion, inflamó el ánimo de los guerreros; les recordó con su presencia, sus antiguas glorias; é impelidos todos á la vez por un movimiento de ira, gritaron á una voz entre el estruendo de las armas:

—Muera el cristiano...

La procesion salió de la plaza fuerte por la puerta de Oriente; atravesó la contramuralla y entró en la plaza de los Baños, donde se veia abierto el sepulcro del Walí.

Ya dijimos antes, que en esta plaza que ocupa lo largo del alcázar en el lado Setentrional, tenian sus baños los generales de la guarnicion, por cuyo motivo habia recibido el nombre con que la conocemos.

El de Alí era acaso el mas pintoresco: consistia en una tienda redonda al pié de dos árboles que le hacian sombra, cubierta por fuera de manchadas pieles de tigres y leopardos, y por dentro de vistosos cortinajes de púrpura y damasco blanco, graciosamente combinados.

Este recinto de placer, donde tantas veces libó los encantos de una suerte feliz, fué el lugar destinado para depositar sus cenizas.

Arrancaron la pila de mármol; practicaron una sepultura muy honda y estrecha; y entre las despedidas de sus amigos, y entre los sollozos de los guerreros que rugian cual leones comprimidos, fué colocado en el sepulcro el cadáver de Alí, sentado y mirando al Oriente segun costumbre mahometana.

El Alcaide se acercó y levantando la voz dijo:

—Oh valiente Alí; el Profeta te acompañe en el paso del Alsirab.

Dos negros pusieron una losa sobre la sepultura; la cubrieron de tierra hasta igualarla con el resto del suelo; cerraron las cortinas de la tienda con los gruesos cordones de oro que las ligaban, y el acto se dió por concluido.

Pero la tropa no dejó las armas, ni podia dejarlas en todo el dia.

Despues del célebre acontecimiento del entierro de su general, aun le esperaban otros dos, no menos importantes; la horca del cristiano á las once de la mañana, y la Chotva que se iba á celebrar á la noche en la Mezquita por la malograda Princesa de Cervera.

Ansioso el Alcaide mucho tiempo hacia de grangearse la voluntad del Soberano, y creyendo la presente ocasion una de las mas oportunas para conseguirlo, no hubo medio que su sagacidad no empleara al efecto.

Varias veces intentó penetrar en la cámara del Emir á consolarlo en su dolor, y todas fué repulsado: porque Abu-Alhama, como noble, detestaba las adulaciones; y como amante apasionado de su Zahra, queria estar solo para entregarse abiertamente á los escesos que produce la afliccion; escesos naturales que censuran vilmente llamando estravagancias, algunos intolerantes que no saben comprender la esencia misteriosa del sufrir.

El Alcaide bajó tambien al calabozo de Fortun, por aparentar celo en su destino; y por gozarse en la desgracia de su enemigo; á mandarle imperiosamente dijera donde habia enterrado el cuerpo de la Princesa: pero al ver que Fortun siempre le respondia sereno, que Alí era quien la habia muerto; creyó prudente no remover este asunto, por evitar llegase á oidos del Emir, quien escuchando las protestas del cristiano acaso le otorgara su perdon.

—No, no; murmuró entre dientes sonriendo con sátira: no nos espongamos... que se pierda el cuerpo de la Princesa, y que muera Fortun.

El sol iba adelantando en su curso y sus rayos caian ya casi perpendiculares sobre el castillo.

En las almenas del torreon del homenaje, que daban al Norte, se descubria atado á una de ellas, un cordel de cáñamo nuevo y ensebado, lo que daba á conocer que en aquel lienzo iba á ejecutarse la muerte del prisionero.

En la plaza de los Baños estaba formado el ejército en dos alas frente á la torre; y en medio de las dos alas se veian cuatro cojines tendidos en el suelo, y alrededor catorce ó diez y seis banquillos con tapetes de grana.

Este era el sitio destinado al Emir y su córte.

La colina que nacia al otro lado del barranco de Tollo; cabalmente la colina en que Zahra y Fortun habian gozado las noches mas amenas de su amor; donde habian enterrado el tesoro, y donde habian determinado los tiernos amantes levantar el templo de la Vírgen Santísima; se iba cubriendo hoy por una muchedumbre de personas que movidas por el deseo de ver morir á aquel Fortun que tan célebre llegaron á hacerlo las diferentes circunstancias que le acompañaban; se agrupaban anticipadamente á ocupar un puesto cómodo y elevado, y no cabiendo se estendian además por las vecinas cordilleras de Cabezos.

Era chocante en verdad el golpe de vista que ofrecia un monte coronado por una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, con mantos de diferentes colores, con turbantes variados, en cuyas medias lunas reflejaba el sol su luz, convirtiéndolas con el movimiento de las cabezas, en otras tantas chispas de fuego que revoltearan por el aire.

Una reunion tan grande de gente, producia un murmullo que desde el castillo se confundia con el ruido que lleva tras sí un rio caudaloso cuando sale de madre.

Un redoble prolongado de atabales y clarines, anunció que la córte se dirigia con el Soberano á ocupar sus asientos.

Aunque las murallas eran altas; como la colina en que se habia estacionado el populacho era tambien bastante elevada; y el espacio entre la muralla y la contramuralla ó sea la plaza de los Baños, estaba muy inclinada, porque seguia la vertiente del peñon en que se formaba; distinguia aquel con comodidad al través de los árboles, todo lo que ocurria en dicha plaza.

Tan luego como sonó el redoble, vió presentarse en ella una escolta de alfaraces con espada en mano; algunos pasos detras los jeques, capitanes y ricos hombres, y por último el Emir ca-

bizbajo y convulso, acompañado del Alcaide que no le dejaba de la mano.

No bien descubrió la muchedumbre desde el monte en que se encaramaba á su soberano; cuando hombres, mujeres y niños, todos levantaron en alto sus pañuelos y turbantes; gritando á una voz entusiasmados:

—Viva el Emir... muera el cristiano...

El Emir hubiera renunciado con sumo placer á semejante espectáculo; pero asi habia resultado de la deliberacion de los Ulemas, y era necesario cumplirlo.

Muchas razones tenia el pueblo de Cervera para anhelar la muerte de Fortun: era cristiano, habia asesinado segun ellos creian á la Princesa, habia asesinado al Walí, que volaba en su socorro; y por último, el reciente entierro de este que le ofreció ocasion de ver su cuerpo ensangrentado aun, habia inflamado su rencor, y deseaba con vehemencia que la sangre de un hombre borrara tanta sangre derramada por su mano.

Un clarin hizo señal que la guardia pasaba por el preso.

Con efecto; cuatro alfaraces y un cabo abrieron las puertas del calabozo.

El ruido monótono y pausado de sus piés recordó á Fortun el mismo ruido que otra vez habia oido en aquella mazmorra, cuando un ángel bajó del cielo á salvarle la vida y á llenarlo de amor: rechinó el pesado cerrojo; crugieron los goznes y se abrió la puerta: pero en lugar del rostro divino de Zahra, apareció el feróstico semblante del albacir.

—Levántese; dijo con voz de trueno.

Fortun se levantó.

El albacir soltó las cadenas que lo ligaban á la pared; pero no las que le sujetaban las manos una con otra.

—Adelante: continuó el albacir.

Y Fortun echó á andar entre cuatro soldados.

—¿Me permitirán hablar con el Emir? preguntó tímidamente.

—No por cierto; respondió el albacir pegándole una bofetada en el rostro.

—Señor; exclamó el cristiano con las lágrimas en los ojos y mirando al cielo; recibid esta bofetada en cuenta de la que á vos os pegaron por mí.

Y salieron de la plaza fuerte.

Fortun caminaba con la cabeza baja: los penachos de su capellina estaban ajados de rozarse en las paredes de la mazmorra; el ave imperial dobla tambien su cuello y se le marchitan las plumas cuando llega la hora de morir.

Pasados dos minutos aparecieron sobre la torre los cuatro soldados; luego el albacir, despues el cristiano.

Apenas lo distinguió la muchedumbre que cubria el monte de enfrente y las ramblas inmediatas; cuando prorumpiendo en una vocería estraordinaria, y agitando las manos con frenesí, gritaba furiosa:

—Muera ese perro... muera el traidor.

El albacir mandó á Fortun con aspereza que subiera á las almenas del Norte, y Fortun obedeció.

En seguida tomó el estremo libre del cordel que colgaba de una almena; formó un nudo corredizo y metió en él el cuello del cristiano.

El pueblo miraba con placer tales preparativos.

Fortun absorbido en sus reflexiones, no atendia á su peligro.

Ve debajo de sus piés el numeroso ejército que ha rendido las armas mas de una vez ante su presencia; ve una concurrencia inmensa contemplando su suplicio desde la misma colina en que tanto habia amado poco tiempo hacia; ve los jardines, las plazas, los baños de la Princesa, bellas escenas de sus perdidos placeres; y ve tambien la imágen del crímen falsamente colocada sobre su cabeza: la luz misma que hiere sus ojos le trae á la memoria recuerdos tan crueles... mas crueles mil veces que el cordel que abraza su cuello; recuerdos que roban toda su atencion, y le hacen olvidar la muerte terrible que le amenaza.

El Emir permanecia desde el principio con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo: el Alcaide á su lado no podia ocultar el gozo que disfrutaba.

El albacir se colocó al lado de Fortun en ademan de ejecutar la sentencia; pero aquel pidió permiso para hablar dos palabras; y el Alcaide, por ostentar imparcialidad y condescendencia delante del Emir, se lo concedió, aunque bien contra su voluntad.

Entonces Fortun levantó su frente serena; miró con desden la multitud que se desplegaba en el castillo; miró con desprecio la multitud que bullia en los montes vecinos; y con voz fuerte y sostenida dijo:

—Musulmanes; muero sin culpa.

El Emir temblaba al escuchar al hijo de Hernan.

Un silencio profundo habia sucedido al anterior bullicio.

El Alcaide rabiaba al observar la atencion que se prestaba al cristiano.

—El Dios que me escucha desde el cielo, conoce mi inocencia; él castigará mi muerte en vosotros mismos; *mi cuerpo pendiente aun de las almenas, será testigo de vuestra total destruccion.*

—Muera, muera... gritaba el populacho enfurecido al oir las últimas palabras.

—Muera, muera repetia el eco de las cordilleras de montañas.

—¡Que es inocente ha dicho! murmuró el Emir dirigiéndose al Alcaide.

Pero este que conocia la fueza de tales palabras, fingió no oirlas, é hizo apresurado una señal al albacir.

El albacir empujó á Fortun por la espalda y lo precipitó en el abismo.

—Bien... bien... bravo... bravo.., exclamaba á lo lejos el pueblo feróstico al verlo caer.

El golpe violento que recibió en el cordel, lo desnucó al instante, lo que hizo muy breve su agonia.

Solo una ligera convulsion se percibió correr por sus miembros, y dejó de vivir.

—Mucho... mucho; magnífico... viva el Emir, viva Mahoma... mueran los cristianos.., voceaban los del monte riéndose á carcajadas al contemplar el cadáver de Fortun colgado de la torre.

Y en su estúpida algazara agitaban con las manos levantadas los pañuelos y los turbantes.

El Emir se retiró inmediatamente á su cámara: la córte le siguió; y la muchedumbre se fué descolgando gradualmente por las ramblas de la colina, que á los pocos momentos volvió á su acostumbrada soledad.

El ejército hizo el ALATEMA, porque ya habia trascurrido el medio dia; y despues pasó formado á la plaza del ejército, situada como ya sabemos al Oriente de la plaza fuerte, y allí se estacionó esperando la noche, en que iba á reunirse Cervera en la Mezquita para celebrar la oracion solemne por la Princesa.

El ejército miraba con ironía el cuerpo de Fortun, que desde allí se veia de perfil; y cada soldado le dirigia un sarcasmo mas ó menos picante segun se lo inspiraba su malicia.

En el entre tanto ocurria otra escena muy diferente en el juego de la ballesta, donde no se oia el menor ruido ni se percibia señal alguna de animacion.

En uno de los ángulos mas escondidos de un baluarte, estaba sentado en la banqueta de la muralla, con los codos en las rodillas y la cara oculta entre las manos, un anciano en ropa talar, alto y calvo; tenia el turbante arrojado en tierra, y se oian dolorosos quejidos exhalados de su pecho.

Era Als-far, el ayo de la Princesa que tanto habia velado por ella en la infancia, que tanto la habia amado en la juventud, y que no pudiendo sobrellevar su muerte, se habia retirado al amanecer á aquel lugar abandonado; y en la misma forma que lo hemos encontrado, habia dejado trascurrir casi todas las horas del dia, cubriendo de penas su desgraciada senectud.

—¡Hija mia! murmuraba entre sollozos, ya no te veré jamás, no; yo que te he estrechado mas que nadie entre mis brazos; yo que he recibido mas que nadie tu pura sonrisa; yo que mas que nadie te he querido; me hallo para siempre separado de tí; ¿para qué quiero yo vivir en el mundo? Cuánto mejor fuera que hubiera muerto yo y que vivieras tú! tú jóven, tu hermosa, tu Princesa, hubieras sido el asombro del mundo; y yo viejo, desconocido, sin

fuerza ya mas que para llorarte, mi muerte hubiera sido insignificante, hubiera pasado por todos desapercibida: ¡oh Alá! exclamó levantando de repente la cabeza y los brazos al cielo; qué injusto has sido en esta ocasion... oh Fortun... ¡quién habia de esperar esto de tí...

Y escondiendo de nuevo con despecho el rostro entre las manos, volvieron á oirse los sollozos que ahogaban su pecho.

El ejército continuaba formado en la plaza del ejército; y el sol se iba aproximando al Ocaso.

La calma de la naturaleza, el cielo sereno, el céfiro templado, todo anunciaba una noche placentera.

Los soldados no quitaban la vista del cristiano y se reian, al ver colgado aquel que pocos dias antes se paseaba majestuoso delante de ellos; cuando descubrieron un cuervo grande y muy negro que viniendo rápidamente del Norte se paró sobre la capellina del ahorcado.

Orgulloso sobre el muerto como un emperador sobre su trono, comenzó á graznar, comenzó á crascitar, y á sus roncos graznidos vino otro que se paró en un hombro.

Los cuervos han sido mirados por la mayor parte de las naciones de la antigüedad, como pájaros de un agüero fatal; pero el pueblo árabe, mas supersticioso que los demas, se aterraba á la presencia de uno de ellos; y asi sucedió en el castillo de Cervera.

Aquellos soldados que se reian crueles complaciéndose en la desgracia de un hombre, palidecieron de temor; temblaron de piés á cabeza y no acertaban á separar los ojos del ahorcado; no ya para burlarse de él, sino á la manera que la paloma no puede retirar la vista de la serpiente que la fascina.

Los cuervos graznaban, y á su eco respondia el graznido de otros lejanos que se acercaban revolteando lentamente hasta llegar tambien al cadáver de Fortun.

Furiosos querian devorarlo; pero les era imposible porque lo cubria la armadura de hierro bruñido: el rostro era la única parte descubierta, pero se hallaba inclinado hácia abajo y daban con la dificultad de tener que pararse en el pecho para acometerlo.

Todos acudian ávidos á aquel punto; mas como se resbalaban sus uñas en la cota, caian aleteando hasta el suelo; volvian á levantarse; volvian á caer; llegaron otros nuevos que aumentaron el ruido, que se apoderaron de las almenas de la torre; y el pavor que sembraron en el castillo fué tal; que el atalaya abandonó su puesto; que el ejército se replegó sobre el ala izquierda agrupándose frente al baño de Zahra; y que los Ulemas trataron de interpretar en cónclave aquel augurio fatídico.

—Vedlos, exclamaba el presidente, asomándose medroso por la ventana entreabierta de una cámara de la plaza; todos vienen del Norte.

Porque es de advertir que aun continuaban llegando algunos otros.

—Todos vienen del Norte, y riñen sobre el torreon, y se paran en las almenas como si fueran conquistadores que han avasallado nuestro orgullo: ¡anatema! hasta la bandera imperial han rasgado con sus aletazos.

Y se retiró cerrando la ventana.

Todas las almenas de la torre estaban coronadas de cuervos que atestaban el aire de graznidos desagradables: muchos revolteaban por encima, y otros despues de emplear en vano largo rato el pico y las uñas en la armadura de Fortun, cediendo al cansancio caian por fin fatigados al suelo y asustaban con su caida aun al árabe que á larga distancia los observaba.

El ejército formidable, el ejército invencible de Abu-Alhama; los fieles zenetes, célebres en la historia de España por su valor; se encontraban despavoridos, temblando, sin resolucion para nada, sin querer mirar semejante espectáculo y sin poder retirar la vista de él.

Mil afanges pendian de sus cinturas; mil saetas asomaban de sus manos; y ni uno solo tuvo valor para dispararla contra aquellas aves: de tal modo subyugaban sus ánimos.

La noche iba imprimiendo un aspecto mas imponente al castillo.

Los Ulemas reunidos en una cámara, no podian dar solucion

completa á la aparicion de los funestos cuervos, porque no la hallaban acomodada á sus deseos; y en este lance anduvieron los infelices mas desacordes que en el castigo de Fortun.

El sol hacia ya una hora que se habia sepultado en el perfil de los montes; algunas estrellas brillaban en el cielo, y el resplandor de la luna se pintaba en el Oriente.

Pero escuchemos de nuevo al moro Garsi, que en la citada leyenda se espresa asi:

«La luna asomó en el horizonte, plateada, grande, hermosa.

«Apenas el primer rayo tocó el baño de la Princesa, cuando se dejó sentir en todos los estremos del castillo, un vago estremecimiento, cual preludio de horrible terremoto.

»Un mugido profundo y espantoso rebulló en el centro de la tierra; y una nubecilla blanca que brotó del baño de la Princesa, se desvaneció en la atmósfera.

»Los musulmanes aterrados ya con las escenas de aquel dia; quedaron atónitos, mirándose unos á otros, y esperando el resultado de aquellos infernales anuncios.

»Y no en vano se afligian los musulmanes, porque cosas en estremo prodigiosas, presenciaban sus ojos.

»Un frio de origen desconocido, circuló por sus venas.

»Otro sacudimiento agitó el castillo; otro sordo mugido resonó en el centro de la tierra, y otra nubecilla brotó del baño de la Princesa.

»Pero esta nube era rubicunda y arrollada sobre sí misma; permanecia meciéndose sobre la tierra; y en el corazon de esta nube se veia la imágen de Zahra.

»¡Ah! lo creereis, hijos que me escuchais en calma? la imágen de Zahra, con sus verdaderos contornos, con su mismo traje; oscura, pero trasparente á la vez.

»No bien la descubrió el ejército que formaba en frente, y que ya se hallaba demasiado cobrecogido con los cuervos; cuando prorumpe en un grito general de espanto: arroja las armas, y huye

precipitado á refugiarse dentro de las murallas de la plaza fuerte, exclamando atemorizado:

—»¡Encanto... encanto!...

«Tropiezan unos con otros los soldados en la carrera; dan alaridos de miedo, se precipitan sobre la entrada, y como es estrecha para tanta gente, caen unos sobre otros... se pisan... se estropean... se ahogan...

»Los de delante no pueden correr porque el temor ata sus piés: los de atras los empujan con violencia; y al cabo de largo rato, sin turbantes, sin armas, maniquebrados; logran penetrar en la plaza, y cerrar tras de sí las puertas de hierro.

»Valientes guerreros en el campo, asustados entonces cual tímidos conejos, llaman á los Ulemas, llaman á los demas, y todos se asoman despavoridos por entre las almenas de la plaza.

»En medio del silencio aterrador de la noche, habia traspasado la sombra la barandilla del baño, en alas del vientecillo suave que la empujaba con lentitud á flor de tierra; y á medida que se alejaba de su baño, se iba haciendo considerablemente mayor; pero su fondo mas diáfano, sus contornos menos determinados.

»Espíritu sutil que paso á paso se confundiera con el claro vapor que tal vez la engendrara.

»Hijos felices que me escuchais en calma; ¿qué musulman no se arredra aquella noche? ¿qué musulman celoso no arroja su turbante de dolor y sentimiento? ¿Quién no sucumbe de terror en el castillo de Abu-Alhama? ¿A dónde pueden dirigir sus ojos sino los encamina la mano clemente del grande Alá?

»Ven un cristiano ahorcado en las almenas de la torre, con su cruz en el pecho; ven en el aire cien cuervos voraces revolteando sobre él; ven el cuerpo perdido de su Princesa, vagando en sombra por las plazas del castillo; ven... calle la pluma, y la pena que oprime mi corazon ayude á contemplar aquel portento...

»La luna que obediente al soplo de Alá, seguia en su alta region la carrera que su voluntad le señaló desde el principio de los siglos; retiró sus rayos del baño, y la sombra replegándose

sin interrupcion, desapareció infiltrándose por la puerta del subterráneo que servia para subir agua á la alcazaba.

»Tambien los cuervos marcharon; y los musulmanes, nuestros hermanos, al dejar de ver tales maravillas, quedaron mas aturdidos y admirados que cuando las veian.

»Pasada la primera sorpresa;—Alí, Alí... se decian unos á otros con misterio; Alí ha sido el encantador, y Fortun no tenia culpa, decia la verdad.

»¡Oh ciencia terrible de Daldal; qué funestos han sido tus secretos al castillo de Cervera!»

Cuando el Alcaide subió á manifestar al Emir la causa del alboroto estraordinario que se promovió en el castillo, y le hizo saber que habia aparecido la sombra de la Princesa, exhaló éste un profundo suspiro y exclamó con dolor:

—No eran infundados mis recelos... no: mi corazon no me ha engañado: el cristiano ha dicho al público que era inocente; ¿no es cierto?

—Cierto es: contestó el Alcaide algo mohino.

—Sí; prosiguió el Emir como haciendo memoria de una cosa que recordaba en confuso: en medio del abatimiento y de la tristeza que por todos lados me afligia entonces; llegó su voz á mis oidos, y me parece haber escuchado la palabra *inocente*... sí; la pronunció, estoy seguro. Yo habia resuelto darle un momento de tregua para escuchar sus esplicaciones, para evitar si hubiera sido posible la muerte de un inocente; pero tú Alcaide, has estado tan ligero en hacer la señal... has obrado con tal precipitacion... ¡ay Alcaide... Alcaide..!

Y le dirigió una mirada significativa.

El Alcaide con la cabeza baja respondió:

—Señor, vuestra tranquilidad y la córte me han apresurado á ello: ya habeis visto el pueblo alborotado contra el reo, y por aplacarlo...

—El pueblo estaba alborotado porque el Emir callaba; cuando el Emir habla, el pueblo calla; demasiado lo sabes Alcaide.

—Señor...

—Anda, déjame solo. El que culpa tenga, que á Alá responda de su culpa.

El Alcaide hizo una cortesia y salió de la cámara peor parado de lo que habia entrado.

En toda la noche se abrieron las puertas de la plaza fuerte; y el ejército aterrado todavia, durmió, ó por mejor decir, esperó en ella la mañana.

Los Ulemas que se habian convocado con objeto de descifrar la llegada repentina de los cuervos, mas misteriosa por ser todos emanados de la parte del Norte; abandonaron esta cuestion y pasaron á ocuparse del estupendo suceso que los habia confundido, de la aparicion de la Princesa.

Prescindieron en sus digresiones de las causas que pudieran motivarla considerando su ciencia ineficaz para combatirlas; porque desde luego lo atribuyeron á la mágia poderosa de Alí: trataron solo de buscar los medios que les parecieron mas á propósito para evitar una vision tan aterradora; y del cónclave resultó el siguiente acuerdo bastante arbitrario, aunque ya lo estendieron con poca confianza de obtener buen resultado.

En nombre de Ala clemente y misericordioso.

Despues de invocar al Profeta, han resuelto los Ulemas en vista del asombroso suceso acaecido la noche de ayer; que se rasgue el baño de la Princesa; que se rompa la barandilla que lo rodea; que se pisen y se destrocen las flores; que se haga pedazos la pila; que se arranque la puerta por donde se suministraba el agua; que se quiebren los vasos de los perfumes, y que el recinto que ocupaba se llene de escombros: pues si acaso el encanto está fundado en los placeres del baño, concluirá faltando esta condicion.

El presidente, etc.

Lució la aurora, y la claridad del sol desvaneció en mucha parte los temores que habian afligido á los musulmanes: pero sa

lieron de aquella noche fatal, asustados é inquietos, como el niño que despierta de una pesadilla horrible.

El atalaya volvió á la torre; los centinelas á sus puestos; el ejército á sus cuarteles.

La noticia de las escenas que nosotros hemos presenciado, circuló por el pueblo tan pronto como algunos soldados pudieron salir del castillo; y Cervera se aterró al escucharla.

Era la primera hora de la mañana cuando un destacamento partia de la plaza fuerte armado de picos y de azadones, á destruir el bonito baño de la Princesa: llegaron á él, no sin cierto reparo, y aun hubo alguno mas supersticioso que los demas, que mirara por el suelo á ver si habian quedado señalados los piés de la sombra.

Todo se ejecutó lo mismo que lo habian mandado los Ulemas: rasgaron la preciosa tienda; derribaron la barandilla, troncharon las flores, arrancaron la puerta de bronce, llenaron de piedras la habitacion subterránea que llegaba al rio, y que hacia de gabinete ó gazofilacio donde se conservaban los vasos de perfumes de la Princesa; quebraron estos; en fin, en un instante redujeron tanta belleza á la nada; y en aquel sitio, el mas delicioso del castillo, solo se veian ya escombros alternando con retazos de púrpura y de damasco; piedras informes mezcladas con flores marchitas y con los preciosos ungüentos derramados.

En una palabra; el baño de Zahra quedó reducido á un monton de ruinas; y la habitacion de sus perfumes á una imponente caverna.

Lo que el tiempo hace en un siglo, el hombre lo hace en un minuto; el tiempo y el hombre son los dos enemigos de las grandezas que el mismo hombre construye.

El dia espiró sin otra cosa notable: los musulmanes celebraron en la Mezquita la oracion que no pudieron hacer la noche anterior, y á medida que la tarde se iba dejando caer sobre la Naturaleza, se cubrian los montes vecinos al castillo, de multitud de gente atraida por una novedad tan estupenda.

Los guerreros, aunque algo mas tranquilos, se cerraron den-

tro de la plaza fuerte; y apiñados en las almenas, esperaban la noche con avidez para ver si habia concluido ó se reproducia todavia aquella funesta vision.

Los Ulemas aguardaban tambien reunidos en una cámara; y hasta el Emir se distinguia tristemente reclinado sobre el alfeizar de su ventana.

Cada momento que trascurria sembraba un grado mas de impaciencia y de temor en los espectadores; ya se iba debilitando la claridad del crepúsculo; ya se distinguian algunas estrellas en el firmamento; y ya llegaba la hora de que asomara el astro de las fantasmas y de los espectros.

Pero mas acertado será que dejemos otra vez hablar directamente al historiador moro.

Dice la leyenda en otro lugar:

«Pasado un momento lució en el horizonte un resplandor tibio que alumbró las tinieblas.

»Un profundo silencio sucedió en los montes atestados de almas, y dentro del castillo.

»Hijos; ¡qué inquietud tan cruel! qué impaciencia tan anhelosa pesaba sobre los espectadores!... Por fin asomó la luna plateada, risueña, pero terrible entonces para nuestros hermanos los musulmanes. Se aumentó á su vista el silencio, creció la ansiedad y hasta cesó la respiracion.

»La calma de la Naturaleza era majestuosa.

»Oid de nuevo:

»No bien deslizó aquel astro un rayo furtivo sobre el sitio en que estuvo el baño de nuestra muy hermosa Princesa, cuando se presentó la sombra en la boca del subterráneo dibujada en el corazon de vaporosa nube; pero esta noche no la precedió otra nubecilla que se perdiera en la atmósfera, ni sordos rugidos en el centro de la tierra, ni terremoto en el castillo; esta noche aparecia en silencio, aparecia de luto; sin duda porque salia en un monton de escombros en lugar de salir en un jardin de flores.

»Un grito de horror, un alboroto estraordinario, un conjunto de voces y de alaridos estalló á vista de la aparicion; y la gente de los montes se tiró por las ramblas á refugiarse en los rincones de sus casas.

»Los guerreros acogidos unos con otros y sin atreverse á hablar, contemplaban por los adarves todos los movimientos de la sombra, que grave, diáfana, incolora, como la noche anterior, se dilataba y se hacia mas confusa segun que se alejaba de la boca del subterráneo, del punto de su nacimiento.

»Esta noche se les figuró mas macilenta; no es estraño: la sombra de nuestra Princesa se paseaba por un monton de escombros, á diferencia de un jardin de flores en que se paseó la vez primera.

»¿Sabeis hijos mios quién era el que mas padecia en aquella noche de luto sin que nadie lo advirtiera?...

»Era el Emir: el poderoso Emir, que fijo en la ventana de su cámara le crugia el pecho de dolor; y de su corazon se arrancaban muchas lágrimas que abrasaban sus párpados, como si fueran gotas de azufre ardiendo.

—»Hija mia... hija mia..! fueron las únicas espresiones que pudo pronunciar.

»Y rendido por mortales angustias, dejó caer la cabeza sobre las manos que descansaban en el alfeizar de la ventana.

»Cuando volvió á levantarla no vió nada: la luna retiró sus rayos del misterioso recinto, y la sombra desapareció sumergiéndose afligida en el subterráneo.

»El Emir exhaló un suspiro y entornó la ventana.

»Cada vez mas admirados los musulmanes hablaban unos con otros, y cada uno daba su parecer en cuestion tan difícil de apear.

»Como observaron el influjo poderoso que la luna ejercia sobre el baño de nuestra malograda Princesa, y como aquel habia quedado ya reducido á una cueva, le llamaron desde entonces la CUEVA DE LA LUNA; y con este nombre se conserva hasta nuestros dias; y con mucho respeto ha sido mirada siempre por todos los musulmanes.»

Nosotros humildes compiladores no nos detendremos á examinar la verdad de este hecho; pero lo cierto es que los moros lo vieron ó creyeron verlo; escribieron en sus pergaminos este portento, lo atribuyeron á la mágia de Alí, combinada con el poder de la luna, y por ello designaron á aquella caverna con el nombre de CUEVA DE LA LUNA: y el pueblo moro, el pueblo vencido, al entregar Cervera al pueblo vencedor, al cristiano; le entregó tambien su gran castillo, *Al-cazaba*; le entregó la cueva de la Luna con sus misterios, con sus consejas y con su nombre: y esta cueva que aun subsiste en el siglo XIX, indicando lo que fué; siempre aterradora, la mas propia para arrancar la veneracion de un espíritu supersticioso como el de los mahometanos, es conocida todavia con el mismo nombre, con el de CUEVA DE LA LUNA.

Los Ulemas, el Iman y todos los jeques y ricos moros del pueblo, inspirados por un verdadero afecto hácia su Emir, convinieron reunidos en junta, hacerle ver lo conveniente que le seria abandonar el castillo y marchar á la corte de Córdoba, donde pasaria lejos de Cervera una vejez mas tranquila, con cuyo objeto subió una comision á su cámara: pero Abu-Alhama despues de manifestárseles muy agradecido, les contestó que de ningun modo accedia á sus consejos; que él no se movia de su alcázar; que si algun placer, aunque soñado, le esperaba en el mundo; brotaba del estrado de la Princesa, de sus jardines y del suelo que habia hollado con sus piés.

—¡Ah! exclamó abatido y quejumbron: ¡que marche del castillo!... ¡que marche del castillo donde queda la sombra de mi hija... y que un pueblo nuevo venga á insultarla con sus escarnios!... no hija mia, no te abandonaré... ¿Dónde puedo yo esperimentar goces como los que esperimente aquí?... no es ese el cielo que vieron sus ojos? ¿no es ese el aire que respiró su alma? pues ese cielo quiero yo ver; ese aire quiero yo respirar: y en ese cielo, y en ese aire se presentará tambien su imágen á mis ojos: yo abrazaré su sombra; si, cobardes, la abrazaré mientras vosotros huís de ella porque no es vuestra hija; porque no habeis

perdido una hija tan hermosa como la mia; yo abrazaré su sombra y la sombra me abrazará á mí: ¿y quereis retirarme del castillo? ¿Y quereis privarme de su vista? no; no partiré: quiero morir en él; idos... dejadme solo.

Y señaló con la mano la puerta de la cámara.

La corte se retiró en silencio, sintiendo amargamente el estado deplorable en que la pérdida de la Princesa habia puesto al mejor de los padres; al mas noble de los Emires, y al mas valiente de los generales.

La sombra continuaba apareciéndose en el silencio de las tinieblas: pero mejor será que acudamos otra vez al moro Garsi.

Dice al final de la leyenda:

«La sombra salia en la misma forma todas las noches de luna.

»Y los musulmanes del castillo, aunque siempre se recogian antes de aquella hora; ya llegaron á familiarizarse con su vista hasta cierto punto.

»Nuestro desgraciado Emir empujado por el grande cariño hácia su hija nuestra Princesa, que le hizo padecer ciertas aberraciones mentales; salió algunas noches con objeto de abrazar la sombra.

»Oid vosotros que me escuchais en calma.

»Cuando el infortunado padre llegaba á ella, no la distinguia; la buscaba con las manos, pero no la encontraba; la buscaba con los ojos, pero no la veia; y sin embargo, en aquel mismo momneto continuaban viéndola los que la miraban á alguna distancia.

»Entonces el Emir se retiraba á su cámara con la cabeza baja, sudando congojas, y levantando los brazos al cielo, clamaba entre las angustias de su corazon:

—»¡Oh poderoso Alá, grande es la ciencia que enseñaste al hijo de Mahomet!... grandes son los dolores que padece tu siervo Als-jerib!...

»Todos estos acontecimientos eran otros tantos gusanos que

roian las entrañas de Abu-Alhama, cuya salud iba decayendo por grados.

»Encerrado ordinariamente en su cámara, con nadie se comunicaba; y si á algun íntimo amigo ó á algun anciano jeque ó alnahibe le dispensaba la distincion de recibirlo un momento; no le hablaba de otra cosa que de la hermosura, de las diversiones, del candor, de la aparicion, y del destino de su malograda hija.»

Los sucesos acaecidos en el alcázar de Abu-Alhama fueron tan notables por las personas que figuraban en ellos, y tan asombrosos por su naturaleza; que pronto se divulgaron por el vasto imperio de Abderramen.

La aparicion nocturna de la Princesa despertaba de lleno el sentimiento misterioso de que tanto abunda el espíritu de los moros.

Un hecho de tanto ruido pasó al instante al Africa, donde se referia con demasiada esactitud; tuvo fuerza para cruzar la Libia, y cundió rápidamente en los desiertos del Asia.

El beduino, replegada su tribu en torno de una fogata que enciende en aquel mar de arenas, ó esparcida agradablemente al amor de algun cucharro, junto al cual nace una frondosa palmera; habla con vaguedad de la victoria que sobre cierta Princesa musulmana y su amante cristiano, habia obtenido la mágia de un tal Alí, nieto de Daldal, de aquel sabio que nació de una beduina en medio de los desiertos, en la profundidad de una caverna: y fielmente apasionado de su raza y de su gloria, se siente animado por un fuego de orgullo al agregar un desenlace tan feliz á la historia de Daldal.

Otro suceso tuvo fuerza tambien para atravesar en la débil barca de la tradicion, el abismo de mil años; y aunque alterado en parte por las diferentes generaciones que ha cruzado, se conserva íntegro en el fondo; y hoy mismo, á mitad del siglo XIX, no hay en Cervera una persona que lo ignore; no hay una sola persona que haya dejado de oir hablar alguna vez, de la mora encantada en la CUEVA DE LA LUNA.



CAPITULO X.

LA BATALLA DE CLAVIJO.

Ocho dias habian trascurrido despues de la muerte de Fortun; y por consiguiente despues de la noche en que comenzó á aparecerse la sombra de la Princesa.

En el momento de que hablamos se hallaba el Emir sentado á la morisca en los cojines de su cámara: tenia la cabeza recostada sobre la mano derecha, cuyo codo descansaba en otro cojin; y en esta postura meditabunda en que desde la desgracia de Zahra dejaba deslizarse horas enteras; revolvia en su mente mil ideas, mil recuerdos que lo martirizaban: veia por un lado que no parecian las joyas de su hija, y que Alí dijo al morir que Fortun habia asesinado á la Princesa para robárselas; ¿las habria reunido ya con el objeto de marchar? no habian encontrado el corcel ensillado en la salida del pueblo? veia por otro que Fortun no habia muerto á Zahra; pues que esta sufria los efectos de la ciencia cruel del hijo de Mahomet.

Tales reflexiones presentes sin cesar á su espíritu, abrieron

en su frente durante el escaso tiempo de nueve dias, una arruga mas profunda que lo habian hecho los diez y ocho años que llevaba encerrado en el castillo de Cervera.

A su lado aparecian en vez de los pebeteros, que otras veces exhalaban suaves aromas, cuatro maceteros con flores lácias y deshojadas: estos maceteros eran los que adornaban el estrado de su hija: su propia mano habia colocado en ellos aquellas flores; y no queria el Emir que nadie las tocara.

Si alguno lo estimulaba á que las sustituyera con otras frescas:

—¡Ah no!... respondia con tristeza: veis esas flores marchitas? son la voz de mi hija que desde el centro de la tierra en que la hundió un malvado, me dice: «Ahí teneis padre la imágen de mi juventud; yo tambien fuí flor hermosa, y yo tambien me marchité.» Sí, me lo dice; la oigo en mi dolor, la oigo en el silencio de las tinieblas.

Se veian asimismo á su alrededor encajes, gasas, plumas; todos los aderezos que en tiempo mas feliz adornaron las gracias de la Princesa; los cuales él mismo habia ido recogiendo con cuidado y colocándolos en su cámara.

Delante tenia una mesita calada de sándalo con tapete de damasco verde y borlones de oro, y sobre ella estaba abierto el Coran.

¡Cómo acude á Dios el hombre en su dolor, cualquiera que sea su religion!

De este modo continuaba el Emir silencioso, cabizbajo, meditabundo y aplastado por el peso del infortunio, cuando el eco lejano de un clarin penetró por las ventanas entornadas de su cámara; y á los veinte minutos se presentó en la puerta un eunuco acompañando á un capitan jóven de esbelto personal, ricamente vestido, aunque cubierto de polvo, el cual llevaba la garlota imperial sobre la delantera de su anchuroso turbante.

Despues de hacer una profunda cortesia, dijo:

—Oh Emir, el Profeta os guarde: soy emisario de Abderramen II nuestro Rey y Señor, que me envia á vos con este parte.

Y le entregó un pliego cerrado y sellado.

—¿Vienes de Córdoba? preguntó el Emir sorprendido, mientras alargaba la mano para tomar el papel.

—No en verdad; el Rey está mas cerca: mañana dará vista á los campos de Clavijo, donde lo espera el orgulloso cristiano.

—¡En los campos de Clavijo!... exclamó el Emir: ocho leguas de mi castillo está Abderramen, mi amigo y mi Señor?

—Yo me he adelantado por órden suya con una escolta de almogavares á entregaros el comunicado.

—Bien; retiraos, prosiguió el Emir.

Y los dos se salieron.

Cuando se quedó solo Abu-Alhama, exclamó de nuevo abriendo el parte:

—¡Oh Abderramen! ¿qué nuevas te traerán por estos paises? no conocerás ya á tu amigo Als-jerib; el dolor y los años lo han desfigurado.

Y se puso á leer el pliego que decia así:

En nombre de Ala clemente y misericordioso.

Abderramen II, Rey de Córdoba, á Abu-Alhama Emir de Cervera y su castillo, salud.

Sabed que los cristianos mas engreidos que nunca con sus pequeñas victorias; han osado oponer resistencia á las justas reclamaciones de nuestra poderosa persona, negándose á pagar los tributos, que en pacto solemne, rubricado y sellado de real mano tienen estipulado.

Sabed que el Rey Ramiro se ha negado á entregarme el feudo de 100 doncellas, que sus anteriores Reyes entregaron á nuestros padres; y que yo con toda prudencia le he pedido, y con el decoro y atencion que de Rey á Rey guardar se debe.

En vista de todo ha resuelto nuestra poderosa persona, avasallar de un golpe la altivez del cristiano, dando una batalla decisiva en los campos de Clavijo, lugar que para ello por ambas partes se ha elegido.

Yo he replegado todas mis tropas: y no turbara tu calma, oh

Emir, llamándote á la guerra, si no sintiera privaros del triunfo á tí y al escuadron de zenetes, al escuadron de leones que hacen tu guardia.

Preséntate con tu escolta en el campo designado, á los dos dias de recibir mi órden, y tendrá el gusto de abrazarte tu Rey y tu amigo

Abderramen.

Al Emir de Cervera y su castillo.

—No; exclamó Abu-Alhama derecho en su cámara con el pliego en la mano, no sé nada; cerrado entre estas murallas, he renunciado al mundo, y el mundo otra vez me llama: Alsjerib, vuelves á la guerra; pero vuelves sin vigor, sin juventud, sin fuerza.

Y pegó con el martillo de plata en el muelle de acero.

—Oye; dijo al ayuda de cámara que se presentó, manda al Alcaide que reuna el ejército y publique este parte.

Las órdenes de Abu-Alhama fueron obedecidas, y al poco rato se oia una voceria que gritaba.

—Viva el Emir... viva Abderramen...

Al saber los soldados que eran convocados á la guerra por su Rey, se hinchan de gozo: pero no pueden suponer que su jefe Abu-Alhama marche á la cabeza.

Llegó la tarde; y serian sobre las tres, hora destinada para la marcha, cuando el Emir llamó á un ayo, y sin mas preámbulos le dijo:

—Vísteme para la guerra.

Asombrado el ayo se atrevió á preguntarle:

—Señor, ¿vos tambien vais á la guerra?

—Pues qué; ¿no soy soldado? mi Rey me llama.

El ayo temblaba de placer: y esto mismo de que el ayo se admiraba, arrancó gritos exagerados de satisfaccion, asi que el Alcaide lo hizo saber por arenga á los soldados.

Abu-Alhama se quitó la ropa talar, y sobre el traje ordinario se puso un alquicel blanco; prendió una gruesa cimitarra á su

cintura, y cambió su turbante de casa, por otro con casquete y media luna de acero.

—Adios hija mia; murmuró con lágrimas en los ojos, besando las flores marchitas de los maceteros de Zahra: adios hija mia, adios.

Bajó en seguida á la plaza fuerte, montó un brioso corcel negro, y sufriendo los arrogantes escarceos que hacia el bruto, se presentó en la plaza de los Baños al frente de sus valientes zenetes, que lo esperaban formados en escuadra.

Al ver el ejército á su anciano Emir, que lo busca pertrechado para la guerra; suenan de repente las músicas; rompen los soldados sus filas; se deshacen frenéticos en vivas, y cubren de turbantes el suelo que va á pisotear su caballo.

Concluidos los primeros impulsos del cariño que el soldado profesaba á su jefe, base fundamental del poder de un ejército; se formaron de nuevo los escuadrones: y Abu-Alhama refrenando su bruto furioso que inflaba las narices y arrojaba espuma por la boca; gritó esforzando lo posible su voz debilitada:

—Valientes zenetes; ya habeis visto por el parte que os ha leido el Alcaide, que nuestro Rey nos llama á la guerra. Para vosotros zenetes, ir á la guerra, es ir á alcanzar nuevas victorias; yo tambien recobro fuerzas; yo tambien me siento mas animado á vuestra cabeza. Soldados; viva Abderramen...

—Viva... respondieron todos.

—Viva el Emir... gritó un ballestero.

—Viva...

—Viva Mahoma... prosiguió Abu-Alhama.

—Viva... respondió el ejército en confuso murmullo; y respirando furor comenzaron á desfilar dando alaridos de alegria, al son de cuatro clarines y seis atabales.

Toda la gente armada de Cervera siguió al Emir; y en el pueblo no quedaron sino el Imán, los Ulemas, los ancianos, las mujeres y los niños.

Al caer la tarde, cuando el ejército subió á la cumbre de la última montaña que vuela sobre el horizonte; volvió Abu-Alhama

los ojos y vió á lo lejos su castillo que se dibujaba en la atmósfera diáfana, como una nube informe y de color sombrio.

El desgraciado anciano exhaló un suspiro y continuó la marcha.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Amaneció en Clavijo un dia claro, radiante.

Las vastas llanuras que le rodean se veian cubiertas de batallones, y un clamoreo incesante llenaba los aires con su ruido.

Alli se descubren frente á frente los dos inmensos ejércitos que dominan la España; el de Abderramen II y el de Ramiro I: los dos Reyes inflaman con su voz al soldado: y el sol refleja sus rayos en los vistosos trajes del moro y en las brillantes armaduras del cristiano.

En medio de las filas del primero descollaba orgullosa la bandera de la media luna, y entre las segundas se levantaba sublime el estandarte de la cruz.

Las huestes mahometanas ocupaban el Occidente; las cristianas el Oriente; y ambas tenian á su espalda la multitud de tiendas, voluptuosas las unas, decentes las otras, y todas agitando sus banderolas á impulsos del céfiro de la mañana.

El ejército de D. Ramiro recibia refuerzos con bastante frecuencia; pero en el de Abderramen afluian escuadrones sin interrupcion, como afluyen incesantemente los rios en el mar.

Las diferentes cohortes del Profeta se distinguian por los colores variados de sus turbantes, que ofrecian el aspecto de un campo sembrado de flores; y las compañías del ejército de Cristo se distinguian tambien por los variados matices de sus penachos azules, verdes y encarnados, que en los movimientos uniformes de las grandes masas, no parecian otra cosa que dilatadas bandas de aves que se reunieran de las diferentes zonas, para atravesar volando las campiñas de Clavijo.

El Rey Abderramen montando un caballo árabe, adornado de seda y pedreria, sale de la tienda y se presenta al frente de su ejército.

El Rey Ramiro, aplicando el acicate á su alazan furioso cubierto de acero, hace lo mismo.

Los dos ejércitos victorean á sus Reyes: los dos ejércitos levantan sus banderas; los dos ejércitos avanzan un paso al centro; los dos leones han erizado sus melenas.

La batalla preparada en los campos de Clavijo tiene suspenso al mundo: el Oriente y el Occidente dependen de su resultado; el mismo Dios se halla interesado en ella.

Los dos Reyes, los dos ejércitos, no pelean por su trono, no pelean por su gloria, pelean por su religion; pelean por su Profeta: y desde su alta esfera señalará con la victoria el Dios de lo invisible, si Mahoma es su mayor Profeta, ó si Jesucristo es su verdadero hijo.

En este momento en que los clarines y atabales de ambas partes henchian el aire; en que los dos formidables enemigos se disponian al avance; descubrieron las llanuras de Clavijo los escuadrones, que mandados por Abu-Alhama, habian salido el dia anterior del castillo de Cervera.

Rugen los zenetes al presenciar aquella escena tan grande; y Abu-Alhama tiembla de entusiasmo: siente en un momento arder la sangre en sus venas; siente nacer en su pecho aquel valor que en su juventud lo hacia el ejemplo del guerrero; olvida los diez y ocho años que ha dormido en un castillo; olvida que es Abu-Alhama, vuelve á reconocerse Als-jerib, y con esto el mas esforzado general de la corte de Abderramen.

—Valientes zenetes; exclama desde su corcel con la cabeza erguida; allí teneis á nuestro Rey; y estendió el brazo hácia las huestes sarracenas; aquel campo está sembrado de palmas; esas palmas hay que cortarlas con nuestro alfange... las deseais, valientes?...

—Adelante; gritaron los zenetes echando á andar ligeros.

Y al son de los clarines y atabales, y al son del clamoreo que salia del campo, se agregaron al ejército africano.

Se hizo la señal.

Los ballesteros de ambos ejércitos avanzaron al centro, y una

nube de emponzoñadas saetas oscurecian los rayos del sol.

Mientras los batallones se disputaban el terreno palmo á palmo, sin poder ganar un paso; perdiendo en uno lo que habian adelantado en otro; un escuadron de jóvenes y nobles cristianos, defendidos ellos y sus caballos con brillantes armaduras de acero bruñido; destacan veloces como el rayo, con la intencion atrevida de cortar el ala izquierda del enemigo, y acometer á Abderramen que se descubria con su escolta un poco separado del cuerpo del ejército; pero un grupo de alfaraces les salió al encuentro y los desbarató completamente: vino en auxilio de los vencidos la caballería cristiana; corrió tambien la árabe y de este modo se cerró la batalla; grande, sangrienta, admirable, en la que desgraciadamente llevaron los moros la mejor parte.

Así se deslizó la mañana y la tarde cubriéndose el suelo de cadáveres.

El estandarte de la cruz se iba replegando medroso hácia sus tiendas, y la bandera de la media luna avasallándola con orgullo á medida que sus falanges avanzaban hácia ella: pero una noche tenebrosa se tendió sobre la naturaleza, y todo calló bajo su oscuridad.

Abderramen entró en su tienda con Als-jerib y algunos alnaibes y alcatifes.

Colgaduras de púrpura, pabellones de terciopelo, alfombras de seda y cordones de oro, adornaban su estancia; y reclinados voluptuosamente en mullidos cojines, celebraban con pipas en la boca el principio de su triunfo.

El Rey D. Ramiro se cerró tambien con sus generales en la suya; sencilla, entapizada de un lienzo blanco con listas azules que suavizaba la aspereza de las pieles, que como á todas las cubria por fuera.

Triste y cabizbajo; dejó la celada en el suelo, y despues de dar algunas disposiciones militares, quedó solo con su ayudante.

En una suntuosa tienda inmediata á la de Abderramen celebraban concilio sesenta y tres mahomets (1), y en otra tienda hu-

(1) Nota 12.

milde, próxima á la de D. Ramiro, doce sacerdotes hincados de rodillas ante un Cristo, pedian al cielo fervorosamente cambiara la suerte de aquella accion, de la que sin duda alguna dependia el triunfo ó la ruina de la religion cristiana en España.

La noche habia adelantado en su carrera; lívidas estrellas despedian su fulgor vacilante al traves de las nubes que cubrian la atmósfera, y en el campo de batalla solo se oia el ruido lento que el ambiente producia agitando las banderolas de las tiendas, la voz confusa del centinela y el quegido del moribundo, ó el último suspiro del soldado que moria.

Sentado el Rey D. Ramiro en una peña, descansando la cabeza en el puño de su tizona, cuya punta se apoyaba en la tierra; y solo, en medio de la tienda, cansaba su espíritu con mil proyectos de guerra y mil estratagemas difíciles, de los cuales ninguno le satisfacia, hasta que por fin, fatigados su mente y su cuerpo se quedó dormido; y allá... en ensueños comenzó á oir el estruendo de la guerra; vió el ejército musulman que arrollaba al cristiano, y cuando este huia quebradas sus armas, y roto su estandarte, apareció en los aires un soldado hermoso montado en un caballo blanco, tremolando en la mano izquierda una bandera blanca, y agitando en la derecha una temible espada.

—Oye Ramiro, le dijo hablando con él; yo soy Santiago; no temas, mañana en lo mas cerrado de la pelea, me presentaré en medio de tus escuadrones: mi voz animará al cristiano; mi presencia aterrará al musulman; y en un solo minuto se verá humillado el orgullo sarraceno.

Desapareció Santiago; y D. Ramiro despertó asustado: se pasó atónito la mano por los ojos y murmuró entre dientes:

—No; no es un simple ensueño, yo lo he visto; me ha hablado... sí, yo mismo he oido su voz: esto ha sido una vision celeste.

Y sacó la cabeza por las juntas de las cortinas.

El alba asomaba en el horizonte; y su pálido resplandor alumbraba los cadáveres que yacian tendidos en el suelo.

A la hora y media resonó en aquellos campos el clarin guer-

rero, y á su eco penetrante sucedió el estruendo de las armas y de las armaduras; el relincho de los caballos, y el clamoreo de los soldados que se disponian á la batalla.

El sol dejó caer sus rayos sobre Clavijo; y este pueblo miserable parecia atemorizado al contemplar junto á sí escenas tan grandes y tan imponentes.

Los dos ejércitos volvieron á avistarse, y levantando en alto cada cual sus banderas; se saludaron en ellas las dos religiones opuestas y enemigas.

Abderramen, montado en su corcel, se presentó á arengar á sus soldados; y D. Ramiro oprimiendo los lomos de su alazan, dijo en alta voz á su ejército despues de recorrer en persona las filas.

—Soldados, ánimo: Jesucristo pone hoy en nuestras manos la victoria. ¿Veis aquel ejército formidable? pronto vá á ser víctima de nuestros aceros: esta noche, soldados; en medio de un sueño inquieto se me ha aparecido Santiago y me ha dicho: «no temas Ramiro; en lo mas cerrado de la batalla me presentaré entre tus soldados; mi voz animará al cristiano, mi presencia aterrará al musulman.» ¿Qué mas podemos desear? el cielo vá á manejar nuestras espadas: valor guerreros; viva Santiago...

—Viva... respondieron en masa.

Y al eco de los clarines sucedió el silbido de las saetas que abrian la accion.

Estrecháronse las huestes; acometieron denodadamente las dos caballerías; y otra vez las falanges cristianas comenzaron á retroceder.

En el momento mas crítico; al pensar en la fuga descubren los cristianos delante de ellos el guerrero que les habia prometido su Rey: recobran el ánimo, porque Santiago les toca los corazones; y victorean al Santo que con la bandera blanca y la espada fulminante se precipita sobre los moros hollándolos con las herraduras de su caballo.

Los musulmanes vencedores retroceden en desórden: los si-

guen los cristianos capitaneados por el Santo; los alcanzan, los destrozan, los matan; y en medio del griterio del pueblo inmenso que huye y del pueblo que lo arrolla con saña; se vé la bandera de la media luna hecha giras por el suelo.

Las llanuras de Clavijo no son ya el campo de la guerra, son una vasta carniceria; son el oprobio del Profeta, son un mar de sangre donde desemboca á torrentes la que baja en todas direcciones; y en tal confusion se dibuja sublime la cruz sobre las huestes que acometen vencedoras.

El formidable ejército musulman, que no hace mucho aterraba solo al considerar su número, se deshace en la desercion mas vergonzosa; y para la fuga se divide espontáneamente en tres cuerpos que marchan en tres distintas direcciones.

Abderramen con la mayor fuerza se dirige al Occidente; Don Ramiro persigue á estos: un gran destacamento de caballería al Oriente, y Abu-Alhama con sus escuadrones de zenetes al Mediodia.

Al Mediodia en busca de su castillo, donde un poderoso instinto les dirige. Marchan atropellados sin órden y en confusion, porque un regimiento de caballería, mandado por un anciano general les vá al alcance.

Rendidos y sofocados por la fatiga, llegaron al fin despues de diez horas á CUESTA CLARA, la primera montaña en que se descubria el castillo, y desde donde Abu-Alhama habia dirigido cuatro dias antes la última mirada al lanzarse á la batalla lleno de esperanzas.

La vista de la fortaleza anima los corazones decaidos del soldado, y corren con mas fuerza á encerrarse dentro de sus murallas.

Los Ulemas y los ancianos del pueblo que esperaban en las almenas creyendo recibirlos coronados de palmas; y los vieron llegar en aquella disposicion, dieron un grito de horror y se golpearon la cabeza.

Desde allí contemplaron á su pesar el ejército musulman, huyendo despavorido, y al cristiano siguiéndole ya nada mas que á doscientos pasos.

Desde el castillo parecian los últimos una manada de leones que amenazaba con la destruccion: y el ruido sordo y lejano que se oia producido por sus voces, por sus armas y por el galopar de sus caballos, era semejante al ruido aterrador que lleva consigo una nube cargada de granizo, cuando la impele un viento furioso que le hace asolar los campos.

—Musulmanes; exclamó de repente en tono afligido un anciano de los de las almenas, señalando las huestes cristianas; somos perdidos, aquellos, aquellos son los cuervos que vinieron del Norte; su fatal agüero vá á cumplirse esta tarde.

Y la consternacion se apoderó de todos los que le rodeaban.

Pasado algun tiempo, Abu-Alhama y sus soldados llegaron casi sin fuerzas al monte que hay encima del barranco de Tollo, frente por frente al castillo.

Los que los miraban desde él se esforzaban por animarlos; pero al disponerse el Emir á salvar el barranco, levantó la vista involuntariamente, y de improviso se ofreció á sus ojos el cadáver de Fortun que aun estaba colgado en la torre; y entonces se presentó á su espíritu la profecia que pronunció el hijo de Hernan al morir.

Recogiendo el Emir su voz debilitada gritó parándose con asombro de los demás.

—Zenetes, ¿á qué correr? nuestra hora es llegada; mirad el cadáver de Fortun; acordaos de las palabras que dijo poco antes de morir: *soy inocente; mi cuerpo pendiente aun de las almenas, será testigo de vuestra destruccion.*

No bien habia acabado de hablar el fatalista Abu-Alhama; cuando la fuerza cristiana carga furiosa sobre ellos: y encima de Cervera, á la vista de su alcázar, atropellan, hieren, acaban con los guerreros musulmanes.

El suelo se cubre de muertos; la sangre baja á torrentes al barranco de Tollo; y el raudal que corre por él, aterra á sus habitantes.

Los cristianos inflamados por el fuego de la victoria, trepan

veloces los montes, asaltan las murallas; rompen las puertas del castillo y penetran en la fortaleza, desvástándolo todo, sembrando por todas partes la muerte y la desolacion.

Allanan cual furias desencadenadas las cámaras del Emir y de su hija; rasgan las púrpuras y las escarlatas; destrozan los baños y los jardines, y á luego se aperciben del cristiano que cuelga ahorcado de las almenas; lo bajan, se agrupa el ejército en torno suyo á mirarlo, y antes que nadie lo reconoce el general que ha mandado las tropas; lo estrecha entre sus brazos y exclama con desesperacion:

—Hijo mio... Fortun...

Aquel general era Hernan.

—Fortun... Fortun... nuestro capitan... gritan unos.

—Venganza... gritan otros.

—Venganza... resuena en todos los ángulos del castillo.

—Venganza... repite sordamente el corazon de Hernan.

Y encendidos de nuevo los victoriosos soldados levantan las espadas, y se dejan caer sobre Cervera con mas furia que el ángel esterminador.

Insaciables por la muerte de su capitan, matan al niño, al anciano, al huérfano y á la viuda: de nadie se compadecen; y las fértiles campiñas de Cervera se ven sembradas de heridos que se lamentan, de moribundos que gimen y de cadáveres que aterran.

Se refugian los pocos que han podido librarse del cruento esterminio en las cavernas de los vecinos montes; se disponen á seguirlos los vencedores; pero la voz de su general los detiene.

—Cese el horror, les dice: si ellos ahorcaron á mi hijo, ya hemos vengado bastante su suplicio: han perecido á los filos de nuestra tizona el Emir, el Alcaide, los Jeques, los Ulemas, todo el ejército, y casi todo el pueblo: perdonad á esas mujeres fugitivas que se acogen como fieras en las cuevas: si el musulman cuando vence al cristiano degüella hasta al niño que no ha salido del vientre de su madre; distinguíos vosotros de ellos: acordaos de Cristo

que alzado en la cruz derramó su sangre por la sangre de todas las sectas y de todas las naciones.

Los guerreros obedecieron la voz de su general; y labaron las espadas ensangrentadas en las aguas del Alhama.

Luego entraron formados á la Mezquita: un sacerdote venerable, arrojó el Coran que ocupaba el altar, y colocó en él la Biblia y un Crucifijo á su lado.

—Cristianos; exclamó con voz convulsa: aquí teneis el símbolo de vuestra religion.

Y aquellos soldados, bravos poco antes como leones, doblan la rodilla en silencio é inclinan sus espadas ante la cruz.

Lágrimas de gozo corren por sus mejillas; y despues de hacer una larga oracion salen alegres á tomar posesion del pueblo que su valor ha puesto bajo su dominio.

Al dia siguiente abrieron amnistía general para los desgraciados moros de ambos sexos que se habian escondido en las cuevas; les permitieron vivir en su compañía abrazando el culto cristiano, y les ayudaron á dar sepultura á los cientos de cadáveres diseminados en el suelo.

Celebraron unos solemnes funerales en honor de Fortun; y penetrando en todas las barranqueras y ensenadas, para que ningun cuerpo quedara insepulto, llegaron á la cueva de Marimon, y encontraron en lo mas oscuro de ella un negro acurrucado; era el esclavo de Alí, que bien pronto comenzó á esperimentar los consuelos de la religion de Cristo; la cual no admite ni puede admitir distintas prerogativas en las diferentes razas del hombre.

Todos salimos de un mismo vientre, dijo Job; luego por nuestro nacimiento todos somos iguales á los ojos de nuestro padre: el orgullo, el orgullo humano y no otro es el que ha establecido las diferentes clases, las diferentes cunas; pero estas diferencias, efímeras como el hombre que las ha producido, acaban pronto; y en el lecho comun, en el sepulcro, las cenizas del infeliz, las cenizas del pordiosero, las cenizas del humilde son tal vez colocadas so-

bre las del poderoso que lo miró con desprecio, que lo holló con sus piés durante la vida fugaz y engañadora.

La Vírgen lo dijo; *deposit potentes de sede, et exultavit húmiles* (1).

El esclavo de Alí fué tratado por los vencedores con la atencion de que es digno un hermano suyo; y los mismos vencedores arreglaron la Mezquita, y la convirtieron en parroquia de San Gil, que es como hoy se conserva.

La tradicion asegura que de los tres cuerpos en que se dividió el ejército de Abderramen para huir de la batalla referida, siguió Santiago el de Hernan, sin duda por vengar la inocencia de Fortun, cuya muerte tan injusta como aleve no podia el cielo dejar impune.

Hoy mismo, en el siglo XIX; cuando los cerveranos enseñan las ruinas de su castillo á algun forastero; despues de hablarle no con poco misterio de la CUEVA DE LA LUNA, le dicen al acercarse á un pilon abierto á pico en la roca, dentro de uno de los baluartes mas orientales, del que solo se conservan los cimientos: «Este es el pesebre donde comió el caballo de Santiago.»

Despues de describir el moro Garsi estos combates con pocas palabras y con estilo dolorido, da fin á sus leyendas con la siguiente exclamacion:

«Oh vosotros los felices que me habeis escuchado en calma; rogad postrados al grande Alá, que mire con clemencia á sus humildes siervos, y al pendon rasgado de la media luna.»

En la batalla de Clavijo se hundieron por primera vez las glorias del imperio musulman; hizo crisis el poder de los moros, y desde entonces se fueron estos replegando lentamente hácia las playas de Andalucía, como presintiendo que á luego se les obligaria á internarse otra vez en el Africa, de donde habian salido para conmover la España, y para servir de azote á sus pacíficos habitantes; pues aunque algun tiempo despues, durante la menor

(1) Cántico de Nuestra Señora.—San Lucas, I.

edad de Ixen II volvió á desplegarse vencedora la bandera de la media luna, bajo el genio guerrero del gran Mahomet-ven-Avi-Amer, Almanzor; aquellos triunfos fueron el último fulgor que una antorcha despide al apagarse; el último suspiro que exhala un gigante al tiempo de morir, el último relámpago de horrible tempestad, que el viento desvanece; el postrimer esfuerzo, que hace por brillar una nacion guerrera.

CAPITULO XI.

¡LA MELANCOLIA ES EL PATRIMONIO DEL CORAZON HUMANO!

Como siempre el castillo de Castroverde se alzaba entre frondosos bosques y entre campiñas bordadas de flores; como siempre el Eo deslizaba su corriente entre amenas orillas, y cual siempre nubes de fondos diáfanos, de encarnados perfiles, se mecian á espensas de las brisas en aquel cielo de pureza sin igual.

Pero, ¡qué diferencia! ni las ventanas del castillo se abrian como antes, al primer rayo de la aurora; ni los melodiosos sonidos del arpa se escuchaban en tan mágicas florestas, ni la cazadora trompa heria con su ronco son las vecinas comarcas ni los lejanos montes.

Y sin embargo, en el castillo habitaba gente.

En aquel silencioso edificio vivian Flor del Valle, el sacerdote Osvaldo, Blanca, y tres ó cuatro criados, que por ser nuevos no podemos conocer.

Nosotros que este castillo vimos en la infancia de Flor del Valle, respirando dulzura y poesía; nosotros que lo vimos en las bo-

das de esa jóven, respirando amor, respirando placer... ¿qué diremos ahora, que envuelto en melancolía lo encontramos?

La graciosa escalinata que al embarcadero guiaba, se habia hecho pedazos; la barca, cual un mueble viejo en vieja habitacion retirado, se hallaba sujeta con una cadena, pero casi sumergida por completo en el agua; las rosas, los alelíes, las azucenas, que el recinto de la cruz hermoseaban, se habian ahogado con la yerba; y la yedra silvestre subia abrazándose hasta la cabeza de aquel espresivo monumento: las palomas mismas, privadas de asiduo cuidado á que acostumbradas estuvieron, llegaron á hacerse montaraces, y mas gusto que en arrullar entre flores, encontraban en tender su vuelo por los lejanos, muy lejanos montes.

Tampoco los aldeanos acudian ya á misa al oratorio del castillo; porque aquellas humildes gentes, comprendian ó al menos suponian que mas que placer, molestia en él causaban.

Flor del Valle se hallaba de contínuo en cama, y si alguna vez se vestia, y si alguna vez á las rejas de su cámara se asomaba, era para verter amargas lágrimas; de esas lágrimas de hiel, que abrasan el corazon, al mirar aquel cielo, aquellas nubes, aquellos valles donde tanta felicidad gozó en los dias fugaces, que pasaron.

Y si al verla llorar Blanca se empeñaba en consolarla, le respondia ella con acento de languidez:

—Hubo un tiempo en que mi corazon y esa naturaleza estuvieron alegres por igual, hoy la naturaleza sigue tan alegre como entonces; pero mi corazon triste como el dolor.

Y no sin motivo Flor del Valle se quejaba.

Flor del Valle era madre cariñosa: y del único, idolatrado fruto de sus entrañas, solo sabia que habia sido hecho prisionero por los moros.

Flor del Valle era amante esposa, y nada sabia de su marido desde que frenético se encaminó á la guerra, sino que segun contaban algunos habitantes de las vecinas aldeas, marchaba con sus escuadrones esterminando moros, cual si Dios prestara á los filos de su espada omnipotente fuerza vengadora.

Cuando Flor del Valle entraba en el oratorio, y en torno suyo veia sepulturas, tranquilos lechos donde reposaban las cenizas de sus padres, las cenizas de sus antiguos criados; y reflexionaba que hubo un dia en que todos aquellos sepulcros estuvieron desocupados; Flor del Valle lanzaba un profundo suspiro, y en alas del sentimiento religioso, en que su corazon de contínuo se perdia, levantaba su espíritu á Dios.

Una noche... ¡triste noche! reunidos en la cámara de Flor de Valle se encontraban ésta, Blanca y el Sacerdote, los únicos que de los bellos tiempos del castillo habian quedado; los únicos que mutuamente se comprendian, porque los únicos eran que en el lenguaje del dolor y la melancolia se hablaban.

Flor del Valle estaba con la frente reclinada sobre la mano derecha; Blanca con los brazos cruzados; y el Sacerdote con ayuda de sus gafas, leyendo en uno de los libros mas patéticos que nos legó la sublime poesia oriental, en los trenos de Jeremias.

Cuando en su lectura llegó el anciano ministro á aquel cuadro inimitable, con bellísimos colores pintado, en que María, dulce, cándida, pura doncella, cubierta con su manto de dolor se sienta humilde en la cumbre del Golgota, monte cruel donde un pueblo bárbaro sacrificó á su hijo; y no hallando otra cosa por todas partes que restos cruentos de la inocente víctima; y no hallando otra cosa en torno suyo que amarga soledad, María, la palma de Judá, de Jericó la rosa, exclama cruzando las manos contra el pecho:

—¡Oh vosotros que pasais por los caminos, atended y mirad, si hay dolor, semejante á mi dolor!.. (1).

Cuando esto oyó Flor del Valle, levantó al cielo su penetrante mirada, y escondiendo el rostro en blanco cendal de finísimo lino, vertió por largo rato abundantes lágrimas de amargura.

Tambien Blanca se conmovió, y el Sacerdote, que del libro

(1) ¡Oh vos omnes qui transitis per viam, aténdite et videte si est dolor sicut dolor meus.

habia retirado la vista, iba á consolarlas con saludables consejos; pero de repente llamaron su atencion dos golpes que pegaron en el rastrillo: ¡qué sorpresa para todos! desde que marchó Hernan nadie habia tocado en la puerta de aquel alcázar.

Como ya no vivia el anciano senescal ni nadie que las fórmulas de precaucion supiera, salió de la cámara el Sacerdote, y se dirigió en busca de los criados.

—¡Será Hernan!... gritó azorada Flor del Valle.

Blanca se levantó para mirar por la reja.

Mas no pudiendo Flor del Valle resistir aquel estado de incertidumbre se dirigió velóz á la escalera, pero aun no habia llegado á la puerta de la antecámara, cuando se encontró al Sacerdote que volvia con un pergamino cerrado en la mano.

—¿Es Hernan? exclamó Flor del Valle.

—No; contestó el Sacerdote; son cuatro guerreros que un pliego de Hernan traen para vos.

—¡Ay! exclamó Flor del Valle; y en su rostro se vió pintada la mas viva ansiedad.

Cuando los tres tornaron á sentarse en la cámara como antes los hemos visto; dijo con anhelo Flor del Valle:

—Leed, Sacerdote, leed.

El Sacerdote rompió el sobre, y con el mismo interés que las mujeres escuchaban, leyó él:

Castilla, y Cervera del rio Alhama.

Queridísima esposa: el corazon no envejece; y el mio te ama hoy, tanto como el dia feliz que en tus cámaras te declaró su amor.

Cuando en la plaza de nuestro castillo te estreché la última vez entre mis brazos, juré no volver abrazarte, hasta encontrar nuestro hijo vivo ó muerto; y Dios escuchó mi juramento.

Hija del alma: he tenido el amargo placer de apretar contra mi seno el cadáver de Fortun.

Un grito terrible, un solo grito, lanzado por tres personas, resonó en aquella cámara.

Flor del Valle quedó privada; pero los ausilios que le prodigó Blanca le hicieron volver en sí; y los santos consejos en que se deshizo el Sacerdote, cual si inspirado entonces se encontrara por el cielo; pusieron á la señora y al aya en estado de seguir escuchando la lectura: continuaba así:

Persiguiendo moros desde que de tí me aparté, tomé parte en la sangrienta batalla que junto á Clavijo, nuestro Rey Ramiro contra Abderramen ha dado, y como las huestes musulmanas se dividieran en tres alas para huir, y yo con mis escuadrones persiguiera una de ellas, no solo matamos hasta el último soldado, sino que penetramos en el castillo de aquellos feroces perros: ¿y sabes esposa mia, lo que en él encontró tu marido? El cadáver de nuestro hijo pendiente de las almenas de una torre.

Pero no llores, hija del alma; su muerte quedó vengada, y su cadáver recibió los honores que su rango merecia.

Cuando la terrible mortandad cesó, mis guerreros lavaron sus espadas en las aguas del rio; tomaron despues posesion del pueblo; se convirtió la Mezquita en templo de Cristo bajo la advocacion de San Gil, y sobre las gradas del presbiterio, á la derecha del altar se dió sepultura á las cenizas de nuestro querido hijo.

Resignate, hija mia, con la voluntad de Dios; abandona esos lugares de recuerdos, y ven á vivir en el palacio que aqui te tiene dispuesto mi cariño: ven, oirás de boca de los moros que hemos perdonado, historias que te conmoverán, porque te interesan; ven, y juntos oraremos sobre la sepultura de nuestro hijo Fortun.

Tu esposo Hernan.

¿Para qué hemos de perder el tiempo en reflexiones inútiles? el lector concebirá cómo quedarian aquellas tres personas con la lectura de semejante pliego.

—¿Vamos á Cervera? preguntó el Sacerdote mirándo al rostro á Flor del Valle.

—Iremos; contestó llorando Flor del Valle; iremos á vivir con mi esposo; iremos á besar el sepulcro de mi hijo.

Seremos breves lector.

Cuatro dias despues de la noche que nos ha ocupado, al comenzar una mañana clara, se veian preparativos de marcha en la plaza del castillo de Castroverde; Flor del Valle lloró algunos momentos abrazada al pié de la Cruz; lloró y oró en el oratorio, arrodillada sobre las sepulturas de sus padres, y lánguida por el dolor partió al fin de aquellos lugares, donde quedaban su infancia, su juventud, su dicha.

Al despuntar el sol en el horizonte, la comitiva escoltada por los guerreros que Hernan habia enviado con el pliego para su esposa, doblaba el mas lejano monte de la comarca, y desde su cumbre, Blanca, el Sacerdote y Flor del Valle dirigieron al castillo de Castroverde la última mirada.

Un criado quedó en la fortaleza haciendo las veces de mayordomo.

Creemos deber decir antes de pasar adelante, que los aldeanos que salian á labrar los campos linderos á Castroverde, comenzaron á decir pocas noches antes de marchar Flor del Valle, que cuando la oscuridad agruesaba, se veia pasar una sombra de mujer por las orillas del Eo; y como antes de este tiempo ya en Oviedo y sus aldeas se habia referido el cuento del judio Ibrain el Viejo; y como supieron la muerte de Fortun, dieron en asegurar, que la tal sombra era el alma de la dama Isabel, la cual en su maldicion habia dicho, *que pereciera el fruto de la esposa de Hernan, colgado en las almenas de un castillo moro, aunque ella muriese desesperada.*

Los aldeanos añadian que ya el judio Ibrain le habia enseñado á la misma Isabel, cuando en vida se encontraba, su sombra medrosa, en el sueño con que la aletargó; y mas enterados despues en ciertos detalles, continuaban afirmando que todo esto era muy cierto, puesto que la primera noche que apareció la sombra en las márgenes del Eo, fué cabalmente la noche en que á Fortun ahorcaron en un castillo de perros musulmanes.

Si crédito hemos de dar á antiguos cronicones que del asunto tratan, mucho se hablaba por entonces en Asturias de semejante

aparicion: el criado que en calidad de mayordomo dejó Flor del Valle, abandonó el castillo y cerró las puertas; y muchas y notables personas fueron aunque de lejos á examinar la sombra, y todas volvieron aterradas á sus casas, y todas la descubrieron, pero no ya como antes en las orillas del Eo, sino entre las murallas del solitario castillo.

Continuemos la narracion.

Una mañana se veian formados en Cervera, en el pórtico de San Gil, los aguerridos escuadrones de Hernan, que señor era ya de aquel pueblo; porque el rey D. Ramiro se lo habia cedido para que de los moros lo defendiese, y para que en él pasara tranquilo los últimos años de su azarosa vida: formados en el pórtico se veian sus escuadrones, atalayas en las cumbres de los montes, y gran gentío en las calles, porque aquel dia llegaba Flor del Valle, muy conocida ya entre los cristianos, no solo por ser esposa del tan valiente general, sino por la dulzura de su carácter, por su natural simpatía y por ser la madre del malogrado Fortun.

Sobre una de las colinas suaves y frondosas, que en Cervera aparecen de trecho en trecho, en los senos de erizadas montañas, estaba impaciente Hernan en medio de un grupo compuesto de sus mas fieles oficiales.

Dos horas habrian trascurrido en aquel estado de ansiedad; cuando lanzó un grito de alegria; el grupo que le rodeaba hizo un repentino movimiento, y comenzó á andar ligero como para tropezar pronto con otro grupo de gente que á lo lejos se habia descubierto.

Cinco minutos despues Hernan abrazaba á Flor del Valle y tendia su mano derecha al anciano, al venerable sacerdote Osvaldo.

No quedó Flor del Valle privada al recibir el abrazo de su esposo; pero fueron tantos y tan diferentes los recuerdos que asaltaron su cabeza, tantas y tan profundas las afecciones que en su corazon brotaron, que aquella afligida señora no pudo articular en gran rato una sola palabra; y tendiendo sus amorosos brazos por el cuello de Hernan, reclinó en el pecho de éste su rostro hume-

decido por las ardientes lágrimas, que en silencio brotaban de sus ojos.

¡Qué cuadro tan dulce... tan melancólico!... y como si á esta dulzura y á tan grata melancolía contribuir quisiera la Naturaleza con sus sublimes encantos; una trasparente gasa de nubes suavizaba por grados el esplendente brillo del sol, un vientecillo suave, armonioso céfiro, murmuraba tímido en los enebros; y solo las alondras exhalaban al aire su lánguido piar en los tomillos, ó al perder su vuelo en la region del Eter.

Luego que Hernan y su esposa se dirigieron las primeras, sentidas palabras de cariño; luego que Hernan acabó de saludar al Sacerdote, y lo mismo hizo con Blanca; luego que todos los capitanes, que á Hernan acompañaban, rindieron su homenaje á la esposa de su distinguido general; el grupo se encaminó hácia Cervera.

Al entrar Flor del Valle en las angostas calles del pueblo, resonaron cien víctores en torno suyo; al acercarse á la iglesia de San Gil, mil y mil vivas lanzaron entusiasmados los guerreros; pero Flor del Valle no podia responder á aquellas muestras de afecto.

Apoyada en el brazo de su marido; seguida del Sacerdote y de Blanca, marchaba ahogada bajo el peso de un recuerdo, de una afeccion, bajo la imperiosa fuerza de una imágen; cuyo recuerdo, cuya afeccion y cuya imágen, arrobaban todas las facultades de su alma; porque eran el recuerdo, la afeccion y la imágen de su hijo.

Luego, Flor del Valle se encuentra arrodillada sobre la sepultura de Fortun: no llora; tiene las manos cruzadas, la frente inclinada á la losa que la separa del ídolo de sus entrañas; el espíritu levantado á Dios.

Detras de ella se hallan tambien arrodillados, Hernan, el Sacerdote, Blanca y los capitanes del ejército de Hernan; pero aquel momento es sublime: los guerreros han callado en sus vivas, la luz que penetra en el santuario es débil, misteriosa, como débil y

misteriosa es la idea de la eternidad; el silencio es profundo; todo, todo respeta la situacion de aquella madre angustiada.

Pasados cinco minutos se levantó, y volviendo á apoyarse en el brazo de su esposo, le dijo:

—Vamos á que me enseñes el torreon donde ahorcaron á mi hijo.

El grupo tomó el camino del castillo, y situados que fueron en una de las verdes praderas, que en declive se estienden antes de llegar á la primera muralla, dijo Hernan:

—Aquel es; en la tercera almena estaba atado el cordel.

Flor del Valle exhaló un profundo suspiro y fijó en aquella torre su mirada de una manera tal, que hizo estremecerse de dolor á cuantos la observaban.

Tambien el Sacerdote, tambien Blanca contemplaban anonadados aquel terrible torreon, aquella fatídica almena.

Cuando Hernan comenzó á andar por arrancar á su esposa de la acerva situacion en que se hallaba, se enjugó ésta las lágrimas que de repente afluyeron á sus ojos, y murmuró entre dientes con el acento mas triste, que concebirse puede:

—Hijo mio... ¡hijo mio..!

Y rompieron la marcha.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Hernan y Flor del Valle, con el Sacerdote, Blanca y algunos criados, pasaron á habitar una casa espaciosa á manera de palacio en el barranco de Tollo; miserable barrio hoy, pero el principal y casi único de Cervera entonces.

Alguna vez Flor del Valle acompañada de Hernan ó de Blanca, salia á pasear por las pintorescas orillas del Alhama, que segun ella misma decia, tan al vivo le representaban las queridas márgenes del Eo; y todas las tardes bajaba sola á la iglesia de San Gil, y largo rato oraba de rodillas y copiosas lágrimas vertia sobre la sepultura de su malogrado hijo.

Oyó con melancólico interés las historietas confusas y trastornadas que algunos de los moros á quienes los cristianos perdonaron el dia de la horrorosa mortandad, referian á cerca de la Princesa mora y del noble cristiano; historietas inventadas sin duda, pues dichas escenas solo tuvieron lugar en el castillo, y los moros que se habian salvado eran algunos infelices esclavos, que nunca en las murallas de la alcudia penetraron durante los bellos tiempos del Emir Abu-Alhama.

Mucho hablaron tambien á Flor del Valle de la aparicion de la sombra de la Princesa mora entre las ruinas del castillo; pero Flor del Valle no quiso subir á contemplarla, bien sea porque no dió crédito á semejantes cuentos, ó porque temió esponerse al golpe terrible que en su ánimo produciria aquella vision si era verdad.

En los antiguos cronicones y manuscritos de donde la presente historia hemos entresacado, se asegura que Hernan abandonó la guerra, y se retiró á vivir tranquilamente con su esposa en Cervera.

Nada dicen las tales crónicas del fin de nuestros héroes; pero es de suponer que al cabo del tiempo disfrutasen una muerte tan pacífica, como pacífico habia sido el último período de su vida; y que sus cenizas fueran depositadas con respeto en la iglesia de San Gil, en sepulturas abiertas junto á la de Fortun.

Por aquel tiempo se hablaba mucho en Asturias de la terrorífica sombra que todas las noches se aparecia en las solitarias murallas del castillo de Castroverde; y si de molestos no pecamos con nuestros lectores, les haremos una reflexion.

En el capitulo I de esta tercera parte que estamos concluyendo, digimos que en aquel pais, esto es, en Asturias, se conserva hoy una tradicion, la cual afirma que en las ruinas del conocido castillo de Castroverde se aparece todas las noches la sombra de una mora; la aparicion será ó no será cierta; pero que la tradicion existe y que los habitantes de aquellas aldeas la creen, es tan verídico, como que muchos evitan á todo trance pasar á ciertas horas junto á las ruinas del fatídico castillo.

Diferentes y encontradas son las esplicaciones que los asturianos dan hoy acerca de aquella sombra, lo cual no debe estrañarnos, porque esa misteriosa vaguedad es el carácter esencial de la tradicion; mas nosotros que á fuerza de una voluntad decidida, hemos llegado desentrañando rancios libros y antiguos manuscritos á saludar aquella época, podemos asegurar que la sombra que hoy en verdad ó en idea, á los asturianos aterra, no es otra que la sombra de la malhadada Isabel, que por razones que no desconocemos, y en cumplimiento de la profecía del judio Ibrain el Viejo, permanece, y dias y dias permanecerá llenando de pavor el castillo de Castroverde y sus comarcas.

Trascurrieron los siglos; Cervera cambió de aspecto; y el tiempo sepultó en el olvido cuantas escenas en esta historia hemos relatado.

Un pueblo nuevo se alzó sobre el pueblo antiguo, y una idea muy vaga, un pálido resplandor, fué lo único que el pueblo nuevo conservó de cuanto en el pueblo antiguo habia sucedido.

PARTE CUARTA.

EL TEMPLO.

CAPITULO I.

LA TERTULIA.

Nos encontramos en el año de gracia de 1370; es decir, pocos años despues de haber muerto D. Gustio á quien vimos señor de Cervera.

El denso velo de los siglos sepultó en el olvido las escenas que presenciamos en el Castillo de Abu-Alhama.

El tiempo que ha trascurrido despues de la batalla de Clavijo, ha cambiado en un todo el aspecto de aquel pueblo.

No es ya Cervera el mismo que han conocido nuestros lectores; no es un pueblo árabe, no es un pueblo guerrero bajo el despotismo de un Emir, como en los dias de Abu-Alhama; ni tampoco guerrero, bajo la dominacion de un ilustrado caudillo como Hernan; es un pueblo humilde, es un pueblo dedicado esclusivamente á la agricultura.

En las crestas de las montañas, donde antes se oia el grito del musulman que llamaba á la batalla; hoy resuena la flauta del pastor ó la voz melodiosa de la zagala que canta sus amores mientras arrea el ganado de cabras: y en las colinas donde en aquella época brillaba la terrible cimitarra y la media luna del turbante; brilla ahora la azada y la reja del arado: ahora se vé solo el tranquilo labrador, que panifica sus frondosas laderas para ensanchar con el sudor de su trabajo el estrecho límite de sus vallados.

La parte edificial dió tambien su paso; y lo que hemos visto Mezquita, se encuentra, como ya sabemos, convertido en templo de Jesucristo bajo la invocacion de San Gil.

Como el vacío del tiempo no puede cerrarse; como cada generacion tiene su gusto y lo imprime en sus edificios; pues que los edificios fueron un tiempo el inmenso libro, donde las generaciones grababan sus anales; aun se distingue muy bien hoy la línea divisoria entre San Gil Mezquita, y San Gil templo de Jesucristo.

Los adornos de la puerta son de arquitectura ojival del tercer período, los nerbios de la bóveda están sobrepuestos en las paredes; unos y otros son de la misma piedra, son de piedra arcillosa; lo que prueba que á las dos las hizo una misma mano, á diferencia del resto del edificio, que es de piedra arenosa ó cicuña, producto, segun manifiesta su todo, de otra generación muy anterior.

Todavia se conserva el minarete con su rapada cornisa y su caracol esterior para subir el muezlin.

Sobre el minarete han añadido los cristianos un cimborrio de ladrillo, en el cual han colocado las campanas de la parroquia.

Por último, tambien se conserva, aunque tabicadada, la pequeña puerta de la Mezquita, en forma de ojiva bulbosa, por donde apenas podria entrar un árabe con su anchuroso turbante.

Cervera, dedicado enteramente á la labranza y al cuidado de sus ganados, servia con fidelidad á su Rey y á sus señores sin levantar la cabeza á reflexionar un momento el por qué los servia;

y de sus antigüedades no les habia quedado sino es una tradicion vaga, misteriosa, y el esqueleto descarnado de un castillo, que volando sobre su pueblo, infundia terror por la sombra imponente que en él se aparecia: y es bien cierto que sino por esta sombra, los habitantes de Cervera, encorvados todo el dia sobre el campo que los alimentaba, hubieran mirado con indiferencia aquel monumento tan espresivo, ó tal vez no lo hubieran mirado jamás.

Supersticiosos hasta lo infinito como lo eran todos en el siglo XIV se reunian las familias en los portales de sus casas á disfrutar las noches placenteras de verano, ó alrededor de la lumbre en el invierno á hacer la vela; y en uno y en otro caso no sabian hablar sino de la mora encantada, que salia de la cueva de la Luna.

Cada uno, especialmente las mujeres, como mas atrevidas en sus juicios, la interpretaba á su modo; cada uno la adornaba con las galas propias de su imaginacion; y de este modo formaban multitud de cuentos que tenian estasiado aquel pueblo tan aficionado á lo maravilloso.

Nadie decia «yo he visto á la mora, ó á la sombra;» todos hablaban de ella con referencia á sus abuelos, ó á sus padres ya muertos, ó tal vez acotando con algun amigo de mucho valor, y que no se asustaba de espectros ni visiones, pero que por casualidad estaba á la sazon ausente.

Sin embargo; todos creian en la aparicion de esta sombra, todos la temian, y algunos aparentaban comprender en sus adentros, aunque por razones superiores no se atrevian á esplicarla, la oculta causa de aquella aparicion.

Lo cierto es, que ningun ganado pisaba los hermosos pastos que crecian en el castillo ni en los montes vecinos; ningun cazador disparaba al conejo que se albergaba en sus ruinas; y el zagal huia presuroso de su vista aguijando su ganado, asi que el sol se hundia en el horizonte.

«¡Ay de aquel! exclamaba la zagala en sus cantares; ¡ay de aquel al que la luna coja cerca del castillo; desgraciado de él y de

sus hijos; ni la oveja dará fruto, ni la cabra leche; á toda su familia la verá perecer!»

Si queremos conocer á fondo las costumbres de Cervera en la época á que nos referimos, y enterarnos de los entretenimientos y de las consejas que hacian los placeres de aquel pueblo inocente, acudamos á la tertulia de la tia Anastasia, que segun decir de sus amigas, tenia mas gracia que ninguna para relatar un pasaje ó contar un romance.

Era la noche de ánimas.

En una casa decente del barranco de Tollo, se entraba despues de subir ocho escaleras oscuras, á una cocina pequeña y aseada.

Frente á la puerta estaba el fogon con dos escaños de nogal tostados por la lumbre, colocados uno á cada lado; á la izquierda de la entrada nacian cuatro vaseros cubiertos de jícaras, platos y tarteras; puesto todo con bastante limpieza.

Detrás de uno de los escaños se veia una hacina de leña debajo de una alacena; y en el otro lado la fregadera.

Un candil colgado en el dintel de la chimenea, alumbraba la cuotidiana tertulia.

En el banco escaño de la izquierda, se hallaban sentadas la tia Anastasia y la tia Prudencia.

Entornaban el hogar, escarrañadas en el suelo, haciendo de rodafuego; la Pepita, muchacha de diez y nueve años, hija de la tia Anastasia; la Juanita, niña de quince abriles, mas fresca que una lechuga, hermana de la Pepita, quien halagaba con la mano á Gertrudis, hija de la tia Prudencia, viuda esta última de un soldado que habia muerto en la guerra.

En el banco de la derecha estaba el tio Venancio, marido de la tia Anastasia, que parecia un pobre hombre, honrado y flemático, y obsequiaba á su manera al señor Pedro, que tenia junto á sí, huésped de su amiga la Prudencia.

Acaban de rezar el rosario, y todos habian tomado las diversas actitudes en que los hallamos.

El viento que con tal furia sopla en Cervera en el mes de No-

viembre, se oia por la chimenea; y el toque de difuntos que incesantemente sonaba en la parroquia de San Gil, penetraba por las junturas de las ventanas y asustaba á aquellas pobres muchachas, que espresaban su sentimiento acurrucándose una con otra, y acercándose cada vez mas al hermoso fuego de encina que ardia en el fogon.

—Ay que miedo dan esas campanas... dijo sonriendo á sus amigas la Gertrudis.

—Vosotras os quejais, ¡hijas mias!... contestó la tia Anastasia en tono de reflexion; ¿qué podeis apetecer? teneis vuestra casa, vuestra buena lumbre, y luego os pondreis á cenar en paz y en servicio de Dios: ¿qué seria si os hallarais como vuestras compañeras la Antonia y la Pepa? Voto vá... se interrumpió pegándose un golpe con la mano en la frente; y no hemos rezado un padre nuestro por su padre el tio Juan.

—Has visto muchacha... dijo la tia Prudencia frunciendo las cejas y meneando la cabeza en señal de admiracion; ¿quién habia de pensar una cosa como esa?...

—Yo, ya hace tiempo que me la tenia tragada; respondió muy satisfecha la tia Anastasia.

—Hijas mias; no apetezcais ser ricas á esa costa; prosiguió la tia Prudencia: cada vez suenan mas fuertes las campanas; ¡Jesus! qué caro le ha estado al pobre hombre el dinero: ¿á cuál campanada vendrá el enemigo?

—Calla por Dios mujer, dá miedo pensar en tales cosas, respondió la tia Prudencia.

—¿Pero qué cosas son esas? preguntó el señor Pedro que habia escuchado en silencio la conversacion.

—¿No sabe nada tu huésped? dijo la tia Anastasia á la tia Prudencia.

—No mujer, si ha llegado esta mañana.

—Tampoco sabe usted, añadió dirigiéndose á él, lo de la mora encantada en la cueva de la Luna?

—Tampoco, señora.

—¡Ay!... pues es cuanto hay que oir; yo se lo contaré á usted.

—No lo cuente usted madre... gritaron las muchachas arrugando el ceño, nos dá un miedo siempre que lo cuenta...

—Callad trastos; murmuró bruscamente el tio Venancio, y se reclinó sobre la pared.

—Y no piense usted que es mentira, continuó la tia Anastasia dirigiéndose al señor Pedro; digo que no piense usted que es mentira lo de la mora, porque la ha visto mi mismo marido...

—Yo... la interrumpió el tio Venancio levantando la cabeza.

—Hombre... tú precisamente no, pero la han visto otros muchos.

—Eso bien, yo traeré aquí algunos que cuentan que la han visto de lejos mas de una vez: pero no digas que yo, porque en mi vida he subido de miedo al castillo; cabalmente acotas con un hombre...

—Basta ya hablador, dijo la tia Anastasia, algun tanto amostazada, calla.

El tio Venancio, como marido bien mandado, cerró los ojos y volvió á recostarse en la pared.

—Pero vamos, ¿qué es eso del tio Juan y de la mora encantada? replicó el señor Pedro; ya me tiene con impaciencia.

—Pues en que lo oiga usted será ella; dijo la tia Prudencia en tono enfático: empieza, empieza Anastasia.

—Al cabo lo cuenta... exclamaron en voz baja sus hijas.

—Vaya, callad muchachas, dijo la tia Anastasia: y despues de escupir dos veces comenzó:—Es el caso señores; ¿ha visto usted el castillo de Cervera, señor Pedro?

—No he visto nada.

—Pues señor: encima de un peñon muy alto que nace aquí á la espalda de nuestra casa; hay un castillo medio hundido con una cueva muy honda que llaman la cueva de la Luna: y de esta cueva de la Luna, que hace temblar á uno, solo con verla de muy lejos, sale todas las noches una sombra triste que se pasea por los corredores del castillo, y vuelve á meterse luego en su cueva hasta el dia siguiente: y no piense usted, señor Pedro, que esto es mentira, que pasa como lo digo.

—¿Y se vé esa sombra á larga distancia? preguntó el señor Pedro.

—Desde todos los montes: pero desde unos parece mas grande que desde otros.

—Yo subiria con gusto á verla.

—¡Jesus! gritó alarmada la tia Prudencia, Dios lo libre á usted de semejante pensamiento, señor Pedro.

—Vamos al caso, continuó la tia Anastasia: unos dicen que esa sombra es cierta reina mora que la encantó con su mágia un Príncipe moro muy gallardo, porque no quiso acceder con él á un mal deseo: y aseguran que dentro de la cueva de la Luna hay ricos paseos y palacios de oro y plata, que entregará la mora al que la desencante: ¿pero quién es el atrevido que se mete á eso?... otros dicen, y yo voy con ellos, que la cueva de la Luna tiene comunicacion con el infierno; porque dentro hay siempre un olor á azufre que apesta.

—Pues qué, ¿ha entrado alguno? preguntó el señor Pedro.

La tia Anastasia se quedó cortada.

—No sé, respondió á luego, me parece que no; pero eso cuentan, añadió encogiéndose de hombros: pues señor; en tal caso, la sombra no es una mora, debe ser el enemigo malo que anda á caza de almas; pero sea lo que quiera, lo cierto es que sale, y ahora verá usted lo que le pasó al tio Juan.

—¡Pobre hombre! exclamó la tia Prudencia.

En esto les llamaron la atencion, los ronquidos que daba el tio Venancio dormido sobre la pared, con la boca abierta.

Despertad á ese alcornoque, dijo la tia Anastasia, resentida de que hiciera tan poco caso de su narracion.

—¿No oye usted el cuento? le dijo el señor Pedro sacudiéndole por un hombro.

—Déjeme usted; contestó entre sueños, lo he oido tantas veces...

—Déjalo, no sirve para nada en este mundo; refunfuñó su mujer.

—Sigue, sigue, repuso la tia Prudencia.

—Vamos á ver en que para la cueva de la Luna, dijo el señor Pedro.

—Pues señor, prosiguió la tia Anastasia, tomando aliento; vivia vecino nuestro un pastor que se llamaba el tio Juan: y es verdad que las riquezas hacen olvidar á los amigos; porque desde que el tio Juan es rico no ha puesto los piés en mi casa, y antes no salia de ella, y por cierto que nunca salia vacío. Este tio Juan era un hombre muy desalmado y poco temeroso de Dios; cuentan que las pobres zagalas huian á buen paso de él en el montes: yo no sé si será verdad por que hay malas lenguas que... pero en fin, cuando truena por alguna parte llueve; por lo que hace á mí, por buen cristiano lo tenia á él y á sus hijas, sino fueran tan presumidillas y tan habladoras y... pero yo no quiero pensar mal de nadie, ni meterme en casas agenas. Sea lo que quiera; vengamos nosotros al cuento: lo cierto es que el tio Juan como tenia esa alma...

Y meneó la cabeza con misterio.

—Como era tan libertino... subia todas las tardes á un monte que hay frente y muy cerca del castillo, á que sus cabras se comieran la yerba que ningun pastor queria aprovechar de miedo para las suyas. Verdad es que los pastos eran hermosos, eso no puede negarse: ¿pero quién sabe si los habrian pisado tambien los piés de la mora? eh? qué le parece á usted, señor Pedro?

El señor Pedro escuchaba con demasiada atencion.

Ahora entra lo principal, dijo la tia Prudencia.

—Ahora nos gobierna en este pueblo, nuestro Señor llamado Ramirez de Arellano; pero antes de este Señor, tuvimos á Don Gustio, que Señor era entonces, como hoy Ramirez de Arellano, de nuestras vidas y haciendas. Es el caso, que en tiempo de D. Nuño, aparecieron en el pueblo unos moros de mala traza: jóven era yo entonces, pero aun me acuerdo, que contaban de ellos que se escondian en un torreon, y que unas veces salia uno, y otras veces salian cuatro; y no faltaba en aquel tiempo quien aseguraba, que de cuatro moros ó cinco, que entraron en el torreon, solo se marchó uno; y otros afirman que los cuatro res-

tantes se marcharon la noche siguiente; en fin, señor Pedro, aquellos moros asustaron al vecindario, y hasta á D. Gustio que Señor de mucho valor era: pues bien; figúrese usted que catadura tendria el tio Juan, que se entendió con el mas viejo de aquellos moros, y trató con él sobre ciertas cosas que nadie sabe. Ya desde entonces, no se le miró con buen ojo en el pueblo. Mas vamos al cuento.

—Sí, vamos; repuso la tia Prudencia.

—Todos decian, prosiguió la tia Anastasia, que las cabras del tio Juan estaban las mas gordas del lugar, desde que comian aquella yerba tan frondosa que nacia junto al castillo; pero sea dicha la verdad, á mí cada dia me parecian mas flacas.

—Y á mí tambien; respondió la tia Prudencia.

—El tio Juan se bajaba todas las noches antes de salir la luna; pero amigo, llega una muy calurosa, ¿y has visto tú al tio Juan? ni por esas... Una porcion de gente salió asustada fuera del pueblo á ver si lo divisaban muerto ó hecho carbon ó cosa semejante; pero cá, lo vieron tan sereno con sus cabras cerquita del castillo... sale la luna; y entonces salió tambien la sombra: la gente se retiró á su casa, y él siempre allí como un mazo: vaya si ya he dicho que ese hombre era... Dios me libre de un mal pensamiento. Lo que allá arriba pasó con él y la sombra, nadie lo sabe; solo sí, que al dia siguiente buscó el tio Juan un criado para que le cuidara sus cabras, y él sin decir nada á nadie se largó á Zaragoza y vino al poco tiempo lleno de riquezas: les trajo á sus hijas vestidos de percal, mantones de seda, zapatos, pendientes; en fin, salieron hechas unas señoras: ¡las mocosas! desde aquel dia ni adios les dicen á mis hijas.

—Por cierto... repitieron las muchachas; parecen pavas de huecas que van por la calle.

—Déjalas tonta; mira lo que les pasa ahora; respondió la Gertrudis con alegria.

—Y lo que les pasará despues; añadió la tia Anastasia, haciendo un gesto significativo.

—Siga usted, siga usted el cuento: dijo el señor Pedro.

—No contento con eso el tio Juan, continuó la narradora atando el hilo de su historia; no contento con eso construyó una casa, pero qué casa, como un palacio de grande y con un jardin detras que cae debajo del castillo, donde plantó muchas flores, y nadie sino él entraba allí: ¿y cómo? si dice que la misma mora le mandó hacerlo para bajar á hablar con él durante la noche!

Todavia se conserva en el barranco de Tollo esta casa, que es de un buque escesivamente mayor que el de las restantes del barrio: el jardin conocido aun con el mismo nombre, ha quedado reducido á un pequeño corral, incrustado entre la espalda de la casa y la falda Septentrional del castillo.

—Pero, ¿y es cierto todo lo que usted cuenta? preguntó el señor Pedro admirado.

—Cómo nos alumbra ese candil; respondió la tia Prudencia.

—Ya lo creerá usted mañana, repuso con cierto retintin la tia Anastasia.

—Pero, y esos mantones que trajo el tio Juan á sus hijas... y esa casa...

—¿Eso le choca á usted? al poco tiempo comenzó á comprar haciendas, mulas, á traer criados, y hoy es el mas rico de Cervera.

—Pero señora, ¿de dónde sacó ese dinero?

—Pues ese es el caso; respondió con énfasis la tia Anastasia: algunos inocentones como mi marido, piensan que se halló un tesoro enterrado, como si los tesoros anduvieran enterrados por los montes; pero otros... y son los mas... y yo voy con ellos, aseguran que aquella noche que pasó cerca del castillo el tio Juan, se le acercó la mora, ó la alma en pena, ó el enemigo, ó lo que sea, que para el caso todo es lo mismo; y le dijo:

—Pastor, ¿qué haces?

—Apacentar mis cabras.

—¿Qué me das y te hago rico en un instante?

—Te daré lo que me pidas.

—Dáme tu alma para el Demonio.

—Jesus... exclamaron las muchachas y la tia Prudencia.

—Es mucho respondió el tio Juan.

—Te daré un millon; le dijo la mora.

—Es poco.

—Te daré dos millones.

—Bien.

—Señor Pedro; por dos millones le entregó el alma al Demonio.

—¡Ave María Purísima!... exclamó la tertulia santiguándose aterrada.

Volviendo á tomar la palabra la tia Anastasia, dijo:

—Ahí tienes los dos millones, continuó la mora; ya ves que bien te pago; prepárate para entregarme tu alma.

—¿Cuándo?

—El dia de las ánimas. En la campanada mas fuerte que suene por la noche iré por ella.

—¡Ay Dios mio! ¿cuál será? murmuraron las muchachas, aplicando el oido al sonido lúgubre de las campanas de San Gil.

En este momento tocaron al viático.

—¡Ay! gritaron aun tiempo todos, para el pobre tio Juan.

—Ya le llega la hora, prosiguió la tia Anastasia; que lista andará la mora para agarrar su alma.

—¿Pues qué está enfermo? preguntó el señor Pedro.

—Pues no ha de estar hombre, no vé usted que hoy es el dia de la ánimas; ¿usted cree acaso que es mentira lo que cuento?...

—Muchachas, despertad á vuestro padre; dijo la tia Prudencia señalando al tio Venancio que daba unos ronquidos tan fuertes que parecian rugidos.

Las muchachas lo menearon por las piernas, y el tio Venancio calló sin despertarse.

—Pues señor, oiga usted señor Pedro, oiga usted; repuso la del cuento: desde que el tio Juan hizo su trato con la mora, compró haciendas como ya he dicho, levantó la casa, que está aquí á la parte abajo de la nuestra, se pusieron majas sus hijas y comenzaron á tenerse á menos de hablar con sus amigas; pero el

pobre tio Juan, ya ya... empieza á secarse de repente como si lo hubieran escomulgado; empieza á dolerle el estómago, y desde entonces no ha echado luz: cada dia ha ido de mal en peor hasta esta noche, que usted mismo ha oido tocar al viático, y luego vendrá la mora por su alma.

Esto es lo que hay, señor Pedro, ni mas ni menos del tio Juan y de la cueva de la Luna.

—A la verdad que me ha estrañado mucho el cuento, dijo el señor Pedro; mañana iremos á visitar la cueva de la Luna y al tio Juan.

—No piense usted tal cosa, lo interrumpió la tia Prudencia; ¿la cueva de la Luna? vaya, desocupado estaria usted.

—Sí, pues al tio Juan puede ir á ver mañana, añadió la tia Anastasia con ironia, como no vea su cadáver... yo ni aun al cadáver me acercaria: quien sabe...

—Vaya vaya, las nueve; dijo la tia Prudencia oyendo el relój que sonaba entonces, y levantándose: señor Pedro, muchachas, basta de parla, á la cama.

—Sí, vámonos á acostar, repuso el señor Pedro levantándose tambien; hasta mañana, tia Anastasia, tiene usted mucha gracia para contar un cuento.

—Eeeeh... respondió ella sonriéndose, la costumbre...

—Vaya hasta mañana, descansad.

—Haced lo mismo.

—Adios tio Venancio, prosiguió levantando la voz.

—Si con ese hombre no hay que atar cabos, respondió la mujer; pasa la vida durmiendo.

Y cogió el candil para alumbrarles á bajar la estrecha escalera.

El toque de difuntos heria aun los aires con su fúnebre sonido, y el huracan silbaba con mas fuerza por la chimenea.

La tia Anastasia despertó á su marido y se acostaron.

Todo cuanto ha referido esta mujer, algun tanto picada de envidia hácia las riquezas de su vecino, tiene su parte de cierto, sino

que la supersticion de aquel tiempo lo envolvia con mil fábulas estravagantes é increibles.

Si queremos descubrir la verdad pura del hecho, trasladémonos un momento á casa del desgraciado tio Juan, para quien efectivamente era el viático; y presenciemos las escenas que allí han ocurrido desde una hora antes de administrárselo; es decir, desde que la tia Anastasia ha comenzado á referir su cuento al señor Pedro y demas tertulia.

NUESTRA SEÑORA DEL ... CERVERA DEL RIO ALHAMA

CAPITULO II.

—

LA CONFESION.

En una sala regular, decentemente adornada al estilo de pueblo, habia una alcoba con las cortinas corridas: en toda la habitacion se percibia un olor subido á éter, y la alumbraba la luz vacilante de una vela.

En la alcoba está acostado sobre una cama de tablas verdes, con sobrecama de percal, el desgraciado tio Juan: el rostro, única parte que asoma sobre la ropa, ofrece de lleno los síntomas de la muerte: su color pálido, sus ojos turbios, sus lábios secos y entreabiertos, su nariz rasgada, no dejan dudar que el enfermo se halla en la agonía.

Un sacerdote se ha sentado á su lado, y con voz consoladora le dice:

—Hermano, acaban de noticiarme que me llama usted; ¿le ocurre algo?

—Sí padre; respondió el paciente con voz abatida: el viático que hemos suspendido hasta mañana, quiero tomarlo esta noche; me siento morir por instantes.

—Bien, iré por él ahora mismo.

—¡Ah! no padre, espere usted un momento; estoy afligido, tiemblo á la presencia de Dios.

—Nada mas dulce hijo mio, nada mas benigno que ese Dios que á usted le aterra; el amor á sus criaturas fué el único móvil de la creacion; el Eterno crió al hombre, solo para que lo amase y para amarlo; luego si Dios os crió para amaros hermano, ¿por qué temblais á su presencia?

—¡Ay padre! la confesion que he hecho esta tarde ha sido falsa, yo veia la muerte lejos de mí y he temido haceros una declacion; he callado un pecado enorme; y este pecado cerrado en mi pecho me ha martirizado todo el dia; él, él me acerca el último momento, y para depositarlo en vos, es para lo que os he llamado.

—No, hijo mio; no lo depositais en mí, lo depositais en Jesucristo que os escucha desde el cielo...

—Es tan grande, padre...

—No temais hermano: nada hay grande á los ojos de Dios, que es él grande por excelencia: ánimo, hijo mio, y nada me calleis; que... ¿creéis que es enorme vuestro pecado? mas enormes fueron los azotes que sufrió Cristo por vos: ese pecado por considerable que sea, si de él teneis una verdadera contricion, ya se halla perdonado desde que Jesucristo derramó en la cruz su sangre preciosa; sangre que como rocío divino, hizo fructificar á las espinas mas secas del mundo. Con la virtud de esa sangre, un pequé... dicho con dolor, un solo pequé borra la iniquidad de una vida corrompida y depravada: un pequé dicho con dolor salvó á un ladron, un pequé salvó á una Magdalena; ¿y no os considerais, vos hermano, con bastante dolor para pronunciarlo? y á vista de tales ejemplos de perdon, no confiais vos tambien en el vuestro?...

—Sí padre, confio: respondió el enfermo conmovido por las espresiones del sacerdote.

—Bien hijo mio; la confianza en Dios lo hace todo; sin la confianza el hombre no puede conseguir nada. Vaya decidmelo todo, todo, sin recelo, sin disfraz ninguno, porque para todo habrá per-

don: la misericordia de Dios es infinitamente mayor que los pecados de los hombres.

Animado el enfermo con las palabras tan consoladoras que el sacerdote le dirigia, se sintió con mas fuerza, y despues de recoger su aliento habló de este modo:

—Yo era pobre, y vivia feliz con mi mujer cuidando un ganado de cabras: cuando aquella murió, me dejó en este mundo con dos hijas jóvenes, á quienes yo amaba con ternura. El deseo de proporcionar á mis hijas un alimento suficiente, me hacia trepar por todo, y el dia que me pedian pan, y no tenia para darles, ¡ay Dios mio! se me partia el corazon; solo un padre que se ha hallado alguna vez en esa situacion, sabe lo que entonces se padece. Mi suerte era mejor ó peor, segun que mis cabras estuvieran mas ó menos gordas; y estaban mas ó menos gordas, segun los pastos mas ó menos frondosos que comieran: por esto mientras los demas pastores dormian, yo sin temor á los lobos, buscaba por amor á mis hijas, la ladera mejor para amanecer allí con mi ganado; cuando llegó á mis oidos que en frente al castillo habia una yerba hermosísima á causa de que nadie conducia allí los rebaños por miedo á la mora encantada en la cueva de la Luna: yo me alegré en estremo; yo no veia obstáculos cuando se trataba de ganar un pedazo de pan para mis hijas. Subo con efecto una mañana las cabras á ese monte que hay cara á cara del castillo, y los pobres animales se enterraban en la yerba y en los tomillos que los cubria; yo los miraba hartarse reventando de gozo y de contento, si bien es cierto que me bajé antes que saliera la luna, por no ver esa sombra, que al que la ha visto una vez, cuentan que no le ha quedado gana de volver á verla dos: subí al dia siguiente, y al otro, y al otro: las gentes hablaban de mí; ya me tenian por un hechicero; pero á mí, ¿qué me importaba si mis cabras daban doble leche que antes, si estaban mas lozanas y lucidas que todas las del pueblo, y si mis dos hijas se iban poniendo las infelices tan hermosas y encarnadas, con la abundancia que disfrutaban?... Llegó por fin el dia octavo; subí como los demas, y mientras mis

cabrillas se esparramaban por la ladera, yo las miraba atracarse sentado al pié de una peña. Distraido y sin saber lo que hacia, empecé á arañar en la tierra con la punta de mi cayado, y moví una cosa negruzca que me pareció metal; la cogí corriendo, pero ví que estaba enganchada dentro, y no pude sacarla; socabé entonces con el cayado, volví á tirar con mas fuerza y salió una cadena.

—Hombre... exclamó el sacerdote, que hasta entonces habia escuchado en silencio.

—Hice un hoyo, prosiguió el enfermo; y á la profundidad de tres cuartas poco mas ó menos, toqué una tabla como tapa de caja.

El sacerdote recostado en la cabecera del tio Juan permanecia suspenso de sus palabras.

—Calla, dije para mi, esto es algun tesoro; pero como ya iba á salir la luna, y yo no me bajaba del pasto, observé que me miraban las gentes; y dije; aquí para no perderlo todo no hay otro remedio que esperar que anochezca. ¡Ay padre! yo temia á la sombra de la mora; yo veia salir la luna, y ya me figuraba á la sombra tirándose sobre mí: veia al mismo tiempo un tesoro debajo de mis piés; aquel tesoro era la redencion de mis hijas, y yo no podia abandonarlo. La noche cerró del todo: ¿y qué hice? atarme un pañuelo á los ojos y echarme boca abajo hasta que pasara la hora terrible: ¡ay que momentos tan crueles fueron aquellos!... El ruido de los enebros me asustaba; las pisadas de mis cabras me parecian las pisadas de la mora, de todos los enemigos del infierno que venian por mí. Despues de dos horas me quité el pañuelo; en el castillo no pegaba ya la luna, y yo pude respirar. Desenterré corriendo el cajon; y pesaba mucho, bajé á mi choza sin hacer caso de las cabras que me seguian balando, y cuando mis dos hijas se acostaron, yo... temblando de alegria, me senté en medio de la cocina, puse el cajon entre mis piernas y rompí la tapa.

El sacerdote escuchaba asombrado y lleno de curiosidad.

—¿Qué contenia? preguntó con avidez.

—¿Qué contenia? ¡ay Dios mio! mi perdicion. Sino por él aun viviria yo sano, y mis pobres hijas no se hallarian luego sin padre. Lo primero que ví, fué un pergamino escrito.

—¿Escrito?

—Si señor.

—¿Lo leyó usted?

—Si señor.

—¿Qué decia?

—Luego lo leerá usted tambien.

—Bueno, adelante.

—Yo no hice caso de aquello: á la verdad, me cegaba entonces la avaricia: despues salió un paño blanco, plegado en cuatro dobles; lo desdoblé, y era una bandera blanca con una cruz azul bordada.

—¿La conserva usted?

—Tambien.

—Y por último; ¡ay! no acertaba á mirar, me parecia un sueño... el cajon estaba lleno de piedras preciosas y de coronas de oro.

—Hombre; exclamó el sacerdote.

—Si señor, de piedras preciosas y de coronas de oro.

—Esto seria sin duda lo que vino á buscar el moro Garsi, que en tiempo de D. Gustio aterró á Cervera con su presencia.

—Si señor; y por eso andarian cabando en el castillo y sus alrededores los cuatro moros que lo acompañaban.

—Y por eso, añadió el cura; enviaria á decir á D. Gustio al tiempo de marcharse, *que piquen y piquen piedras, que las piedras picadas, rico tesoro darán al que las pique.*

—Ya lo habia yo pensado; murmuró el tio Juan.

—Prosiga usted, dijo el cura.

—Cuando vi aquel tesoro, lo primero que se me presentó á la imaginacion fueron mis hijas; las creia ya ricas, y yo era feliz: lo reuní todo en el cajon, la bandera, el pergamino, y lo enterré en el suelo de mi cocina que era de tierra. Aquella noche no pude dormir; todo se me volvió pensar cómo estaria allí aquel tesoro,

y por último, me pareció que seria de los moros que cuentan que hubo en otro tiempo en el castillo. Al dia siguiente me levanté temprano, envié mis hijas al pasto y les dije que me iba para cuatro dias: con efecto, cogi una pequeña parte de las joyas y marché á Zaragoza; le presenté á un platero una piedra trasparente como el cristal, y gorda como una aceituna: yo crei que me daria por ella doscientos ó trescientos reales, cuando oigo que me dice:

—¿Quiére usted venderla?

—Si señor.

—¿Cuánto pide usted por ella?

—Déme usted lo que le parezca.

—Y me dió veinte mil reales. Figúrese usted cuál seria mi sorpresa; le dí otra igual y me dió otros veinte mil. Al instante compré para mis hijas una porcion de ropa y me volví á Cervera. Entonces conocí lo mucho que valia lo que tenia encerrado en el cajon, y edifiqué esta casa; y formé ese jardin nada mas que por guardar enterrado el tesoro. Ahí está padre, entrando á la izquierda debajo de una clavelina.

Como la casa se hallaba situada en la pendiente del castillo, aunque la habitacion del tio Juan pertenecia al piso segundo, se salia á piso llano al jardin; y con toda intencion habia dormido siempre en dicho gabinete, sin permitir que nadie sino él regara las flores.

—¿Quiére usted que lo vea? preguntó el cura.

—Oígame usted ahora, y luego se encargará usted de él, que no es mio, es de la Vírgen; yo he sido un ladron.

—¿De la Vírgen? repitió el padre sorprendido.

—Si señor, de la Vírgen; atienda usted: yo compré haciendas, yo busqué criados que me las labrasen; en fin, cuando yo me disponia á disfrutar mis riquezas, ¡ay Dios mio!... y exhaló un suspiro; comencé á sentir un dolor de estómago que me martirizaba; una agitacion y una inquietud que acababan conmigo.

¿Lo creerá usted padre? por todas partes veia una sombra que me seguia, una sombra que me asustaba, y que cerrara los ojos,

que buscara la luz, no podia borrarla de mi cabeza: asi he atravesado algunos meses perdiendo por instantes la salud, devorándome las entrañas, el estómago y la conciencia. Cuando mis hijas bailaban alegres; ¡cuántas veces he llorado arrastrado en esta cama el hallazgo del fatal tesoro!... y cuántas!... he suspirado los dias que pasaba en los montes en compañía de mis cabrillas!... Reventado por los padecimientos, me ensayé una vez; quise volver con ellas, lo hice; pero ya no era yo el mismo; ya no encontraba, tirado entre los enebros, aquella paz que perdí cuando hallé las riquezas... y en el monte, y en el valle, por todas partes me acosaba mi dolor de estómago, mi tristeza... por todas partes me seguia la sombra. Conocí que mi vida huia de mí rápidamente, y traté de poner remedio; dispuse marchar á una gran poblacion en busca de buenos médicos, y para ello saqué del cajon una corona mas brillante que el sol; la coloqué sobre la mesa que hay en aquel rincon; me acosté en esta misma cama, para irme al dia siguiente á venderla en una gran ciudad; pero me engañé: habia llegado mi hora y tenia que morir entre los tormentos mas crueles con que me castiga la Vírgen por haberle robado sus riquezas.

—Perdon padre; perdon... gritó el tio Juan, mientras un sudor frio y copioso bañaba su frente.

El sacerdote le roció con agua fresca el rostro, le dirigió palabras de consuelo y el enfermo mas sosegado, aunque perdiendo las fuerzas por grados, prosiguió:

—A eso de media noche se aumentan las angustias que me afligian diariamente; un pavor que me ahogaba se apoderó de mi espíritu; y en lo mas fuerte de mi convulsion, vi en ensueños levantarse sobre aquella mesa en que estaba la corona, la imágen de la Vírgen con una bandera blanca en la mano derecha, y enseñándome la corona con la izquierda. La vision duró algunos momentos: en esos momentos yo padecí demasiado. Cuando me desperté no ví nada; conocí que todo habia sido una pesadilla; pero una pesadilla que no podia echar de mí: en fin; padre, sentia una zozobra tan grande en todo mi cuerpo que muchas veces,

y perdonadme Dios mio mi poca paciencia, que muchas veces apetecí morir por no vivir así. Me levanté de la cama ya sin fuerzas, desenterré el tesoro, cogí con miedo la corona y la metí en el cajon; pero contemplé un rato la bandera, y leí otra vez el pergamino de que ya no me acordaba, ocupado solo, en las preciosas alhajas que debajo de él habia; lo leí con cuidado, ¿y sabeis padre lo que dice en resúmen?

—¿Qué? preguntó el sacerdote con ansiedad.

—Que una Princesa regala todas sus joyas, para que se edifique un templo á la Vírgen del Monte.

—¿Es posible? exclamó el sacerdote asombrado.

—Y otras cosas mas que usted verá, y que no le admirarán menos.

—Esto es un portento: ¿dónde está el cajon?

—Luego se lo entregaré á usted; escúcheme ahora padre, prosiguió el enfermo mas afligido que nunca y en estremo decaido, porque habia desaparecido de repente el valor febril que le sostenia.

—Padre, aqui entra mi pecado: yo conozco desde entonces que el tesoro era de la Vírgen, que no era mio, y á pesar de todo, yo lo retenia: yo sentia un poder oculto que me incitaba á llamar un confesor y entregárselo; pero otro poder, el deseo del oro no me lo permitia. Llena mi alma de desesperacion cerré la caja y la enterré hasta que pasara algun tiempo y viera si se disipaban mis temores; pero fué en vano: por las noches especialmente me confundia á mí mismo, y mas de una vez fuí á levantarme con ánimos de arrojarme á los piés de un sacerdote, hacerle una declaracion exacta de todo lo que me ocurria, y entregarle el fatal tesoro: lo iba hacer: ¡pero ah! me contenia la avaricia; y me contenia sobre todo la imágen de mis hijas que veia volver á la miseria; ¡á la miseria!... Me acordaba de los dias que me pedian pan y no tenia para darles; me acordaba de los dias que lloraban de hambre en un rincon de la choza, y al mismo tiempo me acordaba tambien del pergamino que me decia que aquel tesoro no era mio, que yo era un ladron, y en este estado... no os asusteis padre, juraba de

la suerte, de mi propia existencia... sí... mil veces juré de corazon contra mi vida.

La agitacion que se apoderó de él, le produjo un leve desmayo; el sacerdote que guardaba el mas profundo silencio le roció el rostro con agua, y el enfermo cada vez mas abatido, prosiguió despues de algunos instantes:

—Esta maldicion aumentó mi tristeza y con ella mi enfermedad, que se ha agravado aceleradamente, hasta que el médico me ha mandadó confesar esta mañana; lo he hecho con vos padre, pero la sed de dinero, la maldita sed se hallaba tan arraigada en mi pecho, que no me ha dejado declararos el secreto por si acaso curaba, encontrar otra vez mi tesoro, ese mismo tesoro que me ha quitado la vida. Ahora ya veo las cosas de otro modo; veo venir la muerte muy corriendo y quiero morir sin remordimientos. Padre, escuchad los últimos ruegos de un moribundo.

—Diga hijo mio; contestó el padre, todo será cumplido como desee.

—Asi que espire entregad el tesoro á quien corresponda, para que hagan el templo de la Vírgen que yo he detenido tantos meses: pero al mismo tiempo, suplicad padre, que tengan compasion de mis pobres hijas que quedan huérfanas, sin bienes y sin parientes. Vos padre, que tanto consuelo habeis derramado sobre mi alma, velad tambien sobre ellas, amparadlas y dirigidlas con vuestros consejos en el mundo corrompido en que las dejo. El cielo premiará vuestra caridad.

—Confiad en mi celo, respondió el padre: y si esta es la hora en que Dios os llama para si, bajad tranquilo á la tumba que yo protegeré á vuestras hijas.

Mientras hablaba el sacerdote observó en el enfermo un síntoma fatal; le crugió el pecho, y se le levantó el esternon, á vista de lo cual se puso en pié alarmado y esforzando la voz le dijo:

—¿Teneis un verdadero dolor de todo lo que me habeis confesado?

—Sí padre.

—¿Os acusais tambien de todo aquello que no podais recordar en este momento?

—Sí padre.

El sacerdote rezó entre dientes una oracion en latin, le echó la absolucion y salió ligero de la sala.

A los pocos momentos el sonido de una campanilla anunciaba en el barranco de Tollo la llegada del viático.

Lo recibió el tio Juan con serenidad y fervor, y cuando regresó el sacerdote de depositar el Corpus en la parr oquia encontró al enfermo espirando; pero aun tuvo el gusto de dirigirle las últimas palabras de amor y de perdon conque la religion cristiana despide á sus hijos de este mundo.

Dos horas despues ofrecia la habitacion del tio Juan un aspecto grave y recogido: no la hubiera mirado una mujer sin conmoverse, ni un niño sin aterrarse.

El cadáver amortajado con una sábana blanca, segun costumbre del pais, estaba tendido en el suelo en medio de la sala: á su lado ardian dos velas amarillas, y un poco retirado de él, se hallaba sentado el sacerdote que recitaba con las manos en cruz, los salmos penitenciales de David.

Desde allí se oia el llanto de las hijas del muerto, se oia el huracan que silbaba por el barranco y el eco fúnebre de las campanas de San Gil que segun costumbre antigua tocaban á ánimas toda la noche.

El sacerdote cerró el libro, sacó de la sotana un cuchillo que habia traïdo al intento, y se dirigió al jardin.

En efecto, entrando á la izquierda encontró una clavelina; socabó á su pié con el cuchillo, lo que no le costó trabajo por lo blanda que estaba la tierra, y muy luego tropezó con el deseado cajon.

Lo abrió anheloso á la luz vacilante de las velas y lo primero que percibieron sus ojos fué el pergamino escrito; pero su sorpresa llegó al estremo cuando despues de deletrear largo rato los caracteres casi enteramente borrados, pudo descubrir este sentido:

Yo, Princesa de Cervera, regalo á Fortun las joyas mas preciosas que poseo, en prueba del amor que le profeso, joya la mas estimable; para que edifique con ellas el templo á la VIRGEN DEL MONTE, *que es quien me ha enseñado á amar de otro modo mas dulce del que yo amaba, y me ha acogido bajo su religion. Tambien te dedico á tí, Fortun, la bandera que yo misma he bordado, para que tú la plantes en el tejado de la Virgen, y enseñe á nuestros hijos á amarse como nosotros nos hemos amado.*

Cuando concluyó la lectura, dirigió una mirada al cadáver, en seguida otra al cajon, é inclinando la cabeza sobre las manos, quedó abismado en los muchos pensamientos que lo asaltaban; todos admirables, todos sorprendentes y confusos.

El sacerdote era persona de talento y de una moral muy sana; y su razon veia tanto en aquel pergamino que tenia en las manos...

Aquel pergamino era para él el testimonio de una Princesa mora que se habia hecho cristiana... era la voz solemne de una generacion que habia acabado.

Desplegó á continuacion la bandera, admiró la finura del lienzo, la limpieza del bordado, y la elegancia del dibujo.

La primera impresion que produjo en su espíritu fué una impresion de gracias, de hermosura; pero á luego penetró en su fondo, y vislumbró en él tambien un misterio, porque lo sepultaba la oscuridad de cuatro, tal vez de cinco siglos.

Por último, revisó el tesoro, y quedó admirado de tanta riqueza.

Tan pronto como sus meditaciones sobre el particular lo dejaron libre, se retiró á su casa, y al dia siguiente partió secretamente á la diócesis á presentar al Obispo el cajon, y á enterarle de todo lo que con el difunto tio Juan habia sucedido.

El sacerdote á su regreso, trajo órdenes de comenzar inmediatamente la obra del templo, y de publicar un suceso tan notable: asi lo hizo, mas para poner á salvo de las hablillas del pue-

blo, las hijas y la conducta del tio Juan, dió á entender que él era quien habia hallado el tesoro.

El Obispo suscitó al instante la cuestion, tratándola solo con el sacerdote, de que todas las haciendas que compró el tio Juan, y que entonces poseian sus herederos, debian volver al fondo del tesoro.

La observacion no dejaba de ser justa; pero el sacerdote defendió con calor la horfandad de aquellas niñas, y el Obispo cedió á sus ruegos y á sus razones, con tal que en prueba de reconocimiento se gravasen todos aquellos bienes con un censo á favor de la VIRGEN DEL MONTE.

Asi se hizo; y dichos censos continúa cobrándolos hoy el santuario, con la mayor exactitud, despues de seiscientos años que han trascurrido desde su fundacion.

La noticia del hallazgo del tesoro divulgada por Cervera, produjo un ruido, una impresion estraordinaria en el carácter fantástico y religioso de sus habitantes.

Todos acudian á ver las alhajas, todos acudian á ver la bandera, y cada uno interpretaba á su modo el origen de tales riquezas.

Me parece demasiadamente oficioso advertir al lector que este es aquel tesoro que Zahra y Fortun enterraron frente al castillo una noche mágica en que el amor subyugó sus corazones.

Enterrado en el mismo sitio en que hemos de edificar el templo á la Virgen, dijo Zahra, *la misma Virgen cuidará de él.*

La Vírgen ha cuidado de él; lo sustrajo á las pesquisas del moro Garsi, que noticias detalladas á cerca de su paradero, llevó de Africa, y ha hecho que por un medio maravilloso se cumpliese la piadosa voluntad de los dos tiernos amantes.

Reunidos en junta mas de un dia el Cabildo y los ancianos de Cervera, dudaban, y se afligian de esta duda, cuál seria la inten-

cion de la Princesa, y cómo agradaria mas á la Vírgen; si levantar el templo en las ruinas del castillo, ó levantarlo en el mismo paraje en que se encontró el tesoro.

El mas anciano tomó de repente la palabra como inspirado y dijo:

—Señores, en verdad que no sé lo que es la suerte, sino se la interpreta como la voluntad espresa de Dios: echémos suertes pues entre los dos cabezos un número determinado de veces, y aquel que obtenga la mayoria, aquel es el elegido para sostener el templo que tal proteccion ha de dispensar á Cervera.

—Dice bien; respondieron todos: ¿y qué número se elige para la suerte?

—El número siete; respondió el mismo anciano con gravedad. El número siete se llama en las sagradas Escrituras número perfecto; ¿por qué hemos de escoger otro?

Todos callaron ante la verdad de sus palabras, y se procedió inmediatamente al sorteo.

La suerte no quiso ser perpleja; pues las siete veces fué favorecido el monte en que habia aparecido el tesoro.

La candorosa reunion recibió esto como un aviso del cielo; y el pueblo de Cervera esperaba con vehementes deseos la construccion de un santuario, cuyo origen era tan prodigioso, y que al través de tanto tiempo se habia conservado ileso el capital destinado á construirle.

Desde aquel dia subian numerosas romerias á orar en el punto donde se les dijo haber aparecido el tesoro; y no faltó alguno mas atrevido que quisiera relacionar semejante hallazgo con la sombra que salia en el castillo.

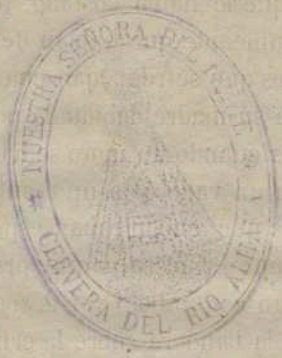
En el siglo XIX, en que los sentimientos religiosos parece que se han enfriado, en que orgullosa la razon todo lo coloca bajo su dominio, negándose á admitir lo que no alcanza á comprender; en el siglo XIX se hubiera mirado con indiferencia, acaso con desprecio un hecho tan ruidoso; pero en el siglo XIV no sucedia asi: la razon estaba mas humilde, la fé mas ardiente, el hombre apreciaba mas su religion; porque acababa de sentarla con su brazo;

porque sabia el precio que le habia costado; porque veia aun en la España la sangre humeante que habian derramado por ella; y á manera de tiernos hijos que se regocijan cuando pueden presentar un manjar sabroso á su madre debilitada por largos sufrimientos, se regocijaban ellos cuando un moro se hacia cristiano, cuando erigian un templo en un valle ó en un monte.

Asi, los cerveranos que encontraban especificada en un pergamino la voluntad de una Princesa, y muy probablemente de una Princesa mora; deseaban con anhelo ver descollar la ermita sobre la colina; ver descollar la bandera sobre la ermita.

Candorosamente crédulos consideraban esta bandera y esta ermita como un escudo celeste al abrigo del cual se encontrarian á salvo de las calamidades de la vida.

Resolvieron celebrar la primera ascension de la bandera con juegos y fiestas públicas; pero como el invierno es en Cervera abundante en aguas y aun en nieves, aplazaron la obra para principios de la primavera.



CAPITULO III.

LA VIRGEN DEL MONTE.

Llegó Febrero: disipáronse á su influjo las nieblas del invierno; y un sol claro y luminoso matizó de galas la Naturaleza.

Continuaron su curso los arroyos; reverdecieron los montes; y en los valles comenzaron á brotar las flores.

Todo volvió á la vida, y el pueblo cerverano recordó su proyecto.

Era una mañana clara de dicho mes, cuando un inmenso gentio rebosando placer y algazara cubria la cúspide y faldas de la colina.

Reunido el Cabildo, el Ayuntamiento y el Señor del pueblo, se ocupaban en delinear con toda pompa el perímetro de la ermita, de modo que el altar principal cubriera á manera de monumento, el hoyo en que habia estado enterrado el tesoro.

Mientras la muchedumbre bullia en el monte por acercarse á ver tirar las primeras líneas de un templo tan misterioso; las campanas de San Gil, echadas á vuelo, parecian alegrarse tambien de

aquel acontecimiento, y alegraban á la vez con sus repiquetes los corazones del pueblo religioso que nadaba en contento.

Trabajando asíduamente en la construccion de la ermita, se concluyó pronto la obra de albañileria, y se trageron para su adorno los mejores pintores y escultores que entonces producia la España: asi es que el interior de la Virgen del Monte, dividida en dos secciones por un verjado de madera, colocado á cuatro varas del prebisterio, está pintado por una mano maestra; la nave que cubre el nicho de la Vírgen lo está con gusto y capricho; la bóveda al fresco, representa un cielo azul donde mil ángeles de bellos colores entonan con diferentes instrumentos las alabanzas de María: algunas de las imágenes de bulto que adornan el santuario son preciosas; y todo él respira ese aire de dulzura y melancolía que es la verdadera espresion que debe reinar en un templo de la Vírgen.

La obra se dió por rematada dos dias antes de la Ascension del Señor á los cielos: la imágen de María fué colocada en su nicho de rosa trasparente; y este dia tan solemne, este dia tan grande para la religion cristiana, fué el destinado por los cerveranos para consagrar el santuario y clavar en su tejado la preciosa bandera.

Desde aquel dia el pequeño templo de la Virgen del Monte se levanta orgulloso y risueño al frente de las ruinas de un castillo de Mahoma, á la manera que la iglesia de Cristo se levantó triunfante en los primeros siglos sobre las ruinas de la sinagoga y de la idolatria.

Durante el escaso tiempo que medió entre la conclusion y la consagracion de la ermita, se veian por todas partes mil preparativos de gala: mil señales de fiestas resonaban por do quiera; la zagala abandonó con anticipacion su ganado, y el robusto labrador la esteva.

Brilló por fin el dia deseado; claro, luminoso, y radiante como la fiesta que se iba á celebrar.

Desde el alba se agrupaba la gente á la plazuela de San Gil á esperar la hora de adorar su nueva Vírgen.

A las diez se celebró en la parroquia una misa solemne, á la que asistió el Cabildo y Señor feudal con su esclarecida servidumbre.

A las diez y media echaron á vuelo las campanas de San Gil, á las que respondieron inmediatamente los esquilones de la ermita, cuyos sonidos plateados y alegres hirieron los aires por vez primera, en medio de los gritos de un pueblo entusiasmado por su religion.

Entre tanta alaraca, entre tanto aplauso, salió la procesion por la puerta de la parroquia.

Un grupo de doncellas vestidas de blanco con coronas de rosas y jazmin en la cabeza y panderetas en las manos, abrian la marcha: les seguia otro grupo de mancebos con lujosos trajes levantando en alto guirnaldas de laurel y ramos de olivo: seguian á estos los ancianos del pueblo en dos filas, cabizbajos, silenciosos y conmovidos: en medio iba el Señor feudal llevando la bandera, que tremolaba sobre una asta dorada: y el Cabildo cantando el himno que comienza *Salutis humanæ sator*, cerraba la marcha.

El gentio que los esperaba encaramado en las callejas, en las tapias y ventanas, recibia diferentes impresiones segun los grupos que se presentaban en la plaza.

Cuando asomaron las doncellas vestidas de blanco, resonaron mil alabanzas en torno suyo: cuando asomaron los mancebos de los laureles, nuevos aplausos sucedieron á los primeros: pero cuando se descubrió la bandera, se apoderó de ellos un sentimiento de religion y de humildad: rinden sus rodillas, inclinan sus cabezas, y adoran en silencio aquel paño que les conmueve el corazon, que les habla con una voz divina, que llega á sus almas sin atravesar por los oidos.

Cuando la procesion entró en la ermita, tomó la bandera en sus manos el sacerdote que habia confesado al tio Juan y la ofreció á la Vírgen.

El coro de doncellas rompe en angélicas canciones destinadas

á María, y su eco melodioso y virginal, y el eco balbuciente de los niños, y las lágrimas venerables de los ancianos, que derramaban hincados de rodillas; y la voz del sacerdote que entre tanto sollozo sobresalia incitando á la oracion de la Vírgen, esplicando con vehementes palabras la victoria que Cervera habia conseguido con la ermita y la bandera, producian un cuadro... ¡ay! demasiado tierno y sublime para esplicarlo con los rasgos de una pluma.

El pueblo ardiente en fervor, sale á la pradera que destaca ante el santuario, y el sacerdote, derecho en el tejado, planta en él saludado por mil aclamaciones, la bandera que comienza á flamear orgullosa con su triunfo.

Las doncellas arrojan sus coronas sobre el altar de María, los mancebos sus laureles, el sacerdote entrega un estandarte al Señor feudal, y espontáneamente, sin reflexionarlo, sin disponerlo, movido por el fuego que le anima:

—Santa María...

Exclama ante la imágen de la Vírgen.

—Ora pro nobis...

Responden las doncellas al son de sus panderetas.

—Ora pro nobis...

Responde el pueblo entre sollozos.

—Ora pro nobis...

Resuena por las calles y callejuelas donde se abriga un cerverano.

El sacerdote continuó la letanía tan enérgicamente comenzada; y de este modo regresó la procesion á la iglesia de San Gil, y todo aquel dia y el siguiente fueron dias de regocijo público para Cervera.

Digamos de paso, nor no dejar de decir nada, que aseguraban algunos piadosos, que la noche en que se concluyó la construccion del templo cesó de aparecer la sombra en el castillo; pero que se vió una jóven elegante pasear con aire de tristeza por los corredores arruinados, y por los restos demolidos de las murallas: y como en los pueblos se habla mucho, no faltó quien afirmara

que aquella jóven era la sombra vuelta á su primitivo estado por la VIRGEN DEL MONTE.

Tambien se susurraba, que la tarde despues de la consagracion de la ermita, mientras los cerveranos corrian alegres en sus danzas por las calles, una dama hermosa, desconocida, vestida de negro, con el rostro cubierto por un velo, oró de rodillas horas enteras en el rincon mas oscuro del santuario.

Digámos por último que el Cabildo y los ancianos presididos por el Señor del pueblo resolvieron en junta formal, renovar todos los años y en el mismo dia la bandera, para que jamás faltára del pueblo la proteccion que con ella les enviaba el cielo: y abrasados en un celo religioso, escribieron en un pergamino con toda la fuerza de sus corazones las siguientes palabras que pronunció un anciano.

¡Maldicion de Dios sobre la generacion que deje de subir la bandera á la VIRGEN DEL MONTE*! ¡Maldicion de Dios sobre el siglo en que concluya esta costumbre!*

El presente pergamino y otros muchos han sido víctimas del tiempo ó de las revoluciones.

El origen de la VIRGEN DEL MONTE y demas sucesos que hemos referido en la tercera parte de la obra se comunicaron verbalmente á los hijos de los que los vieron; y de estos, aunque debilitados ya y confusos, pasaron á sus nietos; pero en la cuarta generacion el orígen de la VIRGEN DEL MONTE era tan oscuro como lo ha parecido en el siglo XIX, en que solo conservamos de aquellos dias los restos de un castillo pulverizado, una cueva oscura y profunda, la cueva de la Luna; y una tradicion vaga de la mora encantada, que como misteriosa y admirable que es, convertida en conseja por otra parte, haimpresionado vivamente al pueblo, curioso de suyo, y de cocina en cocina, de edad en edad no ha podido menos de llegar aunque adulterada hasta nuestra noticia.

Pero si tan débiles documentos nos restan solo de aquel tiempo; si la lengua parlera de una vieja ha sido el único archivo de aquellos sucesos, tambien se conserva puro el templo de María y la bandera que semejante al ave fénix que jamás perece, nos habla

desde el monte, dibujándose graciosa con sus movimientos en la diáfana region del Eter.

Ya hemos rasgado las sombras que separaban de nuestra vista un santuario tan admirable; ya nos hemos remontado á su principio, al dia primero de su existencia, y hemos visto la fé que nuestros padres tuvieron en él, y por consiguiente, la fé que nosotros debemos tener tambien.

La ermita de la Virgen del Monte, sobre la colina que la sostiene, es un monumento eterno, es un escollo donde se estrellan las impetuosas olas del tiempo: y la bandera blanca flotando incesantemente en los aires, es el ave de las tempestades que bate risueña sus alas contemplando como pasan bajo sus piés las borrascas de los siglos.

Ocho meses habian trascurrido desde la fundacion de nuestra ermita, cuando se hablaba con vaguedad de una jóven hermosa que habiendo profesado y recibido el bautismo en un convento, sin designar cuál, poniéndose por nombre María, murió á poco despues en calidad de Santa.

Se contaba asimismo que en la celda en que se depositó su cadáver por la noche, se percibió de repente un olor suavísimo; se cubrieron las paredes de guirnaldas de rosas, el suelo de azucenas y jazmines, y el lecho mortuorio de lirios morados.

Se aseguraba tambien que si las monjas tocaban las flores se desvanecian reduciéndose á la nada, y luego aparecian otras mas fragantes: y por último, que cuando se llevaron el cuerpo disipáronse las rosas, las azucenas, los jazmines y los lirios; apagóse el olor, y la celda volvió á su primitiva austeridad.

Adios misteriosa bandera; adios símbolo del amor y de la religion: si mi pluma débil no ha empañado tus galas al descubrirlas, se verá satisfecha.

Hoy que lejos me encuentro del suelo donde tremolas; tu recuerdo y el recuerdo de aquel suelo, forman las delicias mas puras de mi alma...

Tal vez Cervera, mi adorada pátria, cuente algun dia entre

sus hijos, un Tasso ó un Milton, que cante tus glorias en versos divinos.

Adios: emblema de la fé, eres inmortal; cuando la generacion que me escucha haya dejado de vivir, tú continuarás viviendo; tú reina de la eternidad, ves hundirse los siglos á tus piés.

Cada momento, cada año, cada siglo, cada generacion, te presenta mas sublime, agrega un nuevo misterio á los misterios mil, que encierra tu existencia.

Cerveranos, queridos paisanos mios; celebrad sus dones y acudid á ella en vuestros infortunios: si tan de lejos la viérais como yo la veo, la amariais con la vehemencia, con que yo la amo...

Niño balbuciente, delicada doncella, anciano moroso, acudid á ella confiados en su patrocinio; ella trocará en contento vuestra tristeza; ella sembrará la alegria en vuestros corazones.

La bandera de la Virgen del Monte, flotando con gracia sobre el templo; es un velo suspendido en el Paraiso; es un altar donde la Vírgen recibe las lágrimas del desgraciado; es para nosotros un verdadero manto de piedad y de consuelo.

FIN

NOTAS.

1.ª

1.°..... Mahoma, que tambien se llamó Abul-Kassem, nació en la Meca el dia 12 del mes Rabie, ó primero del año 806. Fué hijo de Abdallah, arrogante jóven, vástago de la noble tribu de los Kosreichitas, y de Amina, hermosa Vírgen de la ilustre familia de los Zaritas. Cuentan que el dia en que Abdallah se casó con Amina, murieron de celos doscientas doncellas. Cuando Amina dió á luz un niño, admiraron todos las bellas cualidades del recien-nacido; y no queriendo su abuelo ponerle un nombre comun, le puso el de Mahoma, que quiere decir *ensalzado*, *glorificado*, esperando que Dios lo ensalzaria sobre los demas hombres.

La descripcion de Mahoma, tal como aparece en algunos manuscritos arábigos, es la siguiente:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso.

»Era de buenas proporciones y de brillante color; exhalaba un olor muy suave, tenia las cejas bien puestas; sus cabellos eran grises.

»Azul el fondo de sus ojos, ancha la frente; pequeñas las orejas, aguileña la nariz, y los dientes muy bien formados.

«Eran redondas su cara y su barba, largas sus manos, afilados sus dedos, y grueso su talle; no tenia en todo su cuerpo mas vello que desde el hoyo de la garganta hasta el ombligo. Entre sus hombros habia el sello de la profecia, y se leian estas palabras:

»Vé donde quieras, siempre vencerás.»

Semejante descripcion tiene mucho de apócrifo.

Otros lo describen de este modo que parece mas verdadero.

«Era de mediana estatura, tenia la cabeza abultada, tez morena, y sonrosada, facciones proporcionadas, ojos rasgados y vivos, frente ancha y prominente, nariz aguileña, cabellos negros como el ébano, espesa barba, fisonomia de majestuosa dulzura; pero cuando montaba en cólera se veia entre sus cejas una vena hinchada de una manera espantosa. Afable con sus inferiores, jovial con sus amigos, se nutria aun despues de haber adquirido tanto tesoro, con una cantidad pequeña y medida de cebada, y algunos dátiles. Sencillo en sus costumbres, ordeñaba por si mismo sus cabras, barria, encendia lumbre, componia sus vestidos, y se ocupaba en otros cuidados caseros. Jamás ostentó el fausto de un rey.» (Cantu).

2.°..... No falta tambien quien asegura, que en el curso de su vida, que duró sesenta y tres años, sufrió repetidos ataques de epilepsia.

3.°..... Mahoma quedó huérfano á los seis años, y se encontró solo en el mundo sin otro apoyo que la proteccion de Abdol-Moltalleb. Desde la edad infantil sintió en su pecho una ambicion insaciable, un inmenso deseo de celebridad. No se contentaba su génio de águila con ser poeta, no se contentaba con ser un conquistador; quiso mas, quiso ser un Profeta, el primer Profeta del mundo; un emisario de Dios, superior á cuantos hasta entonces se habian conocido.

Cuando Mahoma cumplió veinte y cinco años, se casó con Kadijia, viuda de cuarenta, pero que poseia grandes riquezas.

4.°..... Todos los meses de Ramadá, se retiraba á la caverna de Heres, á escuchar, segun él decia, la voz de Dios que le hablaba en la soledad. De este modo, madurando lentamente su proyecto, pasó los quince primeros años de casado, en los cuales, sin saberse mas sino que en tales casos comia dátiles y cebada, calla acerca de él la historia. Mahoma estudió bien la religion de los judios, leyó la de los cristianos, y alimentado con aquellas ideas, concibió una nueva religion, que sin ser ninguna de las dos anteriores, participase á la vez

de la una y de la otra; una religion que aunque arbitraria, sometiera á su dominio el Oriente y el Occidente. Cuando cumplió cincuenta años dió en su pueblo nativo un suntuoso banquete, y en él se declaró Profeta por primera vez, y proclamó el Islamismo. Como sus parientes los Kosreichitas que tenian á su cargo la administracion de la Kahaba, gran templo pagánico, comun para toda la Arabia, vieron hundirse sus glorias al nacer una nueva religion, se alarmaron sobre manera; trataron de loco á Mahoma, y observando que no desistia de su empeño, antes al contrario, que con nueva furia continuaba publicando el islamismo, resolvieron conseguir con obras lo que no pudieron con razones y cargaron sobre su persona, pero acompañado del jóven Alí huyó á la ciudad de Yatreb, que despues se llamó Medinat-al-Navir, *ciudad del Profeta*, ó simplemente Medina: cuyo acontecimiento da origen á la era de la EJIRA, es decir, *de la huida*.

5.°..... Medina recibió al Profeta con muestras de grande alegria y regocijo, y allá fué donde levantó el estandarte de la media luna que en poco tiempo hizo millones de prosélitos.

6.°..... Mahoma regresó triunfante á la Meca, entró en la Kahaba, en la que se adoraban 360 ídolos, correspondientes á los 360 dias que tenia el año, segun cómputo de aquellos sábios; devastó el templo, rompió los ídolos, y quedó solo la piedra negra que desde entonces se adora en la religion del Profeta.

7.°..... Dicen que la piedra negra es el núcleo primitivo del mundo, Rubí brillante en otro tiempo, que al caer del cielo, alumbró la Arabia con su luz; pero que volvieron negra los pecados de los hombres, y que tornará á recobrar su luz al fin del mundo. (CANTU).

8.°..... Mahoma estendió su religion con el acero de sus alfanges; y á medida que la estendia, la iba reduciendo á un sistema mas regulado. Desde el momento en que se proclamó Profeta, comenzó á publicar el Coran, haciendo creer que el ángel San Gabriel le bajaba en el silencio de la noche los capítulos sueltos, que la mano del Omnipotente habia escrito, y que él iba recogiendo en una arca. Es de advertir que estos capítulos bajaban en un órden numérico trastornado: es decir, que el capítulo cuarto bajó antes que el primero, etc., asi como todos ellos se encaminaban á los intereses del Profeta, ya políticos y religiosos, y ya particulares: ejemplo; un dia hizo bajar del cielo un capítulo que decia: *Ningun musulman tendrá mas de cuatro mujeres*. Mahoma tenia entonces cuatro. Pasado algun tiempo se enamoró de várias y

quebrantó el anterior precepto promulgado por sí mismo, admitiendo hasta el número de nueve: pero felizmente se desprendió entonces del cielo otro capítulo en el que se leia: *Ningun musulman podrá tener mas de cuatro mujeres; sin embargo, al Profeta se le permitirán hasta nueve.*

9.°..... Todos estos capítulos permanecieron revueltos en el arca, hasta que murió Mahoma, en que los ordenó Abu-ber; los cogió y formó el Coran, reduciéndolo á libro. Mahoma aprendió á escribir en secreto, y el pueblo inocente recibia con candor como llovidos del cielo, los capítulos que les presentaba un hombre que para ellos no sabia escribir.

10..... El Coran que significa *escritura;* ó *la escritura* cuando decimos al Coran, se compone de 114 capítulos llamados *suwars* y es á la vez el Código civil y religioso de los musulmanes.

11..... Ademas del Coran veneran tambien el Suna, que no es otra cosa que una recopilacion de todas las doctrinas que el Profeta esplicó de viva voz, y que sus sectarios reunieron, poniéndolas por escrito, algunos años despues de muerto aquel.

12..... La religion contenida en el Coran es el Islamismo, que quiere decir; *resignacion á Dios.* La primera cabeza de ella es el Califa, que es lo mismo que vicario, sucesor. Los que la profesan, se llaman musulmanes, *creyentes*: el jefe de ellos Emir-al-muminin que adulterado por los europeos, dice Miramamolin, *Príncipe de los creyentes.* Todos estos encuentran en su libro sagrado, en el Coran, la esplicacion de la vida futura, con sus diferentes matices de juicio final, infierno y paraiso.

13..... Mahoma hizo un viaje al cielo en la yegua Alborak, viaje que puede tomarse como un plagio de las visiones de Ecequiel; y esplicándonos el cual nos dice: el primer cielo es de plata pura; de él cuelgan las estrellas suspendidas con cadenas de oro: en cada estrella hay un ángel cuidando no suban los diablos á robar el Coran que está en el sétimo cielo.

El segundo cielo es de hierro bruñido; en él habitan Noé, Abraham, Jesus y San Juan.

El tercer cielo es de piedras preciosas: allí moraba el confidente de Dios; Angel tan grande, que de ojo á ojo de la cara, median sesenta mil jornadas de camino.

En el cuarto cielo, de esmeralda, vivia Enoc.

El quinto de oro puro, es la mansion de Aaron.

Por último, pasando el sesto, llegó al sétimo que es de luz divina, y despues de atravesar dos mares, uno de luz y otro de tinieblas, se encontró cara á cara con Dios. Allí crece el árbol de Loto, cubierto de pepinos: cada pepino contiene dentro una Hurí, ó hermosísima Vírgen, cuya posesion es el único premio que Dios dá á los justos en la vida eterna. Al pié del árbol de Loto, ó cedro inmortal, nacen cuatro rios cristalinos, dos que fecundizan la tierra, el Eufrates y el Tigris: y otros dos que riegan el Paraiso. En esta mansion deliciosísima está colocado el Coran, escrito sobre dos tablas tan anchas como la distancia que hay en nuestro globo de polo á polo, y tan altas como desde la tierra hasta el cielo. El árbol de Loto desgaja sobre él guirnaldas de preciosas flores. Al paraiso lo separa del infierno una gruesa muralla, la cual no impide que conversen los condenados con los bienaventurados

14..... Las mujeres tienen otro paraiso distinto y mas inferior en goces, aunque la mayor parte son destinadas al infierno.

15..... La tierra se comunica con el Paraiso por medio de un puente que lo forma un cabello y se conoce con el nombre de puente Al-sirab. Despues de muerta la persona pasa su alma por este puente: si va cargada de pecados no puede resistir el cabello tanto peso, se rompe, y el alma cae al infierno. Pero si va limpia atraviesa ligera el puente, y entra á disfrutar los placeres eternos. Pasar con pié seguro el Al-sirab; equivale entre los árabes á decir, morir tranquilo, sin remordimientos.

16..... Mahoma, tan hábil y político, como sagaz en todas sus cosas, hizo creer á sus guerreros y demas sectarios, que aquel musulman que muriese en la guerra santa, ó lo que es lo mismo peleando contra infieles ó cristianos, por enormes que fuesen sus pecados quedaban perdonados en el momento de espirar; y su alma limpia y pura cruzaba con pié seguro el Al-sirab, y se engolfaba en las delicias eternales del Paraiso. A este principio que logró inculcar en los corazones del pueblo, debió el Profeta mucha parte de las rápidas conquistas que hicieron sus alfanges; porque al comenzar una batalla, colocaba al soldado en este dilema: ó vencer ó morir; si vences, obtienes en premio de tu arrojo, las palmas de la victoria, los despojos del botin; si mueres los encantos de la gloria. Lisongeado el soldado con tales esperanzas, se arrojaba ciego contra el enemigo.

17..... «El Islamismo reconoce un templo central, templo modelo á imitacion del cual se fabricaron todas las mezquitas de alguna consideracion. Este templo es la KAHABA ó casa cuadrada, en la Meca. Allí revestida de plata, y bajo un pabellon flotante de seda, se conserva la piedra negra colocada á la altura de cinco piés. Es de figura ovalada y de siete pulgadas de diámetro; parece una agregacion de otras muchas piedras como los aereolitos.» (CANTU).

A besar esta piedra concurren los musulmanes de los mas lejanos paises para cuyo solemne acto, se preparan ofreciendo antes sacrificios de camellos y corderos y dando siete vueltas alrededor del templo por su parte esterior.

18..... La religion del Profeta no tiene monges ni frailes, pero tiene Sofis. Los que pronuncian semejante voto, se despojan en el momento, de sus riquezas y de su orgullo; visten un albornoz brusco, se ligan á la cintura un fuerte cilicio, abrazan la humildad, y se someten á pasar la vida entre peligrosas privaciones.

19..... Como los judios celebraban el sábado, consagrándolo a descanso y á la oracion, y los cristianos el domingo, eligió Mahoma el viernes, dia en que Dios crió al hombre, y en que él habia hecho su entrada en Medina.

20.... En los primeros años del Islamismo, convocaban á los creyentes para que acudiesen á la Mezquita, con una campana de madera colocada en el minarete ó torre: despues se le sustituyó con el clarin; y por último, considerando que solo la voz del hombre era digna de tan alto empleo, lo verifica el Muezlin ó sacristan gritando desde el mismo minarete: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta; musulmanes, acudid á la oracion.*

21..... Los moros llaman á la oracion *Azala* y la celebran reunidos en la Mezquita cinco veces al dia: al brillar el alba, *Azoti*; al medio dia, *Adoar*; á la tarde, *Alasar*; al ponerse el sol, *Almagrib;* al anochecer, *Alhatema*. Estas oraciones conocidas tambien con el nombre de *abluciones*, eran ordinarias; pero habia otras estraordinarias, como por ejemplo, la *Chotva*, oracion pública por el Rey. En el culto del Profeta se reconocen tambien diferentes empleos ó dignidades que desempeñan los diversos cargos de la Mezquita: tales como *Iman*, primer sacerdote, prefecto de la Mezquita; *Almocri*, lector del templo; *Alchatib*, predicador, y *Alhafil*, doctrinero.

22..... Aun cuando nunca el cristiano tenga lugar para llamar

grande á una religion falsa y que nada tiene ni descubre de divino como sucede con la de Mahoma; puede no obstante nombrársela as atendiendo solo al ingenio de su formacion y á la claridad y valentia conque en aquel tiempo de ignorancia sentó la unidad de Dios; y mas todavia si se la compara con el Sabeismo, cruel idolatria que predominaba en la Arabia todavia cuando nació el Profeta. El Sabeismo reconocia tantos dioses como objetos se hallaban á la vista: los astros, los montes, los árboles, las piedras y el vicio, eran otros tantos dioses á los que aquel pueblo grosero sacrificaba inhumanamente sus tiernos niños y las mas hermosas doncellas. El Dios de Mahoma, por el contrario, no son los astros, los montes, las piedras, ni los árboles; es un ser inmenso, infinito, Omnipotente, justo y bondadoso que habita en la region de lo invisible: este ser que es el Jehova de los judios existe por su propia virtud; crió al mundo con su voluntad, sacándolo de la nada y no de sí mismo. Segun Mahoma, crió tambien ángeles para el servicio de Adan; pero habiéndole negado á éste uno la obediencia, fue arrojado del cielo por Dios, y convertido en Satanás (*Eblis*). El hombre se vió tambien arrojado del Paraiso, por la malicia del ángel malo, pero dos ángeles buenos velan por la felicidad de cada uno de ellos desde aquel desgraciado momento.

A pesar de que los grandes cismas en que se dividió el Islamismo nan querido desfigurarlo con las sombras del panteismo; aun asi no es una religion tan ridícula y estravagante como el cruento politeismo de la Arabia.

Pero el islamismo, el politeismo y todas las religiones que vegetan sobre la tierra, todas se confiesan hundidas al confrontarse con el cristianismo, que es la sola religion verdadera, la sublime por escelencia, la única que encuentra su origen en el cielo.

23..... Mahoma se casó á luego con Ahiesca, hija de Abu-ver, y tuvo con ella á Fátima, única hija legítima que dejó; pues Zeinebis é Imicultis lo fueron naturales. Despues de romper Mahoma todo dique en sus conquistas, despues de plantar el estandarte de la media luna en el Asia y en el Africa; murió en Medina, en los brazos de Ahiesca, su esposa predilecta, y fué enterrado debajo del lecho en que espiró; siendo por lo tanto falsa la opinion de que una cantidad proporcional de imán tiene suspenso en el aire su sepulcro. Esta casa la han convertido los musulmanes en una gran Mezquita á imitacion de la de la Meca, y está sostenida por 276 columnas diferentes una de otra, que

levantándose desde la tierra, aparecen adornadas de arabescos de piedras preciosas, y de inscripciones de oro. El musulman, celoso de su religion, abandona una vez siquiera en la vida las comodidades del hogar doméstico, se desprende de los brazos de su esposa, y de lejanos paises viene á visitar el sepulcro donde duermen las cenizas de su Profeta, político profundo, poeta eminente é invencible guerrero.

2.ª

Muchos ejemplos de esta clase se encuentran en la historia arábiga: amigo de lo maravilloso el pueblo de la media luna, empleaba grandes sumas en ofrecer á la vista objetos sorprendentes y encantados, tanto mas si le reportaban algun interes, especialmente cuando este recaia en beneficio de la seguridad de sus hermosas doncellas como en el castillo de Cervera. Citaremos para comprobacion las ingeniosas máquinas con que el Rey Abdelmúmen engrandeció la célebre Mezquita de Marruecos.

Dice la historia:

»Acabada la Mezquita, labró en ella unos pasádizos ó galerias de estraña labor y artificio, todos secretos, que entraba y salia sin ser visto en la Mezquita, por espaciosas bóvedas que comunicaban con su palacio: asimismo le presentaron un almimbar ó púlpito de maravillosa labor; todas sus piezas eran de madera aromática que llaman lit, y de sándalo colorado y amarillo. Las chapas, abrazaderas y barretas y toda la trabazon y tornillos, eran de oro y de plata, de estraña y de graciosa labor. Tambien le hicieron entonces una maksura ó estancia movible que se mudaba de una parte á otra, con ruedas, tan grande que cabian en ella mil hombres: tenia seis costillas ó brazos que se alzaban con goznes, y estos y las ruedas estaban dispuestas de manera que no hacian ruido al moverse y se levantaban muy á compás, y se bajaban cuanto convenia y estaban colocadas estas piezas en las capillas por donde entraba el Rey á la Mezquita; tenian ambas piezas tales tornos hechos por geometría, que cada máquina se movia á la par luego que se alzaban las cortinas de cualquiera de las dos puertas ó entradas, por donde el Rey pasaba del algiuma, á la azala; y luego que levantaban la cortina, se principiaban á salir la maksura de un lado, y el almimbar del otro, por medio de sus tornos y ruedas, con mucha pausa y majestad, y se iban levantando sus brazos ó costillas,

sin diferencia ni discrepar en movimiento, y se ponian poco á poco y sin ruido alguno, en lugares convenientes de la capilla principal, y el almimbar tenia tal máquina que luego que el Chatib ó predicador subia las gradas, se iba abriendo su puerta, y entrando se cerraba por sí misma, sin que se viese ni oyese el movimiento admirable de estas máquinas, y el Rey con sus guardias ó familia, salia en su maksura con la misma facilidad, y se retiraba de la misma manera. Estas fueron obras del célebre artífice Alhas Yaix, de Málaga, el mismo que fabricó la fortaleza de Gebaltarik: de órden de Abdelmúmen, celebró el maravilloso artificio de estas máquinas en elegantes versos; el catif Abu-Rekir-ben-Murber de Fera, en una casida larga:

Serás feliz en cas del generoso
que abraza tantos pueblos y naciones:
y los ampara como fuerte muro:
bien hadado serás con quien abraza
ingeniosos artífices y sabios
sus invenciones y primor premiando,
allí verás secreto prodigioso,
máquinas con razon y movimiento,
puerta verás de proporcion sencilla
que la grandeza de su Rey conoce,
y al sentir que se acerca, comedida
ábrese humilde para darle entrada
y lo mismo á sus nobles y visires:
máquina que se mueve á visitarle
y á recibirle sale muy atenta
si se acerca, se llega; si se vuelve
ella tambien al punto se retira
con pausa y majestad como su dueño:
su forma varia, nobles sus mudanzas,
regulares y hermosas cual la luna
en las azules bóvedas del cielo.

(Conde *tomo III, capítulo V.*)

5.ª

Los beduinos celebran su matrimonio de este modo: el pretendiente se acerca á los padres de la novia á pedirles su hija: ellos se la conceden; y enseguida las dos familias designan los respectivos patrimonios que consisten en camellos, cabras, etc. Llegada la noche que

ambas familias esperan reunidas; hace la novia una huida premeditada á su tienda; el novio corre con sus amigos en su busca, la resuelve á que vuelva al lugar de la reunion: matan entonces un cordero, cuya sangre beben los novios á su regreso, y esta sangre es el sello que cierra y consagra el matrimonio; pero sello frágil que puede romper el marido á su voluntad, pues sin otro motivo que su capricho, le es permitido repudiar á la mujer, y sustituirla con otra ó con otras á la vez.

4.ª

Hafit: título que se daba á los que conservaban en la memoria cuentos tradicionales.

5.ª

Djerid: lanza que usan los beduinos y se sirven de ellá disparándola con la mano, cuyos tiros son muy certeros.

6.ª

Este pasaje no solo es reconocido por los musulmanes como verdadero é inconcuso, sino que lo citan muy orgullosos para ensalzar las glorias del Profeta, haciendo ver que la virtud de sus palabras y el poder del Coran fueron superiores á la terrible mágia de los judios: Que los sábios judios quedaron vencidos por el Profeta.

7.ª

«Los árabes dividen sus caballos en dos grandes especies: los Kadischi, ó caballos de raza desconocida, y los Koclanes, cuya genealogía escrita se remonta á mas de 2000 años. No son los Kadischi mas estimados que nuestros caballos europeos: sirven para trasportar cargas y para los trabajos ordinarios. Estimadísimos los Koclanes, son destinados esclusivamente á la silla, y de consiguiente cuestan muy caros. Son escelentes para la fatiga, y pasan dias enteros sin

probar alimento. Ademas el caballo Koclan está dotado de un gran valor para arrojarse sobre el enemigo: se asegura que cuando está herido y no puede sostener á su ginete, se aparta de la refriega para dejarlo en lugar seguro: si cae el que lo monta, permanece el Koclan á su lado, y no deja de relinchar hasta que vienen á socorrerlo.»

Tienen costumbre los árabes de conservar desde los tiempos mas remotos la genealogía de las razas Koclanas; y para probar la regularidad de las filiaciones, nunca es cubierta una yegua sino en presencia de testigos jurídicos.» (CANTU.)

8.ª

YAGATAN: sable pesado que manejan con suma destreza los beduinos.

9.ª

JEHOVA: palabra hebrea que significa Dios. La malicia pertinaz de los escribas y fariseos, dice el capítulo doce del Talmud, aseguraba que los milagros que obró Jesucristo, los obró en virtud de la manera particular con que pronunciaba la palabra Jehová, cuya manera era un secreto.

Evitamos dar esplicacion sobre este punto, porque todo cristiano sabe muy bien desde la cuna, la fuente divina donde el hombre Dios bebió aquel adorable poder.

El TALMUD: nombre hebreo que quiere decir *doctrina*, es una enorme recopilacion que los judios hicieron en doce tomos, de las tradiciones de sus doctores, la cual tiene para aquellos la mayor autoridad.

El Talmud se divide en dos partes: en Misdna, ó segunda ley, que es el testo; y en Gemara ó complemento que es el comentario. Mas hay dos Talmudes; el uno escrito en Jerusalen, que es del que acabamos de hablar y contiene la Misdna escrita por Judá Haccadosch, y la Gemara escrita por los diferentes rabinos que le sucedieron. Este Talmud es oscuro y hacen poco uso de él los judíos.

El otro Talmud es el de Babilonia; fué escrito doscientos años despues del primero, es decir, á fines del siglo V ó á principios del VI. Este ha sido obra de muchos rabinos que despues de la dispersion de los judios bajo el reinado de Adriano, se retiraron á Babilonia donde

tuvieron escuelas algunos siglos, probablemente hasta la invasion de los mahometanos. Este Talmud, participando del espíritu de la ciudad en que se escribió, no es otra cosa que un conjunto de fábulas, de ensueños y de puerilidades, bajo cuyas invenciones los judios han ahogado la ley y los Profetas: es como dice un doctor moderno; el Coran de los judios, del cual toman toda su ciencia, su creencia y religion. Este Talmud, (el de Babilonia) es del que los judios hacen mas caso, en el que estudian con asiduidad; y cuantas veces se hable del Talmud, de la Misdna y de la Gemara, debe entenderse del Talmud de Babilonia, al que aquellos, diremos por último, miran por lo menos con tanto respeto como á las sagradas escrituras.

10.

Creen los árabes que aquel que presenta en su cuerpo, con especialidad en el rostro, cualquiera manera ó faccion semejante á las del Profeta, se halla dotado de algun don singular; y por lo tanto se le trata siempre con cierta deferencia, y se escuchan con respeto sus consejos.

11.

1..... Los árabes ponen á sus doncellas nombres espresivos, tomándolos de las gracias, de las virtudes de la Naturaleza, y acomodándolos á las cualidades que en ellas sobresalen. A la que es notable en blancura, le llaman Lobna, *blanca como la leche;* á la de tierna mirada, Rediya, *dulce ó agradable*; á la que es hermosa, Maliva; *bella* á la que no presenta imperfeccion alguna, Safia, *elegida sin mancha:* á aquella que en su rostro ofrece los delicados matices de una rosa, Zahra, *flor*.

2.... Los hombres reciben nombres en estremo retumbantes ó pintorescos, como Almest, *el borracho*; Daldal *el tembloroso*; Als-far, *el rojo*; Alhamed, *el deseado;* Saddilz-Allah, *el testigo de Dios*; Als-jerib, *el ilustre*.

No tienen nombre de familia, y lo forman juntando al suyo el de sus padres ó el de sus hijos, añadiendo en el primer caso la palabra *ven* ó *eben* que significa hijo, convertido por los europeos en *aven*; y en el segundo el de abu, *padre*. Asi, Als-jerib-ven-Alhamed, quiere decir *Als-jerib hijo de Alhamed;* ó solamente Eben-Alhamed: el

hijo de Alhamed: Mahoma-abu-Kassem, *Mahoma padre de Kassem;* ó solo Abu-Kassem, el *padre de Kassem*.

3..... Por último, se distinguen tambien los árabes por el nombre de sus dominios, anteponiendo la palabra abu, que por estension ó metáfora significa tambien poseedor, señor: asi decimos, Als-jerib-abu-Alhama; *Als-jerib, señor del Alhama;* ó mejor Abu-Alhama, el *señor del Alhama*.

12.

Es un principio admitido entre los musulmanes que todo aquel que lleve el nombre de Mahomet ó Mahoma, que espresa lo mismo, aventaja á los demas en ciencia y tino para el manejo de los grandes negocios. Tambien es entre ellos un punto de fé que sesenta y tres Mahomets reunidos, correspondientes á los sesenta y tres años del Profeta, no pueden decir mentira; y á la deliberacion de este concilio se someten por lo tanto, todos los casos árduos de la religion y del estado.

13.

Esto debe entenderse de una union puramente divina, de una union espiritual, para conformarnos con lo que tambien dice la Biblia: *Porque en la resurreccion no se casarán, ni serán dados en casamiento, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo*. (San Mateo 22).

14.

Aunque no ignoramos el cómputo de las horas, que usaban los árabes; sin embargo, como en ello no encontramos inconveniente, lo hemos referido al que nosotros usamos, por evitar confusion.

15.

A principios del siglo IX, y sin que con mas precision á cerca de la época nos atrevamos á hablar, porque muy oscuras se encuentran las historias en este punto; fueron creados con algunos años de diferencia, pero todos de un modo novelesco, los condados de Aragon, de Navarra y de Castilla. Cuando los moros esgrimieron por primera vez su alfange en las deliciosas campiñas de la Vética, huyeron des-

pavoridos los españoles á refugiarse en las montañas mas escabrosas de las sierras de Asturias y de los Pirineos. Sabido es que á luego se levantó en Asturias el estandarte de Pelayo y se fundó el reino de Leon, bien se le llame Reino ó Principado, cosa que á nosotros no nos atañe en esta ocasion averiguar.

Entusiasmados con tal ejemplo los cristianos refugiados en los Pirineos, quisieron tambien dar el grito de Independencia; mas les faltaba valor para ello: sin embargo, las circunstancias vinieron á favorecer sus intentos. Entre las personas que refugiadas estaban en la aspereza de aquella sierra, habia un justo varon llamado Juan, que se retiró á habitar solo una choza, para entregarse mejor de esta manera, á la contemplacion de Dios. Gran prestigio egercia por su santidad el ermitaño Juan; y cuando murió, se reunieron á celebrar sus exequias en aquellos solitarios valles multitud de cristianos de todos sexos y edades, entre los que acudieron tambien de casualidad ó de intento seiscientos nobles.

Inflamados los unos con los otros, trataron de arremeter contra los moros, y con tal objeto eligieron por caudillo á un tal Garci-Jimenez, señor de Ancescua y Abarsusa, que aunque no descendia de linage godo, de muy noble estirpe eran él, y su esposa Doña Iñiga.

La victoria fué siempre en pos de sus armas y con el terreno que quitó á los musulmanes, formó lo que hoy se llama reino de Navarra. La capilla del ermitaño Juan, ensanchada y adornada fué escogida despues para su sepultura, por el rey Garci-Jimenez, y algunos de sus sucesores, y hoy se la conoce con el nombre de San Juan de la Peña.

En tiempo de Garci-Iñiguez, hijo de Garci-Jimenez y de Doña Iñiga, de cuya reunion de nombres toma el suyo, se presentó Aznar, sobrino de Eudon el Grande; hizo armas contra los moros que habitaban junto al reino de Navarra, y que subordinados estaban á dicho reino en cierta manera; y como victoria sobre ellos obtuviera, del pais conquistado fundó el condado de Aragon. Castilla debe reconocer un origen semejante al de los anteriores, aunque se pierde en la oscuridad del tiempo. Solo se sabe que el primer conde fué D. Rodrigo, que vivió en tiempo de Alonso II rey de Asturias; que D. Rodrigo, tuvo un hijo que se llamó D. Diego Porcellos; y que este tuvo á Sulla Bella, que se casó con Belchides. Belchides era un Príncipe aleman, que fué en peregrinacion á Santiago de Compostela: despues de su matrimonio trabajó mucho en favor de la religion de Cristo, y fundó la ciu-

dad de Burgos, que en aleman quiere decir aldea, para que en ella se reunieran y vivieran formando cuerpo social los cristianos que esparcidos se encontraban por aquella comarca.

Del matrimonio de Belchides y Sulla-Bella, nacieron dos hijos á cual mas notables, Nuño Rasura, abuelo del gran conde Fernan-Gonzalez; y Gustio Gonzalez, abuelo de los siete infantes de Lara.

Algunos otros condes hubo á la vez que estos en Castilla; pero la dinastía de que nos hemos ocupado, es la mas digna de singular mencion. En aquella época fué formado tambien el condado de Barcelona, por Ludovico Pio, hijo de Carlo-Magno; y se cree que esto sucedió á la vez que el de Navarra y Aragon, algun tiempo antes que el de Castilla.

NUESTRA SEÑORA DEL

LISTA

DE LOS NOMBRES ARÁBIGOS CONTENIDOS EN ESTA NOVELA.

Alá.	Dios.
Alcaide. . . .	Gobernador de una plaza ó de un castillo.
Alhageb. . . .	Primer Ministro de Córdoba.
Alcatib. . . .	Secretario.
Alnaive. . . .	Capitan de caballeria.
Alfaraces. . .	Caballeros de lanza y espada.
Almogavares.	Campeadores, Caballeria de lanza y ballesta.
Alvacir. . . .	Alguacil.
Emir.	Príncipe, Soberano.
Elymas. . . .	Sábio, Mago.
Sedir.	Jefe de una tribu de beduinos.
Soldan.. . . .	Rey de Egipto, (nombre antiguo.)
Ulema.	Doctor.
Wacir.	(Hoy *Visir*,) primer ministro.
Wali.	General del ejército, Generalísimo.

NUESTRA SEÑORA DEL MAR



FAN
9304

